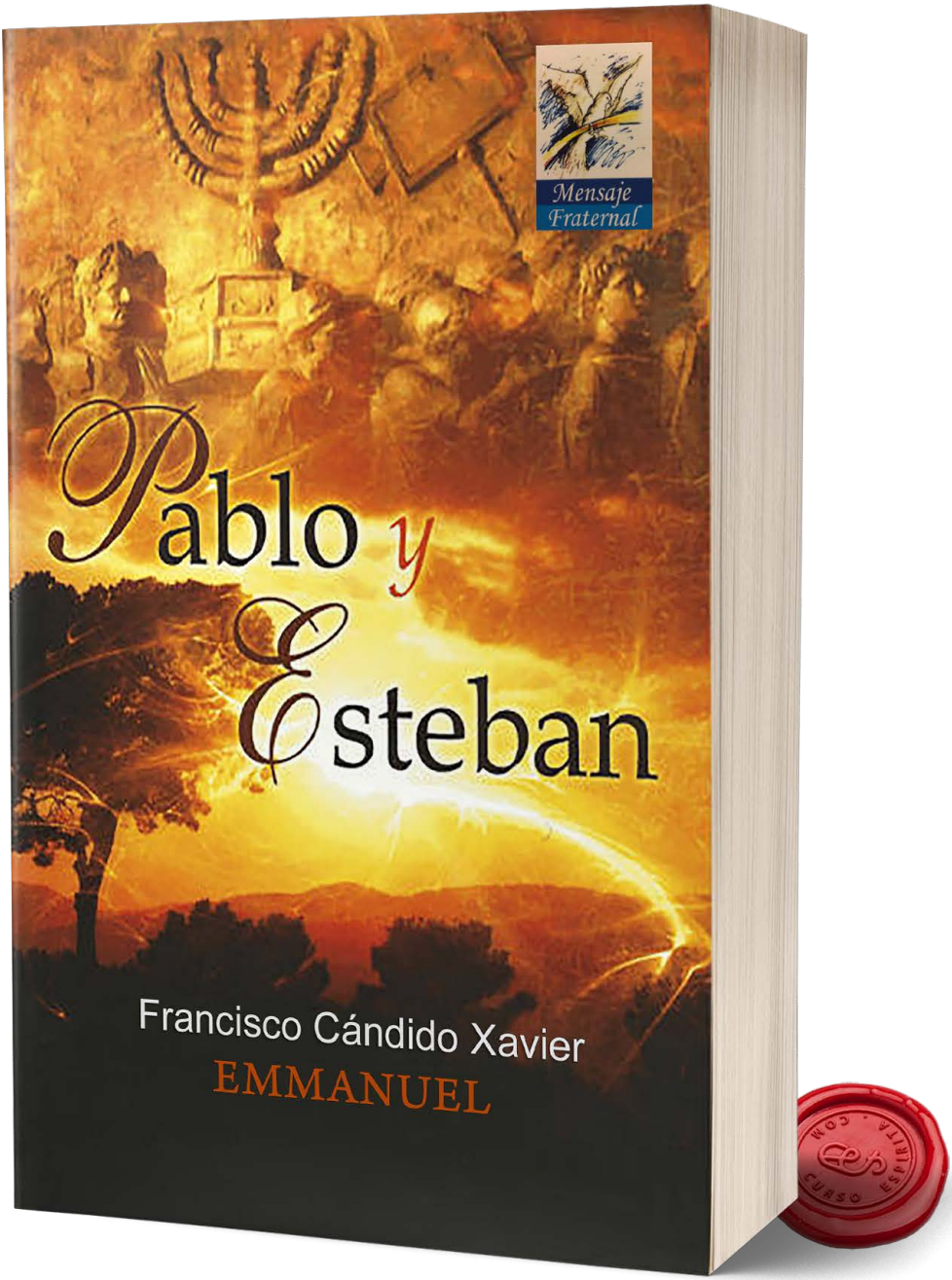
Mensaje Fraternal
Pablo y Esteban
Francisco Cándido Xavier
EMMANUEL

ISBN 978-85-7341-232-1

Titulo del original en portugués:
PAULO E ESTEVÃO

Derechos de autor cedidos gratuitamente por la
FEDERAÇÃO ESPÍRITA BRASILEIRA
Av. L2 Norte - Q. 603 - Conjunto F (SGAN)
70830-030 - Brasília (DF) - Brasil

Traducción:
Alipio González Hernández

Revisión:
Ana María García Asensio
Antonio Boscán Leal
Blanca Flor González Medina
Chelita Fontaina
Fernando Antonio Lora Gómez
Marina Navarro
Nakary Áñez
Nelson Li Fo Sjoe
Neritza Alvarado Chacín
Víctor Hugo Torres García
Vilma Piña Guzmán

Portada:
César França de Oliveira

Diagramación:
María Isabel Estéfano Rissi

© 2013, Mensaje Fraternal

1ª edición – junio/2013
1ª reimpresión - diciembre/2014
3.001 al 6.000 ejemplares

INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA
Av. Otto Barreto, 1067 - Cx. Postal 110
CEP 13600-970 - Araras/SP - Brasil
Fone (55-19) 3543-2400
CNPJ 44.220.101/0001-43
Inscrição Estadual 182.010.405.118

www.ideeditora.com.br

Pablo y Esteban

Mensaje Fraternal

Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.
Teléfono (58-212) 472 92 89 Celular (58-414) 183 16 15
wwww.mensajefraternal.org.br
mensajefraternal@cantv.net

Francisco Cândido Xavier

Pablo y Esteban

Episodios históricos del Cristianismo Primitivo

Novela dictada por el Espíritu
Emmanuel

Índice

Breves Noticias 9

Primera parte

I - Corazones flagelados 15
II - Lágrimas y sacrificios 38
III - En Jerusalén 54
IV - En los caminos de Jope 76
V - La prédica de Esteban 91
VI - Ante el Sanedrín 108
VII - Las primeras persecuciones 125
VIII - La muerte de Esteban 150
IX - Abigail cristiana 177
X - En el camino de Damasco 194

Segunda parte

I - Rumbo al desierto 215
II - El tejedor 242
III - Luchas y humillaciones 272
IV - Primeras labores apostólicas 326
V - Luchas por el Evangelio 391
VI - Peregrinaciones y sacrificios 418
VII - Las Epístolas 438
VIII - El martirio en Jerusalén 473
IX - El prisionero del Cristo 518
X - El encuentro con el Maestro 540

Breves noticias

Son muchos los trabajos que circulan por el mundo sobre la gloriosa tarea del Apóstol de los Gentiles. Entonces, es justo que esperemos algunas interrogaciones. ¿Por qué un nuevo libro sobre Pablo de Tarso? ¿Será un homenaje al gran trabajador del Evangelio o acaso trae informaciones más detalladas de su vida?

En cuanto a la hipótesis inicial, somos de los primeros en reconocer que el convertido de Damasco no necesita de nuestros mezquinos homenajes; en cuanto a la segunda, responderemos afirmativamente pues esa es la finalidad que nos hemos propuesto alcanzar, al transferir al papel humano, con los recursos disponibles, algunos aspectos de las tradiciones del plano espiritual acerca de los trabajos confiados al gran amigo de los gentiles.

Nuestro objetivo esencial no podría ser, tan solo, rememorar pasajes sublimes de los tiempos apostólicos, sino presentar, ante todo, la figura del cooperador fiel, en su legítima condición de hombre transformado por Jesucristo y atento a su Divino Ministerio. Pero, aclaramos que no es nuestro propósito realizar únicamente una biografía novelada. El mundo está repleto de esas fichas educativas, con referencia a sus personajes más notables. Nuestro mejor y más sincero deseo es recordar las luchas acerbas y los ásperos testimonios de un

corazón extraordinario, que se levantó de las luchas humanas para seguir los pasos del Maestro, en un esfuerzo incesante.

Las iglesias displicentes de la actualidad y los falsos deseos de los creyentes en los diversos sectores del Cristianismo, justifican nuestras intenciones.

Por todas partes, existen tendencias a la ociosidad del espíritu y manifestaciones del menor esfuerzo. Muchos discípulos disputan las prerrogativas del Estado, mientras otros, distanciados voluntariamente del trabajo justo, suplican la protección sobrenatural del Cielo. Templos y devotos se entregan, gustosamente, a situaciones acomodaticias, prefiriendo el predominio y los regalos de orden material.

Observando ese panorama sentimental, es útil recordar la figura inolvidable del generoso Apóstol.

Muchos han comentado la vida de Pablo; pero, cuando no le atribuyeron ciertos títulos de favor, gratuitos del Cielo, lo han presentado como un fanático de corazón reseco. Para unos, él fue un santo por predestinación, a quien Jesús se apareció, en una operación mecánica de la gracia; para otros, fue un espíritu arbitrario, absorbente y austero, inclinado a combatir a los compañeros, con vanidad casi cruel.

No nos detendremos en esa posición extremista.

Queremos recordar que Pablo recibió la dádiva santa, de la visión gloriosa del Maestro, a las puertas de Damasco, pero no podemos olvidar la declaración de Jesús relativa al sufrimiento que le aguardaba, por amor a su nombre.

Es cierto que el inolvidable tejedor traía su Ministerio Divino; pero, ¿quién estará en el mundo sin un ministerio de Dios? Mucha gente dirá que desconoce su propia tarea, que es inconsciente al respecto, pero nosotros podemos responder que, aparte de la ignorancia, hay desatención y muchos prejuicios

perniciosos. Los más exigentes, advertirán que Pablo recibió un llamado directo; pero, en verdad, todos los hombres poco rudos tienen su convocatoria personal al servicio del Cristo. Las formas pueden variar, pero la esencia del llamamiento es siempre la misma. La invitación al ministerio llega, a veces, de manera sutil, inesperadamente; pero, la mayoría, resiste a la generosa invitación del Señor. Ahora, Jesús no es un maestro de violencias y si la figura de Pablo se engrandece mucho ante nuestros ojos, es que él oyó, se negó a sí mismo, se arrepintió, tomó su cruz y siguió al Cristo hasta el fin de sus tareas materiales, a pesar de las persecuciones, enfermedades, apodos, burlas, desilusiones, deserciones, pedradas, azotes y encarcelamientos. Pablo de Tarso fue un hombre intrépido y sincero, caminando entre las sombras del mundo, al encuentro del Maestro que se hizo oír en las encrucijadas de su vida. Fue mucho más que un predestinado, fue un realizador que trabajó diariamente, fomentando la luz.

El Maestro lo llama, desde su esfera de claridades inmortales. Pablo tantea en las sombras de las experiencias humanas y responde: –Señor, ¿qué quieres que yo haga?

Entre él y Jesús había un abismo, que el Apóstol supo atravesar en decenios de luchas redentoras y constantes.

Nuestro objetivo es demostrar con claridad cuánto nos compete trabajar, para ir al encuentro de Jesús.

Otra finalidad de este humilde esfuerzo es reconocer que el Apóstol no podría llegar a esa posibilidad, en una acción aislada en el mundo.

Sin Esteban, no tendríamos a Pablo de Tarso. El gran mártir del Cristianismo naciente alcanzó una influencia mucho mayor en la experiencia paulina, de lo que podríamos imaginar, tan solo compulsando los textos conocidos en los estudios terrestres. La vida de ambos está entrelazada con misteriosa belleza. La contribución de Esteban y de otros per-

sonajes de esta historia real, viene a confirmar la necesidad y la universalidad de la ley de cooperación. Y, para verificar la amplitud de ese concepto, recordemos que Jesús, cuya misericordia y poder lo abarcaban todo, procuró la compañía de doce auxiliares, con la finalidad de emprender la renovación del mundo.

Además, sin cooperación, no podría existir amor; y el amor es la fuerza de Dios que equilibra el Universo.

Desde ya, veo a los críticos consultando textos y combinando versículos para ir demarcando los errores de nuestro sencillo emprendimiento. A los bien intencionados les agradecemos sinceramente, por conocer nuestra expresión de criatura falible, declarando que este modesto libro fue escrito por un Espíritu para los que vivan en espíritu; y ante el pedantismo dogmático, o literario, de todos los tiempos, recurrimos al propio Evangelio para repetir que, si la letra mata, el espíritu vivifica.

Así, al ofrecer este humilde trabajo a nuestros hermanos de la Tierra, formulamos votos para que el ejemplo del Gran Convertido se haga más claro en nuestros corazones, para que cada discípulo pueda entender cuánto le compete trabajar y sufrir, por amor a Jesucristo.

Emmanuel

Pedro Leopoldo, Minas Gerais, Brasil,
8 de julio de 1941.

Primera parte

I

Corazones flagelados

La mañana se adornaba de mucha alegría y de sol, pero las calles centrales de Corinto estaban casi desiertas.

En el aire jugaban las mismas brisas perfumadas, que soplaban de lejos; sin embargo, no se observaba en el suntuoso aspecto de las vías públicas, la sonrisa despreocupada de sus niños ni el movimiento tan habitual de las literas de lujo, que resaltaban por su andar acostumbrado.

La ciudad reedificada por Julio César, era la más bella joya de la vieja Acaya, sirviendo de capital a la hermosa provincia. No se podía encontrar, en su intimidad, el espíritu helénico en su pureza antigua, incluso porque, después de un siglo de lamentable abandono, después de la destrucción operada por Lucio Mumio, restaurándola, el gran Emperador transformó Corinto en una colonia importante de romanos, a donde acudieron gran número de libertos ansiosos de trabajo remunerado, o propietarios de promisorias fortunas. A éstos, se asoció una enorme corriente de israelitas y un considerable porcentaje de hijos de otras razas que se aglomeraban allí, transformando la ciudad en un núcleo de convergencia de todos los aventureros de Oriente y de Occidente. Su cultura estaba muy distante de las realizaciones intelectuales del gusto griego más eminente, mezclándose, en sus plazas, los más diversos templos. Tal vez, obedeciendo a esa heterogeneidad de sentimientos, Corinto se tornó famoso por las tradiciones de libertinaje de la gran mayoría de sus habitantes.

Los romanos encontraron allá un campo propicio para sus pasiones, entregándose, con desvarío, al venenoso perfume de ese jardín de flores exóticas. Al lado de los aspectos soberbios y de las pedrerías rutilantes, el pantano de las miserias morales exhalaba un nauseabundo olor. La tragedia fue siempre el precio doloroso de los placeres fáciles. De cuando en cuando, los grandes escándalos reclamaban las grandes represiones.

En el año 34, toda la ciudad fue atormentada por una violenta revuelta de los esclavos oprimidos.

Se perpetraron tenebrosos crímenes en la sombra, requiriendo severas represalias. El Procónsul no vaciló, ante la gravedad de la situación. Expidiendo mensajeros oficiales, solicitó de Roma los recursos precisos. Y los recursos no tardaron. En breve, la galera de las águilas dominadoras, ayudada por vientos favorables, traía a bordo a las autoridades de la misión punitiva, cuya acción debía esclarecer los acontecimientos.

He ahí el por qué, en esa mañana radiante y alegre, los edificios residenciales y las tiendas del comercio se presentaban envueltos en profundo silencio, semi cerrados y tristes. Los transeúntes eran pocos, con la excepción de varios pelotones de soldados, que cruzaban las esquinas despreocupados y satisfechos, como quien se entregaba, de buen grado, al sabor de las novedades.

Hacía ya algunos días, un jefe romano, cuyo nombre se hacía acompañar de sombrías tradiciones, había sido recibido por la Corte Provincial, desempeñando allí las elevadas funciones de legado de César, rodeado de gran número de agentes políticos y militares, estableciendo el terror entre todas las clases, con sus procesos infamantes. Licinio Minucio llegó al poder, movilizando todos los recursos de la intriga y la calumnia. Consiguiendo volver a Corinto, donde estuvo años antes, sin mayor autoridad, todo lo osaba ahora, para aumentar sus caudales, fruto de la avaricia insaciable y sin escrúpulos. Pretendía radicarse, más tarde, en aquellos sitios, donde sus propiedades particulares alcanzaban grandes proporciones, esperando ahí la noche de la decrepitud. Así, con el deseo de consu-

mar sus criminales designios, inició un gran movimiento de arbitrarias expropiaciones, con el pretexto de garantizar el orden público, en beneficio del poderoso Imperio, que su autoridad representaba.

Numerosas familias de origen judío fueron escogidas como víctimas preferenciales de la nefasta extorsión.

Por todas partes comenzaban a llorar los oprimidos; mientras tanto, ¿quién osaría valerse del recurso de las reclamaciones públicas y oficiales, ante el atropello? La esclavitud esperaba siempre a los que se entregasen a cualquier impulso de libertad contra las expresiones de la tiranía romana. Y no solo era la figura despreciable del odioso funcionario lo que constituía para la ciudad una angustiosa y permanente amenaza. Sus secuaces estaban apostados en varios puntos de las vías públicas, provocando escenas insoportables, características de una perversidad inconsciente.

La mañana había avanzado, cuando un hombre de edad, dando a entender que buscaba el mercado, por el cesto que le pendía de las manos, atravesaba con lentitud una plaza asoleada y extensa.

Un grupo de tribunos lo señalaban con dicterios deprimentes, entre irónicas carcajadas.

El anciano, que denunciaba por sus rasgos fisonómicos la línea israelita, demostraba percibir el ridículo del que venía siendo objeto; pero, distanciándose de los militares patricios, como deseoso de resguardarse, caminó con mayor timidez y humildad, desviándose en silencio.

Fue en ese instante, cuando uno de los tribunos, en cuya mirada autoritaria se notaba acentuada malicia, se acercó a él, interrogándolo ásperamente:

–Tú, judío despreciable, ¿cómo osas pasar sin saludar a tus señores?

El interpelado se paró, pálido y trémulo. Sus ojos revelaban la extraña angustia que resumía en su elocuencia silenciosa, todos los infinitos martirios que flagelaban a su raza. Las manos arrugadas

le temblaban ligeramente, mientras el busto se arqueaba reverente, comprimiendo la larga y encanecida barba.

–¿Tu nombre? –exclamó el oficial, en actitud irrespetuosa e irónica.

–Jochedeb, hijo de Jared –respondió tímidamente.

–¿Y por qué no saludaste a los tribunos imperiales?

–Señor, ¡yo no quise ofenderos! –explicó, casi llorando.

–¿No quisiste ofendernos? –preguntó el oficial con profunda aspereza.

Y, antes que el interpelado consiguiera una nueva oportunidad para darle más amplias disculpas, el mandatario imperial le asestó unos puñetazos en el rostro venerable, siguiendo con sucesivas y crueles bofetadas.

–¡Toma! ¡Toma! –exclamaba con rudeza, al estridor de las carcajadas de los compañeros presentes en la escena, agregando en tono festivo:

–¡Guarda bien este recuerdo! ¡Perro asqueroso, para que aprendas a ser educado y agradecido!...

El anciano se tambaleó, pero no reaccionó. Se percibía su sordo resentimiento íntimo, a través de la llameante e indignada mirada que lanzó al agresor con una serenidad terrible. En un movimiento espontáneo, observó, sus brazos desvalidos por la lucha y el sufrimiento, reconociendo la inutilidad de cualquier respuesta. Entonces, el verdugo inesperado, observando su silenciosa calma, pareció medir la extensión de su propia cobardía y, poniendo sus manos en la complicada armadura del cinturón, volvió a decir con profundo desdén:

–Ahora que recibiste la lección, puedes ir al mercado, ¡judío insolente!

La víctima le dirigió, entonces, una mirada de ansiosa amargura, en la cual se denotaban las dolorosas angustias de toda una

larga existencia. Envuelto en la sencilla túnica y en la venerable vejez, aureolada por cabellos blanqueados en las más penosas experiencias de la vida, la mirada del ofendido se asemejaba a un dardo invisible que penetraría, para siempre, en la conciencia del agresor irrespetuoso y malo. No obstante, aquella dignidad herida no se demoró mucho en la actitud de reprobación, intraducible en palabras. En poco tiempo, soportando los insultos de la burla generalizada, prosiguió con el objetivo que lo llevó a salir a la calle.

El anciano Jochedeb experimentaba ahora extrañas y amargas reflexiones. Dos lágrimas calientes y adoloridas surcaban las arrugas de su rostro macilento, perdiéndose en los hilos grisáceos de la venerada barba. ¿Qué había hecho para merecer tan pesados castigos? La ciudad había sido azuzada por los movimientos de rebeldía de numerosos esclavos, pero su pequeño hogar proseguía con la misma paz de los que trabajan con dedicación y obediencia a Dios.

La humillación sufrida lo hacía retrotraerse, por la imaginación, a los períodos más difíciles de la historia de su raza. ¿Por qué motivo y hasta cuándo sufrirían los israelitas la persecución de los elementos más poderosos del mundo? ¿Cuál sería la razón de ser siempre estigmatizados, como indignos y miserables, en todos los rincones de la Tierra? No obstante, amaban sinceramente a aquel Padre de Justicia y Amor, que velaba desde los Cielos por la grandeza de su fe y por la eternidad de sus destinos. Mientras los demás pueblos se entregaban al relajamiento de las fuerzas espirituales, transformando esperanzas sagradas en expresiones de egoísmo e idolatría, Israel sustentaba la Ley del Dios único, esforzándose, en todas las circunstancias, por conservar intacto su patrimonio religioso, aunque con el sacrificio de su independencia política.

Apesadumbrado, el pobre anciano meditaba sobre su propia suerte.

Esposo dedicado, había enviudado cuando aquel mismo Licinio Minucio, Cuestor del Imperio, años antes, instauró nefastos procesos en Corinto, a fin de castigar a algunos elementos de su po-

blación descontenta y rebelada. Su gran fortuna personal había sido extremadamente reducida y tuvo que soportar una prisión injusta, resultante de falsas acusaciones, que le valieron pesados sinsabores y terribles confiscaciones. Su mujer no había resistido los sucesivos golpes que hirieron fatalmente su sensible corazón, sumergiéndola en la muerte, atormentada por acerbos disgustos y dejándole los dos hijos que constituían la corona de esperanza de su laboriosa existencia.

Jeziel y Abigail, se desarrollaban bajo el cariño de sus afectuosos brazos y, por ellos, en la carga de los sagrados deberes del hogar, sentía que la nieve de la senda humana le había blanqueado precozmente los cabellos, consagrando a Dios sus más santas experiencias. A la mente le vino entonces, más viva, la silueta graciosa de los hijos. Era un lenitivo conocer el sabor agradable de las experiencias del mundo, para beneficio de ellos. El tesoro filial lo compensaba de las flagelaciones en cada accidente del camino. La evocación del hogar, donde el amor cariñoso de los hijos alimentaba las esperanzas paternas, suavizó sus amarguras.

¿Qué importaba la brutalidad del romano conquistador, cuando su vejez se aureolaba con los más santos afectos del corazón? Experimentando un resignado consuelo, llegó al mercado, donde se abasteció de lo que necesitaba.

El movimiento no era intenso en los puestos de venta habituales, como en los días más comunes; pero había cierta concurrencia de compradores, principalmente de libertos y pequeños propietarios, que afluían de los caminos de Cencréia.

Estaba por terminar la compra de pescado y legumbres, cuando una lujosa litera paró en el centro de la plaza y de ella saltó un oficial patricio, desdoblando un extenso pergamino. A la señal de silencio, que hizo enmudecer todas las voces, la palabra del extraño personaje vibró fuerte en la lectura fiel del decreto que traía:

–"Licinio Minucio, Cuestor del Imperio y legado de César, encargado de abrir en esta provincia la necesaria información para el restablecimiento del orden en toda Acaya, invita a todos los habitan-

tes de Corinto que se consideren perjudicados en sus intereses personales, o que se encuentren necesitados de amparo legal, a comparecer mañana, al medio día, en el Palacio Provincial, junto al templo de Venus Pandemo, para que expongan sus quejas y reclamaciones, que serán plenamente atendidas por las autoridades competentes."

Leído el aviso, el mensajero volvió a tomar el elegante transporte, que sustentado por hercúleos brazos esclavos, desapareció en la primera esquina, envuelta en una nube de polvo, levantada en remolino por el viento de la mañana.

Entre los circunstantes, surgieron enseguida opiniones y comentarios.

Los afectados no se podían contar. El legado y sus prepuestos enseguida, desde el comienzo, se posesionaron de pequeños patrimonios territoriales de la mayoría de las familias más humildes, cuyos recursos financieros no daban para costear procesos en el foro provincial. De ahí, la ola de esperanzas que dominaba el corazón de muchos y la opinión pesimista de otros, que no veían en el edicto sino una nueva celada, para obligar a los reclamantes a pagar muy caro por sus legítimas reivindicaciones.

Jochedeb oyó la comunicación oficial, colocándose inmediatamente entre los que se juzgaban con derecho a esperar una legítima indemnización por los perjuicios sufridos en otros tiempos. Animado por las mejores esperanzas, regresó a casa, escogiendo un camino más largo, para evitar un nuevo encuentro con los que le habían humillado con tanta rudeza.

No había caminado mucho, cuando surgieron frente a él nuevos grupos de militares romanos, en conversaciones ruidosas, que transbordaban entusiastas en las claridades de la mañana.

Al enfrentar al primer grupo de tribunos, sintiéndose el blanco de comentarios deprimentes que se transparentaban en risas irónicas, el anciano israelita consideró:

–"¿Deberé saludarlos, o pasar mudo y reverente, como traté de hacer en la venida?" Preocupado en cómo evitar un nuevo pugi-

lato que agravase las humillaciones de aquel día, se inclinó profundamente, cual mísero esclavo y murmuró, tímidamente:

–¡Salve, valerosos tribunos de César!

Mal había terminado de decirlo, cuando un oficial de fisonomía dura e impasible se acercó, exclamando colérico:

–¿Qué es esto? ¿Un judío dirigiéndose impunemente a los patricios? ¿Llegó a tanto la condenable tolerancia de la autoridad provincial? Hagamos justicia por nuestras propias manos.

Y nuevas bofetadas estallaron en el rostro adolorido del infeliz, que necesitaba encontrar todas las energías en la voluntad para no lanzarse, de cualquier modo, a una reacción desesperada. Sin una palabra de justificación, el hijo de Jared se sometió al castigo cruel. Su corazón, precipitado, parecía reventar de angustia en el pecho envejecido; sin embargo, la mirada reflejaba el intenso rencor que dominaba su alma oprimida. Imposibilitado de coordinar ideas en vista de la agresión inesperada, en su actitud humilde observó que, en esta ocasión, la sangre chorreaba de la nariz, tiñendo su barba blanca y el lino sencillo de sus vestiduras. Pero eso no llegó a sensibilizar al agresor, que, por fin, le soltó el último puñetazo en la frente arrugada, murmurando:

–¡Záfate, insolente!

Sosteniendo con dificultad el cesto que le pendía de los brazos trémulos, Jochedeb avanzó tambaleante, sofocando la explosión de su extrema desesperación. "¡Ah! ¡Ser viejo!" –pensaba. Simultáneamente, los símbolos de la fe modificaban sus disposiciones espirituales, y sentía en lo más íntimo la palabra antigua de la Ley: –"No matarás." No obstante, las enseñanzas divinas, a su modo de ver, en la voz de los profetas, aconsejaban la venganza –"ojo por ojo, diente por diente". Su espíritu guardaba la intención de la represalia como remedio a las reparaciones a las que se juzgaba con derecho; pero sus fuerzas físicas ya no eran compatibles con los requisitos de la reacción.

Profundamente humillado y presa de angustiosos pensamien-

tos, buscó recogerse en el hogar, donde tomaría consejo de los hijos muy amados, en cuyo afecto encontraría, seguro, la necesaria inspiración.

Su modesta vivienda no quedaba muy lejos, y aun a distancia, agobiado, divisó el sencillo y pequeño techo del cual hizo el nicho de su amor. Presto, tomó la vereda que terminaba en la reja tosca, casi ahogada por los rosedales de Abigail, que exhalaban un fuerte y delicioso perfume. Los árboles verdes y exuberantes, esparcían frescor y sombra, que atenuaban el rigor del sol. Una voz clara y amiga, llegaba de lejos a sus oídos. El corazón paternal adivinaba. A aquella hora, Jeziel, conforme al programa trazado por él mismo, araba la tierra, preparándola para las primeras siembras. La voz del hijo, parecía casarse con la alegría del sol. La vieja canción hebraica, que salía de sus cálidos labios de joven, era un himno de exaltación al trabajo y a la Naturaleza. Los versos armoniosos hablaban del amor a la tierra y de la protección constante de Dios. El generoso padre ahogaba con dificultad las lágrimas del corazón. La melodía popular le sugería un mundo de reflexiones. ¿No había trabajado durante toda la existencia? ¿No se presumía de ser un hombre honesto en los más mínimos actos de la vida, para jamás perder el título de justo? Sin embargo, la sangre de la persecución cruel, estaba allí escurriéndole de la venerada barba sobre la túnica blanca e indemne de cualquier mácula que pudiese atormentar su conciencia.

Aún no había traspasado el cercado rústico de la vivienda humilde, cuando una voz cariñosa le gritaba asustadiza y vehemente:

–¡Padre! ¡Padre! ¿Qué sangre es esa?

Una joven de notable hermosura corría a abrazarlo con inmensa ternura, al mismo tiempo que le arrancaba el cesto de las manos trémulas y adoloridas.

Abigail, en la candidez de sus dieciocho años, era un gracioso espécimen de todos los encantos de las mujeres de su raza. Los cabellos sedosos le caían en caprichosas ondulaciones sobre los hombros, enmarcando su rostro atrayente en un conjunto armonioso

de simpatía y belleza. No obstante, lo que más impresionaba, en su talle esbelto de niña y joven, eran sus ojos profundamente negros, en los cuales una intensa vibración interior parecía hablar de los más elevados misterios del amor y de la vida.

–¡Hijita, mi querida hija! –murmuró él, acogiéndose en sus brazos cariñosos.

En breve, daba cuenta de todo lo ocurrido. Y, mientras el anciano progenitor bañaba el rostro herido, con la infusión balsámica que la hija preparó cuidadosamente, Jeziel era llamado a enterarse de lo acontecido.

El joven acudió solícito y presuroso. Abrazando al padre, oyó su amargo desahogo, palabra por palabra. En el vigor de la juventud, no se le podría dar más de veinticinco años; pero la mesura de los gestos y la gravedad con la que se expresaba, dejaban entrever un espíritu noble, ponderado y servido por una conciencia cristalina.

–¡Valor, padre!, –exclamó después de oír la dolorosa exposición, poniendo en las expresiones de firmeza un acentuado cuño de ternura– nuestro Dios es de justicia y sabiduría. ¡Confiemos en su protección!

Jochedeb contempló al hijo de arriba a abajo, fijándose en su mirada bondadosa y calmada, donde desearía percibir, en aquel momento, la indignación que le parecía natural y justa, dominado como estaba por el deseo de represalias. Era verdad que había criado a Jeziel para las alegrías puras del deber, en obediencia a la leal ejecución de la Ley; pero, nada lo compelía a abandonar sus ideas de venganza, para cobrarse de los ultrajes recibidos.

–Hijo –consideró después de meditar por largo tiempo–, Jehová está lleno de justicia, pero los hijos de Israel, como escogidos, precisan igualmente ejercerla. ¿Podríamos ser justos, olvidando afrentas? No podré descansar, sin el reposo de la conciencia por la obligación cumplida. Tengo necesidad de señalar los abusos de los que fui víctima, en el presente y en el pasado, y mañana iré al legado a ajustar mis cuentas.

El joven hebreo hizo un movimiento de asombro y agregó:

–¿Acaso, iréis ante el Cuestor Licinio, esperando reivindicaciones legales? ¿Y los antecedentes, padre? ¿No fue ese mismo patricio quien os despojó de un gran patrimonio territorial, llevándoos a la cárcel? ¿No veis que él tiene en las manos las fuerzas de la iniquidad? ¿No serán de temer nuevas embestidas, con el fin de despojarnos de lo poco que nos resta?

Jochedeb escrutó en la mirada del hijo, mirada que la nobleza del corazón rociaba de lágrimas emotivas, pero en su rigidez de carácter, acostumbrado a ejecutar sus propios designios hasta el fin, exclamó casi secamente:

–Como sabes, tengo viejas cuentas que arreglar, y, mañana, de conformidad con el edicto, aprovecharé la ocasión que el Gobierno provincial nos faculta.

–¡Padre, os suplico –advirtió el joven, entre respetuoso y cariñoso– no echéis mano de esos recursos!

–¿Y las persecuciones? –Exclamó el anciano enérgicamente–. ¿Y ese torbellino incesante de ignominias en torno a los hombres de nuestra raza? ¿No tiene que haber un término en ese camino de infinitas angustias? ¿Asistiremos, inermes, al atropello de todo lo que poseemos de más sagrado? Tengo el corazón indignado con esos crímenes odiosos, que nos alcanzan impunemente…

La voz se le volvió arrastrada y melancólica, dejando percibir un extremo desánimo; no obstante, sin turbarse con las objeciones paternas, Jeziel prosiguió:

–Pero, esas torturas no son nuevas. Hace muchos siglos, los faraones de Egipto llevaron tan lejos la crueldad para con nuestros ascendientes, que los niños de nuestra raza eran asesinados desde que nacían. Antioco Epifanes, en Siria, mandó a degollar a mujeres y niños, en lo recóndito de nuestros hogares. En Roma, de tiempo en tiempo, todos los israelitas sufren vejaciones y confiscaciones, persecuciones y muerte. Pero, ciertamente, padre mío, Dios permi-

te que acontezca así para que Israel reconozca, en los sufrimientos más atroces, su Misión Divina.

El anciano israelita parecía meditar en las ponderaciones del hijo; con todo, añadió resuelto:

–Sí, todo eso es verdad, pero la justicia recta debe ser cumplida, centavo por centavo, y nada podrá cambiar mi forma de pensar.

–Entonces, ¿iréis a reclamar mañana ante el legado?

–¡Sí!

En ese momento, la mirada del joven se dirigió hacia la vieja mesa donde reposaba la colección de los Escritos Sagrados de la familia. Animado por una súbita inspiración, Jeziel recordó humildemente:

–Padre, no tengo el derecho de exhortaros, pero veamos lo que nos suscita la palabra de Dios al respecto de lo que pensáis en este momento.

Y abriendo los textos al azar, conforme a la costumbre de la época, con la finalidad de conocer la sugestión que les pudiesen facultar las sagradas letras, leyó en la parte de los Proverbios:

–"Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, ni te enojes de su reprensión; porque Dios reprende a aquel que ama, así como el padre al hijo a quien quiere bien". (1)

El anciano israelita abrió los ojos asombrados, revelando la estupefacción que el mensaje indirecto le causaba; y como Jeziel lo miraba largamente, demostrando un ansioso interés por conocer su actitud íntima, en vista de la sugestión de los pergaminos sagrados, afirmó:

–Recibo la advertencia de los Escritos, hijo mío, pero no me conformo con la injusticia y, según he resuelto, llevaré mi queja a las autoridades competentes.

El joven suspiró y dijo resignado:

---

(1) Proverbios, 3:11 y 12.

–¡Que Dios nos proteja!

jjj

Al día siguiente, se reunía una compacta multitud junto al templo de la Venus popular. Del antiguo caserón donde funcionaba un tribunal improvisado, se veían las lujosas y extravagantes literas que cruzaban la gran plaza en todas las direcciones. Eran patricios que se dirigían a las audiencias de la Corte Provinciana, los antiguos propietarios de la fortuna particular de Corinto, que se entregaban a los entretenimientos del día, a costa del sudor de los misérrimos cautivos. Un inusual movimiento caracterizaba el local, observándose, de vez en cuando, los oficiales embriagados que dejaban el ambiente viciado del templo de la famosa diosa, entupido de embriagantes perfumes y condenables placeres.

Jochedeb atravesó la plaza, sin detenerse para fijarse en cualquier detalle de la multitud que lo rodeaba y penetró en el recinto, donde Licinio Minucio, rodeado de muchos auxiliares y soldados, expedía numerosas órdenes.

Los que se atrevieron a presentar la queja pública tan solo excedían a un centenar y, después de prestar declaraciones individuales, bajo la mirada penetrante del legado, eran conducidos uno por uno para dar solución aislada al asunto que les atañía.

Llegado su turno, el anciano israelita expuso sus reclamaciones particulares, atinentes a las indebidas expropiaciones del pasado y a los insultos de los que había sido víctima en la víspera, mientras el orgulloso patricio anotaba sus menores palabras y actitudes, desde lo alto de su cátedra, como quien ya conocía, de largo tiempo, al personaje encausado. Conducido nuevamente al interior, Jochedeb esperó, como los demás, la solución de sus pedidos de reparación a la Justicia; pero en poco tiempo, mientras otros eran convocados nominalmente al arreglo de las cuentas con el Gobierno Provincial, observó que el antiguo caserón se envolvía en gran silencio, percibiendo que su proceso, posiblemente, había sido aplazado por circunstancias que no podía suponer.

Instado nominalmente a dirigirse al juez, oyó, muy sorprendido, la sentencia negativa, leída por un oficial que desempeñaba las atribuciones de secretario de aquella alzada.

–El legado imperial, en nombre de César, resuelve ordenar la confiscación de la supuesta propiedad de Jochedeb ben Jared, concediéndole tres días para desocupar las tierras que ocupa indebidamente, visto que pertenecen, con fundamento legal, al Cuestor Licinio Minucio, habilitado a probar, en cualquier momento, sus derechos de propiedad.

La inesperada decisión causó una intensa conmoción al anciano israelita, a cuya sensibilidad aquellas palabras llevaron un efecto de muerte. No sabría definir la angustiosa sorpresa. ¿No había confiado en la Justicia y no estaba en busca de su acción reparadora? Quería gritar su odio, manifestar sus dolorosas desilusiones; pero la lengua estaba como petrificada en la boca retraída y trémula. Después de un minuto de profunda ansiedad, miró en lo alto la figura detestada del antiguo patricio, que le causaba, ahora, la última ruina, y, envolviéndolo en la vibración colérica del alma resentida y sufridora, encontró energías para decir:

–Oh, Ilustrísimo Cuestor, ¿dónde está la equidad de vuestras sentencias? ¿Vengo aquí implorando la intervención de la Justicia y retribuís mi confianza con una nueva extorsión que aniquilará mi existencia? ¡En el pasado, sufrí la expropiación injusta de todos mis bienes territoriales, conservando con enormes sacrificios la humilde granja, donde pretendo esperar la muerte!... ¿Será creíble que vos, dueño de opulentos latifundios, no sintáis remordimiento en sustraer a este mísero anciano el último pedazo de pan?

El orgulloso romano, sin un gesto que denotase la más leve emoción, respondió secamente:

–¡Póngase en la calle; y que nadie discuta las decisiones imperiales!

–¿No discutir? –clamó Jochedeb ya desvariado–. ¿No podré alzar la voz maldiciendo la memoria de los criminales romanos que

me expoliaron? ¿Dónde colocaréis vuestras manos, envenenadas con la sangre de las víctimas y las lágrimas de las viudas y de los huérfanos despojados, cuando suene la hora del Juicio del Tribunal de Dios?...

Pero, recordando súbitamente el hogar poblado por la ternura de los hijos amorosos, modificó su actitud mental, sensibilizando las fibras más recónditas del ser. Postrándose, de rodillas, en convulsivo llanto, exclamó conmovedoramente:

–¡Tened piedad de mí, Ilustrísimo!... Dejadme la modesta vivienda, donde, por encima de todo, soy padre… ¡Mis hijos me esperan con el beso de su afecto sincero y dedicado!...

Y añadía, ahogado en lágrimas:

–Tengo dos hijos que son dos esperanzas del corazón. ¡Dejadme la casita, por Dios! ¡Prometo conformarme con ese poco, nunca más reclamaré!...

No obstante, el legado impasible respondió con frialdad, dirigiéndose a un soldado:

–Espartaco, para que ese judío impertinente salga del recinto, con sus lamentaciones, dadle diez bastonazos.

El soldado se preparó para cumplir inmediatamente la orden, pero el juez implacable añadió:

–Tenga cuidado de no cortarle el rostro, para que la sangre no escandalice a los transeúntes.

De rodillas, el pobre Jochedeb soportó el castigo y, terminada la prueba, se levantó, tambaleante, alcanzando la plaza asoleada, bajo las risas disfrazadas de cuántos habían presenciado el innoble espectáculo. Nunca, en su vida, había experimentado una desesperación tan intensa como en aquella hora. Quería llorar y tenía los ojos fríos y secos, lamentar la inmensa desdicha y los labios estaban petrificados de resentimiento y dolor. Parecía un sonámbulo vagando inconsciente entre las literas y los transeúntes que se aglomeraban en la enorme plaza. Contempló con extrema e íntima

repugnancia el templo de Venus. Deseaba tener una voz atronadora y poderosa para humillar a todos los circunstantes con la palabra de la condenación. Observando a las cortesanas coronadas que lo encontraban, las armaduras de los tribunos romanos y la ociosa actitud de los afortunados que pasaban desapercibidos de su martirio, suavemente recostados en las literas vistosas de la época, se sintió como sumergido en uno de los pantanos más odiosos del mundo, entre los pecados que los profetas de su raza jamás se cansaron de vencer, con todas las verdades del corazón consagrado al Todopoderoso. Corinto, a sus ojos, era una nueva edición de la Babilonia condenada y despreciable.

De súbito, a pesar de los tormentos que perturbaban su alma exhausta, recordó nuevamente a los hijos queridos, sintiendo, por anticipado, la profunda amargura que la noticia de la sentencia les causaría en su espíritu sensible y afectuoso. El recuerdo de la ternura de Jeziel enternecía su corazón galvanizado en el sufrimiento. Tuvo la impresión de verlo aun a sus pies, suplicando que desistiese de cualquier reclamación y, en sus oídos resonaba ahora, con mayor intensidad, el eco de la exhortación de los Escritos: –"¡Hijo mío, no rechaces la reprensión del Señor!" Pero, al mismo tiempo, ideas destructoras invadían su cerebro cansado y adolorido. La Ley sagrada estaba llena de símbolos de justicia. Y, para él, se imponía como un deber soberano providenciar la reparación que le parecía conveniente. Ahora, en desolación suprema, regresaba al hogar, despojado de todo lo que poseía, aun lo más humilde y más sencillo, ¡y ya al final de la vida! ¿Cómo conseguiría el pan de mañana? Sin elementos de trabajo y sin techo, se veía constreñido a peregrinar en situación parasitaria, al lado de la juventud de los hijos. Inenarrable martirio moral le sofocaba el corazón.

Dominado por ásperos pensamientos, se aproximó al sitio tan querido, donde había construido el nido familiar. El sol caliente de la tarde hacía más dulce la sombra de los árboles, de gajos verdes y abundantes. Jochedeb avanzó por el terreno, que era propiedad suya, y, angustiado por la perspectiva de abandonarlo para siempre,

dio oportunidad a que terribles tentaciones desvariasen su mente. ¿Las tierras de Licinio no limitaban con su granja? Apartándose del camino que lo llevaba al ambiente del hogar, penetró en los matorrales próximos y, después de algunos pasos, fijó su mirada en la línea de demarcación, entre él y su verdugo. Los pastos del otro lado no parecían bien cuidados. Por falta de una mejor distribución del agua común, cierta sequedad general se hacía sentir ásperamente. Apenas algunos árboles, aislados, amenizaban el paisaje con su sombra, refrescando la región abandonada, entre espinos y parásitas que sofocaban las yerbas útiles.

Obcecado por la idea de reparación y venganza, el anciano israelita deliberó incendiar los pastos próximos. No consultaría a los hijos, que posiblemente, doblarían su espíritu, inclinados como estaban a la tolerancia y a la benignidad. Jochedeb retrocedió algunos pasos y, recurriendo al material de trabajo guardado en las proximidades, hizo el fuego con el que encendió un feje de yerbas resecas. Las llamas se expandieron con celeridad, y en pocos minutos, el incendio de los pastos se propagaba con la velocidad de un relámpago.

Terminada la tarea, bajo la penosa impresión de los huesos adoloridos, regresó tambaleante al hogar, donde Abigail lo inquirió, inútilmente, sobre los motivos de tan profundo abatimiento. Jochedeb se acostó mientras esperaba a su hijo; pero, dentro de poco, un ruido ensordecedor le llegaba a los oídos. No lejos de la granja, el fuego destruía árboles amigos y ramajes robustos, reduciendo pastos verdes a puñados de cenizas. Ardía, irremediablemente, una gran área, escuchándose los alaridos lamentosos de las aves que huían despavoridas. Pequeños pajeros del Cuestor, incluso algunas termas pintorescas de su predilección, construidas entre los árboles, ardían igualmente, convirtiéndose en negros escombros. Aquí y allá los gritos de los trabajadores del campo, en espantosa correría por salvar de la destrucción la residencia campestre del poderoso patricio, o procurando aislar la serpiente de fuego que lamía la tierra en todas las direcciones, aproximándose a los pomares vecinos.

Algunas horas de ansiedad esparcieron las más angustiosas

expectativas; pero, al final de la tarde, el incendio había sido dominado, después de enormes esfuerzos.

En balde el viejo judío envió mensajes buscando a su hijo, dentro de los círculos de servicio de su pequeña heredad. Deseaba hablar con Jeziel de sus necesidades y de la situación tormentosa en la que se encontraba nuevamente, ansioso por descansar la mente atormentada en las palabras dulcificantes de su ternura filial. Pero, solo por la noche, con la ropa chamuscada y las manos ligeramente heridas, el joven entró en casa, dejando entrever en el cansancio de la fisonomía la laboriosa tarea que se había impuesto. Abigail no se sorprendió con su aspecto, entendiendo que el hermano no dejó de auxiliar a los compañeros de trabajo de la vecindad, en los sucesos de la tarde, preparando para sus pies cansados y las manos adoloridas el baño de agua aromatizada; pero, tan pronto lo vio y notó las manos heridas, fue con asombro que Jochedeb exclamó:

–¿Dónde estuviste, hijo mío?

Jeziel habló de la espontánea colaboración en el salvamento de la propiedad vecina y, a medida que relataba los tristes sucesos del día, el padre dejaba visible su angustia en la faz sombría, en la que se mostraban los rasgos duros del resentimiento que le devoraba el corazón. Al cabo de algunos minutos, irguiendo la voz desalentada, habló con profunda emoción:

–Hijos míos, me cuesta decírselos, pero fuimos expoliados de la última migaja que nos resta… Reprobando mi reclamación sincera y justa, el legado de César determinó el secuestro de nuestro propio hogar. La inicua sentencia es el pasaporte de nuestra ruina total. ¡Por sus disposiciones, estamos obligados a abandonar la granja en tres días!

Y, elevando los ojos hacia lo Alto, como insistiendo junto a la Divina Misericordia, exclamaba con los ojos llenos de lágrimas:

–¡Todo está perdido!… ¿Por qué fui desamparado así, Dios mío? ¿Dónde está la libertad de vuestro pueblo fiel, si en todas partes, nos exterminan y persiguen sin piedad?

Gruesas lágrimas le escurrían por el rostro, mientras con la voz trémula narraba a los hijos los pesados tormentos de los que había sido víctima. Abigail le besaba las manos con ternura, y Jeziel, sin ninguna alusión a la rebeldía paterna, lo abrazaba después de su dolorosa exposición, consolándolo con amor:

–Padre, ¿por qué os atemorizáis? Dios nunca es avaro de misericordia. ¡Los Escritos Sagrados nos enseñan que Él, ante todo, es el Padre amoroso de todos los vencidos de la Tierra! Esas derrotas llegan y pasan. Tenéis mis brazos y el cuidado afectuoso de Abigail. ¿Por qué lamentarse, si mañana mismo, con el Auxilio Divino, podemos salir de esta casa, para buscar otra en cualquier parte, con la finalidad de consagrarnos al trabajo honesto? ¿Dios no guió a nuestro pueblo expulsado del hogar, a través del océano y del desierto? Entonces, ¿por qué nos negaría su apoyo a nosotros que tanto lo amamos en este mundo? Él es nuestra brújula y nuestra casa.

Los ojos de Jeziel miraban al anciano progenitor en una actitud de súplica profundamente tierna. Sus palabras revelaban el más dulce enternecimiento en el corazón. Jochedeb no era insensible a aquellas hermosas manifestaciones de cariño; pero, ante la revelación de tanta confianza en el poder divino, se sentía avergonzado, después del acto extremo que había practicado. Descansando en la ternura que la presencia de los hijos ofrecía a su espíritu desolado, daba curso a las lágrimas dolorosas que le fluían del alma pungida por acerbas desilusiones. No obstante, Jeziel, continuaba:

–¡No lloréis más padre, contad con nosotros! Mañana, yo mismo organizaré nuestra retirada, como es preciso.

Fue en ese instante que la voz paternal se irguió triste y afirmó:

–¡Pero eso no es todo, hijo mío!...

Y, pausadamente, Jochedeb pintó el cuadro de sus angustias reprimidas, de su cólera justa, que culminó con la decisión de prender fuego a la propiedad del verdugo execrado. Los hijos lo oían espantados, mostrando el dolor sincero que la conducta paterna les causaba.

Después de una mirada de infinito amor y profunda preocupación, el joven lo abrazó, murmurando:

–Padre mío, padre mío, ¿por qué levantaste el brazo vengador? ¿Por qué no esperaste la acción de la Justicia Divina?

Aunque estaba turbado por las afectuosas amonestaciones, el interpelado esclarecía:

–Está escrito en los mandamientos: –"No hurtarás"; y, haciendo lo que hice, busqué rectificar un desvío de la Ley, porque fuimos expoliados de todo lo que constituía nuestro humilde patrimonio.

–Pero, por encima de todas las determinaciones, padre –afirmó Jeziel sin irritación–, Dios mandó a grabar la enseñanza del amor, recomendando que lo amásemos sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón y con todo el entendimiento.

–Amo al Altísimo, pero no puedo amar al romano cruel –suspiró Jochedeb, amargado.

–Pero, ¿cómo revelaremos dedicación al Todopoderoso que está en los Cielos –continuó el joven compadecido–, destruyendo sus obras? En el caso del incendio, no solo tenemos que considerar nuestro testimonio de desconfianza hacia la justicia de Dios, sino los campos que nos suministran cobijo y pan, sufrieron con nuestra actitud y los dos mejores siervos de Licinio Minucio, Caio y Rufilio, fueron heridos de muerte cuando intentaban salvar las termas predilectas del amo, en una lucha inútil para librarlas del fuego que las destruyó; ambos, a pesar de ser esclavos, han sido nuestros mejores amigos. Los árboles frutales y los canteros de legumbres de nuestra propiedad le deben casi todo a ellos, no solo en lo concerniente a las semillas venidas de Roma, sino también en el esfuerzo y cooperación con mi trabajo. ¿No sería justo que honremos su amistad, delicada y diligente, evitándoles la punición y los sufrimientos injustos?

Jochedeb pareció meditar profundamente en las observaciones filiales, expresadas en un tono cariñoso. Mientras Abigail lloraba en silencio, el joven agregaba:

–Nosotros que estábamos en paz, en las derrotas del mundo, porque traíamos la conciencia pura, precisamos, resolver ahora, ¿qué hacer?, en vista de las represalias que nos advendrán. Cuando participaba en el esfuerzo contra el fuego, observé que muchos de los amigos de Minucio me contemplaban con patente desconfianza. A esta hora, ya él habrá regresado de sus actividades en la Corte Provincial. Necesitamos encomendarnos al amor y a la complacencia de Dios, pues no ignoramos los tormentos que reservan los romanos a todos los que no respetan sus determinaciones.

Una penosa nube de tristeza sumergió a los tres en sombrías preocupaciones. En el anciano se observaba una terrible ansiedad, que se mezclaba con el dolor del remordimiento pungente y en ambos jóvenes, se notaba en sus miradas una profunda, angustiosa e intraducible amargura.

Jeziel tomó de sobre la mesa los viejos pergaminos sagrados y le dijo a la hermana, con triste acento:

–Abigail, vamos a recitar el Salmo que nos fue enseñado por mamá para las horas difíciles.

Ambos se arrodillaron y sus voces conmovidas, como las de pájaros torturados, cantaron bajito una de las hermosas oraciones de David, que habían aprendido en el regazo maternal.

"El Señor es mi Pastor,
nada me faltará.
En lugares de verdes pastos me hará descansar,
me guiará mansamente
a aguas muy tranquilas,
confortará mi alma,
me guiará por sendas de justicia
por amor de su nombre
aunque yo anduviese
por el valle de las sombras de la muerte,
no temería mal alguno,
porque Tú estás conmigo…

Tu vara y tu cayado me consuelan.
Me preparas el banquete del amor
en presencia de mis enemigos.
Unges de perfume mi cabeza,
¡y mi copa transborda de júbilo!...
Ciertamente
la bondad y la misericordia
seguirán todos los días de mi vida
y habitaré en la Casa del Señor
por largos días…" (1)

El anciano Jochedeb acompañaba el cántico adolorido, sintiéndose oprimido por amargas emociones. Comenzaba a comprender que todos los sufrimientos enviados por Dios son provechosos y justos, y que todos los males buscados por las manos del hombre traen, invariablemente, torturas infernales a la conciencia sin vigilancia. El cántico opreso de los hijos le henchía el corazón de pungentes tristezas. Recordaba ahora, a la querida compañera que Dios había llamado a la vida espiritual. ¿Cuántas veces, había apaciguado ella a su espíritu atormentado con aquellos inolvidables versos del profeta? Bastaba que su observación amiga y fiel se hiciese oír para que el sentido de la obediencia y de la justicia le hablase más alto al corazón.

Al ritmo de la armonía tierna y triste, que presentaba un acento singular en la voz de los idolatrados hijos, Jochedeb lloró largamente. Desde la pequeña ventana abierta en el humilde aposento, sus ojos buscaron ansiosamente el cielo azul, que se hinchiera de sombras tranquilas.

La noche abrazó la Naturaleza y muy lejos, en lo alto, comenzaban a lucir las primeras estrellas. Identificándose con las sugestiones grandiosas del firmamento, experimentó intensas conmociones en el alma ansiosa. Un profundo enternecimiento lo hizo levantarse

(1) *Salmo, 23. (Nota de Emmanuel)*

y, ansioso de revelar a los hijos cuánto los amaba y cuánto esperaba de ellos en aquella hora culminante de su vida, se inclinó con los brazos abiertos, con significativa expresión de cariño y, cuando las últimas notas se desprendían del cántico de los jóvenes, tomados de la mano y en genuflexión, los abrazó llorando y enunció:

–¡Mis hijos! ¡Mis queridos hijos!...

Pero, en ese instante, se abrió la puerta y un pequeño servidor en la vecindad anunció con gran asombro, que se le denotaba en los ojos:

–Señores, el soldado Zenas y algunos compañeros más os llaman a la puerta.

El anciano unió su diestra al pecho oprimido, mientras Jeziel parecía meditar un instante; sin embargo, revelando la firmeza de su espíritu resuelto, el joven exclamó:

–Dios nos protegerá.

En algunos segundos, el mensajero que comandaba la pequeña escolta leyó el mandato de prisión de toda la familia. La orden era categórica e irrevocable. Los acusados deberían ser encaminados de inmediato a la cárcel, a fin de que se les esclareciese la situación al día siguiente.

Abrazando a los dos hijos, el pobre israelita marchó al frente de la escolta, que los observaba sin piedad.

Jochedeb contempló los canteros de flores y los árboles muy amados junto a la casita sencilla donde tejió todos los sueños y esperanzas de su vida. Una singular emoción dominó su espíritu cansado. Un torrente de lágrimas fluía de sus ojos y, trasponiendo la reja florida, habló en voz alta, mirando el cielo claro, ahora recamado por los astros de la noche:

–¡Señor! ¡Compadécete de nuestro amargo destino!...

Jeziel le apretó dulcemente la mano arrugada, como si le pidiese resignación y calma, y el grupo marchó silenciosamente bajo la luz de las estrellas.

II

Lágrimas y sacrificios

La prisión que recibió a nuestros personajes, en Corinto, era un viejo caserón de corredores húmedos y oscuros, pero la sala destinada a los tres, si bien estaba desprovista de cualquier confort, presentaba la ventaja de tener una ventana enrejada, que comunicaba aquel ambiente desolado con la naturaleza exterior.

Jochedeb estaba cansadísimo y Jeziel, sirviéndose del manto que había tomado, por casualidad, al retirarse, le improvisó un lecho sobre las losas frías del piso. El anciano, atormentado por un aluvión de pensamientos, descansaba el cuerpo adolorido, entregado a penosas meditaciones, sobre los problemas del destino humano. Sin saber exteriorizar sus dolores pungentes, se sumergió en un angustioso mutismo, evitando la mirada de los hijos. Jeziel y Abigail se aproximaron a la ventana, asiéndose a las rejas inflexibles y reprimiendo, con dificultad, la justa inquietud. Ambos miraron, instintivamente, el firmamento, cuya inmensidad siempre resumió la fuente de las más tiernas esperanzas para los que lloran y sufren en la Tierra.

El joven abrazó a la hermana, con inmensa ternura y dijo conmovido:

–Abigail, ¿te acuerdas de nuestra lectura de ayer?

–Sí, –respondió ella con la ingenua serenidad de sus ojos negros y profundos–, ahora tengo la impresión de que los Escritos nos daban un gran mensaje, pues nuestro tema de estudio fue justamente aquel en el que Moisés contemplaba, de lejos, la tierra de Promisión, sin poder alcanzarla.

El joven sonrió satisfecho por sentirse identificado en sus pensamientos y confirmó:

–Veo que estamos de perfecto acuerdo. El cielo, esta noche, nos ofrece la perspectiva de una patria luminosa y distante. Allá –continuaba señalando el cimborio estrellado– organiza Dios los triunfos de la verdadera justicia; da paz para los tristes; consuelo para los abatidos de la suerte. Ciertamente, nuestra madre está con Dios, esperando por nosotros.

Abigail se mostró muy impresionada con las palabras del hermano y afirmó:

–¿Estás triste? ¿Te has disgustado con el proceder de nuestro padre?

–De ningún modo –atajó el joven acariciando sus cabellos–, estamos viviendo experiencias que deben tener la mejor finalidad para nuestra redención, porque, de otro modo, Dios no nos las mandaría.

–No nos enfademos con papá –volvió a decir la joven–; estuve pensando que, si mamá estuviese con nosotros, él no hubiera llegado a realizar unas reclamaciones de tan tristes consecuencias. Nosotros no tenemos aquel poder de persuasión, con el que ella, cariñosa siempre, iluminaba nuestra casa. ¿Recuerdas? Siempre nos enseñó que los hijos de Dios deben estar preparados para la ejecución de las divinas voluntades. Los profetas, a su vez, nos esclarecen que los hombres son varas en el campo de la creación. El Todopoderoso es el labriego y nosotros debemos ser los gajos floridos o fructíferos, en su obra. La palabra de Dios nos enseña a ser buenos y amables. El bien debe ser la flor y el fruto, que el Cielo nos pide.

A esa altura, la bella joven hizo una significativa pausa. Sus grandes ojos estaban velados por un tenue velo de llanto, que no llegaba a caer.

–Pero, –continuó ella, conmoviendo al cariñoso hermano– siempre deseé hacer algún bien, sin conseguirlo jamás. Cuando nuestra vecina enviudó, quise ayudarla con dinero, mas no lo po-

seía; siempre que me surge una oportunidad de abrir las manos, las tengo pobres y vacías. Entonces, ahora, pienso que ha sido útil nuestra prisión. ¿No será una felicidad, en este mundo, que podamos sufrir algo por amor a Dios? Quien nada tiene, aún posee el corazón para darlo. Y estoy convencida de que el Cielo nos bendecirá por nuestra resolución de servirlo con alegría.

El joven la apretó contra su pecho y exclamó:

–¡Dios te bendiga por el entendimiento de sus leyes, hermanita!

Se estableció una larga pausa entre ambos, mientras sumergían en el infinito de la noche clara, los ojos tiernos y ansiosos.

En un momento dado, volvió a considerar la joven:

–¿Por qué será que los hijos de nuestra raza son perseguidos en todas partes, experimentando injusticia y sufrimientos?

–Supongo –respondió Jeziel– que Dios lo permite como ejemplo de un padre amoroso que, para educar a los hijos más jóvenes e ignorantes, toma como base a los hijos más experimentados. Mientras los otros pueblos aplacan fuerzas con la dominación por la espada, o en los placeres condenables, nuestro testimonio al Altísimo, por los dolores y amarguras, multiplica en nuestro espíritu la capacidad de resistencia, al mismo tiempo que los demás hombres aprenden a considerar, con nuestro esfuerzo, las verdades religiosas.

Y, fijando su mirada serena en el firmamento, agregó:

–Pero yo creo en el Mesías Redentor, que vendrá a aclarar todas las cosas. Los profetas nos afirman que los hombres no lo comprenderán; no obstante, él ha de venir enseñando el amor, la caridad, la justicia y el perdón. Nacerá entre los humildes, ejemplificará entre los pobres, iluminará al pueblo de Israel, erguirá a los tristes y oprimidos, tomará, con amor, a todos los que padecen en el abandono del corazón. ¿Quién sabe, Abigail, si no estará ya en el mundo, sin que lo sepamos? Dios opera en silencio y no concurre con las vanidades de la criatura humana. Tenemos fe y nuestra confianza en el Cielo es una fuente de fuerza inagotable. Los hijos

de nuestra raza han padecido mucho, pero Dios sabrá por qué, y no nos enviaría problemas si no los necesitásemos.

La joven pareció meditar largamente y consideró, después de algunos minutos:

–Y ya que hablamos de sufrimientos, ¿cómo debemos esperar el día de mañana? Preveo grandes contrariedades en el interrogatorio y, al final, ¿qué harán los jueces con nuestro padre y con nosotros mismos?

–No debemos aguardar sino disgustos y decepciones, pero no olvidemos la oportunidad de obedecer a Dios. Cuando sufrió la ironía de su mujer en las desdichas extremas, Job tuvo el buen acierto de decir que si el Creador nos da los bienes para nuestra alegría, puede enviarnos igualmente los sinsabores para nuestro provecho. Si papá es acusado, diré que fui yo mismo el autor del delito.

–¿Y si te flagelan por eso? –preguntó ella con la mirada ansiosa.

–Me entregaré al flagelo con la paz de la conciencia. Si estás junto a mí, en ese instante, cantarás conmigo la plegaria de los que se encuentran en aflicción.

–¿Y si te matan, Jeziel?

–Pediremos a Dios que nos proteja.

Abigail abrazó con mayor ternura al hermano, que, por su parte, le costaba disimular la emoción que llevaba en el alma. La hermana querida constituía siempre el tesoro afectivo de toda su vida. Desde que la muerte arrebató a su progenitora, se dedicó a la hermana, con todo el impulso de su corazón. Su vida pura se dividía entre el trabajo y la obediencia al padre; entre el estudio de la Ley y el afecto a la dulce compañera de la infancia. Abigail lo contemplaba tiernamente, mientras él la abrazaba con el éxtasis de la amistad pura, que reúne a dos almas afines.

Después de meditar largos minutos, Jeziel habló conmovido:

–Si yo muriese, Abigail, has de prometerme que seguirás al

pie de la letra aquellos consejos de mamá, para que tuviésemos una vida sin mácula, en este mundo. Te acordarás de Dios y de nuestra vida de trabajo santificador, y nunca oirás la voz de las tentaciones que arrastran a las criaturas a la caída en los abismos del camino. ¿Recuerdas las últimas observaciones de nuestra madre en su lecho de muerte?

–Sí recuerdo –respondió Abigail con una lágrima–. Tengo la impresión de oír aún sus últimas palabras: "y ustedes, hijos míos, amarán a Dios por encima de todo, y con todo el corazón y con todo el entendimiento".

Jeziel sintió los ojos nublados de lágrimas, con aquellos recuerdos, y murmuró:

–Feliz de ti que no olvidaste.

Y como quien deseaba cambiar el rumbo de la conversación, agregó sensibilizado:

–Ahora necesitas descansar.

Aunque ella se negaba al reposo, tomó su manto pobre, e improvisó un lecho bajo la luz macilenta de la luna que penetraba por las rejas y, besando su frente con indecible ternura, le advirtió afectuosamente:

–Descansa, no te impresiones con la situación, pues nuestro destino pertenece a Dios.

Abigail, para agradarle, se aquietó como pudo, mientras él se aproximaba a la ventana para contemplar la belleza de la noche polvoreada de luz. Su corazón joven, se henchía de angustiosas reflexiones. Ahora que el padre y la hermanita reposaban en la sombra, daba curso a las ideas profundas que dominaban su espíritu generoso. Buscaba, ansiosamente, una respuesta a las interrogaciones que mandaba a las estrellas distantes. Esperaba con sinceridad y confianza, por su Dios de sabiduría y misericordia, que sus padres le habían dado a conocer. A sus ojos, el Todopoderoso siempre había sido infinitamente justo y bueno. Él, que había esclarecido al progenitor y consolado a la hermanita, preguntaba también, a

su vez, dentro de sí, el por qué de sus pruebas dolorosas. ¿Cómo se justificaba la prisión inesperada de un anciano honesto, de un hombre trabajador, y de una niña inocente, por una causa tan pequeña? ¿Qué delito irreparable habían practicado para merecer una expiación tan penosa? El llanto le corrió copioso al recordar la humillación de la hermana, pero tampoco trató de enjugar las lágrimas que inundaban su rostro, para esconderlas de Abigail, que tal vez lo observase en la sombra. Rememoraba, una a una, todas las enseñanzas de los Escritos Sagrados. Las lecciones de los profetas consolaban su alma ansiosa. No obstante, vagaba en su corazón una melancolía infinita. Se acordaba del cariño materno que la muerte le arrebató. Si estuviese presente en aquel trance, la madre sabría cómo consolarlos. Cuando niño, en sus pequeñas contrariedades, ella le enseñaba que, en todo, Dios era bueno y misericordioso: que, en las enfermedades, corregía el cuerpo, y en las angustias del alma, esclarecía e iluminaba el corazón; en el desfile de las reminiscencias, consideraba igualmente que ella siempre lo había incitado al valor y a la alegría, haciéndole sentir que la persona convencida de la Paternidad Divina anda, en el mundo, fortalecida y feliz.

Edificado en la fe, cobró ánimo y, después de largas reflexiones, se acostó en las lajas frías del piso, procurando el reposo posible en el silencio augusto de la noche.

El día amaneció henchido de lúgubres expectativas.

En pocas horas, Licinio Minucio, rodeado de numerosos guardias y subordinados, recibió a los prisioneros en la sala destinada a los criminales comunes, donde se exponían algunos instrumentos de punición y suplicio.

Jochedeb y los hijos traían en la palidez del semblante la profunda emoción que los dominaba.

Las costumbres de la época eran excesivamente inhumanas para que el juez implacable y la mayoría de los circundantes se inclinasen a la conmiseración por el aspecto desdichado de ellos.

Algunos verdugos se perfilaban junto a los potros de castigo, donde pendían azotes y cadenas impiadosas.

No hubo interrogatorio, ni declaraciones de testigos, como sería de esperar ante medidas tan odiosas, y, llamado con rudeza por la voz metálica del legado, el anciano judío se aproximó, vacilante y trémulo:

–Jochedeb –exclamó el verdugo impasible y ceñudo–, los que desacatan las leyes del Imperio deben ser punidos a muerte, pero yo traté de ser magnánimo, en consideración a tu vejez desamparada.

Una mirada de angustiosa expectación transfiguró el rostro del acusado, mientras el patricio esbozaba una sonrisa irónica.

–Algunos operarios allá en la heredad –continuó Licinio– vieron cuando con tus perversas manos, incendiaste los pastos secos, en la tarde de ayer. Ese acto redundó en serios perjuicios para mis intereses, aparte de ocasionar males, tal vez irreparables, a la salud de dos siervos muy valiosos. Como no tienes nada tuyo para compensar el daño causado, recibirás el correctivo justo en flagelaciones, para que nunca más vayas a levantar tus garras de buitre contra los intereses romanos.

Bajo la mirada angustiada y llorosa de los hijos, el anciano israelita se arrodilló y murmuró:

–¡Señor, por piedad!

–¿Piedad?, –vociferó Minucio con aspereza–. ¿Cometes un crimen e imploras favores? Bien se dice que tu raza se compone de gusanos asquerosos y despreciables.

Y, designando el tronco, ordenó fríamente a uno de sus secuaces:

–¡Pescenio, apresúrate! Dale veinte latigazos.

Ante la muda aflicción de los jóvenes, el respetable anciano fue sólidamente encadenado.

El castigo iba a comenzar cuando Jeziel, rompiendo la expectativa general, se aproximó a la mesa y habló con humildad:

–Ilustrísimo Cuestor, perdonad mi cobardía de haber callado hasta ahora; pero, os aseguro que mi padre está siendo acusado

injustamente. Fui yo quien incendió los terrenos de vuestra propiedad, perturbado por la sentencia de confiscación emitida contra nosotros. Dignaos, pues, liberarlo y darme a mí el merecido castigo. Lo aceptaré de buen grado.

El patricio tuvo un instante de sorpresa en los ojos fríos, que se caracterizaban por una movilidad extrema, y afirmó:

–Pero, ¿no auxiliaste a mis hombres a salvar una parte de las termas? ¿No fuiste el primero en medicar a Rufilio?

–Lo hice así llevado por el remordimiento, Ilustrísimo –respondió el joven, ansioso por liberar al padre del suplicio inminente–; cuando vi la prolongación del fuego extendiéndose a los árboles, temí las consecuencias del acto practicado, pero, ahora, confieso haber sido su autor.

En ese ínterin, receloso por la suerte del hijo, Jochedeb, exclamó, íntimamente atormentado:

–¡Jeziel, no te inculpes por una falta que no cometiste!...

Empero, marcando las palabras con extrema ironía, el legado replicó, dirigiéndose al joven hebreo:

–Está bien: te excluí hasta ahora, basado en las falsas informaciones que me dieron sobre tu comportamiento; pero, tendrás también tu indispensable ración de disciplina. Tu padre pagará por el crimen en el que fue visto, de manera innegable; y tú pagarás por el que confesaste espontáneamente.

Tomado de sorpresa por la decisión que no esperaba, Jeziel fue conducido al poste de tortura, frente al angustiado padre. A su lado se apostó el compañero de Pescenio, que lo ató sin piedad a las argollas de bronce, y los primeros latigazos comenzaron a lamerle el dorso, crueles, acompasados.

Una… dos… tres…

Jochedeb revelaba profunda debilidad, viéndosele jadear penosamente, mientras que el hijo demostraba tolerar el suplicio con heroísmo y noble serenidad; ambos con los ojos fijos en

Abigail, que los contemplaba excesivamente pálida, mostrando en las lágrimas ardientes que derramaba el lacerante martirio de su espíritu afectuoso.

La terrible punición iba casi por la mitad, cuando un mensajero entró en el recinto y, en voz alta, anunció al legado, en tono solemne:

–Ilustrísimo, portadores de noticias de vuestra casa participan que el siervo Rufilio acaba de fallecer.

El cruel patricio frunció el ceño como acostumbraba hacer en los momentos de explosión colérica. Sentimientos rencorosos le afloraron en el rostro, que la perversidad del egoísmo exacerbado había marcado con trazos indelebles.

–Era el mejor de mis hombres –gritó–. Estos judíos malditos pagarán muy caro esta afrenta.

–Filorio, aplícale veinte latigazos más y enseguida, llévalo a la prisión, de donde deberá seguir para el cautiverio a las galeras.

Entre las pobres víctimas y la joven afligida se intercambió una mirada de intraducible significación. Aquel cautiverio era la ruina y la muerte. Y aún no se habían recobrado de la cruel sorpresa, cuando el juez inexorable prosiguió:

–En cuanto a ti, Pescenio, renueva la tarea. Ese viejo, criminal y sin escrúpulos, pagará la muerte de mi fiel servidor. Golpéale las manos y los pies hasta que quede imposibilitado de caminar y practicar el mal.

Ante la sentencia inicua, Abigail cayó de rodillas implorando en plegarias ardientes. Del pecho del hermano escapaban profundos suspiros, nublándosele los ojos de lágrimas dolorosas, al conjeturar la inexorable desdicha de la hermanita, mientras el padre les buscaba ansiosamente la mirada, receloso de la hora extrema.

Los latigazos continuaban sin tregua, cuando en un momento dado Pescenio no consiguió equilibrarse y la aguzada punta de bronce del azote penetró profundamente en la garganta del pobre israe-

lita, chorreando la sangre a borbotones. Los hijos comprendieron la gravedad de la situación y se miraron ansiosos. En oraciones de sublimado fervor, Abigail se dirigía a Dios, aquel Dios tierno y amoroso que su madre le enseñó a adorar. Filorio había concluido su tenebrosa tarea. La frente de Jeziel se erguía con dificultad, exhibiendo un pastoso sudor tiznado de sangre, los ojos se fijaban en la hermana muy amada, pero, en todo su aspecto, mostraba una profunda debilidad, que anulaba sus últimas resistencias. Incapaz de definir sus propios pensamientos, Abigail repartía su atención angustiosa entre el padre y el hermano. Sin embargo, en pocos minutos, debido al flujo incesante de la sangre que corría en abundancia, Jochedeb dejó pender, para siempre, su encanecida cabeza. La sangre inundó el vestido y se empastaba en sus pies. Bajo la mirada cruel del legado, nadie osó articular palabra. Solo el azote, cortando el ambiente triste de la sala, quebraba el silencio con un silbido singular. Pero, notaron que del pecho de la víctima aún se escapaban unas confusas palabras, de las cuales sobresalían las cariñosas expresiones:

–¡Mis hijos, mis queridos hijos!...

Tal vez la joven no pudo comprender que llegó el momento decisivo, pero Jeziel, a pesar del terrible sufrimiento de aquella hora, lo comprendió todo y haciendo un profundo esfuerzo, gritó a su hermana:

–Abigail, papá está expirando; ten valor, confía… No puedo acompañarte en la oración… pero haz por todos nosotros la oración de los afligidos…

Dando muestras de envidiable fe en tan amargas circunstancias, la joven, de rodillas, miró detenidamente a su anciano padre cuyo pecho ya no jadeaba; después, irguiendo los ojos a lo alto, comenzó a cantar con voz trémula, pero armoniosa y cristalina:

“Señor Dios, padre de los que lloran,
de los tristes, de los oprimidos,
fortaleza de los vencidos,
consuelo de todo dolor,

aunque la miseria amarga
de los llantos de nuestro yerro
de este mundo de destierro
¡clamamos por vuestro amor!

En las aflicciones del camino,
en la noche más tormentosa,
vuestra fuente generosa
es el bien que no secará.
Sois, en todo, la luz eterna
de la alegría y de la bonanza
nuestra puerta de esperanza
que nunca se cerrará".

Sus entonaciones vocales henchían el ambiente de una indefinible sonoridad. El canto se asemejaba más a un gorjeo de dolor de un ruiseñor que cantase, herido, en una alborada de primavera. Tan grande, tan sincera se revelaba su fe en el Todopoderoso, que su actitud general era la de una hija cariñosa y obediente, comunicándose con el padre silencioso e invisible. El llanto turbaba su voz trémula, pero repetía valerosamente la oración aprendida en el hogar, con la más hermosa expresión de confianza en el Altísimo.

Una penosa emoción se apoderó de todos. ¿Qué hacer con una niña cantando al suplicio de sus seres amados y la crueldad de sus verdugos? Soldados y guardias presentes mal disimulaban la emoción. El propio Cuestor parecía inmovilizado, como si estuviese sometido a un fastidioso malestar. Abigail, extraña a la perversidad de aquellas criaturas, suplicando el amparo del Omnipotente, no sabía que el cántico era inútil para la salvación de los suyos, pero que despertaría la conmiseración por su inocencia, ganando así, la libertad.

Recobrando el aliento y percibiendo que la escena había herido la sensibilidad general, Licinio se esforzó para no perder la dureza de espíritu y recomendó a uno de los viejos servidores, en tono imperioso:

–Justino, lleva a esta mujer para la calle y suéltala, ¡pero que no cante más, ni siquiera una nota!

Ante la orden retumbante, Abigail no terminó la oración, enmudeciendo instantáneamente, como si obedeciese a un extraño *staccato*.

Lanzó una mirada inolvidable al cadáver ensangrentado del padre y luego contemplando al hermano herido y encadenado, con quien intercambiaba las más íntimas impresiones en el lenguaje de los ojos adoloridos y ansiosos, se sintió tocada por la mano callosa de un viejo soldado que le decía con voz casi áspera:

–¡Acompáñeme!

Ella se estremeció; sin embargo, dirigiendo a Jeziel la última y significativa mirada, siguió al delegado de Minucio, sin resistencia. Después de atravesar innumerables corredores, húmedos y sombríos, Justino, modificando sensiblemente la voz, le dio a percibir extrema simpatía por su figura casi infantil, murmurando a su oído, conmovedoramente:

–Hija mía, también soy padre y comprendo tu martirio. Si quieres atender a un amigo, escucha mi consejo. Huye de Corinto a toda prisa. Válete de este instante de sensibilidad de tus verdugos y no vuelvas aquí.

Abigail cobró algún ánimo y, sintiéndose animada por aquella simpatía imprevista, preguntó extremadamente turbada:

–¿Y mi padre?

–Tu padre descansó para siempre –murmuró el generoso soldado.

El llanto de la joven se hizo más copioso, manando de sus tristes ojos. Sin embargo, ansiosa por la perspectiva de la soledad, preguntó aun:

–Pero… ¿y mi hermano?

–Nadie regresa del cautiverio de las galeras –respondió Justino con una mirada significativa.

Abigail llevó sus pequeñas manos al pecho, deseando ahogar su propio dolor. Los gonces de la vieja puerta rechinaron lentamente y su inesperado protector exclamó, señalando la calle en pleno movimiento:

–Ve en paz y que los dioses te protejan.

La pobre criatura no tardó en sentir la soledad entre las filas de transeúntes que cruzaban, apresurados, la vía pública. Habituada a los cariños de la casa, en el hogar donde el idioma paterno sustituía al lenguaje de las calles, se sintió extraña en medio de tantas personas inquietas, absorbidas en intereses y preocupaciones materiales. Nadie notaba sus lágrimas, ninguna voz amiga buscaba enterarse de sus íntimas angustias.

¡Estaba sola! Su madre había sido llamada por Dios, años antes; su padre acababa de sucumbir cobardemente asesinado; el hermano, prisionero y cautivo, sin esperanza de indulto. A pesar del sol de medio día, tenía la sensación de intenso frío. ¿Debía regresar al nido hogareño? Pero, ¿con qué fin, si habían sido expulsados? ¿A quién confiar su enorme desdicha? Se acordó de una vieja amiga de la familia. La buscó. La viuda Sostenia, muy querida por su madre, la recibió con la sonrisa generosa de su bondadosa vejez.

Deshecha en llanto, la infortunada le contó todo lo sucedido.

La venerable anciana, acariciando su ondulada cabellera, habló conmovida:

–En las persecuciones pasadas, nuestros sufrimientos fueron los mismos.

Y dando a entender que no deseaba revivir antiguas y dolorosas reminiscencias, Sostenia afirmó:

–Es indispensable el máximo de valor en situaciones penosas como esta. No es fácil alzar el corazón en medio de tan terribles escombros; pero es preciso confiar en Dios en las horas más amargas. ¿Qué esperas hacer ahora que todos los recursos desaparecieron? Por mi parte, nada te puedo ofrecer, salvo mi corazón amigo, pues

también estoy aquí por limosna de la pobre familia que me albergó caritativamente, en la última tempestad de mi vida.

–Sostenia –dijo Abigail suspirando–, mis padres me prepararon para una existencia de valeroso esfuerzo propio. Estoy pensando en recurrir al legado y suplicarle un lugar en nuestra granja, para vivir allí una vida honesta, con la esperanza de volver a ver a Jeziel y a tener su fraterna compañía. ¿Qué piensas al respecto?

Notando la indecisión de la venerada amiga, continuó:

–¿Quién sabe si el Cuestor Licinio se condolerá de mi suerte? Mi resolución tal vez lo enternezca; volveré para la casa y te llevaré conmigo. Serías mi segunda madre para el resto de la vida.

Sostenia la atrajo junto a su corazón y afirmó con los ojos nublados de lágrimas:

–Querida mía, tú eres un ángel, pero el mundo aún es propiedad de los malos. Viviría contigo eternamente, mi buena Abigail; sin embargo, no conoces al legado ni a su camarilla. ¡Oye hija! Es necesario que huyas de Corinto, para que no incidas en más duras humillaciones.

La joven tuvo una exclamación de abatimiento y, después de una larga pausa, agregó:

–Aceptaré tus consejos, pero, antes de cualquier decisión, necesito volver a casa.

–¿Para qué? –interrogó la amiga admirada–. Es imprescindible que partas cuanto antes. No regreses al hogar. A esta hora, es posible que ya esté ocupado por hombres sin escrúpulos, que no te respetarían. Conviene una actitud de sincera fortaleza moral, pues vivimos en una época en la que necesitamos huir de la perdición, como Lot y sus familiares, corriendo el riesgo de que seamos transformados en una estatua inútil, si miramos hacia atrás.

La hermana de Jeziel bebía sus palabras con dolorosa extrañeza, en vista de lo imprevisto de la situación.

Pasado un momento, Sostenia llevó la mano a la frente, como recordando una providencia oportuna y habló con animación:

–¿Te acuerdas de Zacarías, hijo de Hanan?

–¿Aquel amigo de la carretera de Cencréia?

–Él mismo. Fui informada de que, en compañía de su esposa, se prepara para dejar definitivamente Acaya, por haber sido asesinado su único hijo por romanos irresponsables, en estos últimos días.

Confortada por una ardiente esperanza, concluía con ansiedad:

–¡Corre a la casa de Zacarías! Si aún lo encuentras, háblale en mi nombre. Pídele que te acoja. Ruth es un corazón bondadoso y no dejará de extenderte las manos generosas y fraternas; ¡sé que ella te recibirá con cariños maternales!...

Abigail lo oía todo, pero parecía indiferente a su propia suerte. Pero Sostenia la hizo considerar la necesidad del recurso y, transcurridos algunos minutos de consolaciones recíprocas, la joven, bajo el calor abrasador de las primeras horas de la tarde, se puso en camino para Cencréia, dando la impresión de ser una autómata que vagase por el camino, al que varios carruajes e innumerables pedestres imprimían un considerable movimiento. El puerto de Cencréia quedaba a cierta distancia del centro de Corinto. Situado de tal manera que servía a las comunicaciones con Oriente, sus barrios populares estaban llenos de familias israelitas, residenciadas desde mucho tiempo en las regiones de Acaya, o en tránsito para la capital del Imperio y adyacencias. La hermana de Jeziel llegó a la casa de Zacarías dominada por un terrible abatimiento. Aliado a la vigilia de la última noche y a las angustias del día, un penoso cansancio físico le agravaba los desalientos. Las piernas se le ponían temblorosas, al recordar al padre muerto y a su propio hermano prisionero; no reparaba en sí misma, en el mísero estado de su organismo enfermo y desnutrido. Solamente, al acercarse a la modesta morada del amigo, verificó que la fiebre comenzaba a

devorar sus entrañas, obligándola a reflexionar sobre sus dolorosas necesidades.

Zacarías y Ruth, su mujer, atendiendo al llamado, la recibieron asombrados y afligidos.

–¡Abigail!

El grito de ambos revelaba una gran sorpresa, con el aspecto de la joven despeinada, con el rostro enrojecido, los ojos profundos y el vestido desaliñado.

La hija de Jochedeb, perturbada por la debilidad y por la fiebre, se arrojó a los pies de la pareja, exclamando en tono doloroso:

–¡Mis amigos, tengan piedad de mi infortunio!... Nuestra buena Sostenia se acordó de vuestro afecto, en el trance doloroso por el que paso. Yo, que ya no tenía madre, tuve que ver hoy a mi padre asesinado y a Jeziel esclavizado sin indulgencia. ¡Si es verdad que partís de Corinto, llevadme en vuestra compañía, por compasión!

Abigail ahora se abrazaba a Ruth, ansiosamente, mientras la amiga la acariciaba entre lágrimas.

Sollozante, la joven relató los hechos de la víspera y los tristes episodios de aquel día.

Zacarías, cuyo corazón paterno acababa de sufrir un tremendo golpe, la abrazó con afecto y la amparó sensibilizado, exclamando solícito:

–Dentro de una semana regresaremos a Palestina. Aún no sé bien donde vamos a establecer nuestra residencia, pero nosotros, que perdimos a nuestro querido hijo, tendremos en ti a una hija amada. ¡Cálmate! Irás con nosotros, serás nuestra hija para siempre.

Incapaz de traducir su jubiloso agradecimiento, atormentada por la fiebre alta, la joven se arrodilló, en llanto, tratando de exteriorizar su gratitud cariñosa y sincera. Ruth la tomó tiernamente en los brazos y cual desvelado ángel maternal, la condujo a un lecho cómodo, donde Abigail, asistida por los dos amigos generosos, deliró durante tres días, entre la vida y la muerte.

III

En Jerusalén

Después de contemplar angustiosamente el cadáver paterno, el joven hebreo acompañó a la hermana, con una mirada ansiosa, hasta la puerta de acceso a uno de los vastos corredores de la prisión. Jamás había sentido una emoción tan profunda. A su atormentado cerebro acudían los consejos maternos, cuando aseveraba que la criatura humana, por encima de todo, debía amar a Dios. Jamás experimentó lágrimas tan amargas como aquellas que le fluían en torrente, del corazón dilacerado. ¿Cómo recuperar el valor y reorganizar el camino? Deseó, en un momento dado, romper las cadenas, aproximarse al padre inanimado, acariciarle los cabellos blancos y, simultáneamente, abrir todas las puertas, correr en pos de Abigail, tomarla en los brazos para que nunca más se separasen en los caminos de la vida. En balde, se retorció en el tronco del martirio, porque, en retribución a sus esfuerzos, tan solo logró que la sangre manase más copiosamente de las heridas abiertas. Sollozos dolorosos sacudían su pecho, a cuya altura la túnica se había convertido en pedazos de trapos manchados de sangre. Absorto en sí mismo, finalmente, fue recluido en una celda húmeda, donde durante treinta días, sumergió su pensamiento en profundas reflexiones.

Pasado un mes, las heridas estaban cicatrizadas y uno de los administradores de Licinio juzgó que había llegado el momento de enviarlo a una de las galeras del tráfico comercial, donde el Cuestor tenía intereses lucrativos.

El joven hebreo había perdido el color rosado de su rostro y el aspecto ingenuo de la fisonomía cariñosa y alegre. La ruda experiencia le había dado una expresión dolorosa y sombría. Vagaba por su semblante una indefinible tristeza y en la frente se percibían precoces arrugas, anunciadoras de una vejez prematura; pero, en los ojos, la misma serenidad dulce, oriunda de su íntima confianza en Dios. Como otros descendientes de su raza, sufrió el sacrificio pungente; sin embargo, guardaba la fe, como aureola divina de los que saben verdaderamente actuar y esperar. El autor de los Proverbios recomendó, como imprescindible, la serenidad del alma en todas las fluctuaciones de la vida humana, porque de ella proceden las fuentes más puras de la existencia y Jeziel la guardó en el corazón. Huérfano de padre y madre, cautivo por verdugos crueles, sabría conservar el tesoro de la esperanza y buscaría a su hermana, hasta los confines del mundo, si un día consiguiese de nuevo, el beso de la libertad en la frente esclavizada.

Seguido de cerca por centinelas inhumanos, como si fuese un vulgar vagabundo, cruzó las calles de Corinto hasta el puerto, donde lo internaron en la bodega infecta de una galera adornada con el símbolo de las águilas dominadoras.

Reducido a la mísera condición de condenado a trabajos perpetuos, enfrentó la nueva situación lleno de confianza y humildad. El oficial de mar Lisipo notó con admiración su buena conducta y el esfuerzo noble y generoso. Habituado a lidiar con malhechores y gente sin escrúpulos, que, por lo general, requerían de la disciplina del látigo, se sorprendió al reconocer en el joven hebreo la sincera disposición de quien se entregaba al sacrificio, sin rebeldías y sin bajeza.

Manejando los pesados remos con absoluta serenidad, como quien se daba a una tarea habitual, sentía cómo el abundante sudor le inundaba la faz juvenil, recordando, conmovido, los días laboriosos con su arado como amigo. En poco tiempo, el oficial de mar reconoció en él a un siervo digno de estima y consideración, que supo

imponerse a sus propios compañeros con el prestigio de la bondad natural que rebosaba del alma.

–¡Ay de nosotros! –exclamó un colega desalentado–. ¡Pocos son los que resisten estos remos malditos por más de cuatro meses!...

–Pero todo servicio pertenece a Dios, amigo –respondió Jeziel altamente inspirado–, y como aquí nos encontramos en una actividad honesta y con la conciencia tranquila, debemos guardar la convicción de siervos del Creador, trabajando en sus obras.

Para todas las complicaciones de la nueva modalidad de su existencia, tenía una fórmula conciliatoria, armonizando los ánimos más exaltados. El oficial se sorprendía con la delicadeza de su trato y capacidad de trabajo, que se aliaban a los más elevados valores de la educación religiosa recibida en el hogar.

En la bodega oscura de la embarcación, su firmeza de fe no se modificó. Dividía el tiempo entre las labores rudas y las sagradas meditaciones. A todos los pensamientos, sobrellevaba la nostalgia del nido familiar, con la esperanza del reencuentro con su hermana algún día, por más que se dilatase su cautiverio.

De Corinto, la gran embarcación atracó en Cefalonia y Nicópolis, de donde debía regresar a los puertos de la línea de Chipre, después de un ligero paso por las costas de Palestina, de acuerdo con el itinerario organizado para aprovechar el tiempo seco y teniendo en cuenta que el invierno paralizaba toda la navegación.

Afecto al trabajo, no le fue difícil adaptarse a la pesada faena de carga y descarga del material transportado, a la maniobra de los implacables remos y a la asistencia a los pocos pasajeros, siempre que necesitasen de sus servicios, bajo la mirada vigilante de Lisipo.

Regresando de Cefalonia, la galera recibió a un pasajero ilustre. Era el joven romano Sergio Paulo, que se dirigía para la ciudad de Citium, en una comisión de naturaleza política. Con destino al puerto de Nea–Pafos, donde algunos amigos lo esperaban, el joven

patricio se constituyó, de inmediato, entre todos, en objeto de grandes atenciones. Dada la importancia de su nombre y el carácter oficial de la misión que le habían encomendado, el comandante Serbio Carbo le alojó con las mayores comodidades disponibles.

Sin embargo, mucho antes de atracar nuevamente en Corinto, donde la embarcación debería permanecer algunos días, prosiguiendo con la ruta previamente fijada, Sergio Paulo enfermó con fiebre elevada, abriéndosele el cuerpo en llagas purulentas. Se comentaba, subrepticiamente, que en las cercanías de Cefalonia se propagaba una peste desconocida. El médico de abordo no consiguió explicar la enfermedad y los amigos del infectado comenzaron a retraerse con evidente escrúpulo. Pasados tres días, el joven romano se hallaba casi abandonado. El comandante, preocupado, a su vez, con su propia situación y receloso por sí mismo, llamó a Lisipo, pidiéndole que indicase a un esclavo de los más educados y amables, capaz de hacerse cargo de toda la asistencia al ilustre pasajero. El oficial designó a Jeziel, de inmediato, y, en la misma tarde, el joven hebreo entró en el camarote del enfermo, con el mismo espíritu de serenidad que acostumbraba demostrar en las situaciones más dispares y arriesgadas.

Sergio Paulo tenía el lecho en completo desorden. Varias veces, se levantaba de súbito, en el auge de la fiebre que lo hacía delirar, pronunciando palabras sin sentido y agravando, con el movimiento de los brazos, las llagas que sangraban en todo el cuerpo.

–¿Quién eres tú? –preguntó el enfermo delirando, luego que observó la figura silenciosa y humilde del joven de Corinto.

–Me llamo Jeziel, y soy el esclavo que os viene a servir.

Y a partir de aquel momento, se consagró al enfermo con todas las reservas de su afectividad. Con el permiso de los amigos de Sergio, utilizó todos los recursos de los que podía disponer a bordo, imitando la medicación aprendida en el hogar. Días seguidos y largas noches, veló a la cabecera del ilustre romano, con devoción y buena voluntad. Baños, esencias y pomadas eran manipulados y

aplicados con extrema dedicación, como si estuviese tratando a un pariente íntimo y muy querido. En las horas más críticas de la dolorosa enfermedad, le hablaba de Dios, recitaba fragmentos antiguos de los profetas, que traía de memoria, acumulándolo de consolaciones y cariño fraternal.

Sergio Paulo comprendió la gravedad del mal que había apartado a sus seres más queridos y, en la convivencia de aquellos días, le tomó verdadero afecto al enfermero humilde y bueno. Después de algunos días en que Jeziel conquistó plenamente su admiración y su reconocimiento, por los actos de infinita bondad, el enfermo entró en rápida convalecencia, con manifestaciones de alegría general.

Sin embargo, en la víspera de regresar a la bodega sofocante, el joven cautivo presentó los primeros síntomas de la desconocida molestia que se propagaba en Cefalonia.

Después de entenderse con algunos subordinados de categoría, el comandante llamó la atención del patricio, ya casi restablecido, y le pidió su aprobación para el proyecto de lanzar el joven al mar.

–Será preferible envenenar los peces, antes que afrontar el peligro de contagio y arriesgar tantas vidas preciosas –esclarecía Serbio Carbo con maliciosa sonrisa.

El patricio meditó un instante y reclamó la presencia de Lisipo, entrando los tres a tratar el asunto.

–¿Cuál es la situación de este hombre? –preguntó el romano con interés.

El oficial naval aclaró que el joven hebreo había venido con otros individuos, capturado por Licinio Minucio, en ocasión de los últimos disturbios de la Acaya. Lisipo, que simpatizaba extremadamente con el varón de Corinto, buscó pintar con fidelidad la corrección de su conducta, su comportamiento distinguido, la benéfica influencia moral que él ejercía sobre los compañeros muchas veces desesperados y rebeldes.

Después de largas consideraciones, Sergio ponderó con profunda nobleza:

–No puedo admitir que Jeziel sea lanzado al mar con mi consentimiento. Debo a ese esclavo una dedicación que equivale a mi propia vida. Conozco a Licinio y, si fuese necesario, podré explicarle más tarde mi actitud. No dudo que la peste de Cefalonia esté destruyendo su organismo y, por eso mismo, es que les pido la necesaria cooperación, a fin de que el joven sea liberado para siempre.

–Pero eso es imposible… exclamó Serbio renuente.

–¿Por qué no? – replicó el romano. –¿Qué día llegaremos al puerto de Jope?

–Mañana, al anochecer.

–Pues bien; espero que ustedes no se opongan a mis planes, pues tan pronto alcancemos el puerto, llevaré a Jeziel en un bote hasta la orilla, pretextando la necesidad de ejercicio muscular, que necesito recuperar. Ahí, entonces, le daremos la libertad. Es un hecho que se me impone, en obediencia a mis principios.

–Pero, señor… –objetó el comandante indeciso.

–No acepto ninguna restricción, incluso porque Licinio Minucio es un viejo camarada de mi padre.

Y continuó, después de reflexionar un momento:

–¿No ibas a lanzar a este joven al fondo del mar?

–Sí.

–Pues haz constar en tus registros que el esclavo Jeziel, atacado de un mal desconocido, contraído en Cefalonia, fue sepultado en el mar, antes que la peste contagiase a los tripulantes y pasajeros. Para que este hombre no se comprometa, lo instruiré al respecto, dándole una cuantas órdenes terminantes. Además, lo noto bastante debilitado para resistir con éxito las crisis culminantes de la molestia que aún se encuentra en su etapa inicial. ¿Quién podrá

garantizar que él resistirá? ¿Quién sabe si morirá abandonado, en el segundo minuto de libertad?

El comandante y el oficial intercambiaron una mirada inteligente, de implícito acuerdo mutuo.

Después de una larga pausa Serbio accedió, dándose por vencido:

–Está bien, que sea así.

El joven patricio extendió la mano a los dos y dijo:

–Por este obsequio a mi deber de conciencia, podrán siempre disponer en mí de un amigo.

En pocos minutos, Sergio se acercó a Jeziel, semi adormecido junto a su camarote y ya tomado por la fiebre que seguía subiendo, y le dirigió la palabra con delicadeza y bondad:

–Jeziel, ¿desearías volver a ser libre?

–¡Oh! Señor, –exclamó el joven reanimando el organismo con un rayo de esperanza.

–Quiero compensar la dedicación que me dispensaste en los largos días de mi enfermedad.

–Soy vuestro esclavo, señor. Nada me debéis.

Ambos hablaban en griego y, reflexionando súbitamente en la situación de futuro, el patricio interrogó:

–¿Conoces el idioma común de Palestina?

–Soy hijo de israelitas, que me enseñaron la lengua materna en los más tiernos años.

–Entonces, no te será difícil recomenzar la vida en esta provincia.

Y midiendo las palabras, como si temiese alguna sorpresa contraria a sus proyectos, afirmó:

–Jeziel, no ignoras que te encuentras enfermo, tal vez tan gravemente como yo, hace algunos días. El comandante, atento a la

posibilidad de un contagio general, dada la presencia de numerosos hombres a bordo, pretendía lanzarte al mar; pero, mañana por la tarde llegaremos a Jope y he de valerme de esa circunstancia para devolverte a la vida libre. Sin embargo, no desconoces que, procediendo así, estoy infringiendo ciertas determinaciones importantes que rigen los intereses de mis compatriotas, y es justo pedirte sigilo sobre lo que voy hacer.

–Sí, señor –respondió el joven extremadamente abatido, intentando con dificultad coordinar ideas.

–Sé que dentro de poco la enfermedad asumirá graves proporciones, –prosiguió el benefactor. Te daré la libertad, pero solo Dios podrá concederte la vida. Pero, en caso de que te restablezcas, deberás ser un nuevo hombre, con un nombre diferente. No deseo ser inculpado de traidor por mis propios amigos y debo contar con tu cooperación.

–Os obedeceré en todo, señor.

Sergio le lanzó una mirada generosa y terminó:

–Tomaré todas las providencias. Te daré algún dinero para que atiendas a tus primeras necesidades y vestirás una de mis viejas túnicas; pero, tan pronto como te sea posible, vete de Jope hacia el interior de la provincia. El puerto siempre está lleno de marineros romanos, curiosos y maleficentes.

El enfermo hizo un gesto de agradecimiento, mientras Sergio se retiraba para atender al llamado de algunos amigos.

Al día siguiente, a la hora esperada, el caserío palestino estaba a la vista. Y cuando lucían los primeros astros de la noche, un pequeño bote se aproximaba al lugar silencioso de la orilla, tripulado por dos hombres cuyas figuras se perdían en la sombra. Después de unas últimas palabras de buenos consejos y despedida, el joven hebreo besó, conmovedoramente, la diestra del benefactor, que volvió a la galera apresurado y con la conciencia tranquila.

Al comenzar a dar los primeros pasos, Jeziel se sentó presio-

nado por los dolores generales que invadían todo el cuerpo y por el abatimiento natural, consecuencia de la fiebre que lo consumía. Ideas confusas le danzaban en el cerebro. Quería pensar en la ventura de la liberación; deseaba fijar en la mente la imagen de su hermana, que habría de buscar en la primera ocasión; pero un extraño sopor disminuyó sus facultades, acarreándole una somnolencia invencible. Miró, indiferente, las estrellas que poblaban la noche refrescada por las brisas marinas. Observó que había movimiento en las casas próximas, pero permaneció inerte en el matorral en el que se acogió, junto a la playa. Extrañas pesadillas dominaron su reposo físico, mientras el viento le acariciaba la frente febril.

De madrugada, despertó al contacto de unas manos desconocidas, que le revisaban atrevidamente los bolsillos de la túnica.

Abriendo los ojos, somnoliento, notó que las primeras claridades de la alborada adornaban el horizonte. Un hombre de fisonomía sagaz se inclinaba sobre él, buscando algo, con una ansiedad que el joven hebreo adivinó de pronto, convencido de haberse topado con uno de esos malhechores comunes, ávidos de la bolsa ajena. Se estremeció e hizo un movimiento involuntario, observando que el asaltante inesperado alzó la mano derecha, empuñando un instrumento, con la manifiesta intención de exterminarle la vida.

–No me mates, amigo –balbuceó con la voz trémula.

Al escuchar esas palabras, dichas conmovedoramente, el maleante contuvo el golpe homicida.

–Os daré todo el dinero que poseo –remató el joven con tristeza.

Y, hurgando en la faltriquera en la que guardaba el escaso dinero que le había dado el patricio, se lo entregó todo al desconocido, cuyos ojos fulguraban de codicia y placer. En un instante, aquella fisonomía sombría se transformó en el semblante risueño de quien desea aliviar y socorrer.

–¡Oh! ¡Sois excesivamente generoso! –murmuraba tomando posesión de la bolsa repleta.

–El dinero es siempre bueno –dijo Jeziel– cuando podemos adquirir con él la simpatía o la misericordia de los hombres.

El interlocutor fingió no percibir el alcance filosófico de aquellas palabras y aseveró:

–Pero, vuestra bondad, dispensa la ayuda de cualquier elemento extraño para la conquista de buenos amigos. Yo, por ejemplo, me dirigía ahora para mi trabajo en el puerto, pero sentí tanta simpatía por vuestra situación que aquí estoy para cuanto os pueda valer.

–¿Vuestro nombre?

–Irineo de Crotona, para serviros –respondió el interpelado, visiblemente satisfecho con el dinero que le repletaba el bolso.

–Mi amigo –exclamó el liberto extremadamente debilitado–, estoy enfermo y no conozco esta ciudad, para tomar cualquier resolución. ¿Podéis indicarme algún albergue o alguien que me pueda dar la caridad de un asilo?

Irineo esbozó en la faz un gesto de fingida piedad y respondió:

–Lamento no tener nada para poner a la disposición de vuestras necesidades; y tampoco sé donde pueda existir un albergue adecuado para recibiros, como se hace necesario. La verdad es que, para la práctica del mal, todos están prontos, pero para hacer el bien…

Pero, después, concentrándose por unos segundos, añadió:

–¡Ah! ¡Ahora recuerdo!... Conozco unas personas que os pueden auxiliar. Son los hombres del “Camino”. (1)

Algunas palabras más e Irineo se prestó a conducirlo al conocido más próximo, amparando su cuerpo enfermo y vacilante.

---

(1) Primitiva designación del Cristianismo. – *(Nota de Emmanuel.)*

El sol acariciante de la mañana comenzaba a despertar la Naturaleza con sus rayos calientes y confortadores. Hecha la reducida caminata por un atajo agreste, sostenido por el maleante convertido momentáneamente en benefactor, Jeziel paraba a la puerta de una casa de apariencia humilde. Irineo entró y regresó de allá con un hombre de edad, de semblante agradable, que extendió la mano, cordialmente, al joven hebreo, diciendo:

–¿De dónde vienes hermano?

El varón se admiró de tanta afabilidad y delicadeza, en una persona que veía por primera vez. ¿Por qué le daba el título familiar, reservado al círculo más íntimo de los que nacían bajo un mismo techo?

–¿Por qué me llamáis hermano, si no me conocéis? –interrogó conmovido.

Mas, el interpelado, renovando la generosa sonrisa, añadía:

–Todos somos una gran familia en Cristo Jesús.

Jeziel no comprendió. ¿Quién sería aquel Jesús? ¿Un nuevo Dios para los que desconocían la Ley? Reconociendo que la enfermedad no le daba libertad para reflexiones religiosas o filosóficas, respondió simplemente:

–Dios os recompense por la generosidad de la acogida. Vengo de Cefalonia, he enfermado gravemente en el viaje, y así es que, en este estado, recurro a vuestra caridad.

–Efraín –dijo Irineo dirigiéndose al dueño de la casa–, nuestro amigo tiene fiebre y su estado general requiere de cuidados. Usted es uno de los buenos hombres del "Camino", y habrá de acogerlo con el corazón dedicado a los que sufren.

Efraín se aproximó más al joven enfermo y observó:

–No es el primer enfermo de Cefalonia que el Cristo envía a mi puerta. Anteayer, otro surgió aquí con el cuerpo cribado de heridas de mal carácter. Además, conociendo la gravedad del caso, pretendo llevarlo a la tarde para Jerusalén.

–¿Pero, es necesario ir tan lejos? –preguntó Irineo con cierto espanto.

–Solamente allá, tenemos el mayor número de cooperadores –aclaró con humildad.

Oyendo lo que decían y considerando la necesidad de ausentarse del puerto en obediencia a las recomendaciones del patricio que se mostró tan amigo suyo, restituyéndole la libertad, Jeziel se dirigió a Efraín, en una apelación humilde y triste:

–¡Por lo que sois! ¡Llevadme para Jerusalén con vosotros, por piedad!

El interpelado, evidenciando su natural bondad, accedió sin mayor extrañeza:

–Irás conmigo.

Abandonado por Irineo a los cuidados de Efraín, el enfermo recibió el cariño de un verdadero amigo. Si no fuese por la fiebre, habría trabado con el hermano un conocimiento más íntimo, tratando de conocer minuciosamente los nobles principios que lo llevaron a extenderle la mano protectora. Pero, a duras penas consiguió mantenerse con el pensamiento vigilante sobre sí mismo, para esclarecer sus cariñosas interrogaciones, confiando en la Divinidad.

Al crepúsculo, aprovechando la frescura de la noche, una carroza, cuidadosamente protegida por un toldo de paño barato, salía de Jope con destino a Jerusalén.

Caminando con cuidado para no extenuar a la pobre bestia de carga, Efraín transportaba a los dos enfermos a la ciudad próxima, donde buscaría los recursos indispensables. Descansando aquí y allí, solamente a la mañana siguiente el vehículo paró a la puerta de un caserón de grandes proporciones, por lo demás paupérrimo en su apariencia exterior. Un muchacho de semblante alegre vino a atender al recién llegado, que lo interpeló con intimidad:

–Urias, ¿podrás decirme si Simón Pedro está?

–Sí, está.

–¿Podrás llamarlo en mi nombre?

–Ya voy.

Acompañado de Santiago, hermano de Levi, Simón apareció y recibió al visitante con efusivas demostraciones de cariño. Efraín informó el motivo de su presencia. Dos desamparados del mundo requerían auxilio urgente.

–Pero es casi imposible –atajó Santiago–. Estamos con cuarenta y nueve enfermos en cama.

Pedro esbozó una sonrisa generosa y consideró:

–Santiago, si estuviésemos pescando, sería justo que nos eximiésemos de éste o de aquel deber que exorbitase la esfera de las obligaciones inaplazables de cada día, junto a la familia, cuya organización viene de Dios; pero ahora el Maestro nos legó el trabajo de asistencia a todos sus hijos, en sufrimiento. En el presente, nuestro tiempo se destina a eso; veamos, pues, lo que es posible hacer.

Y el bondadoso Apóstol se adelantó para acoger a los dos infelices.

Desde que vino del Tiberíades para Jerusalén, Simón se había transformado en la célula central del gran movimiento humanitario. Los filósofos del mundo siempre pontificaron desde cátedras confortables, pero nunca descendieron al plano de la acción personal, al lado de los más infortunados de la suerte. Jesús había renovado, con ejemplos divinos, todo el sistema de predicación de la virtud. Llamando a sí a los afligidos y los enfermos, inauguró en el mundo la fórmula de la verdadera asistencia social.

Las primeras organizaciones de asistencia se irguieron con el esfuerzo de los apóstoles, bajo el influjo amoroso de las lecciones del Maestro.

Era por ese motivo por el que la residencia de Pedro, donación de varios amigos del "Camino", estaba repleta de enfermos y desvalidos sin esperanza. Eran ancianos que exhibían úlceras asquerosas, procedentes de Cesárea; locos que llegaban de las regio-

nes más lejanas, conducidos por parientes ansiosos de alivio; niños paralíticos, de Idumea, en los brazos maternales, todos atraídos por la fama del profeta nazareno, que resucitaba a los propios muertos y sabía restituir la tranquilidad a los corazones más infortunados del mundo.

Era natural que no todos se curasen, lo cual obligaba al antiguo pescador a albergar consigo a todos los necesitados, con el cariño de un padre. Refugiándose allí, con la familia, era auxiliado particularmente por Santiago, hijo de Alfeo, y por Juan; pero, en breve, Felipe y sus hijas se instalaban igualmente en Jerusalén, cooperando en el gran esfuerzo fraternal. El movimiento de necesitados de toda suerte era tan grande, que hacía mucho tiempo que Simón ya no podía entregarse más a otro menester, en lo concerniente a la predicación de la Buena Nueva del Reino. El aumento de esos servicios vinculó al antiguo discípulo a los mayores núcleos del judaísmo dominante. Obligado a valerse del socorro de los elementos más notables de la ciudad, Pedro se sentía cada vez más responsable de sus amigos benefactores y más comprometido con sus pobres beneficiados, acogidos de todas partes, en grado de recurso supremo a su espíritu de discípulo abnegado y sincero.

Atendiendo a las solicitudes confiables de Efraín, tomó las providencias necesarias para que ambos enfermos fuesen instalados en su pobre casa.

Jeziel ocupó un lecho aseado y sencillo, en estado de completa inconsciencia, en el delirio de la fiebre que lo postraba. No obstante, sus palabras incoherentes revelaban tan exacto conocimiento de los textos sagrados, que Pedro y Juan se interesaron de modo especial por aquel joven de rostro macilento y triste. Sobre todo Simón, pasaba largas horas entretenido en oírlo, anotando sus conceptos profundos, aunque fueran producto de la exaltación febril.

Transcurridas dos semanas exhaustivas, Jeziel mejoró, armonizando de nuevo sus facultades para analizar y sentir su novedosa situación. Se había apegado a Pedro, como un hijo afectuoso a su

legítimo padre. Notando su cariño puesto de manifiesto, de lecho en lecho, de necesitado a necesitado, el joven hebreo experimentaba una deliciosa e íntima sorpresa. El ex pescador de Cafarnaún, relativamente joven aún, era el ejemplo vivo de la renuncia fraterna.

Tan pronto se sintió convaleciente, Jeziel fue trasladado a un ambiente más calmado, a la sombra amena de vetustas palmeras que circundaban la vieja casa.

Desde los primeros días, entre ambos se estableció la corriente magnética de las grandes atracciones afectivas.

En esa mañana, las observaciones amables se sucedían y, no obstante, la justa curiosidad que le surgía del alma, sobre el interesante huésped, Simón no había logrado aún la ocasión para mantener un intercambio de ideas más íntimo, de manera que pudiese sondear sus pensamientos, enterándose de sus sentimientos y de su origen.

Bajo el soplo generoso de la brisa matinal, bajo los árboles frondosos, el Apóstol se animó y a cierta altura de la charla, después de distraer al convaleciente con algunos dichos afectuosos, buscó penetrar el misterio, cuidadosamente:

–Amigo, ahora que Dios te restituyó la preciosa salud, me regocijo porque hayamos recibido tu visita en nuestra casa. Nuestro júbilo es sincero, pues, en los mínimos detalles de tu permanencia entre nosotros, revelaste la condición espiritual de ser un hijo legítimo de los hogares organizados con Dios, por el conocimiento que tienes de los textos sagrados. Y tanto me impresioné con tus referencias a Isaías, cuando delirabas con fiebre alta, que desearía saber de qué tribu desciendes.

Jeziel comprendió que aquel amigo sincero, antes hermano cariñoso en las horas más críticas de la enfermedad, deseaba conocerlo mejor, identificarlo íntima y profundamente, con una delicada estratagema psicológica. Lo halló justo y consideró que no debía despreciar el amparo de un corazón verdaderamente fraterno, para la purificación de sus propias energías espirituales.

–Mi padre era hijo de los alrededores de Sebaste y descendía de la tribu de Isachar –esclareció, con atención.

–¿Y era tan dedicado así al estudio de Isaías?

–Estudiaba sinceramente todo el Testamento, sin preferencias de orden particular. Pero a mí Isaías siempre me impresionó profundamente por la belleza de las promesas divinas de las que fue portador, anunciándonos al Mesías, sobre cuya venida he meditado desde la infancia.

Simón Pedro esbozó una sonrisa de viva satisfacción y dijo:

–Pero, ¿no sabes que el Mesías ya vino?

Jeziel tuvo un brusco sobresalto en la improvisada silla.

–¿Qué decís? –inquirió ansioso.

–¿Nunca oíste hablar de Jesús de Nazaret?

Aunque recordase vagamente las palabras oídas de Efraín, declaró:

–¡Nunca!

–Pues el profeta nazareno ya nos trajo el mensaje de Dios para todos los siglos.

Y Simón Pedro, con los ojos encendidos en la llama luminosa de los que se sienten felices al recordar un tiempo venturoso, le comentó sobre la ejemplificación del Señor, trazando una perfecta biografía verbal del sublime Maestro.

En trazos de fuerte colorido, recordó los días en los que lo hospedaba en su tugurio a la orilla del Genesareth, las excursiones por las aldeas vecinas, los viajes de barca de Cafarnaún a los sitios marginales del lago. Se percibía la intraducible emoción de la voz, la alegría interior con la que rememoraba los hechos y las prédicas junto al lago encrespado, acariciado por el viento, la poesía y la suavidad de los crepúsculos vespertinos. La imaginación viva del Apóstol sabía tejer comentarios juiciosos y brillantes al evocar a un

leproso curado, un ciego que recuperó la vista, un niño enfermo y presto a morir, restablecido.

Jeziel bebía sus palabras, enteramente extasiado, como si hubiese encontrado un nuevo mundo. El mensaje de la Buena Nueva penetraba en su espíritu desencantado, como un bálsamo suave.

Cuando Simón parecía presto a terminar la narración, no pudo contenerse y preguntó:

–¿Y el Mesías? ¿Dónde está el Mesías?

–Hace más de un año –exclamó el Apóstol, apagando la vivacidad con el recuerdo triste –fue crucificado aquí mismo en Jerusalén, entre ladrones.

Enseguida, pasó a enumerar los pungentes martirios, las dolorosas ingratitudes de las que el Maestro fue víctima, las últimas enseñanzas y la gloriosa resurrección del tercer día. Después, habló de los primeros días del apostolado, de los acontecimientos del Pentecostés y de las últimas apariciones del Señor, en el escenario siempre añorado de la Galilea distante.

Jeziel tenía las pupilas húmedas. Aquellas revelaciones sensibilizaron su corazón, como si hubiese conocido al profeta de Nazaret. Y, vinculando el perfil de éste a los textos que retenía de memoria, enunció, casi en voz alta, como si hablase consigo mismo:

–"*Se levantará (1) como un arbusto verde, en la ingratitud de un suelo árido…*

Cargado de oprobios y abandonado por los hombres.

Cubierto de ignominias no merecerá consideración.

Será él quien cargará el fardo pesado de nuestras culpas y sufrimientos, tomando sobre sí todos nuestros dolores.

Parecerá un hombre doblado bajo la cólera de Dios…

Humillado y herido se dejará conducir como un cordero, pero,

---

(1) Del Capítulo 53, de Isaías.

desde el instante en que ofrezca su vida, los intereses del Eterno han de prosperar en sus manos."

Simón, admirado de tanto conocimiento de los textos sagrados, terminó diciendo:

–Voy a buscarte los textos nuevos. Son las anotaciones de Levi (1) sobre el Mesías redivivo.

Y, en pocos minutos, el Apóstol ponía en sus manos los pergaminos del Evangelio. Jeziel no leyó; devoró. Conoció, en voz alta, uno a uno todos los pasajes de la narración, seguido por la atención de Pedro, íntimamente satisfecho.

Terminado el rápido análisis, el joven advirtió:

–Encontré el tesoro de la vida, necesito examinarlo más despacio, quiero saturarme de su luz, pues presiento que aquí está la llave de los enigmas humanos.

Casi llorando, leyó el Sermón de la Montaña, secundado por los conmovedores recuerdos de Pedro. Enseguida, ambos pasaron a comparar las enseñanzas del Cristo con las profecías que lo anunciaban. El joven hebreo estaba muy conmovido y quería conocer los mínimos episodios de la vida del Maestro. Simón intentaba satisfacerlo, edificado y gozoso. El generoso amigo de Jesús, tan incomprendido en Jerusalén, experimentaba una alegría orgullosa por haber encontrado a un joven que se entusiasmaba con los ejemplos y enseñanzas del incomparable Maestro.

–Desde que desperté de mi letargo en vuestra casa –dijo Jeziel–, verifiqué que participaba de principios que no me eran conocidos. Tanta preocupación en amparar a los desfavorecidos de la suerte representa una nueva lección para mi alma. Los enfermos que os bendicen, como lo hago yo ahora, son tutelados por ese Cristo que yo no tuve la ventura de conocer.

–El Maestro amparaba a todos los sufridores y afligidos, y nos

---

(1) Mateo.

recomendó que hiciésemos lo mismo en su nombre, –esclareció el Apóstol enfáticamente.

–De acuerdo con las instrucciones del Levítico –dijo Jeziel–, toda ciudad debe poseer, lejos de sus puertas, un valle, destinado a los leprosos y a otras personas consideradas inmundas; sin embargo, Jesús nos dio un hogar en el corazón de aquellos que lo siguen.

–Cristo nos trajo el Mensaje del Amor –explicó Pedro–, completó la Ley de Moisés, inaugurando una nueva enseñanza. La Ley Antigua es justicia, pero el Evangelio es amor. Mientras el código del pasado preceptuaba el "ojo por ojo, diente por diente", el Mesías enseñó que debemos "perdonar setenta veces siete" y que si alguien quiere sacarnos la túnica debemos darle también la capa.

Jeziel se sensibilizó y lloró. Aquel Cristo amoroso y bueno, suspendido en la cruz de la ignominia humana, era la personificación de todos los heroísmos del mundo. ¡Cómo se aliviaba al analizarlo! Se sentía bien por no haber reaccionado contra el despotismo del que fue víctima. Cristo era el Hijo de Dios y no desdeñó el sufrimiento. Su cáliz transbordó y Pedro le hacía sentir que, en los instantes más acerbos, aquel Maestro humilde y desconocido, en el mundo, sabía transmitir la lección del valor, de la renuncia y de la vida. Como ejemplo de su amor, allí estaba aquel hombre sencillo y cariñoso, que lo llamaba hermano, que lo acogía como un padre dedicado. El joven recordó sus últimos días en Corinto y lloró largamente. Fue entonces cuando, abriendo su corazón, tomó las manos de Pedro y le contó toda su tragedia, sin omitir nada y rogando sus consejos.

Finalizando la narración, agregó conmovido:

–Me revelasteis la luz del mundo; perdonad, pues, si os he revelado mis sufrimientos, que deben ser justos. Tenéis en el corazón las claridades de la palabra del Salvador y habéis de inspirar mi pobre vida.

El Apóstol lo abrazó y murmuró:

–Juzgo prudente que guardes el anonimato, pues en Jerusalén predominan los romanos y no sería justo comprometer al generoso amigo que te restituyó a la libertad. Pero, tu caso no es nuevo, mi amigo. Hace casi un año que estoy en esta ciudad, y, por estos lechos sencillos, han pasado las más singulares criaturas humanas. ¡Yo, que era un paupérrimo pescador, he adquirido una amplia experiencia en el mundo, en estos pocos meses! ¡A estas puertas han tocado hombres harapientos, que fueron políticos importantes; mujeres leprosas, que fueron casi reinas! En contacto con la historia de tantos castillos desmoronados, en el juego de las vanidades mundanas, ahora reconozco que, por encima de todo, las almas necesitan de Cristo.

Esas singulares explicaciones constituían un consuelo para Jeziel, que interrogó agradecido:

–¿Y creéis que os pueda servir de algo? Yo, que era cautivo de los hombres, desearía servir al Salvador, que supo vivir y morir por todos nosotros.

–De ahora en adelante serás mi hijo –exclamó Simón en un arrebato de júbilo.

–Y ya que preciso reformarme en Cristo, ¿cómo me llamaré? –preguntó Jeziel con los ojos fulgurantes de alegría.

El Apóstol reflexionó por algún tiempo y dijo:

–Para que no te olvides de Acaya, donde el Señor se dignó ir a buscarte para su ministerio divino, yo te bautizaré en el nuevo credo con el nombre griego de Esteban.

Se consolidaron aún más los lazos de simpatía que los aproximaron desde el primer instante, y el joven jamás olvidaría aquel encuentro con Cristo, a la sombra de las palmeras aureoladas de luz.

Durante un mes, Jeziel, conocido ahora como Esteban, se absorbió en el estudio de toda la ejemplificación y las enseñanzas del Maestro que no llegó a conocer de modo directo.

La casa de los apóstoles, en Jerusalén, presentaba un movimiento de socorro a los necesitados cada vez mayor, requiriendo un amplio coeficiente de cariño y dedicación. Eran enfermos mentales que llegaban de todas las provincias, ancianos abandonados, niños escuálidos y hambrientos. Y no solo eso. A la hora habitual de las comidas, extensas filas de mendigos comunes imploraban la limosna de la sopa. Acumulando las tareas con ingente sacrificio, Juan y Pedro, con la ayuda de los compañeros, habían construido un modesto pabellón, destinado a los servicios de la iglesia, cuya fundación serviría para difundir los mensajes de la Buena Nueva. Pero, la asistencia a los pobres, no parecía dar treguas a la labor de la divulgación de las ideas evangélicas. No obstante, Juan consideró irracional menospreciar la siembra de la Palabra Divina y gastar todas las posibilidades de tiempo en el servicio del comedor y de las enfermerías, aunque, día a día, se multiplicaba el número de enfermos e infelices que recurrían a los seguidores de Jesús como última esperanza para sus casos particulares. Había enfermos que tocaban a la puerta, benefactores de la nueva institución que requerían situaciones especiales para sus protegidos, amigos que reclamaban su atención a favor de los huérfanos y de las viudas.

En la primera reunión de la humilde iglesia, Simón Pedro, pidió, entonces, que nombrasen a siete auxiliares para el servicio de las enfermerías y de los comedores, resolución que fue aprobada por unanimidad. Entre los siete hermanos escogidos, Esteban fue designado con la simpatía de todos.

Comenzó para el joven de Corinto una vida nueva. Aquellas mismas virtudes espirituales que iluminaban su personalidad y que tanto habían contribuido en la curación del patricio, que lo había restituido a la libertad, difundían entre los dolientes e indigentes de Jerusalén los más santos consuelos. Gran parte de los enfermos, recogidos en el caserón de los discípulos, recobraban la salud. Ancianos desalentados encontraban buen ánimo bajo la influencia de su palabra inspirada en la fuente divina del Evangelio. Madres afligidas buscaban sus seguros consejos; mujeres del pueblo, agotadas por

el trabajo y las angustias de la vida, ansiosas de paz y consolación, disputaban el bálsamo de su presencia cariñosa y fraterna.

Simón Pedro no cabía en sí de contento, ante las victorias de su hijo espiritual. Los necesitados tenían la impresión de haber recibido a un nuevo enviado de Dios para alivio de sus dolores.

En poco tiempo, Esteban se volvió famoso en Jerusalén, por sus actos casi milagrosos. Considerado como un escogido del Cristo, su acción sincera y su resolución logró, en pocos meses, las más amplias conquistas para el Evangelio del amor y del perdón. Su noble esfuerzo no se limitaba a la tarea de mitigar el hambre de los desvalidos. Entre los Apóstoles galileos, su palabra resplandecía en las prédicas de la iglesia, iluminada por la fe ardiente y pura. Cuando casi todos los compañeros, con el pretexto de no herir viejos principios establecidos, dejaban de ampliar los comentarios públicos más allá de las consideraciones agradables al judaísmo dominante, Esteban presentaba a la multitud, valientemente, al Salvador del mundo en la gloria de las nuevas revelaciones divinas, indiferente a las luchas que iría a provocar, comentando la vida del Maestro con su verbo inflamado de luz. Los propios discípulos se sorprendían con la magia de sus profundas inspiraciones. Alma temperada en la forja sublime del sufrimiento, su prédica estaba llena de lágrimas y alegrías, de llamados y aspiraciones.

En pocos meses, su nombre estaba aureolado de una sorprendente veneración. Y, al finalizar el día, cuando llegaban las oraciones de la noche, el joven de Corinto, al lado de Pedro y Juan, hablaba de sus visiones y de sus esperanzas, lleno del espíritu de aquel Maestro adorable, que, a través de su Evangelio, sembró en su corazón las benditas estrellas de un júbilo infinito.

IV

En los caminos de Jope

Estamos en la vieja Jerusalén, en una clara mañana del año 35.

En el interior de un sólido edificio, donde todo transpira el confort y el lujo de la época, un hombre aún joven parece impaciente, a la espera de alguien que se demora. Al menor rumor de la vía pública, corre a la ventana, apresurado, volviendo a sentarse y a examinar los papiros y pergaminos, como quien se distrae matando el tiempo.

Llegado a la ciudad, después de una semana de viaje exhaustivo, Sadoc aguardaba al amigo Saulo para darle el abrazo afectuoso de su amistad de muchos años.

Dentro de poco, un carro minúsculo, semejante a los carruajes romanos, paraba a la puerta, tirado por dos soberbios caballos blancos. En un minuto, nuestros personajes se abrazaban efusivamente, transbordando alegría y juventud.

El joven Saulo presentaba toda la vivacidad de un hombre soltero, bordeando sus treinta años. En su fisonomía llena de virilidad y masculina belleza, se denotaban particularmente los rasgos israelitas en los ojos profundos e incisivos, propios de los temperamentos apasionados e indomables, ricos en agudeza y resolución. Vestía la túnica de los patricios y hablaba con preferencia el griego, al que se aficionó en su ciudad natal, en su convivencia con los maestros bien amados, formados en las escuelas de Atenas y Alejandría.

–¿Cuándo llegaste? –preguntó Saulo, al visitante.

–Estoy en Jerusalén desde ayer por la mañana. Además, estuve con tu hermana y tu cuñado, que me dieron noticias sobre ti al partir para Lida.

–Y, ¿cómo es tu vida allá por Damasco?

–Siempre buena.

Antes de que se hiciese alguna pausa, el otro observó:

–Pero, ¡qué cambiado estás!... Un carro a la romana, la conversación en griego y…

Pero, Saulo, no lo dejó proseguir y remató:

–Y en el corazón, la Ley, siempre deseoso de someter a Roma y a Atenas a nuestros principios.

–¡Siempre el mismo hombre!, –exclamó el amigo con una sonrisa franca–. Además, puedo presentar un complemento a tus propias explicaciones. El carruaje es indispensable para las visitas a una casita florida, en el camino de Jope; y la conversación en griego es necesaria para los coloquios con una legítima descendiente de Isachar, nacida entre las flores y los mármoles de Corinto.

–¿Cómo lo sabes? –inquirió Saulo admirado.

–¿Pues no te dije que estuve ayer en la tarde con tu hermana?

Y los dos, acomodados en confortables poltronas de la época, intercalando la conversación con algunos pequeños vasos del embriagador vino "Chipre", analizaban ampliamente los problemas de la vida personal, relacionando los pequeños sucesos de cada día.

Con mucha jovialidad, Saulo contó al amigo que, de hecho, se había enamorado de una joven de su raza, que aliaba las dotes de peregrina belleza a los más elevados tesoros del corazón. El culto al hogar constituía uno de sus más santificados atributos femeninos. Narró el primer encuentro que tuvieron. Había asistido, en compañía de Alejandro y Gamaliel, hacía unos tres meses, a una festividad íntima que Zacarías ben Hanan, progresista labriego asentado en el camino de Jope, ofreció a algunos amigos bien establecidos, en homenaje a la circuncisión de los hijitos de sus servidores. Añadió

que el anfitrión era un antiguo comerciante israelita que había emigrado de Corinto, después de largos años de trabajo en Acaya, disgustado con las persecuciones de las que había sido víctima. Después de las grandes pruebas en el viaje de Cencréia a Cesárea, Zacarías llegó a aquel puerto en pésimas condiciones financieras, pero fue ayudado por un patricio romano, que le cedió recursos para arrendar una gran propiedad en el camino principal a Jope, a regular distancia de Jerusalén. Saulo, acogido generosamente en su casa, ahora bien provista y feliz, había conocido allí en la joven Abigail, un tierno corazón de niña, dueña de los más bellos fundamentos morales que pudiesen engalanar a una hija de su raza. Era, de hecho, su ideal de mujer: inteligente, versada en la Ley y, sobre todo, dócil y cariñosa. Adoptada por los esposos como hija muy querida, había sufrido amargamente en Corinto, dejando allí al padre muerto y al hermano esclavizado para siempre. Hacía tres meses que se conocían, intercambiando entre ambos las más risueñas esperanzas y, ¿quién sabe?, tal vez el Eterno les reservase la unión conyugal, como coronación de sus sagrados sueños de juventud.

Saulo hablaba con el entusiasmo propio de su temperamento apasionado y vibrante. En su mirada profunda, se le notaba la llama viva de los sentimientos determinados con respecto al afecto que dominaba su capacidad emotiva.

–¿Y ya comunicaste a tus padres esos proyectos? –preguntó Sadoc.

–Mi hermana pretende ir a Tarso en unos dos meses y será la intérprete de mis votos, concernientes a la organización de mi futuro. Además, sabes, que eso no puede ni debe ser un problema de soluciones precipitadas. Pienso que al hombre no le conviene entregarse así, sin más ni menos, a una cuestión decisiva de su destino. Obedeciendo a nuestro viejo instinto de prudencia, estoy analizando cuidadosamente mis propios ideales y aún no llevé a Abigail a nuestra casa a convivir algunos días con Dalila; pretendo hacerlo tan solo antes de la visita de mi hermana al hogar paterno.

–Ya que alientas tantos proyectos para el futuro –añadió el amigo con bondadoso interés–, ¿en qué situación se encuentran tus pretensiones para el cargo en el Sanedrín?

–No puedo quejarme, pues el Tribunal me confiere, actualmente, especialísimas atribuciones. Sabes que Gamaliel hace mucho que viene instando a mi padre para que me traslade a Jerusalén, donde me prometió un lugar de importancia en la administración de nuestro pueblo. Como sabemos, el antiguo maestro tiene mucha edad y desea retirarse de la vida pública. No tardaré en sustituirlo en el voto de las más elevadas deliberaciones, aparte de obtener actualmente una óptima remuneración, independiente de la contribución que me viene de Tarso periódicamente. Por encima de todo, tengo el ideal político de aumentar mi prestigio junto a los rabinos. Es preciso no olvidar que Roma es poderosa y que Atenas es sabia, haciéndose indispensable despertar la eterna hegemonía de Jerusalén como tabernáculo del Dios único. Así, pues, necesitamos doblar las rodillas de griegos y romanos ante la Ley de Moisés.

No obstante, Sadoc, dejando percibir que no prestaba mucha atención a su idealismo nacionalista, retenía el pensamiento en la situación particular, advirtiendo delicadamente:

–Por lo que me dices, me alegra saber que tu padre va mejorando, progresivamente, sus condiciones financieras. Quién diría que fue un humilde tejedor…

–Tal vez, por eso mismo –acotó Saulo–, me enseñó la profesión cuando niño, para que nunca me olvidase de que el progreso de un hombre depende de su propio esfuerzo. Pero, hoy, después de tantas fatigas en el telar, él descansa, con justicia, en una vejez honrada y sin preocupaciones junto a mi madre. Sus caravanas y camellos recorren toda la Cilicia y los transportes le garantizan un movimiento de renta cada vez mayor.

La conversación continuó animada y, en un momento dado, el joven de Tarso inquirió al amigo sobre los motivos que lo traían a Jerusalén.

–Vine a asegurarme de la curación de mi tío Filodemos, que fue sanado de su vieja ceguera, mediante procesos misteriosos.

Y como si trajese el cerebro sobrecargado de interrogaciones de toda suerte, para las cuales no encontraba respuesta en sus propios conocimientos, afirmó:

–¿Ya oíste hablar de los hombres del "Camino"?

–¡Ah! Andrónico me habló sobre ellos, hace mucho tiempo. ¿No se trata de unos pobres galileos andrajosos e ignorantes que se refugian en los barrios despreciables?

–Justamente eso.

Y contó que un hombre llamado Esteban, portador de virtudes sobrenaturales, en el decir del pueblo, había devuelto la vista al tío, con asombro general de mucha gente.

–¿Cómo es eso? –dijo Saulo admirado. ¿Cómo pudo Filodemos someterse a experiencias tan sórdidas? ¿Acaso no habrá comprendido que este hecho puede calificarse como una de las artimañas urdidas por los enemigos de Dios? Varias veces, desde que Andrónico me refirió el asunto por primera vez, he oído comentarios al respecto de esos hombres e incluso llegué a intercambiar ideas con Gamaliel, con la intensión de reprimir esas actividades perniciosas; sin embargo, el maestro, con la tolerancia que lo caracteriza, me hizo ver que esa gente viene auxiliando a numerosas personas sin recursos.

–Sí –atajó el otro–, pero oigo decir que las prédicas de Esteban están arrebatando a muchos estudiosos a nuevos principios que, de algún modo, desmerecen la Ley de Moisés.

–Pero, ¿no fue un carpintero galileo, oscuro, sin cultura, quien originó tal movimiento? ¿Acaso habrá producido otra cosa, además de legumbres y peces?

–Sin embargo, el carpintero martirizado se volvió un ídolo para sus secuaces. Tratando de deshacer las impresiones de mi tío, llamándolo a la razón con la energía necesaria, fui llevado a visitar, ayer, las obras de caridad dirigidas por un tal Simón Pedro. Es una

institución extraña y que no deja de ser extraordinaria. Niños desamparados que encuentran cariño, leprosos que recobran la salud, viejos enfermos y desprotegidos de la suerte que se regocijan por el consuelo.

–¿Pero los enfermos? ¿Dónde permanecen esos enfermos?

–Todos se acogen junto a esos hombres incomprensibles.

–¡Todos están locos! –dijo el joven de Tarso con la franqueza espontánea que marcaba sus actitudes.

Ambos intercambiaron impresiones íntimas, sobre la nueva doctrina, puntuando de ironía el comentario de muchos actos piadosos que llamaban la atención del pueblo sencillo de Jerusalén.

Al finalizar la conversación, Sadoc añadió:

–No me conformo con ver nuestros principios envilecidos y me propongo cooperar contigo, aunque esté en Damasco, para que restablezcamos la imprescindible represión a tales actividades. Con tus prerrogativas de futuro rabino, en situación destacada en el Templo, podrás encabezar una acción decisiva contra esos mistificadores y falsos apóstoles.

–Sin duda –respondió–. Y me propongo ejecutar todas las medidas que el caso requiera. Hasta ahora, la actitud del Sanedrín ha sido de máxima tolerancia, pero haré que todos los compañeros cambien de opinión y procedan como les compete, en vista de esas embestidas que están desafiando un severo castigo.

Y, casi solemne, concluía:

–¿Cuáles son los días de predicación de ese tal Esteban?

–Los sábados.

–Pues bien; pasado mañana iremos juntos a examinar a los mentecatos. En caso que se verifique el carácter inofensivo de sus enseñanzas, habrá que dejarlos en paz con su charlatanería, al lado de las enfermedades del prójimo; pero, en caso contrario, pagarán muy caro la audacia de ofender nuestros códigos religiosos en la propia metrópoli del judaísmo.

Por largo tiempo aun comentaron los asuntos sociales, las intrigas del fariseísmo al que pertenecían, los sucesos del presente y las esperanzas del porvenir.

Al caer la tarde de ese mismo día, el elegante carruaje de Saulo de Tarso atravesaba las puertas de Jerusalén, tomando la dirección del puerto de Jope.

El ardiente sol, todavía alto en el horizonte, henchía el camino con su luz muy viva. El semblante del joven doctor de la Ley irradiaba una alegría loca, al trote largo de los animales, que, de cuando en cuando, pasaban a galopar. Recordaba, satisfecho, el deporte al que se aficionó en la ciudad natal, tan al gusto griego en el que había sido educado, gracias a la solicitud paterna. Con los ojos fijos en los caballos fogosos y veloces, le venían a la mente las victorias alcanzadas, entre los compañeros de juegos en su despreocupada adolescencia.

A pocas millas de distancia, se erguía una casa confortable, entre grandes palmeras y durazneros en flor. Alrededor, grandes plantaciones de legumbres, al lado de un tenue hilo de agua inteligentemente aprovechado en el extenso huerto. La propiedad formaba parte integrante de una de las muchas aldeas pequeñas que rodeaban la Ciudad Santa, erigidas donde quiera que hubiese condiciones favorables para plantíos, de elevado interés en los mercados de Jerusalén, ciudad ubicada en medio de una singular sequedad. Era ahí donde Zacarías se había instalado con la familia, para recomenzar la vida honesta. Ruth y Abigail, trataban de ayudarlo en su noble esfuerzo de hombre activo y trabajador, cultivando frutos y flores, aprovechando con eso toda la tierra disponible.

Dejando Corinto, el generoso israelita encontró grandes dificultades, hasta que desembarcó en Cesárea, donde se le agotaron los últimos recursos. Pero algunos coterráneos lo presentaron a un conocido patricio romano, gran propietario en Samaria, quien le dio prestada una abultada suma, recomendándole aquella zona de Jope donde podría arrendarle la propiedad de un amigo. Zacarías aceptó el auxilio y todo iba a las mil maravillas. La venta de legumbres y frutas, así como la cría de aves y animales pesados, compen-

saban sus fatigas. Aunque se encontraba distante de Jerusalén, tuvo la ocasión de visitar la ciudad, más de tres veces, siendo que, bajo el amparo de Alejandro, pariente próximo de Anás, consiguió que lo incluyeran entre los negociantes privilegiados, que podían vender animales para los sacrificios del Templo. Ayudado por influyentes amigos, de la categoría de Gamaliel y de Saulo de Tarso, que se había emancipado de la condición de discípulo para graduarse como autoridad competente en el más alto tribunal de la raza, pudo rescatar gran parte de sus deudas, caminando vertiginosamente hacia una posición de independencia económica en el país natal. Ruth se regocijaba con la victoria del marido, secundada por Abigail, en quien había encontrado el dedicado afecto de una verdadera hija.

La hermana de Jeziel parecía haber refundido la delicadeza de sus rasgos femeninos, en la forja de los sufrimientos experimentados. La gracia del semblante y el negror de los ojos se habían hermanado a un velo de hermosa tristeza, que la envolvió totalmente, a partir de aquellos trágicos y lúgubres días, pasados en Corinto. ¡Cuánto deseaba una noticia, aunque fuese ligera y banal, del hermano que el destino había convertido en esclavo de verdugos crueles!... Para eso, desde los primeros tiempos, Zacarías no ahorraba en búsquedas ni esfuerzos. Encomendando a un fiel amigo de la Acaya de promover diligencias en tal sentido, apenas fue informado que Jeziel había sido llevado, prácticamente encadenado, a bordo de un navío mercante que se destinaba a Nicópolis. Nada más. Abigail insistía de nuevo. Y de Corinto venían nuevas promesas de los amigos, que proseguían investigando en los círculos de amigos de Licinio Minucio, de modo que descubriesen el paradero del joven cautivo.

En ese día, la joven recordaba profundamente la figura del querido hermano, sus advertencias y consejos, tan cariñosos siempre.

Desde que trabó relaciones con el joven de Tarso y entrevió la posibilidad de una unión conyugal, suplicaba con ansiedad a Dios la consoladora certeza de la existencia del hermano, fuese donde fuese. A su entender, a Jeziel le gustaría conocer al elegido de su co-

razón, cuyos pensamientos eran igualmente iluminados por el celo sincero de servir bien a Dios. Le contaría que el amor de su alma estaba también entretejido de comentarios religiosos y filosóficos, y no tenían cuenta de las veces que ambos se sumergían en la contemplación de la Naturaleza, comparando sus lecciones vivas con los símbolos divinos de los Escritos Sagrados. Saulo le ayudó mucho en el cultivo de las flores de la fe, que Jeziel había sembrado en su alma sencilla. No era él un hombre excesivamente sentimental, dado a las efusiones del cariño que pasa sin mayor significado, pero, comprendió su espíritu noble y leal, el cual mostraba un profundo sentimiento de autodominio. Abigail estaba segura de entender sus aspiraciones más íntimas, en los sueños grandiosos que dominaban su espíritu en la juventud. ¡Sublime atracción esa que la impelía hacia el hombre sabio, voluntarioso y sincero! A veces, le parecía áspero y enérgico en demasía. Sus concepciones de la Ley no admitían medios términos. Sabía ordenar y le desagradaba cualquier expresión de desobediencia a sus propósitos. Aquellos meses de convivencia, casi diaria, le daban a conocer su temperamento indómito e inquieto, a la par de un corazón eminentemente generoso, en el que una fuente de ignorada ternura se retraía en abismales profundidades.

Sumergida en reflexiones en un pequeño banco de piedra junto a los durazneros, en fiesta primaveral, vio que el carro de Saulo se aproximaba al trote largo de los animales.

Zacarías lo recibió en la distancia y juntos, en conversación animada, pasaron al interior de la casa, hacia donde se dirigió la joven.

La conversación se estableció en un tono de cordialidad, que se repetía varias veces por semana, y, como de costumbre, los dos jóvenes, en el deslumbramiento del paisaje crepuscular, tomados, a veces, de las manos, como dos comprometidos, descendieron a la huerta cuyo terreno se constituía de espaciosos canteros de flores orientales. El mar se extendía a una distancia de muchas millas, pero el aire fresco de la tarde daba la impresión de los vientos suaves que soplan en el litoral. Saulo y Abigail hablaron, al principio, de las banalidades de cada día; pero, en un momento dado, reconociendo

el velo de tristeza que se estampaba en el rostro de la compañera, el hombre la interrogó con ternura:

–¿Por qué estás tan triste hoy?

–No lo sé –respondió ella con los ojos humedecidos de lágrimas–, pero, he pensado mucho en mi hermano. Espero, ansiosa, noticias de él, pues guardo la esperanza de que te pueda conocer, más tarde o más temprano. Jeziel acogería tu palabra con entusiasmo y complacencia. Un amigo de Zacarías prometió informaciones al respecto y estamos esperando noticias de Corinto.

Después de una pequeña pausa, irguió sus grandes ojos y prosiguió:

–Oye, Saulo: si Jeziel aún estuviese preso, ¿me prometes tu ayuda a su favor? ¡Tus prestigiosos amigos de Jerusalén podrán intervenir ante el Procónsul de Acaya, para liberarlo! ¿Quién sabe? Mis esperanzas, ahora, se resumen exclusivamente en ti.

Él le tomó la mano y replicó enternecido:

–Haré todo por él.

Y, fijando en ella los ojos dominadores y apasionados, afirmó:

–Abigail, ¿amarías a tu hermano más que a mí?

–¿Qué dices?, –exclamó, comprendiendo la delicadeza de la pregunta–. Entiendes mis sentimientos fraternales y eso me exime de más amplias explicaciones. Como sabes, querido, Jeziel fue mi amparo en los días de orfandad materna. Compañero de infancia y amigo de la juventud sin sueños, fue siempre el hermano cariñoso que me enseñó a deletrear los mandamientos, a cantar los Salmos con las manos unidas, librándome de las veredas del mal e inclinándome al bien y a la virtud. Todo lo que encontraste en mí, constituye una dádiva de su generosa asistencia de hermano dedicado.

Saulo observó sus ojos húmedos de llanto y consideró con bondad:

–No llores. Comprendo tus sagradas razones afectivas. Si fuese necesario iré hasta el fin del mundo para descubrir el paradero

de Jeziel, en caso de que aún esté vivo. Llevaré cartas de Jerusalén a la Corte Provincial de Corinto. Haré de todo. Tranquilízate, pues. Por tus palabras, presumo que sea un santo. Pero hablemos de otras cosas. Hay problemas inmediatos que resolver. ¿Y nuestros proyectos, Abigail?

–Dios ha de bendecirnos, –susurró la joven conmovida.

–Ayer, Dalila y su esposo fueron a Lida, a visitar algunos parientes nuestros. Mientras tanto, quedó todo planeado para que estés con nosotros en Jerusalén, de aquí a dos meses. Antes de que mi hermana emprenda su próximo viaje a Tarso, quiero que ella te conozca más íntimamente, a fin de que exponga, con franqueza, a mis padres, nuestro proyecto de casamiento.

–Tu invitación me sensibiliza sobremanera, pero…

–Nada de restricciones ni timidez. Vendremos a buscarte. Tomaré las medidas indispensables, con Ruth y Zacarías, y, en cuanto a lo necesario para que te presentes en una gran ciudad, no permitiré que hagan aquí ningún gasto. Ya estoy preparándolo todo para que recibas, en pocos días, varias túnicas de modelo griego.

Y remataba la observación con una bella sonrisa:

–Quiero que aparezcas en Jerusalén como exponente perfecta de nuestra raza, desarrollada entre las antiguas bellezas de Corinto.

La joven hizo un gesto tímido, demostrando íntima alegría.

Anduvieron algunos pasos más y se sentaron bajo los viejos y floridos durazneros, respirando profundamente las suaves fragancias que perfumaban el ambiente. La tierra cultivada y colorida de rosas de todos los matices, exhalaba un delicioso aroma. El fin del crepúsculo está siempre lleno de sonidos que pasan apresurados, como si el alma de las cosas estuviese igualmente ansiosa por el silencio, amigo del gran reposo… Eran árboles frondosos en los que se velaban, en las sombras, los últimos pajaritos errantes que volaban con celeridad y las brisas acariciadoras que llegaban de lejos, agitando los grandes ramajes y acentuando los dulces murmullos del viento.

Saulo, embriagado por una indefinible alegría, contempló las primeras estrellas que sonreían en el cielo recamado de luz. La Naturaleza es siempre el espejo fiel de las emociones más íntimas, y aquellas olas de perfume, que la brisa del mar traía de lejos, encontraban eco de misterioso júbilo en su corazón.

–¡Abigail!, –dijo reteniendo su pequeña mano entre las suyas–, la Naturaleza canta siempre con las almas esperanzadas y creyentes. ¡Con qué ansiedad te esperé en el camino de la vida!... Mi padre me habló del hogar y de sus dulzuras y yo aguardaba por la mujer que me comprendiese enteramente.

–Dios es bueno –contestó ella encantada– y solo ahora reconozco que después de tantos sufrimientos, en su misericordia infinita, Él me reservaba el tesoro mayor de mi vida, tu amor, en la tierra de mis padres. Tu afecto, Saulo, concentra todos mis ideales. El Cielo nos hará felices. Todas las mañanas, cuando estemos casados, pediré, en fervorosas oraciones, a los ángeles de Dios que me enseñen a tejer la red de tus alegrías; por la noche, cuando la bendición del reposo envuelva el mundo, te daré el cariño siempre nuevo, de mi afecto. Tomaré tu cabeza atormentada por los problemas de la vida y ungiré tu frente con las caricias de mis manos. Viviré con Dios y contigo, solamente. Te seré fiel por toda la vida y amaré hasta los sufrimientos que las vicisitudes del mundo me puedan acarrear, por amor a tu vida y a tu nombre.

Saulo le apretó las manos con más arrobamiento, arguyendo, deslumbrado:

–Por mi parte, te daré mi corazón dedicado y sincero. Abigail, mi espíritu estaba poseído solamente por el amor a la Ley y a mis padres. Mi juventud ha sido muy inquieta, pero pura. No te ofreceré una flor sin perfume. Desde los primeros días de la juventud, conocí a compañeros que me incitaban a seguir sus pasos inciertos en la embriaguez de los sentidos, precursora de la muerte de nuestras preocupaciones más nobles en este mundo, pero nunca traicioné el ideal divino que vibra en mi alma sincera. Después de los estudios iniciales de mi carrera, encontré mujeres que se me insinuaban,

llevadas por una concepción errónea y peligrosa del amor. En Tarso, en los días suntuosos de los juegos juveniles, después de haber conquistado los mejores laureles, recibía, de jóvenes inquietas, declaraciones de amor y propuestas de nupcias, pero, la verdad es que permanecía insensible, esperándote como heroína ignota de mi sueño, en las asambleas ostentosas de púrpura y flores. Cuando Dios me condujo aquí y te encontré, tus ojos me hablaron, en un destello de sublimes revelaciones. Eres el corazón de mi cerebro, la esencia de mi raciocinio y serás la mano que me guiará en mis edificaciones, en toda la vida.

Mientras la señorita, sensibilizada y venturosa, tenía los ojos nublados de llanto, el fogoso mancebo continuaba:

–Viviremos uno para el otro y tendremos hijos fieles a Dios. Seré el que ordene en nuestras vidas y serás la obediencia en nuestra paz. Nuestra casa será un templo. El amor a Dios será su mayor columna y, cuando el trabajo exija mi ausencia del altar hogareño, quedarás velando en el tabernáculo de nuestra ventura.

–Sí, querido. ¿Qué no haría por ti? Mandarás y obedeceré. Serás el orden en mi vida y yo rogaré al Señor que me auxilie a ser tu bálsamo de ternura. ¡Cuando estés fatigado, me acordaré de mi madre y adormeceré tu alma generosa con las más hermosas oraciones de David!... Interpretarás para mí la palabra de Dios. Serás la ley, seré tu sierva.

Saulo se enternecía, oyendo aquellas expresiones cariñosas. Eran las más bellas que había recibido de un corazón femenino. Ninguna mujer, que no fuese Abigail, jamás le había hablado así a su impetuoso espíritu. Habituado a los extensos y difíciles raciocinios, escaldando el cerebro en los silogismos de los doctores, en busca de un futuro brillante, sentía el alma reseca, sedienta de verdadero idealismo. Desde niño, con una sana educación doméstica, guardaba puros los primeros impulsos del corazón, sin haberlos contaminado jamás en la estera de los placeres fáciles o del fuego de las pasiones violentas, que suelen dejar en el alma el carbón de los dolores sin esperanzas. Acostumbrado al deporte, a los juegos de la época,

seguido siempre de muchos compañeros en desvarío, había tenido el sagrado heroísmo de sobreponer las disposiciones de la Ley a sus propias tendencias naturales. Su concepción de servicio a Dios no admitía concesiones a sí mismo. En su modo de ver, todo hombre debía conservarse indemne de contactos inferiores con el mundo, hasta que alcanzase el lecho nupcial. El hogar constituido habría de ser un tabernáculo de las bendiciones eternas; los hijos, las primicias del altar del Mayor Amor, consagrados al Señor Supremo. No es que su juventud estuviese exenta de deseos. Saulo de Tarso experimentaba todos los anhelos de la impetuosa juventud de su tiempo. Imaginaba ambientes donde sus aspiraciones quedaban satisfechas, y, no obstante, sujeto a los cariños maternos, se prometiera a sí mismo jamás desvirtuarse. La vida del hogar es la vida de Dios. Y Saulo se guardaba para emociones más sublimadas. De esperanza en esperanza, veía pasar los años, esperando que la inspiración divina determinase la ruta de sus ideales. Esperaba y confiaba. Sus padres presumían encontrar, allí o acullá, aquella a quién él debiese elegir; mientras tanto, Saulo, enérgico y resuelto, removía la intervención de los parientes queridos, en lo concerniente a la elección que afectaba la decisión de su destino. Abigail le hinchió el corazón. Era la flor mística de su ideal, el alma que entendería sus aspiraciones en perfecta sintonía de pensamientos. Con los ojos fijos en sus facciones delicadas, que la luz pálida de la luna iluminaba, tuvo ansias de guardarla para siempre en sus fuertes brazos. Al mismo tiempo, suave enternecimiento vibraba en su alma. Deseaba atraerla a sí, como si lo hiciese con un dulce niño, y acariciarle los cabellos sedosos con todo el caudal de su cariño.

Arrobados de gozo espiritual, hablaron largo tiempo del amor que los identificaba en la misma aspiración de ventura. Todos los comentarios más íntimos hacían de Dios el sagrado partícipe de sus auspiciosas esperanzas en el futuro, santificadas en júbilos infinitos.

Tomados de las manos se extasiaron con el maravilloso plenilunio. Las adelfas parecían sonreírles. Las rosas orientales, aureoladas por los rayos de la luna, eran para ellos un mensaje de belleza y perfume.

Al despedirse, Saulo añadió, venturoso:

–Dentro de dos días volveré a verte. Quedamos de acuerdo. Cuando Dalila parta, llevará noticias nuestras a mis padres y, precisamente, dentro de seis meses, quiero tenerte conmigo para siempre.

–¿Seis meses? –contestó ella un tanto ruborizada y sorprendida.

–Pienso, que no habrá nada que pueda embargar esta resolución, puesto que ya tenemos lo indispensable.

–¿Y si hasta allá, no tuviésemos aún, noticias de Jeziel? Por mi parte, desearía casarme convencida de su complacencia y aprobación.

Saulo esbozando una leve sonrisa, en la que había mucho de contrariedad mal disimulada, esclareció:

–En cuanto a eso, puedes estar tranquila. Cuidaremos primero de la actitud de los míos, que se encuentran en un plano más inmediato; y tan pronto resolvamos el problema, si fuese preciso, iré personalmente a Acaya. Es imposible que Zacarías no reciba nuevas noticias de Corinto, en las próximas semanas. Entonces, decidiremos con mayor seguridad.

Abigail tuvo un gesto de satisfacción y reconocimiento.

Hermanados, ahora, en la misma vibración de júbilo, antes de que entrasen en casa, donde los dueños los aguardaban entretenidos con la lectura de las Profecías, Saulo llevó la mano de la joven a los labios y musitó la despedida habitual:

–¡Fiel para siempre!...

En pocos minutos, después de una ligera charla con los amigos, se oía el trote de los animales por el camino de regreso a Jerusalén. El minúsculo carro rodaba con celeridad, bajo la luz de la luna, envuelto en una nube de polvo.

V

La prédica de Esteban

Saulo y Sadoc entraron en la humilde Iglesia de Jerusalén, notando la masa compacta de pobres e indigentes que se aglomeraba allí con un rayo de esperanza en los ojos tristes.

El sencillo pabellón, construido a costa de tantos sacrificios, no pasaba de ser un gran tejado revestido de paredes frágiles, carente de toda comodidad.

Santiago, Pedro y Juan se sorprendieron mucho con la presencia del joven doctor de la Ley, que se popularizó en la ciudad por su oratoria vehemente y por el minucioso conocimiento de las Escrituras.

Los generosos galileos le ofrecieron el banco más confortable. Él aceptó las gentilezas que le dispensaban, sonriendo con evidente ironía hacia todo lo que allí se le deparaba. Íntimamente, consideraba que Sadoc había sido víctima de falsas apreciaciones. ¿Qué podían hacer aquellos hombres ignorantes, hermanados a otros ya envejecidos, enclenques y enfermos? ¿Qué podían significar de peligroso para la Ley de Israel aquellos niños abandonados, aquellas mujeres semi muertas, en cuyos corazones parecían aniquiladas todas las esperanzas? Experimentaba un gran malestar teniendo cerca de sí a tantos rostros que la lepra había devastado, que las úlceras malignas habían desfigurado impiadosamente. Aquí, un anciano con llagas purulentas envueltas en paños fétidos; más allá, un inválido mal cubierto de paños viejos, al lado de huérfanos andrajosos que se acomodaban con humildad.

El conocido doctor de la Ley notó la presencia de varias personas que acompañaban su palabra en la interpretación de los textos de Moisés, en la Sinagoga de los Cilices; otras que seguían de cerca sus actividades en el Sanedrín, donde su inteligencia era tenida como garantía de esperanza racial. Por la mirada, comprendió que esos amigos también estaban allí por primera vez. Su visita, al templo ignorado de los galileos sin nombre, atrajo a muchos seguidores del farisaísmo dominante, ansiosos por los servicios eventuales que pudiesen destacarlos y recomendarlos a las autoridades más importantes. Saulo concluyó que aquella fracción del auditorio hacía acto de presencia y de solidaridad en cualquier medida que hubiese que tomar. Le pareció natural y lógica aquella actitud, conveniente a los fines que se proponía. ¿No se contaban hechos increíbles, operados por los adeptos del "Camino"? ¿No serían groseras y escandalosas mistificaciones? ¿Quién diría que todo aquello no fuese el producto innoble de brujerías y sortilegios condenables? En la hipótesis de identificar cualquier finalidad deshonesta, podía contar, allí mismo, con un gran número de correligionarios, dispuestos a defender el riguroso cumplimiento de la Ley, aunque les costase los más pesados sacrificios.

Notando uno que otro cuadro desagradable a su mirada acostumbrada a los ambientes de lujo, evitaba mirar a los inválidos y enfermos que se agrupaban en el recinto, llamando la atención de Sadoc, con observaciones irónicas y pintorescas. Cuando el vasto recinto, desnudo de ornamentos y símbolos de cualquier naturaleza, se llenó por completo, un joven atravesó las extensas filas, acompañado por Pedro y Juan, subiendo los tres a un estrado casi natural, formado por piedras superpuestas.

–¡Esteban!... ¡Es Esteban!...

Voces sofocadas alentaban al predicador, mientras sus admiradores más fervorosos le señalaban con jubilosas sonrisas.

Un inesperado silencio mantenía a los presentes en singulares expectativas. El joven, delgado y pálido, en cuya asistencia

los más infelices juzgaban encontrar el Amor del Cristo, oró en voz alta suplicando para sí mismo y para la asamblea la inspiración del Todopoderoso. Enseguida, abrió un libro en forma de papiro y leyó un pasaje de las anotaciones de Mateo:

–Pero, id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel; y, yendo, predicad diciendo: El Reino de los Cielos ha llegado. (1)

Esteban irguió hacia lo alto los ojos serenos y fulgurantes, y, sin perturbarse con la presencia de Saulo y de sus numerosos amigos, comenzó a hablar más o menos en estos términos, con la voz clara y vibrante:

–"Queridos míos, he aquí que han llegado los tiempos en los que el Pastor viene a reunir a las ovejas en torno de su celo sin límites. Éramos esclavos de las imposiciones por los raciocinios, pero hoy somos libres por el Evangelio del Cristo Jesús. Nuestra raza guardó, desde épocas inmemoriales, la luz del Tabernáculo y Dios nos envió a su Hijo sin mácula. ¿Dónde están, en Israel, los que aún no oyeron los mensajes de la Buena Nueva? ¿Dónde, los que aún no se sintieron felices con las alegrías de la nueva fe? Dios envió su respuesta divina a nuestros anhelos milenarios, y hoy la Revelación de los Cielos aclara nuestros caminos. De acuerdo con las promesas de la profecía de todos cuantos lloraron y sufrieron por amor al Eterno, el Emisario Divino vino hasta el antro de nuestros dolores amargos y justos, para iluminar la noche de nuestras almas impenitentes, haciendo resplandecer para nosotros los horizontes de la redención. El Mesías atendió a los problemas angustiosos de la criatura humana, con la solución del amor que redime a todos los seres y purifica todos los pecados. Maestro del trabajo y de la perfecta alegría de la vida, sus bendiciones representan nuestra herencia. Moisés fue la puerta, el Cristo es la llave. Con la corona del martirio adquirió, para nosotros, la corona inmortal de la salvación. Éramos cautivos del error, pero su sangre nos liberó. En la vida y en la muerte, en las alegrías de Canaán, como en las angustias del Calvario, por lo que

(1) Mateo, 10:6–7. – *(Nota de Emmanuel.)*

hizo y por todo lo que dejó de hacer en su glorioso paso por la Tierra, Él es el Hijo de Dios iluminando el camino".

"Por encima de todas las reflexiones humanas, fuera de todos los problemas generados por las ambiciones terrestres, su Reino de Paz y Luz resplandece en la conciencia de las almas redimidas.

¡Oh Israel! ¡Tú que esperaste por tantos siglos, tus angustias y dolorosas experiencias no fueron vanas!... Mientras otros pueblos se debatían en los intereses inferiores, cercando los falsos ídolos de artificial adoración y promoviendo, simultáneamente, las guerras de exterminio con excesos de perversidad, tú, Israel, esperaste al Dios justo. ¡Cargaste los grilletes de la impiedad humana, en la desolación y en el desierto; convertiste en cánticos de esperanza las ignominias del cautiverio; sufriste el oprobio de los poderosos de la Tierra; viste a tus varones y a tus mujeres, a tus jóvenes y a tus niños, exterminados bajo el guante de las persecuciones, pero nunca dejaste de creer en la justicia de los Cielos! ¡Como el Salmista, afirmaste con tu heroísmo que el amor y la misericordia vibran en todos tus días! Lloraste en el largo camino de los siglos, con tus amarguras y heridas. Como Job, viviste de tu fe, subyugada por las cadenas del mundo, pero ya recibiste el sagrado depósito de Jehová –¡Oh Dios único!... ¡Oh! ¡Esperanzas eternas de Jerusalén, cantad de júbilo, regocijaos, aunque no hubiésemos sido enteramente fieles a la comprensión, por conducir el Cordero Amado a los brazos de la cruz! ¡Sin embargo, sus llagas nos compraron el acceso al cielo, al elevado precio del sacrificio supremo!...

Isaías lo contempló, doblado bajo el peso de nuestras iniquidades, floreciendo en la aridez de nuestros corazones, cual flor del cielo en un suelo adusto, mas, reveló también, que desde la hora de su extrema renuncia, en la muerte infamante, la sagrada causa divina prosperaría para siempre en sus manos.

Amados, ¿dónde andarán aquellas ovejas que no supieron o no pudieron esperar? ¡Busquémoslas para Cristo, como dracmas perdidas de su extremado amor! ¡Anunciemos a todos los deses-

perados las glorias y los júbilos de su Reino de Paz y de Amor Inmortal!...

La Ley nos retenía en el espíritu de nación, sin conseguir apagar de nuestra alma el deseo humano de supremacía en la Tierra. Muchos de nuestra raza han esperado a un príncipe dominador, que penetrase triunfante en la Ciudad Santa, con los trofeos sangrientos de una batalla de ruina y muerte; que nos hiciese empuñar un cetro odioso de fuerza y tiranía. Pero el Cristo nos liberó para siempre. Hijo de Dios y emisario de su gloria, su mayor mandamiento confirma a Moisés, cuando recomienda el amor a Dios por encima de todas las cosas, de todo el corazón y entendimiento, agregando, en el más hermoso decreto divino, que nos amemos unos a los otros, como Él mismo nos amó.

Su Reino es el de la conciencia recta y del corazón purificado al servicio de Dios. Sus puertas constituyen el maravilloso camino de la redención espiritual, abiertas de par en par a los hijos de todas las naciones.

Sus discípulos amados vendrán de todos los cuadrantes. Fuera de sus luces, habrá siempre tempestad para el viajero vacilante de la Tierra que, sin el Cristo, caerá vencido en las batallas infructuosas y destructoras de las mejores energías del corazón. Solamente su Evangelio confiere paz y libertad. Es el tesoro del mundo. En su gloria sublime los justos encontrarán la corona del triunfo, los infortunados el consuelo, los tristes la fortaleza del buen ánimo, los pecadores la senda redentora de los rescates misericordiosos.

Es verdad que no lo habíamos comprendido. En el gran testimonio, los hombres no entendieron su Divina Humildad y sus amigos lo abandonaron. Sus llagas se agudizaron por nuestra indiferencia criminal. Nadie podrá eximirse de esa culpa, visto que todos somos herederos de sus dádivas celestiales. Donde todos gozan del beneficio, nadie puede huir de la responsabilidad. Esa es la razón por la que respondemos por el crimen del Calvario. Pero, sus heridas fueron nuestra luz, sus martirios el más ardiente llamado de

amor, su ejemplo el derrotero abierto para realizar el bien sublime e inmortal.

¡Venid, pues, a comulgar con nosotros a la mesa del Banquete Divino! No santifiquemos más las fiestas del pan putrescible, sino el alimento de la alegría y de la vida… No bebamos más el vino que fermenta, sino el néctar confortante del alma, diluido en los perfumes del amor inmortal.

El Cristo es la sustancia de nuestra libertad. Algún día vendrá en que su Reino abarcará a los hijos del Oriente y del Occidente, en un abrazo de fraternidad y de luz. Entonces, comprenderemos que el Evangelio es la respuesta de Dios a nuestros llamados, con base en la Ley de Moisés. La Ley es humana; el Evangelio es Divino. Moisés es el conductor; el Cristo, el Salvador. Los profetas fueron administradores fieles; pero, Jesús, es el Señor de la Viña. ¡Con la Ley, éramos siervos; con el Evangelio, somos hijos libres de un Padre amoroso y justo!…"

En ese ínterin, Esteban interrumpió el mensaje que fluía armonioso y vibrante de sus labios, inspirado en los más puros sentimientos. Los oyentes de todos los matices no consiguieron ocultar el asombro, ante sus conceptos de vigorosas revelaciones. La multitud se embriagó con los principios expuestos. Los mendigos, aglomerados allí, dirigían al predicador una sonrisa de aprobación, muy significativa, de jubilosas esperanzas. Juan fijaba los ojos enternecidos en él, identificando una vez más, en su verbo ardiente, el mensaje evangélico interpretado por un discípulo dilecto del inolvidable Maestro, jamás alejado de los que se reúnen en su nombre.

Saulo de Tarso, emotivo por temperamento, se fundía en la onda de admiración general; pero, muy sorprendido, verificó la diferencia entre la Ley y el Evangelio anunciado por aquellos hombres extraños, que su mentalidad no podía comprender. Analizó, de inmediato, el peligro que las nuevas enseñanzas acarreaban para el judaísmo dominante. Se perturbó con la prédica oída, no obstante su resonancia de misteriosa belleza. Su raciocinio le imponía eli-

minar la confusión que se esbozaba, a propósito de Moisés. La Ley era una y única. Aquel Cristo que culminó en la derrota, entre dos ladrones, surgía a sus ojos como un mistificador indigno de cualquier consideración. La victoria de Esteban en la conciencia popular, como la que se verificaba en aquel instante, le causaba indignación. Aquellos galileos podrían ser piadosos, pero no dejaban de ser criminales por la subversión de los principios inviolables de la raza.

El orador se preparaba para retomar la palabra, momentáneamente interrumpida y aguardada con expectación de júbilo general, cuando el joven doctor se levantó osadamente y exclamó, casi colérico, recalcando los conceptos con evidente ironía:

–"Piadosos galileos, ¿dónde está el sentido de vuestras doctrinas extrañas y absurdas? ¿Cómo osáis proclamar la falsa supremacía de un nazareno oscuro sobre Moisés, en la propia Jerusalén donde se deciden los destinos de las tribus del invencible Israel? ¿Quién era ese Cristo? ¿No fue un simple carpintero?"

Ante el orgulloso entono de la inesperada inculpación, hubo en el ambiente un cierto retraimiento de temor, pero, de los desvalidos de la suerte, para quien el mensaje del Cristo era el alimento supremo, partió hacia Esteban una mirada de defensa y jubiloso entusiasmo. Los Apóstoles de Galilea no conseguían disimular su recelo. Santiago estaba pálido. Los amigos de Saulo le notaron la máscara escarnecedora. El predicador también empalideció, pero revelaba en su mirada resuelta, los mismos rasgos de imperturbable serenidad. Mirando al doctor de la Ley, el primer hombre de la ciudad que se atrevió a perturbar el esfuerzo generoso de la difusión del Evangelio, sin traicionar la savia de amor que desbordaba de su corazón, hizo ver a Saulo la sinceridad de sus palabras y la nobleza de sus pensamientos. Y antes que los compañeros volviesen en sí de la sorpresa que los tomó, con admirable presencia de espíritu, indiferente a la impresión del temor colectivo, ponderó:

"Es verdad que el Mesías fue un carpintero, pero no por ello la Humanidad quedaría sin abrigo. De hecho, ¡Él era el Abrigo de

la Paz y de la Esperanza! Nunca más andaremos a la intemperie de las tempestades ni en la estela de los razonamientos quiméricos de cuantos viven por el cálculo, sin la claridad del sentimiento".

La respuesta concisa y audaz, desconcertó al futuro rabino, habituado a triunfar en las esferas más cultas, en todos los debates de palabras. Enérgico, ruborizado, evidenciando profunda cólera, se mordió los labios, gesto que era peculiar en él y acrecentó con voz imponente:

–"¿A dónde iremos con semejantes excesos de interpretación, en torno a un mistificador vulgar, que el Sanedrín castigó con la flagelación y la muerte? ¿Qué decir de un Salvador que no consiguió salvarse a sí mismo? Si era un emisario revestido de poderes celestiales, ¿cómo no evitó la humillación de la sentencia infamante? El Dios de los ejércitos, que secuestró a la nación privilegiada del cautiverio, que la guió a través del desierto, abriéndole paso por el mar; que sació el hambre con el maná divino y, por amor, transformó la roca impasible en fuente de agua viva, ¿no tendría otros medios de señalar a su enviado sino con una cruz de martirio, entre malhechores comunes? ¿Tenéis tan menospreciada, en esta casa, la gloria del Señor Supremo? ¡Todos los doctores del Templo conocen la historia del impostor que adoráis con la simplicidad de vuestra ignorancia! ¿No vaciláis en rebajar nuestros propios valores, presentando a un Mesías dilacerado y sangriento, bajo los gritos burlones del pueblo?... ¿Lanzáis vergüenza sobre Israel y deseáis fundar un nuevo reino? Sería justo que nos dieseis a conocer, completamente, el móvil de vuestras fábulas piadosas".

Establecida una pausa en su áspera reprensión, el orador volvió a hablar con dignidad:

"–Amigo, bien se decía que el Maestro llegaría al mundo para confusión de muchos en Israel. Toda la historia edificante de nuestro pueblo es un documento de la Revelación de Dios. ¿Acaso no veis en los efectos maravillosos con que la Providencia guió a las tribus hebreas, en el pasado, la manifestación del cariño extremo

de un Padre deseoso de construir el futuro espiritual de sus queridos niños del corazón? Con el paso del tiempo, observamos que la mentalidad infantil propicia más amplios principios educativos. Lo que ayer era cariño, es hoy energía oriunda de las grandes expresiones amorosas del alma. Lo que ayer era bonanza y verdor, para nutrición de la sublime esperanza, hoy puede ser tempestad, para dar seguridad y resistencia. Antiguamente, éramos niños hasta en el trato con la revelación; pero, ahora, los varones y las mujeres de Israel alcanzaron la condición de adultos en el conocimiento. El Hijo de Dios trajo la luz de la verdad a los hombres, enseñándoles la misteriosa belleza de la vida, con su engrandecimiento por la renuncia. Su gloria se resumió en amarnos, como Dios nos ama. Por esa misma razón, Él no fue comprendido aún. ¿Acaso podríamos aguardar un Salvador de acuerdo con nuestros propósitos inferiores? Los profetas afirman que las estradas de Dios pueden no ser los caminos que deseamos, y que sus pensamientos no siempre se podrán armonizar con los nuestros. ¿Qué diríamos de un Mesías que empuñase el cetro en el mundo, disputando con los príncipes de la iniquidad, un galardón de triunfos sangrientos? Por ventura, ¿no estará ya harta la Tierra de batallas y cadáveres? Preguntemos a un general romano cuánto le costó el dominio de la aldea más oscura; consultemos la lista negra de los triunfadores, según nuestras ideas erróneas de la vida. Israel jamás podría esperar un Mesías exhibiéndose en un carro de glorias magnificentes del plano material, susceptible de caer en el primer resbaladero del camino. Esas expresiones transitorias pertenecen al escenario efímero, en el cual la púrpura más fulgurante vuelve al polvo. Al contrario de todos los que pretendieron enseñar la virtud, reposando en la satisfacción de sus propios sentidos, Jesús ejecutó su tarea entre los más sencillos o más desventurados, donde, muchas veces, se encuentran las manifestaciones del Padre, que educa, a través de la esperanza insatisfecha y de los dolores que trabajan, de la cuna a la tumba, la existencia humana. El Cristo edificó, entre nosotros, su Reino de Amor y Paz, sobre fundamentos divinos. ¡Su ejemplificación está proyectada en el alma humana, con luz eter-

na! Comprendiendo todo eso, ¿quién de nosotros, podrá identificar en el Emisario de Dios a un príncipe belicoso? ¡No! El Evangelio es amor en su expresión más sublime. El Maestro se dejó inmolar, transmitiéndonos el ejemplo de la redención por el amor más puro. Pastor del inmenso rebaño, Él no quiere que se pierda una sola de sus ovejas bien amadas, ni decreta la muerte del pecador. El Cristo es vida, y la salvación que nos trajo está en la sagrada oportunidad de nuestra elevación, como hijos de Dios, ejerciendo sus gloriosas enseñanzas".

Después de una pausa, el doctor de la Ley ya se erguía para contestar, cuando Esteban continuó:

–"Y ahora, hermanos, pido vuestra venia para concluir mis palabras. Si no os hablé como deseabais, hablé como nos aconseja el Evangelio, arguyendo a mí mismo en la íntima condenación de mis grandes defectos. Que la bendición del Cristo sea con todos vosotros".

Antes que pudiese abandonar la tribuna para confundirse con la multitud, el futuro rabino se levantó de golpe y objetó enfurecido:

–¡Exijo la continuación del discurso! Que el predicador espere, pues no terminé lo que preciso decir.

Esteban contestó serenamente:

–No puedo discutir.

–¿Por qué? –preguntó Saulo irritadísimo–. Estáis emplazado a proseguir.

–Amigo, –aclaró el interpelado calmadamente–, el Cristo aconsejó que debemos dar a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios. Si tenéis alguna acusación legal contra mí, exponedla sin recelo y os obedeceré; pero, en lo que pertenece a Dios, solo a Él compete discrepar de mí.

Tan elevado espíritu de resolución y serenidad, casi desconcertó al doctor del Sanedrín; pero, comprendiendo que la impulsividad solamente podría perjudicar la claridad de su pensamiento,

añadió más calmado, a pesar del tono imperioso que dejaba transparentar toda su energía:

–Pero yo preciso dilucidar los errores de esta casa. Necesito preguntar y habéis de responderme.

–En lo tocante al Evangelio –replicó Esteban–, ya os ofrecí los elementos de los que disponía, esclareciendo lo que tengo a mi alcance. En cuanto a lo demás, este templo humilde es construcción de fe y no de disertaciones casuísticas. Jesús tuvo la preocupación de recomendar a sus discípulos que huyesen del fermento de las discusiones y de las discordias. He ahí por lo que no será lícito que perdamos el tiempo en contiendas inútiles, cuando el trabajo del Cristo reclama nuestro esfuerzo.

–¡Siempre el Cristo! ¡Siempre el impostor! –Clamó Saulo, orgulloso–. Mi autoridad es insultada por vuestro fanatismo, en este recinto de miseria y de ignorancia. Mistificadores, rechazáis las posibilidades de esclarecimiento que os ofrezco; galileos incultos, no queréis considerar mi noble cartel de desafío. Sabré vengar la Ley de Moisés, de la cual se escarnece. Recusáis la impugnación, pero no podréis huir a mi venganza. Aprenderéis a amar la verdad y a honrar a Jerusalén, renunciando al insolente nazareno que pagó en la cruz sus criminales desvaríos. Recurriré al Sanedrín para que os juzgue y castigue. El Sanedrín tiene autoridad para deshacer vuestras condenables alucinaciones.

Concluyendo de este modo parecía poseído de furia. Pero ni siquiera así logró perturbar al predicador, que le respondió con el ánimo sereno:

–Amigo, el Sanedrín tiene mil medios para hacerme llorar, pero no le reconozco poderes para obligarme a renunciar al amor de Jesucristo.

Dicho esto, descendió de la tribuna con la misma humildad, sin dejarse arrebatar por el gesto de aprobación que le dirigían los hijos del infortunio, que lo oían allí como a un defensor de sagradas esperanzas.

Algunas protestas aisladas comenzaron a ser oídas. Fariseos irritados vociferaban insolencias y remoquetes. La masa se agitaba, previendo una fricción inminente; pero, antes de que Esteban caminase diez pasos hacia el interior junto a los compañeros, y antes que Saulo lo alcanzase con otras objeciones personales y directas, una anciana harapienta le presentó a una joven pobremente vestida y exclamó llena de confianza:

–¡Señor! Sé que continuáis la bondad y los hechos del profeta de Nazaret, que un día me salvó de la muerte, a pesar de mis pecados y flaquezas. ¡Atendedme también, por piedad! Mi hija enmudeció hace más de un año. ¡La traje de Dalmanuta hasta aquí, venciendo enormes dificultades, confiada en vuestra asistencia fraternal!

El predicador reflexionó, ante todo, en el peligro de cualquier capricho personal de su parte, y, deseoso de atender a la suplicante, contempló a la enferma con sincera simpatía y afirmó:

–De nosotros nada tenemos para darte, pero es justo esperar del Cristo las dádivas que nos sean necesarias. Él que es justo y generoso no te olvidará en la distribución santificada de su misericordia.

Y tomado por una fuerza extraña, agregó:

–¡Has de hablar, para honrar al buen Maestro Jesús!...

Entonces, se vio un acto muy singular, que impresionó de súbito a la numerosa asamblea. Con un rayo de infinita alegría en los ojos, la enferma habló:

–Alabaré a Cristo con toda mi alma, eternamente.

Ella y la progenitora, poseídas por una fuerte conmoción, cayeron, allí mismo, de rodillas y le besaron las manos; mientras tanto, Esteban tenía ahora los ojos nublados de llanto, profundamente sensibilizado. Era el primero en conmoverse y admirar la protección recibida, y no tenía otro medio que no fuese el de las lágrimas sinceras para traducir la intensidad de su reconocimiento.

Los fariseos, que se aproximaban con la intención de comprometer la paz del humilde recinto, retrocedieron estupefactos. Los pobres y los afligidos, como si hubiesen recibido un refuerzo del Cielo para el éxito de la creencia pura, llenaron la sala de exclamaciones de sublime esperanza.

Saulo observaba la escena sin poder disimular su propia ira. Si fuese posible, desearía estrangular a Esteban con sus propias manos. No obstante, a pesar del temperamento impulsivo, llegó a la conclusión de que un acto agresivo llevaría a los amigos presentes a un conflicto de serias proporciones. Reflexionó, igualmente, que no todos los adeptos del "Camino" estaban, como el predicador, en condiciones de circunscribir la lucha al plano de las lecciones de orden espiritual, y, de cierta manera, no recusarían la lucha física. De relance notó que algunos estaban armados, que los ancianos traían grandes cayados de apoyo, y los inválidos exhibían rígidas muletas. La lucha corporal, en aquel recinto de construcción frágil, tendría lamentables consecuencias. Buscó coordinar mejores razonamientos. Tendría la Ley a su favor. Podría contar con el Sanedrín. Los más eminentes sacerdotes eran amigos consagrados. Lucharía contra Esteban hasta doblar su resistencia moral. Si no consiguiese someterlo, lo odiaría para siempre. En la satisfacción de sus caprichos, sabría remover todos los obstáculos.

Reconociendo que Sadoc y dos compañeros más iban a iniciar el tumulto, les gritó con voz grave e imperiosa:

–¡Vámonos! Los adeptos del "Camino" pagarán muy caro su osadía.

En ese momento, cuando todos los fariseos se disponían a atender a su voz de comando, el joven de Tarso notó que Esteban se encaminaba hacia el interior de la casa, pasando pegado a sus hombros. Saulo se sintió lastimado en todas las fibras de su orgullo. Lo vio, casi con odio, pero el predicador le correspondió con una mirada serena y amistosa.

Tan pronto se retiró el joven doctor de la Ley con los nume-

rosos compañeros que no consiguieron disfrazar su despecho, los Apóstoles galileos pasaron a considerar, con gran recelo, las consecuencias que podrían advenir del inesperado episodio.

Al día siguiente, como de costumbre, Saulo de Tarso, por la tarde, entraba en casa de Zacarías, dejando transparentar en la fisonomía la contrariedad que llevaba en su interior. Después de aliviarse un tanto de los pensamientos sombríos que lo atribulaban, gracias al cariño de la novia amada, fue instado por ella a decirle los motivos de su gran preocupación, a lo cual él respondió narrándole los acontecimientos de la víspera, agregando:

–Ese Esteban pagará carísimo la humillación que pretendió infligirme públicamente. Sus razonamientos sutiles pueden confundir a los menos audaces y es necesario que hagamos preponderar nuestra autoridad, en vista de los que no tienen competencia para versar sobre los principios sagrados. Hoy mismo, conversé con algunos amigos con relación a las medidas que nos corresponde tomar. Los más tolerantes alegan el carácter inofensivo de los galileos, pacíficos y caritativos, pero soy de la opinión de que una oveja mala puede perder al rebaño.

–Te acompaño en la defensa de nuestras creencias –advirtió la joven satisfecha–, no debemos abandonar nuestra fe al trato y al sabor de las interpretaciones individuales e incompetentes.

Y después de una pausa:

–¡Ah! Si Jeziel estuviese con nosotros, sería tu brazo fuerte en la exposición de los conocimientos sagrados. Ciertamente, él tendría placer en defender el Testamento contra cualquier expresión poco razonable y fidedigna.

–Combatiremos al enemigo que amenaza la autenticidad de la Revelación Divina –exclamó Saulo– y no cederé terreno a los innovadores y cavilosos.

–¿Son muchos, esos hombres? –preguntó Abigail aprensiva.

–Sí, y lo que los vuelve más peligrosos es que enmascaran sus

intenciones con actos piadosos, al exaltar la imaginación versátil del pueblo con presuntos poderes misteriosos, naturalmente alimentados a costa de hechicerías y sortilegios.

–En cualquier hipótesis –advirtió la joven, después de reflexionar un momento– conviene proceder con serenidad y prudencia, para evitar los abusos de autoridad. ¿Quién sabe… si no son individuos más necesitados de educación que de castigo?

–Sí, ya pensé en todo eso. Además, no pretendo incomodar a los galileos crédulos y sencillos que se rodean, en Jerusalén, de inválidos y enfermos, dándonos la impresión de locos pacíficos. Pero, no puedo dejar de reprimir al orador, cuyos labios, a mi ver, destilan un poderoso veneno en el espíritu voluble de las masas sin perfecta conciencia de los principios abrazados. A los primeros es importante esclarecerlos, pero el segundo necesita ser anulado, pues no se le conocen los fines, quizás criminales y revolucionarios.

–No tengo como desaprobar tus ilaciones –concluyó la joven, condescendiente.

En seguida, como de costumbre, conversaron sobre los sentimientos sagrados del corazón, notándose que el joven de Tarso encontraba singular encanto y relajante bálsamo en las observaciones afectuosas de la compañera querida.

Pasados algunos días, se tomaban en Jerusalén las medidas para que Esteban fuese llevado al Sanedrín e interrogado allí sobre la finalidad perseguida con las prédicas del “Camino”.

Dada la intercesión conciliatoria de Gamaliel, el hecho se resumiría a una discusión en la que el predicador de las nuevas interpretaciones definiese ante el más alto tribunal de la raza sus puntos de vista, con la finalidad de que los sacerdotes, como jueces y defensores de la Ley, expusiesen la verdad en los debidos términos.

La invitación al requerimiento llegó a la iglesia humilde, pero Esteban se esquivó, alegando que no sería razonable disputar, en obediencia a los preceptos del Maestro, a pesar de los argumentos

del hijo de Alfeo, a quien intimidaba la perspectiva de una lucha con las autoridades en evidencia, pareciéndole que la recusa chocaría a la opinión pública. Saulo, por su parte, no podría obligar al antagonista a corresponder al desafío, incluso porque el Sanedrín solo podría emplear medios compulsorios en el caso de una denuncia pública, después de la instauración de un proceso en el que el denunciado fuese reconocido como blasfemo o calumniador.

Ante la reiterada excusa de Esteban, el doctor de Tarso se exasperó. Y después de soliviantar a la mayoría de los compañeros contra el adversario, ideó un vasto plan, para forzarlo a la polémica deseada, en la cual buscaría humillarlo delante de las más altas jerarquías del judaísmo dominante.

Después de una de las sesiones comunes del Tribunal, Saulo llamó a uno de sus serviciales amigos y le habló en voz baja:

–Neemías, nuestra causa precisa de un cooperador decidido y me acordé de ti para la defensa de nuestros sagrados principios.

–¿De qué se trata? –preguntó el otro con una enigmática sonrisa. Mandad y estoy dispuesto para obedecer.

–¿Ya oíste hablar de un falso taumaturgo llamado Esteban?

–¿Uno de los hombres detestables del "Camino"? Ya oí su palabra y por cierto que reconocí en sus ideas las de un verdadero alucinado.

–Que bien que lo conoces de cerca –contestó el joven doctor, satisfecho–. Necesito de alguien que lo denuncie como blasfemo de la Ley y pensé en tu cooperación en ese sentido.

–¿Solo eso? –interrogó el interpelado, astutamente–. Eso es algo fácil y agradable. ¿Pues no le oí decir que el carpintero crucificado es el fundamento de la Verdad Divina? Eso es más que una blasfemia. Se trata de un revolucionario peligroso, que debe ser castigado como calumniador de Moisés.

–¡Muy bien!, –exclamó Saulo con una amplia sonrisa–. Así, pues, cuento contigo.

Al día siguiente, Neemías compareció al Sanedrín y denunció al generoso predicador del Evangelio como blasfemo y calumniador, agregando criminales observaciones por cuenta propia. En la pieza acusatoria, Esteban figuraba como un hechicero vulgar, maestro de preceptos subversivos en nombre de un falso Mesías que Jerusalén había crucificado años antes, mediante idénticas acusaciones. Neemías se inculcaba como víctima de la peligrosa secta que alcanzó y disturbó a su propia familia, y afirmaba ser testigo de bajos sortilegios practicados por él, en perjuicio de otros.

Saulo de Tarso anotó sus mínimas declaraciones, acentuando los detalles comprometedores.

La noticia estalló en la iglesia del "Camino", produciendo singulares y dolorosos efectos. Los menos decididos, con Santiago a la cabeza, se dejaron dominar por consideraciones de todo orden, recelosos de verse perseguidos; pero Esteban, con Simón Pedro y Juan, se mantenían absolutamente serenos, recibiendo con buen ánimo la orden de responder valientemente al libelo infamatorio.

Esteban, lleno de esperanza, rogaba a Jesús que no lo desamparase, de manera que pudiese dar testimonio de la riqueza de su fe evangélica.

Y esperó la ocasión con fidelidad y alegría.

VI

Ante el Sanedrín

En el día fijado, el gran recinto de la más alta cofradía israelita rebosaba de verdadera multitud de creyentes y curiosos, ávidos de asistir a la primera confrontación entre los sacerdotes y los hombres piadosos y extraños del "Camino". La asamblea congregaba lo que Jerusalén tenía de más aristocrático y culto. Por lo tanto, los mendigos no tuvieron acceso, aunque se tratase de un acto público.

El Sanedrín exhibía a sus personajes más eminentes. Mezclados con los sacerdotes y maestros de Israel, se notaba la presencia de las más sobresalientes personalidades del farisaísmo. Allá estaban los representantes de todas las sinagogas.

Comprendiendo la agudeza intelectual de Esteban, Saulo quería ofrecer una confrontación con la humilde iglesia de los adeptos del carpintero de Nazaret, en un escenario que dominara con su talento. En el fondo, su propósito radicaba en una jactanciosa demostración de superioridad, acariciando, al mismo tiempo, la íntima esperanza de conquistarlo para las huestes del judaísmo. Preparaba, por eso, la reunión con todos los requisitos, de manera que impresionase sus sentidos.

Esteban comparecía como un hombre llamado a defenderse de las acusaciones imputadas contra él, no como un prisionero común, obligado a ajustar cuentas con la justicia. Así, examinando la situación, rogó con insistencia a los Apóstoles galileos que no lo acompañasen, considerando, no solo la necesidad de permanecer junto a los sufridores, sino también previendo la posibilidad de

que ocurriesen serias fricciones, en caso de que compareciesen los adeptos del "Camino", dada la firmeza de ánimo con que trataría de salvaguardar la pureza y la libertad del Evangelio del Cristo. Además, los recursos de los que podría disponer eran demasiado sencillos y no sería justo afrontar el poderío supremo de los sacerdotes, que habían encontrado recursos para crucificar al propio Mesías. A favor del "Camino" abogaban, apenas, aquellos desventurados enfermos; las convicciones puras de los más humildes; la gratitud de los más infelices, única fuerza poderosa por su contenido de virtud divina, para amparar su causa ante las autoridades dominantes del mundo. Ponderando, así, disputaba el júbilo de asumir, solo, la responsabilidad de su actitud, sin comprometer a ningún compañero, tal y como hizo Jesús un día en su sublime apostolado. Si fuese necesario, no desdeñaría la posibilidad del último sacrificio, en el sagrado testimonio de amor a su corazón augusto y misericordioso. Sufrir por Él sería algo dulce y suave. Su argumento venció las buenas prevenciones de los compañeros más vehementes. Así, sin el amparo de cualquier amigo, compareció en el Sanedrín, fuertemente impresionado al observar su grandeza y suntuosidad. Habituado a los tristes y pobres cuadros de los suburbios, donde se refugiaban los infelices de toda especie, se deslumbraba con la riqueza del Templo, con el aspecto soberbio de la torre de los romanos, con los edificios residenciales de estilo griego, con la forma exterior de las sinagogas que se diseminaban en gran número por todas partes.

Comprendiendo la importancia de aquella sesión a la que acudían los elementos más cultos, al identificar el interés especial de Saulo, que, de momento, era la expresión de la juventud más vibrante del judaísmo, el Sanedrín requirió de la ayuda de la autoridad romana para el absoluto mantenimiento del orden. La Corte Provincial no regateó providencias. Los propios patricios residentes en Jerusalén comparecieron, en gran número, al gran acontecimiento del día, considerando que se trataba del primer proceso en torno de las ideas enseñadas por el profeta nazareno, después de su crucifixión, que dejó tanta perplejidad y tantas dudas en el espíritu público.

Cuando el gran recinto estaba completamente lleno de personas de elevada posición social, Esteban se sentó en un lugar previamente designado, conducido por un ministro del Templo, permaneciendo allí bajo la guardia de soldados que lo miraban irónicamente.

La sesión comenzó con todas las ceremonias tradicionales. Al iniciar los trabajos, el sumo sacerdote anunció la elección de Saulo, de acuerdo con su propio deseo, para interpelar al denunciado y averiguar la extensión de su culpa en la afrenta de los principios sagrados de la raza. Recibiendo la invitación para ejercer como juez de la causa, el joven tartense esbozó una sonrisa triunfadora. Con un gesto imperioso, mandó que el humilde predicador del "Camino" se aproximase al centro de la suntuosa sala, hacia donde se dirigió Esteban serenamente, acompañado por dos guardias con el ceño fruncido.

El hombre de Corinto miró el cuadro que lo rodeaba, considerando el contraste entre una y otra asamblea y recordando la última reunión de su humilde iglesia, donde fue compelido a conocer a tan caprichoso antagonista. ¿No serían aquellas las "ovejas perdidas" de la Casa de Israel, a las que aludía Jesús en sus vigorosas enseñanzas? Aunque el judaísmo no había aceptado la misión del Evangelio, ¿cómo conciliaba las observaciones sagradas de los profetas y su elevada ejemplificación de las virtudes, con la avaricia e inmoralidad? Moisés había sido esclavo y, por dedicación a su pueblo, sufrió, todos los días, innumerables dificultades durante su existencia consagrada al Todopoderoso. Job padeció muchas miserias y dio testimonio de fe en los sufrimientos más acerbos. Jeremías lloró incomprendido. Amós experimentó la hiel de la ingratitud. ¿Cómo podrían los israelitas armonizar el egoísmo con la sabiduría amorosa de los Salmos de David? Era extraño que, siendo tan celosos de la Ley, se entregasen de modo absoluto a los intereses mezquinos, cuando Jerusalén estaba llena de familias, hermanas de raza, en completo abandono. Como cooperador en una modesta comunidad, conocía de cerca las necesidades y sufrimientos del pueblo. Con esas ilaciones, sentía que el Maestro de Nazaret se elevaba mucho más, ahora, a sus ojos, distribuyendo entre los afligidos las esperanzas más puras y las más consoladoras verdades espirituales.

Todavía no había vuelto en sí de la sorpresa con la que examinaba las túnicas brillantes y los ornamentos de oro que se ostentaban en el recinto, cuando la voz de Saulo, clara y vibrante, lo llamó a la realidad de la situación.

Después de leer la pieza acusatoria en la que Neemías figuraba como principal testigo y en lo que fue oído con máxima atención, Saulo interrogó a Esteban entre rígido y altivo:

–Como veis, sois acusado de blasfemo, calumniador y hechicero, ante las autoridades más representativas. No obstante, antes de cualquier decisión, el Tribunal desea conocer vuestro origen para determinar los derechos que os asisten en este momento. Por ventura, ¿sois de familia israelita?

El interrogado se puso pálido, ponderando las dificultades de una identificación plena, en caso de que fuese indispensable, pero respondió firmemente:

–Pertenezco a los hijos de la tribu de Isachar.

El doctor de la Ley se sorprendió, ligeramente, de manera imperceptible para la asamblea, y continuó:

–Como israelita, tenéis el derecho de replicar libremente a mis interpelaciones; sin embargo, se hace necesario esclarecer que esa condición no os eximirá de pesados castigos, en caso de que perseveréis en la exposición de los errores crasos de una doctrina revolucionaria, cuyo fundador fue condenado a la cruz infamante por la autoridad de este Tribunal, donde pontifican los hijos más venerables de las tribus de Dios. Además, apreciando, por suposición, vuestro origen, os invité a discutir lealmente conmigo, a raíz de nuestro primer encuentro en la asamblea de los hombres del “Camino”. Cerré los ojos a los cuadros de miseria que me rodeaban entonces, tan solo para analizar vuestras dotes de inteligencia; pero, evidenciando una extraña exaltación de espíritu, tal vez en virtud de ciertos sortilegios, cuyas influencias son visibles allí, os mantuvisteis en singular reserva de opinión, a pesar de mis reiterados ruegos. Vuestra inexplicable actitud dio origen a que el Sanedrín considerase la presente denuncia de

vuestro nombre como enemigo de nuestras ordenaciones. Ahora estáis obligado a responder a todas las interpelaciones convenientes y necesarias, y yo espero que reconozcáis que el título de israelita no os podrá librar del castigo reservado a los traidores de nuestra causa.

Después de un gran intervalo en el que el juez y el denunciado pudieron verificar la ansiosa expectativa de la asamblea, Saulo pasó a interrogar:

–¿Por qué rechazasteis mi invitación a la discusión cuando honré el sermón en el "Camino" con mi presencia?

Esteban, que tenía los ojos fulgurantes, como si estuviese inspirado por una Fuerza Divina, respondió con la voz firme, sin revelar la emoción que íntimamente lo dominaba:

–El Cristo, a quien sirvo, recomendó a sus discípulos que evitasen, en todo momento, el fermento de las discordias. En cuanto al acto de que hayáis honrado mi palabra humilde con vuestra presencia, agradezco la prueba de inmerecido interés, pero prefiero considerar con David (1) que nuestra alma se glorificará en el Señor, visto que nada poseemos de bueno en nosotros mismos, si Dios no nos amparase con la grandeza de su gloria.

En vista de la lección sutil que le era lanzada en el rostro, Saulo de Tarso se mordió los labios, entre colérico y despechado, y, procurando evitar, ahora, cualquier alusión personal, para no caer en una situación semejante, prosiguió:

–Sois acusado de blasfemo, calumniador y hechicero…

–Me permito preguntar ¿en qué sentido? –respondió el interpelado, con entereza.

–Blasfemo, cuando inculcáis al carpintero de Nazaret como Salvador; calumniador, cuando escarnecéis la Ley de Moisés, renegando los principios sagrados que rigen nuestros destinos. ¿Confirmáis todo eso? ¿Aprobáis esas acusaciones?

---

(1) Salmos de David, 34:2. – *(Nota de Emmanuel).*

Esteban esclareció sin titubear:

–Mantengo mi creencia de que el Cristo es el Salvador prometido por el Eterno, a través de las enseñanzas de los profetas de Israel, que lloraron y sufrieron en el transcurso de largos siglos, por trasmitirnos los dulces júbilos de la Promesa. En cuanto a la segunda parte, supongo que la acusación procede de una interpretación errónea en torno a mis palabras. Jamás dejé de venerar la Ley y las Sagradas Escrituras, pero considero el Evangelio de Jesús su divino complemento. Las primeras son el trabajo de los hombres, el segundo es el salario de Dios a los trabajadores fieles.

–¿Entonces sois del parecer –dijo Saulo sin disimular su irritación ante tanta firmeza– que el carpintero es mayor que el Gran Legislador?

–Moisés es la Justicia por la Revelación, pero Cristo es el Amor vivo y permanente.

A esa respuesta del acusado, hubo un prurito de exaltación en la gran asamblea. Algunos fariseos encolerizados gritaban injurias. Pero, Saulo les hizo una imperiosa señal y el silencio volvió a posibilitar el interrogatorio. Y, dando a la voz un timbre de severidad, prosiguió:

–Sois israelita y joven aún. Una inteligencia apreciable sirve a vuestro esfuerzo. Entonces, tenemos el deber, antes de cualquier sanción, de trabajar por vuestro regreso al redil. Es imprescindible llamar al hermano desertor, con cariño, antes del extremo recurso a las armas. La Ley de Moisés podrá conferiros una situación de gran relevancia, pero, ¿qué provecho sacaréis de la insignificante e inexpresiva palabra del operario ignorante de Nazaret, que soñó con la gloria para pagar sus locas esperanzas en una cruz de ignominia?

–Desprecio el valor puramente convencional que la Ley me podría ofrecer a cambio del apoyo a la política del mundo, que se transforma todos los días, considerando que nuestra seguridad reside en la conciencia iluminada con Dios y para Dios.

–Pero, ¿qué esperáis del mistificador que lanzó la confusión

entre nosotros, para morir en el Calvario? –tornó a decir Saulo exaltado.

–El discípulo del Cristo debe saber a quién sirve y yo me honro en ser un instrumento humilde en sus manos.

–No precisamos de un innovador para la vida de Israel.

–Un día, comprenderéis que, para Dios, Israel significa la Humanidad entera.

Ante esa respuesta osada, casi la totalidad de la asamblea prorrumpió en gritos, mostrando su franca hostilidad al denunciado por Neemías. Afectos a un regionalismo intransigente, los israelitas no toleraban la idea de confraternización con los pueblos que consideraban bárbaros e idólatras. Mientras los más exaltados daban expansión a vehementes protestas, los romanos observaban la escena, curiosos e interesados, como si presenciasen una ceremonia festiva.

Después de una larga pausa, el futuro rabino continuó:

–Confirmáis la acusación de blasfemia, enunciando semejante principio contra la situación del pueblo escogido. Esa es vuestra primera condenación.

–Y eso no me atemoriza –dijo el acusado con resolución–; ante las ilusiones orgullosas que nos condujeron a tenebrosos abismos, prefiero creer, con Cristo, que todos los hombres son hijos de Dios, mereciendo el cariño del mismo Padre.

Saulo se mordió los labios rabiosamente, y, acentuando su actitud rigurosa de juzgador, prosiguió con aspereza.

–Calumniáis a Moisés, profiriendo tales palabras. Aguardo vuestra confirmación.

Esta vez, el interpelado le dirigió una significativa mirada y dijo:

–¿Por qué aguardáis por mi confirmación, si obedecéis a un criterio arbitrario? El Evangelio desconoce las complicaciones de la casuística. No desdeño a Moisés, pero no puedo dejar de proclamar la superioridad de Jesucristo. Podéis dictar sentencias y proferir

condenaciones contra mí; pero, es necesario que alguien coopere con el Salvador en el restablecimiento de la Verdad por encima de todo, aunque deba afrontar las más dolorosas consecuencias. Aquí estoy para hacerlo y sabré pagar, por el Maestro, el precio de la más pura fidelidad.

Después de que cesó el ensordecedor vocerío de la asistencia, Saulo volvió a decir:

–El Tribunal os reconoce como calumniador, merecedor de las puniciones atinentes a ese odioso título.

Y tan pronto fueron escritas las nuevas declaraciones por el escriba que anotaba los términos de la indagación, afirmó sin disfrazar la ira que lo dominaba:

–Es indispensable no olvidar que sois acusado de hechicero. ¿Qué respondéis a semejante cargo?

–¿De qué me acusan, en ese particular? –preguntó el predicador del "Camino", con gallardía.

–Yo mismo os vi curar a una joven muda, un sábado, e ignoro la naturaleza de los sortilegios que utilizasteis en ese hecho.

–No fui yo quien practicó ese acto de amor, como, ciertamente, me oísteis afirmar; fue el Cristo, por intermedio de mi pobreza, que nada tiene de buena.

–¿Pensáis exculparos con esa ingenua declaración?, –objetó Saulo con ironía–. La supuesta humildad no os libra de culpa. Fui testigo del hecho y solo la hechicería podrá elucidar sus extraños ascendientes.

Lejos de perturbarse, el acusado respondió inspirado:

–No obstante, el judaísmo está lleno de esos hechos que juzgáis no comprender. ¿En virtud de qué sortilegio consiguió Moisés hacer manar de una roca la fuente de agua viva? ¿Con qué hechicería el pueblo elegido vio abrirse las olas revueltas del mar para la necesaria fuga del cautiverio? ¿Con qué talismán presumió Josué

atrasar la marcha del Sol? ¿No veis en todo eso, los recursos de la Providencia Divina? De nosotros nada tenemos en el cumplimiento de nuestro deber, todo lo debemos esperar de la Divina Misericordia.

Analizando la concisa respuesta, reveladora de lógicos e irrefutables raciocinios, el doctor de Tarso casi hizo rechinar los dientes. Una rápida mirada a la asamblea le dio a conocer que el antagonista contaba con la simpatía y admiración de muchos. Llegaba a desconcertarse íntimamente. ¿Cómo recuperar la calma, dado el temperamento impulsivo que lo llevaba a extremos emotivos? Examinando la última asertiva de Esteban, sentía dificultad en coordinar una argumentación decisiva. Sin poder revelar su propia decepción, incapaz de encontrar la argumentación debida, consideró la urgencia de una oportuna salida y se dirigió al sumo sacerdote, en estos términos:

–El acusado confirma, por su palabra, la denuncia de la que fue objeto. Acaba de confesar, en público, que es blasfemo, calumniador y hechicero. Pero, por su condición de nacimiento, él tiene derecho a la última defensa, independientemente de mis interpretaciones de juzgador. Propongo, entonces, que la autoridad competente le conceda ese recurso.

Gran número de sacerdotes y eminentes personalidades se miraron entre sí, casi con asombro, como degustando la primera derrota del orgulloso doctor de la Ley, cuya palabra vibrante siempre consiguió triunfar sobre cualquier adversario, observando su rostro rojo de cólera, denunciando la tempestad que le rugía en el corazón.

Aceptada la propuesta formulada por el juez de la causa, Esteban pasó a hacer uso de un derecho que le era conferido por su nacimiento.

Levantándose, noblemente contempló los rostros ansiosos que lo buscaban de todos lados. Adivinó que la mayoría de los presentes presumía en su figura a un peligroso enemigo de las tradiciones raciales, pues tal era su expresión de hostilidad; pero, notó,

igualmente, que algunos israelitas lo miraban con simpatía y comprensión. Valiéndose de ese auxilio, sintió consolidársele el buen ánimo para exponer con mayor serenidad las sagradas enseñanzas del Evangelio. Recordó, instintivamente, la promesa de Jesús a sus continuadores, de que estaría presente en el instante en que debiesen dar testimonio por la palabra, compitiéndole no temer ante las provocaciones inconscientes del mundo. Más que nunca, sintió la convicción de que el Maestro lo auxiliaría en la exposición de su Doctrina de Amor.

Pasado un minuto de ansiosa expectativa, comenzó a hablar de modo impresionante:

–¡Israelitas! Por mayor que fuese nuestra divergencia de opinión religiosa, no podríamos alterar nuestros lazos de fraternidad en Dios, el supremo dispensador de todas las gracias. Es a ese Padre, generoso y justo, al que elevo mi plegaria a favor de nuestra comprensión fiel de las verdades santas. Otrora, nuestros antepasados oyeron las exhortaciones grandiosas y profundas de los emisarios del Cielo. Por organizar un futuro de paz sólida a sus descendientes, nuestros abuelos sufrieron las miserias y penurias del cautiverio. Su pan estaba mojado en las lágrimas de amargura, su sed angustiaba. Vieron malogradas todas las esperanzas de independencia, incontables persecuciones destruyeron sus hogares, con agravio de sufrimientos en las luchas de su derrotero. Al frente de sus martirios dignificantes, anduvieron los santos varones de Israel, como gloriosa corona de su triunfo. Los alimentó la palabra del Eterno, a través de todas las vicisitudes. Sus experiencias constituyen un poderoso y sagrado patrimonio. De ellas, tenemos la Ley y los Escritos de los profetas. A pesar de eso, no podemos apagar nuestra sed. Nuestra concepción de justicia es fruto de una labor milenaria, en la que empleamos las mayores energías, pero sentimos, por intuición, que existe algo más elevado, más allá de ella. Tenemos la cárcel para los que se extravían, el valle de los inmundos para los que enferman sin la protección de la familia, la lapidación en la plaza pública para la mujer que flaquea, la esclavitud para los endeudados, los treinta y

nueve azotes para los más infelices. ¿Bastará eso? ¿No están llenas de la palabra "misericordia" las lecciones del pasado? Algo nos habla a la conciencia, de una Vida Mayor, que inspira sentimientos más elevados y más bellos. Ingente fue el trabajo en el extenso y multisecular curso, pero el Dios justo respondió a los angustiosos llamados del corazón, enviándonos a su Hijo bien amado – ¡El Cristo Jesús!...

La asamblea escuchaba con gran sorpresa. No obstante, cuando el orador destacó con energía la referencia al Mesías de Nazaret, los fariseos presentes, haciendo causa común contra el joven de Tarso, prorrumpieron en protestas, gritando como alucinados:

–¡Condenación! ¡Condenación!... ¡Castigo para el desertor!

Esteban recibió con serenidad la tormenta de desaprobación y, tan pronto como fue restablecido el orden, prosiguió con firmeza:

–¿Por qué me escarnecéis de esta forma? Toda precipitación de juicio demuestra debilidad. Primero, renuncié a la discusión, considerando que se debe eliminar todo fermento de discordia; pero, cada día el Cristo nos convoca para un nuevo trabajo y, ciertamente, el Maestro me llama hoy, con la finalidad de conversar con vosotros sobre sus poderosas verdades. ¿Deseáis imponerme el ridículo y la burla? Pero, eso debe confortarme porque Jesús experimentó ese tratamiento en grado superlativo. No obstante vuestra crítica, me honro en proclamar las glorias insuperables del profeta nazareno, cuya grandeza vino al encuentro de nuestras ruinas morales, elevándonos hacia Dios con su Evangelio de Redención.

Una nueva descarga de insultos le cortó la palabra. Dichos mordientes y ásperas injurias le eran lanzados de todos lados. Esteban no desfalleció. Volviéndose sereno, miró con nobleza a los circundantes, guardando la intuición de que los más exaltados serían los fariseos, por ser alcanzados con mayor intensidad por las nuevas verdades.

Esperando que recobrasen la calma, habló nuevamente:

"–Fariseos amigos, ¿por qué os obstináis en no comprender? ¿Teméis, acaso a la realidad de mis afirmaciones? Si vuestras pro-

testas se fundan en ese recelo, callaos para que yo continúe. Recordad que me refiero a nuestros errores del pasado y quien se asocia en la culpa, da testimonio de amor, en el capítulo de las reparaciones. A pesar de nuestras miserias, Dios nos ama y, reconociendo yo mi propia indigencia, no podría hablaros sino como hermano. Pero, si expresáis desesperación y resentimiento, recordad que no podemos huir de la realidad de nuestra profunda insignificancia. ¿Leísteis, por casualidad, las lecciones de Isaías? Importa considerar la exhortación (1) de que no podemos salir, apresuradamente, ni engañándonos, ni huyendo de nuestros deberes, porque el Señor irá adelante y el Dios de Israel será nuestra retaguardia. ¡Oídme! Dios es el Padre, el Cristo es nuestro Señor.

Mucho habláis de la Ley de Moisés y de los Profetas; sin embargo, ¿podréis afirmar con la mano en la conciencia la plena observancia de sus gloriosas enseñanzas? ¿No estaréis ciegos actualmente, negándoos a la comprensión del Mensaje Divino? Aquel, a quien llamáis irónicamente el carpintero de Nazareth, fue amigo de todos los infelices. En su prédica no se limitó a exponer principios filosóficos. Antes, por la ejemplificación, renovó nuestros hábitos, reformando las ideas más elevadas, con el celo del amor divino. Sus manos ennoblecieron el trabajo, sanaron úlceras, curaron leprosos, y dieron visión a los ciegos. Su corazón se repartió entre todos los hombres, dentro del nuevo entendimiento del amor que nos trajo con el ejemplo más puro.

¿Acaso ignoráis que la palabra de Dios tiene oyentes y practicantes? Conviene que consultéis si no habéis sido simples oyentes de la Ley, de manera que no falseéis el testimonio.

Jerusalén no me parece el santuario de tradiciones de la fe, que conocí por informaciones de mis padres, desde niño. Actualmente, da la impresión de ser un gran bazar donde se venden las cosas sagradas. El Templo está lleno de mercaderes. Las sinagogas están henchidas de asuntos que atañen a intereses mundanos. Las células farisaicas se asemejan a un avispero de intereses mezquinos.

---

(1) Isaías, 52:12. – *(Nota de Emmanuel).*

El lujo de vuestras túnicas asombra. Vuestros desperdicios espantan. ¿No sabéis que a la sombra de vuestros muros hay infelices que mueren de hambre? Vengo de los suburbios, donde se concentra gran parte de nuestras miserias.

Habláis de Moisés y de los Profetas, repito. ¿Creéis que los venerables antepasados comerciaban con los bienes de Dios? El Gran Legislador vivió entre terribles y dolorosas experiencias. Jeremías conoció largas noches de angustias, trabajando por la intangibilidad de nuestro patrimonio religioso, entre las perdiciones de Babilonia. Amós era un pobre pastor, hijo del trabajo y de la humildad. Elías sufrió toda suerte de persecuciones, compelido a recogerse en el desierto, teniendo solo lágrimas como el precio de su iluminación. Esdras fue modelo de sacrificio por la paz de sus compatriotas. Ezequiel fue condenado a muerte por haber proclamado la verdad. Daniel curtió las infinitas amarguras del cautiverio. ¿Mencionáis a nuestros heroicos instructores del pasado, tan solo para justificar el gozo egoísta de la vida? ¿Dónde guardáis la fe? ¿En el confort ocioso, o en el trabajo productivo? ¿En la bolsa del mundo, o en el corazón que es el Templo Divino? ¿Incentiváis las revueltas y queréis paz? ¿Explotáis al prójimo y habláis de amor a Dios? ¿No os acordáis de que el Eterno no puede aceptar el loor de los labios, cuando el corazón de la criatura humana permanece distante de Él?"

La asamblea, ante el soplo de aquella sublime inspiración, parecía inmóvil, incapaz de definirse. Muchos israelitas suponían ver en Esteban el resurgimiento de uno de los primeros profetas de la raza. Pero los fariseos, como si hubiesen quebrado la misteriosa fuerza que los enmudecía, rompieron en gritería ensordecedora, gesticulando, a diestra y siniestra, y profiriendo improperios, con el propósito de atenuar la fuerte impresión causada por las elocuentes y cálidas expresiones del orador.

–¡Apedreemos al inmundo! ¡Matemos la calumnia! ¡Condenemos al camino hacia Satanás!...

En ese instante, Saulo se levantó rojo de cólera. No conseguía

disfrazar la furia del temperamento impulsivo que se le desbordaba de los ojos, inquietos y brillantes.

Caminó rápido hacia el acusado, dando a entender que iba a abrogar su palabra, la asamblea se calmó, enseguida, aunque continuase el rumor de los comentarios encubiertos.

Percibiendo que tal vez iba a ser constreñido por la violencia y viendo que los fariseos pedían su muerte, Esteban fijó su mirada en los más irónicos y arrebatados, exclamando en voz alta y tranquila:

–Vuestra actitud no me intimida. El Cristo fue solícito en recomendar que no temiésemos a los que solo nos pueden matar el cuerpo.

No pudo proseguir. El joven tartense, con las manos en la cintura, la mirada iracunda y con gestos rudos, como si se enfrentase con un malhechor común, le gritó furiosamente en el oído:

–¡Basta! ¡Basta ya! ¡Ni una palabra más!... Ahora que te fue concedido el último recurso inútilmente, también usaré lo que me faculta la condición de mi nacimiento, frente a un hermano desertor.

Y le propinó varios puñetazos en el rostro, sin que Esteban intentase la menor reacción. Los fariseos aplaudieron el gesto brutal, con un estruendo delirante, como si estuviesen en un día de fiesta. Dando expansión a su arrebato, Saulo le castigaba sin compasión. Sin recursos de orden moral, ante la lógica del Evangelio, recurría a la fuerza física, satisfaciendo su índole voluntariosa.

El predicador del "Camino", sometido a tales extremos, imploraba a Jesús por la necesaria asistencia para no traicionarse en el testimonio. No obstante la reforma radical que la influencia del Cristo había impuesto a sus concepciones más íntimas, él no podía huirle al dolor de la dignidad herida. Aun así, trató de recomponer sus energías interiores, en la comprensión de la renuncia que el Maestro había predicado como lección suprema. Recordó los sacrificios de su padre en Corinto, rememoró en la imaginación su suplicio y muerte. Se acordó de la angustiosa prueba que había sufrido y consideró que si solo con el conocimiento de Moisés y de

los Profetas había conseguido tanto en energía moral para enfrentar a los ignorantes de la Bondad Divina, ¿qué no podría testimoniar ahora con el Cristo en el corazón? Esos pensamientos acudían a su cerebro atormentado, como un bálsamo de suprema consolación. Pero, a pesar de la fortaleza de ánimo que marcaba su carácter, se vio que él vertía copiosas lágrimas. Cuando observó el llanto mezclado con la sangre que manaba de la herida que los puñetazos le abrieron en pleno rostro, Saulo de Tarso se contuvo saciado en su inmensa cólera. No podía comprender la pasividad con la que el agredido recibió los bofetones de su fuerza endurecida en los ejercicios del deporte.

La serenidad de Esteban lo perturbó aún más. Sin duda, estaba ante una energía ignorada.

Esbozando una sonrisa de burla, advirtió altanero:

–¿No reaccionas, cobarde? ¿Tu escuela es también la de la indignidad?

El predicador cristiano, a pesar de tener los ojos mojados por las lágrimas, respondió con firmeza:

–La paz difiere de la violencia, tanto como la fuerza del Cristo diverge de la vuestra.

Verificando una superioridad tan grande de concepción y pensamiento, el doctor de la Ley no podía ocultar el despecho y la furia que se transparentaban de sus ojos llameantes. Parecía en el auge de la irritación, extravasarse en los mayores despropósitos. Se diría que había llegado al cúmulo de tolerancia y resistencia.

Volviéndose para observar la aprobación de sus partidarios, que se contaban por mayoría, se dirigió al sumo sacerdote y pidió una sentencia cruel. Le temblaba la voz, por el esfuerzo físico gastado.

–Analizando la pieza condenatoria –acrecentó ufano– y, considerados los graves insultos perpetrados aquí, como juez de la causa ruego que el reo sea lapidado.

Frenéticos aplausos secundaron su palabra inflexible. Los fariseos tan duramente alcanzados por el verbo ardiente del discípulo del Evangelio suponían vengar de ese modo, lo que consideraban un escarnio criminal a sus prerrogativas.

La autoridad superior recibió la sentencia y buscó someterla a votación en el reducido círculo de los colegas más eminentes.

Fue entonces que Gamaliel, después de conversar en voz baja con los colegas de elevada investidura, comentando tal vez el carácter generoso y la patente impulsividad del ex discípulo, dándoles a entender que la sanción propuesta sería la muerte inmediata del predicador del "Camino", se levantó en el inquieto cenáculo y ponderó noblemente:

–Teniendo voto en este Tribunal y no deseando precipitar la solución de un problema de conciencia, propongo que se estudie más ponderadamente la sentencia pedida, reteniéndose al acusado en un calabozo hasta que se esclarezca su responsabilidad ante la justicia.

Saulo percibió el punto de vista del antiguo maestro, infiriendo que él ponía en juego su reconocido talante de tolerancia. Aquella advertencia contrariaba sobremanera sus propósitos y resoluciones, pero, sabiendo que no podría sobrepasar su venerada autoridad, afirmó:

–Acepto la proposición en calidad de Juez de la causa; sin embargo, aplazada la ejecución de la pena, como es de desear y teniendo en cuenta el veneno destilado por el verbo irreverente e ingrato del reo, espero que éste sea encadenado y recluido inmediatamente en la cárcel. Y propongo igualmente que se realicen más amplias investigaciones sobre las actividades supuestamente piadosas de los peligrosos creyentes del "Camino", con la finalidad de que se extirpe en la raíz la noción de indisciplina creada por ellos contra la Ley de Moisés, movimiento revolucionario de imprevisibles consecuencias, que significa, en esencia, desorden y confusión en nuestras propias filas y funesto olvido de las Leyes Divinas, conjurando así la propagación del mal, cuyo crecimiento intensificará los castigos.

La nueva propuesta fue plenamente aprobada. Con su profunda experiencia de los hombres, Gamaliel comprendió que era indispensable conceder algo.

Allí mismo, Saulo de Tarso fue autorizado por el Sanedrín a iniciar las más prolijas diligencias en torno de las actividades del "Camino", con orden de amonestar, corregir y prender a todos los descendientes de Israel dominados por los sentimientos asimilados en el Evangelio, considerado desde aquella hora, por el regionalismo semita, como depósito de veneno ideológico, con que el osado carpintero nazareno pretendía revolucionar la vida israelita, operando la disolución de sus eslabones más legítimos.

El joven tartense, enfrente de Esteban prisionero, recibió la notificación oficial con una sonrisa de triunfo.

Se cerró así la memorable sesión. Numerosos compañeros se acercaron al joven judío, felicitándolo por sus vibrantes palabras, consecuentes con la hegemonía de Moisés: El ex discípulo de Gamaliel recibía la salutación de los amigos y murmuraba confortado:

–Cuento con todos, lucharemos hasta el fin.

Los trabajos de aquella tarde habían sido exhaustivos, pero el interés despertado había sido enorme. Esteban se sentía cansadísimo. Ante los grupos que se retiraban desflorando los más diversos comentarios, fue maniatado antes de ser conducido a la prisión. Polarizando los sentimientos del Maestro, no obstante la fatiga, tenía confortada la conciencia. Con sincera alegría interior, verificó que una vez más Dios le concedía la oportunidad de dar testimonio de su fe.

En pocos minutos, la sombra del crepúsculo parecía caminar con rapidez hacia la noche sombría.

Después de soportar las más dolorosas humillaciones de algunos fariseos que se retiraban bajo profunda impresión de despecho, custodiado por guardias rudos e insensibles, con pesadas cadenas, fue recluido en la cárcel.

VII

Las primeras persecuciones

Saulo de Tarso, con las características de su impulsividad, se dejó dominar por la idea de venganza, impresionado con la calma de Esteban ante su autoridad y su fama. A su manera de ver, el predicador del Evangelio le infligió humillaciones públicas, que imponían reparaciones equivalentes.

Todos los círculos de Jerusalén, a pesar del corto plazo de su nueva permanencia en la ciudad, no escondían la admiración que le profesaban. Los intelectuales del Templo estimaban y veían en él una personalidad vigorosa, un guía seguro, tomándolo como maestro del racionalismo superior. Los más antiguos sacerdotes y doctores del Sanedrín reconocían su inteligencia aguda y depositaban en él la esperanza del porvenir. Para la época, su juventud dinámica, consagrada casi por completo al ministerio de la Ley, centralizaba, por decirlo así, todos los intereses de la casuística. Con la audacia psicológica que lo caracterizaba, el joven tartense conocía el papel que Jerusalén le destinaba. Por eso, las controversias de Esteban le dolían en las fibras más sensibles del corazón. En el fondo, su resentimiento era característico de una juventud ardiente y sincera; pero, la vanidad herida, el orgullo racial, el instinto de dominio, ofuscaban su retina espiritual.

En sus reflexiones íntimas, odiaba ahora aquel Cristo crucificado, porque detestaba a Esteban, considerado entonces como un peligroso enemigo. No podría tolerar ninguna expresión de aquella doctrina, aparentemente sencilla, pero que venía a sacudir los fundamentos de los principios establecidos. Perseguiría con inflexibi-

lidad al “Camino”, en la persona de cuantos estuviesen asociados. Movilizaría, intencionalmente, a todas las simpatías de las que disponía, para multiplicar la imprescindible represalia. Es cierto que, debería contar con las amonestaciones conciliatorias de un Gamaliel y de otros pocos espíritus, que, a su forma de ver, se dejaron embaucar por la Filosofía de Bondad que los galileos habían suscitado con las nuevas escrituras; pero estaba convencido de que la mayoría farisaica, en función política, se pondría de su lado, animándolo en la empresa comenzada.

Al día siguiente de recluir en la prisión a Esteban, buscó agrupar las primeras fuerzas con la máxima habilidad. A la caza de simpatía para el amplio movimiento de persecución que pretendía efectuar, visitó a las personalidades más eminentes del judaísmo, pero, absteniéndose de solicitar la cooperación de las autoridades reconocidamente pacifistas. La inspiración de los prudentes no le interesaba. Necesitaba de temperamentos análogos al suyo, para que el cometido no fallase.

Después de concertar un amplio proyecto entre los compatricios, solicitó una audiencia de la Corte Provincial, para obtener el apoyo de los romanos encargados de la solución de todos los asuntos políticos de la provincia. El Procurador, a pesar de residir oficialmente en Cesárea, estaba de paso por la ciudad y había tenido noticias allí de los interesantes acontecimientos de la víspera. Recibiendo la petición del prestigioso doctor de la Ley, le garantizó plena solidaridad, elogiando las medidas en perspectiva. Seducido por el verbo elocuente del joven rabino, le hizo sentir, con la displicencia del hombre de Estado de todos los tiempos y en cualquier circunstancia por los asuntos religiosos, que reconocía en el farisaísmo razones de sobra para combatir a los galileos ignorantes que perturbaban el ritmo de las manifestaciones de la fe, en los santuarios de la Ciudad Santa. Concretando sus promesas, concedió, de inmediato, al joven de Tarso la necesaria autorización para el efecto deseado, exceptuando naturalmente los derechos de naturaleza política, que la suprema autoridad romana debía mantener intangibles.

No obstante, al novel rabino le bastaba la adhesión de los poderes públicos para llevar a cabo los proyectos aventados.

Animado en sus propósitos por la casi total aprobación de su plan, Saulo comenzó a coordinar las primeras diligencias para dilucidar las actividades del "Camino" en sus mínimas modalidades. Obcecado por la idea de venganza pública, ideaba los más siniestros cuadros en la mente sobreexcitada. Tan pronto como fuese posible, prendería a todos los implicados. Ante sus ojos, el Evangelio disimulaba una eminente sedición. Presentaría los conceptos del discurso de Esteban como una señal de la bandera revolucionaria, de manera que despertase el rechazo de los compañeros poco vigilantes, habituados a pactar con el mal, con el pretexto de una acomodaticia tolerancia. Combinaría los textos de la Ley de Moisés y de los Escritos Sagrados para justificar que se debería conducir a los desertores de los principios de la raza hasta la muerte. Demostraría lo intachable que era su conducta inflexible. Haría cualquier cosa por conducir a Simón Pedro al calabozo. En su opinión, debía ser él, el autor intelectual de la trama sutil que se venía formando alrededor de la memoria de un simple carpintero. Arrebatado por sus ideas precipitadas, llegaba a concluir que nadie sería excluido en sus decisiones irrevocables.

Ese día, caracterizado por la visita a las autoridades destacadas, con la intención de atraerlas a su causa, otros hechos sorprendentes vinieron a agravar las preocupaciones que lo absorbían. Oseías Marcos y Samuel Natan, dos compatriotas riquísimos, de Jerusalén, después de oír la defensa personal de Esteban, en el Sanedrín, impresionados con la elocuencia y la justicia de los conceptos del orador, distribuyeron con los hijos la parte de la herencia que les correspondía a cada uno, y donaron al "Camino" el restante de sus haberes. Para eso, buscaron a Simón Pedro, besando sus manos callosas por el trabajo, después de oír sus palabras acerca de Jesucristo.

La noticia resonó en los círculos del farisaísmo con las características de un verdadero escándalo.

Saulo de Tarso tuvo conocimiento del hecho al día siguiente, evaluando la conmoción que la actitud de Esteban había provocado. La defección de los dos correligionarios, cambiando de bando para compartir con los galileos, le causó un profundo resentimiento. Se decía, también, que Oseías y Samuel, entregando al "Camino" la totalidad de sus bienes, habían declarado, entre lágrimas, que aceptaban al Cristo como el Mesías prometido. Los comentarios de los amigos, al respecto, lo instigaban a tomar las más fuertes represalias. Designado por las caprichosas corrientes populares como el más joven defensor de la Ley, se sentía obligado, cada vez más, a revelar su ascendiente en ese puesto que consideraba sagrado. Por eso mismo, en la defensa de su mandato, despreciaría todas las consideraciones tendentes a invalidar su rigorismo, que presumía un Deber Divino.

Tomando en cuenta la gravedad de los últimos hechos que amenazaban la estabilidad del judaísmo, en el seno mismo de sus elementos más destacados, se entrevistó de nuevo con las supremas autoridades del Sanedrín, con la finalidad de apresurar las represiones en perspectiva.

Atento a la autorización concedida por los más altos poderes políticos de la provincia, Caifás propuso que el celoso doctor de Tarso fuese nombrado jefe y promotor de todas las medidas atinentes e indispensables para la guarda y defensa de la Ley. Le competía, entonces, promover todos los recursos que juzgase convenientes y útiles, reservando al Sanedrín solo las últimas decisiones, máxime, las de naturaleza más grave.

Satisfecho con el resultado de la reunión que había improvisado, el joven tartense afirmó antes de despedirse de los amigos:

–Hoy mismo requeriré el cuerpo de tropa que deberá operar en el perímetro de la ciudad. Mañana ordenaré la detención de Samuel y Oseías, hasta que se decidan a retomar el juicio y, en el fin de semana, trataré de las capturas de la gentuza del "Camino".

–¿Acaso, no temerás a los sortilegios? –interrogó Alejandro con ironía.

–De ningún modo –respondió sentencioso y decisivo–. Sabiendo de oídas que los propios militares comienzan a ponerse supersticiosos bajo la influencia de las ideas extravagantes de esa gente, dirigiré en persona la expedición, pues pretendo recluir al tal Simón Pedro en el calabozo.

–¿Simón Pedro? –preguntó uno de los presentes admirado.

–¿Por qué no?

–¿Sabes el motivo de la ausencia de Gamaliel a nuestra reunión de hoy? –dijo el otro.

–No.

–Es que, invitado por ese mismo Simón, él fue a observar las instalaciones y los servicios que presta el "Camino". ¿No encuentras todo eso extremadamente curioso? Tenemos, de manera general, la impresión de que el jefe humilde de los galileos, desaprobando la actitud de Esteban ante el Sanedrín, desea recomponer la situación, buscando aproximarse a nuestra autoridad administrativa. ¿Quién sabe? Tal vez, todo eso sea útil. Como mínimo, es muy posible que estemos caminando hacia la necesaria armonización.

Saulo se mostraba más que sorprendido, casi estupefacto.

–Pero, ¿qué viene a ser todo esto? ¿Gamaliel visitando el "Camino"? Llego a dudar de su integridad mental.

–Pero sabemos –intervino Alejandro–, que el maestro siempre pautó sus actos y pensamientos con la mayor corrección. Era justo que se negase a tal invitación en consideración a nosotros; no obstante, si no lo hizo así, es igualmente preciso que no desacatemos la deliberación tomada, conformes, con la nobleza de espíritu que siempre lo inspiró.

–De acuerdo –dijo Saulo algo contrariado–, pero, a pesar de la amistad y gratitud que le consagro, ni siquiera Gamaliel podrá modificar mis resoluciones. Es posible que Simón Pedro se justifique,

saliendo ileso de las pruebas a las que será sometido; pero, sea como fuere, tendrá que ser conducido a la cárcel para que sea sometido a los necesarios interrogatorios. Desconfío de su aparente humildad. ¿Con qué finalidad se abalanzaría él a dejar sus redes para convertirse en un benefactor gratuito de los pobres de Jerusalén? Veo, en todo eso, propósitos de sedición que no deben andar muy lejos. Los más humildes e ignorantes caminan al frente en los peligros. Los señores de la destrucción aparecen después.

La conversación se animó aún por algún tiempo, en torno a la expectativa general de los acontecimientos que se aproximaban, hasta que Saulo se despidió y regresó a su casa, dispuesto a asentar los últimos detalles de su plan.

En la modesta iglesia del "Camino", el encarcelamiento de Esteban había tenido una amplia repercusión, despertando justificados recelos en los Apóstoles de Galilea. Pedro recibió la noticia con profunda tristeza. Había encontrado en el joven de Corinto a un auxiliar dedicado y a un hermano. Además, por la nobleza de sus cualidades afectivas, Esteban se tornó en una figura central, focalizando todas las atenciones. Para su entendimiento inspirado convergían numerosos problemas, a cuya solución el ex pescador de Cafarnaún ya no le dispensaba de su prestigiosa cooperación. Amado por los afligidos y sufridores, tenía siempre la palabra de buen ánimo, que levantaba al corazón más desalentado. Pedro y Juan se preocuparon más por amor, que por cualquier otra consideración. Mientras tanto, Santiago, hijo de Alfeo, no conseguía disfrazar su disgusto ante la conducta valiente del hermano de fe, que no vaciló en enfrentar a los poderes farisaicos, de los señores de la situación. En su opinión, Esteban anduvo errado en el capítulo de las exhortaciones, debió moderarse, merecía la prisión por los argumentos precipitados en defensa de sí mismo. Se fermentó la discusión. Pedro le hacía sentir la oportunidad de los actos, para que se revelase la libertad del Evangelio. Y reforzaba los argumentos con la lógica de los hechos. La resolución de Oseías y Samuel, entregándose al Cristo, era invocada para justificar el éxito espiri-

tual del "Camino". Toda la ciudad comentaba los acontecimientos; muchos se aproximaban a la iglesia con el deseo sincero de conocer mejor al Cristo, y eso debía significar la victoria de la causa. Pero, Santiago no se dejaba vencer por los más fuertes razonamientos. La discordia tomaba cuerpo, pero Simón y el hijo de Zebedeo sobreponían ante todo los intereses del Mensaje de Jesús. Y el Maestro se afirmó como emisario para todos los desalentados y dolientes. Y éstos ya conocían la humilde iglesia de Jerusalén, iluminándose con la palabra de vida y de verdad. Los enfermos, los decepcionados de la suerte, los desprotegidos del mundo, los tristes, iban a su encuentro para recibir el esclarecimiento consolador. Era de verse como se henchían de júbilo en el dolor, cuando se les hablaba de la claridad eterna de la resurrección. Ancianos temblorosos abrían los ojos desmesuradamente, como si contemplasen nuevos horizontes de imprevistas esperanzas. Personas cansadas de la lucha terrestre sonreían venturosas, cuando, al oír el mensaje de la Buena Nueva, comprendían que esta amarga existencia no era todo.

Pedro observaba a los afligidos que Jesús tanto amó y experimentaba nuevas fuerzas.

Consciente de la actitud noble de Gamaliel ante las acusaciones del doctor de Tarso, y creyendo que únicamente él podría evitar el apedreamiento inmediato de Esteban, concibió el proyecto de invitarlo a visitar las instalaciones toscas de la iglesia del "Camino". Expuesta a los compañeros, la idea fue aprobada por unanimidad. Juan era el mensajero escogido para el nuevo cometido.

Gamaliel no solo recibió caballerosamente al emisario, sino que también demostró gran interés por la invitación, aceptándola con la generosidad que engalanaba su venerable vejez.

Entabladas las conversaciones, el sabio rabino entró en la casa pobre de los galileos, que lo recibieron con infinita alegría. Simón Pedro, profundamente respetuoso, le explicó las finalidades de la institución, lo esclareció en relación a los hechos verificados y habló del consuelo dispensado a los que se encontraban abandonados. Cariñosamente, le ofreció una copia, en pergamino, de to-

das las anotaciones de Mateo sobre la personalidad del Cristo y sus gloriosas enseñanzas. Gamaliel agradecía, amable, al ex pescador, tratándolo, igualmente, con deferencia y consideración, dando a entender que deseaba exponer a su respetable apreciación todos los programas de la humilde iglesia. Simón condujo al viejo doctor de la Ley a todas las dependencias. Llegado a la larga enfermería en la que se aglomeraban los más diversos dolientes, el gran rabino de Jerusalén no pudo ocultar la máxima impresión, conmovido hasta las lágrimas con el cuadro que se deparaba ante sus ojos asombrados. En lechos acogedores veía a ancianos de cabellos nevados por los inviernos de la vida, y a niños escuálidos cuyas miradas agradecidas acompañaban la figura de Pedro, como si estuviesen en presencia de un padre. Aún no había dado diez pasos en torno de los muebles sencillos y limpios, cuando se detuvo frente a un viejito de miserable aspecto. Inmovilizado por la enfermedad que lo había postrado, el pobre enfermo pareció reconocerlo igualmente:

Y el diálogo se trabó sin preámbulos:

–Samonio, ¿tú, aquí? –interrogó Gamaliel admirado–. ¿Será posible que hayas abandonado Cesárea?

–¡Ah, sois vos, señor!, –respondió el interpelado con una lágrima en el canto de los ojos–. ¡Qué bueno que uno de mis compatricios y amigos llegó a observar mi gran miseria!

El llanto le embargó la voz, impidiéndole continuar.

–Pero, ¿y tus hijos? ¿Y los parientes? ¿Quién dispone de tus propiedades en Samaria? –preguntaba el viejo maestro perplejo. –No llores, Dios tiene siempre mucho para darnos.

Transcurrida una larga pausa en la que Samonio pareció coordinar las ideas para explicarse, consiguió limpiar las lágrimas y proseguir:

–¡Ah, señor!, al igual que Job, vi como mi cuerpo se pudría entre las comodidades de mi casa; Jehová en su sabiduría me reservaba largas pruebas. Denunciado como leproso, en vano solicité el socorro de los hijos que el Creador me concedió en la juventud.

Todos me abandonaron. Los familiares se dieron prisa en partir, dejándome solo. Los amigos que festejaban conmigo, en Cesárea, huyeron sin que los pudiese ver. Me quedé solo y desamparado. Un día, para suprema desesperación de mi desdicha, los ejecutores de la justicia me procuraron para notificar la sentencia cruel. Mis hijos acordaron, entre todos, en un consejo de iniquidad, destituirme de todos mis bienes, apoderándose de mis posesiones y de los títulos en dinero, que representaban mi esperanza de una vejez honesta. Por fin y para cúmulo de sufrimientos, me condujeron al valle de los leprosos, donde me abandonaron como si fuera un criminal sentenciado a muerte. Sentí tanto abandono y tanta hambre, experimenté grandes necesidades, tal vez por mi vida pasada en el trabajo y en el confort, que entonces huí del valle de los leprosos, haciendo una larga jornada a pie, esperanzado de encontrar en Jerusalén las valiosas amistades de antaño.

Oyendo el doloroso relato, el viejo maestro tenía los ojos anegados en lágrimas. Había conocido a Samonio en los días más felices de su vida. Homenajeado en su residencia, de paso por Cesárea, se asombraba ahora de aquella angustiosa indigencia.

Después de una pequeña pausa, en la que el aquejado procuraba enjugar el sudor y las lágrimas, con voz pausada continuó:

–Emprendí el viaje, pero todo conspiró contra mí. En breve, con los pies cubiertos de llagas, no podía caminar. Me arrastraba como podía, lleno de cansancio y sed, cuando un carrocero humilde, apiadado, me recogió y trajo a esta casa, donde el dolor encuentra un consuelo fraternal.

Gamaliel no sabía cómo exteriorizar su sorpresa, tal era la emoción que vibraba en lo más íntimo de su ser. Pedro, igualmente, estaba sensibilizado. Acostumbrándose a la práctica del bien sin cavilar jamás en los antecedentes del socorrido, veía en el caso una confortadora revelación del amoroso poder del Cristo.

El gran rabino estaba atónito ante lo que veía y oía allí. Con la sinceridad que le era peculiar no podía disimular su amistad agra-

decida al pobre enfermo; pero, sin recursos para retirarlo de aquel pobre albergue, se veía en la contingencia de extender su reconocimiento a Simón Pedro y demás compañeros del ex pescador de Cafarnaún. Solo ahora reconocía que el judaísmo no había pensado en esas posadas de amor. Encontrando allí al amigo leproso, deseó sinceramente ampararlo. ¿Pero, cómo? Por primera vez, pensó en la dolorosa eventualidad de enviar a un ser amado al valle de los leprosos. Él que había aconsejado este recurso a tanta gente, allí estaba ahora, considerando la situación de un amigo querido. El episodio lo sacudía profundamente. Procurando evitar raciocinios filosóficos, para no caer en conclusiones apresuradas, habló con dulzura:

–Sí, tienes razón para agradecer el esfuerzo de tus benefactores.

–Y también la misericordia del Cristo –afirmó el enfermo con una lágrima–. Creo, ahora, que el generoso profeta de Nazaret, con el Testimonio de Amor que nos trajo, es el Mesías prometido.

El gran doctor comprendió el éxito de la nueva doctrina. Aquel Jesús desconocido, ignorado por la sociedad más culta de Jerusalén, triunfaba en el corazón de los infelices, por la contribución de amor desinteresado que trajo a los más desheredados de la suerte. Comprendió, al mismo tiempo, la discreción que se le imponía en aquel medio humilde, teniendo en cuenta sus responsabilidades en la vida pública. Precisando proseguir en la conversación, para dar testimonio de su altruismo y piedad, advirtió con una sonrisa:

–Creo que Jesús de Nazaret, de hecho, fue un modelo de renuncia, en favor de ideas que, hasta hoy, no pude investigar o comprender; pero de ahí a considerarlo el propio Mesías…

Esas palabras reticentes, daban a comprender el escrúpulo de su corazón delicado, entre la Ley Antigua y las Nuevas Revelaciones del Evangelio. Simón Pedro lo entendió así y, en balde, buscaba un medio para desviar la conversación hacia otro rumbo. Pero, el propio Samonio, como tutelado del Maestro, fue en auxilio del Apóstol, arguyendo ante Gamaliel con observaciones ponderadas y justas:

–Si yo estuviese sano, plenamente identificado con la familia y en el gozo de los bienes que conquisté con esfuerzo y trabajo, tal vez dudase también de esa realidad consoladora. Pero estoy postrado, olvidado de todos y sé quién me dio una mano amiga. Como israelitas, amantes de la Ley de Moisés, hemos esperado un Salvador en la persona mortal de un príncipe del mundo; pero esa creencia solo es válida para una situación pasajera. Son ilusorios los prejuicios, esos que nos llevan a inducir una dominación de fuerzas perecederas. No obstante, la enfermedad es una consejera cariñosa y esclarecida. ¿De qué nos valdría un profeta que salvase al mundo para desaparecer después entre las miserias anónimas de un cuerpo putrefacto? ¿No está escrito que toda iniquidad perecerá? ¿Y dónde está el príncipe poderoso de la Tierra que domine sin la garantía de las armas? El lecho de dolor es un campo de enseñanzas sublimes y luminosas. En él, el alma exhausta va estimando en el cuerpo la función de una túnica. Todo lo que se refiera a la vestimenta va perdiendo, consecuentemente, importancia. Persevera, sobre todo, nuestra Realidad Espiritual. Los antiguos afirmaban que somos dioses. En mi situación actual tengo la perfecta impresión de que somos dioses proyectados en un torbellino de polvo. A pesar de las llagas pestilentes por las que me segregaron de los amigos más queridos, pienso, quiero y amo. En la cámara oscura del sufrimiento, encontré al Señor Jesús, para comprenderlo mejor. Hoy creo que su poder dominará las naciones, porque es la Fuerza del Amor triunfando sobre la muerte.

La voz de aquel hombre cubierto de heridas rojas, en su grave entonación, parecía el clarín de la verdad, saliendo de un montón de polvo. Pedro verificaba, satisfecho, el progreso moral de aquel mendigo anónimo, para evaluar íntimamente la fuerza regeneradora del Evangelio. Gamaliel, por su parte, se aturdía con el sentido profundo de aquellos conceptos. La exaltación del Cristo, en los labios de un enfermo desamparado, tenía un sello de misteriosa y singular belleza. Samonio habló con la entonación de quien había tenido experiencias directas de un encuentro real con el profeta

nazareno. Buscando apartar cualquier posibilidad de controversia religiosa, el generoso rabino sonrió añadiendo:

–Reconozco que hablas con mucha sabiduría. Si es incontestable que estoy en una edad en la que no sería útil alterar los principios, no puedo manifestarme contrario a tus suposiciones, pues estoy bien de salud, gozo del cariño de los míos y tengo una vida tranquila. Por lo tanto, mi facultad para juzgar, tiene que operar en otro rumbo.

–Sí, es justo –respondió Samonio, inspirado–, por ahora no estáis necesitando de un salvador. Y es por eso que el Cristo afirmaba que había venido para los enfermos y para los afligidos.

Gamaliel comprendió el alcance de esas palabras que daban para meditar una vida entera. Sintió los ojos llenos de lágrimas. La observación de Samonio penetró profundamente en su corazón sensible de hombre justo. Sin embargo, percibió que necesitaba ser prudente para no confundir los sentimientos del pueblo, considerando el cargo oficial que ocupaba, y esbozando una mansa sonrisa para el interlocutor, le tocó levemente en el hombro, y con acento de fraternal sinceridad afirmó:

–Tal vez tengas razón. Estudiaré a tu Cristo.

Y recordando el poco tiempo del que disponía, encomendó el amigo a Simón, despidiéndose con un abrazo para acompañar al Apóstol de Cafarnaún a las últimas dependencias.

Antes de retirarse, el sabio rabino felicitó a los compañeros de Jesús por la obra que realizaban en la ciudad, y, comprendiendo la delicadeza de su misión en un ambiente a veces tan hostil, aconsejó a Pedro no olvidar, en la iglesia del "Camino", todas las prácticas exteriores del judaísmo. Sería justo, según su opinión, que se cuidase de la circuncisión de todos los que tocasen su puerta; que evitasen las viandas impuras; que no olvidasen el Templo y sus principios. Gamaliel sabía que los galileos no estarían exentos de persecuciones, aun más tratándose de una organización iniciada por alguien que había sido condenado a muerte por el Sanedrín. Con aquellos

consejos, pretendía parar los golpes de la violencia, que, tarde o temprano, habrían de llegar.

Pedro, Juan y Santiago agradecieron sensibilizados la cariñosa amonestación y el viejo doctor regresó al hogar, profundamente impresionado con las lecciones del día, llevando consigo los escritos de Mateo, que se puso a leer de inmediato.

Transcurrieron dos días más y las persecuciones capitaneadas por Saulo de Tarso comenzaron a sacudir a Jerusalén en todos los sectores de sus actividades religiosas.

Oseías Marcos y Samuel Natan fueron apresados, sin causa alguna, a fin de que respondiesen a un riguroso interrogatorio. Los cooperadores del movimiento organizaron largas listas de los israelitas más destacados que frecuentaban las reuniones de la iglesia del "Camino". El joven de Tarso determinó que se abriese un interrogatorio general. Mientras tanto, como deseaba dar una demostración de firmeza a los adversarios, juzgó que debería iniciar las detenciones de mayor importancia, después del encarcelamiento de Oseías y Samuel, en el reducto mismo de los galileos oscuros, que habían osado afrontar su autoridad.

Fue por la mañana de un día muy claro, que el futuro rabino, rodeado de algunos compañeros y soldados, tocó a la puerta de la humilde casa, haciendo gran alarde de los fines de su insidiosa visita. Simón Pedro en persona fue a atenderlo con gran serenidad en los ojos. Manifiesto pavor se estableció entre los más tímidos, porque dos jóvenes que acompañaban al Apóstol se incumbieron de correr al interior y esparcir la noticia.

–¿Eres tú Simón Pedro, antiguo pescador de Cafarnaún? –preguntó Saulo con cierta insolencia.

–Yo mismo soy –respondió con firmeza.

–¡Estás preso! –dijo el jefe de la expedición en un gesto de triunfo. Y mandando que dos compañeros se adelantasen, ordenó que el Apóstol fuese encadenado de inmediato. Pedro no opuso la más mínima resistencia. Impresionado con el temperamento pa-

cífico que los continuadores del Nazareno testimoniaban siempre, Saulo objetó con escarnio:

–El Maestro del "Camino" debe haber sido un alto modelo de inercia y cobardía. Aún no encontré ningún indicio de dignidad en sus discípulos, cuyas facultades de reacción parecen muertas.

Recibiendo de lleno tan acerba injuria, el ex pescador respondió, serenamente:

–Os engañáis cuando juzgáis así. El discípulo del Evangelio solo es enemigo del mal y, en su tarea, coloca el Amor por encima de todos los principios. Además, nosotros consideramos que todo yugo, con Jesús, es suave.

El joven tartense, detentor de tan elevado poderío, no disimuló el malestar que la respuesta le causaba, y, señalando al continuador de Jesús, dijo a uno de los hombres de la escolta:

–Jonás, ocúpate de él.

Y, afirmando irónicamente las palabras, se dirigió a los demás con un gesto de desprecio hacia el Apóstol encadenado, que lo contemplaba sereno, aunque sorprendido:

–No discutamos con este hombre. Esta gente del "Camino" está siempre llena de raciocinios absurdos. Es preciso no perder tiempo con la ceguera de la ignorancia. Vamos hasta allá adentro, detengamos a los jefes. Los secuaces del carpintero han de ser perseguidos hasta el fin.

Resuelto, tomó la delantera, penetrando osadamente en busca de las habitaciones internas. De puerta en puerta, encontraba mendigos que lo miraban llenos de espanto y amargura. El cuadro vivo de tanta miseria albergada lo llenaba de admiración; pero se esforzaba por no perder la fibra de implacable, para poder ejecutar sus proyectos en los menores detalles. Al lado de la enfermería de más vastas proporciones, encontró al hijo de Zebedeo, que oyó la voz de prisión sin alterar su serenidad fisonómica.

Sintiendo las manos groseras del soldado que le colocaba las cadenas, Juan irguió los ojos a lo Alto y solo murmuró:

–Me encomiendo al Cristo.

El jefe de la caravana lo miró con profundo desprecio y exclamó altivamente a los compañeros:

–Faltan dos de los más sospechosos. Busquémoslos.

Se refería a Felipe y Santiago, en su calidad de discípulos directos del Mesías Nazareno.

Algunos pasos más y el primero fue encontrado fácilmente. Felipe se dejó encadenar sin protestar. Sus hijas lo rodearon afligidas y llorosas.

–Valor, hijas –dijo él sin temor–, ¿acaso seríamos superiores a Jesús, que fue perseguido y crucificado por los hombres?

–¿Oyes, Clemente? –preguntó Saulo, irritado, a uno de los amigos más calificados–. ¡No se percibe otra cosa a no ser referencias al extraño Nazareno! El primero habló del yugo del Cristo, el segundo se encomendó al Cristo, este alude a la superioridad del Cristo… ¿Adonde iremos a parar?

Después de desahogar su cólera, en términos ásperos, remataba con el estribillo constante:

–Habremos de llegar hasta el fin.

Asegurados los tres prisioneros, faltaba el hijo de Alfeo. Alguien se acordó de buscarlo en el tosco cuartucho que ocupaba. En efecto, lo hallaron allá arrodillado, teniendo delante de sus ojos un rollo de pergaminos en los que se encontraba la Ley de Moisés. Se le notaba la palidez marmórea del rostro, cuando Saulo se aproximó áspero:

–¿Qué es esto? ¿Hay quien cuide de la Ley aquí?

El hermano de Levi levantó los ojos, transbordando sincero recelo y explicó con humildad:

–Señor, jamás olvidé la Ley de nuestros padres. Mis abuelos me enseñaron a recibir de rodillas las luces del Santo Profeta.

La actitud de Santiago no traducía fingimiento. Consagrando el máximo respeto al libertador de Israel, siempre había oído decir que sus libros sagrados estaban tocados de Santa Virtud. En la expectativa de ser llevado a la cárcel, se atemorizó con el inminente peligro. No había podido comprender, principalmente, como otros compañeros, el sentido divino y oculto de las lecciones del Evangelio. El sacrificio le inspiraba terribles temores. A fin de cuentas, pensaba él en la comprensión parcial del Cristo: –¿Quién quedaría para organizar y dirigir las obras comenzadas? El Maestro había expirado en la cruz y, en aquel instante, los Apóstoles de Jerusalén estaban presos. Precisaba defenderse con los medios posibles a su alcance. Imaginó recurrir a las virtudes sobrenaturales de la Ley de Moisés, de acuerdo con las antiguas creencias. En genuflexión, esperó a los verdugos que se aproximaban.

Ante la actitud imprevista de Santiago, Saulo de Tarso estaba atónito. Solo los espíritus profundamente aferrados al judaísmo, leían, de rodillas, las enseñanzas de Moisés. En sana conciencia, no podía ordenar la prisión de aquel hombre. El argumento que justificaba su tarea, ante las autoridades políticas y religiosas de Jerusalén, era el combate a los enemigos de las tradiciones.

–¿Pero no sois amigo del carpintero?

Con envidiable presencia de espíritu, el interpelado respondió:

–No me consta que la Ley nos impida tener amigos.

Saulo se perturbó, pero prosiguió:

–Pero, ¿qué escogéis? ¿La Ley o el Evangelio? ¿Cuál de los dos aceptáis en primer lugar?

–La Ley es la primera Revelación Divina –dijo Santiago con inteligencia.

Ante la respuesta que lo desconcertaba de alguna manera,

el joven de Tarso reflexionó un momento y agregó, dirigiéndose a los circundantes:

–Está bien. Este hombre queda en paz.

El hijo de Alfeo, íntimamente satisfecho con el resultado de su iniciativa, creía ahora que la Ley de Moisés estaba tocada de gracias vivas y permanentes. A su manera de ver las cosas, había sido el código del Judaísmo el talismán que lo conservó en libertad. Desde ese día, el hermano de Levi iba a consolidar, para siempre, sus tendencias supersticiosas. El fanatismo que los historiadores del Cristianismo encontraron en su personalidad enigmática, tuvo ahí su origen.

Apartándose del aposento de Santiago, Saulo se preparaba para salir, cuando, de regreso a la portería para ordenar la partida de los prisioneros, se topó con la escena que más lo habría de impresionar.

Todos los enfermos que se podían arrastrar, todos acogidos capaces de moverse, rodeaban la persona de Pedro, llorando conmovedoramente. Algunos niños le llamaban "padre"; ancianos trémulos le besaban las manos…

–¿Quién se compadecerá de nosotros, ahora? –preguntaba una viejita deshecha en llanto.

–Padre mío, ¿a dónde van a llevaros? –decía un huérfano afectuoso, abrazándose al prisionero.

–Voy al monte, hijo –respondía el Apóstol.

–¿Y si os matasen? –volvía a decir el pequeño con una gran interrogación en los ojos azules.

–Me encontraré con el Maestro y volveré con Él –esclarecía Pedro bondadosamente.

En ese instante, surgió la figura de Saulo, que regresaba. Contemplando la multitud de minusválidos, ciegos, leprosos y niños que llenaban la sala, exclamó irritado.

–¡Apártense, abran paso!

Algunos retrocedieron, despavoridos, viendo a los soldados que se aproximaban, mientras que los más resueltos no cedían el paso. Un leproso, que casi no podía ponerse en pie, se adelantó. El viejo Samonio, acordándose de los tiempos en que podía mandar y ser obedecido, se aproximó decididamente a Saulo.

–Nosotros necesitamos saber para dónde van estos prisioneros –dijo con gravedad.

–¡Para atrás!, –exclamó el joven tartense, esbozando un gesto de repugnancia–. ¿Será posible que un hombre de la Ley tenga que dar explicaciones a un viejo inmundo?

Los guardias armados intentaron adelantarse, para castigar al atrevido; no obstante, la lepra defendía a Samonio de sus ataques. Valiéndose de la situación, el antiguo propietario de Cesárea respondió con firmeza:

–El hombre de la Ley no precisa prestar cuentas sino a Dios, cuando practica el exacto cumplimiento de sus deberes; pero, en esta casa, hablan los códigos de humanidad. Para vos yo soy un inmundo, pero para Simón Pedro soy un hermano. ¡Prendéis a los buenos y liberáis a los malos! ¿Dónde está vuestra justicia? ¿Creéis solamente en el Dios de los ejércitos? Es indispensable que sepáis que el Eterno es el factor supremo, y que el Evangelio nos enseña a buscar en su providencia el cariño de un Padre.

Oyendo aquella voz digna, que fluía de la miseria y del sufrimiento como un grito de desesperación, Saulo quedó admirado. Mientras tanto, después de una larga pausa, el mendigo proseguía con resolución.

–¿Dónde están vuestras casas de auxilio para los oprimidos de la suerte? ¿Cuándo os acordasteis de fundar un asilo para los más infelices? Os engañáis si suponéis inercia en nuestra actitud. Los fariseos llevaron a Jesús al Calvario de la crucifixión, privando a los necesitados de su inefable bondad. Ahora, el Sanedrín detiene

a los Apóstoles del "Camino", retribuyendo su bondad con la oscuridad del calabozo. Pero estáis equivocados. Nosotros, los miserables de Jerusalén, habremos de luchar contra vosotros. De Simón Pedro, nosotros disputaremos hasta su propia sombra. Si os negáis a atender nuestras súplicas, importa recordar que somos leprosos. Envenenaremos vuestros pozos. Pagaréis la perversidad con la salud y con la vida.

En ese ínterin, no pudo continuar.

Ante la expectación angustiosa de todos, Saulo de Tarso sentenció con aspereza:

–¡Cállate miserable! ¿Dónde estoy que te tuve que oír hasta ahora? Ni una palabra más.

Y designando a uno de los soldados, murmuró con desprecio:

–Sinesio, dale diez bastonazos. Es indispensable castigar su lengua insolente y viperina.

Allí mismo, a la vista de todos los compañeros que se retraían amedrentados, Samonio recibió el castigo sin balbucear una queja. Pedro y Juan tenían los ojos nublados de lágrimas. Los demás enfermos se encogían aterrorizados.

Terminada la tarea, un gran silencio dominaba los corazones ansiosos y adoloridos. El doctor de Tarso rompió la expectativa con la orden de partida, camino a la cárcel.

Entonces dos niñas pálidas se acercaron, al ex pescador de Cafarnaún y preguntaron llorosas:

–"Padre", ¿con quién quedaremos nosotras?

Pedro se volvió, condolido, y respondió con ternura:

–Las hijas de Felipe se quedarán con vosotras… Si Jesús lo permite, hijas mías, no me demoraré.

El propio Saulo, íntimamente, estaba conmovido; pero no deseaba traicionarse a sí mismo, dejándose vencer por la emoción que el cuadro le provocaba.

Pedro comprendió que las lágrimas silenciosas de todos los tutelados humildes del "Camino" traducían un gran amor, en aquel momento de angustiosas despedidas.

Después de ese hecho, el joven tartense redobló las energías en la primera persecución experimentada por las expresiones individuales y colectivas del Cristianismo naciente. Más de lo que se podría suponer, Jerusalén estaba llena de personas que se interesaban por las ideas del Mesías Nazareno. Saulo se valió de esa circunstancia para hacer sentir, una vez más, el peligro ideológico que representaba el Evangelio. Numerosas encarcelaciones fueron efectuadas. En la ciudad, se inició un éxodo de grandes proporciones. Los amigos del "Camino", con posibilidades económicas, preferían iniciar una nueva vida en Idumea o en Arabia, en Cilicia o en Siria. Los que podían, escapaban del rigor de los interrogatorios violentos, iniciados con retumbes de escándalo público. Las personalidades más eminentes eran metidas en prisión, incomunicadas, pero los anónimos y humildes, los de la plebe, sufrían grandes vejaciones en las dependencias del tribunal donde se hacían los interrogatorios. Los guardias asalariados por Saulo, para la ejecución del nefasto trabajo, se excedían en los abusos.

–¿Eres del "Camino" de Jesucristo? –preguntaba uno de ellos a una desventurada mujer, con risas irónicas.

–Yo…yo… –gagueaba la infeliz, comprendiendo lo difícil de la situación.

–¡Deprisa, responde deprisa! –volvía a decir el esbirro irrespetuoso.

La miserable criatura empalidecía y temblaba, pensando en los pesados castigos que le serían impuestos y entonces, respondía con profundo temor:

–Yo… no…

–¿Y qué fuiste a hacer en sus asambleas sediciosas?

–Fui a buscar remedio para mi hijito enfermo.

En vista de la negativa, el delegado del Sanedrín parecía calmarse, pero luego exclamaba a uno de sus auxiliares.

–¡Muy bien! La interrogada puede ir en paz; pero, antes de retirarse, el reglamento manda que se le apliquen algunos golpes con la espada.

Y era inútil resistir. En aquel singular tribunal, por largos días seguidos, se verificaban castigos de toda índole. De las respuestas del querellado dependían el encarcelamiento, los azotes, la espada, los bastonazos, las laceraciones y los escarnios.

Saulo se tornó en la cabeza central del movimiento terrible y fue execrado por todos los simpatizantes del "Camino". Multiplicando energías, visitaba diariamente los núcleos del servicio a los que acostumbraba llamar "Expurgo de Jerusalén", desarrollando una pasmosa actividad, dentro de la cual mantenía la vigilancia constante de las autoridades administrativas, alentaba a los auxiliares y delegados e instigaba a otros perseguidores de los principios de Jesús, sin dejar enfriar el celo religioso del Sanedrín.

Pasada una semana, después de los encarcelamientos efectuados en la modesta Iglesia, se realizaba la memorable sesión en la que Pedro, Juan y Felipe deberían ser juzgados. La excepcional asamblea había despertado la mayor curiosidad. Allá se congregaban todas las eminentes personalidades del farisaísmo dominante. Gamaliel compareció, dando muestras de profundo abatimiento.

De modo general, se comentaba la actitud de los mendigos que, no obteniendo permiso de ingreso, se aglomeraban en grandes filas en la gran plaza y protestaban con atronador vocerío. En balde, les daban de bastonazos a derecha e izquierda, porque la turba de miserables asumió unas proporciones nunca vistas. El cuadro era curioso y alarmante. Tomar medidas para dispersar a la multitud, parecía una tarea imposible. Los peregrinos y los enfermos se contaban por numerosos centenares. Era inútil reprimir en los puntos aislados, lo que solo venía a agravar el resentimiento y la desesperación de muchos. Con fuertes gritos reclamaban la libertad de Simón

Pedro. Exigían tumultuosamente su liberación, como si exigiesen un legado de su legítimo derecho.

En el noble salón, no solo los asistentes comentaban el hecho, sino también los jueces no disimulaban su profunda impresión. El propio Anás contaba el asedio del que venía siendo objeto, por parte de los desfavorecidos de Jerusalén. Alexandre alegaba que a su residencia afluyeron centenares de afligidos solicitando sus buenos oficios a favor de los prisioneros. Saulo, de vez en cuando, respondía a uno que otro, con rápidos monosílabos. Su fisonomía imponente traducía propósitos inferiores con relación al destino de los Apóstoles de la Buena Nueva, que estaban allá al frente, en el fondo de la sala, humildes y serenos, en el banco de los criminales comunes.

Entonces, se vio, que Gamaliel se detenía con el sumo sacerdote en una conversación privada, que duró algunos minutos y despertaba gran curiosidad entre los colegas. Enseguida, el venerable doctor de la Ley llamó al ex discípulo para un entendimiento particular, antes de iniciarse los trabajos. Los colegas percibieron que el tolerante y generoso rabino iba a abogar por la causa de los continuadores del Nazareno.

–¿Cuál es la sentencia a ser propuesta para los prisioneros? –interrogó el anciano con bondadoso interés, después que se habían alejado de los grupos ruidosos.

–Siendo ellos galileos –dijo Saulo enfático de su autoridad–, no les será conferido el derecho de palabra en el recinto; de manera que ya deliberé el castigo que les corresponde. Voy a proponer la muerte de los tres y además la de Esteban, por el apedreamiento.

–¿Qué dices? –exclamó Gamaliel, sorprendido.

–No veo otro recurso –dijo el joven tartense–, precisamos extirpar de raíz los males que comienzan. Creo que, si encaramos el movimiento con tolerancia, tendremos el prestigio del judaísmo desacreditado por nuestras propias manos.

–Sin embargo, Saulo –contestó el anciano maestro con pro-

funda bondad–, debo invocar el ascendiente que tengo en tu formación espiritual, para defender a estos hombres de la pena de muerte.

El joven caprichoso se puso pálido. No estaba jamás habituado a transigir de sus conceptos y decisiones. Su voluntad era siempre tiránica e inflexible. Pero Gamaliel había sido en todos los tiempos su mejor amigo. Aquellas manos arrugadas le habían dado los ejemplos más santos. De ellas había recibido un vasto potencial de socorro en todos los días de la vida. Comprendió que enfrentaba un obstáculo poderoso en la consecución integral de sus deseos. El venerable rabino percibió la perplejidad e inmediatamente insistió.

–Nadie mejor que yo conoce la generosidad de tu corazón y soy el primero en reconocer que tus resoluciones obedecen al celo insuperable en la defensa de nuestros principios milenarios; pero el "Camino", Saulo, parece tener una gran finalidad en la renovación de nuestros valores humanos y religiosos. ¿Quién, entre nosotros, se había propuesto amparar a los infortunados con la provisión de un hogar afectuoso y fraterno? Antes de tu diligencia correctiva, visité esa sencilla institución y pude reconfortarme en la observación de su excelente programa.

El joven doctor estaba pálido, oyendo tales conceptos, que a su manera de ver, eran una señal positiva de debilidad.

–¿Pero será posible –dijo admirado– que también vos hayáis leído el Evangelio de los galileos?

–Estoy leyéndolo –confirmó Gamaliel, sin titubear– y pretendo meditar más lentamente los fenómenos que ocurren en nuestro tiempo. Presiento grandes transformaciones en todas partes. Intento retirarme de la vida pública en pocos días, a fin de tomar el camino del desierto. Pero, está claro que estas palabras mías deben ser guardadas por ti, como testimonio de mutua confianza.

Sumamente impresionado, el joven de Tarso no sabía qué responder. Presumía que el respetable maestro se hallaba mentalmente perjudicado por el exceso de lucubraciones. Pero el maestro, como si adivinase el pensamiento, agregó:

–No supongas que estoy mentalmente debilitado. La vejez del cuerpo no me apagó la capacidad de pensar y discernir por mí mismo. Comprendo el escándalo que se levantaría en Jerusalén si un rabino del Sanedrín modificase públicamente sus convicciones más íntimas. Pero es preciso convenir que le estoy hablando a un hijo espiritual. Y exponiendo, sinceramente, mi punto de vista, tan solo lo hago para defender a unos hombres generosos y justos de una sentencia inicua e indebida.

–¡Vuestra revelación –exclamó Saulo con franqueza–, me decepciona profundamente!

–Me conoces desde niño y sabes que el hombre sincero no se podrá preocupar con los que lo elogien o lo critiquen en el cumplimiento de un sagrado deber.

E, imprimiendo un cariñoso acento a la voz, afirmaba solícito:

–No me hagas ir contigo en esta asamblea, a unos debates públicos escandalosos que atentan contra el matiz amoroso que toda verdad debe traer consigo. Liberarás a esos hombres en atención a nuestro pasado de mutuo entendimiento. Tan solo eso te pido. Déjalos en paz, por amor a nuestros lazos afectivos. De aquí a algunos días no precisarás conceder ninguna cosa más al viejo maestro. Serás mi sustituto en este cenáculo, porque pretendo abandonar la ciudad en pocos días.

Y como Saulo titubease, continuó:

–No precisarás reflexionar mucho tiempo. El sumo sacerdote es consciente de que yo pediría tu clemencia para los prisioneros.

–Pero… ¿y mi autoridad?, –interrogó el joven con orgullo–. ¿Cómo conciliar la indulgencia con la necesidad de reprimir el mal?

–Toda autoridad es de Dios. Nosotros somos simples instrumentos, hijo mío. Nadie se disminuirá por ser bueno y tolerante. En cuanto a la providencia más digna, que corresponde en este caso, es conceder la libertad a todos ellos.

–¿A todos? –preguntó Saulo con un gesto de gran admiración.

–¿Cómo no?, –confirmó el venerable doctor de la Ley–. Pedro es un hombre generoso, Felipe es un padre de familia extremadamente dedicado al cumplimiento de sus deberes, Juan es un joven sencillo y Esteban se consagró a los pobres.

–Sí, sí –lo interrumpió el joven tartense–. Estoy de acuerdo con la liberación de los tres primeros, con una condición. Por ser casados, Pedro y Felipe podrán continuar en Jerusalén, restringiendo sus actividades al socorro de los enfermos y necesitados; Juan será desterrado; pero Esteban deberá sufrir la sentencia decisiva. Ya propuse, públicamente, la lapidación, y no veo motivos para transigir, incluso, porque, para escarmiento, por lo menos uno de los discípulos del carpintero debe morir.

Gamaliel comprendió la fuerza de aquella resolución por la vehemencia de las palabras que la traducían. Saulo había dejado muy claro que no transigiría, en cuanto al apóstol. El viejo rabino no insistió. Para evitar un escándalo entendió que Esteban pagaría con el sacrificio. Además, considerando el temperamento voluntarioso del ex discípulo, a quien la ciudad había conferido atribuciones tan amplias, ya no era poco obtener clemencia para los tres hombres justos, consagrados al bien común.

Comprendiendo la situación, afirmó el respetable rabino:

–¡Pues bien, que sea así!

Y con una sonrisa de bondad, dejó al joven algo preocupado y perplejo.

En pocos minutos, para sorpresa general de la asamblea, Saulo de Tarso, desde la tribuna, proponía la liberación de Pedro y Felipe, el exilio de Juan, y reiteraba el pedido de apedreamiento para Esteban, por considerarlo el más peligroso de los elementos del "Camino". Las autoridades del Sanedrín, apreciando las propuestas con satisfacción, por saber que la medida agradaría a la numerosa turba, afirmaron su unánime consentimiento y la muerte de Esteban fue aplazada para una semana después, invitando Saulo a los amigos a la triste ceremonia pública que él mismo habría de presidir.

VIII

La muerte de Esteban

A pesar de sus intensas actividades, el joven de Tarso no dejó de comparecer puntualmente en la casa de Zacarías, donde, en el corazón de Abigail, encontraba el necesario reposo. Si las luchas de Jerusalén consumían sus fuerzas, cerca de la mujer amada parecía recobrarlas, en el dulce encantamiento con el que esperaba la realización de sus más queridos anhelos. Tenía la impresión de que el mundo era un campo de batalla en el cual le correspondía combatir por la ley de Dios; sin embargo, como el Eterno siempre fue justo y generoso, le concedió, con la dedicación de su elegida, un remanso de consolación.

Abigail era su mundo sentimental. Las luchas de cada día, las providencias rigurosas que imponía su cargo, la rigidez con la que debía tratar las cuestiones confiadas a su foro, eran confesadas por él a su novia cuyo corazón lleno de amor, de piedad y justicia, contribuía para mitigarlas Ella acogía sus ideas con afectuosa atención y parecía temperarlas con la ternura de un alma fraterna, restituyéndolas al novio amado en forma de sugestiones cariñosas y justas.

Saulo se habituó a ese precioso intercambio de cada día. Cuando faltaban a su corazón los suaves consuelos del camino de Jope, se sentía perturbado por sus propios sentimientos enérgicos e impulsivos. Abigail corregía su espíritu. Recortaba y pulía las aristas de su carácter violento y rudo, cooperaba para que se atenuase el rigor de sus decisiones autoritarias. Durante horas al hilo, el joven tartense se embriagaba oyéndola, como si sus senti-

mientos de bondad fuesen alimento suave para su alma, la cual los razonamientos rígidos del mundo acostumbrasen a endurecer. Él, que no experimentó las aventuras galantes del tiempo, deseoso de conservar pura la conciencia, en base a la Ley, descubrió en la criatura elegida la personificación de todos los sueños de su juventud plena de esperanzas.

En la noche siguiente a la memorable sesión del Sanedrín, Saulo de Tarso, abandonando todas las inquietudes de orden inmediato, con la mayor ansiedad marchó a la residencia de Zacarías. Las fatigas del día agotaban sus fuerzas. Quería vencer rápidamente la distancia, absorberse en el afecto de la novia, olvidar las preocupaciones que ardían en su mente alterada por los más desencontrados raciocinios.

La noche ya desdoblaba el manto de claridad de la luna sobre la Naturaleza, cuando el joven doctor traspuso repentinamente el umbral, sorprendiendo a la generosa familia con una salutación delicada y afectuosa.

La presencia de la novia propiciaba un bálsamo de suave alivio a su corazón. En pocos minutos, parecía reconfortarse. Henchido de buen humor, ahora que sus energías interiores descansaban en dulces caricias, narró entusiasmado los últimos sucesos. Zacarías, como fiel observador de la Ley, le daba razones de sobra en el caso de las deliberaciones asumidas. La personalidad de Esteban fue discutida con minuciosidad. El ex discípulo de Gamaliel, naturalmente, esclareció el asunto a su modo, retratando al predicador del "Camino" como un hombre inteligente y, por eso mismo, peligroso, en virtud de las ideas revolucionarias que su verbo fluido propagaba.

Abigail y Ruth escuchaban silenciosas, mientras los dos mantenían la animada conversación.

A cierta altura, atenta a una observación directa de Saulo, la joven dijo:

–¿Pero no habría un medio de modificar, al menos, la pena arbitrada?

–¿Qué desearías que hiciésemos?, –dijo el joven con énfasis–. No es poco que hayamos liberado a los tres cabecillas, teniendo en cuenta el atrevimiento de sus extrañas prédicas. En cuanto a Esteban, se hizo de todo para que regresase al carril, como descendiente directo de las tribus de Israel. Pero, la rebeldía fue su condenación. Me insultó públicamente en el Sanedrín, desairó nuestros más sagrados principios, criticó las figuras más representativas del farisaísmo, con ilustraciones falsas e ingratas.

Y concluía:

–Yo estoy satisfecho con mi proceder. Considero el apedreamiento esperado uno de los hechos de mayor importancia para el futuro de mi carrera. Atestiguará mi celo en defensa de nuestro patrimonio más estimable. Precisamos considerar que Israel, en los días más sombríos, prefirió la emancipación religiosa a la independencia política. ¿Acaso podríamos exponer nuestros valores morales más preciosos a la influencia deprimente de un aventurero cualquiera?

El joven cambió el curso de la conversación, mientras Ruth mandaba a servir una copa de vino reconfortante.

Antes de partir, el joven tartense invitó a la novia al paseo habitual. Esa noche, la Naturaleza parecía adornarse de maravillas. La claridad de la luz de la luna que destacaba todas las flores en tonos pálidos, estaba saturada de deliciosos perfumes. Los dos, tomados de la mano, en el banco rústico, contemplaban el cuadro, hipnotizados. Saulo experimentaba un suave consuelo. Se desahogaba. Si Jerusalén oscurecía su mente en un torbellino de preocupaciones, aquella sencilla mansión del camino de Jope parecía despojarlo de todos los disgustos, prodigando a su espíritu un enorme potencial de consolación.

–Ahora, querida mía, todo está arreglado –decía solícito–. Dentro de seis días Dalila vendrá a buscarte personalmente. Conocerás la ciudad y mis amigos distinguirán en tu alma generosa mi feliz elección. ¿Estás satisfecha?

–Mucho –musitaba ella con ternura.

–Ya organizamos un amplio programa recreativo. Quiero llevarte a Jericó, donde personas amigas nuestras nos esperan con inmensa alegría. En Jerusalén, conocerás todos los edificios más importantes. Quedarás deslumbrada con el Templo y con los tesoros guardados allí, debido a la dedicación religiosa de nuestra raza. Verás la torre de los romanos. Mis coterráneos que frecuentan la Sinagoga de los Cílices quieren ofrecerte su valioso cariño.

Abigail se extasiaba, oyéndolo discurrir. Aquel joven impulsivo y rudo a los ojos extraños, pero afectuoso y sensible en la intimidad, era justamente su ideal, el hombre esperado por su alma cariñosa.

–Nadie podrá ofrecerme un regalo más precioso que el enviado por Dios a mi existencia, con tu corazón leal y generoso –musitó la joven con una franca sonrisa.

–Gané mucho más –volvía a decir el doctor de Tarso– recibiendo la singular joya de tu afecto, que enriquecerá toda mi vida. A veces, Abigail, –continuaba con el entusiasmo propio de la juventud soñadora–, en mi idealismo de victorias para Jerusalén sobre las grandes ciudades del mundo, pienso llegar a la vejez como un triunfador lleno de tradiciones de sabiduría y gloria. Desde que te encontré, aumentó mi fe en el destino; consolidé mis esperanzas, pues tendré tu apoyo en la inmensa tarea que se desdobla ante mis ojos. Los romanos otorgan a los triunfadores una corona de laureles y rosas. Si un día Jerusalén me concediese su corona de triunfo, no la ceñiré en mi frente, pues la pondré a tus pies como triunfo de amor eterno y único.

–Hoy mismo –continuó Saulo confiado en el futuro–, Gamaliel me notificó que va retirarse en breve del Sanedrín, para que yo lo suceda en el prestigioso cargo. Ahí tienes querida, nuestra primera victoria de grandes proporciones. Tan pronto como Dalila regrese de Tarso, podremos fijar el jubiloso día de las nupcias. Presumo que, teniéndote siempre a mi lado, corregiré mis impulsos, la tarea será más ligera, la existencia más fácil y más dichosa. El hogar es una bendición. Y nosotros tendremos ese hogar.

–Nunca me sentí tan venturosa –exclamó la joven, con lágrimas de alegría.

Él le acarició las manos y, como deseaba que ella compartiese sus sentimientos más íntimos, añadió:

–Llegarás con nosotros a la ciudad, justamente en la víspera de la muerte del predicador revolucionario. El acto, como es de justicia, obedecerá al ceremonial establecido por nuestras costumbres y yo pretendo que asistas en mi compañía.

–Pero, ¿por qué? –preguntó ella, estremeciéndose ligeramente.

–Porque allá encontraremos a nuestros amigos más eminentes y deseo valerme de la oportunidad para presentarte, indirectamente, a todos ellos.

–¿No habría un medio de que excluyeses mi presencia de ese espectáculo? –insistió tímidamente–. La muerte de mi padre, en el suplicio, ante la soldadesca brutal, no se ha borrado de mi mente.

Saulo no disimuló la contrariedad y respondió:

–¿Acaso no estás comprendiendo? El caso de Esteban es muy diferente. Se trata de un hombre sin significación para nosotros, que se enarboló en reformador sedicioso e insolente. Su personalidad representa, de hecho, la continuidad del irrespeto y del insulto a la Ley de Moisés, iniciados en un movimiento de vastas proporciones por un carpintero alucinado, de Nazaret. ¿Crees, entonces, que no se debe punir al ladrón que asalta una residencia? ¿No merecerán castigo los que blasfeman en el santuario del Eterno?

La joven, comprendiendo que desagradaría al novio si le demostrase su divergencia de opinión, agregó:

–Veo que tienes mucha razón. No debo discutir tus conceptos, sabios y justos. Además, tengo la intención de conquistar la amistad de tus amigos del Sanedrín, pues no pierdo la esperanza de su protección para el caso de Jeziel, tan pronto como se ofrezca una oportunidad para nuevas investigaciones en Acaya. Pero escucha, Saulo: si lo permites, iré cuando la ceremonia esté finalizando. ¿Está bien?

Notando la buena voluntad conciliadora, el joven tartense cambió el semblante con una bella sonrisa de satisfacción.

–Sí, estamos de acuerdo. Pero, espero que asistas a todo con serenidad, segura de que yo solo podría tomar decisiones justas y estimables en el cumplimiento del deber. Es lamentable que el prisionero se haya mostrado recalcitrante, al punto de obligarme a tomar medidas extremas. No obstante, puedes creer que hice de todo por evitar el último recurso. Empleé todos los procesos conciliatorios para disuadirlo de tan peligrosas ilusiones, pero su conducta fue de tal modo irritante que toda transigencia se volvió prácticamente imposible.

Por largo rato intercambiaron aún afectuosas impresiones que la noche amiga guardaba, solícitamente, bajo el manto luminoso de las estrellas. Eran tiernas promesas de un amor inmortal, ante la bendición de Dios, tomadas como objeto más elevado de sus santificados pensamientos, proyectos y esperanzas de futuro.

Era tarde cuando Saulo se despidió, regresando a Jerusalén, con el alma feliz.

En pocos días, Abigail, en compañía del novio y de la hermana, viajó a la ciudad, cuyo perfil interesante presentaba nuevos cuadros para sus ojos. La casa de Dalila, en la misma noche de su llegada, se llenó de amigos que iban a llevar a la escogida de Saulo el homenaje de su admiración; y la joven de Corinto seducía a todos por sus dotes naturales, aliados a la sólida y bien cuidada formación de espíritu. Su palabra, llena de ternura, parecía distanciarse profundamente de las futilidades que caracterizaban a la juventud de la época. Sabía aplicar los más delicados conceptos, en el tratamiento de todos los asuntos a los que era convocada, sacando hermosas lecciones de la Ley y de los Escritos Sagrados, para definir la posición de la mujer ante los más íntimos deberes en la vida familiar. El doctor de Tarso se sentía orgulloso, al notar la admiración general en torno de su personalidad vibrante y cariñosa. Abigail, sintetizando su mayor ideal, le henchía el corazón de maravillosas promesas. La sorpresa de los amigos, que lo felicitaban con la mirada, ponía en su alma ardiente un nuevo júbilo.

El día siguiente rompió claro y lindo. Bajo el sol rutilante de

Jerusalén, Saulo se despidió de la novia amada, para atender, desde temprano, a los trabajos del Sanedrín.

–Entonces, hasta después, en el Templo –dijo cariñosamente.

–¿En el Templo? –preguntó Dalila admirada, abrazándose a Abigail.

–Sí –explicó solícito–, Abigail asistirá a la parte final de la punición de Esteban.

–Pero, ¿cómo? –interrogó aun la joven señora–. ¿Mujeres en la ceremonia?

–La lapidación tendrá lugar en las proximidades del altar de los holocaustos y no en los atrios sagrados –esclareció. Creo que no habrá ningún impedimento para las representaciones femeninas, y aunque eso constituya una resolución de última hora, a criterio de los sacerdotes, la medida no podrá alcanzar a mi decisión personal pues, de mi parte deseo que Abigail participe de mi primer triunfo en la defensa de nuestros principios soberanos.

Ambas sonrieron, venturosas, observando sus excelentes disposiciones.

–En último recurso, Saulo –dijo Abigail en un gesto de tranquilidad y ternura–, no dejes de ofrecer al condenado la postrera oportunidad para salvarse de la muerte. Después de dos meses de cárcel, es posible que haya corregido sus sentimientos más profundos. Pregúntale, una vez más, si insiste en insultar la Ley.

El joven tartense le envió una mirada de satisfacción y reconocimiento, jubiloso por verificar tanta grandeza de corazón, y afirmó:

–Así lo haré.

Ese día, desde muy temprano, el más alto Tribunal de Israel presentaba un inusual movimiento. La ejecución del predicador del "Camino" constituía objeto de amplios comentarios. Sobre todo, los fariseos se interesaban en ofrecer todas las informaciones. Nadie se quería perder el angustioso espectáculo. La Iglesia modesta de

Simón Pedro, no osó aproximarse para realizar ninguna indagación. Saulo, como perseguidor declarado y usando las prerrogativas de su investidura legal, mandó a anunciar que ningún adepto del "Camino" podría asistir a la ejecución que se llevaría a efecto en uno de los grandes patios del santuario. Largas filas de soldados fueron dispuestas en la gran plaza, para dispersar a cualquier grupo de mendigos que se formasen con intenciones desconocidas y, desde las primeras horas de la mañana, numerosos pedigüeños de Jerusalén eran expulsados de las inmediaciones a golpes de espada.

Después de medio día, autoridades y curiosos se reunían ávidos de sensación, en el recinto del Sanedrín en ahogado vocerío. Se aguardaba al sentenciado, que llegó finalmente, rodeado por una escolta armada, como si fuera un malhechor común.

Esteban se presentaba bastante desfigurado, aunque el semblante no traicionase su peculiar serenidad. El paso lento, el cansancio extremo, las equimosis de las manos y de los pies, patentaban los pesados tormentos físicos que le eran infligidos en la sombra del calabozo. La barba crecida alteraba su aspecto fisonómico, sin embargo, los ojos tenían la misma fulguración de cristalina bondad.

En medio de la curiosidad general, Saulo de Tarso lo encaró satisfecho. Esteban pagaría, finalmente, las incomprensiones y los insultos.

En el instante fijado, el doctor de inflexible juicio hizo la lectura del edicto. Pero, antes de pronunciar la última sentencia, fiel a lo que había prometido, mandó a que los soldados empujasen al condenado hasta su tribuna. Enfrentando al predicador del Evangelio, sin ninguna muestra de piedad, le interrogó con aspereza:

–¿Estarías dispuesto, ahora, a abjurar contra el carpintero Nazareno? Recuerda que esta es la última oportunidad de conservar la vida.

Tales palabras, pronunciadas mecánicamente, sonaron de un modo extraño en los oídos del joven de Corinto, que las recibió, en su alma sensible y generosa, como nuevos dardos de ironía.

–¡No insultéis al Salvador! –Dijo el paladín del Cristo, con

valentía. –¡Nada en el mundo me hará renunciar a su Divina Tutela! ¡Morir por Jesús significa una gloria, cuando sabemos que Él se inmoló en la cruz por la Humanidad entera!

Pero, un torrente de improperios cortaba su palabra.

–¡Basta! ¡Apedreémoslo cuanto antes! ¡Muerte al inmundo! ¡Abajo el brujo! ¡Blasfemo…! ¡Calumniador!

La gritería tomaba proporciones alarmantes. Algunos fariseos más irritados, burlando a los guardias, se aproximaron a Esteban, intentando arrastrarlo sin compasión. Mientras tanto, al primer empellón en la solapa rota, un pedazo de la túnica andrajosa les quedaba en las manos. Fue necesaria la intervención de la fuerza armada para que el joven de Corinto no fuese destrozado, allí mismo, por la multitud furiosa y delirante. Saulo, en voz alta, ordenó la intervención de los soldados. Quería la ejecución del discípulo del Evangelio, pero, con todo el ceremonial previsto.

Esteban tenía ahora el rostro enrojecido, avergonzado. Semi desnudo, fue auxiliado por un legionario romano a recomponer los sobrantes del vestido en harapos, por encima de los riñones para no quedar enteramente al desnudo. Con la mano trémula, por los malos tratos recibidos, procuraba limpiar la saliva que los más exaltados le habían esputado en pleno rostro. Un fuerte golpe recibido en el hombro le causaba un intenso dolor en todo el brazo. Comprendió que habían llegado los últimos instantes de su vida. La humillación le dolía profundamente. Pero se acordó de las descripciones de Simón sobre Jesús, en el último trance. Frente a Herodes Antipas, el Cristo sufrió de los israelitas, idénticas ironías. Había sido azotado, ridiculizado, herido. Casi desnudo, soportó todos los agravios sin una queja, sin una expresión indigna. Él que amó a los infelices, que trabajó para fundar una Doctrina de Concordia y de Amor para todos los hombres, que bendijo a los más desgraciados y los acogió con cariño, recibió el galardón de la cruz en suplicios inmensurables. Y Esteban pensó: –"¿Quién soy yo y quién era el Cristo?" Esa interrogación íntima le propiciaba cierto consuelo. ¡El

Príncipe de la Paz había sido arrastrado por las calles de Jerusalén, bajo el escarnio de las mayores injurias, y era el Mesías esperado, el Ungido de Dios! ¿Por qué, siendo él un hombre falible, portador de numerosas flaquezas, habría de vacilar en el momento del testimonio? Y, con el llanto escurriéndole por el rostro lacerado, escuchaba la voz cariñosa del Maestro en el corazón: "Todo aquel que desee participar de mi Reino, niéguese a sí mismo, tome su cruz y siga mis pasos". Era necesario negarse para aceptar el sacrificio provechoso. Al final de todos los martirios, debería encontrar el Amor Glorioso de Jesús, con la belleza de su ternura inmortal. El predicador humillado y herido, recordó el pasado de trabajos y esperanzas. Parecía revivir la añorada infancia, en la cual el celo materno le inculcó los fundamentos de la fe confortadora; después, las nobles aspiraciones de la juventud, la dedicación paterna, el amor de la hermanita que las circunstancias del destino le habían arrebatado. Al pensar en Abigail, experimentó una cierta angustia en el corazón. Ahora, que debía enfrentar la muerte, deseaba volverla a ver para darle las últimas recomendaciones. Recordó la última noche en la que habían intercambiado tantas impresiones de ternura, tantas promesas fraternales, en la lóbrega prisión de Corinto. A pesar de los movimientos renovadores de la fe, en cuyos trabajos participó activamente en Jerusalén, jamás pudo olvidar el deber de buscarla, fuese donde fuese. Mientras, alrededor se multiplicaban los improperios en el torbellino de gritos y amenazas indignantes, el sentenciado lloraba con sus recuerdos. Valiéndose de las promesas del Cristo en el Evangelio, experimentaba un suave alivio. La idea de que la hermanita se quedaría en el mundo, entregada a Jesús, suavizaba sus angustias del corazón.

Todavía no había salido de sus dolorosas reminiscencias, cuando oyó la voz imperiosa de Saulo, dirigiéndose a los guardias:

–Encadenadlo nuevamente, todo está consumado, vayamos hacia el atrio.

El discípulo de Simón Pedro, extendiendo los pulsos para recibir las cadenas, sufrió unos golpes tan fuertes de un soldado sin

escrúpulos, que de las muñecas heridas comenzó a manar mucha sangre.

Sin embargo, Esteban no hizo el menor gesto de resistencia. De cuando en cuando, levantaba los ojos como si implorase los recursos del Cielo para sus minutos supremos. No obstante los insultos y las llagas que lo dilaceraban, experimentaba una paz espiritual desconocida. Todos aquellos sufrimientos del ceremonial eran por Cristo. Aquella hora era su Oportunidad Divina. El Maestro de Nazaret había convocado a su corazón fiel al testimonio público de los valores espirituales de su Gloriosa Doctrina. Confiado, razonaba: –"Si el Maestro aceptó la muerte infamante del Calvario para salvar a todos los hombres, ¿no sería una honra dar la vida por Él? Su corazón, siempre ávido de dar testimonios al Señor, desde que conoció su Evangelio de Redención, ¿no debería alegrarse con la ocasión de ofrecerle su propia vida?" Pero, la orden de caminar lo arrancó de sus más elevados pensamientos.

El generoso predicador del "Camino", vacilaba en sus tambaleantes pasos, pero tenía serena y firme su mirada, revelando valor en los últimos lances del testimonio.

En aquellas primeras horas de la tarde, el sol de Jerusalén era un brasero ardiente. No obstante, el calor insoportable, la multitud se trasladó con profundo interés. Se trataba del primer proceso concerniente a las actividades del "Camino", después de la muerte de su fundador. Destacándose de todas las corrientes judaicas allí presentes, en demostración de prestigio a la Ley de Moisés, los fariseos hacían un gran alarde del hecho. Rodeando al condenado, se empeñaban en tirarle al rostro las más pesadas injurias.

Pero él, aunque evidenciase profunda tristeza, caminaba, medio desnudo, sereno e imperturbable.

La sala de reuniones del Sanedrín no distaba mucho del atrio del Templo, donde se realizaría la macabra ceremonia. Apenas algunos metros más y la caminata terminaba, justamente en el local donde se erguía el enorme altar de los holocaustos.

Todo estaba preparado para la ocasión, como Saulo había dado a entender en sus propósitos.

Al fondo del espacioso patio, Esteban fue atado a un tronco, para que el apedreamiento se efectuase en la hora precisa.

Los ejecutores serían los representantes de las sinagogas de la ciudad, puesto que era una función honrosa atribuida a cuantos estuviesen en condiciones de operar en la defensa de Moisés y de sus principios. Cada sinagoga indicó a su delegado y al iniciar la ceremonia, como jefe del movimiento, Saulo los recibía uno por uno, junto a la víctima, guardando en las manos, de acuerdo con la pragmática, los mantos brillantes, adornados de púrpura.

Una nueva orden del joven tartense y la ejecución comenzó entre carcajadas. Cada verdugo miraba fijamente el punto preferido, esforzándose para sacar el mayor partido.

Risas generales seguían a cada golpe.

–Cuidemos su cabeza –decía uno de los más exaltados–, para que el espectáculo no pierda intensidad e interés.

Cada expresión del judaísmo acompañaba al verdugo indicado por los mayorales de la sinagoga, con atención y entusiasmo, a los gritos de "¡Muera el traidor! ¡Muera el brujo!"

–¡Hiérelo en el corazón, en nombre de los Cilices! –Exclamaba alguien, en medio de la turba.

–¡Rómpele la pierna, por los Idumeos! –Secundaba otra voz imprudente.

Más o menos apartado de la turba, siguiendo de cerca los movimientos del condenado, Saulo de Tarso, apreciaba la vibración popular, satisfecho y confortado. De cualquier manera, la muerte del predicador del Cristo representaba su primer gran triunfo en la conquista de las atenciones de Jerusalén y de sus prestigiosas corporaciones políticas. En aquella hora, en la que era el foco de tantas aclamaciones del pueblo de su raza, se enorgullecía con la decisión que lo había llevado a perseguir el "Camino", sin consideración y

sin treguas. No obstante, aquella tranquilidad de Esteban no dejaba de impresionarlo bien en lo íntimo de su voluntarioso e inflexible corazón. ¿De dónde podría él extraer tal serenidad? ¡Bajo las piedras que daban en el blanco hiriéndolo, aquellos ojos encaraban a los verdugos sin pestañear, sin revelar temor ni turbación!

De hecho, amarrado de rodillas al tronco del suplicio, el joven de Corinto guardaba una impresionante característica de paz en los ojos translúcidos, de donde las lágrimas silenciosas corrían abundantes. El pecho descubierto era una llaga sangrienta. Los trozos de vestido se pegaban al cuerpo, empastados de sudor y sangre.

El mártir del "Camino" se sentía amparado por fuerzas poderosas e intangibles. A cada nuevo golpe, sentía recrudecer sus infinitos padecimientos que flagelaban su cuerpo lacerado, pero, en lo íntimo, guardaba la impresión de una serenidad sublime. El corazón le pulsaba descompasadamente. El tórax estaba cubierto de heridas profundas, las costillas fracturadas.

En esa hora suprema, recordaba los mínimos lazos de fe que lo ligaban a una vida más elevada. Se acordó de todas las oraciones predilectas de la infancia. Hacía lo posible por fijar en la retina el cuadro de la muerte del padre, ajusticiado e incomprendido. Íntimamente, repetía el Salmo 23 de David, como hacía junto a la hermana, en las situaciones que parecían insuperables. "El Señor es mi pastor. Nada me faltará…" Las expresiones de los Escritos Sagrados, como las promesas del Cristo en el Evangelio, estaban en lo más íntimo del corazón. El cuerpo se quebrantaba en el tormento, pero el espíritu estaba tranquilo y lleno de esperanza.

Ahora, tenía la impresión de que dos manos cariñosas pasaban suavemente sobre las llagas doloridas, proporcionándole una suave sensación de alivio. Sin ningún recelo, percibió que le había llegado el sudor de la agonía.

Dedicados amigos, del Plano Espiritual, rodeaban al mártir en sus minutos supremos. En el auge de los dolores físicos, como si hubiese transpuesto infinitos abismos de percepción, el hombre de Co-

rinto notó que algo se le había rasgado en el alma ansiosa. Sus ojos parecían sumergirse en cuadros gloriosos de otra vida. La legión de emisarios de Jesús, que lo rodeaba cariñosamente, se le figuró a la Corte Celestial. En el camino de luz desdoblado ante su frente, reconoció que alguien se aproximaba, extendiéndole los brazos generosos. Por las descripciones que había oído de Pedro, percibió que contemplaba al propio Maestro en todo el resplandor de sus Glorias Divinas. Saulo observó que los ojos del condenado estaban estáticos y fulgurantes. Fue entonces, cuando el héroe cristiano, moviendo los labios, exclamó en voz alta.

–¡Estoy viendo los cielos abiertos y al Cristo resucitado en la Grandeza de Dios!...

Se vio, entonces, que dos mujeres jóvenes se aproximaban al perseguidor con gestos íntimos. Dalila entregó a Abigail al hermano, despidiéndose enseguida para atender al llamado de otra amiga. La tierna novia portaba una túnica a la moda griega, que realzaba mucho su hermoso rostro. Fuese por la dolorosa escena en curso, o por la presencia de la mujer amada, se percibía que Saulo estaba un tanto perplejo y sensibilizado. Se diría que el corazón indomable de Esteban lo había llevado a considerar la tranquilidad desconocida que debería reinar en el espíritu del mártir.

Por causa de la gritería que la rodeaba y notando la miserable situación de la víctima, la joven mal pudo contener un grito de espanto. ¿Qué hombre era aquél, atado al tronco del suplicio? Aquel pecho agitado, empastado de sangre, aquellos cabellos, aquel rostro pálido que la barba crecida desfiguraba, ¿no serían de su hermano? ¡Ah! ¿Cómo hablar de las inmensas ansiedades con la sorpresa de un minuto? Abigail temblaba. Sus ojos afligidos acompañaban los menores movimientos del héroe, que parecía indiferente, en el éxtasis que lo absorbía. En balde, Saulo llamaba su atención, discretamente, para evitarle penosas impresiones. La joven parecía no ver otra cosa que al sentenciado desvaneciéndose en la sangre del martirio. Se acordaba ahora…Al alejarse del calabozo, después de la muerte del padre, fue así mismo que dejó

a Jeziel en la posición del suplicio. ¡El tronco execrable, las cadenas crueles y el pobrecito de rodillas! Sentía ímpetus de lanzarse frente a los verdugos, esclarecer la situación, saber la identidad de aquel hombre.

En ese instante, ignorándose blanco de tan singular atención, el predicador del "Camino" salió de su impresionante inmovilidad. Viendo que Jesús contemplaba, melancólicamente, a la figura del doctor de Tarso, como lamentando sus condenables desvíos, el discípulo de Simón experimentó por el verdugo sincera amistad en el corazón. Él conocía al Cristo y Saulo no. Arrebatado de fraternidad real y queriendo defender al perseguidor, exclamó de modo impresionante:

–¡Señor, no le imputes este pecado!...

Dicho esto, volvió los ojos para fijarlos en el verdugo, amorosamente. Pero, he aquí que divisó junto a él la figura de su hermana, vestida como en los días de júbilo, en la casa paterna. Era ella, la hermanita amada, por cuyo afecto tantas veces le palpitó el corazón de saudades y de esperanza. ¿Cómo explicar su presencia? ¿Quién sabe si también había sido llevada al Reino del Maestro y regresaba con Él, en espíritu, para darle la bienvenida a un mundo mejor? Quiso gritar de alegría infinita, atraerla, oír su voz en los cánticos de David, morir extasiado por su cariño; pero la garganta ya no le timbraba. La emoción lo dominó en la hora extrema. Sintió que el Maestro de Nazaret acariciaba su frente, donde la última pedrada abrió una flor de sangre. Oía, muy lejos, voces argentinas que cantaban himnos de amor sobre gloriosos motivos del Sermón de la Montaña. Incapaz de resistir por más tiempo al suplicio, el discípulo del Evangelio se sentía desfallecer.

Escuchando las expresiones del condenado y recibiendo su mirada fulgurante y límpida, Abigail no pudo disimular la angustiosa sorpresa.

–¡Saulo! ¡Saulo!... es mi hermano –exclamó aterrorizada.

–¿Qué dices?, –gagueó bajito el doctor de Tarso, abriendo

desmesuradamente los ojos asombrados. –¡No puede ser! ¿Enloqueciste?

–No, no, es él; ¡es él! –repetía poseída por intensa palidez.

–Es Jeziel –insistía Abigail asombrada–, querido; concédeme un minuto, déjame hablar con el moribundo apenas un minuto.

–¡Imposible! –replicó el joven contrariado.

–Saulo, por la Ley de Moisés, por el amor de nuestros padres, atiende –exclamaba retorciendo las manos.

El ex discípulo de Gamaliel no creía en la posibilidad de semejante coincidencia. Por lo demás, estaba la diferencia del nombre. Convenía aclarar ese punto, antes de todo. Seguramente, la falsa impresión de Abigail se desharía al primer contacto directo con el agonizante. Su índole, sensible y afectuosa, justificaba lo que él creía que era un absurdo. Conjugando esas reflexiones de un segundo, habló a la novia, con austeridad:

–Iré contigo a identificar al moribundo, pero, hasta que podamos hacerlo, calla tus impresiones… Ni una sola palabra, ¿Oíste? ¡Es necesario no olvidar la respetabilidad del lugar en el que te encuentras!

De inmediato, llamó a un funcionario de elevada categoría, ordenándole secamente:

–Manda a llevar el cadáver para el gabinete de los sacerdotes.

–Señor –respondió el otro respetuoso–, el condenado no ha muerto aún.

–No importa, va así mismo, pues le arrancaré la confesión del arrepentimiento en la hora extrema.

La determinación fue cumplida sin más demora, mientras Saulo mandaba a servir, de modo general, a los amigos y admiradores, varias ánforas de delicioso vino, para conmemorar su primer triunfo. Después, con el ceño fruncido, aprensivo, se retiró casi furtivamente hasta la sala reservada a los sacerdotes de Jerusalén, en compañía de la novia.

Aun así, atravesando los grupos, algunos lo saludaban con frenéticas aclamaciones, pero el joven tartense parecía absorto en sí mismo. Conducía a Abigail, por el brazo, delicadamente, pero no le dirigía la palabra. La sorpresa lo había enmudecido. ¿Y si fuera Esteban aquel Jeziel que aguardaban con gran ansiedad? Absorbidos en angustiosas reflexiones, penetraron en la cámara solitaria. El joven doctor ordenó la retirada de los auxiliares y cerró cuidadosamente la puerta.

Abigail se aproximó al hermano ensangrentado, con infinita ternura. Y, como si se sintiese llamado a la vida por una fuerza poderosa e invencible, ambos notaron que la víctima movía la cabeza sangrienta. Evidenciando el penoso esfuerzo de la última agonía, Esteban murmuró:

–¡Abigail!...

Aquella voz era casi un soplo, pero la mirada estaba serena y límpida. Oyendo su vacilante y arrastrada expresión, el joven tartense retrocedió lleno de espanto. ¿Qué significaba todo aquello? No podía dudarlo. La víctima de su persecución implacable era el hermano muy amado de la mujer escogida. ¿Qué mecanismo del destino había engendrado semejante situación, que le habría de amargar toda la vida? ¿Dónde estaba Dios, que no lo inspiró en el laberinto de circunstancias que lo llevaron hasta aquel irremediable y cruel desenlace? Se sintió poseído por un pesar sin límites. Él, que eligió a Abigail, el ángel tutelar de su existencia, sería obligado a renunciar a ese amor para siempre. El orgullo de hombre no le permitiría desposar a la hermana del supuesto enemigo, confesado y juzgado como infame criminal. Aturdido, permaneció allí, como si una fuerza poderosa lo aplomase al suelo, transformándolo en objeto de insoportables ironías.

–¡Jeziel! –Exclamó Abigail, besando y regando de lágrimas la frente del moribundo– ¡Cómo te veo yo!... ¡Parece que el suplicio te duró desde el día en que nos separamos!... Y sollozaba…

–Estoy bien… –dijo el discípulo de Jesús, haciendo lo posible por mover la diestra quebrada y dejando percibir el deseo de aca-

riciarle los cabellos, como en los días de la niñez y de la primera juventud. –¡No llores!... ¡Yo estoy con el Cristo!

–¿Quién es el Cristo?... –murmuró la joven– ¿por qué te llaman Esteban? ¿Cómo te modificaron así?

–Jesús… es nuestro Salvador… –explicaba el agonizante, con el propósito de no perder los minutos que transcurrían con celeridad–. Y, ahora me llaman Esteban… porque un romano generoso me liberó… pero pidió… absoluto secreto. Perdóname… Fue por gratitud que obedecí al consejo. Nadie será reconocido a Dios si no muestra agradecimiento a los hombres…

Viendo que la hermana proseguía llorando, continuó:

–Sé que voy a morir… pero el alma es inmortal… Siento tener que dejarte… cuando apenas te vuelvo a ver, pero, donde quiera que esté, he de ayudarte.

–Escucha, Jeziel –exclamó la hermana desahogándose–, ¿qué te enseñó ese Jesús para que te haya llevado a un fin tan doloroso? Quien abandona así a un siervo leal, ¿no será más bien un señor cruel?

El moribundo pareció amonestarla con la mirada.

–No pienses de esa manera –prosiguió con dificultad–. Jesús es justo y misericordioso… prometió estar con nosotros hasta la consumación de los siglos… más tarde, lo comprenderás; a mí me enseñó a amar a mis propios verdugos…

Ella lo abrazaba, cariñosa, deshecha en abundantes lágrimas. Después de una pausa, en la que la víctima se revelaba en los últimos instantes de vida material, se vio que Esteban se agitaba, haciendo supremos esfuerzos.

–¿Con quién te dejaré?

–Este es mi novio –esclareció la joven, señalando al doctor de Tarso, que parecía petrificado.

El moribundo lo contempló sin odio y afirmó:

–El Cristo los bendiga… No tengo en tu novio a un enemigo, tengo a un hermano… Saulo debe ser bueno y generoso; defendió a Moisés hasta el fin… Cuando conozca a Jesús, lo servirá con el mismo fervor… Sé para él la compañera amorosa y fiel…

Pero la voz del predicador del "Camino" estaba ahora ronca y casi imperceptible. En las convulsiones de la muerte, contemplaba a Abigail fraternalmente enternecido.

Oyendo las últimas frases, el joven de Tarso se puso lívido. Quería ser odiado, maldecido. La compasión de Esteban, fruto de una paz que él, Saulo, jamás había conocido en la eminencia de las posiciones mundanas, lo impresionaba profundamente. Pero, sin saber por qué, la resignación y la dulzura del agonizante asaltaban su corazón endurecido. Pero, luchaba, en su interior, para no conmoverse con la escena dolorosa. No se doblegaría por una cuestión de sentimentalismo. Abominaría aquel Cristo, que parecía requerirlo en todas partes, al punto de colocarse entre él y la mujer adorada. El cerebro atormentado del futuro rabino soportaba la presión de mil fuegos. Despreció el orgullo de familia y eligió a Abigail para compañera de luchas, aunque no conocía sus ascendientes familiares. La amaba por los lazos del alma, descubrió en su delicado corazón femenino todo cuanto había soñado en las cogitaciones de orden temporal. Ella sintetizaba sus esperanzas de joven; era la garantía de su destino, representaba la respuesta de Dios a los ruegos de su juventud idealista. Ahora, se abría entre ambos un abismo profundo. ¡Hermana de Esteban! Nadie osó afrontar su autoridad en la vida, a no ser aquel ardoroso predicador del "Camino", cuyas ideas jamás se podrían casar con las suyas. Detestaba a aquel joven apasionado por el ideal exótico de un carpintero, y que había culminado en sus propósitos de venganza. Si desposaba a Abigail, jamás serían felices. Él sería el verdugo, ella la víctima. Además, su familia, aferrada al rigorismo de las viejas tradiciones, no podría tolerar la unión, después de conocidas las circunstancias.

Se llevó las manos al pecho, dominado por un angustioso desaliento.

En llanto, Abigail acompañaba la dolorosa agonía del hermano, cuyos últimos minutos se deslizaban lentamente. Una penosa emoción tomó posesión de todas sus energías. En el dolor que dilaceraba sus fibras más sensibles, parecía no ver que el novio seguía sus menores movimientos, entre sorprendido y aterrado. Con mucho cuidado, la joven sostenía la frente del moribundo, después de haberse sentado para cobijarlo cariñosamente.

Observando que el hermano le lanzaba una última mirada, exclamó angustiada:

–Jeziel, no te vayas… ¡Quédate con nosotros! ¡Nunca más nos separaremos!...

Él, casi expirando, susurraba:

–La muerte no separa… a los que se aman…

Y como si se hubiese acordado de algo muy grato a su corazón, abrió los ojos desmesuradamente, con una expresión de inmenso júbilo:

–Como en el Salmo… de David… –decía arrastrando la voz– podemos… decir… que el amor… y la misericordia… nos seguirán… todos los días… de nuestra vida… (1)

La joven escuchó sus últimas palabras muy conmovida. Mientras, le enjugaba el sudor sanguinolento del rostro, que se iluminaba de una serenidad superior.

–Abigail… –murmuraba aún como un soplo–, me voy en paz… Quisiera oírte la oración de los afligidos y agonizantes…

Ella recordó los últimos momentos del suplicio del progenitor, en el día inolvidable de la separación en los calabozos de Corinto. De repente, comprendió que, allí, otras fuerzas se encontraban en juego. No solo Licinio Minucio y sus secuaces crueles, sino su propio novio, se habían transformado en verdugos, por una terrible equivocación. Acarició con más cariño la cabeza sangrienta, acogió al moribundo junto a su corazón, como si fuese un adorable niño.

---

(1) Salmo 23, de David.

Entonces, a pesar de mantenerse rígido e inquebrantable en apariencia, Saulo de Tarso observó, con mayor nitidez, un cuadro que nunca más se saldría de su imaginación. Guardando al moribundo en su regazo fraterno, la joven elevó la mirada a lo Alto, mostrando las lágrimas que le caían pungentes. No cantaba, pero la oración le salía de los labios, como la súplica natural de su espíritu a un padre amoroso que estuviese invisible:

Señor Dios, padre de los que lloran,
de los tristes, de los oprimidos,
fortaleza de los vencidos,
consuelo de todo dolor,
aunque la miseria amarga
de los llantos de nuestro yerro,
de este mundo de destierro,
¡clamamos por vuestro amor!

En las aflicciones del camino,
en la noche más tormentosa,
vuestra fuente generosa
es el bien que no secará…
Sois, en todo, la luz eterna
de la alegría y de la bonanza
nuestra puerta de esperanza
que nunca se cerrará.

¡Cuando todo nos desprecia
en el mundo de la iniquidad,
cuando viene la tempestad
sobre las flores de la ilusión!
Oh, Padre, sois la luz divina,
el cántico de la certeza,
venciendo toda aspereza,
venciendo toda aflicción.

En el día de nuestra muerte,
en el abandono o en el tormento,
tráenos el olvido
¡de la sombra, del dolor y del mal!...
Que en los últimos instantes
sintamos la luz de la vida,
renovada y redimida
en la paz dichosa e inmortal.

Terminada la plegaria, Abigail tenía el rostro cubierto de lágrimas. Bajo la suave caricia de sus manos, Jeziel se aquietó. Una palidez de nieve caracterizada cubrió su faz cadavérica, aliada a la profunda serenidad de su fisonomía. Saulo comprendió que él estaba muerto. Y mientras la joven de Corinto se levantaba, cuidadosamente, como si el cadáver del hermano requiriese de toda la ternura de su bondadoso espíritu, el joven tartense se aproximó con el ceño fruncido y le dijo con austeridad:

–Abigail, todo está consumado y todo terminó, también, entre nosotros.

La pobre criatura se volvió con asombro. ¿No bastaban, entonces, los golpes recibidos? ¿Sería posible que el novio amado no tuviese una palabra de conciliación generosa en aquella hora difícil de su vida? ¿Recibiría la más fría humillación con la muerte de Jeziel y además el abandono? Consternada por todo lo que vino a encontrar en Jerusalén, entendió que precisaba utilizar todas las energías, para no caer en las pruebas ásperas que le habían sido reservadas. Y vio enseguida que, en el orgullo de Saulo, no encontraría consolación. En un momento, llegó a las más lógicas conclusiones, en cuanto al papel que le competía en tan embarazosas conjeturas. Sin recurrir a la sensibilidad femenina, cobró ánimos y habló con dignidad y nobleza:

–Todo ha terminado entre nosotros, ¿por qué? El sufrimiento no debería ahuyentar el amor sincero.

–¿No me comprendes?, –replicó el orgulloso joven–… Nues-

tra unión se hizo impracticable. No podré desposar a la hermana de un enemigo de maldita memoria para mí. Fui infeliz escogiendo esta ocasión para tu visita a Jerusalén. Me siento avergonzado, no solo delante de la mujer con quien nunca más podré unirme por el matrimonio, como ante los parientes y amigos, por la situación amarga que las circunstancias interpusieron en mi camino.

Abigail estaba pálida y penosamente sorprendida.

–Saulo… Saulo… no te avergüences ante mi corazón. Jeziel murió estimándote. Su cadáver nos escucha –afirmaba con doloroso acento–. No puedo obligarte a desposarme, pero no transformes nuestro amor en odio sordo… ¡Sé mi amigo!... Estaré eternamente agradecida por los meses de ventura que me diste. Mañana volveré a la casa de Ruth… ¡No te avergonzarás de mí! ¡A nadie diré que Jeziel era mi hermano, ni siquiera a Zacarías! No quiero que algún amigo nuestro te considere un verdugo.

Observándola en aquella humilde generosidad, el joven de Tarso tuvo ímpetus de estrecharla entre sus brazos, como lo haría con un niño. Quiso avanzar, apretarla contra su pecho, cubrir de besos su frente bondadosa e inocente. Pero, de súbito, vinieron a su mente sus títulos y atribuciones; veía a Jerusalén revuelta, manchando su reputación con amargas ironías. El futuro rabino no podía ser vencido; el doctor de la Ley rígida, e implacable, debía sofocar al hombre para siempre.

Mostrándose impasible, replicó en tono áspero:

–Acepto tu silencio en torno a los lamentables hechos acaecidos este día; volverás mañana a la casa de Ruth, pero no debes esperar la continuación de mis visitas, ni siquiera por cortesía injustificable, porque en la sinceridad de los de nuestra raza, los que no son amigos son enemigos.

La hermana de Jeziel recibía aquellas explicaciones con profundo asombro.

–¿Entonces, me abandonas enteramente, así? –preguntó, entre lágrimas.

–No estás desamparada –murmuró inflexible–, tienes a tus amigos del camino de Jope.

–Pero, a fin de cuentas, ¿por qué odiaste tanto a mi hermano? Él siempre fue un hombre bondadoso… En Corinto nunca ofendió a nadie.

–Era predicador del malhadado carpintero de Nazaret –esclareció, contrariado y áspero–; además, me humilló ante la ciudad entera.

Abigail, compelida por la severidad de las respuestas, se calló completamente. ¿Qué poder tendría el Nazareno para atraer tantas dedicaciones y provocar tantos odios? Hasta allí, no se había interesado por la figura del famoso carpintero, que había muerto en la cruz, como malhechor; pero el hermano le dijo que había encontrado en Él al Mesías. Para seducir un carácter cristalino, como Jeziel, el Cristo no podría ser un hombre vulgar. Recordaba el pasado del hermano para considerar que, en el caso de la rebeldía paterna, consiguió mantenerse por encima de sus propios lazos de sangre para amonestar al progenitor, amorosamente. Si tuvo fuerzas para analizar los actos paternos con el discernimiento preciso, era necesario que aquel Jesús fuese muy grande, para que se consagrase a Él, ofreciéndole su propia vida antes que recobrar su libertad. A su manera de ver las cosas, Jeziel no se equivocaría. Conociendo su índole, desde la cuna, no era posible que se dejase engañar en sus convicciones religiosas. Se sentía, ahora, atraída hacia aquel Jesús desconocido y odiado injustamente. Él enseñó al hermano a querer bien a sus propios verdugos. ¿Qué no reservaría, pues, a su corazón sediento de cariño y de paz? Las últimas palabras de Jeziel ejercían sobre ella una profunda influencia.

Sumergida en profundas reflexiones, notó que Saulo abrió la puerta, llamando a algunos auxiliares, que se precipitaron por cumplir sus órdenes. En pocos minutos, el cadáver de Esteban era removido, mientras numerosos amigos expansivamente locuaces y satisfechos, rodearon a la joven pareja.

–¿Qué es esto?, –preguntó uno de ellos a Abigail–, al notar que su túnica estaba manchada de sangre.

–El sentenciado era israelita –atajó el joven tartense, deseoso de anticipar explicaciones– y, como tal, lo amparamos en la hora extrema.

Una mirada más severa dio a entender a la joven cuánto debía contener sus propias emociones, lejos y por encima de los hechos verídicos.

En pocos minutos, llegaba el viejo Gamaliel y solicitaba al ex discípulo algunos momentos de atención, en particular.

–Saulo –dijo bondadoso–, espero partir la semana próxima para un lugar situado más allá de Damasco. Voy a descansar junto a mi hermano y aprovechar la noche de la vejez para meditar y reposar el espíritu. Ya hice la necesaria notificación en el Sanedrín y en el Templo, y creo que, dentro de pocos días, serás promovido efectivamente a mi cargo.

El interpelado hizo un ligero gesto de agradecimiento, cuya frialdad mal disfrazaba el abatimiento que llevaba en el alma.

–Entre tanto –proseguía el generoso rabino, solícitamente– tengo un último pedido que hacerte: es que tengo a Simón Pedro como un amigo. Esta confesión podrá escandalizarte, pero, me siento bien al hacerla. Acabo de recibir su visita, pidiendo mi interferencia para que el cadáver de la víctima de hoy le sea entregado a la Iglesia del "Camino", donde será sepultado con mucho amor. Soy el intermediario del pedido y espero que no me niegues el obsequio.

–¿Decís "víctima"? – preguntó Saulo, admirado–. La existencia de una víctima presupone un verdugo y yo no soy verdugo de nadie. Defendí la Ley hasta el fin.

Gamaliel comprendió la objeción y replicó:

–No veas vestigios de recriminación en mis palabras. Ni la hora, ni el lugar, tampoco, se prestan a discusiones. Pero, para no faltar a la sinceridad que siempre conociste en mí, debo decirte, rápidamente, que estoy llegando a profundas conclusiones sobre el

llamado carpintero de Nazaret. He reflexionado de manera madura en su obra entre nosotros; sin embargo, estoy viejo y cansado para iniciar cualquier movimiento renovador en el seno del judaísmo. En nuestra existencia, llega una fase en la que no nos es lícito intervenir en los problemas colectivos; pero, en cualquier edad, podemos y debemos operar la iluminación o el perfeccionamiento de nosotros mismos. Es lo que voy hacer. El desierto, en su majestad silenciosa de aislamiento, constituyó siempre la seducción de nuestros antepasados. Saldré de Jerusalén, huiré del escándalo que mis nuevas ideas y actitudes seguramente provocarían; buscaré la soledad para encontrar la verdad.

Saulo de Tarso estaba estupefacto. ¡También Gamaliel parecía sufrir la influencia de extraños sortilegios! Sin duda, los hombres del "Camino" lo embrujaron, desbaratando sus últimas energías… ¡el anciano maestro acabó capitulando, en una actitud de consecuencias imprevisibles! Iba a impugnar, discutir, llamarlo a la realidad, cuando el venerado mentor de la mocedad farisaica, dejando entrever que percibía las vibraciones antagónicas de su espíritu ardiente, sentenció:

–Ya conozco el tenor de tu respuesta íntima. Me juzgas débil, vencido, y cada cual analiza cómo puede; pero no me lleves al hastío de las controversias. Solo estoy aquí para solicitarte un favor y espero que no me lo niegues. ¿Podré tomar las medidas necesarias para remover, de inmediato, los restos materiales de Esteban?

Se veía que el joven de Tarso vacilaba, presionado por singulares pensamientos.

–¡Concédemelo, Saulo!… ¡Es el último obsequio a tu viejo amigo!

–Concedido –dijo finalmente–.

Gamaliel se despidió con un gesto de sincero reconocimiento.

Nuevamente rodeado de muchos amigos, que buscaron alegrarlo, el joven doctor de la Ley se mostraba muy ajeno de sí mismo. En balde erguía la copa de las salutaciones. La mirada vaga, preocupada, demostraba la profunda alienación de los sentidos en

los que se sumergía. Los inesperados acontecimientos acarrearon a su mente un torbellino de pensamientos angustiosos. Quería pensar, deseaba recogerse en sí mismo para realizar el examen necesario de las nuevas perspectivas de su destino, pero, hasta la puesta del sol, fue obligado a mantenerse en el cuadro de las convenciones sociales, atendiendo a los amigos hasta el fin.

Alegando la necesidad de cambiar sus ropas ensangrentadas, Abigail se retiró poco después de la entrevista de Gamaliel.

No obstante, en casa de Dalila, la pobrecita fue acometida por una fiebre elevada, apenando y alarmando a todos los que se encontraban allá.

Al caer la noche, Saulo regresó al hogar de la hermana, donde le comunicaron el estado de la enferma.

Resuelto a imprimir nuevos rumbos a su vida, procuró sofocar sus emociones para enfrentar los hechos con la mayor naturalidad posible.

En lágrimas, la joven de Corinto pidió que la recondujesen a la casa de Zacarías, recelando la marcha de la enfermedad. En vano, Dalila y los parientes buscaron intervenir con recursos afectuosos, la súplica de Abigail al espíritu enérgico de Saulo fue expuesta conmovedoramente y, dentro de la severidad que caracterizaba sus actitudes, el ex discípulo de Gamaliel tomó todas las providencias para satisfacerla.

Y al anochecer, con mucho cuidado, una modesta carreta salía de Jerusalén por el camino de Jope.

Ruth recibió a la joven en los brazos, emocionada y afligida. Ella y el marido recordaron, entonces, que, solamente con la muerte de su padre, Abigail había tenido una fiebre tan elevada, acompañada de un abatimiento tan profundo. Con el ceño fruncido, Saulo los oía, esforzándose por disimular la emoción. Y mientras los amigos de la joven buscaban asistirla cariñosamente, el futuro rabino, sucumbido en un volcán de ideas antagónicas, se dirigía hacia Jerusalén, con la intención de no volver nunca más a Jope.

IX

Abigail cristiana

Desde el martirio de Esteban, se agravó en Jerusalén el movimiento de persecución a todos los discípulos o simpatizantes del "Camino". Como si fuese poseído por una verdadera alucinación, al substituir a Gamaliel en las funciones religiosas más importantes de la Ciudad, Saulo de Tarso se dejaba fascinar por sugestiones de fanatismo feroz.

Crueles averiguaciones fueron ordenadas a todas las familias que revelasen alguna inclinación o simpatía por las ideas del Mesías Nazareno. La modesta iglesia, donde la bondad de Pedro proseguía socorriendo a los más desgraciados, era rigurosamente guardada por soldados con orden de impedir las prédicas que representaban un suave consuelo a los infelices. Obcecado por la idea de resguardar el patrimonio farisaico, el joven tartense se entregaba a los mayores desmanes y tiranías. Hombres de bien fueron expulsados de la ciudad por simples sospechas. Operarios honestos y hasta madres de familia eran interpelados en escandalosos procesos públicos, que el perseguidor se empeñaba en movilizar. Se inició un éxodo de grandes proporciones, como Jerusalén desde hacía mucho tiempo no veía. La ciudad comenzó a despoblarse de trabajadores. El "Camino" había seducido con sus dulces consolaciones el alma del pueblo, cansada de incomprensiones y sacrificios. Libre de las prestigiosas advertencias de Gamaliel, que se había retirado al desierto, y sin la cariñosa asistencia de Abigail, que le facultaba generosas inspiraciones, el futuro rabino parecía un loco, en cuyo pecho el corazón estuviese reseco. En balde, mujeres indefensas suplicaban

piedad; inútilmente, niños misérrimos pidieron indulgencia para sus padres abandonados como prisioneros infelices.

El joven de Tarso parecía dominado por una indiferencia criminal. Los ruegos más sinceros encontraban en su espíritu una roca áspera. Incapaz de comprender las circunstancias que habían modificado sus planes y esperanzas de vida, imputaba el fracaso de sus sueños de juventud a aquel Cristo que no podía entender. Lo odiaría mientras viviese. No siendo posible encontrarlo para infringirle una venganza directa, lo perseguiría en la persona de sus seguidores, a través de todos los caminos. Según creía, era Él, el carpintero anónimo, el causante de sus fracasos en relación al amor de Abigail, ahora envenenado en su corazón impulsivo por sentimientos extraños, que, día a día, cavaban profundos abismos entre su inolvidable figura y los recuerdos que le eran más queridos. No había vuelto más a la casa de Zacarías, y, aunque los amigos del camino de Jope solicitasen noticias suyas, se mantenía irreductible en el círculo de su egoísmo sofocante. De vez en cuando, se sentía oprimido por una saudade singular. Experimentaba la inmensa falta de ternura de Abigail, cuyo recuerdo nunca se le había apartado del alma endurecida y ansiosa. Ninguna mujer podría sustituirla en el cariño de su corazón. Entre angustias extremas, recordaba la agonía de Esteban, su envidiable paz de conciencia, las palabras de amor y de perdón; enseguida, veía a la novia arrodillada, implorando su amparo con un fulgor de generosidad en sus ojos suplicantes. Jamás olvidaría aquella oración angustiada y conmovedora, que ella había hecho al abrazar al hermano en los últimos instantes de vida. No obstante la persecución cruel que lo transformó en la cabeza directora de todas las actividades contra la iglesia humilde del “Camino”, Saulo sentía que las necesidades espirituales se multiplicaban en su espíritu sediento de consolación.

Ocho meses de luchas incesantes pasaron después de la muerte de Esteban, cuando el joven tartense, capitulando ante la saudade y el amor que dominaban su alma, resolvió volver al paisaje florido del camino de Jope, donde seguramente reconquistaría el

afecto de Abigail, para reorganizar todos los proyectos de un futuro dichoso.

Tomó el minúsculo carruaje con el corazón oprimido. ¡Cuántos dilemas no tuvo que vencer para retornar a la antigua situación, humillando su vanidad de hombre convencionalista e inflexible! La luz crepuscular henchía la Naturaleza de reflejos de oro fulgurante. Aquel cielo muy azul, el verdor agreste, las brisas acariciantes de la tarde, eran los mismos. Se sentía revivir. Sueños y esperanzas continuaban, también, intangibles. Y reflexionaba sobre la mejor manera de recuperar la dedicación de la mujer escogida, sin humillación para su vanidad. Le contaría su desesperación, le hablaría sobre sus insomnios, de la continuidad del inmenso amor que ninguna circunstancia conseguiría destruir. Aunque mantenía el firme propósito de omitir cualquier alusión al carpintero de Nazaret, le diría a Abigail de su remordimiento por no haberle extendido sus manos amigas en el instante en que todas las esperanzas de su alma femenina se habían quebrantado, ante lo imprevisto de la muerte dolorosa del hermano, en circunstancias tan amargas. Esclarecería los detalles de sus sentimientos. Habría de referirse a su plegaria angustiosa y ardiente, cuando Esteban penetraba los umbrales de la muerte. La atraería al corazón que jamás la había olvidado, besaría sus cabellos, formularía nuevos proyectos de amor y felicidad.

Sumergido en tales pensamientos, alcanzó la puerta de entrada, identificando los rosales en flor.

El corazón le latía descompasado, cuando Zacarías surgió con gran sorpresa. Un demorado abrazo señaló el reencuentro. Abigail fue objeto de su primera interrogación. Con extrañeza notó que Zacarías se entristeció.

–Pensé que alguno de tus amigos ya te habrían llevado la desagradable noticia –comenzó diciendo, mientras el joven procuraba oírlo ansioso–. Abigail, hace más de cuatro meses, enfermó de los pulmones y, para ser franco, no tenemos ninguna esperanza.

Saulo se puso lívido.

–Después de que regresó precipitadamente de Jerusalén, estuvo más de un mes entre la vida y la muerte. En vano nos esforzamos, Ruth y yo, para restituir su vigor y los colores de la juventud. La pobrecita comenzó a decaer y, en poco tiempo, cayó en cama abatida. Solicité tu presencia, con ansiedad, a fin de que resolviésemos en lo posible la situación para su beneficio, pero no apareciste. Me parecía que quizás un nuevo ambiente le proporcionaría el restablecimiento de la salud, pero, me faltaron los recursos para una iniciativa más amplia, tal y como se imponía.

–Pero, ¿alguna vez, Abigail pronunció alguna queja sobre mi comportamiento? –preguntó Saulo afligido.

–De ningún modo. Además, el regreso inesperado de Jerusalén, la enfermedad súbita y tu injustificable alejamiento de esta casa, eran indicios para causarnos dudas y recelos; pero luego que se verificaron positivas mejorías, después del período más agudo de la fiebre, ella nos tranquilizó al respecto. Explicó la necesidad de tu ausencia, dijo estar consciente de tus muchos quehaceres y encargos políticos; se refirió con gratitud a la hospitalidad que le dispensaron tus parientes y, cuando Ruth, para consolarla, califica de ingrato tu procedimiento, Abigail es siempre la primera en defenderte.

Saulo quiso decir algo, mientras Zacarías hacía una pausa, pero nada le pasó por la mente. La emoción que le causaba la nobleza espiritual de la novia amada, paralizaba sus ideas.

–A pesar de su esfuerzo para tranquilizarnos –continuaba el marido de Ruth–, tenemos la impresión de que nuestra hija adoptiva se encuentra dominada por profundos sufrimientos, que trata de ocultar. Mientras podía andar, visitaba los durazneros, a la misma hora en que acostumbraba hacerlo contigo. Al principio, mi mujer la sorprendió llorando, en las sombras de la noche; pero, en vano, intentamos sondear la causa de sus íntimos padecimientos. El único motivo que alegaba era justamente el de la enfermedad, que comenzaba a minar su organismo. Más tarde, durante una semana, estuvo por aquí un pobre anciano llamado Ananías. Entonces, acon-

teció un hecho extraño: Abigail lo encontró en la casa de nuestros arrendatarios y, todas las tardes, se detenía a oírlo horas al hilo, manifestando, desde entonces, mucha fortaleza espiritual. Al despedirse, el pobre mendigo le dio como recuerdo algunos pergaminos con las enseñanzas del famoso carpintero de Nazaret…

–¿Del carpintero? –Interrumpió Saulo, evidentemente contrariado–. ¿Y qué pasó después?

–Se volvió una asidua lectora del llamado Evangelio de los galileos. Consideramos la conveniencia de apartarla de semejante novedad espiritual, pero Ruth ponderó que, ahora, esa era su única distracción. En efecto, desde que comenzó a hablar del discutido Jesús de Nazaret, observamos que Abigail se hinchió de profundas consolaciones. Y de hecho, nunca más la vimos llorar, aunque no se le borrase del semblante abatido la dolorosa expresión de amargura y melancolía. Su conversación, de ahí en adelante, parece haber adquirido inspiraciones diferentes. El dolor se le transformó en consoladora expresión de alegría íntima. Y habla sobre ti con un amor cada vez más puro. Da la impresión de haber descubierto en las misteriosas profundidades del alma la energía de una vida nueva.

Después de un suspiro, Zacarías terminaba:

–Sin embargo, el cambio no alteró la marcha de la enfermedad que la devora despacio. Día a día, la vemos inclinándose hacia la tumba, como flor que cae del tallo al soplo del viento fuerte.

Saulo experimentaba una evidente angustia. Una penosa emoción revolvía su alma generosa y sensible. ¿Cómo definirse? Amargas interrogaciones afligían su espíritu. A fin de cuentas, ¿quién era aquel Jesús con el que se topaba en todas partes? El interés de Abigail por el Evangelio perseguido revelaba la victoria del carpintero nazareno, pues contrastaba con sus sueños de juventud.

–Pero, Zacarías –preguntó irritado el doctor de Tarso–, ¿por qué no impediste semejante contacto? Esos viejos hechiceros recorren los caminos diseminando la confusión. Me sorprende esa condescendencia, por cuanto nuestra fidelidad a la Ley no admite, o, por lo menos, nunca deberá admitir transigencias.

El interpelado recibió la recriminación con serenidad y afirmó:

–Antes de todo, es necesario considerar que pedí en vano el socorro de tu presencia, para orientarme. Y, por lo demás, ¿quién tendría el valor de negar el remedio al enfermo amado? Desde que vi su resignación santificada, decidí no referirme a sus nuevos puntos de vista en materia de creencia religiosa.

Y como Saulo estaba inmerso en profundas reflexiones, sin saber qué responder, el buen hombre remató:

–¡Ven conmigo y lo verás con tus propios ojos!...

El joven siguió sus pasos, tambaleando. Las ideas se le confundían en el cerebro adolorido. Aquellas noticias inesperadas envenenaban su corazón.

Reclinada en el lecho, asistida por el afecto maternal de Ruth, la joven de Corinto reflejaba en el rostro un profundo abatimiento. Muy delgada, la epidermis había adquirido el color del marfil, pero la mirada lúcida denotaba absoluta calma espiritual. Cariñosa serenidad se le estampaba en la fisonomía entristecida, a pesar de que, cuando se le renovaba la disnea con prolongada aflicción, se volvía entonces hacia la ventana abierta, como si de allí esperase el remedio para su cansancio, a través de las brisas frescas que llegaban del seno generoso de la Naturaleza.

Al verla, Saulo no disimuló su asombro. La joven, por su parte, recibiendo la jubilosa sorpresa, se llenó de sincera y transbordante alegría.

Se intercambiaron salutaciones afectuosas entre ambos, mientras los ojos traducían la angustiosa saudade con la que habían esperado aquel momento. El futuro rabino acarició sus delicadas manos, que parecían ahora modeladas en cera traslúcida. Hablaron de la esperanza que los alentó, constante, antes del reencuentro. Notando que ellos deseaban quedar a solas, para conversar más a gusto, Zacarías y Ruth se retiraron discretamente.

–¡Abigail! –exclamó Saulo muy conmovido, tan pronto como se vieron a solas– ¡abdiqué mi orgullo y mi vanidad de hombre público para venir hasta aquí y preguntarte si me perdonaste y si no me olvidaste!

–¿Olvidarte?, –respondió ella con los ojos llenos de lágrimas. Por más ruda y larga que sea la estación de sol ardiente, la hoja del desierto no podrá olvidar la lluvia benéfica que le dio vida. Tampoco me hables de perdón, ¿pues, acaso podrá alguien perdonarse a sí mismo? Pues nosotros, Saulo, nos pertenecemos uno al otro para la eternidad. ¿No me dijiste, muchas veces, que yo era el corazón de tu cerebro?

Oyendo el timbre cariñoso de aquella voz amada, el joven de Tarso se conmovía hasta las entrañas de su ser arrebatado y ardiente. Aquella humildad y aquel tono de ternura penetraban en su corazón, reconquistando su discernimiento para seguir el camino recto.

Guardando, entre las suyas, las manos pálidas de la novia, exclamó con un destello de alegría en los ojos:

–¿Por qué dices que "eras el corazón", si aún lo eres y lo serás para siempre? Dios bendecirá nuestras esperanzas. Realizaremos nuestro ideal. Volví para llevarte conmigo. Tendremos un hogar, ¡serás la reina en él!...

Dominada por una indefinible alegría, la novia, que lo contemplaba con lágrimas, musitó:

–¡Desconfío, Saulo, que los hogares de la Tierra no fueron hechos para nosotros!... Dios sabe cuánto deseé, ardientemente, ser la madre cariñosa de tus hijos; ¡cómo conservé el ideal por encima de todas las circunstancias, para engalanar tu existencia con mi amor! Desde niña en Corinto, vi mujeres que atesoraban los tesoros del Cielo, simbolizados en el cariño del esposo y de los hijos; y pensé que el Señor me concedería el mismo patrimonio de esperanzas divinas, pues aguardaba las bendiciones del santuario doméstico para glorificarlo de todo corazón. Para exaltarlo, idealicé la vida del hom-

bre amado, que me auxiliaría a erguir el altar de la prole; y, hasta que llegaste, organicé vastos planes de una vida santa y venturosa, en la cual pudiésemos honrar a Dios.

Saulo escuchaba conmovido. Nunca había observado en ella, una amplitud tan grande de raciocinio y lucidez, en aquel tono de ternura tranquila.

–Pero el Cielo –prosiguió resignada–, retiró mis posibilidades de semejante ventura en la Tierra. En mis primeros días de soledad, visitaba los lugares solitarios, como buscándote, requiriendo el socorro de tu afecto. Los durazneros de nuestra predilección parecían decir que nunca más volverías; la noche amiga me aconsejaba olvidar; la luna, que me enseñaste a quererla bien, agravaba mis recuerdos y amortiguaba mis esperanzas. De la peregrinación de cada noche, regresaba con lágrimas en los ojos, hijas de la desesperación del corazón. En balde, buscaba tu palabra confortadora. Me sentía profundamente sola. Para recordar y seguir tus advertencias, me acordaba que llamaste mi atención, la última vez que nos encontramos, sobre la amistad de Zacarías y de Ruth. Es verdad que no tengo otros amigos más fieles y generosos que ellos; pero, no les podría ser más pesada en la vida, más allá de lo que soy. Evité, entonces, confiarles mis angustias. En los primeros meses de tu ausencia, sin consuelo, me amargué en mi gran desdicha. Fue cuando apareció aquí un anciano respetable, llamado Ananías, que me dio a conocer las luces sagradas de la nueva revelación. Conocí la historia del Cristo, el Hijo del Dios Vivo; devoré su Evangelio de Redención, me edifiqué con sus ejemplos. Desde esa hora, te comprendí mejor, conociendo mi propia situación.

Un súbito acceso de tos cortó su narrativa.

Las palabras de la novia le caían en el corazón como gotas de hiel. Nunca había experimentado un dolor moral tan agudo. Verificando la sinceridad natural, el cariño dulce de aquellas confesiones, se sentía pungido de acerbos remordimientos. ¿Cómo había podido abandonar, así, a la escogida de su alma, olvidando su fidelidad y su amor? ¿Dónde encontró una dureza tan grande de espíritu

para olvidar deberes tan sagrados? Ahora, venía a encontrarla exánime, desengañada de poder realizar en la Tierra los sueños de la juventud. Más allá de todo eso, el carpintero odiado parecía ocupar su lugar en el corazón de la novia adorada. En aquel momento, no experimentaba únicamente el deseo de arrasar su doctrina y a sus adeptos, sentía celos de él en su alma caprichosa. ¿De qué poderes podía disponer el nazareno oscuro y martirizado en la cruz, para conquistar los sentimientos más puros de la cariñosa novia?

–Abigail –dijo conmovido–, abandona las ideas tristes que podrían envenenar los sueños de nuestra juventud. No te entregues a ilusiones. Renovemos nuestras esperanzas. En breve, estarás restablecida. ¡Sé que me perdonaste por la muerte de tu hermano, y mi familia te recibirá en Tarso con júbilos sinceros! ¡Seremos felices, muy felices!

Sus ojos parecían volar hacia una región de sueños deliciosos, tratando de reavivar en el corazón amado sus proyectos de felicidad terrenal.

Pero ella, mezclando sonrisas y lágrimas, agregó:

–¡Francamente, querido, yo también desearía revivir!... ¡Ser tuya, entretejer tus sueños de juventud, inventar estrellas para el cielo de tu existencia; todo eso constituye mi ideal de mujer!... ¡Ah! Si pudiese, buscaría a tus parientes con amor, habría de conquistarlos para mi corazón, al precio de un gran afecto; pero, presiento que los planes de Dios son diferentes, en lo que concierne a nuestros destinos. Jesús me llamó junto a su familia espiritual…

–¡Ay de mí! –exclamó, cortándole la palabra– ¡en todas partes, me topo con expresiones del carpintero de Nazaret! ¡Qué flagelo! No repitas semejante cosa. Dios no sería justo si te secuestrase a mi afecto. ¿Quién podría, entonces, fuera de ese Cristo, interponerse a nuestros votos?

Pero Abigail lo miró con un gesto suplicante y dijo:

–Saulo, ¿de qué nos valdría la desesperación? ¿No será mejor

inclinarnos con paciencia a los sagrados designios? No alimentemos dudas perjudiciales. Este lecho es de meditación y de muerte. La sangre, varias veces, ya me brotó con fuerza anunciando el fin. Pero nosotros creemos en Dios y sabemos que ese fin es solo corporal. Nuestra alma no morirá, nos amaremos eternamente…

–No estoy de acuerdo –respondía extremadamente afligido–, esas presunciones son fruto de enseñanzas absurdas, como las de ese fanático nazareno que murió en la cruz, entre la humillación y la cobardía. Nunca fuiste así, melancólica y desalentada; solamente los sortilegios galileos podían convencerte de tales absurdos funestos. ¡Pero, trata de razonar por ti misma! ¿Qué te dio el crucificado, sino tristeza y desolación?

–¡Te equivocas, Saulo! No me siento desanimada, aunque estoy convencida de la imposibilidad de mi ventura terrena. Jesús no fue un maestro vulgar de sortilegios, fue el Mesías dispensador de consolación y vida. Su influencia renovó mis fuerzas, me saturó de buen ánimo y verdadera comprensión de los Supremos Designios. Su Evangelio de Perdón y Amor es el Tesoro Divino de los sufridores y desheredados del mundo.

El joven no conseguía disimular la irritación que le vagaba en el alma.

–Siempre el mismo refrán –dijo confuso– invariablemente, la afirmación de haber venido para socorrer a los infelices, para ayudar a los enfermos e infortunados. Pero, las tribus de Israel no se componen apenas de personas de esa especie. ¿Y los hombres valerosos del pueblo escogido? ¿Y las familias de tradiciones respetables? ¿Estarían fuera de la influencia del Salvador?

–He leído las enseñanzas de Jesús –respondió la joven con firmeza– y creo comprender tus objeciones. El Cristo, cumpliendo la sagrada palabra de los profetas, nos revela que la vida es un conjunto de nobles preocupaciones del alma, con la finalidad de que marchemos hacia Dios por los caminos rectos. No podemos concebir al Creador como un juez ocioso y aislado, sino como un Padre

consagrado en el beneficio de sus hijos. Los hombres valerosos a los que te refieres, revestidos de enfermedades y sufrimientos, en la posesión de las bendiciones reales de Dios, debían ser hijos laboriosos, preocupados con el rendimiento de la tarea a la que fueron llamados a cumplir, en pro de la felicidad de sus hermanos. Pero, en el mundo, tenemos en contra de nuestras tendencias superiores al enemigo que se instala en nuestro propio corazón. El egoísmo ataca la salud, los celos perjudican el Mandato Divino, como la herrumbre y la polilla que inutilizan nuestros vestidos e instrumentos cuando nos descuidamos. Son pocos los que se acuerdan de la Protección Divina, en los días alegres de la abundancia, como poquísimos los que trabajan a pesar del aguijón de las carencias. Eso demuestra que el Cristo es un derrotero para todos, constituyéndose en consuelo para los que lloran y en orientación para las almas con criterio, llamadas por Dios a contribuir en las santas preocupaciones del bien.

Saulo estaba impresionado con aquella claridad de raciocinio. Pero la conversación había exigido de la enferma un esfuerzo mayor, con la consecuente fatiga. La respiración se le había tornado difícil, y no tardó que la sangre le brotase del pecho en prolongada hemoptisis. Aquel sufrimiento, adornado de ternura y humildad, conmovía y exasperaba profundamente al novio. Comprendió que ante la novia sería impiadoso atacar a aquel Jesús que le correspondía perseguir hasta el fin. No quería creer que su Abigail estuviese en vísperas de la muerte. Prefería encarar el futuro con optimismo. Restablecida, la haría volver a sus antiguos puntos de vista. No toleraría la intromisión del Cristo en el santuario del hogar. Pero en el esfuerzo de introspección, concluyó que necesitaba dar una tregua a sus pensamientos antagónicos, para reflexionar en los problemas esenciales de su propia tranquilidad. La joven enferma, después de superar una crisis que duró largos y tristes minutos, tenía los grandes ojos serenos y lúcidos. Contemplándola en aquella dulce actitud de suprema resignación, Saulo de Tarso, experimentó enternecedoras conmociones íntimas. Su temperamento arrebatado se entregaba fácilmente a las impresiones extremas. Aproximándose más a

la novia amada, tenía los ojos llenos de lágrimas. Deseó acariciarla como si lo hiciese a un niño.

–Abigail –murmuró tiernamente–, no hablemos más de ideas religiosas. ¡Perdóname! Recordemos nuestro porvenir de flores, olvidemos todo para consolidar las mejores esperanzas.

Y las palabras le brotaban ardientes de emoción. El cariño que evidenciaban era un síntoma del arrepentimiento y de las aspiraciones nobles y sinceras que trabajaban, ahora, en su espíritu angustiado. Empero, como si fuera presa de singular abatimiento después del esfuerzo gastado, la joven de Corinto estaba lánguida, recelando proseguir en el coloquio, en virtud de los accesos de tos que la amenazaban frecuentemente. El novio, preocupado, comprendió la situación y, apretando sus transparentes manos, las besó enternecido.

–Necesitas reposar –dijo con una inflexión cariñosa–, no te preocupes por mi causa. Te daré de mis propias fuerzas. Pronto estarás restablecida.

Y, después de envolverla con una mirada llena de gratitud e infinita ternura, remataba:

–Volveré a verte todas las noches que pueda alejarme de Jerusalén, y tan pronto como puedas, volveremos a ver el claror de la luna, allá en el jardín, para que la Naturaleza bendiga nuestros sueños, bajo la mirada de Dios.

–Sí, Saulo, –dijo pausadamente–, Jesús nos concederá lo mejor. No obstante, de cualquier modo, estarás en mi corazón, siempre, siempre…

El doctor de la Ley iba a despedirse, pero reflexionó en que la novia nada le había dicho con referencia al hermano. La generosidad de aquel silencio lo impresionaba. Prefería ser acusado, discutir el hecho con sus penosas circunstancias, para que también se justificase. Pero en vez de reprimendas, encontraba caricias, en vez de reprobaciones, una tranquilidad generosa, con que la dulce joven sabía ocultar las profundas heridas que llevaba en el alma.

–Abigail, –exclamó algo indeciso–, antes de partir, quisiera saber francamente si me disculpaste por la muerte de Esteban. Nunca más pude hablarte de las contingencias que me llevaron a tan triste resolución; no obstante, estoy convencido de que tu bondad olvidó mi falta.

–¿Por qué te acuerdas de eso?, –le respondió, esforzándose por mantener la voz firme y clara–. Mi alma está ahora tranquila. Jeziel está con el Cristo y murió, legándote un pensamiento amistoso. ¿Qué podría yo reclamar de mi parte, si Dios ha sido tan misericordioso conmigo? Incluso, ahora, estoy agradeciendo al Padre justo, de todo corazón, la dádiva de tu presencia en esta casa. Hace mucho tiempo que estaba pidiendo al Cielo que no me dejase morir sin volver a verte y a oírte…

Saulo calculó la extensión de aquella generosidad espontánea y se emocionó hasta las lágrimas. Se despidió. La noche fresca estaba repleta de sugestiones para su espíritu. Nunca había meditado en los insondables designios del Eterno, como en aquel momento en el que recibió tan profundas lecciones de humildad y amor, de la mujer amada. Experimentaba en el alma oprimida el embate de dos fuerzas antagónicas, que luchaban entre sí por la posesión de su corazón generoso e impulsivo.

No comprendía a Dios sino como un señor poderoso e inflexible. Ante su voluntad soberana, se doblarían todas las preocupaciones humanas. Pero comenzaba a inquirir el motivo de sus dolorosas inquietudes. ¿Por qué no encontraba, en ninguna parte, la paz que anhelaba ardientemente? Y, sin embargo, aquella gente miserable del "Camino" se entregaba a las cadenas de la cárcel, sonriente y tranquila. Hombres enfermos y decrépitos, exentos de cualquier esperanza en el mundo, soportaban sus persecuciones con alabanzas en el corazón. Incluso Esteban, cuya muerte le sirvió de inolvidable ejemplo, lo había bendecido por los sufrimientos recibidos por amor al carpintero de Nazaret. Aquellas criaturas desamparadas gozaban de una tranquilidad que él desconocía. El cuadro de la novia enferma no le salía de los ojos. Abigail era sensible y afectuosa, pero

recordaba su ansiedad femenina, la intensidad de sus preocupaciones de mujer, cuando, eventualmente, no conseguía comparecer con puntualidad en el adorable remanso del camino de Jope. Aquel Jesús desconocido proporcionó fuerzas a su corazón. Era incontestable que la enfermedad le extinguía la vida, poco a poco, también era evidente el rejuvenecimiento de sus energías espirituales. La novia le hablaba como si estuviese tocada de nuevas inspiraciones; aquellos ojos parecían contemplar interiormente el paisaje de otros mundos.

Esas reflexiones no le dieron ocasión de admirar la Naturaleza. Entrando de nuevo en Jerusalén, guardó la impresión de que despertaba de un sueño. Ante su frente, se diseñaban las líneas majestuosas del gran santuario. El orgullo de raza hablaba más fuerte a su espíritu. Era imposible conferir superioridad a los hombres del "Camino". Bastó la visión del templo para encontrar en sí mismo los esclarecimientos que deseaba. A su manera de ver, la serenidad de los discípulos del Cristo, provenía, naturalmente, de su característica ignorancia. Generalmente, los partidarios de los galileos solo eran criaturas que el mundo desclasificaba por su decadencia física, por su falta de educación, por el supremo abandono. Ciertamente, el hombre de responsabilidad no podría encontrar la paz a un precio tan vil. Se figuraba haber resuelto el problema. Continuaría la lucha. Contaba con el pronto restablecimiento de la novia; tan rápido como fuera posible desposaría a Abigail y, con facilidad, la disuadiría de los fantasiosos cuan peligrosos engaños de aquellas enseñanzas condenadas. Del ámbito de su hogar, feliz, proseguiría en persecución de cuantos olvidasen la Ley, cambiándola por otros principios.

Esos razonamientos calmaron, en cierto modo, sus inquietudes.

Pero, al día siguiente, a media mañana, un mensajero de Zacarías le golpeaba el alma con una noticia grave: ¡Abigail había empeorado, estaba agonizando!

De inmediato, tomó el camino de Jope, ansioso de arrebatar a la bien amada del peligro inminente.

Ruth y el marido estaban desolados. Desde la madrugada, la enferma cayó en penosa postración. Los vómitos de sangre se sucedían sin interrupción. Se diría que solo esperaba la visita del novio para morir. Saulo los escuchó, lívido como la cera. Mudo, se dirigió hacia la habitación, donde el aire fresco penetraba embalsamado, trayendo el mensaje de las flores del pomar y del jardín, que parecían enviar sus despedidas a las manos delicadas y cariñosas que les habían dado vida.

Abigail lo recibió con un rayo de infinita alegría en los ojos translúcidos. El tono marfil del semblante abatido se había acentuado rápidamente. El pecho jadeaba precipitadamente, el corazón pulsaba sin ritmo. Su expresión general evidenciaba que aquella era la última agonía. Saulo se aproximó angustiado. Por primera vez en la vida, se sentía trémulo ante lo irremediable. Aquella mirada, aquella palidez de mármol, aquella aflicción tocada de angustia, anunciaba su desenlace. Después de inquirirla, en cuanto a la razón de aquel abatimiento inesperado, le tomó las manos flácidas, bañadas del sudor frío de los moribundos.

–¿Cómo pudo suceder esto, Abigail?, –decía perturbado– si ayer te dejé tan esperanzado… ¡Pedí sinceramente a Dios que te curase para mí!…

Extremadamente sensibilizados, Zacarías y su mujer se alejaron.

Viendo que la novia tenía inmensa dificultad para exponer sus últimas ideas, Saulo se arrodilló a su lado, le cubrió las manos con besos ardientes. La dolorosa agonía le parecía un sufrimiento injustificable, que el cielo había enviado a un ángel. Él, que traía el espíritu reseco por la hermenéutica de las leyes humanas, sintió que lloraba intensamente por primera vez. Leyendo su sensibilidad, a través de las lágrimas que le descendían silenciosamente de los ojos, Abigail esbozó un gesto de cariño con infinita dificultad. Conocía a Saulo y había comprobado su rigidez de carácter. Aquel llanto revelaba el calvario íntimo del bien amado, pero demostraba igualmente, el amanecer de una vida nueva para su espíritu.

–No llores, Saulo –susurró difícilmente–, la muerte no es el fin de todo…

–Te quiero conmigo para toda la vida –replicó el joven deshecho en lágrimas.

–Sin embargo, es preciso morir para que vivamos verdaderamente –acentuaba la agonizante, cortando las palabras con la respiración oprimida–. ¡Jesús nos enseñó que la semilla al caer en la tierra se queda sola, pero si muere da muchos frutos!... ¡No te rebeles contra los Designios Supremos que me arrebatan de tu convivencia material! Si nos uniésemos por el matrimonio, tal vez tuviésemos muchas alegrías; tendríamos un hogar con nuestros hijos; pero destruyendo nuestras esperanzas de una felicidad pasajera en la Tierra, Dios nos multiplica los sueños generosos… Mientras, esperamos la unión indisoluble, te auxiliaré donde quiera que esté y te consagrarás al Eterno, en esfuerzos sublimes y redentores…

Se veía que la agonizante movilizaba recursos supremos para pronunciar sus últimas palabras.

–¿Quién te dio semejantes ideas? –preguntó el joven, atormentado por la angustia.

–Anoche, después de que partiste, sentí que alguien se aproximaba hinchiendo la habitación de luz… Era Jeziel que venía a verme… Al avistarlo, me acordé de Jesús en el inefable misterio de su resurrección. Me anunció que Dios santificaba nuestros propósitos de ventura, pero que yo sería llevada hoy mismo a la vida espiritual. ¡Me enseñó a quebrar el egoísmo de mi alma, me colmó de buen ánimo y me trajo la grata nueva de que Jesús te ama mucho, y tiene esperanzas en ti!... Medité, entonces, que sería útil entregarme jubilosa a las manos de la muerte, pues, quién sabe, si permaneciendo en el mundo no iría a perturbar la misión a la que el Salvador te destinó… ¡Jeziel afirmó que nosotros te ayudaremos desde un plano más elevado! Entonces, ¿por qué dejaré de ser tu compañera?... ¡Seguiré tus pasos en el camino, te llevaré donde se encuentren nuestros hermanos del mundo, abandonados, inspiraré

tus razonamientos para que descubras siempre la verdad!... ¡Aún no aceptaste el Evangelio, pero Jesús es bueno y tendrá algún medio de unir nuestros pensamientos en la verdadera comprensión!...

El esfuerzo de la moribunda había sido inmenso. La voz se le extinguió en la garganta. De sus ojos, profundamente lúcidos, las lágrimas corrían abundantes.

–¡Abigail! ¡Abigail! –gritaba Saulo desesperado.

Pero, después de largos minutos de angustiosa ansiedad, ella decía en un esfuerzo supremo:

–Jeziel ya vino… a buscarme…

Instintivamente, Saulo comprendió que había llegado el momento fatal. En vano, llamó a la moribunda, cuyos ojos se empañaban; en balde, besó sus manos heladas, cubiertas ahora de una palidez de nieve traslúcida. Como loco, llamó a Zacarías y Ruth. Ésta, sollozante, deshecha en llanto, se abrazó a Abigail que, desde la muerte del hijo, resumía todo su tesoro maternal.

La agonizante fijó la mirada, respectivamente, en cada uno, como evidenciando amoroso agradecimiento. Después… una sola lágrima silenciosa fue su último adiós.

Del jardín próximo llegaban perfumes suaves; el cielo crepuscular lucía tonos de nubes que fulgían como el oro, mientras los pájaros que se recogían cruzaban los aires alegremente…

Pesada amargura se abatió sobre la mansión del camino de Jope. Voló al cielo la hija dilecta, la novia amada, la amiga cariñosa de las flores y de los pajaritos.

Saulo de Tarso permanecía mudo, aterrorizado, mientras Ruth, bañada en lágrimas, cubría de rosas a la muerta adorada, que parecía dormir.

X

En el camino de Damasco

Durante tres días, Saulo se quedó en compañía de los generosos amigos, recordando a la novia inolvidable. Profundamente triste, buscaba remedio para su íntimo abatimiento, en la contemplación del paisaje que Abigail tanto amó. Como triste consuelo para su corazón desesperado, buscaba enterarse de las preocupaciones de la fallecida, en los últimos tiempos y, con los ojos nublados de llanto, oía las referencias cariñosas de Ruth a todo lo que se relacionaba con la querida novia. Se acusaba de no haber llegado antes para arrebatarla de la dolorosa enfermedad. Pensamientos amargos lo atormentaban, soportando un angustioso arrepentimiento. A fin de cuentas, con la rigidez de sus pasiones, aniquiló todas las posibilidades de ventura. Con la rigurosidad de su persecución implacable, Esteban encontró el terrible suplicio; con el orgullo inflexible del corazón, lanzó a su amada al antro insondable de la tumba. Mientras tanto, no podía olvidar que debía todas las coincidencias penosas a aquel Cristo crucificado, que no había podido comprender. ¿Por qué se topaba, en todo, con los rasgos del humilde carpintero de Nazaret, que su espíritu impetuoso detestaba? Desde la primera controversia en la iglesia del "Camino", nunca más consiguió pasar un día sin encontrarlo en la fisonomía de algún transeúnte, en la amonestación de los amigos, en la documentación oficial de sus diligencias punitivas, en la boca de los míseros prisioneros. Esteban había expirado hablando de Él con amor y júbilo. Abigail, en los últimos instantes se consolaba recordándolo y lo exhortaba a seguirlo. Por todo ese acervo de consideraciones que se le represaban

en la mente exhausta, Saulo de Tarso avivaba el odio personal al Mesías escarnecido. Ahora que se encontraba solo, enteramente liberado de preocupaciones particulares, de naturaleza afectiva, buscaría concentrar sus esfuerzos en el castigo y corrección de cuantos encontrase descarriados de la Ley. Juzgándose perjudicado por la difusión del Evangelio, renovaría los procesos de la persecución infamante. Sin otras esperanzas, sin nuevos ideales, ya que le faltaban los fundamentos para constituir un hogar, se entregaría en cuerpo y alma a la defensa de la Ley de Moisés, preservando la fe y la tranquilidad de los compatricios.

En la víspera de su regreso a Jerusalén, vamos a encontrar al joven doctor en conversación particular con Zacarías, que deseaba oírlo con atención.

–A fin de cuentas –exclamaba Saulo, sombríamente preocupado–, ¿quién será ese viejo que consiguió fascinar a Abigail, al punto de abrazar las extrañas doctrinas del Nazareno?

–Ese hombre –replicó el otro sin mayor interés–, es uno de esos míseros ermitaños que se entregan por lo común a largas meditaciones en el desierto. Celando el patrimonio espiritual de la joven que Dios me confió, indagué sobre su origen y las actividades de su vida, llegando a saber que se trata de un hombre honesto, a pesar de ser extremadamente pobre.

–Sea como fuere –objetaba el doctor con austeridad–, aún no pude comprender los motivos de tu tolerancia. ¿Cómo no te insurgiste contra el innovador? Tengo la impresión de que las ideas tristes y absurdas de los adeptos del "Camino" contribuirían, de modo decisivo, para la molestia que victimó a nuestra pobre Abigail.

–Ponderé todo eso, pero la actitud mental de la querida muerta se revistió de inmensa consolación, después del contacto con ese ermitaño honesto y humilde. Ananías la trató siempre con profundo respeto, la atendió siempre con alegría, no exigió ninguna recompensa, así mismo procedió con mis propios empleados, revelando una bondad sin límites. ¿Sería lícito impugnar su labor desprecian-

do los beneficios? Es verdad que, en la esfera de mi comprensión, no podré aceptar otras ideas aparte de las que nos fueron enseñadas por nuestros respetables y generosos abuelos; pero no me juzgué con el derecho de sustraer a los demás el objeto de sus consolaciones más preciosas. Por lo demás, tu ausencia me colocó en una situación difícil. Abigail había hecho de tu persona el centro de todos sus intereses afectivos. Sin comprender las razones que te llevaron a desaparecer de nuestra casa, me compadecí de su amargura íntima, que se traducía en una tristeza inalterable. La pobrecita no conseguía ocultar su desaliento a nuestros ojos amorosos. El encuentro de un remedio era providencial. Desde la intervención de Ananías, Abigail se transformó, parecía convertir toda la angustia en esperanzas de una vida mejor. Aunque se encontraba enferma, recibía a los mendigos que venían a hablarle de ese Jesús que tampoco consigo comprender. Eran amigos de la vecindad, gente sencilla, con la que ella parecía alegrarse. Observando el mal irremediable que la consumía, Ruth y yo le acompañábamos en todo enternecidamente. ¿Cómo no proceder así si estaba en juego la paz espiritual de una hija dilecta, en los últimos días de su vida? Es posible que todavía no consigas entender el sentido de mi conducta en este particular, pero en sana conciencia estoy justificado, pues sé que cumplí mi deber, no embargando los recursos que juzgué necesarios para su consolación.

Saulo lo oía admirado. La serenidad y la ponderación de Zacarías invalidaban los puntos más fuertes de reprimenda y severidad. Las acusaciones veladas a su alejamiento de la novia, sin motivo justificado, penetraban en su corazón con pruritos de remordimiento pungente.

–Sí –contestó con menos aspereza–, reconsidero mejor las razones que te indujeron a soportar todo eso, pero, no quiero, no puedo y no debo exonerarme del compromiso que asumí en defensa de la Ley.

–Pero, ¿a qué compromiso te refieres? –interrogó Zacarías, sorprendido.

–Quiero decir que preciso encontrar a Ananías, a fin de castigarlo debidamente.

–¿Qué es eso, Saulo? –objetó Zacarías, penosamente impresionado–. Abigail acaba de bajar al sepulcro; su espíritu, de complexión muy sensible y afectuosa, sufrió profundamente por motivos que ignoramos y que tal vez conozcas; el único consuelo que ella encontró fue, justamente, la amistad paternal de ese anciano bueno y honesto; ¿y quieres castigarlo por el bien que hizo a la criatura inolvidable?

– Pero es la defensa de la Ley de Moisés lo que está en juego –respondió el joven tartense con firmeza.

–Sin embargo –advirtió sensatamente Zacarías–, revisando los textos sagrados, no encontré ninguna disposición que autorice a castigar a los benefactores.

El doctor de la Ley esbozó un gesto de contrariedad ante la observación justa, pero, valiéndose de su hermenéutica, consideró con sagacidad:

–Pero una cosa es estudiar la Ley y otra es defender la Ley. En la tarea superior en la que me encuentro, estoy obligado a examinar si el bien no oculta el mal que condenamos. Ahí reside nuestra divergencia. Tengo que castigar a los que han transgredido la Ley, tal y como necesitas podar los árboles de tu granja.

Se hizo un prolongado silencio. Absortos en profunda meditación, separados mental e íntimamente, fue Saulo quien volvió a tomar la palabra, preguntando:

–¿Desde cuándo se ausentó Ananías de estos parajes?

–Hace más de dos meses.

–¿Y llegaste a conocer el rumbo que tomó?

–Abigail me dijo que él había sido llamado a Jerusalén, con la finalidad de consolar a enfermos en los barrios pobres, dada la situación difícil que se creó por allá con la persecución.

–Pues su nefasta influencia será igualmente yugulada por las fuerzas de nuestra vigilancia. Regresando a la ciudad, mañana, como pretendo, buscaré localizar su paradero. ¡Ananías no enloquecerá otras cabezas! Jamás llegó a pensar en la reacción que provocó en mi alma, aunque no nos conozcamos personalmente.

Zacarías no consiguió disimular su disgusto y sentenció:

–En la simplicidad de mi vida rural no puedo atinar con la razón de las luchas religiosas de Jerusalén; pero, en fin, se trata de problemas inherentes a tus menesteres profesionales y no debo entrometerme en las providencias que más te convengan.

Saulo permaneció largo tiempo pensativo, para, enseguida, imprimir nuevos rumbos a la conversación.

Al día siguiente, muy consternado, regresó a la ciudad, ansioso por llenar el vacío del corazón, perdido en el laberinto de las horas de inactividad. A nadie le reveló la gran amargura que llevaba en su alma. Cerrándose en un mutismo absoluto, retomó las funciones religiosas, con el semblante fruncido.

Bajo el sol claro de la media mañana, vamos a encontrarlo en el Sanedrín, interrogando a un auxiliar de servicio, con vivacidad:

–Isaac, ¿cumpliste mis órdenes para obtener los informes deseados?

–Sí, señor, encontré entre los prisioneros a un joven que conoce al viejo Ananías.

–Muy bien –dijo el doctor de Tarso, evidentemente satisfecho–, ¿y, dónde mora el tal Ananías?

–¡Ah! Eso no lo quiso decir, a pesar de lo mucho que insistí. Alegó que no lo sabía.

–Pero, es posible que esté mintiendo –agregó Saulo con rencor–. Estos hombres son capaces de todo. Toma las medidas necesarias para que comparezca aquí cuanto antes. Sabré como arrancarle la verdad.

Como quien ya conocía sus decisiones irrevocables, Isaac obedeció con humildad. Más o menos en una hora, dos soldados penetraban en el gabinete, acompañando a un joven de fisonomía mísera. Sin dar muestras de ninguna conmoción, Saulo de Tarso mandó a que se trasladasen a la sala de castigos, donde interrogaría al prisionero dentro de algunos minutos.

Terminada la redacción de algunos papiros, se dirigió resuelto, al salón de tortura. Se alineaban allí, todos los instrumentos odiosos y execrables de las persecuciones político–religiosas, que envenenaban a Jerusalén en los embates de la época.

Después de sentarse sentenciosamente, el joven de Tarso inquirió al mísero encarcelado con aspereza:

–¿Tu nombre?

–Matías Johanan.

–¿Conoces al viejo Ananías, predicador ambulante de la iglesia del "Camino"?

–Sí, señor.

–¿Desde cuándo?

–Lo conocí en la víspera de mi prisión, que se verificó hace un mes.

–¿Y, dónde reside ese adepto del carpintero?

–Eso no lo sé –exclamó el interpelado con voz tímida–. Cuando lo conocí vivía en un barrio pobre de Jerusalén, donde enseñaba el Evangelio. Pero Ananías no tenía residencia fija. Vino de Jope, estacionándose en diversas aldeas, donde predicaba las verdades de Jesucristo. Aquí, vivía de barrio en barrio, en su piadoso ministerio.

El joven de Tarso no prestó atención a aquella actitud de profunda humildad, y, frunciendo el ceño, agregó amenazadoramente:

–¿Crees que puedes mentir a un doctor de la Ley?

–Señor, yo le juro… –decía el joven ansiosamente.

Saulo no se dignó a mirar su gesto suplicante. Dirigiéndose a uno de los guardias, exclamó impasible.

–Julio, no tenemos tiempo que perder. Necesito la información necesaria. Aplícale el tormento de las uñas. Creo que, por ese proceso, no se animará a proseguir disimulando la verdad.

La orden fue cumplida de inmediato. Aguzadas puntas de hierro fueron retiradas de un gran armario lleno de polvo. En pocos segundos, Julio y el compañero, después de amarrar al pobre joven a un tronco rústico, le aplicaron los instrumentos puntiagudos en la punta de los dedos, provocando su gritos lancinantes. El joven prisionero clamaba, en vano, por sus dolores atroces. Los verdugos lo oían con indiferencia. Cuando la sangre comenzó a gotear de la uña arrancada violentamente, la víctima gritó en voz alta:

–¡Por piedad!... ¡Confesaré todo, diré donde está!... ¡Tengan compasión de mí!

Saulo ordenó que suspendiesen la punición de momento, para oír las nuevas declaraciones.

–¡Señor!, –agregó el infeliz entre lágrimas– Ananías ya no se encuentra en Jerusalén. En nuestra última reunión, tres días antes de caer en la cárcel, el viejo discípulo del Evangelio se despidió, afirmando que fijaría su residencia en Damasco.

Aquella voz lastimera era un eco de profundas amarguras represándose en un corazón mozo, pero repleto de penosas desilusiones de la vida. Pero, Saulo parecía no tener ojos para ver sufrimientos tan conmovedores.

–¿Es todo cuánto sabes? –preguntó secamente.

–Lo juro –volvió a decir el joven humildemente.

Ante aquella afirmación categórica, transparente en la mirada sincera y en la inflexión de la voz conmovedora y triste, el doctor de la Ley se dio por satisfecho, mandando a recluir al prisionero en el calabozo.

Dos días después, el joven tartense convocaba una reunión en el Sanedrín, a la cual atribuía singular importancia. Los colegas acudieron al llamado, sin excepción. Abiertos los trabajos, el doctor de Tarso informó el motivo de la convocatoria.

–Amigos –declaró enfáticamente–, hace tiempo que nos reunimos para examinar el carácter de la lucha religiosa que se desarrolló en Jerusalén con las actividades de los seguidores del carpintero de Nazaret. Felizmente, nuestra intervención llegó a tiempo de evitar grandes males, dada la argucia de los falsos taumaturgos exportados de Galilea. A costa de grandes esfuerzos, a la atmósfera se le desvanecieron las nubes. Es verdad que las cárceles de la ciudad transbordan, pero la medida se justifica, porque es indispensable reprimir el instinto revolucionario de las masas ignorantes. La llamada iglesia del "Camino" restringió sus actividades a la asistencia a los enfermos desamparados. Nuestros barrios más humildes están en paz. Volvió la serenidad a nuestros quehaceres en el Templo. Pero, no se puede afirmar lo mismo en cuanto a las ciudades vecinas. Mis consultas a las autoridades religiosas de Jope y Cesárea dan a conocer los disturbios que los adeptos del Cristo vienen provocando, malévolamente, con perjuicio serio para el orden público. No solo en esos núcleos precisamos desarrollar la obra de saneamiento, si no, que ahora me llegan noticias alarmantes de Damasco, que requieren medidas inmediatas. Se localizan allí peligrosos elementos. Un viejo, llamado Ananías, está allá perturbando la vida de cuantos necesitan de paz en las sinagogas. No es justo que el más alto tribunal de la raza se desinterese por las colectividades israelitas en otros sectores. Propongo, entonces, que extendamos el beneficio de esa campaña a otras ciudades. Para ese fin, ofrezco todos mis servicios personales, sin gastos para la casa a la que servimos. Solo me bastará el necesario documento de habilitación, para accionar todos los recursos que me parezcan acertados, inclusive el de la pena de muerte, cuando la juzgue necesaria y oportuna.

La propuesta de Saulo fue recibida con demostraciones de simpatía. Incluso hubo quien llegase a proponer un voto especial

de reconocimiento a su celo vigilante, con aplausos unánimes de la reducida asamblea. Faltaba en el cenáculo la ponderación de un Gamaliel, y el sumo sacerdote, compelido por la aprobación general, no vaciló en conceder las cartas indispensables, con amplia autorización para actuar discrecionalmente. Los presentes abrazaron al joven rabino con muchos encomios a su espíritu audaz y enérgico. Francamente, aquella mentalidad joven y vigorosa constituía una auspiciosa garantía de un futuro mayor, con la emancipación política de Israel. Blanco de las referencias lisonjeras y estimuladoras de los amigos, Saulo de Tarso aguzaba el orgullo de su raza, esperanzado en los días del porvenir. Es verdad que sufría amargamente con el desmoronamiento de sus sueños de juventud, pero emplearía la soledad de la existencia en las luchas que reputaba sagradas, al servicio de Dios.

En posesión de las cartas que lo habilitaban para actuar convenientemente, en cooperación con las Sinagogas de Damasco, aceptó la compañía de tres varones respetables, que ofrecieron acompañarlo en calidad de servidores fieles.

Tres días después, la pequeña caravana se transportó de Jerusalén hacia la extensa planicie de Siria.

En la víspera de la llegada, casi al término del difícil y penoso viaje, el joven tartense sentía como se le agravaban los recuerdos amargos que se le asomaban constantes. Fuerzas secretas le imponían profundas interrogaciones. Pasaba revista a los primeros sueños de la juventud. Su alma se desdoblaba en preguntas atroces. Desde la adolescencia que encarecía la paz interior, tenía sed de estabilidad para realizar su carrera. ¿Dónde encontrar aquella serenidad, que, en edad temprana, había sido objeto de sus reflexiones más íntimas? Los maestros de Israel preconizaban, para eso, la observancia integral de la Ley. Por encima de todo, había guardado sus principios. Desde los impulsos iniciales de la juventud, abominaba el pecado. Se consagró al ideal de servir a Dios con todas sus fuerzas. No vaciló en la ejecución de todo lo que consideraba un deber ante las acciones más violentas y rudas. Si era incontestable

que tenía innumerables admiradores y amigos, tenía igualmente poderosos adversarios, gracias a su carácter inflexible en el cumplimiento de las obligaciones que consideraba sagradas. Entonces, ¿dónde estaba la paz espiritual que tanto anhelaba en los esfuerzos comunes? Por más energías que gastaba, se vio siempre como un laboratorio de dolorosas y profundas inquietudes. Su vida se marcaba por ideas poderosas, pero, en su fuero íntimo, luchaba con antagonismos irreconciliables. Las nociones de la Ley de Moisés parecían no bastar a su sed devoradora. Los enigmas del destino dominaban su espíritu y su mente. El misterio del dolor y de los destinos diferenciales lo acribillaba de enigmas insolubles y sombrías interrogaciones. ¡Mientras tanto, aquellos adeptos del carpintero crucificado ostentaban una serenidad desconocida! La alegación de ignorancia de los problemas más graves de la vida no prevalecía en el caso, pues Esteban era una inteligencia poderosa y mostró, al morir, una paz impresionante, acompañada de valores espirituales que infundían asombro.

Por más que los compañeros llamasen su atención para los primeros cuadros de Damasco, que se diseñaban a lo lejos, Saulo no conseguía liberarse del soliloquio sombrío. Parecía no ver a los camellos resignados, que se arrastraban pesadamente bajo el sol abrasador del mediodía. En balde, fue invitado al refrigerio. Deteniéndose durante unos minutos en un pequeño y delicioso oasis, esperó a que terminase el leve almuerzo de los compañeros y prosiguió la marcha, absorbido por la intensidad de sus pensamientos íntimos.

Él mismo no sabría explicar lo que pasaba. Sus reminiscencias alcanzaban los períodos de la primera infancia. Todo su pasado laborioso se aclaraba, nítidamente, en aquel examen introspectivo. Entre todas las figuras familiares, el recuerdo de Esteban y de Abigail se destacaba, como solicitándolo para que se hiciese interrogantes más fuertes. ¿Por qué habían adquirido, los dos hermanos de Corinto, tal ascendencia en todos los problemas de su ego? ¿Por qué esperaba a Abigail, a través de todos los caminos de la juventud, en la idealización de una vida pura? Recordaba a los

amigos más eminentes, y en ninguno de ellos encontró cualidades morales semejantes a las de aquel joven predicador del "Camino", que afrontó su autoridad político–religiosa, delante de Jerusalén en pleno, desdeñando la humillación y la muerte, para morir después, bendiciendo sus resoluciones inicuas e implacables. ¿Qué fuerza los unió en los laberintos del mundo, para que su corazón nunca más lo olvidase? La dolorosa verdad es que se encontraba sin paz interior, no obstante la conquista y el gozo de todas las prerrogativas y privilegios, entre las figuras más destacadas de su raza. En su pensamiento, hacía una fila de todas las jóvenes que había conocido en el transcurso de la vida, las amigas de la infancia, y en ninguna de ellas podía encontrar las mismas características de Abigail, que adivinaba sus más recónditos deseos. Atormentado por las profundas indagaciones que dominaban su mente, pareció despertar de una gran pesadilla. Debía ser medio día. Muy distante aún, el paisaje de Damasco presentaba en sus contornos pomares espesos, cúpulas cenicientas que se esbozaban a lo lejos. Bien montado, en su camello, evidenciando el aplomo de un hombre habituado a los placeres del deporte, Saulo iba al frente, en actitud dominadora.

Pero, en un momento dado, cuando apenas había despertado de las angustiosas reflexiones, se siente envuelto por luces diferentes de la tonalidad solar. Tiene la impresión de que el aire se rasgaba como una cortina, bajo una presión invisible y poderosa. Íntimamente, se considera presa de un inesperado vértigo después de un esfuerzo mental, persistente y doloroso. Quería volverse, pedir la ayuda de los compañeros, pero no los ve, a pesar de la posibilidad de suplicar el auxilio.

–¡Jacob!... ¡Demetrio!... ¡Ayúdenme!... –grita desesperadamente.

Pero la confusión de los sentidos le quitó la noción de equilibrio y cae del animal, al desamparo, sobre la arena caliente. No obstante, la visión parece dilatársele hasta el infinito. Otra luz baña sus ojos deslumbrados, y en el camino, que la atmósfera rasgada le muestra, ve surgir la figura de un hombre, de majestuosa belleza,

dándole la impresión de que descendía del cielo a su encuentro. Su túnica estaba hecha de puntos luminosos, los cabellos tocaban en sus hombros, a la usanza nazarena, los ojos magnéticos, imantados de simpatía y amor, iluminaban la fisonomía grave y tierna, donde era notable una Divina Tristeza.

El doctor de Tarso lo contemplaba con profundo asombro, y fue entonces cuando, con una inflexión de voz inolvidable, el desconocido se dejó oír:

–¡Saulo!... ¡Saulo!... ¿Por qué me persigues?

El joven tartense no sabía que estaba instintivamente de rodillas. Sin poder definir lo que pasaba, comprimió el corazón en una actitud desesperada. Un incoercible sentimiento de veneración se posesionó enteramente de él. ¿Qué significaba aquello? ¿De quién era aquella Figura Divina que entreveía en el panel abierto del firmamento y cuya presencia inundaba su corazón precipitado de emociones desconocidas?

Mientras los compañeros rodeaban al joven arrodillado, sin oír ni ver nada, no obstante haber percibido, al principio, una gran luz en lo alto, Saulo interrogaba, con voz trémula y recelosa:

–¿Quién sois, Señor?

Aureolado de una luz balsámica y en un tono de inconcebible dulzura, el Señor respondió:

–¡Yo soy Jesús!...

Entonces, se vio al orgulloso e inflexible doctor de la Ley curvarse hacia el suelo, en llanto convulsivo. Se diría que el apasionado rabino de Jerusalén había sido herido de muerte, experimentando en un momento el desmoronamiento de todos los principios que conformaron su espíritu y lo orientaron, hasta entonces, en la vida. ¡Ante sus ojos tenía, ahora, y así, a aquel Cristo magnánimo e incomprendido! ¡Los predicadores del “Camino” no estaban equivocados! ¡La palabra de Esteban era la verdad pura! La creencia de Abigail era la senda real. ¡Aquel era el Mesías! La maravillosa histo-

ria de su resurrección no era un recurso legendario para fortificar las energías del pueblo. ¡Sí, él, Saulo, lo veía allí, en el esplendor de sus Glorias Divinas! ¡Y qué amor debía animar su corazón lleno de Augusta Misericordia, para venir a encontrarlo en los caminos desiertos, a él, Saulo, que se enarboló en perseguidor implacable de los discípulos más fieles!... En la expresión de sinceridad de su alma ardiente, consideró todo eso en la fugacidad de un minuto. Experimentó una invencible vergüenza por su pasado cruel. Un torrente de lágrimas impetuosas lavaba su corazón. Quiso hablar, penitenciarse, expresar sus interminables desilusiones, proclamar fidelidad y dedicación al Mesías de Nazaret, pero la contrición sincera del espíritu arrepentido y dilacerado embargaba su voz.

Fue entonces, cuando notó que Jesús se aproximaba, contemplándolo cariñosamente. El Maestro le tocó los hombros con ternura, diciendo con inflexión paternal:

–¡No te opongas a los aguijones!...

Saulo comprendió. Desde el primer encuentro con Esteban, unas fuerzas profundas lo compelían a cada momento y en cualquier parte, a la meditación de las Nuevas Enseñanzas. El Cristo lo había llamado por todos los medios y de todos los modos.

Sin que pudiesen entender la Grandeza Divina de aquel instante, los compañeros de viaje lo vieron llorar más copiosamente.

El joven de Tarso sollozaba. Ante la expresión dulce y persuasiva del Mesías Nazareno, consideraba el tiempo perdido en caminos escabrosos e ingratos. De ahora en adelante, necesitaba reformar el patrimonio de los pensamientos más íntimos; la visión de Jesús resucitado, ante sus ojos mortales, renovaba integralmente sus concepciones religiosas. Seguramente, el Salvador se apiadó de su corazón leal y sincero, consagrado al servicio de la Ley, y descendió de su gloria, extendiéndole sus manos divinas. Él, Saulo, era la oveja perdida en el abismo de las teorías ardientes y destructoras. Jesús era el Pastor amigo que se dignaba a cerrar los ojos a los espinares ingratos, con la finalidad de salvarlo cariñosamente. En un

ápice, el joven rabino consideró la extensión de aquel gesto de amor. Las lágrimas le brotaban del corazón amargado, como la linfa pura, de una fuente desconocida. Allí mismo, en el santuario augusto del espíritu, hizo la promesa de entregarse a Jesús para siempre. Recordó, súbitamente, las pruebas rígidas y dolorosas. La idea de un hogar había muerto con Abigail. Se sentía solo y triste. Pero, de ahora en adelante, se entregaría al Cristo, como un simple Esclavo de su Amor. Se emplearía a fondo para probarle que sabía comprender su sacrificio, amparándolo en la senda oscura de las iniquidades humanas en aquel instante decisivo de su destino. Bañado en llanto, como nunca le había acontecido en la vida, hizo, allí mismo, bajo la mirada asombrada de los compañeros y el calor abrasador del medio día, su primera profesión de fe.

–¿Señor, que queréis que yo haga?

Aquella alma resuelta, incluso en el trance de una capitulación incondicional, humillada y herida en sus principios más estimables, daba muestras de su nobleza y lealtad. Encontrando la Revelación Mayor, en vista del amor que Jesús le prodiga solícito, Saulo de Tarso no escoge tareas para servirlo, en la renovación de sus esfuerzos de hombre. Entregándose en alma y cuerpo, como si fuera un ínfimo siervo, interroga con humildad sobre lo que deseaba el Maestro de su cooperación.

Fue ahí que Jesús, contemplándolo más amorosamente y dándole a entender la necesidad de que los hombres se armonizasen en el trabajo común de la edificación de todos, en el Amor Universal, en su nombre, esclareció generosamente:

–¡Levántate, Saulo! ¡Entra en la ciudad y allá te será dicho lo que te conviene hacer!...

Entonces, el joven tartense no percibió más la amorosa figura, guardando la impresión de estar sumergido en un mar de sombras. Prosternado, continuaba llorando, causando piedad a sus compañeros. Se restregó los ojos como si desease rasgar el velo que le oscurecía la vista, pero solo conseguía tantear en el seno de las sombras

densas. Poco a poco, comenzó a percibir la presencia de los amigos, que parecían comentar la situación:

–Por fin, Jacob –decía uno de ellos, evidenciando una gran preocupación –, ¿qué haremos ahora?

–Creo que lo mejor –respondía el interpelado– es que enviemos a Jonás a Damasco, requiriendo providencias inmediatas.

–Pero, ¿qué habrá pasado? –preguntaba el viejo respetable que respondía por Jonás.

–No sé bien lo que pasó –contestaba Jacob impresionado–, al principio, noté una intensa luz en los cielos y enseguida, oí que él pedía ayuda. No tuve tiempo de atender, porque, en el mismo instante, él cayó del animal, sin poder esperar el recurso de ningún auxilio.

–Lo que me preocupa –ponderaba Demetrio–, es ese diálogo con las sombras. ¿Con quién conversaba él? Si escuchamos su voz y no vimos a nadie, ¿qué habrá pasado aquí, ahora, sin que podamos comprenderlo?

–Pero ¿no percibes que el jefe está delirando? –Objetó Jacob prudentemente –los grandes viajes, con el sol candente, acostumbran abatir a las organizaciones más resistentes. Además, como vimos, desde la mañana, él parecía melancólico y enfermo. No se alimentó, se debilitó con el esfuerzo de estos días tan largos, que venimos atravesando, desde Jerusalén, con gran sacrificio. Según creo –concluía abanando la cabeza entristecido– se trata de unos de esos casos de fiebres que atacan repentinamente en el desierto…

No obstante, el viejo Jonás, con los ojos desorbitados, miraba al rabino sollozante, con gran admiración. Después de oír la opinión de los compañeros, habló, receloso, como si temiese ofender a alguna entidad desconocida:

–Tengo gran experiencia en estas marchas con el sol a plomo. Gasté la juventud conduciendo camellos, a través de los desiertos

de Arabia. Pero, nunca vi a un enfermo, en estos lugares con estas características. La fiebre de los que caen extenuados en el camino no se manifiesta con delirio y lágrimas. El enfermo cae abatido, sin reacciones. Pero, aquí observamos al patrón como si estuviese conversando con un hombre invisible para nosotros. Rechazo aceptar esa hipótesis, mas estoy desconfiado de que, en todo eso, haya una señal de los sortilegios del "Camino". Los seguidores del carpintero saben sobre procesos mágicos que estamos lejos de comprender. No ignoramos que el doctor se consagró a la tarea de perseguirlos donde se encuentren. ¿Quién sabe si planearon contra él alguna venganza cruel? Me ofrecí para venir a Damasco, a fin de huir de mis parientes, que parecen seducidos por esas doctrinas nuevas. ¿Dónde se vio curar la ceguera de alguien con la simple imposición de manos? Pues mi hermano se curó con el famoso Simón Pedro. Solo la hechicería, según veo, esclarecerá esas cosas. Viendo tantos hechos misteriosos, en mi propia casa, tuve miedo de Satanás y huí.

Recogido en sí mismo, sorprendido en medio de las tinieblas densas que lo envolvían, Saulo escuchó los comentarios de los amigos, experimentando un gran abatimiento, como si volviese exhausto y ciego, de una inmensa derrota.

Limpiándose las lágrimas, llamó a uno de ellos con profunda humildad. Acudieron todos solícitamente.

–¿Qué sucedió? –preguntó Jacob, preocupado y ansioso–. Estamos afligidos por vuestra causa. ¿Estáis enfermo, señor?... Haremos todo lo que juzguéis necesario…

Saulo hizo un gesto triste y añadió:

–Estoy ciego.

–Pero, ¿cómo fue eso? –preguntó otro, inquieto

–¡Yo vi a Jesús Nazareno! –dijo contrito, enteramente modificado.

Jonás hizo una significativa señal, como afirmando a los compañeros que tenía razón, entremirándose todos muy admira-

dos. Entendieron, de modo instintivo, que el joven rabino se había perturbado. Jacob, que era una persona de su intimidad, tomó la iniciativa de las primeras decisiones y afirmó:

–Señor, lamentamos vuestra enfermedad. Pero, precisamos resolver sobre el destino de la caravana.

Mientras tanto, el doctor de Tarso, revelando una humildad que jamás se conjugó con su cariz dominador, dejó caer una lágrima y respondió con profunda tristeza:

–Jacob, no te preocupes por mí… En lo relativo a lo que me corresponde hacer, necesito llegar a Damasco, sin demora. En cuanto a ustedes… –y la voz reticente se le quebrantó dolorosamente, como comprimida por una gran angustia, para concluir en tono amargo–, hagan como quieran, pues, hasta ahora, ustedes eran mis siervos, pero, de ahora en adelante, yo también soy esclavo, pues ya no me pertenezco a mí mismo.

Ante aquella voz humilde y triste, Jacob comenzó a llorar. Tenía plena convicción de que Saulo había enloquecido. Llamó a los dos compañeros aparte y explicó:

–Ustedes volverán a Jerusalén con la triste novedad, mientras me dirijo a la ciudad próxima, con el doctor, a disponer de la mejor forma. Lo llevaré con sus amigos y buscaremos la ayuda de algún médico… Lo noto extremadamente perturbado…

El joven rabino se puso al tanto de las deliberaciones casi sin sorpresa. Se conformó pasivamente con la resolución del servidor. En aquella hora, sumergido en tinieblas densas y profundas, tenía la imaginación repleta de trascendentes conjeturas. La súbita ceguera no lo afligía. Del ámbito de aquella obscuridad que le henchía los ojos de la carne, parecía emerger la figura radiante de Jesús, a los ojos de su Espíritu. Era justo que cesasen sus percepciones visuales, a fin de conservar, para siempre, el recuerdo del glorioso minuto de su transformación hacia una vida más sublime.

Saulo recibió las observaciones de Jacob, con la humildad de

un niño. Sin una queja, sin resistencia, oyó el trote de la caravana que regresaba, mientras el viejo servidor le ofrecía el brazo amigo, lleno de muchos recelos.

Con el llanto escurriendo de sus inexpresivos ojos, como perdidos en alguna visión que acechaba en el vacío, el orgulloso doctor de Tarso, guiado por Jacob, seguía a pie, bajo el sol ardiente de las primeras horas de la tarde.

Conmovido por las bendiciones que recibió de las esferas más elevadas de la vida, Saulo lloraba como nunca. Estaba ciego y separado de los suyos. Dolorosas angustias se represaban en su corazón oprimido. Pero la visión del Cristo redivivo, su palabra inolvidable, su expresión de amor, estaban presentes en su alma transformada. Jesús era el Señor, inaccesible a la muerte. Él orientaría sus pasos en el camino, le daría nuevas órdenes, secaría las llagas de la vanidad y del orgullo que corroían su corazón; sobre todo, le concedería fuerzas para reparar los errores de sus días de ilusión.

Impresionado y triste, Jacob guiaba al jefe amigo, preguntándose a sí mismo la razón de aquel llanto incesante y silencioso.

Envuelto en la sombra de la ceguera temporal, Saulo no percibió que los mantos espesos del crepúsculo abrazaban la Naturaleza. Nubes oscuras precipitaban la caída de la noche, mientras vientos sofocantes soplaban en la inmensa planicie. Difícilmente, acompañaba los pasos de Jacob, que deseaba apresurar la marcha, receloso de la lluvia. Con su corazón resuelto y enérgico, no reparaba en los obstáculos que se anteponían a su jornada dolorosa. Le faltaba la visión, necesitaba de un guía; pero Jesús le recomendó que entrase en la ciudad, donde se le diría lo que tenía que hacer. Era preciso obedecer al Salvador que lo había honrado con las supremas revelaciones de la vida. Con pasos indecisos, hiriendo los pies en cada movimiento inseguro, caminaría de cualquier modo para ejecutar las Órdenes Divinas. Era indispensable no observar las dificultades, era imprescindible no olvidar los fines. ¿Qué importaba la mirada en las sombras, el regreso de la caravana a Jerusalén, la

penosa caminata a pie en demanda de Damasco, la falsa suposición de los compañeros sobre la inolvidable ocurrencia, la pérdida de los títulos honoríficos, el repudio de los sacerdotes, sus amigos, la incomprensión del mundo entero, ante el hecho culminante de su destino?

Saulo de Tarso, con la profunda sinceridad que caracterizaba sus mínimas acciones, solo quería saber que Dios había cambiado de resolución a su respecto. Le sería fiel hasta el fin.

Cuando las sombras crepusculares se hacían más densas, dos hombres desconocidos entraban en los suburbios de la ciudad. Aunque el viento apartaba las nubes tempestuosas en dirección al desierto, gruesas gotas de agua caían, aquí y allí, sobre el polvo ardiente de los caminos. Las ventanas de las casas residenciales se cerraban con estrépito.

Damasco podía recordar al joven tartense, hermoso y triunfador. Lo conocía en sus fiestas más brillantes, acostumbraba a aplaudirlo en las sinagogas. Pero, viendo pasar en la vía pública a aquellos dos hombres cansados y tristes, jamás podría identificarlo con aquel joven que caminaba tambaleante, con los ojos muertos…

Fin de la Primera Parte

Segunda parte

I

Rumbo al desierto

—¿Adonde iremos, señor? –se atrevió Jacob a preguntar, tímidamente, tan pronto como entraron en las calles tortuosas.

El joven tartense pareció reflexionar un minuto y afirmó:

–Es verdad que traigo conmigo algún dinero. Pero, estoy en una situación muy difícil: siento que preciso más de asistencia moral que de reposo físico. Tengo necesidad de que alguien me ayude a comprender lo que pasó. ¿Sabes donde reside Sadoc?

–Sí, sé –respondió el servidor compungido.

–Llévame hasta allá… Después de reunirme con algún amigo, pensaré en un hospedaje.

No pasó mucho tiempo para que estuvieran ante la puerta de un edificio de singular y soberbia apariencia. Murallas bien delineadas cercaban el extenso atrio adornado de flores y arbustos. Descansando junto al portón de entrada, Saulo recomendó al compañero:

–No conviene que me aproxime así, sin dar aviso. Jamás visité a Sadoc en estas condiciones. Entra en el atrio, llámalo y cuéntale lo que me pasó. Esperaré aquí, incluso porque ya me cuesta dar un paso.

El servidor obedeció prontamente. El banco de reposo donde se sentó distaba algunos pasos del gran portón de acceso, pero quedándose solo, ansioso por oír a un amigo que lo comprendiese, Saulo se levantó y buscó el muro, tanteando. Vacilante y trémulo,

se arrastró con dificultad hasta alcanzar la entrada, permaneciendo allí.

Acudiendo al llamado, Sadoc salió para saber el motivo de la inesperada visita. Jacob explicó, con humildad, que venía de Jerusalén, acompañando al doctor de la Ley y le narró los mínimos incidentes del viaje y los fines perseguidos; pero, cuando se refirió al episodio principal, Sadoc desorbitó los ojos, estupefacto. Le costaba creer lo que oía, pero no podía dudar de la sinceridad del narrador, que, por su parte, apenas ocultaba su propio asombro. El hombre habló, entonces, del mísero estado del jefe: de su ceguera, de las copiosas lágrimas que vertía. ¿¡Saulo llorando!? El amigo de Damasco recibía las extrañas noticias con inmensa sorpresa, sintetizando las primeras impresiones con una respuesta desconcertante para Jacob:

–Lo que me cuenta es casi inverosímil; en estas circunstancias, es imposible acogerlos aquí. Desde anteayer tengo la casa llena de importantes amigos, recién llegados de Citium (1) para tener una buena reunión en la sinagoga, el sábado próximo. Por mí, supongo que Saulo se perturbó, inesperadamente, y no quiero exponerlo a juicios y comentarios indignos.

–Pero, señor, ¿qué le diré?

–Dígale que no estoy en casa.

–Pero… me encuentro solo con él, así perturbado y enfermo y, como veis, la noche es tempestuosa…

Sadoc reflexionó un momento y agregó:

–Eso no será difícil de remediar. En la próxima esquina ustedes encontrarán la llamada “Calle Derecha” y, después de caminar algunos pasos, encontrarán el hospedaje de Judas, que tiene siempre muchas habitaciones disponibles. Más tarde, trataré de llegar allá para saber lo ocurrido.

Oyendo tales palabras, que parecían más una orden que la

(1) N.E. Cicio, ciudad de la isla de Chipre.

respuesta a un angustioso llamado de un amigo, Jacob se despidió sorprendido y desanimado.

–Señor –le dijo al rabino, regresando al portón de entrada–, desgraciadamente vuestro amigo Sadoc no se encuentra en casa.

–¿No está?, –exclamó Saulo, admirado– desde aquí oí su voz, aunque no distinguí lo que decía. ¿Será posible que mis oídos estén también perturbados?

Ante aquella observación tan expresiva y sincera, Jacob no consiguió disimular la verdad y contó al rabino la bienvenida que había tenido, además de la actitud reservada y fría de Sadoc.

Siguiendo los pasos del guía, Saulo oyó todo, mudo, enjugando una lágrima. No contaba con semejante recepción por parte de un colega que siempre había considerado digno y leal, en todas las circunstancias de la vida. La sorpresa le perturbaba. Era natural que Sadoc temiese por la renovación de sus ideas, pero no era justo que abandonase a un amigo enfermo, a la intemperie de la noche. No obstante, ante el remolino de amarguras que comenzaban a entumecer su corazón, recordó repentinamente la visión de Jesús y pensó que, efectivamente, poseía ahora experiencias que el otro no había podido conocer, llegando a la conclusión de que tal vez hiciese lo mismo si los papeles estuviesen invertidos.

Concluido el relato del compañero, comentó, resignado:

–Sadoc tiene razón. No estaría bien perturbarlo con la descripción del hecho, cuando tiene a la mesa amigos con responsabilidad en la vida pública. Aparte de todo eso, estoy ciego… Sería un estorbo y no un huésped.

Esas consideraciones conmovieron al compañero, que, además, dejó percibir al joven rabino sus propios recelos. En las palabras de Jacob, Saulo entrevió una vaga expresión de temores injustificables. La manera de proceder de Sadoc tal vez le hubiese aumentado la desconfianza. Sus advertencias eran reticentes, vacilantes. Parecía intimidado, como si previese amenazas a su tranquilidad

personal. En los conceptos más sencillos, evidenciaba el miedo de ser acusado como portador de alguna expresión del "Camino". En su amplitud de sentido psicológico, el joven tartense lo comprendía todo. Era verdad que él, Saulo, representaba el jefe supremo de la campaña demoledora, pero, de ahora en adelante, consagraría su vida a Jesús, comprometiendo así a cuantos se aproximasen a él, directa y ostensiblemente. Su transformación provocaría muchas protestas en el ámbito farisaico. Presintió en las indecisiones del guía el recelo de ser acusado de algún sortilegio o brujería.

En efecto, después de ser convenientemente instalados en el modesto hospedaje de Judas, el compañero le habló preocupado:

–Señor, me pesa alegar mis conveniencias, pero, de acuerdo con los proyectos hechos, necesito regresar a Jerusalén, donde me esperan dos hijos, con el objetivo de establecer nuestra residencia en Cesárea.

–Perfectamente –respondió Saulo, respetando sus escrúpulos–, podrás partir al amanecer.

Aquella voz, antes agresiva y autoritaria, se tornó ahora compasiva y tierna, tocando el corazón del servidor en sus fibras más sensibles.

–Sin embargo, señor, estoy dudando –dijo el viejo, impulsado por el remordimiento–, estáis ciego, necesitáis de ayuda para recobrar la vista y siento sinceramente dejaros al abandono.

–No te preocupes por mi causa –exclamó el doctor de la Ley, resignado–; ¿quién te dijo que permaneceré abandonado? Estoy convencido de que mis ojos estarán curados muy pronto.

–Además –continuó Saulo como consolándose a sí mismo–, Jesús me mandó a entrar en la ciudad, para que supiese lo que me convenía. De seguro, no me dejará ignorando lo que debo hacer.

Hablando así, no pudo ver la expresión de piedad con la que Jacob lo contemplaba, desconcertado y oprimido.

Pero, a pesar de la tristeza que le causaba el jefe en semejante

estado, y recordando los castigos infligidos a los seguidores del Cristo, en Jerusalén, no consiguió sustraerse a sus íntimos temores y partió a los primeros albores de la mañana.

Saulo, ahora, estaba solo. En el velo espeso de las sombras, podía entregarse a sus profundas y tristes meditaciones.

La bolsa repleta y franca le aseguró la solicitud del hospedero, que, de cuando en cuando, venía a saber sus necesidades, pero, en vano, el huésped fue invitado a comidas y diversiones, porque nada lo removía de su taciturno aislamiento.

Aquellos tres días en Damasco fueron de rigurosa disciplina espiritual. Su personalidad dinámica había establecido una tregua a las actividades mundanas, para examinar los errores del pasado, las dificultades del presente y las realizaciones del futuro. Necesitaba ajustarse a la ineludible reforma de su yo. En la angustia del espíritu, se sentía, de hecho, desamparado de todos los amigos. La actitud de Sadoc era típica y valdría por la de todos los correligionarios, que jamás se conformarían con su adhesión a los nuevos ideales. Nadie creería en el ascendiente de la conversión inesperada; pero, había que luchar contra todos los escépticos, pues Jesús, para hablar a su corazón, había escogido la hora más clara y rutilante del día, en un lugar amplio y descampado y en la sola compañía de tres hombres mucho menos cultos que él, y, por eso mismo, incapaces de comprender algo en su pobreza mental. En la apreciación de los valores humanos, experimentaba la insoportable angustia de los que se encuentran en completo abandono, pero, en el torbellino de los recuerdos, se destacaban las figuras de Esteban y Abigail, que le proporcionaban consoladoras emociones. Ahora comprendía a aquel Cristo que vino al mundo, principalmente para ayudar a los desventurados y tristes de corazón. Antes, se resentía contra el Mesías Nazareno, en cuya acción presumía tal o cual voluptuosidad incomprensible de sufrimiento; sin embargo, ahora, llegaba a examinarse mejor, sorbiendo, en su propia experiencia, las más provechosas deducciones. No obstante los títulos del Sanedrín, las

responsabilidades públicas, el renombre que lo hacía ser admirado en todas partes, ¿quién era él sino un necesitado de la protección divina? Las convenciones mundanas y los prejuicios religiosos le proporcionaban una aparente tranquilidad; pero, bastó la intervención del dolor imprevisto para que evaluase sus inmensas necesidades. Abismalmente concentrado en la ceguera que lo envolvía, oró con fervor, recurrió a Dios para que no le dejase sin socorro, pidió a Jesús que aclarase su mente atormentada por las ideas de angustia y desamparo.

En el tercer día de oraciones fervorosas, he aquí que el hospedero anuncia que alguien lo busca. ¿Sería Sadoc? Saulo tiene sed de una voz cariñosa y amiga. Lo manda a entrar. Un anciano de semblante calmado y afectuoso se encuentra allí, sin que el convertido pueda ver sus respetables canas y su generosa sonrisa.

El mutismo del visitante hacía pensar que era desconocido.

–¿Quién sois? –pregunta el ciego, admirado.

–Hermano Saulo –replica el interpelado con dulzura–, el Señor, que se te apareció en el camino, me envió a esta casa para que vuelvas a ver y recibas la iluminación del Espíritu Santo.

Oyéndolo, el joven de Tarso tanteó ansiosamente en las sombras. ¿¡Quién sería aquel hombre que sabía lo acontecido en el camino!? ¿Algún conocido de Jacob? ¿Pero… aquella inflexión de voz, enternecida y cariñosa?

–¿Vuestro nombre? –preguntó casi aterrado.

–Ananías.

La respuesta era una revelación. La oveja perseguida venía a buscar al lobo voraz. Saulo comprendió la lección que el Cristo le daba. La presencia de Ananías evocaba en su memoria las apelaciones más sagradas. Había sido él el iniciador de Abigail en la Doctrina y el motivo de su viaje a Damasco, donde encontró a Jesús y la verdad renovadora. Poseído por una profunda veneración, quiso avanzar, arrodillarse ante el discípulo del Señor, que le llamaba

tiernamente “hermano”, besarle enternecido sus benditas manos, pero apenas tanteó el vacío, sin conseguir la ejecución del gratísimo deseo.

–¡Quisiera besar vuestra túnica –dijo con humildad y reconocimiento–, pero, como veis, estoy ciego!...

–Justamente, Jesús me mandó para que tuvieseis, de nuevo, el don de la vista.

Conmovido, el viejo discípulo del Señor notó que el perseguidor cruel de los apóstoles del “Camino” estaba totalmente transformado. Oyendo su palabra plena de fe, Saulo de Tarso dejaba transparentar, en el semblante, señales de profunda alegría interior. De los ojos ensombrecidos, manaron lágrimas cristalinas. El joven apasionado y caprichoso, aprendió a ser humano y humilde.

–¡Jesús es el Mesías eterno! ¡He puesto mi alma en sus manos!... –dijo entre compungido y esperanzado. –¡Me arrepiento de mi camino!...

Bañado en el llanto del arrepentimiento sincero, sin saber manifestar el reconocimiento de aquella hora, en virtud de las tinieblas que dificultaban sus pasos, se arrodilló con humildad.

El generoso anciano quiso adelantarse, impedir aquel gesto de renuncia suprema, considerando su propia condición de hombre falible e imperfecto; pero deseando estimular todos los recursos de aquella alma ardiente, a favor de su completa conversión al Cristo, se aproximó conmovido y, colocando la mano encallecida en aquella frente atormentada, exclamó:

–¡Hermano Saulo, en nombre de Dios Todopoderoso, yo te bautizo para la nueva fe en Cristo Jesús!...

Entre lágrimas ardientes que corrían de los ojos, el joven tartense acentuó, arrepentido:

–Dígnese el Señor perdonar mis pecados e iluminar mis propósitos para llevar a cabo una vida nueva.

–Ahora –dijo Ananías, imponiéndole las manos en los ojos

apagados y en un gesto amoroso–, en nombre del Salvador, pido a Dios para que veas nuevamente.

–Si es del agrado de Jesús que eso acontezca –advirtió Saulo, compungido–, ofrezco mis ojos a sus santos servicios, para todo, y para siempre.

Y como si entrasen en juego fuerzas poderosas e invisibles, sintió que de los párpados doloridos caían unas sustancias pesadas como escamas, en la misma proporción en que la vista volvía, embebiéndose de luz. A través de la ventana abierta, vio el cielo claro de Damasco, experimentando una indefinible ventura en aquel océano de claridades deslumbrantes. La brisa de la mañana, como perfume del Sol, venía a bañar su frente, traduciendo para su corazón una bendición de Dios.

–¡Veo!... ¡Ahora veo!... ¡Gloria al redentor de mi alma!... Exclamaba extendiendo los brazos en un transporte de gratitud y de amor.

Ananías tampoco se contuvo más; en vista de aquella prueba inaudita de la Misericordia de Jesús, el viejo discípulo del Evangelio se abrazó al joven de Tarso, llorando de reconocimiento a Dios por los favores recibidos. Trémulo de alegría, lo levantó en sus brazos generosos, amparando su alma sorprendida y perturbada de júbilo.

–¡Hermano Saulo –dijo, presuroso–, este es nuestro gran día; abracémonos en la memoria sacrosanta del Maestro que nos hermanó en su gran amor!

El convertido de Damasco no dijo una palabra. Las lágrimas de gratitud lo sofocaban. Abrazándose al antiguo predicador, en un gesto expresivo y mudo, lo hizo como si hubiese encontrado al padre dedicado y amoroso de su nueva existencia. Por minutos, se quedaron mudos, maravillados con la intervención divina, como dos hermanos muy queridos que se hubiesen reconciliado bajo la mirada de Dios.

Saulo se sentía ahora fortalecido y ágil. En un minuto, pareció recobrar todas las energías de su vida. Volviendo en sí del Júbilo Di-

vino que lo hacía tan feliz, tomó la mano del viejo discípulo y la besó con veneración. Ananías tenía los ojos rasos de llanto. Él mismo no podía prever las infinitas alegrías que lo esperaban en la sencilla pensión de la "Calle Derecha".

–Me resucitaste para Jesús –exclamó, jubiloso–; seré de Él eternamente. Su Misericordia suplirá mis flaquezas, se compadecerá de mis heridas, enviará auxilios a la miseria de mi alma pecadora, para que el lodo de mi espíritu se convierta en Oro de su Amor.

–Sí, somos del Cristo –añadió el generoso anciano, con la alegría desbordando de sus ojos.

Y, como si fuese súbitamente transformado en un niño ávido de enseñanzas, Saulo de Tarso, sentándose junto al benefactor amigo, rogó que le diese todos los informes disponibles sobre el Cristo, de sus postulados y actos imperecederos. Ananías le contó todo cuanto sabía de Jesús, por intermedio de los Apóstoles, después de la crucifixión a la que él también asistió, en Jerusalén, en la tarde trágica del Calvario. Informó que era zapatero en Emaús y había ido a la Ciudad Santa para las conmemoraciones del Templo, acompañando el drama pungente en las calles abarrotadas de gente. Habló de la compasión que le había causado el Mesías, coronado de espinas y escarnecido por la turba furiosa e inconsciente. Con profunda emoción, describió la marcha penosa con la cruz, protegido por soldados impiadosos de la furia popular, que vociferaba ante el repugnante crimen. Curioso con el desarrollo de los acontecimientos, siguió al condenado hasta el monte. De la cruz del martirio, Jesús le lanzó una mirada inolvidable. Para su espíritu, aquella mirada traducía un llamamiento sagrado, que era indispensable comprender. Profundamente impresionado, asistió a todo hasta el fin. Tres días después, aún bajo el peso de aquellas angustiosas impresiones, he ahí que llega la grata noticia de que el Cristo había resucitado de los muertos para la Gloria Eterna del Todopoderoso. Sus discípulos estaban ebrios de ventura. Entonces, buscó a Simón Pedro para conocer mejor la personalidad del Salvador. Fue tan sublime la narrativa, tan elevados los sentimientos, y tan profunda la revelación, que

aclaraba su espíritu, que aceptó el Evangelio sin vacilación. Deseoso de compartir el trabajo que Jesús legó a los que le seguían, regresó a Emaús, dispuso de los bienes materiales que poseía y esperó a los Apóstoles galileos en Jerusalén, donde se asoció a Pedro en las primeras actividades de la iglesia del "Camino". La esencia de las enseñanzas del Cristo vitalizó su espíritu. Los achaques de la vejez habían desaparecido. Después de que Juan y Felipe llegaron a Jerusalén para cooperar con el antiguo pescador de Cafarnaún en la edificación evangélica, decidieron su traslado para Jope, con la finalidad de atender a innumerables pedidos de hermanos deseosos de conocer la Doctrina. Estuvo allí, hasta que las persecuciones intensificadas con la muerte de Esteban lo obligaron a retirarse.

Saulo bebía sus palabras con singular éxtasis, como quien franqueaba un mundo nuevo. La referencia a las persecuciones avivaba acervos remordimientos. En compensación, su alma estaba repleta de votos sinceros, promisorios de una vida nueva.

–Es verdad –decía, mientras el narrador hacía una larga pausa–, vine a Damasco con autorización del Templo para llevaros preso a Jerusalén, pero fuisteis vos que llegasteis con la autorización de Jesús y me ataste a su yugo para siempre. ¡Si os hubiese encadenado, en mi ignorancia, os llevaría al tormento y a la muerte; vos, salvándome del pecado, me transformasteis en esclavo voluntario y feliz!...

Ananías sonrió, sumamente satisfecho.

Saulo le pidió, entonces, que hablase de Esteban, en lo que fue atendido, con solicitud. Enseguida, le pidió informes de su viaje de Jope a Jerusalén. Con mucha prudencia, deseaba escuchar del benefactor cualquier alusión a Abigail. Formulando el pedido, lo hizo con tal inflexión cariñosa, que el viejo discípulo, adivinando su intención, habló con ternura:

–No precisarás confesar tus anhelos de joven. Leo en tus ojos lo que realmente deseas. Entre Jope y Jerusalén, descansé mucho tiempo en la vecindad de un coterráneo que, a pesar de ser fariseo,

nunca privó a sus empleados de recibir las Sagradas Alegrías de la Buena Nueva. Ese hombre, Zacarías, tenía bajo su techo un verdadero ángel del cielo. Era la joven Abigail, que, después de recibir el bautismo de mis manos, confesó que te amaba mucho. ¡Hablaba de tu amor con ardiente ternura y muchas veces me invitó a orar por tu conversión a Jesucristo!...

Saulo lo oía emocionado y, después de un corto intervalo, en que el amoroso anciano parecía meditar, volvió a decir, como si hablase consigo mismo:

–¡Sí, si ella viviese!...

Ananías recibió la observación sin sorpresa y afirmó:

–Desde que se aproximó a mí, noté que Abigail no permanecería mucho tiempo en la Tierra. Sus colores empalidecidos, el brillo intenso de los ojos, me hablaban de su condición de ángel exiliado. Pero, debemos creer que ella vive en el plano inmortal. Y, ¿quién sabe? ¡Tal vez sus plegarias a los pies de Jesús hayan contribuido para que el Maestro te convocase a la luz del Evangelio, a las puertas de Damasco!...

El viejo discípulo del "Camino" estaba conmovido. Recibiendo aquellas cariñosas evocaciones, Saulo lloraba. Comprendía, sí, que Abigail no podría estar muerta. La visión de Jesús redivivo bastaba para disipar todas sus dudas. Ciertamente, la escogida de su alma se apiadó de sus miserias, y rogó al Salvador con insistencia, que socorriese a su espíritu mezquino y, por venturosa coincidencia, el mismo Ananías que le había preparado el corazón para recibir las bendiciones del Cielo, también le había extendido las manos amigas, llenas de Caridad y Perdón. Ahora, pertenecía para siempre a aquel Cristo amoroso y justo, que era el Mesías prometido. En las emociones extremas que caracterizaban sus sentimientos, pasó a considerar el poder del Evangelio, examinando sus ilimitados recursos transformadores. Quería sumergir su espíritu en sus lecciones iluminadas y sublimes, bañarse en aquel río de vida, cuyas aguas del Amor de Jesús fecundaban los corazones más áridos y desiertos. Aquella meditación profunda conmovía toda su alma.

–Ananías, mi maestro –dijo el ex rabino con entusiasmo–, ¿dónde podré obtener el Sagrado Evangelio?

El antiguo discípulo sonrió con bondad, y observó:

–Antes de todo, no me llames maestro. Este es y será siempre el Cristo. Nosotros, por acrecentamiento de la misericordia divina, somos discípulos, hermanos en la necesidad y en el trabajo redentor. En cuanto a la adquisición del Evangelio, solo en la iglesia del "Camino", en Jerusalén, podríamos obtener una copia integral de las anotaciones de Leví.

Y revolviendo el interior del desgastado bolso, retiraba algunos pergaminos amarillentos, en los cuales había conseguido reunir algunos elementos de la tradición apostólica. Presentando esas notas dispersas, Ananías añadía:

–Verbalmente, tengo de memoria casi todas las enseñanzas; pero, en lo que se refiere a la parte escrita, aquí tienes todo lo que poseo.

El joven convertido recibió las anotaciones, muy admirado. Se inclinó inmediatamente sobre los viejos escritos y los devoraba con acentuado interés.

Después de reflexionar algunos minutos, afirmaba:

–Si fuese posible, os pediría que me dejaseis estas preciosas enseñanzas, hasta mañana. Emplearé el día en copiarlas para mi uso particular. El hospedero me comprará los pergaminos necesarios.

Y ya iluminado con aquel espíritu misionero que caracterizó sus menores acciones para el resto de su vida, ponderaba atento:

–Necesitamos estudiar un medio de difundir la Nueva Revelación con la mayor amplitud posible. Jesús es un Socorro del Cielo. Tardar en la difusión de su mensaje, es alargar la desesperación de los hombres. Además, la palabra "evangelio" significa "buenas noticias". Es indispensable esparcir esas noticias del plano más elevado de la vida.

Mientras el anciano predicador del "Camino" observaba interesado, el convertido de Damasco llamó al hospedero para comprar los pergaminos. Judas se sorprendió al verificar la insólita curación. Satisfaciendo su curiosidad, el joven de Tarso habló sin tapujos:

–Jesús me envió un médico. Ananías vino a curarme en su nombre.

Y antes que el hombre se recobrase del asombro, lo acumulaba de recomendaciones en cuanto a las características de los pergaminos que deseaba, entregándole la cantidad de dinero necesaria.

Dando largas al entusiasmo que llevaba en el alma, se dirigió de nuevo a Ananías, exponiéndole sus planes:

–Hasta aquí, ocupaba mi tiempo en el estudio y en la interpretación de la Ley de Moisés; pero, ahora, llenaré las horas con el Espíritu del Cristo. Trabajaré en ese menester hasta el fin de mis días. Buscaré iniciar mi trabajo aquí mismo en Damasco.

Y, haciendo una pausa, preguntaba al benefactor que lo oía en silencio:

–¿Conocéis en la ciudad a un joven fariseo de nombre Sadoc?

–Sí, él es quién ha dirigido las persecuciones en esta ciudad.

–Pues bien –continuaba el joven tartense afable–, mañana es sábado y habrá una exposición en la sinagoga. Pretendo buscar a los amigos y hablarles públicamente del llamado que el Cristo me dirigió. Quiero estudiar vuestras anotaciones hoy mismo, porque me darán tema para la primera prédica del Evangelio.

–Para ser sincero –dijo Ananías con su experiencia de los hombres–, creo que debes ser muy prudente en esta nueva fase religiosa. Es posible que tus amigos de la sinagoga no estén preparados para recibir la Luz de toda la Verdad. La mala fe tiene siempre caminos para intentar confundir lo que es puro.

–Pero si yo vi a Jesús, no tengo el derecho de ocultar una revelación incontestable– exclamó el neófito, como destacando la buena intención que lo animaba.

–Sí, no digo que huyas del testimonio –explicó, calmado, el viejo discípulo–, pero debo encarecer la mayor prudencia en las actitudes, no por la Doctrina del Cristo, superior e invulnerable a cualquier ataque de los hombres, pero sí por ti mismo.

–Por mí nada puedo temer. Si Jesús me restituyó la luz de los ojos, no dejará de iluminar mis caminos. Quiero comunicarle a Sadoc el hecho que le dio nuevos rumbos a mi destino. Y la ocasión no podría ser más oportuna, porque sé que hospeda en su casa, ahora, a algunos levitas de renombre, recién llegados de Chipre.

–Que el Maestro bendiga tus buenos propósitos –dijo el anciano, sonriente.

Saulo se sentía feliz. La presencia de Ananías lo confortaba sobremanera. Como viejos y fieles amigos, almorzaron juntos. Enseguida y siempre satisfecho, el generoso enviado del Cristo se retiró, dejando al ex rabino totalmente entregado a la meticulosa copia de los textos.

Al día siguiente, Saulo de Tarso se levantó alegre y bien dispuesto. Se sentía revigorizado para llevar una vida nueva. Los amargos recuerdos desertaron de su memoria. La influencia de Jesús lo henchía de alegrías sustanciosas y duraderas. Tenía la impresión de haber abierto una puerta nueva en su alma, por donde soplaban con celeridad las inspiraciones de un Mundo Mayor.

Después del desayuno, no obstante el disgusto que le causó la actitud de Sadoc, buscó entrevistarse con el amigo, llevado por la sinceridad que pautaba los mínimos actos de su vida. Pero no lo encontró en su residencia particular. Un criado informó que el amo había salido con algunos huéspedes en dirección a la sinagoga.

Saulo fue hasta allá. Los trabajos del día ya se habían iniciado. Ya había sido hecha la lectura de los textos de Moisés. Uno de los levitas de Citium había tomado la palabra para emitir los respectivos comentarios.

La entrada del ex rabino provocó curiosidad general. La ma-

yoría de los presentes tenía conocimiento de su importancia personal, así como de su verbo ardoroso y seguro. Pero, Sadoc, al verlo, se puso pálido, y más aún cuando el joven de Tarso le pidió una palabra en privado. Aunque estaba contrariado, fue a su encuentro. Se saludaron sin disimular la nueva impresión que ya mantenían entre sí.

En vista de las primeras observaciones del novel evangelista, formuladas en tono amable, el amigo de Damasco explicó, dando muestras de su orgullo ofendido.

–De hecho, sabía que estabas en la ciudad y llegué incluso a buscarte en la pensión de Judas; pero fueron tales las informaciones del hospedero, que me abstuve de ir a tu aposento. Y llegué hasta pedirle que guardara el secreto de mi visita. En efecto, ¡parece increíble que, también tú, te rindieses, pasivamente, a los sortilegios del "Camino"! No puedo comprender semejante transmutación en tu robusta mentalidad.

–Pero, Sadoc –contestó el joven tartense con mucha calma–, yo vi a Jesús resucitado…

El otro hizo un gran esfuerzo para contener una ruidosa carcajada.

–¿Será posible –objetó con burla– que tu índole sentimental, tan contraria a manifestaciones místicas, haya capitulado en ese terreno? ¿Creerías realmente en tales visiones? ¿No podrías imaginarte víctima de la desfachatez de algún adepto del carpintero? Tus actitudes de ahora nos causarán profunda vergüenza. ¿Qué dirán los hombres irresponsables, que nada conocen de la Ley de Moisés? ¿Y nuestra posición en el partido dominante de la raza? Los colegas del farisaísmo han de abrir demasiado los ojos cuando sepan de tu clamorosa defección. Cuando acepté el encargo de perseguir a los compañeros del operario de Nazaret, reprimiendo sus peligrosas actividades, lo hice por la amistad que te consagraba; ¿y no te dolerá la traición a los votos anteriores? Considera como se dificultará nuestro proyecto, cuando se esparza la noticia de que capitulaste ante esos hombres sin cultura y sin conciencia.

Saulo observó al amigo, revelando una inmensa preocupación en su mirada ansiosa. Aquellas acusaciones eran las premisas de la bienvenida que lo aguardaba en el círculo de los viejos compañeros de luchas y edificaciones religiosas.

–No –dijo él, sintiendo profundamente cada palabra–, no puedo aceptar tus argumentos. Repito que vi a Jesús de Nazaret y debo proclamar que reconozco en él al Mesías prometido por nuestros profetas más eminentes.

Mientras el otro hacía un largo gesto de admiración, al observar aquella inflexión de certeza y sinceridad, Saulo continuaba, convencido:

–En cuanto a lo demás, considero que, en cualquier momento debemos y podemos reparar los errores del pasado. Y es con ese ardor de fe que me propongo regenerar mis propios caminos. Trabajaré, de ahora en adelante, por mi certidumbre en Cristo Jesús. No es justo que me pierda en ponderaciones sentimentalistas, olvidando la verdad; y así procederé en beneficio de mis propios amigos. Los amantes de las realidades de la vida siempre fueron los más detestados, en el tiempo en que vivieron. ¿Qué hacer? Hasta aquí, mis prédicas nacían de los textos recibidos de los antepasados venerables, pero, hoy, mis aseveraciones se basan no solo en los repertorios de la tradición, sino también en las pruebas testimoniales.

Sadoc no consiguió ocultar la sorpresa.

–Pero… ¿y tu posición? ¿Y tus parientes? ¿Y el nombre? ¿Y todo lo que recibiste de los que rodean tu personalidad con fervorosos compromisos? –preguntó Sadoc, evocando su pasado.

–Ahora, estoy con el Cristo y todos nosotros le pertenecemos. Su Palabra Divina me convocó a esfuerzos más ardientes y activos. A los que me comprendan, debo, naturalmente, la gratitud más sagrada; pero, para los que no me puedan entender, guardaré la mejor actitud de serenidad, considerando que el propio Mesías fue llevado a la cruz.

–¿También tú con la manía del martirio?

El interpelado conservó una bella expresión de dignidad personal y concluyó:

–No puedo perderme en opiniones livianas. Esperaré a que tu amigo de Chipre termine la prédica, para relatar mi experiencia delante de todos.

–¿Hablar de eso aquí?

–¿Por qué no?

–Sería más razonable que descanses del viaje y de la enfermedad, meditando mejor en el asunto, incluso porque tengo esperanza en tus reconsideraciones, en relación con lo acontecido.

–Empero, sabes que no soy ningún niño y me corresponde esclarecer la verdad, en cualquier circunstancia.

–¿Y si te abuchean? ¿Y si te consideran traidor?

–A nuestros ojos, la fidelidad a Dios debe ser mayor que todo eso.

–No obstante, es posible que no te concedan la palabra –ponderó Sadoc, después de chocar con la fuerza de aquellas profundas convicciones.

–Mi condición es suficiente para que nadie se atreva a negarme lo que es de justicia.

–Entonces, que sea así. Responderás por las consecuencias –concluyó Sadoc constreñido.

En aquel momento, ambos comprendieron la inmensidad de la línea divisoria que los separaba. Saulo percibió que la amistad que Sadoc siempre le testimonió se basaba en intereses puramente humanos. Abandonando la falsa carrera que le daba prestigio y brillo, veía esfumarse la cordialidad del otro. Pero, de tal reflexión, luego le vino a la mente que, también él, procedería así, probablemente, si no tuviese a Jesús en el corazón.

Sereno y resuelto, evitó aproximarse al lugar donde se acomodaban los visitantes ilustres, buscando aproximarse al largo estrado

en el que se improvisó una nueva tribuna. Terminada la disertación del levita de Citium, Saulo surgió a la vista de todos los presentes, que lo saludaron con los ojos ansiosos. Saludó afablemente a los directores de la reunión y pidió permiso para exponer sus ideas.

Sadoc no tuvo valor para crear un ambiente antipático, dejando que todo ocurriese según las circunstancias, y fue por eso que los sacerdotes apretaron la mano de Saulo con la simpatía de siempre, acogiendo con inmensa alegría su parecer.

Con el derecho de palabra, el ex rabino irguió la frente, con nobleza, como acostumbraba a hacer en sus días triunfales.

–¡Varones de Israel! –comenzó en tono solemne– en nombre del Todopoderoso, vengo a anunciaros hoy, por primera vez, las verdades de la Nueva Revelación. Hasta ahora, hemos ignorado un hecho culminante de la vida de la Humanidad. El Mesías prometido ya vino, de acuerdo con lo que afirmaron los profetas que se glorificaron en la virtud y en el sufrimiento. Jesús de Nazaret es el Salvador de los pecadores.

Una bomba que explosionase en el recinto, no hubiera causado mayor asombro. Todos miraban al orador, atónitos. La asamblea estaba estupefacta. Pero, Saulo proseguía intrépido, después de una pausa:

–No os asombréis con lo que os digo. Conocéis mi conciencia por la rectitud de mi vida, por mi fidelidad a las Leyes Divinas. Pues bien: es con este patrimonio del pasado que os hablo hoy, reparando las faltas involuntarias que cometí con los impulsos sinceros de una persecución cruel e injusta. En Jerusalén, fui el primero en condenar a los apóstoles del "Camino"; provoqué la unión de romanos e israelitas para poner en marcha la represión, sin treguas, a todas las actividades que se vinculasen al Nazareno; fustigué hogares sagrados, encarcelé a mujeres y niños, sometí a algunos a la pena de muerte, ocasioné un vasto éxodo de las masas de operarios que trabajaban pacíficamente en la ciudad para su progreso; edifiqué para todos los espíritus más sinceros un régimen de sombras y terrores.

Hice todo eso, con la falsa suposición de defender a Dios, ¡como si el Padre Supremo necesitase de míseros defensores!... Pero, de viaje para esta ciudad, autorizado por el Sanedrín y por la Corte Provincial, para invadir hogares ajenos y perseguir a personas inofensivas e inocentes, he aquí que Jesús se me aparece en vuestras puertas y me pregunta, en pleno medio día, en aquel paisaje desolado y desierto: –Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Ante esa evocación, la voz elocuente se enternecía y las lágrimas le corrían copiosas. Interrumpió su discurso al recordar el acontecimiento decisivo de su destino. Los oyentes lo contemplaban asombrados.

–¿Qué es esto? –decían algunos.

–¡El doctor de Tarso bromea!... –afirmaban otros, sonriendo, convencidos de que el joven tribuno estuviese buscando un mayor efecto oratorio.

–No, amigos –exclamó con vehemencia–, jamás me burlaría de vosotros en las tribunas sagradas. ¡El Dios justo no permitió que mi violencia criminal fuese hasta el fin, en detrimento de la verdad, y consintió, por misericordia de acrecentamiento, que el mísero servidor no encontrase la muerte sin traeros la Luz de la Nueva Creencia!...

No obstante, el ardor de la exposición, que dejaba en todos los oídos resonancias emocionales, rompió en el recinto un extraño vocerío. Algunos fariseos más exaltados interpelaron a Sadoc, en voz baja, en cuanto a lo inesperado de aquella sorpresa, obteniendo la confirmación de que Saulo, de hecho, parecía extremadamente perturbado, alegando haber visto al carpintero de Nazaret en las cercanías de Damasco. Inmediatamente, se estableció una enorme confusión en toda la sala, porque había quien veía en el caso una peligrosa defección del rabino, y quien opinaba que sufría una súbita enfermedad, que lo había enloquecido.

–Varones de mi antigua fe –atronó la voz del joven tartense, más incisiva–, es inútil intentar empañar la verdad. No soy traidor

ni estoy enfermo. Estamos ante una Nueva Era, frente a la cual todos nuestros caprichos religiosos son insignificantes.

Una lluvia de improperios le cortó repentinamente la palabra.

–¡Cobarde! ¡Blasfemo! ¡Perro del "Camino"!... ¡Fuera el traidor de Moisés!...

Los insultos partían de todos los lados. Los más solidarios con el ex rabino, que se inclinaban a suponerlo víctima de graves perturbaciones mentales, entraron en conflicto con los fariseos más rudos y vigorosos. Algunos bastones fueron lanzados a la tribuna con extrema violencia. Los grupos, que se habían lanzado en lucha, esparcían una fuerte gritería en la sinagoga, percibiendo el orador que se encontraban a punto de cometer irreparables desastres.

Fue entonces que uno de los levitas de mayor edad se asomó al gran estrado, alzando la voz con toda la energía de la que era capaz y rogando a los presentes que lo acompañasen a recitar uno de los Salmos de David. La invitación fue aceptada por todos. Los más exaltados repitieron la oración, llenos de vergüenza.

Saulo acompañaba la escena con profundo interés.

Terminada la oración, dijo el sacerdote, con énfasis irritante:

–Lamentamos este episodio, pero evitemos la confusión que en nada sirve de provecho. Hasta ayer, Saulo de Tarso honraba nuestras filas como paradigma de triunfo; hoy, su palabra es para nosotros un gajo de espinos. Con un pasado respetable, esta actitud de ahora solo nos merece condenación. ¿Perjurio? ¿Demencia? No lo sabemos con certeza. Si el tribuno fuese otro, lo apedrearíamos sin pestañear; pero, con un antiguo colega los procesos deben ser otros. Si está enfermo, solo merece compasión; si es traidor, solo podrá merecer absoluto desprecio. Que Jerusalén lo juzgue como su embajador. En cuanto a nosotros, cerremos las prédicas de la sinagoga y recojámonos a la paz de los fieles cumplidores de la Ley.

El ex rabino soportó la increpación con gran serenidad, que se le denotaba en los ojos. Íntimamente, se sentía herido en su amor

propio. Los remanentes del "hombre viejo" exigían represalia y reparación inmediata, a la vista de todos. Quiso hablar de nuevo, exigir la palabra, obligar a los compañeros a oírlo, pero se sentía preso de incoercibles emociones, que le invalidaban sus ímpetus explosivos. Inmóvil, notó que los antiguos seguidores de Damasco abandonaban el recinto en calma, sin hacerle ni siquiera una leve salutación. Observó, también, que los levitas de Citium parecían entenderlo, a través de una mirada de simpatía, al mismo tiempo que Sadoc lo veía con ironía y risitas de triunfo. Era el repudio que llegaba. Acostumbrado a los aplausos donde quiera que apareciese, había sido víctima de su propia ilusión, creyendo que, para hablar con éxito sobre Jesús, bastaban los loores efímeros ya conquistados en el mundo. Se había engañado. Sus compañeros lo ponían al margen, como si fuera un inútil. Nada le dolía más que ser desaprovechado así, cuando le ardía en el alma la devoción sacerdotal. Prefería que lo hubiesen abofeteado, que lo prendiesen, que lo flagelasen, pero que no le quitasen la ocasión de discutir sin impedimento, venciendo y convenciendo a todos con la lógica de sus definiciones. Aquel abandono lo hería profundamente, porque, antes de cualquier consideración, reconocía no laborar en beneficio personal, por vanidad o egoísmo, sino por los propios correligionarios atenidos a las concepciones rígidas e inflexibles de la Ley. Poco a poco, la sinagoga quedó desierta, bajo el calor ardiente de las primeras horas de la tarde. Saulo se sentó en un banco tosco y lloró. Era la lucha que comenzaba, entre la vanidad de otros tiempos y la renuncia a sí mismo. Para consuelo de su alma oprimida, recordó la narración de Ananías, en el capítulo en que Jesús le dijo al viejo discípulo que le mostraría cuanto tendría que sufrir por amor a su nombre.

Entristecido, se retiró del templo, en busca del benefactor, para reconfortarse con su palabra.

Ananías no se mostró sorprendido con la exposición de los hechos.

–Me veo rodeado de enormes dificultades –decía Saulo, un tanto perturbado–. Me siento en el deber de propagar la Nueva Doc-

trina, para hacer la felicidad de nuestros semejantes; Jesús me llenó el corazón de energías inesperadas, pero la sequedad de los hombres es de amedrentar a los más fuertes.

–Sí –explicaba el paciente anciano–, el Señor te confirió la tarea del sembrador; tienes muy buena voluntad, pero, ¿qué hace un hombre recibiendo encargos de esa naturaleza? Antes de todo, busca reunir las semillas en tu alforja particular, para que el esfuerzo sea productivo.

El neófito percibió el alcance de la comparación y preguntó:

–Pero, ¿qué deseáis decir con eso?

–Quiero decir que un hombre de vida pura y recta, sin los errores de su propia buena intención, está siempre preparado para sembrar el bien y la justicia en el derrotero por el que anda; pero aquél que ya se engañó, o que guarda alguna culpa, tiene necesidad de dar testimonio con su propio sufrimiento, antes de enseñar. Los que no sean integralmente puros, o nada sufrieron en el camino, jamás son bien comprendidos por quien oye simplemente su palabra. Contra sus enseñanzas están sus propias vidas. Por lo demás, todo lo que es de Dios reclama gran paz y profunda comprensión. En tu caso, debes pensar en la lección de Jesús, quien permaneció treinta años entre nosotros, preparándose para soportar nuestra presencia, apenas durante tres. Para recibir una tarea del Cielo, David convivió con la Naturaleza, apacentando rebaños; para desbravar los caminos del Salvador, Juan el Bautista meditó mucho tiempo en los ásperos desiertos de Judea.

Las cariñosas ponderaciones de Ananías caían en su alma oprimida como un bálsamo vitalizante.

–Cuando hayas sufrido más –continuaba el benefactor y amigo sincero–, tendrás mayor comprensión de los hombres y de las cosas. Solo el dolor nos enseña a ser humanos. Cuando el hombre entra en el período más peligroso de la existencia, después de la matinal infancia y antes de la noche de la vejez; cuando la vida es exuberante en energías, Dios le envía los hijos, para que, con los

trabajos, se le enternezca el corazón. Por lo que me has confesado, es posible que no vayas a ser padre, pero tendrás a los hijos del Calvario en todas partes. ¿No viste a Simón Pedro, en Jerusalén, rodeado de infelices? Naturalmente, encontrarás un hogar mayor en la Tierra, donde serás llamado a ejercer la fraternidad, el amor, el perdón… Es preciso morir para el mundo, para que el Cristo viva en nosotros.

Aquellas observaciones tan sanas y tan mansas, penetraron el espíritu del ex rabino como un bálsamo de consolación de horizontes más amplios. Sus palabras cariñosas lo hicieron recordar a alguien que amaba mucho. Con el cerebro cansado por los embates del día, Saulo se esforzaba por fijar mejor las ideas. ¡Ah!... Ahora se acordaba perfectamente. Ese alguien era Gamaliel. Súbitamente, le vino el deseo de entrevistarse con el antiguo maestro. Comprendía la razón de aquel recuerdo. Es que, también él, por última vez, le habló de la necesidad que sentía de los lugares solitarios, para meditar en las sublimes verdades nuevas. Sabía que se encontraba en Palmira, en compañía de un hermano. ¿Cómo no se había acordado antes del antiguo maestro, que fue para él casi como un padre? Ciertamente, Gamaliel lo recibiría con los brazos abiertos, se regocijaría con sus recientes conquistas, y le daría generosos consejos, en cuanto a los rumbos a seguir.

Absorto en los recuerdos cariñosos, agradeció a Ananías con una significativa mirada, agregando sensibilizado:

–Tenéis razón… Me dirigiré al desierto en vez de volver a Jerusalén precipitadamente, tal vez, sin fuerzas para enfrentar la incomprensión de mis cofrades. Tengo un viejo amigo en Palmira, que me acogerá de buen grado. Allí reposaré algún tiempo, hasta que pueda internarme por las regiones solitarias, a fin de meditar sobre las lecciones recibidas.

Ananías aprobó la idea con una sonrisa. Todavía se quedaron conversando por largo tiempo, hasta que la noche sumergió el alma de las cosas en su toldo de sombras espesas.

El anciano predicador condujo, entonces, al nuevo adepto a la humilde reunión que se realizaba ese sábado de grandes desilusiones para el ex rabino.

Damasco no tenía propiamente una iglesia; pero, contaba con numerosos creyentes hermanados por el ideal religioso del "Camino". El núcleo de oraciones estaba en la casa de una humilde lavandera, compañera de fe, que alquilaba la sala para poder mantener a un hijo paralítico. Profundamente admirado, el joven tartense vio la miniatura del cuadro observado por primera vez, cuando tuvo la invencible curiosidad de asistir a las célebres predicaciones de Esteban en Jerusalén. Alrededor de la mesa rústica, se juntaban las míseras criaturas de la plebe, que él siempre había mantenido separadas de su esfera social. Mujeres analfabetas con criaturas en los brazos, viejos albañiles rudos, lavanderas que no conseguían conjugar dos palabras ciertas. Ancianos con las manos trémulas, amparándose en cayados fuertes, dolientes pobrísimos que exhibían la marca de enfermedades dolorosas. La ceremonia parecía aún más sencilla que las de Simón Pedro y sus compañeros galileos. Ananías comandaba y presidía el acto. Sentándose a la mesa, cual patriarca en el seno de la familia, rogó las bendiciones de Jesús para la buena voluntad de todos. Enseguida, hizo la lectura de las enseñanzas de Jesús, buscando algunas sentencias del Maestro Divino en los pergaminos esparcidos. Después de comentar la página, ilustrándola con la exposición de hechos significativos, de su conocimiento, o de su experiencia personal, el viejo discípulo del Evangelio dejaba el lugar, recorría las filas de bancos e imponía las manos sobre los dolientes y necesitados. Generalmente, según el hábito de las primeras células cristianas del primer siglo, al rememorar las alegrías de Jesús cuando servía la comida a los discípulos, se hacía una modesta distribución de pan y agua pura, en nombre del Señor. Saulo se sirvió de la hogaza simple, enternecidamente. Para su alma, la pequeña porción tenía el sabor divino de la Fraternidad Universal. El agua clara y fresca del cántaro rústico le supo a fluido de amor que partía de Jesús, comunicándose a todos los seres. Al

finalizar la reunión, Ananías oraba fervorosamente. Después de contar la visión de Saulo y la suya propia, en los comentarios sencillos de aquella noche, pedía al Salvador que protegiese al nuevo siervo que pronto viajaría a Palmira, con el objetivo de meditar con mayor amplitud en la inmensidad de sus Misericordias. Oyendo su plegaria, que el calor de la amistad revestía de singular encanto, Saulo lloró de reconocimiento y gratitud, comparando las emociones del rabino que había sido, con las del siervo de Jesús que ahora quería ser. En las suntuosas reuniones del Sanedrín, jamás oyó a un compañero implorar al Cielo con aquella sinceridad superior. Entre los más afectuosos, solo encontró elogios vanos, prontos a transformarse en torpes calumnias, cuando no podían conceder favores materiales. En todas partes, admiración superficial, hija del juego de los intereses inferiores. Allí, la situación era otra. Ninguna de aquellas personas desfavorecidas de la suerte había venido a pedirle facilidades; todos parecían satisfechos al servicio de Dios, que así los congregaba al término de trabajos exhaustivos y penosos. Y al final, rogaban aun a Jesús que le concediese paz a su espíritu para su elevado propósito.

Terminada la reunión, Saulo de Tarso tenía lágrimas en los ojos. En la iglesia del "Camino", en Jerusalén, los Apóstoles galileos lo trataron con especial deferencia, atentos a su posición social y política, señor de las regalías que las convenciones del mundo le conferían; pero los cristianos de Damasco lo impresionaron más vivamente, arrebatando su alma, conquistándola para sentir un afecto imperecedero, con aquel gesto de confianza y cariño, tratándolo como a un hermano.

Uno a uno, apretaron su diestra con votos de feliz viaje. Algunos ancianos de los más humildes le besaron las manos. Tales pruebas de afecto le daban nuevas fuerzas. Si los amigos del judaísmo, provocadores y hostiles, despreciaban su palabra, comenzaba ahora a encontrar en su camino a los hijos del Calvario. Trabajaría por ellos, consagraría a su consuelo las energías de la juventud. Por primera vez en su vida, mostró interés por las sonrisas de los niños.

Como si desease retribuir las demostraciones de cariño recibidas, tomó en brazos a un niño enfermo. Delante de la pobre madre sonriente y agradecida, jugó con él, le acarició los cabellos desordenados. Entre las espinas agresivas de su alma apasionada, comenzaron a brotar flores de ternura y gratitud.

Ananías estaba satisfecho. Junto a los hermanos de su mayor confianza, acompañó al neófito hasta la pensión de Judas. Aquel modesto grupo desconocido, recorrió las calles bañadas por el claror de la luna, estrechamente unido y reconfortándose con comentarios cristianos. Saulo se admiraba de haber encontrado tan deprisa aquella llave de armonía que le proporcionaba segura confianza en todos. Tuvo la impresión de que en las genuinas comunidades del Cristo la amistad era diferente de todo lo que daba expresión en las agrupaciones mundanas. En la diversidad de las luchas sociales, el rasgo dominante de las relaciones se cifraba ahora, a sus ojos, en las ventajas del interés individual; mientras que, en la unidad de esfuerzos de la tarea del Maestro, había un Sello Divino de confianza, como si los compromisos tuviesen un Ascendiente Divino, original. Todos hablaban, como si hubiesen nacido en el mismo hogar. Si exponían una idea digna de mayor ponderación, lo hacían con serenidad y con una comprensión general del deber; si versaban sobre asuntos leves y sencillos, los comentarios trasmitían una franca y confortadora alegría. En ninguno de ellos se notaba la preocupación de parecer poco sinceros en la defensa de sus puntos de vista; pero, en vez de eso, existía franqueza de trato sin rasgos de hipocresía, porque, en regla, se sentían bajo la tutela del Cristo, que, para la conciencia de cada uno, era el amigo invisible y presente, a quien ninguno debería engañar.

Consolado y satisfecho de haber encontrado amigos en la verdadera acepción de la palabra, Saulo llegó a la hospedería de Judas, despidiéndose de todos profundamente conmovido. Él mismo se sorprendía con el sabor de intimidad con el que las expresiones le afloraban a los labios. Ahora comprendía que la palabra “hermano”, ampliamente usada entre los adeptos del “Camino”, no era fútil y

vana. Los compañeros de Ananías conquistaron su corazón. Nunca más olvidaría a los hermanos de Damasco.

Al siguiente día, contratando un sirviente indicado por el hospedero como buen guía, Saulo de Tarso, al amanecer, sorprendiendo al dueño de la casa con su ánimo resuelto, se puso en camino de la famosa ciudad, situada en un oasis en pleno desierto.

En las primeras horas de la mañana, salían por las puertas de Damasco dos hombres modestamente vestidos, al frente de un pequeño camello cargado con las provisiones necesarias.

Saulo resolvió partir así, a pie, para iniciar la vida con rigores que le serían sumamente benéficos más tarde. No viajaría más en calidad de doctor de la Ley, rodeado de servidores, y, sí, como discípulo de Jesús, adscripto a sus programas. Por ese motivo, consideró preferible viajar como beduino, para aprender a contar, siempre, con sus propias fuerzas. Bajo el calor calcinante del día, bajo las bendiciones refrigeradoras del crepúsculo, su pensamiento estaba fijo en Aquél que lo había llamado del mundo para una Vida Nueva. Las noches del desierto, cuando la luz de la luna hinche de sueño la desolación del paisaje muerto, están tocadas de misteriosa belleza. Bajo la fronda de alguna palmera solitaria, el convertido de Damasco aprovechó el silencio para realizar profundas meditaciones. El firmamento estrellado tenía, ahora, para su espíritu, confortadores y permanentes mensajes. Estaba convencido de que su alma había sido arrebatada a nuevos horizontes, porque, a través de todas las cosas de la Naturaleza, parecía recibir el pensamiento del Cristo que le hablaba cariñosamente al corazón.

II

El tejedor

A pesar de estar acostumbrados al permanente espectáculo de la llegada de extranjeros a la ciudad, dada su privilegiada situación en el desierto, los transeúntes de Palmira notaron, con profundo interés, el paso de aquel beduino seguido de un humilde criado jalando a un mísero camello jadeante de cansancio. Sin duda, reconocerían el perfil de judío en los rasgos característicos del rostro y en la energía serena que se le transparentaba de la mirada.

Por su parte, Saulo transitaba con aire indiferente, como si conviviese en aquel escenario desde mucho tiempo atrás.

Consciente de que el hermano de su antiguo maestro era allí uno de los comerciantes más conocidos y prósperos, no tuvo dificultad en obtener informaciones de un coterráneo, que le indicó la residencia.

Se acomodó en un hospedaje sencillo para rehacerse de las fatigas del viaje; consultó la bolsa para regular su programa. El dinero se agotaba, apenas alcanzaría para remunerar al compañero dedicado que había sido su acompañante fiel en todo aquel penoso viaje. Después de ser informado de la cantidad que debía pagar, verificando la insuficiencia de los recursos, le habló con humildad:

–Judá, de momento no tengo lo suficiente para compensar mejor el servicio que me prestaste. Así, te doy la mitad del importe y además el camello, como pago del resto.

El siervo se conmovió con el tono humilde de la propuesta.

–No necesito de tanto, señor –respondió un tanto confuso–, el valor del animal basta y sobra. De ese modo, no quedará usted desprovisto de recursos. Me contento con algunas monedas, apenas lo necesario para costear el regreso.

Saulo tuvo para él una mirada de reconocimiento y, alegando la imposibilidad de retenerlo por más tiempo, lo despidió con expresiones de bienestar y votos de un feliz regreso a Damasco.

Después, recogiéndose en la pobre habitación que tomó, se puso a meditar, acuciosamente, sobre los últimos acontecimientos de su vida.

Estaba solo, sin parientes, sin amigos y sin dinero.

Poco antes de tomar aquella resolución de partir en busca de Ananías, no hubiera vacilado en decretar la muerte de quien profetizase el futuro que le esperaba. Su existencia y sus planes estaban transformados en sus más ínfimos detalles. ¿Qué hacer ahora? ¿Y si no encontrase en Palmira el socorro de Gamaliel, conforme aguardaba en sus esperanzas secretas? Consideró la extensión de las dificultades que se desdoblaban ante sus ojos. Todo era difícil. Estaba como el hombre que hubiese perdido la familia, la patria y el hogar. Una profunda amargura amenazaba con invadir su corazón. Pero, de repente, se acordó del Cristo y el recuerdo de la gloriosa visión le llenó de consuelo el espíritu desolado. Confiando mucho más en Aquél que le había extendido las manos, que en sus propias fuerzas, se propuso calmar sus sobresaltos íntimos, dando reposo al cuerpo fatigado.

Al día siguiente, a media mañana, salió a la calle, preocupado y ansioso. Obedeciendo a los informes recogidos, paró ante la puerta de un confortable edificio, frente al cual funcionaban grandes tiendas comerciales.

Buscando a Ezequías, enseguida fue atendido por un hombre de edad, de semblante risueño y respetable, que lo saludó con mucha simpatía. Se trataba, para su alegría, del hermano de Gamaliel, que, familiarizándose enseguida con el patricio recién llegado de

lejos, mantuvo con él una afable conversación. Buscando informarse, delicadamente, sobre el venerable rabino de Jerusalén, Saulo obtuvo de Ezequías los esclarecimientos necesarios, mostrando profundo interés:

–Mi hermano –decía él, preocupado– desde que llegó a Palmira, me pareció muy diferente. Es posible que la mudanza de Jerusalén haya influido en esa profunda transformación. La diferencia de ambiente social, la alteración de hábitos, el clima, la ausencia de los trabajos usuales, todo eso pudo haber perjudicado su salud.

–¿Cómo es eso? –preguntó el joven sin disimular su extrañeza.

–Pasa días y días en una cabaña abandonada que poseo, a la sombra de algunas palmeras, en uno de los muchos oasis que nos rodean; y eso, para que usted vea, tan solo para leer y meditar en un manuscrito sin importancia, que no conseguí comprender. Aparte de todo eso, me parece completamente desinteresado por nuestras prácticas religiosas, vive como ajeno al mundo. Habla de visiones del cielo, se refiere constantemente a un carpintero que se transformó en Mesías del pueblo y se alimentaba de cosas imaginarias, de sueños irreales. A veces, con profundo pesar, observo su decadencia mental. Pero, mi mujer todo lo atribuye a su avanzada edad y yo quiero creer que sea más bien, o por lo menos en gran parte, debido a la intensidad del estudio y a las prolongadas meditaciones.

Ezequías hizo una pausa, mientras Saulo fijaba en él su mirada profunda y significativa, comprendiendo la condición de su viejo maestro.

Ante una nueva observación del joven tartense, continuaba el otro, locuaz.

–En el seno de la familia, Gamaliel es tratado como si fuese nuestro padre. Además, debo mi inicio de vida a sus inmensas dedicaciones fraternales. Por eso mismo, mi mujer, mis hijos y yo, hemos convenido en mantener un ambiente de paz que debe rodear siempre al noble y apreciado enfermo. Cuando él discurre sobre las

ilusiones religiosas que dominan su espíritu en su desequilibrio mental, nadie en esta casa lo contradice. Ya sabemos que no habla por sí mismo. Su poderosa mentalidad se desvaneció, la estrella se apagó. Considerando esas penosas circunstancias, doy gracias a Dios que me lo trajo aquí para terminar sus días socorrido por la calidez de nuestro afecto familiar, y a salvo del escarnio del que tal vez pudiese ser objeto en Jerusalén, donde no todos están a la altura de comprender y honrar su pasado ilustre.

–Pero la ciudad siempre veneró en él a un maestro inolvidable –consideró Saulo, como si quisiese defender sus propios sentimientos de amistad y admiración.

–Sí –esclareció el comerciante, convencido–, un hombre de su nivel intelectual estaría preparado para entender todo eso, pero, ¿y los demás? Naturalmente, usted no debe ignorar la persecución implacable, movida por las autoridades del Sanedrín y del Templo, contra los simpatizantes del famoso carpintero nazareno. A Palmira llegaron noticias de los hechos, por intermedio de innumerables patricios pobres, que dejaron Jerusalén a toda prisa, amenazados de prisión y muerte. Justamente, fue con la personalidad de ese hombre que Gamaliel dio las primeras demostraciones de debilidad mental. Si estuviese por allá, ¿qué sería de su vejez desamparada? Naturalmente, muchos amigos, como usted, estarían dispuestos para su defensa; pero, el caso podría tomar aspectos más graves, hasta el punto de que surgiesen enemigos políticos reclamando medidas ingratas. Y de nuestra parte, nada podríamos intentar para restablecer la situación, porque, en verdad, su locura es pacífica, casi imperceptible y de ninguna manera conseguiríamos soportar su apología al malvado que el Sanedrín mandó a la cruz con los ladrones.

Saulo sentía un extremo malestar oyendo aquellas observaciones, ahora tan injustas y superficiales a su manera de ver. Comprendía la delicadeza del momento y la naturaleza de los recursos psicológicos a emplear, para no comprometerse, agravando, aún más, la posición del ilustre maestro.

Deseando imprimir un nuevo rumbo a la conversación, preguntó con serenidad:

–¿Y los médicos? ¿Cuál es la opinión de los entendidos?

–En el último examen al que se sometió, por insistencia nuestra, descubrieron que el estimado doliente, además de estar perturbado, padece singular astenia orgánica, que va consumiendo sus últimas fuerzas vitales.

Saulo, acongojado, hizo aún algunas observaciones más y después de reconsiderar las primeras impresiones con relación a la amable hospitalidad de Ezequías, ayudado por un pequeño criado de la casa, se dirigió al lugar donde el antiguo mentor lo recibió con sorpresa y alegría.

El ex discípulo notó que Gamaliel, en efecto, presentaba síntomas de profundo abatimiento. Fue con infinito júbilo que lo apretó afectuosamente en los brazos, besándole, amorosamente, las manos ya encorvadas y trémulas. Sus cabellos parecían más blancos; la epidermis surcada de venerables arrugas daba la impresión del alabastro: una palidez indefinible.

Hablaron largamente de las añoranzas, de los sucesos de Jerusalén, de los amigos distantes. Después de los preámbulos afectuosos, el joven tartense relató al venerado maestro las gracias recibidas a las puertas de Damasco. La voz de Saulo tenía la inflexión vibrante de la pasión y de la sinceridad que acostumbraba imprimir a las emociones propias. El anciano oyó la narración con indecible asombro; en los ojos vivos y serenos, se acumulaban lágrimas de emoción que no llegaban a caer. Aquella prueba lo henchía de profundo consuelo. No había aceptado, en vano, a aquel Cristo sabio y amoroso, incomprendido por los colegas. Al término de la exposición, Saulo de Tarso tenía los ojos bañados en lágrimas. El bondadoso anciano lo abrazó conmovido, atrayéndolo a su corazón generoso.

–Saulo, hijo mío –dijo exultante–, bien sabía que no me engañaba con respecto al Salvador, que tan profundamente me habló en mi vejez exhausta, a través de la luz espiritual de su Evangelio

de Redención. Jesús se dignó extender sus manos amorosas a tu espíritu dedicado. La visión de Damasco será suficiente para que consagres tu existencia entera al amor del Mesías. Es verdad que mucho trabajaste por la Ley de Moisés, sin dudar en la adopción de medidas extremas, en su defensa. Pero, ahora, ha llegado el momento de que trabajes por quien es mayor que Moisés.

–Sin embargo, me siento profundamente desorientado y confundido –dijo el joven de Tarso, lleno de confianza. Desde los acontecimientos del desierto noto que estoy siendo objeto de singulares y radicales transformaciones. Obediente a mi talante absolutamente sincero, quise comenzar mi esfuerzo por el Cristo en Damasco, y, no obstante, recibí de nuestros amigos, de allí, las mayores manifestaciones de desprecio y ridículo, que mucho me hicieron sufrir. Repentinamente, me vi sin compañeros y sin nadie. Algunos componentes de la reunión del "Camino" consolaron mi alma abatida con sus expresiones de fraternidad, pero no fueron suficientes para resarcir las amargas desilusiones experimentadas. Sadoc mismo, que en su infancia, fue pupilo de mi padre, me cubrió de recriminaciones y burlas. Deseé volver a Jerusalén, pero, a través del cuadro de la Sinagoga de Damasco, comprendí lo que me esperaba en gran escala junto a las autoridades del Sanedrín y del Templo. Naturalmente, la profesión de rabino no puede interesar a mi espíritu sincero, porque de otro modo, sería mentirme a mí mismo. Sin trabajo, sin dinero, me encuentro en un laberinto de cuestiones insolubles, sin el auxilio de un corazón más experimentado que el mío. Resolví, entonces, venir al desierto y buscaros para pediros el socorro necesario.

Y concluyendo la narración, con los ojos suplicantes, revelando las tormentosas ansiedades que poblaban su alma, exclamó:

–¡Maestro amado, siempre encontraste las soluciones del bien, donde mi imperfección no hallaba sino sombras amargas!... Ampara mi corazón sumido en dolorosas pesadillas. ¡Preciso servir a Aquél que se dignó arrancarme de las tinieblas del mal y no puedo dispensar de vuestro auxilio en este trance difícil de mi vida!...

Estas palabras eran dichas con una inflexión profundamente conmovedora. Con los ojos firmes, si bien iluminados de intensa ternura, el generoso anciano le acarició las manos y comenzó a hablar conmovedoramente:

–Examinemos tus dudas, de manera particular, con el fin de que estudiemos una solución adecuada a todos los problemas, a la luz de las enseñanzas que hoy nos iluminan.

Y, después de una pausa en la que parecía catalogar los asuntos, continuaba:

–Hablas del desprecio experimentado en la Sinagoga de Damasco; pero, los ejemplos son claros y convincentes. También yo, actualmente, soy considerado como un loco pacífico, en el ambiente de los míos. En Jerusalén, viste a Simón Pedro vilipendiado por amar a los pobres de Dios y darles acogida; viste a Esteban morir a pedradas, ¿y qué más? El propio Cristo, Redentor de los hombres, no se libró de los martirios de una cruz infamante, entre malhechores condenados por la justicia del mundo. La lección del Maestro es demasiado grande para que sus discípulos estén a la espera de dominaciones políticas o de elevadas expresiones económicas, en su nombre. Si Él que era puro e inimitable, por excelencia, anduvo entre sufrimientos e incomprensiones en este mundo, no es justo que aguardemos reposo y vida fácil en nuestra condición de pecadores.

El joven tartense oía aquellas palabras mansas y enérgicas, con el alma adolorida, principalmente en lo que se refería a las persecuciones infligidas a Pedro y en el capítulo de los recuerdos de Esteban, a las cuales el viejo amigo tenía la delicadeza de no aludir nominalmente al verdugo.

–Sobre las dificultades que dices sufrir después de los sucesos de Damasco –proseguía Gamaliel serenamente–, nada más justo y natural a mis ojos experimentados en los problemas del mundo. Nuestros abuelos, antes de recibir el maná del cielo, atravesaron tiempos sombríos de miseria, esclavitud y sufrimiento. Sin las angustias del desierto, Moisés jamás encontraría en la roca estéril la

fuente de agua viva. Quizás aún no hayas meditado mejor en las Revelaciones de la Tierra Prometida. ¿Qué región sería esa, si, guardando la comprensión más amplia de Dios, descubrimos en todos los puntos del mundo manantiales de su protección? Hay palmeras, frondosas y amigas, medrando en los arenales ardientes. ¿Esos árboles generosos, no transforman el desierto en caminos benditos, llenos de pan divino para matar nuestra hambre? En mis solitarias reflexiones, llegué a la conclusión de que la Tierra Prometida por las Divinas Revelaciones es el Evangelio del Cristo Jesús. Y la meditación nos sugiere comparaciones más profundas. Cuando nuestros ascendientes más valientes trabajaban por conquistar la región privilegiada, numerosas personas intentaban desanimar a los más pertinaces, aseverando que el terreno era inhóspito, que los aires eran insalubres y portadores de fiebres mortales, que los habitantes eran intratables, devoradores de carne humana; pero Josué y Caleb, en un esfuerzo heroico, penetraron en la tierra desconocida, vencieron los primeros obstáculos y regresaron diciendo que dentro de la región manaban leche y miel. ¿No tenemos ahí un símbolo perfecto? La Revelación Divina debe referirse a una Región Bendita, cuyo clima espiritual esté hecho de paz y luz. Adaptarnos al Evangelio es descubrir otro país, cuya grandeza se pierde en el infinito del alma. A nuestro lado permanecen aquellos que hacen de todo para desanimarnos en la empresa conquistada. Acusan la lección del Cristo de criminal y revolucionaria, divisan en su ejemplo intenciones de desorganización y de muerte; califican a un Apóstol, como Simón Pedro, de pescador presuntuoso e ignorante; pero, pensando en aquella estupenda serenidad con la que Esteban entregó el alma a Dios, vi en él la figura del compañero valiente y digno, que volvía de las lecciones del "Camino" para afirmarnos que en la Tierra del Evangelio hay fuentes de la leche de la Sabiduría y de la miel del Amor divino. Es preciso, pues, marchar sin reposo y sin contar los obstáculos del viaje. Procuremos la mansión infinita que nos seduce el corazón.

Gamaliel hizo una pausa en sus expresiones amigas y alta-

mente consoladoras. Saulo estaba admirado. Aquellas comparaciones tan sencillas, aquellas deducciones preciosas del estudio de la Antigua Ley, con relación a Jesús, lo dejaban perplejo. La sabiduría del anciano renovaba sus fuerzas.

–Alegas tu extrañeza –continuó el venerado amigo, mientras el joven lo miraba con creciente interés– con la mudanza de profesión y la falta de dinero para las necesidades más inmediatas… Con todo eso, Saulo, basta meditar un poco en la realidad de los hechos, para que veas claramente. Un viejo, como yo, está en la situación de Moisés, contemplando la Tierra Prometida, sin poder alcanzarla. Pero, en cuanto a ti, es preciso convenir que estás aún muy joven. Puedes multiplicar las energías con el adiestramiento de tus fuerzas y penetrar el terreno de las aspiraciones del Salvador, en todo lo que nos atañe. Para eso, es indispensable simplificar la vida, comenzar de nuevo la lucha. Josué no podría haber vencido los óbices del camino tan solo con la lectura de los textos sagrados, o con los favores de cuantos lo estimaban. Ciertamente, manipuló instrumentos rudos, aplanó caminos donde había abismos, a costa de esfuerzos sobrehumanos.

–¿Y qué me aconsejáis en este sentido? –interrogó el joven con profunda atención, mientras el viejo maestro hacía una pausa.

–Quiero decir que conozco a tu padre, así como su situación desahogada. Naturalmente, en sus expresiones de afecto, no se negaría a prestarte todo el auxilio, en esta emergencia. Pero tu padre es humano y puede ser llamado mañana a la vida espiritual. Por tanto, su amparo sería valioso, pero no dejaría de ser precario, si no cooperases con tu esfuerzo propio en la solución de tus problemas. Y vives una fase en la que todo trabajo enérgico se hace indispensable. Examinada la cuestión de la familia, veamos tu condición profesional. Hasta ahora, fuiste rabino de la Ley, preocupado con los errores ajenos, con las discusiones de la casuística, con la situación de evidencia entre los doctores; ganabas dinero en la vigilancia de otros, pero Dios te llamó a la verificación de tus propios desvíos, como me llamó a mí mismo. La Tierra Prometida se diseña ante nuestros

ojos. Es necesario vencer los obstáculos y marchar. Como doctor de la Ley, eso no sería posible. Entonces, es necesario recomenzar la tarea como un hombre que busca oro en una mina de muy difícil extracción. El problema es de trabajo, de esfuerzo personal.

El joven de Tarso fijó su mirada llena de emoción en el anciano generoso y exclamó:

–Sí, ahora comprendo…

–¿Qué aprendiste en la infancia, antes de la posición conquistada? –preguntó el anciano previsor.

–Como sabéis, de acuerdo con las costumbres de nuestra raza, mi padre me mandó aprender el oficio de tejedor.

–No podías recibir de las manos paternas una dádiva más generosa –agregó Gamaliel, con una serena sonrisa–; tu padre fue previsor, como todos los jefes de familia del pueblo de Dios, buscando acostumbrar tus manos al trabajo, antes de que el cerebro se poblase de ideas. Está escrito que debemos ganar el pan con el sudor del rostro. El trabajo es el movimiento sagrado de la vida.

Haciendo un intervalo, para reflexionar más profundamente, el viejo mentor de la juventud farisaica volvió a decir:

–Fuiste un humilde tejedor antes de conquistar los títulos honoríficos de Jerusalén… Ahora que te candidateas a servir al Mesías en la Jerusalén de la Humanidad, es bueno que vuelvas a ser un modesto tejedor. Las tareas sencillas son grandes maestras del espíritu de sumisión. No te sientas humillado regresando al telar que nos surge, en el presente, como amigo generoso. Estás sin dinero, sin recursos materiales… A primera vista, considerando tu situación de realce en el mundo, sería justo recurrir a parientes o amigos. Pero no estás enfermo, ni envejecido. Tienes la salud y la fuerza. ¿No será más noble convertirlas en un elemento de socorro para ti mismo? Todo trabajo honesto está sellado con la bendición de Dios. Ser tejedor, después de haber sido rabino, es para mí más honroso que descansar sobre los títulos ilusorios, conquistados en un mundo donde la mayoría de los hombres ignora el Bien y la Verdad.

Saulo comprendió la grandeza de los conceptos y tomando su mano, la besó con profundo respeto, diciendo:

–No esperaba de vos sino esta franqueza y esta sinceridad que iluminan mi espíritu. Aprenderé de nuevo el camino de la vida, encontraré en el ruido del telar los estímulos suaves y amigos del trabajo santificante. ¡Conviviré con los más desfavorecidos de la suerte, penetraré más íntimamente en sus amarguras de cada día; en contacto con los dolores ajenos he de saber dominar mis propios impulsos inferiores, tornándome más paciente y más humano!...

Lleno de gran alegría, el sabio viejito le acarició los cabellos, exclamando emocionado:

–¡Dios bendecirá tus esperanzas!...

Largo tiempo permanecieron en silencio, como deseosos de prolongar, indefinidamente, aquel instante glorioso de comprensión y armonía.

Fue Saulo quien, denotando en la mirada sus muchas preocupaciones íntimas, quebró el silencio, diciendo receloso:

–Pretendo volver a tomar el oficio de mi primera edad, pero estoy sin dinero para el viaje. Si fuese posible, ejercería la profesión, aquí mismo, en Palmira…

Hablaba dubitativo, dejando entrever al venerable amigo la vergüenza que experimentaba al hacerle esa confesión.

–¿Cómo no? –asintió Gamaliel solícito– considero que las dificultades del regreso no serían pequeñas. Sin embargo, no incluyo entre los obstáculos los problemas del dinero, porque de cualquier forma, podríamos obtenerlo para los gastos más urgentes. Me refiero simplemente a los peligros de la situación que pasó. Creo justo que regreses a Jerusalén o a Tarso, plenamente integrado en tus nuevos deberes. Toda planta es frágil cuando comienza a crecer. Las intrigas del fariseísmo, la falsa ciencia de los doctores, las vanidades familiares podrían ahogar la gloriosa semilla que Jesús lanzó en tu ardiente corazón. El reviento más promisorio no se desarrollará si

lo cubrimos de residuos y lodo. Es bueno que regreses a la cuna, a nuestros compañeros y a la familia como un árbol frondoso, honrando la dedicación al Divino Cultivador.

–Pero, ¿qué hacer? –volvió a decir Saulo preocupado.

El antiguo maestro reflexionó un instante y esclareció:

–Sabes que las zonas del desierto son grandes mercados de los artículos de cuero. El servicio de transportes depende enteramente de los tejedores más hábiles y dedicados. Comprendiéndolo así, mi hermano estableció diversas tiendas de trabajo en los oasis más distantes, para atender a las necesidades de su comercio. Conversaré con Ezequías sobre ti. No diré que se trata de un gran jefe de Jerusalén, que pretende exiliarse por algún tiempo, no por el recelo de avergonzar tu nombre o tu origen, sino por juzgar útil que pruebes la humildad y la soledad en tu nuevo camino. Las consideraciones convencionales podrían perturbarte, ahora que necesitas exterminar al "hombre viejo" a golpes de sacrificio y disciplina.

–Comprendo y obedezco en mi propio beneficio– murmuró Saulo, con atención.

–Además, Jesús ejemplificó todo eso, permaneciendo en nuestro medio, sin que lo percibiésemos.

El joven tartense se puso a meditar en la elevación de los conceptos recibidos. Iniciaría una nueva existencia. Tomaría el telar con humildad. Se alegraba, al recordar que el Maestro no había desdeñado, por su parte, el banco de carpintero. El desierto le proporcionaría consolación, trabajo y silencio. Ya no ganaría el dinero fácil de la admiración indebida, sino los recursos necesarios para la existencia, con el elevado valor de los obstáculos vencidos. Gamaliel tenía razón. No era lícito rogar el favor de los hombres cuando Dios le había hecho el mayor de todos los favores, iluminando su conciencia para siempre. Es verdad que en Jerusalén había sido un cruel verdugo, pero apenas contaba treinta años. Buscaría reconciliarse con todos a quienes había

ofendido en su rigorismo sectario. Se sentía joven, trabajaría para Jesús mientras le restasen energías.

La palabra cariñosa del anciano vino a arrancarlo de sus profundas reflexiones.

–¿Tienes el Evangelio? –preguntó el viejito con bondadoso interés.

Saulo le mostró la parte fragmentaria que traía, explicándole el trabajo que tuvo, en Damasco, para copiarlo de los manuscritos del generoso predicador que le había curado la repentina ceguera. Gamaliel la examinó con atención y, después de concentrarse por largo tiempo, agregó:

–Tengo una copia integral de las anotaciones de Levi, cobrador de impuestos en Cafarnaún, que se hizo Apóstol del Mesías. Obsequio generoso de Simón Pedro a mi pobre amistad; ahora ya no necesito de esos pergaminos, que considero sagrados. Para grabar en la memoria las lecciones del Maestro, copié todas las enseñanzas, fijándolas en la retentiva, para siempre. Ya poseo tres ejemplares completos del Evangelio, sin la cooperación de ningún escriba. De ese modo, por considerar la dádiva de Pedro como santificada reliquia de su noble afecto, quiero ponerla en tus manos. Llevarás contigo las páginas escritas en la iglesia del "Camino", como fieles compañeras de tu nuevo trabajo.

El ex rabino escuchaba sus afectuosas declaraciones, henchido de profunda emoción.

–Pero, ¿por qué deshaceros de un presente hecho con cariño, por mi causa? –preguntó, sensibilizado–. ¡Estaría muy contento con recibir una de las copias hechas por vuestras manos!...

El viejo maestro fijó la mirada tranquila en el paisaje y murmuró con voz profética:

–Llegué al final de la carrera, debo esperar la muerte del cuerpo. Si he de abandonar la dádiva de Pedro a personas que no pueden reconocer el valor que le atribuimos, es justo entre-

gársela a un amigo fiel, que puede evaluar su carácter sagrado. Además, tengo la convicción de que ya no podré volver más a Jerusalén; en ese mundo, ya no me será posible ningún entendimiento directo con los Apóstoles galileos sobre las luces que el Salvador derramó en mi espíritu. Y temo que los adeptos de Jesús no te puedan comprender de pronto, cuando regreses a la Ciudad Santa. Entonces tendrás este recuerdo para que te presentes a Pedro en mi nombre.

Aquel tono profético impresionaba al joven tartense, que bajó la cabeza, con los ojos cubiertos de lágrimas.

Después de un largo intervalo, como si estuviese buscando recomponer las ideas con perfecta sabiduría, Gamaliel continuaba solícito:

–¡En el futuro, te veo dedicado a Jesús, con el mismo celo ardiente con el que te conocí consagrado a Moisés! Si el Maestro te llamó al servicio es porque confía en tu comprensión de siervo fiel. Cuando el esfuerzo de las manos te haya granjeado la libertad para escoger el nuevo camino a seguir, Dios ha de bendecir tu corazón, para que difundas la luz del Evangelio entre los hombres, hasta el último día de vida, aquí en la Tierra. En esa labor, hijo mío, si topas con incomprensión y lucha en Jerusalén, no desesperes ni te abatas. Sembraste por allá cierta confusión en los espíritus, y es justo que recojas ahora los resultados. Pero, en toda tarea, acuérdate del Cristo y pasa adelante con tu sincero esfuerzo. ¡Que no te perturbe la desconfianza, la calumnia y la mala fe, pues Jesús venció gallardamente a todo eso!...

Saulo sentía un profundo descanso en aquella exhortación amorosa, tierna y leal. Oyéndola, permaneció largo tiempo entre lágrimas ardientes, que testimoniaban el arrepentimiento del pasado y las esperanzas del futuro.

Aquella tarde, Gamaliel dejó la rústica cabaña, dirigiéndose con su ex discípulo a la casa de su hermano, que, desde entonces, acogió al joven tartense bajo su techo con indudable alegría.

La inteligencia fulgurante y la juventud comunicativa del ex doctor de la Ley conquistaron a Ezequías y a los suyos, en una bella expresión de amistad espontánea.

Esa misma noche, concluidas las ceremonias hogareñas de la última refacción habitual, el viejo rabino de Jerusalén expuso al comerciante la situación de su protegido. Le explicó que Saulo había sido su discípulo, desde niño, exaltando su valor personal y concluyendo con la exposición de sus necesidades económicas, verdaderamente críticas. Y ante el propio interesado, que acentuaba su admiración por aquel viejito sabio y generoso, esclareció que él intentaba trabajar como tejedor en las tiendas del desierto, rogando a Ezequías que ayudase, con su bondad, tan nobles aspiraciones de trabajo y esfuerzo propios.

El comerciante de Palmira se admiró.

–Pero el joven, de ningún modo –advirtió, atento– necesitará aislarse para ganar la vida. Tengo medios para localizarlo aquí mismo, en la ciudad, donde estará en permanente contacto con nosotros.

–Sin embargo, preferiría vuestro amparo generoso allá en el desierto –afirmó Saulo en tono significativo.

–¿Por qué? –indagó Ezequías, interesado– no comprendo a jóvenes como tú, exiliados en interminables extensiones de arena. Los emigrantes del éxodo de Jerusalén, en su condición de solteros, no toleran los elementos que les ofrecí en los oasis distantes. Apenas algunas parejas aceptaron las propuestas y partieron. En cuanto a ti, con tus dotes intelectuales, no comprendo cómo prefieres ser un humilde tejedor, segregado de todos…

Gamaliel comprendió que la extrañeza del hermano podía llevarlo a suposiciones erróneas, acerca del joven amigo, y antes que alguna sospecha injusta se esbozase en su espíritu indagador, ponderó con prudencia:

–Tu pregunta, Ezequías, es natural, pues las resoluciones de

Saulo inspiran extrañeza a cualquier hombre práctico. Se trata de un joven lleno de talento, acreedor de bellas promesas y, por lo demás, muy instruido. Los menos perspicaces podrán llegar al extremo de presumir en su actitud el deseo de huir a consecuencia de algún crimen. Pero no hay tal. Para ser más franco, debo decir que mi antiguo discípulo quiere consagrarse, más tarde, a la difusión de la palabra de Dios. ¿Crees, entonces que si Saulo eligiese la carrera de la juventud triunfante, de nuestra época, preferiría Palmira a Jerusalén? Por lo tanto, la situación no es solo de necesidad pecuniaria, es también de carencia de meditación en los problemas más graves de la vida. Bien sabemos que los profetas y hombres de Dios fueron a lugares solitarios, a fin de sentir las inspiraciones reales del Altísimo, antes de administrar con éxito la santidad de la palabra.

–Si es así… replicó el otro, vencido.

Y después de meditar durante algunos segundos, el negociante volvió a decir:

–En la región que conocemos como "Oasis de Dan", distante de aquí, a más de cincuenta millas, precisamente, instalé hace cerca de un mes a una pareja joven de tejedores que llegó en la última ola de refugiados. Se trata de Áquila, cuya mujer, de nombre Prisca, fue sierva de mi esposa, cuando era una pequeña huérfana desamparada. Esos buenos operarios son, actualmente, los únicos habitantes del oasis. Saulo podrá hacerles compañía. Allí hay tiendas propias, casa confortable y telares indispensables para la labor.

–¿Y cuál es el sistema de trabajo? –interrogó el joven tartense, interesado por su nueva tarea.

–La especialidad de ese puesto avanzado –esclareció Ezequías con cierto orgullo–, es la preparación de tapetes de lana y de tejidos resistentes de pelo caprino, destinados a tiendas de campaña para viajes. Esos artículos son suministrados por nuestra casa comercial, en gran escala, pero, al situar la manufactura de ese trabajo en un lugar tan distante, tuve en cuenta las necesidades urgentes de los grupos de camellos de mi propiedad, empleados en el tráfico comer-

cial con toda Siria y otros puntos más florecientes, del comercio en general.

–Todo haré por corresponder a vuestra confianza–, confirmó el ex rabino, reconfortado.

La conversación prosiguió aún, por largo tiempo, comentando las perspectivas de las condiciones y ventajas del negocio.

Tres días después, Saulo se despedía del maestro, bajo una profunda conmoción. Sentía que aquel abrazo afectuoso era el último y, hasta que los camellos de la caravana anduvieron en dirección a la inmensa planicie, el joven envolvió al venerado anciano con las tiernas vibraciones del angustioso adiós.

Al siguiente día, los trabajadores de Ezequías, siguiendo la extensa fila de camellos resignados, lo dejaban con una voluminosa carga de cueros, en la compañía de Áquila y su mujer, en el gran oasis que florecía en pleno desierto.

Los dos operarios del pequeño taller lo recibieron con las mejores muestras de fraternidad y simpatía. De relance, Saulo reconoció en ellos las más nobles cualidades espirituales. La juventud del generoso matrimonio se expandía en hermosas expresiones de trabajo y buen ánimo. Prisca se desdoblaba en actividades para marcar en todo las preciosidades de su cariño. Sus viejas canciones hebraicas resonaban en el gran silencio como notas de soberana y armoniosa belleza. Terminados los servicios domésticos, hela junto al compañero, en las lides del telar, hasta las horas más avanzadas del crepúsculo. El marido, por su parte, parecía un temperamento privilegiado, de esos que se mueven sin necesidad de mandarlos. Plenamente integrado en las responsabilidades que le competían, Áquila trabajaba sin descanso, bajo la sombra de los árboles acogedores y amigos.

Saulo comprendió la bendición que había recibido. Tenía la impresión de encontrar en aquellas dos almas fraternas, que nunca más se habrían de separar espiritualmente de la grandeza de su

misión, dos habitantes de un mundo diferente que, hasta entonces, no le había sido dado conocer en la vida.

Áquila y Prisca, más que esposos, parecían verdaderos hermanos. En su primer día de esfuerzo conjunto, el ex doctor de la Ley observó su respeto mutuo, la perfecta conformidad de ideas, la elevada noción de deberes que caracterizaba sus menores actitudes y, sobre todo, la sana alegría que irradiaba de sus mínimos gestos. Sus costumbres puras y generosas encantaban a su alma desilusionada de las hipocresías humanas. Las comidas eran sencillas; cada objeto tenía su aprovechamiento y lugar adecuado, y las palabras, cuando salían del círculo de la alegría común, jamás incidían en maledicencia o frivolidad.

El primer día transcurrió con gratas sorpresas para el ex rabino, sediento de paz y soledad para sus nuevos estudios y meditaciones. El compañero de trabajo se deshacía en gentilezas para atender a las pequeñas dificultades en el menester que hacía mucho tiempo había dejado de practicar. Áquila se extrañó, naturalmente, de las manos delicadas, las maneras diferentes, en nada semejantes a las de un tejedor común; pero, con la nobleza que lo caracterizaba, nada preguntó con relación a los motivos de su aislamiento.

Aquella misma tarde, concluida la tarea, la pareja se acomodó al pie de una frondosa palmera, no sin lanzar al nuevo compañero miradas indagadoras, que traducían una patente inquietud. Silenciosos, desenrollaron unos viejos pergaminos y comenzaron a leer con mucha atención.

Saulo percibió aquella actitud recelosa y se aproximó.

–De hecho –dijo cariñoso– la tarde en el desierto invita a la meditación… la extensión infinita de arena parece un océano inmóvil… la suave brisa representa el mensaje de las ciudades distantes. Tengo la impresión de que estamos en un templo de paz imperturbable, fuera de este mundo…

Áquila se admiró con la evocación de aquellas imágenes y experimentó mayor simpatía por aquel joven anónimo, tal vez, segre-

gado de los afectos más queridos, contemplando la planicie sin fin, con inmensa tristeza.

–Es verdad –respondió, atento–, siempre creí que la Naturaleza conservó el desierto como un Altar de Silencio Divino, para que los hijos de Dios tengan en la Tierra un lugar de perfecto reposo. Aprovechemos, pues, nuestro paso por la soledad, para pensar en el Padre justo y santo, considerando su magnanimidad y grandeza.

En ese momento, Prisca se inclinaba de bruces sobre la primera parte del rollo de pergaminos, absorta en la lectura.

Leyendo casualmente, de lejos, el nombre de Jesús, Saulo se aproximó aún más y, sin conseguir ocultar su gran interés, preguntó:

–Áquila, tengo tanto amor al profeta nazareno que me permito indagar si tu lectura sobre la grandeza del Padre Celestial se hace a través de las enseñanzas del Evangelio.

Marido y mujer experimentaron una profunda sorpresa por lo inesperado de semejante pregunta.

–Sí… –esclareció el interpelado, vacilante–, pero, si vienes de la ciudad, no ignoras las persecuciones promovidas contra todos los que se encuentran vinculados con el "Camino" del Cristo Jesús.

Saulo no disimuló su alegría, verificando que los compañeros, amantes de la lectura, estaban en condiciones de intercambiar las más elevadas ideas sobre el nuevo aprendizaje.

Animado por la confesión del otro, se sentó en las piedras rústicas y, tomando los pergaminos con interés, preguntaba:

–¿Son las anotaciones de Levi?

–Sí –aclaró Áquila, más señor de sí y seguro de encontrarse ante un hermano de ideal–, las copié en la iglesia de Jerusalén, antes de partir.

En un instante, Saulo buscó la copia del Evangelio que constituía para su corazón uno de los más preciosos presentes de su vida. Examinaron, satisfechos, los textos y las enseñanzas.

Tomado por un sincero interés fraternal, el ex rabino interrogó con solicitud:

–¿Cuándo salieron de Jerusalén? Siento inmensa alegría cuando encuentro a hermanos que conocen de cerca nuestra Ciudad Santa. Cuando salí de Damasco, no preveía que Jesús me reservase tan gratas sorpresas.

–Hace meses que salimos de allá– explicó Áquila, ahora lleno de confianza en la espontaneidad de las palabras oídas–. Fuimos obligados a eso por el movimiento de las persecuciones.

Aquella referencia brusca e indirecta a su pasado, perturbaba al joven tartense en lo más recóndito del corazón.

–¿Llegaste a conocer a Saulo de Tarso? –preguntó el tejedor, con gran ingenuidad transparentándosele de los ojos–. Además –continuaba, mientras el interpelado buscaba qué responder–, el célebre enemigo de Jesús se llama igual que tú.

El ex rabino consideró que sería mejor seguir al pie de la letra el consejo de Gamaliel. Era preferible ocultarse, experimentar la reprobación justa de su pasado condenable, humillarse ante el juicio de los demás, por más implacables que fuesen, hasta que los hermanos del "Camino" comprobasen plenamente la fidelidad del testimonio.

–Lo conocí –respondió vagamente.

–Pues bien –proseguía Áquila, iniciando la narración de sus vicisitudes–, es muy posible que por tu paso por Damasco y Palmira, no tuvieses perfecto conocimiento de los martirios que el famoso doctor de la Ley nos impuso, muchas veces, de manera arbitraria. Tal vez el propio Saulo, según creo, no pudiese saber las atrocidades cometidas por los hombres sin escrúpulos que tenía a sus órdenes, porque las persecuciones fueron de tal naturaleza que, como hermano del "Camino", no puedo admitir que un rabino educado pudiese asumir la responsabilidad personal de tantos hechos inicuos.

Mientras el ex doctor procuraba, en vano, una respuesta ade-

cuada, Prisca entraba en la conversación, exclamando con simplicidad.

–Está claro que el rabino de Tarso no podía conocer todos los crímenes cometidos en su nombre. Simón Pedro, en la víspera del día que partimos, ocultamente, por la noche, nos afirmó que nadie debía odiarlo, porque a pesar del papel que representó en la muerte de Esteban, era imposible que fuese el cabecilla de tantas medidas odiosas y perversas.

Saulo comprendía, ahora que oía a los más humildes, la extensión de la campaña criminal que desencadenó, dando cauce a tantos abusos de subalternos y secuaces.

–Pero, –preguntó, impresionado– ¿sufriste tanto así? ¿Fuiste condenado a alguna pena?

–No fueron pocos los que sufrieron vejaciones iguales a las que experimenté –respondió Áquila, explicándose–, dado el condenable procedimiento de unos tantos energúmenos fanáticos, escogidos como auxiliares serviciales del movimiento.

–¿Cómo es eso? –inquirió Saulo sumamente sorprendido.

–Te daré un ejemplo. Un patricio de nombre Jochaí, varias veces interpeló a mi padre sobre la posibilidad de comprar su panadería en Jerusalén. Yo cuidaba de mi tienda; mi viejo progenitor, de sus servicios. Vivíamos felices y, considerando nuestra paz, a pesar de las investidas del ambicioso, mi padre jamás pensó en vender la fuente de sus recursos. No obstante, Jochaí, después del inicio de las persecuciones, logró una posición de realce. En tales hechos, los caracteres mezquinos siempre se llevan la palma. Bastó que le diesen un poco de autoridad y el envidioso enseguida expandió sus deseos criminales. Es verdad que Prisca y yo fuimos de los primeros en frecuentar la iglesia del "Camino", no solo por afinidad de sentimientos, sino por deber con Simón Pedro por la curación de antiguos males que me venían de la infancia. Mi padre, a pesar de su simpatía por el Salvador, siempre alegaba estar bastante viejo como para cambiar de ideas religiosas. Aferrado a la Ley de Moisés,

no podía comprender una renovación general de principios en materia de fe. Sin embargo, eso no invalidó los instintos perversos del ambicioso. Cierto día, Jochaí nos tocó a la puerta acompañado por una escolta armada, con orden de prisión para los tres. Era inútil resistir. El doctor de Tarso lanzó un edicto en el que toda resistencia significaba la muerte. Allá fuimos todos a prisión. En vano mi padre juró fidelidad a la Ley. Después del interrogatorio, Prisca y yo recibimos la orden de regresar a casa, pero papá fue encarcelado sin compasión. Sus modestos bienes fueron confiscados de inmediato. Después de muchas diligencias de nuestra parte, conseguimos que volviese a nuestra compañía y el valeroso anciano, cuyo único apoyo era mi dedicación filial en su senectud y viudez, expiró en nuestros brazos en el día inmediato a su liberación, esperada ansiosamente por nosotros. Cuando nos volvió a ver parecía un fantasma. Guardias caritativos lo trajeron casi agonizando. Aún le pude ver los huesos quebrados, las heridas abiertas, la piel maltratada por los azotes. Con palabras titubeantes, describió las lamentables escenas de la cárcel. Jochaí mismo, rodeado de secuaces, fue el autor de los últimos suplicios. ¡No pudiendo resistir a los sufrimientos, entregó el alma a Dios!

Áquila estaba profundamente conmovido. Una furtiva lágrima vino a asociarse a sus penosos recuerdos.

–¿Y la autoridad del movimiento? –preguntó Saulo, conmocionado al extremo– ¿estaría ajena a ese crimen?

–Creo que sí. Hubo demasiada crueldad para que se le atribuyese tan solo la punición por motivos religiosos.

–¿Pero, no te valiste de alguna petición de justicia?

–¿Quién se atrevería a hacerlo? –preguntó el empleado de Ezequías, con desconcierto–. Tengo amigos que llegaron a recurrir, pero pagaron con castigos más violentos el deseo de justicia.

El ex rabino comprendió la justeza de los conceptos. Solamente ahora tenía bastante amplitud en su visión espiritual para evaluar la vieja ceguera que le había ensombrecido el alma. Áquila

tenía razón. Muchas veces había sido sordo a los ruegos más conmovedores. Invariablemente, apoyaba las decisiones más absurdas de sus delegados inconscientes. Recordaba a Jochaí, que le parecía tan servicial en los días de ignorancia.

–¿Y qué piensas de Saulo? –preguntó bruscamente.

Lejos de saber con quién intercambiaba las ideas más íntimas, Áquila respondió sin titubear:

–El Evangelio manda a considerarlo como un hermano extremadamente necesitado de la Luz de Jesucristo. Nunca lo vi, pero, temiendo a las iniquidades practicadas en Jerusalén, vine a parar aquí en fuga precipitada, habiendo orado a Dios por él, esperando que un rayo del cielo lo esclarezca, no tanto por mí, que nada valgo, sino por causa de Pedro, al que considero como un segundo padre muy querido. Creo que se operarían maravillas si la iglesia del "Camino" pudiese trabajar libremente. Juzgo que los Apóstoles galileos son dignos de un campo sin espinos para la siembra de Jesús.

Dirigiéndose a la esposa, mientras el joven de Tarso guardaba silencio, el tejedor exclamaba con conmiseración:

–¿Recuerdas, Prisca, cómo se oraba por el perseguidor en las plegarias íntimas de la Iglesia? Muchas veces, para esclarecer nuestro espíritu débil en el perdón, Pedro nos enseñaba a considerar al implacable rabino como a un hermano cuya alma las violencias obscurecían. Para que nuestros resentimientos más vivos se deshiciesen, narraba su pasado, diciendo que, también él, por ignorancia llegó a negar al Maestro, más de una vez. Destacaba nuestras flaquezas humanas, nos inducía a tener una mejor comprensión. Cierto día llegó a declarar que toda la persecución de Saulo era útil, porque nos llevaba a pensar en nuestras propias miserias, con la finalidad de mantenernos vigilantes en las responsabilidades adquiridas con Jesús.

El ex discípulo de Gamaliel tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Sin duda, el famoso pescador de Cafarnaún es uno de los grandes hermanos de los infelices –afirmó con mucha convicción.

La conversación se desvió hacia otros comentarios, después de la intervención de Prisca en los últimos detalles del asunto, revelando conocer a muchas mujeres de Jerusalén, que, teniendo marido e hijos encarcelados, pedían sinceramente a Jesús por la iluminación del célebre perseguidor del "Camino". Enseguida, hablaron del Evangelio. El manto de estrellas cubrió sus grandiosas esperanzas, mientras Saulo bebía a grandes tragos el agua pura de la amistad sincera, en aquel nuevo mundo tan reducido.

En esas conversaciones cariñosas y fraternales, los días fueron pasando con rapidez. De cuando en cuando, llegaban de Palmira refuerzos de provisiones y otros recursos. Los tres habitantes del oasis silencioso entrelazaban aspiraciones y pensamientos en torno al Evangelio de Jesús, el único libro de sus meditaciones en aquellos parajes tan remotos.

El ex rabino modificó su aspecto, al contacto directo con las fuerzas agresivas de la Naturaleza. La epidermis quemada por el sol daba la impresión de ser un hombre acostumbrado a las inclemencias del desierto. La barba crecida transformó su semblante. Las manos acostumbradas al trato con los libros se volvieron callosas y rudas. Sin embargo, la soledad, las disciplinas austeras y el telar laborioso, le habían enriquecido el alma de luz y serenidad. Los ojos calmados y profundos testimoniaban los nuevos valores del espíritu. Finalmente, había entendido aquella paz desconocida que Jesús deseaba a los discípulos; sabía, ahora, interpretar la dedicación de Pedro, la tranquilidad de Esteban en el instante de su ignominiosa muerte, el fervor de Abigail, las virtudes morales de los frecuentadores del "Camino" que persiguió en Jerusalén. La autoeducación, en ausencia de los recursos de la época, enseñó a su alma ansiosa el secreto sublime de entregarse al Cristo, para reposar en sus brazos misericordiosos e invisibles. Desde que se consagró al Maestro, con alma y corazón, los remordimientos, los dolores, las dificultades se alejaron de su espíritu. Recibía todo trabajo como un bien, toda necesidad como un elemento de enseñanza. Sin esfuerzo, creció su amistad hacia Áquila y su mujer, tal y como si hubiesen nacido

juntos. Cierta vez, el compañero enfermó y estuvo a punto de morir, postrado por una violenta fiebre. La situación dolorosa, la multiplicación de las tempestades de arena, abatieron igualmente el ánimo de Prisca, que se recogió en el lecho con pocas esperanzas de vida. Sin embargo, Saulo mostró valor y desvelo inauditos. Lleno de sincera confianza en Dios, esperó la restauración de la calma y de la alegría. Jubiloso, vio el regreso de Áquila al telar y el retorno de la compañera a las labores hogareñas, llenos de nuevas expresiones de paz y confianza.

Cuando había pasado ya más de un año en aquella soledad, una caravana venida de Palmira le traía un mensaje lacónico. El negociante le comunicaba la muerte súbita del hermano, por cierto, esperada desde hacía tiempo.

La partida de Gamaliel hacia los reinos de la muerte no dejó de ser una dolorosa sorpresa. El viejo maestro, después de su padre, fue el mayor amigo que encontró en la vida. Meditó en sus últimos consejos, ponderando su profunda sabiduría. Ante su influjo, había conseguido la paz deseada para ajustarse a la situación espiritual necesaria, de manera que pudiese reorganizar su existencia. En ese día, pensamientos de profunda saudade martirizaron su alma sensible.

Por la tarde, después de la merienda y en la hora de las acostumbradas meditaciones, el ex rabino contempló a la pareja con tanta ternura que se le transparentaba de su franca mirada.

Cada cual se abstraía en la meditación del Evangelio Divino, cuando el joven tartense habló con cierta timidez, en desacuerdo con sus gestos plenos de resolución.

–Áquila, muchas veces, en la soledad de nuestro trabajo, he pensado en el enorme mal que te causó el doctor de Tarso. ¿Qué harías si un día te vieses repentinamente ante el verdugo?

–Trataría de estimarlo como a un hermano.

–¿Y tú, Prisca? –preguntó a la mujer que lo miraba curiosa.

–Sería una ocasión óptima para dar testimonio del Amor que Jesús ejemplificó en sus Lecciones Divinas.

El ex doctor de la Ley recobró la serenidad y elevando el tono de su voz, exclamó pleno de convicción:

–Siempre consideré que un hombre, llamado a administrar, responde por todos los errores de sus subordinados, en lo que corresponde al plano general de los servicios. Por tanto, en mi modo de pensar, no culparé tanto a Jochaí que se enarboló en un vulgar criminal, abusando de la prerrogativa que le fue conferida para la ejecución de tantas venganzas torpes.

–¿A quién imputarías, entonces, el asesinato de mi padre? –preguntó Áquila, impresionado, mientras el amigo hacía una ligera pausa.

–Juzgo que Saulo de Tarso debería responder por el proceso. Es verdad que él no autorizó el acto cruel, pero se hizo culpable por su indiferencia personal, en cuanto a los detalles de la tarea que competía a su autoridad.

Los cónyuges pasaron a meditar en el motivo de tales preguntas, mientras el joven se callaba, retraído.

Por fin, con voz humilde y conmovedora, comenzó a hablar de nuevo:

–Mis amigos, bajo la inspiración del Señor, es justo que nos confesemos unos a los otros. Mis manos encallecidas en el trabajo, mi esfuerzo por aprender bien las virtudes de la fe, que ambos han ejemplificado a mis ojos, deben dar testimonio de mi renovación espiritual. Yo soy Saulo de Tarso, el ensañado perseguidor, transformado en siervo penitente. Si mucho erré, hoy mucho necesito. En su Misericordia, Jesús rasgó la túnica miserable de mis ilusiones. Los sufrimientos regeneradores llegaron a mi corazón, lavándolo con lágrimas dolorosas. Perdí todo lo que significaba honras y valores del mundo, por tomar la cruz salvadora y seguir al Maestro en la senda de la Redención Espiritual. Es verdad que

aún no pude abrazarme al madero de las luchas constructivas y santificantes, pero persevero en el esfuerzo de negarme a mí mismo, despreciando el pasado de iniquidades para merecer la cruz de mi ascesis hacia Dios.

Áquila y su mujer lo contemplaban con asombro.

–No dudéis de mi palabra –continuó con los ojos llenos de lágrimas–. Asumo la responsabilidad de mis tristes hechos. Pero, ¡perdónenme, teniendo en cuenta mi ignorancia criminal!...

El tejedor y la esposa comprendieron que las lágrimas sofocaban su voz. Como dominado por una singular emoción, Saulo comenzó a llorar convulsivamente. Áquila se aproximó y lo abrazó. Aquella actitud cariñosa parecía agravar la penosa contrición, porque el llanto corrió con mayor abundancia. Recordó el momento en el que encontró la sincera afectividad de Ananías, y, sintiéndose allí, en los brazos de un hermano, dejó que las lágrimas lavasen plenamente su corazón. Sentía la necesidad de expandir sus sentimientos afectuosos. La vieja vida de Jerusalén estaba plagada de convencionalismo y sequedad. Como doctor destacado, había tenido muchos admiradores, pero en ninguno llegó a sentir afinidades fraternas. Pero, en aquel rincón del desierto, el cuadro era otro. Tenía frente a sí a un hombre digno y honesto, compañero dedicado y trabajador, antigua víctima de sus inflexibles y crueles persecuciones. ¿Cuántos, como Áquila y su mujer, no estarían dispersos en el mundo, comiendo, por su causa, el pan amargo del exilio? Los grandes sentimientos nunca pueblan el alma de una sola vez en su belleza integral. La persona envenenada en el mal es como un recipiente de vinagre, que necesita ser vaciado poco a poco. La visión de Jesús constituía un acontecimiento vivo, imperecedero; pero, para que pudiese comprender toda la extensión de sus nuevos deberes, se le imponía el camino estrecho de las pruebas rígidas y amargas. Había visto al Cristo; pero, para ir a estar con Él, era indispensable volver atrás y trasponer abismos. Las desilusiones de la Sinagoga de Damasco, el reconfor-

tante encuentro con los humildes hermanos bajo la dirección de Ananías, la falta de recursos económicos, los consejos austeros de Gamaliel, el anonimato, la soledad, el abandono de los entes más queridos, el pesado telar bajo el sol ardiente, la penuria de todo confort material, la meditación diaria en las ilusiones de la vida, todo eso representaba un auxilio precioso para tomar su decisión victoriosa. El Evangelio funcionó como una lámpara en la difícil jornada, para el descubrimiento de sí mismo a fin de evaluar las necesidades más apremiantes.

Abrazándose estrechamente al amigo, que buscaba enjugar sus lágrimas, se acordaba de que en Damasco, después de la gran visión del Mesías, tal vez guardase en lo íntimo el orgullo de saber enseñar, el amor en la cátedra de maestro en Israel, la tendencia despótica de obligar al semejante a pensar como él; mientras que ahora podía examinar el pasado culposo y sentir el júbilo de la reconciliación, dirigiéndose con humildad a su víctima. En aquel instante, tuvo la impresión de que Áquila representaba a la comunidad de todos los ofendidos por sus crueles desmanes. Una suave serenidad le henchía el corazón. Se sentía más distanciado de su orgullo, del amor propio, de las ideas amargas, de los terribles remordimientos. Cada gota de llanto era como si expulsara un poco de hiel de su alma, renovando sus sensaciones de tranquilidad y de alivio.

–Hermano Saulo –dijo el tejedor sin ocultar su júbilo–, regocijémonos en el Señor, porque, como hermanos, estábamos separados y ahora nos encontramos juntos de nuevo. No hablemos del pasado, comentemos el poder de Jesús, que nos transforma con su amor.

Prisca, que también lloraba, intervino con ternura:

–¡Si Jerusalén conociese esta victoria del Maestro, rendiría gracias a Dios!...

Sentados los tres sobre la hierba dispersa del oasis, al soplo del viento que atenuaba los rigores de la tarde caliente, hermanados en la sublimidad de la fe común, el joven tartense les narró el inol-

vidable suceso de la jornada de Damasco, revelando las profundas transformaciones de su vida.

Los cónyuges lloraron de emoción y alegría oyendo el hecho de la Misericordia de Jesús, que, a sus ojos piadosos, no solo representaba un gesto de cariño al siervo desviado, sino una Bendición de Amor para la Humanidad entera.

De ahí en adelante, la tarea les parecía más liviana, las dificultades menos penosas. Nunca más pasó un crepúsculo sin que se comentase la dádiva gloriosa del Cristo a las puertas de Damasco.

–Ahora que el Maestro nos reunió –exclamaba Áquila, satisfecho–, salgamos del desierto, proclamemos los favores de Jesús por el mundo entero. Prisca y yo no tenemos muchas obligaciones de familia. Con la muerte de mi padre, estamos solos en lo tocante a los deberes más pesados y es razonable que no perdamos la ocasión de auxiliar la difusión de la Buena Nueva. Además de las lecciones de Levi, tenemos ahora la visión de Jesús resucitado, para ilustrar nuestra palabra.

Después de mucho tiempo, en vísperas de retornar a la lucha en los grandes centros populosos, oyendo sus planes llenos de entusiasmo, Saulo indagó sobre los proyectos que tenían trazados.

–Desde tu revelación –exclamó el tejedor, confiado y lleno de esperanza– nutro un gran ideal. Parece increíble a primera vista; pero, antes de morir, sueño con ir a Roma y anunciar el Cristo a los hermanos de la vieja Ley. ¡Tu visión en el camino de Damasco me llena de valor! Narraré el hecho a los más indiferentes y daré un poco de luz a los más insensatos. Como servidor humilde de los hombres, sabré dedicarme a los intereses del Salvador.

–¿Pero, cuándo pretendes partir?

–Abandonaremos Palmira en la primera ocasión, cuando el Maestro nos muestre el camino.

Después de una pausa en la que Saulo se mantuvo pensativo, el otro murmuró:

–¿Por qué no vienes con nosotros a Roma?

–¡Ah, si pudiese!... –dijo el ex rabino, dando a entender su deseo–. Juzgo que Jesús deseará verme, antes de todo, enteramente reconciliado con cuántos ofendí en Jerusalén. Además, necesito volver a ver a mis padres, matando las añoranzas del corazón.

En efecto, después de pasar la gran caravana que traía a sus sustitutos, servidos de un camello, los tres hermanos del "Camino" dejaron el oasis en dirección a Palmira, donde la familia de Gamaliel los acogió con mucho cariño.

Áquila y la mujer permanecerían allí por algún tiempo al servicio de Ezequías, hasta que pudiesen realizar el hermoso ideal de trabajo en la poderosa Roma de los Césares, pero Saulo de Tarso, ahora resistente como un beduino, después de agradecer la generosidad del benefactor y despedirse de los amigos con lágrimas en los ojos, tomó de nuevo el rumbo de Damasco, radicalmente transformado por las meditaciones de tres años consecutivos, pasados en el desierto.

III

Luchas y humillaciones

La jornada se realizó sin incidentes. Mientras tanto, en su nueva soledad, el joven tartense reconocía que fuerzas invisibles proveían su mente de grandiosas y consoladoras inspiraciones. Durante la noche llena de estrellas, tenía la impresión de oír una voz cariñosa y sabia, difundiendo llamados de infinito amor y de infinita esperanza. Desde el instante en el que se separó de la amistosa compañía de Áquila y su mujer, cuando se sintió absolutamente solo, para enfrentar las grandes tareas de su nuevo destino, encontró energías interiores imprevistas, desconocidas hasta entonces.

No podía definir aquel estado espiritual, pero el caso es que de allí en adelante, bajo la dirección de Jesús, Esteban se conservaba a su lado como compañero fiel.

Aquellas exhortaciones, aquellas voces suaves y amigas que lo asistieron en todo el curso de su apostolado y que fueron atribuidas directamente al Salvador, provenían del generoso mártir del "Camino", que lo siguió espiritualmente durante treinta años, renovando constantemente sus fuerzas para la ejecución de las tareas redentoras del Evangelio.

De esa manera, Jesús quiso que la primera víctima de las persecuciones de Jerusalén permaneciese siempre hermanada al primer verdugo de los prosélitos de su Doctrina de Vida y Redención.

En vez de los sentimientos de remordimiento y perplejidad, en vista de su pasado reprobable; de la nostalgia y desaliento que,

a veces, amenazaba su corazón, sentía ahora radiantes promesas en el espíritu renovado, sin poder explicar el origen sagrado de tan profundas esperanzas. No obstante las singulares alteraciones fisonómicas que la vida, el régimen y el clima del desierto le produjeron, entró en Damasco con alegría sincera en el alma consagrada, ahora, absolutamente, al servicio de Jesús.

Con júbilo indefinible abrazó al ya longevo Ananías, poniéndolo al corriente de sus edificaciones espirituales. El respetable anciano le retribuyó el cariño con inmensa bondad. En esta ocasión, el ex rabino no precisó aislarse en una pensión entre desconocidos, porque los hermanos del "Camino" le ofrecieron franca y amorosa hospitalidad. Diariamente, repetía la emoción confortadora de la primera reunión a la que compareció, antes de recogerse en el desierto. La pequeña asamblea fraternal se congregaba todas las noches, intercambiando nuevas ideas sobre las enseñanzas del Cristo, comentando los acontecimientos mundanos a la luz del Evangelio, permutando objetivos y conclusiones. Saulo fue informado de todas las novedades atinentes a la Doctrina, experimentando los primeros efectos del choque entre los judíos y los amigos del Cristo, a causa de la circuncisión. Su temperamento apasionado percibió la extensión de la tarea que le estaba reservada. Los fariseos formalistas de la sinagoga, ya no se insurreccionaban contra las actividades del "Camino", siempre que el seguidor de Jesús fuese, ante todo, fiel observador de los principios de Moisés. Solamente Ananías y algunos pocos más percibieron la sutileza de los casuistas que provocaban deliberadamente la confusión en todos los sectores, atrasando la marcha victoriosa de la Buena Nueva redentora. El ex doctor de la Ley reconoció que en su ausencia, el proceso de persecución se había tornado más peligroso y más imperceptible, por cuanto, a las características crueles, pero francas, del movimiento inicial, se sucedían las manifestaciones de hipocresía farisaica, que, con el pretexto de contemporización y benignidad, sumergirían la personalidad de Jesús y la grandeza de sus Lecciones Divinas en criminal y deliberado olvido. Coherente con las nuevas disposiciones de su

fuero íntimo, no pretendía volver a la sinagoga de Damasco, para no parecer un maestro pretencioso, pugnando por la salvación de otros, antes de cuidar de su propio perfeccionamiento; pero, ante lo que veía y concluía con su elevado sentido psicológico, comprendió que era útil enfrentar todas las consecuencias y demostrar las disparidades del formalismo farisaico con el Evangelio: lo que era la circuncisión y lo que era la Nueva Fe. Exponiendo a Ananías el proyecto de fomentar la discusión en torno al asunto, el generoso anciano estimuló sus propósitos de restablecer la verdad en sus legítimos fundamentos.

Para ese fin, en el segundo sábado de su permanencia en la ciudad, el vigoroso predicador compareció en la sinagoga. Nadie reconoció al rabino de Tarso con su túnica desgastada, la epidermis tostada por el sol, el rostro descarnado, pero con un brillo más vivo en sus ojos profundos.

Terminada la lectura y la exposición reglamentaria, franqueada la palabra a los sinceros estudiosos de la religión, he ahí que el desconocido sube a la tribuna de los maestros de Israel y, buscando interesar a la numerosa asistencia, habló en primer lugar del carácter sagrado de la Ley de Moisés, deteniéndose, apasionado, en las maravillosas y sabias promesas de Isaías, hasta que penetró en el estudio de los profetas. Los presentes lo escuchaban con profunda atención. Algunos se esforzaban por identificar aquella voz que no les parecía extraña. La vibrante prédica suscitaba conclusiones de gran alcance y belleza. Una inmensa luz espiritual transbordaba de las manifestaciones altilocuentes.

Fue entonces que el ex rabino, conociendo el poder magnético ya ejercido sobre el numeroso auditorio, comenzó a hablar del Mesías Nazareno, comparando su vida, hechos y enseñanzas, con los textos que lo anunciaban en las Sagradas Escrituras.

Cuando abordaba el problema de la circuncisión, he ahí que la asamblea rompe en furiosa gritería.

–¡Es él!... ¡Es el traidor!... –clamaban los más osados, después

de identificar al ex doctor de Jerusalén. – ¡Apedreemos al blasfemo!... ¡Es el bandido de la secta del "Camino!...

Por su parte, los jefes del servicio religioso reconocieron al antiguo compañero, considerado ahora como un tránsfuga de la Ley, a quien se debían imponer castigos rudos y crueles.

Saulo asistía a la repetición de la misma escena de cuando se hacía oír en la selecta reunión, con la presencia de los levitas de Chipre. Enfrentó impasible la situación, hasta que las autoridades religiosas consiguiesen calmar los ánimos turbulentos.

Después de las fases más agudas del tumulto, el arquisinagogo, tomando posición, determinó que el orador descendiese de la tribuna para responder a su interrogatorio.

El convertido de Damasco comprendió de relance toda la calma que necesitaba para salir airoso de aquella difícil aventura, y obedeció, rápidamente, sin protestar.

–¿Sois Saulo de Tarso, antiguo rabino en Jerusalén? –preguntó la autoridad con énfasis.

–¡Sí, por la gracia del Cristo Jesús! –respondió en tono firme y con resolución.

–¡No viene al caso hacer referencias a ese carpintero de Nazaret! Tan solo nos interesa vuestra inmediata prisión, de acuerdo con las instrucciones recibidas del Templo –explicó el judío en actitud solemne.

–¿Mi prisión? –interrogó Saulo, impresionado.

–Sí.

–No os reconozco el derecho de efectuarla –esclareció el predicador.

Ante aquella actitud enérgica, hubo un movimiento de sorpresa general.

–¿Por qué os resistís? Cuando solo os corresponde obedecer.

Saulo de Tarso lo miró con decisión, explicando:

–Me niego porque, no obstante haber modificado mi concepción religiosa, soy doctor de la Ley y además de eso, en cuanto a la situación política, soy ciudadano romano y no puedo atender a órdenes verbales de prisión.

–Pero estáis preso en nombre del Sanedrín.

–¿Dónde está el mandato?

La imprevista pregunta desorientó a la autoridad. Hacía más de dos años, que había llegado de Jerusalén el documento oficial, pero nadie podía prever aquella eventualidad. La orden había sido archivada cuidadosamente, pero no podía ser exhibida de inmediato, como exigían las circunstancias.

–El pergamino será presentado dentro de pocas horas –agregó el jefe de la sinagoga, un tanto indeciso.

Y como para justificarse, añadía:

–Desde el escándalo de vuestra última predicación en Damasco, tenemos orden de Jerusalén para prenderos.

Saulo lo miró con energía, y volviéndose hacia la asamblea, que observaba su valor moral, tomada de pasmo y admiración, dijo en alta voz:

–Varones de Israel, traje a vuestro corazón lo mejor que poseía, pero rechazáis la verdad trocándola por las formalidades exteriores. No os condeno. Siento que seáis así, porque también yo fui así como vosotros. Sin embargo, llegada mi hora, no rechacé el auxilio generoso que el cielo me ofrecía. Me lanzáis acusaciones, vituperáis mis actuales convicciones religiosas; pero, ¿quién de vosotros estaría dispuesto a discutir conmigo? ¿Dónde está el sincero luchador del campo espiritual que desee sondear, en mi compañía las Santas Escrituras?

Un profundo silencio siguió al reto.

–¿Nadie? –preguntó el ardiente artífice de la Nueva Fe, con una sonrisa de triunfo. –Os conozco, porque también anduve por esos caminos. Entonces, convengamos en que el fariseísmo nos per-

dió, lanzando nuestras esperanzas más sagradas en un océano de hipocresías. Veneráis a Moisés en la sinagoga; tenéis excesivo cuidado con las fórmulas exteriores, pero, ¿cuál es la característica de vuestra vida en el hogar? ¡Cuántos dolores ocultos bajo la brillante túnica! ¡Cuántas heridas disimuláis con palabras falaces! ¡Como yo, debíais sentir inmenso tedio de tantas máscaras innobles! ¡Si fuésemos a señalar los hechos criminales que se practican a la sombra de la Ley, no tendríamos azotes para castigar a tantos culpables; ni el número exacto de maldiciones indispensables para una pintura de semejantes abominaciones! Padecí de vuestras úlceras, me envenené también en vuestras tinieblas y venía a traeros el remedio imprescindible. ¡Rechazáis mi cooperación fraterna; pero, en vano, recalcitráis ante los procesos regeneradores, porque solamente Jesús podrá salvaros! Os he traído el Evangelio, y os ofrezco la Puerta de Redención para limpiar vuestras viejas máculas y ¿aún queréis compensar mis esfuerzos con la cárcel y la maldición? ¡Me niego a recibir semejantes valores a cambio de mi espontánea iniciativa!... No podréis detenerme, porque la palabra de Dios no está encadenada. Si la rechazáis, otros me comprenderán. No es justo abandonarme a vuestros caprichos, cuando el servicio a hacer, me pide dedicación y buena voluntad.

Incluso los directores de la reunión parecían dominados por poderosas e indefinibles fuerzas magnéticas.

El joven tartense paseó la mirada imponente sobre todos los presentes, revelando la rigidez de su ánimo poderoso.

–Vuestro silencio habla más que las palabras –concluyó casi audazmente. –Jesús no os permite la prisión del servidor humilde y fiel. Que su bendición os ilumine el espíritu en la verdadera comprensión de las realidades de la vida.

Diciendo así, caminó resuelto hacia la puerta de salida, mientras la mirada asombrada de la asamblea acompañaba su figura, hasta que, a paso firme, desapareció en una de las calles estrechas que desembocaba en la gran plaza.

Como si despertase, después del osado desafío, la reunión

degeneró en acaloradas discusiones. El arquisinagogo, que parecía sumamente impresionado con las declaraciones del ex rabino, no ocultaba la indecisión, dudando entre las verdades amargas de Saulo y la orden de prisión inmediata. Los compañeros más enérgicos procuraron levantar su espíritu de autoridad. Era necesario prender al atrevido orador a cualquier precio. Los más decididos se pusieron a buscar, de inmediato, el pergamino de Jerusalén y, tan pronto como lo encontraron, resolvieron pedir auxilio a las autoridades civiles, promoviendo diligencias. Tres horas después, todas las medidas para la prisión del osado predicador estaban tomadas. Los primeros contingentes fueron movilizados a las puertas de la ciudad. En cada una se apostó un pequeño grupo de fariseos, secundados por dos soldados, a fin de burlar cualquier tentativa de evasión.

En seguida, iniciaron los interrogatorios en bloque, en la residencia de todas las personas sospechosas de simpatía y de relacionarse con los discípulos del Nazareno.

Por su parte, Saulo, alejándose de la sinagoga, procuró entrevistarse con Ananías, ansioso por escuchar su palabra amorosa y consejera.

El sabio viejito oyó la narración de lo acontecido, aprobando su actitud.

–Sé que el Maestro –decía el joven finalizando– condenó las contiendas y jamás anduvo entre los incitadores; pero, tampoco contemporizó con el mal. Estoy dispuesto a reparar mi pasado de culpas. Afrontaré las incomprensiones de Jerusalén, a fin de patentar mi transformación radical. Pediré perdón a los ofendidos por la insensatez de mi ignorancia, pero, de ningún modo podré huir de la oportunidad de afirmarme sincero y veraz. ¿Acaso serviría al Maestro, humillándome delante de las pretensiones inferiores? Jesús luchó cuanto le fue posible y sus discípulos no podrán proceder de otro modo.

El bondadoso anciano acompañaba sus palabras con señales afirmativas. Después de confortarlo con su aprobación, le recomen-

dó la mayor prudencia. Sería razonable alejarse cuanto antes de allí, de su aposento. Los judíos de Damasco conocían la parte que había tenido en su curación. A causa de eso, muchas veces había soportado sus injurias y sarcasmos. Sí, de seguro, lo buscarían allí para arrestarlo. Así, era de la opinión que se recogiese en la casa de la hermana lavandera, donde acostumbraban orar y estudiar el Evangelio. Ella sabría acogerlo con bondad.

Saulo atendió al consejo sin vacilar.

Tres horas después, el viejo Ananías era procurado e interpelado. Atendiendo a su conducta discreta, fue recluido en la cárcel para ulteriores averiguaciones.

El hecho es que, inquirido por la autoridad religiosa, apenas respondía:

–Saulo debe estar con Jesús.

Con sus escrúpulos de conciencia, el generoso anciano entendía que, de ese modo, no mentía a los hombres ni comprometía a un amigo fiel. Después de permanecer preso e incomunicado por veinticuatro horas, lo dejaron en libertad, después de recibir dolorosos castigos. Le dieron veinte bastonazos, dejándole el rostro y las manos gravemente heridos. Con todo, luego que se vio libre, esperó a la noche y con total cautela, se encaminó a la humilde casa donde se realizaban las prédicas del "Camino". Reencontrándose con el amigo, le expuso un plan que venía a remediar la situación.

–Cuando niño –exclamó Ananías, gozoso– asistí a la fuga de un hombre sobre los muros de Jerusalén.

Y como si recapitulase los pormenores del hecho, en la memoria cansada, preguntó:

–Saulo, ¿tendrías miedo de huir en un cesto de mimbre?

–¿Por qué? –dijo el joven sonriente–. ¿Moisés no comenzó la vida en un cesto sobre las aguas?

El anciano halló graciosa la alusión y esclareció el proyecto. No muy lejos de allí, había grandes árboles junto a los muros de la

ciudad. Alzarían al fugitivo en un gran cesto, y después, con insignificantes movimientos, él podría descender del otro lado, en condiciones de iniciar el viaje para Jerusalén, conforme pretendía. El ex rabino experimentó inmensa alegría. En la misma hora, la dueña de la casa fue a buscar la ayuda de tres hermanos de más confianza. Y cuando el cielo se tornó más sombrío, después de las primeras horas de la media noche, un pequeño grupo se reunía junto a la muralla, en un punto más distante del centro de la ciudad. Saulo besó las manos de Ananías, casi llorando. Se despidió en voz baja de los amigos, mientras uno le entregaba un voluminoso paquete de panecillos de cebada. En la copa del árbol, frondoso y oscuro, el más joven esperaba la señal. El varón tartense entró en su improvisada embarcación y la evasión se dio en el ámbito silencioso de la noche.

Del otro lado, salió ligero del cesto, dejándose dominar por extraños pensamientos. ¿Sería justo huir así? No había cometido ningún crimen. ¿No sería una actitud cobarde dejar de comparecer ante la autoridad civil para las aclaraciones necesarias? Al mismo tiempo, consideraba que su conducta no provenía de sentimientos pueriles e inferiores, pues iba a Jerusalén reanimado, donde buscaría entrevistarse con los antiguos compañeros y les hablaría abiertamente, concluyendo que tampoco sería razonable entregarse inerme al fanatismo tiránico de la Sinagoga de Damasco.

A los primeros rayos de sol, el fugitivo iba lejos. Llevaba consigo los panecillos de cebada como única provisión, y el Evangelio obsequiado por Gamaliel, como recuerdo de tanto tiempo de soledad y de lucha.

La jornada fue muy difícil y penosa. El cansancio lo obligaba a realizar paradas constantes. Más de una vez recurrió a la caridad ajena, en el penoso trayecto. Con la ayuda de camellos, caballos o dromedarios, el viaje de Damasco a Jerusalén no exigía menos de una semana de marchas exhaustivas. Pero, Saulo, iba a pie. Tal vez, podría valerse de la colaboración definitiva de alguna caravana, donde consiguiese los recursos imprescindibles, pero prefirió familiarizar su poderosa voluntad con los obstáculos más duros. Cuando

la fatiga le sugería el deseo de aguardar la eventual cooperación de otros, buscaba vencer el desánimo, se ponía nuevamente de pie y apoyándose en cayados improvisados, seguía adelante.

Después de experimentar suaves recuerdos en el lugar en el que tuvo la gloriosa visión del Mesías resucitado, volvió a sentir cariñosas emociones al penetrar en Palestina, atravesando lentamente extensas regiones de Galilea. Se interesó por conocer el teatro de las primeras luchas del Maestro, identificarse con los paisajes más queridos, visitar Cafarnaún y Nazaret, oír la palabra de los hijos de la región. En aquel tiempo, ya el ardiente Apóstol de los gentiles deseaba enterarse de todos los hechos referentes a la vida de Jesús, ansiaba coordinarlos con seguridad, para legar a los hermanos en Humanidad el mejor acervo de informaciones sobre el Emisario Divino.

Cuando llegó a Cafarnaún, un crepúsculo de oro entornaba maravillas de luz en el bucólico paisaje. El ex rabino descendió religiosamente a las márgenes del lago. Se extasió con la contemplación de las aguas encrespadas. Pensando en Jesús, en el Poder de su Amor, lloró, dominado por una singular emoción. Deseó haber sido un humilde pescador para captar las sublimes enseñanzas en la fuente de sus palabras generosas e inmortales.

Durante dos días permaneció allí en suave embeleso. Sin revelar su identidad, buscó a Leví, que lo recibió con buena voluntad. Le mostró su dedicación y conocimiento del Evangelio, habló de sus oportunas anotaciones. El hijo de Alfeo se alegró, contagiado por aquella palabra inteligente y confortadora. En Cafarnaún Saulo vivió horas deliciosas para su espíritu emotivo. Visitó el local de las predicaciones del Maestro; más adelante, la casita de Simón Pedro; más allá, la colecturía donde el Maestro fue a llamar a Levi para el desempeño de un importante papel entre los apóstoles. Abrazó a hombres fuertes, de la localidad, que habían sido ciegos y leprosos, curados por las misericordiosas manos del Mesías; fue a Dalmanuta, donde conoció a Magdalena. Enriqueció el mundo impresionante de sus observaciones, recogiendo informes inéditos.

Pasados algunos días, después de reposar en Nazaret, helo a las puertas de la Ciudad Santa de los israelitas, extenuado de fatiga, por las penosas caminatas y por las noches de vigilia, cuyos sufrimientos muchas veces le parecieron sin fin.

Sin embargo, en Jerusalén lo aguardaban otras sorpresas no menos dolorosas.

Estaba dominado por ansiosas interrogantes. No había tenido noticias de sus padres, de los amigos, de la cariñosa hermana, de los demás familiares, siempre vivos en su retentiva. ¿Cómo lo recibirían los compañeros más sinceros? No podía esperar amables recepciones en el Sanedrín. El episodio de Damasco le daba a entender el estado de ánimo de los miembros del Tribunal. Es verdad que había sido sumariamente expulsado del cenáculo más conspicuo de la raza. Pero, en compensación, había sido admitido por el Cristo en el cenáculo infinito de las verdades eternas.

Dominado por esas reflexiones, atravesó la puerta de la ciudad, recordando el tiempo en el que, en un carruaje veloz, salía, de otro lugar, buscando la casa de Zacarías, en la dirección de Jope. Las reminiscencias de las horas más venturosas de su juventud le hinchieron los ojos de llanto. Los transeúntes de Jerusalén estaban lejos de imaginar quién era aquel hombre delgado y pálido, con la barba crecida y los ojos encuevados, que pasaba arrastrándose por la fatiga.

Después de hacer un gran esfuerzo, alcanzó un predio residencial de su conocimiento. El corazón le palpitó apresurado. Como un simple mendigo, tocó en la puerta, con ansiosa expectativa.

Un hombre de semblante severo le atendió secamente.

–¿Por favor, podéis informarme –dijo con humildad–, si todavía reside aquí una señora llamada Dalila?

–No, –respondió el otro con tono áspero.

Aquella mirada endurecida no daba ocasión a nuevas preguntas, pero, aun así, se aventuró:

–Por gentileza, ¿me podéis decir para dónde se mudó?

–¡Esto es lo que me faltaba! –replicó el dueño de la casa enojado–. ¿Será posible que tenga que prestarle cuentas a un mendigo? Dentro de poco usted me preguntará si compré esta casa; después querrá saber el precio, exigirá fechas, reclamará nuevas informaciones sobre los antiguos moradores, tomando mi tiempo con mil interrogaciones ociosas.

Y, fijando en Saulo sus ojos impasibles, remató de golpe:

–Nada sé, ¿está oyendo? ¡A la calle!…

El fugitivo de Damasco volvió serenamente a la vía pública, mientras el hombrecito daba rienda suelta a sus nervios enfermos, cerrando la puerta con estruendo.

El ex discípulo de Gamaliel reflexionó en la amarga realidad de aquella primera recepción simbólica. Ciertamente, Jerusalén, nunca más podría reconocerlo. No obstante la impresión dolorosa, no se dejó dominar el espíritu por el desánimo. Resolvió ir a visitar a Alejandro, pariente de Caifás y su compañero de actividades en el Sanedrín y en el Templo. Cansadísimo, tocó en la puerta, con menguadas esperanzas. Un servidor de la casa, después de la primera pregunta, venía a traerle la agradable noticia de que el dueño de la casa no se demoraría en atenderlo.

En efecto, poco tiempo después, Alejandro recibía al desconocido con patente sorpresa.

Satisfecho por conseguir la atención de un viejo amigo, Saulo se adelantó, saludándolo con efusión.

El ilustre israelita no consiguió ocultar la sorpresa y sentenció con alguna generosidad en las palabras:

–Amigo, ¿a qué venís a esta casa?

–¿Será posible que no me reconozcas? –interrogó de buen humor el varón de Tarso, a pesar de su inmensa fatiga.

–Vuestra fisonomía no me es del todo extraña, pero…

–¡Alejandro! –exclamó por fin, placentero– ¿ya no te acuerdas de Saulo?

Un gran abrazo fue la respuesta del amigo, que preguntaba solícito, modificando el comportamiento:

–¡Muy bien! ¡Finalmente! ¡Gracias a Dios, veo que ya estás curado! ¡No me equivoqué esperando que regresases! ¡Grande es el poder del Dios de Moisés!

Saulo comprendió enseguida la ambigüedad de aquellas expresiones. Sintiendo dificultad para darse a entender, buscaba la mejor manera de explicarse con éxito, mientras el amigo proseguía:

–¿Pero qué aspecto es este? Pues, pareces un beduino del desierto… Dime: ¿cuánto tiempo duró tu insidiosa enfermedad?

Saulo se llenó de valor y afirmó:

–Seguro que has sido engañado o estás mal informado, porque, nunca estuve enfermo.

–¡Imposible! –dijo Alejandro, visiblemente contrariado, después de tantas demostraciones afectuosas. –Jerusalén está llena de leyendas sobre ti. Sadoc vino hasta aquí, hace tres años, pidiendo enérgicas medidas del Sanedrín para que se aclarase tu situación y, después de largos debates, llevó una orden de prisión contra ti. Desde esa época, luché desesperadamente para que se modificasen las disposiciones de la pieza condenatoria. Probé que, si habías adoptado una actitud simpática para con la gente del "Camino", seguro, que esa decisión obedecía a fines que no estábamos habilitados a comprender de pronto, como, por ejemplo, el de sondear mejor la extensión de sus actividades revolucionarias.

Saulo no pudo contenerse y replicó, antes que el amigo continuase:

–Pero, en ese caso, sería un hipócrita desleal e indigno del cargo y de mí mismo.

El otro, enfadado, frunció el ceño.

–Además, ponderé todas las hipótesis y como no podía tomar-

te por hipócrita –afirmó Alejandro, procurando enmendar la situación– conseguí probar que tu actitud en Damasco provenía de una transitoria demencia. No era justo pensar de otro modo, incluso porque, al contrario, serías también falso, con nosotros, en la esfera del farisaísmo.

El ex rabino sintió la delicadeza del impase. Había renovado sus concepciones religiosas, pero estaba delante de un amigo. Cuando muchos lo abandonaban, éste lo recibía fraternalmente. Era necesario no herirlo. Sin embargo, era imposible enmascarar la verdad. Sintió los ojos llenos de lágrimas. Se le imponía dar testimonio del Cristo, a cualquier precio, aunque tuviese que perder las mejores afecciones del mundo.

–Alejandro –dijo humildemente–, es verdad que inicié el gran movimiento de persecución al "Camino"; pero, ahora, es indispensable confesar que me equivoqué. Los Apóstoles galileos tienen la razón. Estamos en el inicio de grandes transformaciones. A las puertas de Damasco, Jesús se me apareció en su Gloriosa Resurrección y me exhortó a ponerme al servicio de su Evangelio de Amor.

La palabra le salía tímida, moderada por el deseo de no herir las creencias del amigo, que, no obstante, dejaba transparentar su profunda decepción en el rostro lívido.

–¡No digas tales absurdos! –exclamó, irónico y sonriente– desgraciadamente, veo que el mal continúa minando tus fuerzas físicas y mentales. La Sinagoga de Damasco tenía razón. Si no te conociese desde la infancia, te daría ahora el título de blasfemo y desertor.

A pesar de su energía viril, el joven tartense, estaba desilusionado.

–Además –prosiguió el otro, asumiendo aires de protector–, desde el inicio de tu viaje no estuve de acuerdo con el mísero cortejo que llevabas. Jonás y Demetrio son casi principiantes, y Jacob está viejo. Con semejante compañía, cualquier perturbación de tu parte habría de acarrear grandes desastres morales para nuestra posición.

–No obstante, Alejandro –decía el ex rabino, un tanto humi-

llado–, debo insistir en la verdad. Vi con estos ojos al Mesías de Nazaret; oí su palabra, de viva voz. Comprendiendo los errores en los que vivía, en mi defectuosa concepción de la fe, busqué el desierto. Estuve allá tres años en servicio rudo y largas meditaciones. Mi convicción no es superficial. Hoy, creo que Jesús es el Salvador, el Hijo del Dios Vivo.

–Pues tu enfermedad –repetía Alejandro altanero, modificando el matiz de la intimidad– trastornó la vida de toda tu familia. Avergonzados con las noticias llegadas de Siria, Jaques y Dalila se mudaron de Jerusalén para Cilicia. Cuando supo de la orden de prisión dictada por el Sanedrín contra tu persona, tu madre falleció en Tarso. Tu padre, que te educó con esmero, esperando de tu inteligencia los mayores galardones de nuestra raza, vive abatido e infeliz. Tus amigos, cansados de soportar las ironías del pueblo en Jerusalén, viven esquivos y humillados, después de buscarte en vano. ¿No te dolerá la visión de este cuadro? ¿No bastará un dolor como este para rehacer tu equilibrio mental?

El ex doctor de la Ley tenía el corazón desgarrado por la angustia. Tantos días repletos de ansiedad, tantas amarguras vividas con la intención de lograr alguna comprensión y reposo junto a los suyos, ver, ahora, que todo era ilusión y ruinas. La familia desorganizada, la madre muerta, el padre infeliz; los amigos execrándolo; y Jerusalén lanzándole ironías.

Viéndolo en tal actitud, el amigo se regocijaba íntimamente, esperando ansioso el efecto de sus palabras.

Después de concentrarse un minuto, Saulo enfatizó:

–Lamento los hechos tan tristes y tomo a Dios por testigo de que no cooperé intencionalmente para que sucediera eso. No obstante, incluso aquellos que aún no aceptaron el Evangelio deberían comprender, según la antigua Ley, que no debemos ser orgullosos. Moisés, no obstante sus enérgicas recomendaciones, enseñó la bondad. Los profetas, que le sucedieron, fueron emisarios de profundos mensajes para nuestro corazón que se perdía en la iniquidad. Amós

nos instó a buscar a Jehová para que consigamos vivir. Lamento que mis amigos se juzguen ofendidos; pero es preciso considerar que, antes de oír cualquier juicio ocioso del mundo, debemos buscar los juicios de Dios.

–¿Quiere decir que persistes en tus errores? –preguntó Alejandro, casi hostil.

–No me siento engañado. Dada la incomprensión general –comentó el ex rabino dignamente–, también me encuentro en penosa situación; pero el Maestro no me faltará con su auxilio. Me acuerdo de Él y experimento un gran consuelo. Los afectos de la familia y la consideración de los amigos eran mi única riqueza en el mundo. Pero, encontré en las anotaciones de Levi el caso de un joven, que me enseña cómo proceder en esta hora (1). Desde la infancia procuré cumplir rigurosamente con mis deberes; pero, si es preciso echar mano de la riqueza que me resta, para alcanzar la iluminación de Jesús, ¡renunciaré también a la estimación de este mundo!...

Alejandro pareció conmoverse con el tono melancólico de sus últimas palabras. Saulo daba la impresión de alguien que estuviese a punto de llorar.

–Estás profundamente trastornado –objetó Alejandro–, solo un demente podría proceder así.

–Gamaliel no estaba loco y aceptó a Jesús como el Mesías prometido –agregó el ex doctor, invocando la venerable memoria del gran rabino.

–¡No lo creo! –dijo el otro con aire de superioridad.

Saulo bajó la cabeza silenciosamente. Era muy grande la humillación de aquella hora. Después de haber sido calificado como demente era tenido como mentiroso. A pesar de eso, en el auge de la perplejidad, consideró que el amigo no estaba en condiciones de comprenderlo totalmente. Reflexionaba en su embarazosa situación, cuando Alejandro volvió a decir:

---

(1) Mateo, 19:16 a 23.

–Desgraciadamente, necesito convencerme del estado precario de tu cerebro. Por ahora, podrás permanecer en Jerusalén a voluntad, pero será justo no multiplicar el escándalo de tu enfermedad, con falsos encomios del carpintero de Nazaret. La decisión del Sanedrín, que conseguí con tantos sacrificios, podría modificarse. Por lo demás –terminaba despidiéndolo–, sabes que continúo a tus órdenes para una rectificación definitiva, a cualquier hora.

Saulo comprendió la advertencia; no era preciso dilatar la entrevista. El amigo lo expulsaba con buenas maneras.

En dos minutos se halló de nuevo en la vía pública. Era casi mediodía, en un día caluroso. Sintió sed y hambre. Consultó la bolsa, estaba casi vacía. Solo le quedaba un resto de lo que había recibido de las generosas manos del hermano de Gamaliel, al dejar Palmira definitivamente. Buscó la pensión más modesta de una de las zonas más pobres de la ciudad. Luego de la frugal comida y antes de que cayesen las sombras cálidas de la tarde, se encaminó esperanzado para el viejo caserón reformado, donde Simón Pedro y sus compañeros desarrollaban toda la actividad en pro de la causa de Jesús.

En el trayecto, se acordó de cuando había ido a oír a Esteban en compañía de Sadoc. ¡Cómo pasaba todo ahora a la inversa! El crítico de antes, regresaba para ser criticado. El juez transformado en reo, sumergía el corazón en singulares ansiedades. ¿Cómo lo recibirían en la iglesia del "Camino"?

Paró frente a la humilde morada. Pensaba en Esteban, sumergido en el pasado, con el alma oprimida. Ante los colegas del Sanedrín, enfrentado a las autoridades del judaísmo, otra era su actitud. Conocía sus peculiares debilidades, pues había pasado por el doblez de los fariseos y podía aquilatar sus errores clamorosos. No obstante, ante los Apóstoles galileos, se le imponía a la conciencia una sagrada veneración. Aquellos hombres podían ser rudos y sencillos, podían vivir distanciados de los valores intelectuales de la época, pero habían sido los primeros colaboradores de Jesús. Más allá de eso, no podía aproximarse a ellos sin experimentar un profundo re-

mordimiento. Todos habían sufrido vejaciones y humillaciones por su causa. Si no fuese por Gamaliel, tal vez el mismo Pedro habría sido lapidado… Necesitaba consolidar las nociones de humildad para manifestar sus deseos ardientes de cooperación sagrada con Cristo. En Damasco, luchó en la sinagoga contra la hipocresía de antiguos compañeros; en Jerusalén, enfrentó a Alejandro con toda serenidad; pero, le parecía que allí debería ser otra su actitud, donde tenía necesidad de ejercer la renuncia para alcanzar la reconciliación con aquellos a quienes había herido.

Frente a profundas reflexiones, tocó la puerta casi trémulo.

Uno de los auxiliares del servicio interno, de nombre Prócoro, vino a atenderle solícitamente.

–Hermano –dijo el joven tartense en tono humilde–, ¿podéis informarme si Pedro está?

–Voy a ver –respondió el interpelado en tono amistoso.

–En caso de que esté –agregó Saulo algo indeciso–, por favor, dígale que Saulo de Tarso desea hablarle, en nombre de Jesús.

Prócoro balbuceó un "sí", con extrema palidez, fijó en el visitante sus ojos asombrados y se alejó con dificultad, sin disimular la enorme sorpresa. Era el perseguidor que regresaba, después de tres años. Acordándose ahora de aquella primera discusión con Esteban, en la que el gran predicador del Evangelio sufrió tantos insultos. En pocos minutos el auxiliar alcanzaba la sala donde Pedro y Juan conversaban sobre los problemas internos. La noticia cayó entre ambos como una bomba. Nadie podría prever tal cosa. No creían en la leyenda que Jerusalén adornaba con detalles desconocidos, en cada comentario. Era imposible que el implacable verdugo de los discípulos del Señor se hubiese convertido a la causa de su Evangelio de Amor y Redención.

El ex pescador del "Camino", antes de reenviar al portador al inesperado visitante, mandó a llamar a Santiago para resolver entre los tres la decisión a tomar.

El hijo de Alfeo, transformado en rígido asceta, abrió desmesuradamente los ojos.

Después de las primeras opiniones que traducían justos recelos y que fueron emitidas precipitadamente, Simón exclamó con gran prudencia:

–En verdad, él nos hizo todo el mal que pudo; pero, no es por nosotros que debemos temer y sí por la obra que nos ha sido confiada por Cristo.

–Apuesto a que toda esa historia de la conversión se resume a una farsa, para que vayamos a caer en nuevas celadas– replicó Santiago, un tanto displicente.

–Por mí –dijo Juan–, pido a Jesús que nos esclarezca, aunque me acuerde de los azotes que Saulo me mandó a dar en la cárcel. Antes de todo, es indispensable saber si Cristo, de hecho, se le apareció en las puertas de Damasco.

–¿Pero, cómo saber? –decía Pedro con profunda comprensión–. Nuestro material de reconocimiento es Saulo mismo. Él es el campo que revelará o no la planta sagrada del Maestro. Según creo, teniendo que celar un patrimonio que no nos pertenece, estamos obligados a proceder como aconseja la prudencia humana. No es justo que abramos las puertas, cuando no conocemos su intención. La primera vez que estuvo aquí, Saulo de Tarso fue tratado con el respeto que el mundo le consagraba. Busqué el mejor lugar para que oyese la palabra de Esteban. Desgraciadamente, su actitud irrespetuosa e irónica provocó el escándalo, que culminó en la prisión y muerte del compañero. Vino espontáneamente y regresó para detenernos. Al cariño fraternal, que le ofrecimos, retribuyó con cadenas y cuerdas. Pensando así, tampoco debo olvidar la lección del Maestro, en lo relativo al perdón, y por eso reafirmo que no pienso por nosotros, sino por las responsabilidades que nos fueron conferidas.

Ante consideraciones tan justas, los demás se callaron, mientras el ex pescador agregaba:

–Por consiguiente, no me es permitido recibirlo en esta casa, sin mayor examen, aunque no me falte sincera buena voluntad para eso. Resolviendo la cuestión de esta forma, convocaré a una reunión para hoy por la noche. El asunto es muy grave. Saulo de Tarso fue el primer perseguidor del Evangelio. Quiero que todos cooperen conmigo en las decisiones a tomar, pues no quiero parecer ni injusto, ni imprevisor.

Y después de una larga pausa, decía al emisario:

–Ve, Prócoro. Dile que vuelva mañana, pues no puedo dejar los quehaceres más urgentes.

–¿Y si él insiste? –preguntó el diácono preocupado.

–Si de hecho viene aquí en nombre de Jesús, sabrá comprender y esperar.

Saulo aguardaba ansiosamente por el mensajero. Le era preciso encontrar a alguien que lo entendiese y sintiese su transformación. Estaba exhausto. La iglesia del "Camino" era su última esperanza.

Prócoro le trasmitió el recado con gran indecisión. No era necesario más nada para que lo comprendiese todo. Los Apóstoles galileos no creían en su palabra. Ahora examinaba la situación con mayor claridad. Percibía la indefinible y grandiosa Misericordia de Cristo visitándolo, inesperadamente, en el auge de su abismo espiritual a las puertas de Damasco. Por las dificultades para ir a estar con Jesús, evaluaba cuánta bondad y compasión serían necesarias para que el Maestro lo acogiese, dirigiéndole sagradas exhortaciones, en el inolvidable encuentro.

El diácono lo miró con simpatía. Saulo había recibido la respuesta altamente decepcionado. Se puso pálido y trémulo, como avergonzado de sí mismo. Aparte de eso, tenía aspecto enfermizo, ojos hundidos, era piel y huesos.

–Comprendo, hermano –dijo con los ojos llenos de lágrimas–, Pedro tiene motivos justos…

Aquellas palabras conmovieron a Prócoro en lo más íntimo del alma y, evidenciando su buen deseo de ampararlo, exclamó demostrando tener perfecto conocimiento de los hechos:

–¿No traéis de Damasco alguna presentación de Ananías?

–Ya traigo las del Maestro.

–¿Cómo es eso? –preguntó el diácono admirado.

– Jesús dijo en Damasco –habló el visitante con serenidad– que mostraría cuánto me compete sufrir por amor a su nombre.

Íntimamente, el ex doctor de la ley sentía inmensas saudades de los hermanos de Damasco, que lo habían tratado con mayor simplicidad. Pero, consideró, en el acto, que semejante proceder era justo, porque había dado pruebas en la sinagoga y junto a Ananías, de que su actitud no comportaba simulación. Al reflexionar que Jerusalén lo recibía, en todas partes, como vulgar mentiroso, sintió como le afluían a los ojos lágrimas calientes. Pero, para que el otro no viese su sensibilidad herida, exclamó justificándose:

–¡Tengo los ojos cansados por el sol del desierto! ¿Podréis suministrarme un poco de agua fresca?

El diácono le atendió de inmediato.

Enseguida, Saulo sumergía las manos en un gran jarro, lavando sus ojos con agua pura.

–Regresaré en otro momento –dijo luego, extendiendo la mano al auxiliar de los apóstoles, que se apartó impresionado.

Sufriendo por la debilidad orgánica, el cansancio, el abandono de los amigos, las desilusiones más acerbas, el joven de Tarso se retiró tambaleante.

Por la noche, de acuerdo a lo que deliberó, Simón Pedro, dando muestras de admirable sentido, reunió a los compañeros de mayor responsabilidad para considerar el asunto. Además de los Apóstoles galileos, estaban presentes los hermanos Nicanor, Prócoro, Pármeno, Timon, Nicolás y Bernabé, este último incorporado

al grupo de auxiliares más directos de la iglesia, por sus elevadas cualidades de corazón.

Con el permiso de Pedro, Santiago inició las conversaciones, manifestándose contrario a cualquier especie de auxilio inmediato al convertido de la última hora. Juan ponderó que Jesús tenía suficiente poder para transformar a los espíritus más perversos, como para levantar a los más infortunados de la suerte. Prócoro relató sus impresiones sobre el pertinaz perseguidor del Evangelio, resaltando la compasión que su estado de salud despertaba en los corazones más insensibles. Llegado su turno, Bernabé esclareció que, estando en Chipre, antes de mudarse definitivamente para Jerusalén, oyó a algunos levitas describir el valor con que el convertido habló en la Sinagoga de Damasco, poco después de la visión de Jesús.

El ex pescador de Cafarnaún solicitó pormenores al compañero, impresionado con su opinión. Bernabé explicó todo cuanto sabía, manifestando el deseo de que resolviesen la cuestión con la mayor benevolencia.

Nicolás, percibiendo la atmósfera de buena voluntad que se formaba en torno a la figura del ex rabino, objetaba con su rigidez de principios:

–Convengamos que no es justo olvidar a los heridos que aún se encuentran en esta casa, víctimas de la odiosa truculencia de los secuaces de Saulo. Se dice en las escrituras que se tenga sumo cuidado con los lobos que penetran en el redil bajo la piel de las ovejas. El doctor de la Ley, que nos hizo tanto mal, siempre dio preferencia a las grandes expresiones espectaculares contra el Evangelio, en el Sanedrín. ¿Quién sabe si ahora nos prepara una nueva trampa de gran efecto?

A tal pregunta, el bondadoso Bernabé bajó la frente, en silencio. Pedro notó que la reunión se dividía en dos grupos. De un lado estaba Juan y él defendiendo los pareceres favorables; del otro Santiago y Felipe encabezaban el movimiento contrario. Acogiendo la amonestación de Nicolás, se expresó con indulgencia:

–Amigos, antes de la enunciación de cualquier punto de vista personal, convendría que reflexionásemos en la Bondad Infinita del Maestro. En los trabajos de mi vida, anteriores al Pentecostés, confieso que faltas de todo tipo aparecieron en mi camino de hombre frágil y pecador. ¡No dudaba en apedrear a los más infelices, e incluso llegué indicar a Cristo para hacerlo! Como sabéis, fui de los que negaron al Señor en la hora extrema. Sin embargo, después de que nos llegó el conocimiento por la inspiración celestial, no sería justo que olvidemos al Salvador en cualquier iniciativa. Precisamos pensar que, si Saulo de Tarso procura valerse de semejantes acciones para descargar nuevos golpes a los servidores del Evangelio, entonces él es aún más desgraciado que antes, cuando nos atormentaba abiertamente. Siendo, pues, de cualquier modo, un necesitado, no veo razones para que le neguemos nuestras manos fraternas.

Percibiendo que Santiago se preparaba para defender el parecer de Nicolás, Simón Pedro continuó, después de una ligera pausa:

–Nuestro hermano acaba de referirse al símbolo del lobo que surge en el redil con la piel de las ovejas, generosas y humildes. Estoy de acuerdo con esa expresión de celo. Tampoco pude acoger a Saulo, hoy cuando nos tocó en la puerta, atento a la responsabilidad que me fue confiada. Nada quise decidir sin vuestra participación. El Maestro nos enseñó que ninguna obra útil se podrá hacer en la Tierra sin la cooperación fraternal. Mas, aprovechando el parecer enunciado, examinemos, con sinceridad, el problema imprevisto. En verdad, Jesús nos recomendó que tuviésemos cautela con el fermento de los fariseos, aclarando que el discípulo deberá poseer la dulzura de las palomas y la prudencia de las serpientes. Convengamos en que, de hecho, Saulo de Tarso pueda ser el lobo simbólico. Aun ahí, después de tener ese conocimiento hipotético, tendríamos una profunda cuestión a resolver. Si estamos en una tarea de Paz y de Amor, ¿qué hacer con el lobo, después de la necesaria identificación? ¿Matarlo? Sabemos que eso no entra en nuestra línea de acción. ¿No sería más razonable pensar en las posibilidades de amansarlo? Conocemos hombres rudos que consiguen dominar ca-

nes feroces. Así, pues, ¿dónde estaría el espíritu que Jesús nos legó como un Sagrado Patrimonio, si por temores mezquinos dejásemos de practicar el bien?

La palabra concisa del Apóstol tuvo un efecto singular. Santiago mismo parecía sorprendido por las revelaciones anteriores. En vano, Nicolás procuró nuevos argumentos para formular otras objeciones. Observando el pesado silencio que se hizo, Pedro sentenció serenamente:

–Así, amigos, propongo que invitemos a Bernabé para que visite personalmente al doctor de Tarso, en nombre de esta casa. Él y Saulo no se conocen, aprovechándose mejor semejante oportunidad, porque al verlo, el joven tartense nada tendrá que recordar de su pasado en Jerusalén. Si fuese visitado, por primera vez, por uno de nosotros, tal vez se perturbase, juzgando nuestras palabras como de alguien que le fuese a pedir cuentas.

Juan aplaudió la idea calurosamente. En vista del buen sentido que revelaban las expresiones de Pedro, Santiago y Felipe se mostraban satisfechos y tranquilos. Se acordó la diligencia de Bernabé para el día siguiente. Aguardarían a Saulo de Tarso con interés. Si, de hecho, su conversión fuese real, tanto mejor.

El diácono de Chipre se destacaba por su gran bondad. Su expresión cariñosa y humilde, su espíritu conciliador, contribuía en la iglesia para la solución pacífica de todos los asuntos.

Con una sonrisa generosa, Bernabé abrazó al ex rabino, por la mañana, en la pensión en la que él se hospedaba. Ningún rasgo de su nueva personalidad daba indicios de aquel perseguidor famoso, que hizo a Simón Pedro decidir la convocatoria de los amigos para resolver sobre su acogimiento. El ex doctor de la Ley era todo humildad y estaba enfermo. Evidente fatiga se le denotaba en los mínimos gestos. La fisonomía no disimulaba el gran sufrimiento. Correspondía a las palabras afectuosas del visitante con una sonrisa triste y desalentada. No obstante, se le veía la satisfacción que le causaba la visita. El gesto espontáneo de Bernabé lo sensibilizaba.

A su pedido, Saulo le contó sobre el viaje a Damasco y la gloriosa visión del Maestro, que constituía un marco inolvidable de su vida. El oyente no disimuló sus simpatías. En pocas horas, se sentía tan identificado con el nuevo amigo, como si fuesen conocidos durante largos años. Después de la conversación, Bernabé pretextó cualquier cosa para dirigirse al dueño de la hospedería, a quién pagó los gastos del hospedaje. Enseguida, lo invitó a acompañarlo a la Iglesia del "Camino". Saulo no dejó de titubear, mientras el otro insistía.

–Recelo ir –dijo el joven tartense, un tanto indeciso–, pues ya ofendí mucho a Simón Pedro y demás compañeros. Solo por la magnitud de la Misericordia del Cristo conseguí un rayito de luz, para no perder totalmente mis días.

–¡Qué es eso! –exclamó Bernabé, tocándole en el hombro con bondad natural–. ¿Quién no habrá errado en la vida? Si Jesús nos ha amparado a todos, no es porque lo merezcamos, sino por la necesidad de nuestra condición de pecadores.

En pocos minutos se encontraban camino a la iglesia, notando el emisario de Pedro el penoso estado de salud del antiguo rabino. Muy pálido y abatido, parecía caminar con esfuerzo; le temblaban las manos, se sentía febril. Se dejaba llevar como alguien que conociese la necesidad de amparo. Su humildad conmovía al otro, que había escuchado sobre él tantas referencias desairadas.

Llegados a la casa, Prócoro les abrió la puerta, pero en esta ocasión, Saulo no se quedaría esperando indefinidamente. Bernabé tomó su mano, afectuosamente, y se dirigieron hacia el vasto salón, donde Pedro y Timon los esperaban. Se saludaron en nombre de Jesús. El antiguo perseguidor empalideció aún más. Por su parte, Simón, al verlo no ocultó un movimiento de asombro al notar la diferencia física.

Aquellos ojos hundidos, la extrema flaqueza orgánica, hablaban a los Apóstoles galileos de profundos sufrimientos.

–Hermano Saulo –dijo Pedro, conmovido–, Jesús quiere que sea bienvenido a esta casa.

–Que así sea –respondió el recién llegado, con los ojos llenos de lágrimas.

Timon lo abrazó con afectuosas palabras, en lugar de Juan que se ausentó al amanecer, al servicio de la cofradía de Jope.

En pocos minutos, venciendo el constreñimiento del primer contacto con los amigos personales del Maestro, después de tan larga ausencia, el joven tartense, atendiendo a sus pedidos, relataba la jornada de Damasco con todos los pormenores del gran acontecimiento, evidenciando singular emotividad en las lágrimas que bañaban su rostro. Se sensibilizó, sobremanera, al recordar tan elevadas gracias. Pedro y Timon ya no tenían dudas. La visión del ex rabino había sido real. Ambos, en compañía de Bernabé, siguieron la descripción hasta el fin, con los ojos llenos de llanto. Efectivamente, el Maestro había vuelto, a fin de convertir al gran perseguidor de su Doctrina. Requiriendo a Saulo de Tarso para el Redil de su Amor, reveló, una vez más, la lección inmortal del Perdón y de la Misericordia.

Terminada la narración, el ex doctor de la Ley estaba cansado y abatido. Instado a exponer sus nuevas esperanzas, sus proyectos de trabajo espiritual, así como lo que pretendía hacer en Jerusalén, se confesó, desde luego, profundamente reconocido por tanto interés afectuoso y habló con cierta timidez:

–Necesito entrar en una fase activa de trabajo con la que pueda deshacer mi pasado culpable. Es verdad que hice mucho daño a la iglesia de Jesús, en Jerusalén; pero, si la Misericordia del Salvador dilata mi permanencia en el mundo, emplearé el tiempo en extender esta casa de Amor y Paz a otros lugares de la Tierra.

–Sí –contestó Simón ponderadamente–, seguro que el Mesías renovará tus fuerzas, de modo que puedas atender a tan noble cometido, en la época oportuna.

Saulo parecía confortarse con la palabra de ánimo; dejando percibir que deseaba consolidar la confianza de los oyentes, tomó

de los dobleces de la túnica desgastada un rollo de pergaminos y, presentándolos al ex pescador de Cafarnaún, le dijo sensibilizado:

–Aquí está una reliquia de la amistad de Gamaliel, que traigo invariablemente conmigo. Poco antes de morir, él me dio la copia de las anotaciones de Levi, concernientes a la vida y obra del Salvador. Tenía en gran cuenta estas notas, porque las recibió en esta casa, en la primera visita que les hizo.

Simón Pedro, evocando gratos recuerdos, tomó los pergaminos con vivo interés. Saulo verificó que el obsequio de Gamaliel había tenido la finalidad prevista por el generoso donador, pues, desde ese momento, los ojos del antiguo pescador se fijaron en él con mayor confianza.

Pedro habló de la bondad del generoso rabino, informándose de su vida en Palmira; de sus últimos días, de su desencarnación. El discípulo atendía satisfecho.

Volviendo al asunto de sus nuevas perspectivas, se explicó más ampliamente, siempre humilde:

–Tengo muchos planes de trabajo para el futuro, pero, me siento débil y enfermo. El esfuerzo del último viaje, sin recursos de ninguna naturaleza, me agravó la salud. Me siento febril, el cuerpo dolorido y el alma exhausta.

–¿Tienes falta de dinero? –interrogó Simón bondadosamente.

–Sí… –respondió vacilante.

–Esas necesidades –aclaró Pedro– ya fueron provistas en parte. No te preocupes en demasía. Recomendé a Bernabé que pagase los gastos en la hospedería y por lo demás, te invitamos a reposar con nosotros todo el tiempo que quieras. Esta casa es también tuya. Usa nuestros recursos como te plazca.

El huésped se sensibilizó. Recordando el pasado, se sentía herido en su amor propio; pero, al mismo tiempo, rogaba a Jesús que lo auxiliase para no despreciar la oportunidad del aprendizaje.

–Acepto… –respondió, circunspecto, revelando cierta timi-

dez–, permaneceré con vosotros mientras mi salud necesite de tratamiento…

Y como si tuviese extrema dificultad en añadir un pedido al favor que aceptaba, después de una larga pausa en la que se le notaba el esfuerzo para hablar, solicitó conmovido:

–En caso de que sea posible, desearía ocupar el mismo lecho en el que Esteban fue recogido, generosamente, en esta casa.

Bernabé y Pedro quedaron altamente emocionados. Todos habían acordado no hacer alusión al predicador, masacrado bajo las injurias y las pedradas. No querían recordar el pasado ante el convertido de Damasco, aun en el caso en que su actitud no fuese verdaderamente sincera.

Oyéndolo, el antiguo pescador de Cafarnaún casi llegó a llorar. Con extrema dedicación, le satisfizo el pedido y, así, fue él conducido al interior, donde se acomodó entre sábanas muy blancas. Pedro hizo más: comprendiendo la profunda significación de aquel deseo, trajo al convertido de Damasco los sencillos pergaminos que el mártir utilizaba diariamente en el estudio y meditación de la Ley, de los Profetas y del Evangelio. A pesar de la fiebre, Saulo se regocijó. Profundamente conmocionado, leyó el nombre de "Abigail", grabado diversas veces, en pasajes predilectos de los pergaminos sagrados. Allí estaban frases peculiares del razonamiento de la novia amada, fechas que coincidían perfectamente, con sus revelaciones íntimas, cuando ambos se entretenían hablando del pasado, en la huerta de Zacarías. La palabra "Corinto" era repetida muchas veces. Aquellos documentos parecían tener una voz. Le hablaban al corazón, de un grande y santo amor fraternal. La oía en silencio y guardó las conclusiones para sí. No revelaría a nadie sus más íntimos dolores. Bastaban a los demás los grandes errores de su vida pública, los remordimientos, las rectificaciones que, a pesar de verificarse a campo abierto, muy pocos amigos conseguían comprender. Observando su actitud de constante meditación, Pedro se desdobló en la tarea de darle asistencia frater-

nal, a través de las palabras amigas, los comentarios acerca del Poder de Jesús, los caldos suculentos, las frutas sustanciosas, la palabra de buen ánimo. Por todo eso, se sensibilizaba el enfermo, sin saber cómo traducir su gratitud imperecedera.

Mientras tanto, notó que Santiago, hijo de Alfeo, tal vez receloso de sus antecedentes, no se dignaba a dirigirle una palabra. Enarbolado en rígido cumplidor de la Ley de Moisés, dentro de la iglesia del "Camino", era percibido, de vez en cuando, por el joven tartense, cual sombra impasible deslizándose, balbuceando plegarias silenciosas, entre los enfermos. Al principio, sintió cuánto le dolía aquel desinterés; pero luego consideró la necesidad de humillarse delante de todos. Nada había hecho, que pudiese cimentar sus nuevas convicciones. Cuando dominaba en el Sanedrín, tampoco perdonaba las adhesiones de última hora.

Tan pronto como entró en convalecencia, ya plenamente identificado con la amistad de Pedro, pidió sus consejos sobre los planes que tenía en mente, encareciendo su máxima franqueza, para que pudiese enfrentar la situación, por más duras que fuesen las circunstancias.

–Por ahora –dijo el Apóstol, ponderadamente– no me parece razonable que permanezcas en Jerusalén, en este período de renovación. Hablando con sinceridad, hay que considerar tu nuevo estado del alma como una planta preciosa que comienza a germinar. Es necesario dar libertad al Germen Divino de la Fe. Suponiendo que permanezcas aquí, encontrarías diariamente, de un lado, a los sacerdotes intransigentes en guerra contra tu corazón; y del otro, a las personas intolerantes, que hablan de las extremas dificultades del perdón, aunque conozcan, de sobra, las lecciones del Maestro en ese sentido. No debes ignorar que la persecución a los simpatizantes del "Camino" dejó heridas muy profundas en el alma popular. No es raro que lleguen por aquí personas mutiladas, que maldicen el movimiento. Eso para nosotros, Saulo, está en un pasado que jamás volverá; sin embargo, esas personas no lo podrán comprender así, de pronto. En Jerusalén estarías mal ubicado. El germen de tus

nuevas convicciones encontraría mil elementos hostiles y tal vez quedases a merced de la desesperación.

El joven oyó las advertencias afligido por la angustia pero sin protestar. El Apóstol tenía razón. En toda la ciudad encontraría críticas soeces y destructoras.

–Volveré a Tarso… –dijo con humildad–, es posible que mi viejo padre comprenda la situación y ayude mis pasos. Sé que Jesús bendecirá mis esfuerzos. Si es preciso recomenzar la existencia, la recomenzaré en el hogar de donde provine…

Simón lo contempló con ternura, admirado de aquella transformación espiritual.

Diariamente, ambos continuaban las charlas amistosas. El convertido de Damasco poseía una inteligencia fulgurante y mostraba una curiosidad insaciable sobre la personalidad del Cristo, de sus mínimos hechos y de sus más sutiles enseñanzas. Otras veces, solicitaba al ex pescador todos los informes posibles sobre Esteban, regocijándose con los recuerdos de Abigail, aunque guardase para sí los pormenores de su romance de la juventud. Se enteró entonces, de los pesados trabajos del predicador del Evangelio cuando estaba en cautiverio; de su dedicación a un patricio de nombre Sergio Pablo; de la fuga en mal estado de salud, en un puerto palestino; del ingreso en la iglesia del "Camino" como indigente, de las primeras nociones del Evangelio y consecuente iluminación en Cristo Jesús. Se encantaba oyendo las narraciones sencillas y amorosas de Pedro, quien revelaba su veneración al mártir evitando ofenderlo en su condición de verdugo arrepentido.

Tan pronto como pudo levantarse de la cama, fue a oír las prédicas en aquel mismo recinto donde había insultado al hermano de Abigail por primera vez. Los expositores del Evangelio eran, con frecuencia, Pedro y Santiago. El primero hablaba con profunda prudencia, aunque se valiese de maravillosas expresiones simbólicas. Mientras que el segundo, parecía torturado por la influencia judaizante. Santiago daba la impresión de querer reingresar a la

mayoría de los oyentes, a los reglamentos farisaicos. Sus sermones huían del patrón de Libertad y Amor en Jesucristo. Se revelaba encarcelado en las estrechas concepciones del judaísmo dominante. Largos períodos de sus discursos se referían a las carnes impuras, a las obligaciones con la Ley, a los imperativos de la circuncisión. La asamblea también parecía completamente modificada. La iglesia se asemejaba mucho más a una sinagoga común. Israelitas, en actitud solemne, consultaban pergaminos y papiros que contenían las prescripciones de Moisés. Saulo buscó, en vano, la figura impresionante de los sufridores y minusválidos que había visto en el recinto, cuando estuvo allí por primera vez. Con gran curiosidad, notó que Simón Pedro los atendía con gran bondad, en una sala contigua. Se aproximó más y pudo observar que, mientras la predicación reproducía la escena exacta de las sinagogas, los afligidos se sucedían ininterrumpidamente en la sala humilde del ex pescador de Cafarnaún. Algunos salían llevando recipientes con remedios, mientras otros llevaban aceite y pan.

Saulo se impresionó. La iglesia del "Camino" parecía muy cambiada. Le faltaba algo. El ambiente general asfixiaba todas las ideas del Nazareno. Ya no se encontraba allí la gran vibración de fraternidad y de unificación de principios por la independencia espiritual. Después de persistentes reflexiones, todo lo atribuyó a la ausencia de Esteban. Muerto éste, se extinguió el esfuerzo del Evangelio libre; que había sido el Fermento Divino de la Renovación. Solo ahora se daba cuenta de la grandeza de su elevada tarea.

Quiso pedir la palabra, hablar como en Damasco, enmendar los errores de interpretación, sacudir el polvo que se adensaba sobre el inmenso y sagrado idealismo del Cristo, pero recordó las ponderaciones de Pedro y se calló. No era justo, por el momento, criticar el procedimiento de otros, cuando no había dado aún obras de sí mismo que dieran testimonio de su renovación. Si intentase hablar, tal vez, podría oír reprimendas justas. Además, notaba que los conocidos de otros tiempos, frecuentadores ahora de la iglesia del "Camino", sin abandonar, de ningún modo, sus principios erróneos,

lo miraban de soslayo, sin disimular el desprecio, considerándolo como un perturbado mental. No obstante, era con esfuerzo supremo que controlaba el deseo de terciar armas, allí mismo, para restaurar la verdad pura.

Después de la primera reunión, procuró la oportunidad de estar a solas con el ex pescador de Cafarnaún, a fin de enterarse de las innovaciones observadas.

–La tempestad que se desató sobre nosotros –explicó Pedro, generosamente, sin ninguna alusión a su procedimiento de otrora –me llevó a realizar serias meditaciones. Desde la primera diligencia del Sanedrín en esta casa, noté que Santiago había sufrido profundas transformaciones. Se entregó a una vida de gran ascetismo y riguroso cumplimiento de la Ley de Moisés. Pensé mucho en el cambio de sus actitudes, pero, por otro lado, consideré que él no era malo. Es un compañero celoso, dedicado y leal. Me callé para concluir más tarde que todo tiene una razón de ser. Cuando las persecuciones apretaron el cerco, la actitud de Santiago, aunque poco loable, en cuanto a la Libertad del Evangelio, tuvo su lado benéfico. Los delegados más truculentos respetaron su devoción mosaica y sus amistades sinceras en el judaísmo nos permitieron el mantenimiento del patrimonio del Cristo. Juan y yo tuvimos horas angustiosas, en la consideración de esos problemas. ¿Estaríamos faltando a la sinceridad y falseando la verdad? Ansiosamente rogamos la inspiración del Maestro. Con el auxilio de su Divina Luz, llegamos a juiciosas conclusiones. ¿Sería justo que la vid tierna luchase contra la higuera brava? Si fuésemos a atender al impulso personal de combatir a los enemigos de la independencia del Evangelio, olvidaríamos fatalmente la obra colectiva. No es lícito que el timonel, para dar muestras de la excelencia de sus conocimientos náuticos, lance el barco contra los peñascos, con perjuicio para la vida de cuantos confiaron en su esfuerzo. Así, consideramos que las dificultades eran muchas y que precisábamos, aunque fuese mínima nuestra posibilidad de acción, conservar el árbol del Evangelio aún tierno, para aquellos que viniesen después de nosotros. Por lo

demás, Jesús enseñó que solo conseguimos elevados objetivos, en este mundo, cediendo algo de nosotros mismos. Por intermedio de Santiago, el farisaísmo accede a caminar con nosotros. Pues bien: de acuerdo con las enseñanzas del Maestro, caminaremos todas las millas posibles. Incluso, juzgo que si Jesús nos enseñó así, es porque en la marcha tenemos la oportunidad de enseñar algo y revelar quienes somos.

Mientras Saulo lo contemplaba con redoblada admiración por los juiciosos conceptos emitidos, el Apóstol remataba:

–¡Todo eso pasa! La obra es de Cristo. Si fuese nuestra, seguramente fallaría, pero nosotros no pasamos de simples e imperfectos cooperadores.

Saulo guardó la lección y se recogió pensativo. Pedro le parecía mucho mayor ahora, en su fuero íntimo. Aquella serenidad, aquel poder de comprensión de los mínimos hechos, le daban una idea de su profunda iluminación espiritual.

Con la salud restablecida, antes de cualquier deliberación sobre el nuevo camino a tomar, el joven tartense deseó volver a ver Jerusalén, en un impulso natural de cariño a los lugares que le sugerían tantos recuerdos agradables. Visitó el Templo, experimentando el contraste de emociones. No se animó a penetrar en el Sanedrín, pero procuró, ansioso, la Sinagoga de los Cilices, donde presumía reencontrar a las amistades nobles y afables de otros tiempos. Pero, incluso allí donde se reunían los coterráneos residentes en Jerusalén, fue recibido fríamente. Nadie lo invitó a la labor de la palabra. Apenas algunos conocidos de su familia le apretaron la mano secamente, evitando su compañía, de modo ostensible. Los más irónicos, terminados los servicios religiosos, le dirigían preguntas, con sonrisas burlonas. Su conversión a las puertas de Damasco era comentada con agravios mordaces y deprimentes.

–¿No sería algún sortilegio de los hechiceros del “Camino”? –decían unos–. ¿No sería Demetrio que habría vestido de Cristo deslumbrando sus ojos enfermos y fatigados? –interrogaban otros.

Percibió las ironías de las que estaba siendo objeto. Lo trataban como a un demente. En ese instante, sin controlar la impulsividad de su corazón honesto, subió osadamente en un estrado y habló con orgullo:

–Hermanos de Cilicia, estáis equivocados. No estoy loco. No busquéis argüir, porque os conozco, y sé medir la hipocresía farisaica.

Se estableció una lucha inmediata. Viejos amigos vociferaban improperios. Los más ponderados lo rodearon como si lo hiciesen a un enfermo y le pidieron que se callase. Saulo necesitó hacer un esfuerzo heroico para contener la indignación. Con dificultad, consiguió dominarse y se retiró. En plena vía pública, se sentía asaltado por ideas candentes. ¿No sería mejor combatir abiertamente, predicar la verdad sin consideración por los enmascarados religiosos que henchían la ciudad? A sus ojos, era justo reflexionar en la guerra declarada a los errores farisaicos. ¿Y si, al contrario de las ponderaciones de Pedro, asumiese en Jerusalén la dirección de un movimiento más vasto, a favor del Nazareno? ¿No había tenido el valor de perseguir a sus discípulos, cuando los doctores del Sanedrín eran todos complacientes? ¿Por qué no asumir, ahora, una actitud reparadora, encabezando un movimiento en contrario? Habría de encontrar algunos amigos que se asociasen a su esfuerzo ardiente. Con ese gesto, auxiliaría a los hermanos del "Camino" en su tarea dignificante en pro de los necesitados.

Fascinado con tales perspectivas, penetró en el famoso Templo. Recordó los lejanos días de la infancia y de la juventud. El movimiento popular en el recinto no le despertaba ya el interés de otrora. Instintivamente, se aproximó al lugar donde Esteban había sucumbido. Recordó la dolorosa escena, detalle por detalle. Penosa angustia le invadía el corazón. Oró con fervor al Cristo. Entró en la sala donde había estado a solas con Abigail, para oír las últimas palabras del mártir del Evangelio. Comprendía, finalmente, la grandeza de aquella alma que lo había perdonado *in extremis*. Extrañamente, cada palabra del moribundo le resonaba ahora en los oídos.

La elevación de Esteban lo fascinaba. ¡El predicador del "Camino" se había inmolado por Jesús! ¿Por qué no hacerlo también?... Era justo permanecer en Jerusalén, seguir sus pasos heroicos, para que la lección del Maestro fuese comprendida. En la rememoración del pasado, el joven tartense se sumergía en fervorosas plegarias. Suplicaba la inspiración de Cristo para sus nuevos caminos. Fue entonces, cuando el convertido de Damasco, exteriorizando las facultades espirituales, fruto de las penosas disciplinas, observó que surgía de improviso a su lado una figura luminosa, hablándole con inefable ternura:

–¡Aléjate de Jerusalén, porque tus antiguos compañeros aún no aceptarán tu testimonio!

Bajo la dirección de Jesús, Esteban seguía sus pasos en la senda del discipulado, no obstante, la trascendental posición de su asistencia invisible. Naturalmente, Saulo creyó que era el propio Cristo el autor de la cariñosa advertencia y profundamente impresionado, se dirigió a la iglesia del "Camino", informando a Simón Pedro lo que había ocurrido.

–Mientras tanto –acabó diciendo al generoso apóstol que lo oía admirado–, no debo ocultar que intentaba agitar la opinión religiosa de la ciudad, defender la causa del Maestro, restablecer la verdad en su forma integral.

Mientras el ex pescador escuchaba en silencio, como reforzando la respuesta, el nuevo discípulo continuaba:

–¿No se entregó Esteban al sacrificio? Siento que nos falta aquí un valor igual al del mártir, sucumbiendo a las pedradas de mi ignorancia.

–No, Saulo –contestó Pedro con firmeza–, no sería razonable pensar así. Tengo mayor experiencia de la vida, aunque no tenga caudales de inteligencia semejantes a los tuyos. Está escrito que el discípulo no podrá ser mayor que el maestro. Aquí mismo, en Jerusalén, vimos caer a Judas en una celada igual a esta. En los días angustiosos del Calvario, en los que el Señor probó la Exce-

lencia y la Divinidad de su Amor y, nosotros, el amargo testimonio de la exigua fe, condenamos al infortunado compañero. Algunos hermanos nuestros mantienen, hasta el presente, la opinión de los primeros días; pero, en contacto con la realidad del mundo, llegué a la conclusión de que Judas fue más infeliz que perverso. Él no creía en la validez de las obras sin dinero, no aceptaba otro poder que no fuese el de los príncipes del mundo. Estaba siempre inquieto por el triunfo inmediato de las ideas del Cristo. Muchas veces, lo vimos altercar, impaciente, por la construcción del Reino de Jesús, adscrito a los principios políticos del mundo. El Maestro sonreía, fingiendo no entender sus insinuaciones, como quien era Señor de su Divino Programa. Judas, antes del apostolado, era negociante. Estaba habituado a vender la mercancía y recibir el pago inmediato. Juzgo, en las meditaciones de ahora, que él no pudo comprender el Evangelio de otra forma, ignorando que Dios es un acreedor lleno de misericordia, que espera generosamente por todos nosotros, que no pasamos de ser míseros deudores. Tal vez, amase profundamente al Mesías, pero, la inquietud lo perdió en la oportunidad sagrada. Tan solo por el deseo de apresurar la victoria, engendró la tragedia de la cruz, con su falta de vigilancia.

Saulo oía asombrado aquellas consideraciones justas y el bondadoso Apóstol continuaba:

–Dios es la Providencia de Todos. Nadie está olvidado. Para que analices mejor la situación, admitamos que fueses más feliz que Judas. Figurémonos tu victoria personal en el hecho. Concedamos que pudieses atraer hacia el Maestro a toda la ciudad. ¿Y después? ¿Deberías y podrías responder por todos los que se adhiriesen a tu esfuerzo? La verdad es que podrías atraer, pero, nunca, convertir. Como no sería posible que atendieses a todos en particular, acabarías execrado de la misma forma. Si Jesús, que todo lo puede en este mundo bajo la égida del Padre, espera con paciencia la conversión del mundo, ¿por qué no podemos esperar? La mejor posición de la vida es la del equilibrio. No es justo desear hacer ni menos, ni más

de lo que nos compete, pues el Maestro sentenció que a cada día le bastan sus trabajos.

El convertido de Damasco estaba sorprendido a más no poder. Simón presentaba argumentos irrefutables. Su inspiración lo asombraba.

–En vista de lo que ocurrió –prosiguió el ex pescador serenamente–, es necesario que te vayas tan pronto caiga la noche. La lucha iniciada en la Sinagoga de los Cilices es mucho más importante que las pugnas de Damasco. Es posible que mañana procuren encarcelarte. Además, la advertencia recibida en el Templo no es como para retrasar las urgentes e indispensables medidas que el caso merece.

Saulo estuvo de acuerdo con la sugerencia. Pocas veces en la vida escuchó observaciones tan sensatas.

–¿Pretendes regresar a Cilicia? –dijo Pedro con inflexión paternal.

–Ya no tengo otro lugar para donde ir –respondió con una resignada sonrisa.

–Pues bien, partirás para Cesárea. Tenemos allí amigos sinceros que te podrán auxiliar.

El programa de Simón Pedro fue rigurosamente cumplido. Por la noche, cuando Jerusalén se envolvía en un gran silencio, un humilde caballero trasponía las puertas de la ciudad, en dirección a los caminos que conducían al gran puerto de Palestina.

Torturado por las aprensiones constantes de su nueva vida, llegó a Cesárea decidido a no detenerse allí mucho tiempo. Entregó las cartas de Pedro que lo recomendaban a los amigos fieles. Recibido con simpatía por todos, no tuvo dificultades para tomar el camino de su ciudad natal.

Dirigiéndose ahora al escenario de la infancia, se sentía extremadamente conmovido con los mínimos recuerdos. Aquí, un accidente del camino sugiriendo gratas evocaciones; allí, un grupo

de árboles envejecidos despertando especial atención. Varias veces, pasó por caravanas de camellos que le hacían rememorar las iniciativas paternas. Tan intensa había sido su vida espiritual en los últimos años, tan grandes las transformaciones, que la vida del hogar se le figuraba un buen sueño, desde hacía mucho desvanecido. A través de Alejandro, recibió las primeras noticias de su casa. Lamentaba la partida de su madre, justamente cuando tenía mayor necesidad de su afectuosa comprensión; pero entregaba a Jesús a sus cuidados, en ese particular. De su anciano padre no era razonable esperar un entendimiento más justo. Espíritu formalista, dedicado al farisaísmo de manera integral, seguramente no aprobaría su conducta.

Alcanzó las primeras calles de Tarso, con el alma oprimida. Los recuerdos se sucedían de manera ininterrumpida.

Tocando a la puerta del hogar paterno, por la fisonomía indiferente de los servidores, comprendió cuán transformado regresaba. Los dos criados más antiguos no lo reconocieron. Guardó silencio y esperó. Después de una larga espera, el progenitor fue a recibirlo. El viejo Isaac, amparándose en un cayado, en las avanzadas expresiones de un reumatismo pertinaz, no disimuló un amplio gesto de asombro. Es que, de pronto, había reconocido al hijo.

–¡Hijo mío!... –dijo con voz enérgica, tratando de dominar la emoción– ¿será posible que los ojos no me engañen?

Saulo lo abrazó afectuosamente, dirigiéndose ambos al interior.

Isaac se sentó y, buscando penetrar en lo íntimo del hijo, con la mirada reluciente interrogó en tono de censura:

–¿Será que ya te encuentras totalmente curado?

Para el joven, tal pregunta era un golpe más dirigido a su sensibilidad afectiva. ¡Se sentía cansado, derrotado, desilusionado; necesitaba de aliento para recomenzar la existencia con un idealismo mayor y hasta el padre lo reprobaba con preguntas absurdas! Ansioso de comprensión, contestó de manera conmovedora:

–¡Padre querido, por piedad, dadme acogida!... ¡No estuve enfermo, pero ahora estoy necesitando ayuda espiritual! ¡Siento que no podré reiniciar mi carrera en la vida sin algún reposo! ¡Extendedme vuestras manos!...

Conociendo la austeridad paterna y la extensión de sus propias necesidades en aquella hora difícil de su camino, el ex doctor de Jerusalén se humilló enteramente, poniendo en la voz toda la fatiga que se le represaba en el corazón.

El anciano israelita lo contempló firme, solemne, y sentenció sin compasión:

–¿No estuviste enfermo? ¿Qué significa entonces la triste comedia de Damasco? Los hijos pueden ser ingratos y consiguen olvidar, pero los padres, si no los retiran nunca del pensamiento, saben sentir mejor la crueldad de su proceder… ¿No te dolió vernos vencidos y humillados con la vergüenza que lanzaste sobre nuestra casa? Atormentada por los disgustos, tu madre encontró alivio en la muerte; ¿Pero, yo? ¿Me crees insensible a tu deserción? ¡Si resistí, fue porque guardaba la esperanza de buscar que Jehová me aclarase suponiendo que todo no pasaba de un mal entendido, que una perturbación mental te habría lanzado en la incomprensión y en las críticas injustificables del mundo!...

Te crié con todo el desvelo que un padre de nuestra raza acostumbra dedicar a su único hijo varón… Sintetizaba gloriosas promesas para nuestra estirpe. Me sacrifiqué por ti, te atesoré de afectos, no escatimé esfuerzos para que pudieses contar con los maestros más sabios, cuidé de tu juventud, te henchí con la ternura del corazón y, ¿es de este modo que retribuyes las dedicaciones y los cariños recibidos en el hogar?

Saulo podía enfrentar a muchos hombres armados, sin abdicar del valor que marcaba sus actitudes. Podía reprobar con energía el procedimiento condenable de los demás, ocupar la más peligrosa tribuna para examinar las hipocresías humanas, pero, delante de aquel anciano que ya no podía renovar su fe, y considerando la

amplitud de sus sagrados sentimientos paternales, no reaccionó y comenzó a llorar.

–¿Lloras? –continuó el anciano con gran sequedad–. ¡Pero yo nunca te di ejemplos de cobardía! Luché con heroísmo en los días más difíciles, para que nada te faltase. Tu debilidad moral es hija del perjurio y de la traición. ¡Tus lágrimas revelan un remordimiento ineludible! ¿Cómo anduviste, así, por el camino de la mentira execrable? ¿Con qué fin engendraste la escena de Damasco para repudiar los principios que te alimentaron desde la cuna? ¿Cómo abandonar la situación brillante del rabino de quien tanto esperábamos, para enarbolarte en compañero de hombres desclasificados, que nunca tuvieron la tradición amorosa de un hogar?

Ante las injustas acusaciones, el joven tartense sollozaba, quizás por primera vez en la vida.

–Cuando supe que ibas a desposar a una joven sin padres conocidos –prosiguió el viejo, implacable–, me sorprendí y esperé a que te pronunciases directamente. Más tarde, Dalila y el marido eran obligados a dejar Jerusalén precipitadamente, avergonzados con la orden de prisión que la Sinagoga de Damasco requería contra ti. Varias veces, conjeturé si no sería esa criatura inferior, que elegiste, la causa de tamaños desastres morales. ¡Hace más de tres años me levanto diariamente para reflexionar en tu criminal proceder, en detrimento de los más sagrados deberes!

Al oír aquellos conceptos injustos hacia la persona de Abigail, el joven cobró ánimos y dijo con humildad:

–¡Padre, esa criatura era una santa! ¡Dios no la quiso en este mundo! Tal vez, si ella viviese aún, tendría yo el cerebro más equilibrado para armonizar mi nueva vida.

Al padre no le gustó la respuesta, aunque la objeción fuese hecha en un tono de obediencia y cariño.

–¿Nueva vida? –expresó irritado–. ¿Qué quieres decir con eso?

Saulo enjugó las lágrimas y respondió resignado:

–Quiero decir que el episodio de Damasco no fue una ilusión y que Jesús reformó mi vida.

–¿No podrías ver en todo eso una gran locura? –continuó el padre con asombro–. ¡Imposible! ¿Cómo abandonar el amor de la familia, las venerables tradiciones de tu nombre, las sagradas esperanzas de los tuyos, para seguir a un carpintero desconocido?

Saulo comprendió el sufrimiento moral del progenitor cuando se expresaba así. Tuvo el impulso de lanzarse en sus brazos amorosos; hablarle de Cristo, proporcionarle un entendimiento real de la situación. Pero, previendo simultáneamente la dificultad de hacerse comprender, lo observaba resignado, mientras proseguía con los ojos humedecidos, revelando el resentimiento y la cólera que lo dominaban.

–¿Cómo puede ser eso? Si la desgraciada doctrina del carpintero de Nazaret impone una indiferencia criminal hacia los lazos más santos de la vida, ¿Cómo negar su carácter nocivo y bastardo? ¡¿Será justo preferir a un aventurero, que murió entre malhechores, al padre digno y trabajador que envejeció en el servicio honesto de Dios?!...

–Pero, papá –decía el joven con voz suplicante–, ¡Cristo es el Salvador prometido!...

Isaac pareció agravar su propia furia.

–¿Blasfemas? –gritó–. ¿No temes insultar a la Providencia Divina? ¡Las esperanzas de Israel no podrían reposar en una frente que perdió su sangre en el castigo entre ladrones!... ¡Estás loco! Exijo la reconsideración de tus actitudes.

Mientras hacía una pausa, el convertido objetó:

–Es cierto que mi pasado está lleno de culpas cuando no vacilé en perseguir las expresiones de la verdad; pero, de tres años a esta parte, no me acuerdo de ningún acto que necesite reconsideración.

El anciano pareció alcanzar el auge de la cólera y exclamó con aspereza:

–Siento que las palabras generosas no corresponden a tu razón perturbada. Veo que he esperado en vano, para no morir odiando a alguien. Infelizmente, estoy obligado a reconocer en tus actuales decisiones a un loco o a un criminal vulgar. ¡Por tanto, para que nuestras actitudes se definan, te pido que de manera definitiva escojas entre mí y el despreciable carpintero!...

La voz paternal, al enunciar semejante intimación, estaba sofocada, vacilante, evidenciando un profundo sufrimiento. Saulo comprendió y, en vano, procuraba un argumento conciliador. La incomprensión del padre lo angustiaba. Nunca reflexionó tanto y tan intensamente en la enseñanza de Jesús sobre los lazos de familia. Se sentía estrechamente ligado al generoso anciano, quería ampararlo en su rigidez intelectual, ablandar su condición tiránica, pero comprendía las barreras que se anteponían a sus deseos sinceros. Sabía con qué severidad había sido formado su propio carácter. Presintiendo la inutilidad de los ruegos afectivos, susurró entre humilde y ansioso:

–¡Padre querido, ambos necesitamos de Jesús!...

El viejo, inflexible, le dirigió una mirada austera y respondió con aspereza:

–¡Has hecho tu elección! ¡Nada tienes que hacer en esta casa!...

El anciano estaba trémulo. Se veía el esfuerzo espiritual que hacía para tomar aquella decisión. Criado en las concepciones intransigentes de la Ley de Moisés, Isaac sufría como padre; pero, expulsaba al hijo depositario de tantas esperanzas, como si cumpliese con un deber. El corazón amoroso le sugería piedad, pero el raciocinio del hombre, encarcelado en los dogmas implacables de la raza, ahogaba su impulso natural.

Saulo lo contempló en actitud silenciosa y suplicante. El hogar era la postrera esperanza que aún le restaba. No quería creer

en la última pérdida. Clavó en el anciano los ojos casi lacrimosos y, después de un largo minuto de expectación, imploró en un gesto conmovedor que no le era habitual:

–Carezco de todo, padre. ¡Estoy cansado y enfermo! No tengo ningún dinero, necesito de la piedad ajena.

Y acentuando la dolorosa queja:

–¿También vos me expulsáis?

Isaac sintió que la súplica le vibraba en lo más íntimo del corazón. Pero, juzgando tal vez que la energía, en este caso, era más eficiente que la ternura, respondió secamente:

–Corrige tus impresiones, porque nadie te expulsó. ¡Fuiste tú quien botaste a los amigos y a los afectos más puros al abandono!... ¿Tienes necesidades? Es justo que le pidas al carpintero las providencias necesarias… Él, que hizo tamaños absurdos, tendrá suficiente poder para socorrerte.

Inmenso dolor se apoderó del espíritu del ex rabino. Las alusiones al Cristo le dolían mucho más que las reprimendas directas que había recibido. Sin conseguir refrenar su propia angustia, sintió que lágrimas ardientes le rodaban por el rostro quemado por el sol del desierto. Nunca había experimentado un llanto así tan amargo. Ni siquiera en la ceguera angustiosa, consecuente de la visión de Jesús, lloró tan penosamente. No obstante olvidado en una pensión sin nombre, ciego y agobiado, sentía la protección del Maestro que lo había convocado a su Servicio Divino. Guardaba la impresión de estar más cerca del Cristo. Se regocijaba en los dolores más acervos, por el hecho de haber recibido, a las puertas de Damasco, su llamada gloriosa y directa. Pero, después de todo, buscó, en vano, apoyo en los hombres para iniciar la sagrada tarea. Los más amigos le recomendaban que se mantuviera a distancia. Por último, allí estaba su padre, viejo y rico, negándole apoyo en el instante más doloroso de su vida. Lo expulsaba, manifestando aversión por sus ideas regeneradoras. No toleraba su condición de amigo del Cristo. Pero, en el llanto que le brotaba de los ojos, se acordó de Ananías. Cuando

todos lo abandonaban en Damasco, surgió el mensajero del Maestro, restituyendo su buen ánimo. Su padre le habló, irónicamente, de los poderes del Señor. Sí, Jesús no le faltaría con los recursos indispensables.

Lanzando al progenitor una mirada inolvidable, le dijo humildemente:

–¡Entonces, adiós, padre!... ¡Decís bien, porque estoy seguro de que el Mesías no me abandonará!...

Con pasos indecisos, se aproximó a la puerta de salida. Pasó la mirada cubierta de llanto por los antiguos adornos de la sala. La poltrona de su madre estaba en la posición habitual. Recordó el tiempo en que los ojos maternos leían para él las primeras nociones de la Ley. Creyó divisar su sombra que le hacía señas con amorosa sonrisa. Jamás había experimentado un vacío tan grande en el corazón. Estaba solo. Tuvo recelos de sí mismo, porque, jamás se había visto en tales coyunturas.

Después de la dolorosa meditación, se retiró en silencio. Observó con indiferencia el movimiento de la calle, como alguien que hubiese perdido todo el interés de vivir.

No había dado aún muchos pasos, en su incierto destino, cuando oyó que lo llamaban con insistencia.

Se detuvo a esperar y verificó que se trataba de un viejo servidor del padre, que corría en pos de él.

En poco tiempo, el criado le entregaba una bolsa pesada, exclamando en tono amistoso:

–Vuestro padre os envía este dinero como presente.

Saulo experimentó en lo más íntimo de su ser el resentimiento del "hombre viejo". Imaginó invocar su propia dignidad para devolver la humillante dádiva. Procediendo así, enseñaría al padre que su hijo no era un mendigo. Le daría una lección, le mostraría su propio valor, pero consideró, al mismo tiempo, que las pruebas rigurosas tal vez se verificasen con el asentimiento de Jesús, para

que su corazón voluntarioso aún aprendiese la verdadera humildad. Sintió que había vencido muchos tropiezos; que se había mostrado superior en Damasco y en Jerusalén; que dominó las hostilidades del desierto; que soportó la ingratitud de los climas y los dolorosos cansancios; pero, que el Maestro ahora le sugería la lucha consigo mismo, para que el "hombre de mundo" dejase de existir, dando oportunidad al renacimiento del corazón enérgico, mas amoroso y tierno, del discípulo. Sería, tal vez, la mayor de todas las batallas. Así lo comprendió, en un relance, y buscando vencerse a sí mismo, tomó la bolsa con resignada sonrisa, la guardó humildemente entre los dobleces de la túnica, saludó al servidor con expresiones de agradecimiento y le dijo, esforzándose por evidenciar alegría:

–Sinesio, cuéntele a mi padre la alegría que me causó con su cariñosa oferta y dígale que ruego a Dios que lo ayude.

Siguiendo el curso incierto de su nueva situación, vio en la actitud paterna el reflejo de los antiguos hábitos del Judaísmo. Como padre, Isaac no quería parecer ingrato e inflexible, procurando ampararlo; pero como fariseo nunca le soportaría la renovación de las ideas.

Con aire indiferente, tomó una leve refección en una modesta posada. Pero no conseguía tolerar el movimiento de las calles. Tenía sed de meditación y silencio. Necesitaba oír la conciencia y el corazón, antes de asentar los nuevos planes de vida. Procuró apartarse de la ciudad. Como eremita anónimo, buscó un campo agreste. Después de mucho caminar sin destino, alcanzó los alrededores de Tauro. Comenzaba el cortejo de las sombras tristes de la tarde. Exhausto de fatiga, descansó junto a una de las innumerables cavernas abandonadas. Muy a lo lejos, Tarso reposaba entre la arboleda. Las auras vespertinas vibraban en el ambiente, sin perturbar la placidez de las cosas. Sumergido en la quietud de la Naturaleza, Saulo retrocedió mentalmente al día de su radical transformación. Recordó el abandono en la pensión de Judas, la indiferencia de Sadoc a su amistad. Rememoró la primera reunión de Damasco, en la cual soportó tantos insultos, ironías y sarcasmos. Viajó a Palmira,

ansioso por la asistencia de Gamaliel, a fin de penetrar la causa del Cristo, pero el noble maestro le aconsejó el aislamiento en el desierto. Recordó las duras dificultades del telar y la carencia de recursos de toda especie, en el oasis solitario. En aquellos días silenciosos y largos, jamás había podido olvidar a la novia muerta, luchando por erguirse, espiritualmente, por encima de los sueños desmoronados. Por más que estudiase el Evangelio, íntimamente experimentaba singular remordimiento por el sacrificio de Esteban, que, a su manera de ver, había sido la piedra tumularia de su noviazgo auspicioso. Sus noches estaban llenas de infinitas angustias. A veces, en pesadillas dolorosas, se sentía de nuevo en Jerusalén, firmando sentencias inicuas. Las víctimas de la gran persecución lo acusaban, mirándolo asustadas, como si su fisonomía fuese la de un monstruo. La esperanza en el Cristo reanimaba su espíritu resuelto. Después de tan ásperas pruebas, dejó la soledad para regresar a la vida social. Nuevamente en Damasco, la sinagoga lo recibió con amenazas. Los amigos de otros tiempos le lanzaban epítetos crueles con profunda ironía. Fue necesario que huyese como un criminal común, saltando muros en el silencio de la noche. Después, buscó Jerusalén, con la esperanza de ser comprendido. Sin embargo, Alejandro, en cuyo espíritu culto pretendía encontrar mejor entendimiento, lo recibió como si fuese visionario y mentiroso. Extremadamente fatigado, tocó a la puerta de la iglesia del "Camino", pero fue obligado a recogerse a una sencilla hospedería, a causa de las sospechas justas de los Apóstoles de Galilea. Enfermo y abatido, fue llevado a la presencia de Simón Pedro, que le suministró lecciones de elevada prudencia y expresiva bondad, pero, a ejemplo de Gamaliel, le aconsejó un recogimiento previo, discreción y en suma, un nuevo aprendizaje. En balde, buscaba un medio de armonizar las circunstancias, de manera que pudiese cooperar en la obra del Evangelio pero todas las puertas parecían cerradas. Al final, se dirigió a Tarso, ansioso del amparo familiar para reiniciar la vida. La actitud paterna solo le agravó las desilusiones. Repeliéndolo, el progenitor lo lanzaba en un abismo. Ahora, comenzaba a comprender que, reiniciar la existencia, no era volver a la actividad del nido antiguo, sino principiar,

desde el fondo del alma, el esfuerzo interior, alijar el pasado en sus mínimos resquicios, en fin, ser otro hombre.

Comprendía la nueva situación, pero no pudo impedir las lágrimas que le afloraban copiosas.

Cuando volvió en sí, la noche se había cerrado del todo. El cielo oriental resplandecía de estrellas. Vientos suaves soplaban de lejos, refrescando su frente encandecida. Se acomodó como pudo, entre las piedras agrestes, sin valor para eximirse del silencio de la Naturaleza amiga. No obstante proseguir el curso de sus amargas reflexiones, se sentía más calmado. Confió al Maestro sus acervas preocupaciones, pidió el remedio de su misericordia y procuró mantenerse en reposo. Después de la oración ardiente, cesó de llorar, figurándosele que una fuerza superior e invisible le aliviaba las llagas de su alma oprimida.

Poco después, en dulce quietud en el cerebro dolorido, sintió que el sueño comenzaba a dominarlo. Una sensación muy suave de reposo le proporcionaba un gran alivio. ¿Estaría durmiendo? Tenía la impresión de haber penetrado una región de sueños deliciosos. Se sentía ágil y feliz. Consideraba que había sido arrebatado a una campiña tocada de luz primaveral, aislada y lejos de este mundo. Flores brillantes, como hechas de niebla colorida, brotaban a lo largo de caminos maravillosos, rasgados en la región bañada de claridades indefinibles. Todo le hablaba de un mundo diferente. A sus oídos sonaban armonías suaves, dando idea de cavatinas ejecutadas a lo lejos, en arpas y laúdes divinos. Deseaba identificar el paisaje, definir sus contornos, enriquecer observaciones, pero un sentimiento profundo de paz lo deslumbraba completamente. Debía haber penetrado un reino maravilloso, pues los portentos espirituales que se hacían patentes ante sus ojos excedían a todo entendimiento. (1)

---

(1) Más tarde en la II Epístola a los Corintios (12:2–4), Saulo afirmaba: "Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si estaba en el cuerpo no lo sé, si estaba fuera del cuerpo no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que el tal hombre fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables de las que al hombre no le es lícito hablar". De esa gloriosa experiencia el Apóstol de los gentiles extrajo nuevas conclusiones sobre sus notables ideas, en lo referente al cuerpo espiritual. – (Nota de Emmanuel).

Aun no había despertado bien de ese deslumbramiento, cuando se sintió presa de nuevas sorpresas con la aproximación de alguien que pisaba levemente, acercándose con extrema suavidad. Algunos segundos más y vio a Esteban y Abigail frente a él, jóvenes y hermosos, luciendo unos vestidos tan brillantes y tan blancos que se asemejaban más a copos de nieve traslúcida.

Incapaz de traducir las sagradas conmociones de su alma, Saulo de Tarso se arrodilló y comenzó a llorar.

Los dos hermanos, que volvían para animarlo, se aproximaron a él con generosas sonrisas.

–¡Levántate, Saulo! –dijo Esteban con profunda bondad.

–¿Qué es eso? ¿Lloras? –Peguntó Abigail, en tono cariñoso–. ¿Acaso estarás desalentado cuando la tarea apenas comienza?

El joven tartense, ahora de pie, estalló en llanto convulsivo. Aquellas lágrimas no solo eran un desahogo del corazón abandonado en el mundo. Traducían, también, un júbilo infinito, una gratitud inmensa a Jesús, siempre pródigo de protección y beneficios. Quiso aproximarse, besar las manos de Esteban, rogar perdón por su nefasto pasado, pero fue el mártir del "Camino" que, en la Luz de su Resurrección Gloriosa, se aproximó al ex rabino y lo abrazó efusivamente, como si lo hiciese a un hermano amado. Después, besándole la frente, susurró con ternura:

–¡Saulo, no te detengas en el pasado! ¿Quién estará en el mundo exento de errores? ¡Solo Jesús fue puro!...

El ex discípulo de Gamaliel se sentía sumergido en un verdadero océano de venturas. Quería hablar de sus interminables alegrías, agradecer tan grandes dádivas, pero indómita emoción le sellaba los labios y confundía su corazón. Amparado por Esteban, que le sonreía en silencio, vio a Abigail más hermosa que nunca, recordándole las flores de la primavera en la casa humilde del camino de Jope. No pudo hurtarse a las reflexiones del hombre, olvidar los sueños deshechos, recordados, por encima de todo, en aquel glorioso minuto de su vida. Pensó en el hogar que podría haber

constituido; en el cariño con que la joven de Corinto le cuidaría los hijos afectuosos; en el amor insustituible que su dedicación le podría dar. Pero, comprendiendo sus más íntimos pensamientos, la novia espiritual se aproximó, le tomó la diestra encallecida en las labores rudas del desierto y habló muy conmovida:

–Nunca nos faltará un hogar… Lo tendremos en el corazón de cuantos vinieren a nuestro encuentro. En cuanto a los hijos, tenemos a la inmensa familia que Jesús nos legó en su misericordia… Los hijos del Calvario son nuestros también… Ellos están en todas partes, esperando la herencia del Salvador.

El joven tartense entendió la cariñosa advertencia, archivándola en lo íntimo del corazón.

–No te entregues al desaliento –continuó Abigail, generosa y solícita–; nuestros antepasados conocieron el Dios de los ejércitos, que era el dueño de los triunfos sangrientos, del oro y de la plata del mundo; pero, nosotros conocemos al Padre, que es el Señor de nuestro corazón. La Ley nos destacaba la fe, por la riqueza de dádivas materiales en los sacrificios; pero el Evangelio nos conoce por la confianza inagotable y por la fe activa al servicio del Todopoderoso. ¡Es preciso ser fiel a Dios, Saulo! Aunque el mundo entero se volviese contra ti, poseerías el tesoro inagotable del corazón fiel. La Paz triunfante del Cristo es la del alma laboriosa, que obedece y confía… No vuelvas a recalcitrar contra los aguijones. Aléjate de los pensamientos del mundo. ¡Cuando hayas agotado la última gota de la posca de los engaños terrenales, Jesús henchirá tu espíritu de claridades inmortales!

Experimentando infinito consuelo, Saulo llegaba a perturbarse por la incapacidad de articular una frase. Las exhortaciones de Abigail le calarían para siempre. Nunca más permitiría que el desánimo tomase posesión de él. Enorme esperanza se represaba, ahora, en su mundo íntimo. Trabajaría para el Cristo en todos los lugares y circunstancias. El Maestro se sacrificó por todos los hombres. Dedicar a Él su existencia representaba un noble deber. Mientras formulaba estos pensamientos, recordó la dificultad de armonizarse

con las personas. Encontraría luchas. Recordó la promesa de Jesús, de que estaría presente donde hubiese hermanos reunidos en su nombre. Pero todo le pareció súbitamente difícil en aquella rápida operación intelectual. Las sinagogas se combatían entre sí. La iglesia misma de Jerusalén tendía, nuevamente, a las influencias judaizantes. Fue ahí que Abigail respondió, de nuevo, a sus inquietudes íntimas, exclamando con infinito cariño:

–Reclamas compañeros acordes contigo en las edificaciones evangélicas. Pero es necesario recordar que Jesús no los tuvo. Los apóstoles no pudieron concordar con el Maestro sino con el auxilio del Cielo, después de la Resurrección y del Pentecostés. Los más amados dormían, mientras Él, atormentado, oraba en el huerto. Unos lo negaron, otros huyeron en la hora decisiva. Concuerda con Jesús y trabaja. El camino hacia Dios está subdividido en una verdadera infinidad de planos. El espíritu pasará solito de una esfera a otra. Toda elevación es difícil, pero solamente ahí encontramos la victoria real. Recuerda la "puerta estrecha" de las lecciones evangélicas y camina. Cuando sea oportuno, Jesús llamará a tu labor a los que puedan concordar contigo, en su nombre. Dedícate al Maestro en todos los instantes de tu vida. Sírvelo con energía y ternura, como quien sabe que la realización espiritual reclama la cooperación de todos los sentimientos que ennoblezcan el alma.

Saulo estaba extasiado. No podía traducir las sensaciones maravillosas que le dominaban el corazón tomado de inefable júbilo. Nuevas esperanzas estimulaban su alma. En su retina espiritual se desdoblaba un radiante futuro. Quiso moverse, agradecer la dádiva sublime, pero la emoción lo privaba de cualquier manifestación afectiva. Sin embargo, en su espíritu se manifestaba una gran interrogación. ¿Qué hacer, de ahora en adelante, para triunfar? ¿Cómo completar las nociones sagradas que le competía ejemplificar prácticamente, sin pensar en los sacrificios? Dejando percibir que oía su más secretas interpelaciones, Abigail se adelantó, siempre cariñosa:

–Saulo, para la certeza de la victoria en el escabroso camino, recuerda que es imperioso dar: Jesús dio al mundo cuanto poseía y,

encima de todo, nos dio la comprensión intuitiva de nuestras debilidades, para que toleremos las miserias humanas…

El joven tartense notó que Esteban, en ese ínterin, se despedía, dirigiéndole una mirada fraterna.

Abigail, por su parte, le apretaba las manos con inmensa ternura. El ex rabino hubiera deseado prolongar la deliciosa visión para el resto de la vida, mantenerse junto a ella para siempre; sin embargo, la entidad querida esbozaba un gesto de amoroso adiós. Se esforzó entonces, por catalogar apresuradamente sus necesidades espirituales, deseoso de oírla con relación a los problemas que enfrentaba. Ansioso por aprovechar las mínimas oportunidades de aquel glorioso y fugaz minuto, Saulo alineaba mentalmente un gran número de preguntas. ¿Qué hacer para adquirir la comprensión perfecta de los designios del Cristo?

–¡Ama! –respondió Abigail espontáneamente.

Pero, ¿cómo proceder para enriquecernos en la Virtud Divina? Jesús aconseja el amor incluso a los enemigos. No obstante, consideraba cuán difícil debía ser semejante realización. Es muy penoso testimoniar dedicación sin el entendimiento real de los demás. ¿Cómo hacer para que el alma alcance tan elevada expresión de esfuerzo con Jesucristo?

–¡Trabaja! –esclareció la novia amada, sonriendo bondadosamente.

Abigail tenía razón. Era necesario realizar la obra de perfeccionamiento interior. Deseaba ardientemente hacerlo. Para eso se había aislado en el desierto, por más de mil días consecutivos. Sin embargo, al regresar al ambiente del esfuerzo colectivo, en cooperación con antiguos compañeros, nutría sanas esperanzas que se convirtieron en dolorosas perplejidades. ¿Qué medidas adoptar contra el desánimo destructor?

–¡Espera! –dijo ella aun, en un gesto de tierna solicitud, como quien deseaba aclarar que el alma debe estar dispuesta para aten-

der al Programa Divino, en cualquier circunstancia y contra cualquier capricho personal.

Oyéndola, Saulo consideró que la esperanza había sido siempre la compañera de sus días más ásperos. Sabría aguardar el porvenir con las bendiciones del Altísimo. Confiaría en su misericordia. No desdeñaría las oportunidades del servicio redentor. Pero… ¿y los hombres? En todas partes medraba la confusión en los espíritus. Reconocía que, de hecho, la concordancia general en torno a las enseñanzas del Maestro Divino representaba una de las realizaciones más difíciles, en la difusión del Evangelio; pero, aparte de eso, la gente parecía estar igualmente desinteresada de la Verdad y de la Luz. Los israelitas se aferraban a la Ley de Moisés, intensificando el régimen de las hipocresías farisaicas; los seguidores del "Camino" se aproximaban nuevamente a las sinagogas, huían de los gentiles, sometiéndose, rigurosamente, a los procesos de la circuncisión. ¿Dónde quedaba la libertad del Cristo? ¿Dónde las amplias esperanzas que su amor había traído a toda la Humanidad, sin exclusión de los hijos de otras razas? Estaba completamente de acuerdo en que era indispensable amar, trabajar, esperar. Pero, ¿cómo actuar en el ámbito de fuerzas tan heterogéneas? ¿Cómo conciliar las grandiosas lecciones del Evangelio con la indiferencia de los hombres?

Abigail le apretó las manos con más ternura, indicando su despedida, y afirmó dulcemente:

–¡Perdona!...

En seguida, la luminosa figura pareció diluirse, como si fuese hecha de fragmentos de la aurora.

Extasiado por la maravillosa revelación, Saulo se vio solo, sin saber cómo coordinar las expresiones de su deslumbramiento. En la región, que se coronaba de claridades infinitas, se sentían vibraciones de misteriosa belleza. A sus oídos continuaban llegando ecos lejanos de sublimes armonías siderales, que parecían traducir mensajes de amor, oriundos de soles distantes… ¡Se arrodilló y oró! Agradeció al Señor las maravillas de sus bendiciones. En pocos

segundos, como si energías imponderables lo recondujesen al ambiente de la Tierra, se sintió en el lecho rústico, improvisado entre las piedras. Incapaz de elucidar el prodigioso fenómeno, Saulo de Tarso contempló los cielos, embelesado.

El infinito azul del firmamento no era un abismo en cuyo fondo brillaban las estrellas… Ante sus ojos, el espacio adquirió una nueva significación; debía estar lleno de expresiones de vida, que al hombre común no le era dado comprender. Había cuerpos celestiales, como los había terrenales. La criatura humana no estaba particularmente abandonada por los poderes supremos de la Creación. La Bondad de Dios excedía a toda inteligencia humana. Los que se habían liberado de la carne volvían del plano espiritual para consolar a los que permanecían a distancia. Para Esteban, él había sido un verdugo cruel; para Abigail, un novio ingrato. Sin embargo, el Señor permitía que ambos regresasen al paisaje oscuro del mundo, para reanimar su corazón. La existencia planetaria alcanzaba un nuevo sentido en sus profundas elucubraciones. Nadie estaba abandonado. Los hombres más miserables tendrían en el cielo quien los acompañase con gran dedicación. Por más duras que fuesen las experiencias humanas, la vida, ahora, asumía una nueva forma de armonía y belleza eternas.

La Naturaleza estaba en calma. El claror de la luna esplendía en lo alto con vibraciones de indefinible encanto. De cuando en cuando, el viento susurraba levemente, esparciendo misteriosos mensajes. Dulces ráfagas calmaban la frente del pensador, que se embebecía en la recordación inmediata de sus maravillosas visiones del Mundo Invisible.

Disfrutando de una paz desconocida hasta entonces, creyó que renacía en aquel momento para una existencia muy distinta. Singular serenidad inundaba su espíritu. Una comprensión diferente lo felicitaba por reiniciar su jornada en el mundo. Guardaría el lema de Abigail, para siempre. El amor, el trabajo, la esperanza y el perdón serían sus compañeros inseparables. Lleno de dedica-

ción por todos los seres, aguardaría las oportunidades que Jesús le concediese, absteniéndose de provocar situaciones, y, en ese caso, sabría tolerar la ignorancia o la franqueza ajenas, consciente de que también él cargaba un pasado condenable, pero que a pesar de todo había merecido la compasión del Cristo.

Solo mucho después, cuando las brisas leves de la madrugada anunciaban el día, el ex doctor de la Ley consiguió conciliar el sueño. Cuando despertó, era media mañana. Muy a lo lejos, Tarso había vuelto a tomar su movimiento habitual.

Se levantó animado como nunca. El coloquio espiritual con Esteban y Abigail, le había renovado las energías. Instintivamente, se acordó de la bolsa que el padre le había mandado. La retiró para calcular las posibilidades económicas de las que podía disponer para los nuevos cometidos. La dádiva paterna era abundante y generosa. Pero, de pronto no conseguía atinar, con la decisión preferible.

Después de mucho reflexionar, decidió adquirir un telar. Sería el nuevo comienzo de la lucha. A fin de consolidar las nuevas disposiciones interiores, juzgó útil ejercer en Tarso el oficio de tejedor, visto que allí, en la tierra de su cuna, había ostentado ser un intelectual de valor y había sido aplaudido como atleta.

Dentro de poco, era reconocido por los coterráneos como un humilde fabricante de tapices.

La noticia tuvo una desagradable repercusión en su antiguo hogar, motivando la mudanza del viejo Isaac, que, después de desheredarlo ostensiblemente, se mudó para una de sus propiedades en la margen del Éufrates, donde esperó la muerte junto a una hija, incapaz de comprender al primogénito muy amado.

Así, durante tres años, el solitario tejedor de las cercanías de Tauro ejemplificó la humildad y el trabajo, esperando devotamente que Jesús lo convocase para el testimonio.

IV

Primeras labores apostólicas

Transformado en un rudo operario, Saulo de Tarso presentaba una notable diferencia fisonómica. Se le acentuaron las facciones de asceta. Pero, los ojos, denunciando al hombre ponderado y resuelto, revelaban igualmente una paz profunda e indefinible.

Comprendiendo que la situación no le permitía llevar a cabo grandes proyectos de trabajo, se contentaba con hacer lo que fuese posible. Sentía placer cuando daba testimonio de su cambio de conducta, a los antiguos camaradas de triunfo, en ocasión de las festividades tartenses. Casi se enorgullecía de vivir del modesto rendimiento de su ardua labor. Varias veces, él mismo atravesaba las plazas más frecuentadas, cargando pesados fardos de pelo caprino. Los coterráneos admiraban su actitud humilde, que era ahora su rasgo dominante. Las familias ilustres lo contemplaban con piedad. Todos los que lo conocieron en la fase aurea de la juventud, no se cansaban de lamentar aquella transformación. La mayoría lo trataba como un alienado pacífico. Por eso, nunca faltaban encomiendas al tejedor de las proximidades de Tauro. La simpatía de sus conciudadanos, que jamás comprenderían completamente sus nuevas ideas, tenía la virtud de amplificar su esfuerzo, aumentando sus parcos recursos. Él, por su parte, vivía tranquilo y satisfecho. El programa de Abigail constituía un mensaje permanente a su corazón. Se levantaba, todos los días, procurando amar a todo y a todos; para proseguir en los caminos rectos, trabajaba activamente. Si le llegaban deseos ansiosos, inquietudes para intensificar sus actividades fuera del tiempo apropiado, bastaba esperar; si alguien se compadecía de

él, si otros le apellidaban de loco, desertor o fantasioso, buscaba olvidar la incomprensión ajena con el perdón sincero, reflexionando en las muchas veces que también él había ofendido a los demás por ignorancia. Estaba sin amigos, sin afectos, soportando los desencantos de la soledad que, si no tenía compañeros cariñosos, tampoco necesitaba temer los sufrimientos oriundos de las amistades infieles. Procuraba encontrar en cada día al colaborador valioso que no le substraía las oportunidades. Con él tejía complicados tapetes, toldos y tiendas de campaña, ejercitándose en la paciencia indispensable para enfrentar otros trabajos que aún lo esperaban en las encrucijadas de la vida. La noche era la bendición del espíritu. Su existencia transcurría sin otros pormenores de mayor importancia, cuando un día fue sorprendido con la inesperada visita de Bernabé.

El ex levita de Chipre se encontraba en Antioquía fatigado con serias responsabilidades. La iglesia fundada allí reclamaba la cooperación de trabajadores inteligentes. Innumerables dificultades espirituales debían ser resueltas, intensos servicios quedaban por hacer. La institución había sido iniciada por discípulos de Jerusalén, bajo los consejos generosos de Simón Pedro. El ex pescador de Cafarnaún ponderó que deberían aprovechar el período de calma, en el capítulo de las persecuciones, para que los lazos del Cristo fuesen diseminados. Antioquía era de los mayores centros operarios. No faltaban contribuyentes para costear las obras, porque la grandiosa empresa había tenido repercusión en los ambientes de trabajo más humildes; pero, escaseaban los legítimos trabajadores del pensamiento. Entonces, entró en vigor la comprensión de Pedro para que no le faltase al tejedor de Tarso la oportunidad debida. Observando las dificultades, después de recomendar a Bernabé para la dirección del núcleo del "Camino", le aconsejó que fuese a buscar al convertido de Damasco, para que su capacidad alcanzase un nuevo campo de ejercicio espiritual.

Saulo recibió al amigo con inmensa alegría.

Viéndose recordado por los hermanos distantes, tenía la impresión de recibir un nuevo aliento.

El compañero expuso el elevado plan de la iglesia que reclamaba su ayuda fraterna, en el desdoblamiento de los servicios, la colaboración constante de la que podrían disponer para la construcción de las obras de Jesucristo. Bernabé exaltó la dedicación de los hombres humildes que cooperaban con él. Sin embargo, la institución reclamaba hermanos dedicados, que conociesen profundamente la ley de Moisés y el Evangelio del Maestro, a fin de que no fuese perjudicada la tarea de la iluminación intelectual.

El ex rabino se alentó con la narración del otro y no tuvo dudas en atender al llamado. Apenas presentaba una condición, pretendía proseguir en su oficio, de manera que no fuese una carga para sus hermanos de Antioquía. Fue inútil cualquier objeción de Bernabé, en ese sentido.

Diligente y servicial, Saulo de Tarso en breve se instalaba en Antioquía, donde pasó a cooperar activamente con los amigos del Evangelio. Durante largas horas del día arreglaba alfombras o se entretenía en el trabajo del telar. De esa manera, ganaba lo necesario para vivir, volviéndose un modelo en el seno de la nueva iglesia. Utilizando el gran caudal de experiencias ya adquirido en las refriegas y padecimientos del mundo, jamás lo veían ocupar los primeros lugares. En los *Hechos de los Apóstoles* vemos su nombre citado siempre de último cuando se refieren a los colaboradores de Bernabé. Saulo había aprendido a esperar. En la comunidad, prefería las labores más sencillas. Se sentía bien, atendiendo a los numerosos enfermos. Recordaba a Simón Pedro y procuraba cumplir los nuevos deberes en la pauta de la bondad sin pretensiones, aunque imprimiendo en todo el rasgo de su sinceridad y franqueza, casi ásperas.

La iglesia no era rica, pero la buena voluntad de los compañeros parecía proveerla de abundantes gracias.

Antioquía, ciudad cosmopolita, se había tornado en foco de grandes depravaciones. En su paisaje adornado de mármoles preciosos, que dejaban entrever la opulencia de los habitantes, proliferaba toda clase de abusos. Los dueños de fortunas se entregaban a los placeres licenciosos, desenfrenadamente. Los bosques artificia-

les reunían asambleas galantes, donde la tolerancia criminal caracterizaba todos los propósitos. La riqueza pública permitía grandes posibilidades a las extravagancias. La ciudad estaba llena de mercaderes que se peleaban sin treguas, por ambiciones inferiores de dramas pasionales. Pero, diariamente, por la noche, se reunían, en la casa sencilla donde funcionaba la célula del "Camino", grandes grupos de albañiles, de soldados paupérrimos, de labradores pobres, todos ansiosos por el mensaje de un mundo mejor. Las mujeres de condición humilde comparecían, igualmente, en gran número. La mayoría de los frecuentadores se interesaban por consejos y consolaciones, remedios para curar las llagas del cuerpo y del espíritu.

Generalmente, eran Bernabé y Manahen los predicadores más destacados, suministrando el Evangelio a las asambleas heterogéneas. Saulo de Tarso se limitaba a cooperar. Por cierto, él mismo había notado que Jesús recomendaba que comenzase de nuevo sus experiencias. En cierta ocasión, hizo lo posible por conducir los sermones generales, pero no consiguió nada. La palabra, tan fácil en otros tiempos, parecía retraérsele en la garganta. Comprendió que era justo padecer las torturas del reinicio, en virtud de la oportunidad que no había sabido valorar. No obstante las barreras que se anteponían a sus actividades, jamás se dejó avasallar por el desánimo. Si ocupaba la tribuna, tenía extrema dificultad para la interpretación de las ideas más sencillas. A veces, llegaba a ruborizarse de vergüenza ante el público que aguardaba sus conclusiones con ardiente interés, dada la fama de predicador de Moisés, en el Templo de Jerusalén. Además, el sublime acontecimiento de Damasco lo rodeaba de noble y justa curiosidad. Varias veces, Bernabé lo sorprendió con su dialéctica confusa en la interpretación de los Evangelios y reflexionaba en la tradición de su pasado como rabino, que no llegó a conocer personalmente, y en la timidez que le invadía, justo en el momento de conquistar al público. Por ese motivo, fue apartado discretamente de la predicación y aprovechado en otros menesteres. Pero, Saulo lo comprendía todo y no se desanimaba. Si no era posible regresar, de pronto, a la labor de la predicación, se prepararía de nuevo para eso. Con esa intención,

compartía con humildes hermanos en su tienda de trabajo y mientras sus manos tejían con seguridad, entablaba conversaciones con ellos sobre la misión del Cristo. Por la noche, promovía charlas en la iglesia con la cooperación de todos los presentes. Mientras no se organizaba la dirección superior para el trabajo de las asambleas, se sentaba con los operarios y soldados que comparecían en gran número. Se interesaba por dar atención a las lavanderas, a jóvenes enfermas y a madres humildes. Leía a veces, fragmentos de la Ley y del Evangelio, establecía comparaciones, provocaba nuevas opiniones. Dentro de aquellas actividades constantes, la lección del Maestro parecía siempre tocada de luces progresivas. En breve, el ex discípulo de Gamaliel se tornaba en un amigo amado por todos. Saulo se sentía inmensamente feliz. Tenía una enorme satisfacción siempre que veía la tienda pobre repleta de hermanos que lo buscaban, llenos de simpatía. Las encomiendas no faltaban. Había siempre suficiente trabajo como para no serle pesado a nadie. Allí conoció a Trófimo, que sería su compañero fiel en muchos trances difíciles; allí abrazó a Tito, por primera vez, cuando el abnegado colaborador aún no salía de la infancia.

La existencia, para el ex rabino, no podía ser más tranquila ni más bella. Su día estaba lleno de las notas armoniosas del trabajo digno y constructivo; por la noche, se recogía en la iglesia en compañía de los hermanos, entregándose placentero a las lides sublimes del Evangelio.

La institución de Antioquía era, entonces, mucho más seductora que la iglesia de Jerusalén. Se vivía allí en un ambiente de sencillez pura, sin ninguna preocupación con las disposiciones rigoristas del judaísmo. Había riqueza, porque no faltaba trabajo. Todos amaban las obligaciones diarias, aguardando el reposo de la noche en las reuniones de la iglesia, como una bendición de Dios. Los israelitas, distantes del foco de las exigencias farisaicas, cooperaban con los gentiles, sintiéndose todos unidos por soberanos lazos fraternales. Eran muy pocos los que hablaban de la circuncisión y que, por constituir una débil minoría, eran contenidos por la invitación amorosa

a la fraternidad y a la unión. Las asambleas estaban dominadas por profundos ascendientes de amor espiritual. La solidaridad se había establecido con fundamentos divinos. Los dolores y los júbilos de uno pertenecían a todos. La unión de pensamientos en torno a un solo objetivo daba oportunidad a hermosas manifestaciones de espiritualidad. En determinadas noches, había fenómenos de "voces directas". La institución de Antioquía fue uno de los pocos centros apostólicos donde semejantes manifestaciones llegaron a alcanzar culminaciones indefinibles. La fraternidad reinante justificaba esa concesión del Cielo. En los días de reposo, la pequeña comunidad organizaba estudios evangélicos en el campo. La interpretación de las enseñanzas de Jesús era llevada a efecto en algún lugar ameno y solitario de la Naturaleza, casi siempre en las márgenes del Orontes.

Saulo encontraba en todo eso un mundo diferente. La permanencia de Antioquía era interpretada como un auxilio de Dios. La confianza recíproca, los amigos dedicados, la buena comprensión, constituyen alimento sagrado del alma. Trataba de valerse de la oportunidad, a fin de enriquecer su granero íntimo.

La ciudad estaba repleta de paisajes morales indignos, pero el grupo humilde de los discípulos anónimos aumentaba siempre en legítimos valores espirituales.

La iglesia se tornó venerable por sus obras de caridad y por los fenómenos con los que se constituyó en el organismo central.

Viajeros ilustres la visitaban llenos de interés. Los más generosos insistían en amparar sus deberes de asistencia social. Fue ahí que surgió, en cierta ocasión, un médico muy joven, de nombre Lucas. De paso por la ciudad, se aproximó a la iglesia animado por el sincero deseo de aprender algo nuevo. Su atención se fijó, de modo especial, en aquel hombre de apariencia casi ruda, que fermentaba las opiniones, antes que Bernabé emprendiese la apertura de los trabajos. Aquellas actitudes de Saulo, evidenciando la preocupación generosa de enseñar y aprender simultáneamente, lo impresionaron al punto de presentarse al ex rabino, deseoso de oírlo con más frecuencia.

–¡Cómo no! –dijo el Apóstol satisfecho–. Mi tienda está a sus órdenes.

Y mientras permaneció en la ciudad, ambos se empeñaban diariamente en provechosas conversaciones, concernientes a la enseñanza de Jesús. Recuperando poco a poco su poder de argumentación, Saulo de Tarso no tardó en infundir en el espíritu de Lucas las más sanas convicciones. Desde la primera entrevista, el huésped de Antioquía no se perdió una sola de aquellas asambleas sencillas y constructivas. En la víspera de su partida, hizo una observación que modificaría para siempre la denominación de los discípulos del Evangelio.

Bernabé había terminado los comentarios de la noche, cuando el médico tomó la palabra para despedirse. Hablaba emocionado y, al finalizar, consideró acertadamente:

–Hermanos, alejándome de vosotros, llevo el propósito de trabajar por el Maestro, empleando en ello todo el caudal de mis débiles fuerzas. No tengo ninguna duda en cuanto a la extensión de este movimiento espiritual. Para mí, él transformará al mundo entero. Sin embargo, pondero sobre la necesidad de que imprimamos la mejor expresión de unidad a sus manifestaciones. Quiero referirme a los títulos que identifican a nuestra comunidad. No veo en la palabra "camino" una designación perfecta, que traduzca nuestro esfuerzo. Los discípulos de Cristo son llamados "viajeros", "peregrinos" y "caminantes". Pero hay andariegos y estradas de todos los matices. El mal tiene, igualmente, sus caminos. ¿No sería más justo llamarnos –cristianos– unos a los otros? Este título nos recordará la presencia del Maestro, nos dará energía en su nombre y caracterizará, de modo perfecto, nuestras actividades en concordancia con sus enseñanzas.

La sugestión de Lucas fue aprobada con alegría general. El propio Bernabé lo abrazó, enternecidamente, agradeciendo la acertada sugerencia, que venía a satisfacer ciertas aspiraciones de la comunidad entera. Saulo consolidó sus excelentes impresiones sobre aquella vocación superior que comenzaba a exteriorizarse.

Al día siguiente, el nuevo convertido se despidió del ex rabino con lágrimas de reconocimiento. Partía para Grecia, pero quería recordarlo siempre, en todos los pormenores de la nueva tarea. Desde la puerta de su tienda rústica, el ex doctor de la Ley contempló la figura de Lucas hasta que desapareció a lo lejos, regresando al telar, con los ojos llenos de lágrimas. Gratamente emocionado reconocía que, en el trato del Evangelio, había aprendido a ser amigo fiel y dedicado. Cotejaba los sentimientos de ahora con las concepciones más antiguas y verificaba profundas diferencias. Otrora, sus relaciones se prendían a conveniencias sociales, las amistades venían y seguían sin dejar grandes señales en su alma vibrátil; ahora, que el corazón se le había renovado en Jesucristo, se tornó más sensible al contacto con lo divino, las dedicaciones sinceras se esculpían en él perennemente.

El consejo de Lucas se extendió rápidamente a todos los núcleos evangélicos, inclusive Jerusalén, que lo recibió con especial simpatía. En poco tiempo, en todas partes, la palabra "cristianismo" substituía a la palabra "camino".

La iglesia de Antioquía continuaba ofreciendo las más bellas expresiones evolutivas. De todas las grandes ciudades afluían colaboradores sinceros. Las asambleas estaban siempre llenas de revelaciones. Numerosos hermanos profetizaban, animados por el Espíritu Santo (1). Fue ahí que Agabo, grandemente inspirado por las fuerzas del plano superior, recibió el mensaje referente a las tristes pruebas de las que sería víctima la iglesia de Jerusalén. Los orientadores de la institución quedaron extremadamente impresionados. Por insistencia de Saulo, Bernabé expidió un mensajero a Simón Pedro, enviando noticias y exhortándolo a la vigilancia. El emisario regresó, trayendo la impresión de sorpresa del ex pescador, que agradecía los generosos avisos.

En efecto, pasados unos meses, un portador de la iglesia de Jerusalén, llegaba apresuradamente a Antioquía, trayendo noticias

---

(1) Nadie deberá ignorar que el Espíritu Santo designa a la legión de Espíritus santificados en la luz y en el amor, que cooperan con el Cristo desde los primeros tiempos de la Humanidad. – *(Nota de Emmanuel).*

alarmantes y dolorosas. En una extensa misiva, Pedro relataba a Bernabé los últimos hechos que lo entristecían. Escribía que Santiago, hijo de Zebedeo, había sufrido la pena de muerte, en un gran espectáculo público. Herodes Agripa no toleró sus prédicas llenas de sinceridad y justas apelaciones. El hermano de Juan venía de Galilea con la primitiva franqueza de los anuncios del nuevo Reino. Inadaptado al convencionalismo farisaico, había llevado muy lejos el sentido de sus profundas exhortaciones, verificándose una perfecta repetición de los acontecimientos que marcaron la muerte de Esteban. Los judíos se desesperaron contra las nociones de libertad religiosa. Su actitud, sincera y sencilla, fue considerada como expresión de rebeldía. Tremendas persecuciones irrumpieron sin treguas. El mensaje de Pedro relataba también las penosas dificultades de la iglesia. La ciudad sufría hambre y epidemias. Mientras la persecución cruel apretaba el cerco, innumerables filas de hambrientos y enfermos le tocaban a las puertas. El ex pescador solicitaba de Antioquía los socorros posibles.

Bernabé presentó las noticias con el alma entristecida. La laboriosa comunidad se solidarizó, de buen grado, para atender a Jerusalén.

Recogidas las cuotas de auxilio, el ex levita de Chipre se ofreció a ser el portador de la respuesta de la Iglesia; pero, Bernabé no podía partir solo. Surgieron dificultades en la elección del compañero necesario. Sin ninguna duda, Saulo de Tarso se ofreció para hacerle compañía. Trabajaba por cuenta propia –explicó a los amigos– y de ese modo podría tomar la iniciativa de acompañar a Bernabé, sin olvidar las obligaciones que quedaban a la espera de su pronto regreso.

El discípulo de Simón Pedro se alegró. Aceptó, jubiloso, el ofrecimiento.

En dos días, ambos se dirigieron a Jerusalén valientemente. La jornada era muy difícil, pero los dos vencieron los caminos en el menor plazo de tiempo.

Inmensas sorpresas aguardaban a los emisarios de Antioquía,

que ya no encontraron a Simón Pedro en Jerusalén. Las autoridades habían efectuado la prisión del ex pescador de Cafarnaún, inmediatamente después de la dolorosa ejecución del hijo de Zebedeo. Amargas pruebas habían caído sobre la iglesia y sus discípulos. Saulo y Bernabé fueron recibidos especialmente por Prócoro, que los informó de todos los sucesos. Por haber solicitado personalmente el cadáver de Santiago para darle sepultura, Simón Pedro había sido preso, sin compasión y con toda falta de respeto, por los criminales secuaces de Herodes. Pero, días después, un ángel visitó la cárcel del Apóstol, restituyéndolo a la libertad. El narrador se refirió al hecho con los ojos fulgurantes de fe. Contó el júbilo de los hermanos cuando Pedro surgió por la noche con el relato de su liberación. Los compañeros más ponderados lo indujeron entonces, a salir de Jerusalén y esperar en la iglesia incipiente de Jope la normalidad de la situación. Prócoro contó cómo el Apóstol se negó a aceptar ese consejo de los más prudentes. Juan y Felipe habían partido. Las autoridades solo toleraban la iglesia en consideración a la personalidad de Santiago el hijo de Alfeo, que, por sus actitudes de profundo ascetismo impresionaba la mentalidad popular, creando en torno a él una atmósfera de respeto intocable. Atendiendo a la insistencia, en la misma noche de la liberación, Pedro fue conducido a la iglesia por los amigos. Deseaba estar despreocupado por las consecuencias; pero, cuando vio la casa llena de enfermos, de hambrientos, de mendigos andrajosos, hubo de ceder a Santiago la dirección de la comunidad y partir para Jope, a fin de que la situación de los pobrecitos no fuese agravada por su causa.

Saulo se mostraba fuertemente impresionado con todo aquello. Junto con Bernabé, trató enseguida de oír la palabra de Santiago, el hijo de Alfeo. El Apóstol los recibió de buen grado, pero, se le podían notar enseguida los recelos e inquietudes. Repitió las informaciones de Prócoro, en voz baja, como si temiese la presencia de delatores; alegó la necesidad de transigir con las autoridades; invocó el precedente de la muerte del hijo de Zebedeo; se refirió a las modificaciones esenciales que había introducido en la iglesia. En ausencia de Pedro, creó nuevas disciplinas. Nadie podría hablar

del Evangelio sin referirse a la Ley de Moisés. Los sermones solo podían ser oídos por los circuncisos. La iglesia estaba equiparada a las sinagogas. Saulo y el compañero lo oyeron con gran sorpresa, entregándole en silencio el auxilio económico de Antioquía.

La ausencia eventual de Simón había transformado la estructura de la obra evangélica. A los dos recién llegados todo les parecía inferior y diferente. Sobre todo, Bernabé, notó algo en particular. Es que el hijo de Alfeo, elevado a la jefatura provisional, no los invitó a que se hospedaran en la iglesia. En vista de eso, el discípulo de Pedro fue a procurar la casa de su hermana María Marcos, madre del futuro evangelista, que los recibió con gran júbilo. Saulo se sintió bien en aquel ambiente de fraternidad pura y sencilla. Bernabé, a su vez, reconoció que la casa de su hermana se había convertido en el punto predilecto de los hermanos más dedicados al Evangelio. Allí se reunían, por la noche, ocultamente, como si la verdadera iglesia de Jerusalén hubiese transferido su sede para un reducido círculo familiar. Observando las asambleas íntimas del santuario hogareño, el ex rabino recordó la primera reunión de Damasco. Todo era afabilidad, cariño, acogimiento. La madre de Juan Marcos era una de las discípulas más entusiastas y generosas. Reconociendo las dificultades de los hermanos de Jerusalén, no vaciló en poner sus bienes a disposición de todos los necesitados, ni dudó en abrir las puertas de su casa para que las reuniones evangélicas, en su carácter más puro, no perdiesen solución de continuidad.

La prédica de Saulo la impresionó vivamente. Sobre todo, le seducían las descripciones del ambiente fraternal de la iglesia antioqueña, cuyas virtudes Bernabé no cesaba de comentar constantemente.

María expuso al hermano su gran sueño. Quería darle su hijo, aún muy joven, a Jesús. Hacía mucho tiempo que venía preparando al joven para el apostolado. Sin embargo, Jerusalén se ahogaba en luchas religiosas, sin treguas. Las persecuciones surgían y resurgían. La organización cristiana de la ciudad experimentaba profundas alternativas. Solo la paciencia de Pedro conseguía mantener la

continuidad del ideal divino. ¿No será mejor que Juan Marcos se mudase para Antioquía, junto a su tío? Bernabé no se opuso al plan de la hermana entusiasmada. El joven, por su parte, seguía las conversaciones, mostrándose satisfecho. Llamado a opinar, Saulo percibió que los hermanos deliberaban sin consultar al interesado. El chico acompañaba los proyectos, siempre jovial y sonriente. Fue ahí que el ex doctor de la Ley, profundo conocedor del alma humana, desvió la palabra, procurando interesarlo más directamente.

–Juan –dijo, bondadosamente–, ¿sientes, realmente, verdadera vocación para el ministerio?

–¡Sin duda! –confirmó el adolescente algo perturbado.

–Pero, ¿cómo defines tus propósitos? –volvió a preguntar el ex rabino.

–Pienso que el ministerio con Jesús es una gloria –respondió un tanto preocupado bajo el examen de aquella mirada ardiente e inquisidora.

Saulo reflexionó un instante y sentenció:

–Tus intenciones son loables, pero es necesario que no olvides que la mínima expresión de gloria solo llega después del servicio. Si acontece así en el mundo, ¿qué no será con el trabajo para el reino del Cristo? ¡Incluso porque en la Tierra, todas las glorias pasan y la de Jesús es eterna!...

El joven anotó la observación y, aunque estaba un tanto desconcertado por la profundidad de los conceptos, agregó:

–Me siento preparado para las labores del Evangelio, y aparte de todo eso, mamá siente mucho gusto en que yo aprenda las mejores enseñanzas en ese sentido, a fin de convertirme un día en predicador de las verdades de Dios.

María Marcos miró al hijo llena de maternal orgullo. Saulo percibió la situación, formuló un dicho alegre y después afirmó:

–Sí, las madres siempre nos desean todas las glorias de este y del otro mundo. Por ellas, nunca habría hombres perversos. Pero,

en lo que nos atañe, conviene recordar las tradiciones evangélicas. ¡Ayer mismo, recordé la generosa inquietud de la esposa de Zebedeo, ansiosa por la glorificación de los hijos!... Jesús recibió sus anhelos maternales, pero, no dejó de preguntarle si los candidatos al Reino estaban debidamente preparados para sorber su cáliz… ¡Y, ahora, vimos que el cáliz reservado a Santiago contenía un vinagre tan amargo como el de la cruz del Mesías!...

Todos guardaron silencio, pero Saulo continuó en tono placentero, modificando la impresión general:

–Eso no quiere decir que nos debamos desanimar ante las dificultades, para atraer las glorias legítimas del Reino de Jesús. Los obstáculos renuevan las fuerzas. La finalidad divina debe representar nuestro objetivo supremo. Si piensas así, Juan, no dudo en tus futuros triunfos.

Madre e hijo sonrieron tranquilos.

Allí mismo, acordaron la partida del joven, en compañía de Bernabé. El tío discurrió aún sobre las indispensables disciplinas, el espíritu de sacrificio reclamado por la noble misión. Naturalmente, si Antioquía representaba un ambiente de profunda paz, era también un núcleo de trabajos activos y constantes. Juan necesitaría olvidar cualquier expresión de desánimo, para entregarse en cuerpo y alma al servicio del Maestro, con absoluta comprensión de los deberes más justos.

El joven no dudó en asumir los compromisos, ante la mirada amorosa de su madre, que buscaba amparar sus decisiones con el coraje sincero del corazón consagrado a Jesús.

Dentro de pocos días los tres se dirigían a la hermosa ciudad del Orontes.

Mientras Juan Marcos se extasiaba en la contemplación de los paisajes, Saulo y Bernabé se entretenían en largas conversaciones relacionadas con los intereses generales del Evangelio. El ex rabino regresaba sumamente impresionado con la situación de la iglesia de Jerusalén. Desearía sinceramente ir hasta Jope, para en-

trevistarse con Simón Pedro. No obstante, los hermanos lo disuadieron de hacerlo. Las autoridades se mantenían vigilantes. La muerte del Apóstol era reclamada por varios miembros del Sanedrín y del Templo. Cualquier movimiento importante, en el camino de Jope, podría facilitar la tiranía de los secuaces herodianos.

–Francamente –decía Saulo a Bernabé, mostrándose aprensivo–, regreso con el ánimo casi abatido a nuestros servicios de Antioquía. Jerusalén da la impresión de un profundo desmantelamiento y acentuada indiferencia por las lecciones del Cristo. Las elevadas cualidades de Simón Pedro, en la jefatura del movimiento, no me dejan dudas; pero necesitamos cerrar filas alrededor de él. Más que nunca me convenzo de la sublime realidad de que Jesús vino a lo que era suyo, pero no fue comprendido.

–Sí –asentía el ex levita de Chipre, deseoso de disipar las aprensiones del compañero–, confío ante todo, en el Cristo; después, espero mucho de Pedro…

–Sin embargo –insinuaba el otro sin vacilar–, necesitamos considerar que en todo debe existir una pauta de perfecto equilibrio. Nada podemos hacer sin el Maestro, pero no es lícito olvidar que Jesús instituyó en el mundo una obra eterna y, para iniciarla, escogió a doce compañeros. Es verdad que éstos no siempre correspondieron a la expectativa del Señor; pero, no dejaron de ser los escogidos. Así, también precisamos examinar la situación de Pedro. Él es, sin duda, el jefe legítimo del colegio apostólico, por su espíritu superior sintonizado con el pensamiento del Cristo, en todas las circunstancias; pero, de ningún modo podrá operar solo. Como sabemos, de los doce amigos de Jesús, cuatro se quedaron en Jerusalén, con residencia fija. Juan fue obligado a retirarse; Felipe compelido a abandonar la ciudad, con su familia; Santiago regresa poco a poco a las comunidades farisaicas. ¿Qué será de Pedro si le falta la cooperación debida?

Bernabé pareció meditar seriamente.

–Tengo una idea que parece venir de más alto –dijo el ex doctor de la Ley sinceramente conmovido.

Y continuó:

–Supongo que el Cristianismo no alcanzará sus fines, si tan solo lo esperamos de los israelitas anquilosados en el orgullo de la Ley. Jesús afirmó que sus discípulos vendrían del Oriente y del Occidente. Nosotros, que presentimos la tempestad, y yo, principalmente, que la conozco en sus paroxismos, por haber desempeñado el papel de verdugo, precisamos atraer a esos discípulos. Quiero decir, Bernabé, que tenemos necesidad de buscar a los gentiles donde quiera que se encuentren. Solo así se reintegrará el movimiento en su función de universalidad.

El discípulo de Simón Pedro hizo un movimiento de asombro.

El ex rabino percibió el gesto de extrañeza y ponderó de modo conciso:

–Es natural prever con eso muchas protestas y enormes luchas; pero, no consigo vislumbrar otros recursos. No es justo olvidar los grandes servicios de la iglesia de Jerusalén a los pobres y necesitados, e incluso creo que la asistencia piadosa de sus trabajos ha sido, muchas veces, su tabla de salvación. Pero, existen otros sectores de actividad, otros horizontes esenciales. Podremos atender a muchos enfermos, ofrecer un lecho de reposo a los más infelices; pero siempre hubo y habrá cuerpos enfermos y cansados en la Tierra. En la tarea cristiana, semejante esfuerzo no podrá ser olvidado, pero la iluminación del espíritu debe estar en primer lugar. Si el hombre trajese al Cristo en su ser íntimo, el cuadro de las necesidades estaría completamente modificado. La comprensión del Evangelio y de la ejemplificación del Maestro renovaría las nociones de dolor y sufrimiento. El necesitado encontraría recursos en su propio esfuerzo, el enfermo sentiría, en la enfermedad más larga, un drenaje de sus imperfecciones; nadie sería mendigo, porque todos tendrían la luz cristiana para el auxilio mutuo, y, por fin, los obstáculos de la vida serían amados como benditas correcciones del Padre amoroso a los hijos inquietos.

Bernabé pareció entusiasmarse con la idea. Pero, después de pensar un minuto, agregó:

–¿Pero ese plan no debería partir de Jerusalén?

–Creo que no –sentenció Saulo, prontamente–. Sería absurdo agravar las preocupaciones de Pedro. Esa obra excede a todo ese movimiento de personas necesitadas y abatidas, convergentes de todas las provincias, que tocan a su puerta. Simón está imposibilitado para desarrollar esa tarea.

–Pero, ¿y los otros compañeros? –inquirió Bernabé revelando espíritu de solidaridad.

–Los demás, de seguro, han de protestar. Principalmente ahora, que el judaísmo va absorbiendo los esfuerzos apostólicos, es justo prever muchos clamores. Con todo, la propia Naturaleza da lecciones en ese sentido. ¿No clamamos tanto contra el dolor? ¿Y quién nos trae mayores beneficios? A veces, nuestra redención está en aquello que antes nos parecía una verdadera calamidad. Es indispensable sacudir el marasmo de la institución de Jerusalén, llamando a los incircuncisos, los pecadores, los que estén fuera de la Ley. De otro modo, dentro de algunos pocos años, Jesús será presentado como un aventurero vulgar. Naturalmente, después de la muerte de Simón, los adversarios de los principios enseñados por el Maestro, hallarán gran facilidad en deturpar las anotaciones de Leví. La Buena Nueva será degradada y, si alguien preguntase por el Cristo, de aquí a cincuenta años, tendrá como respuesta que el Maestro fue un criminal común, que expió en la cruz los desvíos de su vida. Restringir el Evangelio a Jerusalén será condenarlo a la extinción, en el foco de tantas disidencias religiosas, bajo la política mezquina de los hombres. Necesitamos llevar la noticia de Jesús a otras gentes, unir las zonas de entendimiento cristiano, abrir nuevas vías… También sería justo que hagamos anotaciones de lo que sabemos de Jesús y su divina ejemplificación. Por ejemplo, otros discípulos podrían escribir lo que vieron y oyeron, pues, con la práctica, voy reconociendo que Levi no anotó más ampliamente lo que se sabe del Maestro. Hay situaciones y hechos que no fueron registrados por él. ¿No convendría que también Pedro y Juan anotasen sus observaciones más íntimas? No dudo en afirmar que las generaciones futuras han de rebuscar muchas veces en la tarea que nos fue confiada.

Bernabé se regocijaba con aquellas perspectivas tan seductoras. Las advertencias de Saulo eran más que justas. Había que prestar informaciones más amplias al mundo.

–Tienes razón –dijo, admirado–, necesitamos pensar en esos servicios, pero, ¿cómo?

–Bueno –aclaró Saulo intentando aplanar las dificultades–, si quieres dirigir cualquier esfuerzo, en ese sentido, puedes contar con mi cooperación incondicional. Nuestro plan sería desarrollado organizando misiones abnegadas, sin otra finalidad que servir de forma absoluta, a la difusión de la Buena Nueva del Cristo. Por ejemplo, comenzaríamos en regiones no del todo desconocidas, formaríamos el hábito de enseñar las verdades evangélicas a las más variadas agrupaciones; enseguida, terminada esa experiencia, iríamos a otras zonas, llevando la lección del Maestro a otras gentes.

El compañero lo oía, acariciando sinceras esperanzas. Invadido por un nuevo ánimo, dijo al convertido de Damasco, esbozando el primer objetivo del programa:

–Desde hace mucho, Saulo, tengo necesidad de regresar a mi tierra, a fin de resolver ciertos problemas de familia. ¿Quién sabe si podríamos iniciar el servicio apostólico a través de las aldeas y ciudades de Chipre? De acuerdo con el resultado, proseguiríamos por otras zonas. Estoy informado de que la región en que está situada Antioquía de Pisidia está habitada por gente sencilla y generosa, y supongo que recogeríamos bellos resultados en la tarea por emprender.

–Podrás contar conmigo –respondió Saulo de Tarso, con resolución–. La situación requiere la participación de hermanos valientes y la iglesia del Cristo no podrá vencer siendo comodista. Comparo al Evangelio a un campo infinito, que el Señor nos dio para cultivarlo. Algunos trabajadores deben permanecer al pie de los manantiales, velando su pureza, otros barbechan la tierra en determinadas zonas; pero no se ha de dispensar de la cooperación de los que precisan empuñar instrumentos rudos, deshacer inmensos breñales, cortar espinares para abrir e iluminar caminos.

Bernabé reconoció la excelencia del proyecto, pero, consideró:

–Sin embargo, tenemos que examinar la cuestión del dinero. Tengo algunos recursos, pero no son suficientes para atender a todos los gastos. Por otro lado, no sería posible sobrecargar a las iglesias…

–¡En lo absoluto! –Adelantó el ex rabino–. Donde nos situemos, podré ejercer mi oficio. ¿Por qué no? Cualquier aldea paupérrima tiene siempre telares de alquiler. ¡Montaré, entonces, una tienda móvil!

A Bernabé le hizo gracia la idea y ponderó:

–Tus sacrificios no serán pequeños. ¿No sientes recelos por las dificultades imprevisibles?

–¿Por qué?, –interrogó Saulo con firmeza–. Ciertamente, si Dios no me permitió la vida en familia fue para que me dedicase exclusivamente a su servicio. Por donde pasemos, montaremos una tienda sencilla. Y donde no haya alfombras que remendar o tejer, habrá sandalias.

El discípulo de Simón Pedro se entusiasmó. El resto del viaje fue dedicado a los proyectos de la futura excursión. Pero, había otras cosas que considerar. Aparte de la necesidad de someter el plan a la aprobación de la iglesia de Antioquía, era indispensable pensar en el joven Marcos. Bernabé trató de interesar al sobrino en las conversaciones. En breve, el joven se convenció de que debía incorporarse a la misión, en caso de que la asamblea antioqueña no lo desaprobase. Se interesó por todos los detalles del programa trazado. Seguiría en el trabajo de Jesús, fuese donde fuese.

–¿Y si hubiese muchos obstáculos? –preguntó Saulo, prudentemente.

–Sabré vencerlos –respondió Juan, convencido.

–Pero es posible que vayamos a experimentar muchas dificultades –continuaba el ex rabino preparando su espíritu–. Si el Cristo, que no tenía pecado, encontró una cruz entre escarnios y flagelos

cuando enseñaba las verdades de Dios, ¿qué no debemos esperar en nuestra condición de almas frágiles e indigentes?

–He de encontrar las fuerzas necesarias.

Saulo lo contempló y admirado por la firme resolución que sus palabras dejaban entrever, observó:

–Si das un testimonio tan grande como el valor que revelas, no tengo dudas en cuanto a la grandeza de tu misión.

Entre confortadoras esperanzas, el proyecto terminó con hermosas perspectivas de trabajo para los tres.

En la primera reunión, después de relatar las observaciones personales concernientes a la iglesia de Jerusalén, Bernabé expuso el plan a la asamblea, que lo oyó atentamente. Algunos ancianos hablaron de la brecha que se abriría en la iglesia, exponiendo el deseo de que no se quebrase el conjunto armonioso y fraternal. No obstante, el orador volvió a explicar las nuevas necesidades del Evangelio. Pintó los cuadros de Jerusalén con toda la fidelidad posible, hizo un resumen de sus conversaciones con Saulo de Tarso y destacó la conveniencia de llamar a nuevos trabajadores al servicio del Maestro.

Cuando trató el problema con toda la gravedad que le era debida, los jefes de la comunidad cambiaron de actitud. Se estableció un acuerdo general. De hecho, la situación expuesta por Bernabé era muy seria. Sus vehementes pareceres eran más que justos. Si perseverase el marasmo en las iglesias, el Cristianismo estaba destinado a perecer. Allí mismo, el discípulo de Simón recibió la aquiescencia irrestricta y, en el instante de las oraciones, la voz del Espíritu Santo se hizo oír en aquel ambiente de sencillez pura, inculcando que fuesen Bernabé y Saulo destacados para la evangelización de los gentiles.

Aquella recomendación superior, aquella voz que provenía de los arcanos celestiales, resonó en el corazón del ex rabino como un cántico de victoria espiritual. Sentía que acababa de atravesar un inmenso desierto para encontrar de nuevo el mensaje dulce y eterno del Cristo. Por conquistar la dignidad espiritual, solo había

experimentado padecimientos, desde la dolorosa ceguera de Damasco. Ansiaba por seguir a Jesús. Tuvo sed abrasadora y terrible. Había pedido en vano la comprensión de los amigos, en balde había buscado la tierna calidez de la familia. Pero, ahora, que la palabra de lo Alto lo llamaba al servicio, se dejaba dominar por júbilos infinitos. Era señal de que había sido considerado digno de los esfuerzos confiados a los discípulos. Reflexionando cómo los dolores pasados le parecían muy pequeños e infantiles, comparados con la inmensa alegría que inundaba su alma, Saulo de Tarso lloró copiosamente, experimentando maravillosas sensaciones. Ninguno de los hermanos presentes, ni siquiera Bernabé, podría evaluar la grandiosidad de los sentimientos que aquellas lágrimas revelaban. Lleno de profunda emoción, el ex doctor de la Ley reconocía que Jesús se dignaba a aceptar su voto de buena voluntad, sus luchas y sacrificios. El Maestro lo convocaba y para responder al llamado, iría hasta los confines del mundo.

Numerosos compañeros colaboraron en las providencias iniciales, a favor del compromiso de evangelización.

Poco después, llenos de confianza en Dios, Saulo y Bernabé, seguidos por Juan Marcos, se despedían de los hermanos y se ponían camino a Seleucia. El viaje para el litoral transcurrió en un ambiente de mucha alegría. De cuando en cuando, reposaban a la orilla del Orontes para la merienda saludable. A la sombra de los robles, en la paz de los bosques adornados de flores, los misioneros comentaban las primeras esperanzas.

En Seleucia no fue demorada la espera para la embarcación. La ciudad estaba siempre llena de peregrinos que se dirigían a Occidente, siendo visitada por un elevado número de navíos de todo orden. Entusiasmados con el acogimiento de los hermanos de fe, Bernabé y Saulo embarcaron para Chipre, bajo la impresión de una conmovedora y cariñosa despedida.

Llegaron a la isla, con el joven Juan Marcos, sin incidentes dignos de mención. Estacionados en Citium durante muchos días, allí solucionó Bernabé varios asuntos de su interés familiar.

Antes de retirarse, visitaron la sinagoga, un sábado, con el propósito de iniciar el movimiento. Como jefe de la misión, Bernabé tomó la palabra, procuró conjugar el texto de la Ley, examinado en aquel día, con las lecciones del Evangelio, para destacar la superioridad de la misión del Cristo. Saulo notó que el compañero explicaba el asunto con un excesivo respeto a las tradiciones judaicas. Se veía claramente que deseaba, por encima de todo, conquistar las simpatías del auditorio; en algunos puntos, demostraba el temor de abrir el trabajo iniciando luchas tan en desacuerdo con su temperamento. Los israelitas se mostraban sorprendidos, pero satisfechos. Observando el cuadro, Saulo no se sintió plenamente confortado. Pero hacerle reparos a Bernabé sería motivo de ingratitud e indisciplina; y estar de acuerdo con la sonrisa de los compatriotas perseverantes en los errores del fingimiento farisaico sería negar fidelidad al Evangelio.

Trató de resignarse y esperó.

La misión recorrió numerosas localidades, entre vibraciones de amplias simpatías. En Amatonte, los mensajeros de la Buena Nueva permanecieron más de una semana. La palabra de Bernabé era profundamente contemporizadora. Se caracterizaba, en todo momento, por el gran cuidado de no ofender la susceptibilidad judaica.

Después de realizar grandes esfuerzos, llegaron a Nea Pafos, donde residía el Procónsul. La sede del Gobierno provincial era una hermosa ciudad llena de encantos naturales y que se la conocía por poseer sólidas expresiones de cultura. Pero, el discípulo de Pedro, estaba exhausto. Nunca había tenido labores apostólicas tan intensas. Conociendo la deficiencia del verbo de Saulo en los servicios de la iglesia de Antioquía, temía confiar al ex rabino las responsabilidades directas de la enseñanza. A pesar de estar cansadísimo, hizo la prédica en la sinagoga, en el sábado inmediato a la llegada. Pero, ese día, él estaba divinamente inspirado. La presentación del Evangelio fue hecha con gran brillantez. Incluso Saulo se conmovió profundamente. La segunda asamblea reunió a los elementos más finos;

judíos y romanos se aglomeraban ansiosos. El ex levita hizo una nueva apología del Cristo, bordando conceptos de maravillosa belleza espiritual. El ex doctor de la Ley, con los trabajos informativos de la misión, atendía placenteramente a todas las consultas, pedidos, e informaciones. Ninguna ciudad había manifestado un interés tan grande, como aquella; los romanos, en gran número, iban a solicitar esclarecimientos en cuanto a los objetivos de los mensajeros, y recibían noticias del Cristo, revelando júbilos y esperanzas; se deshacían en gestos de espontánea bondad. Entusiasmados con el éxito, Saulo y Bernabé organizaron reuniones en casas particulares, especialmente cedidas para ese fin por los simpatizantes de la doctrina de Jesús, donde iniciaron un hermoso movimiento de curaciones. Con infinita alegría, el tejedor de Tarso vio llegar la extensa fila de los "hijos del Calvario". Eran madres atormentadas, enfermos desilusionados, ancianos sin ninguna esperanza, huérfanos afligidos que se dirigían ahora a la misión. La noticia de las curaciones juzgadas imposibles llenó a Nea Pafos de gran asombro. Los misioneros imponían las manos, haciendo fervorosas oraciones al Mesías Nazareno; en otras ocasiones, distribuían agua pura en su nombre. Extremadamente cansado y considerando que el nuevo auditorio no requería de mayor erudición, Bernabé encargó al compañero de las prédicas de la Buena Nueva; pero, con gran sorpresa, verificó que Saulo se había modificado radicalmente. Su verbo parecía inflamado de nueva luz; sacaba del Evangelio ilaciones tan profundas que el ex levita lo escuchaba ahora sin disimular su propia estupefacción. Notaba, particularmente, el cariño del ex doctor al presentar las enseñanzas del Cristo a los mendigos y sufridores. Hablaba como alguien que había convivido con el Señor, durante largos años. Se refería a ciertos acontecimientos de las lecciones del Maestro con un manantial de lágrimas en los ojos. Prodigiosas consolaciones se derramaban en el espíritu de la muchedumbre. Día y noche, había operarios y estudiosos copiando las anotaciones de Levi.

Los acontecimientos estremecieron la opinión de la ciudad con gran peso. Los resultados eran los más alentadores. Fue entonces cuando una enorme sorpresa llegó al espíritu de los misioneros.

A media mañana, Saulo atendía a numerosos necesitados cuando un legionario romano se hizo anunciar.

Bernabé y el compañero dejaron los servicios en manos de Juan Marcos y fueron a atender.

El Procónsul Sergio Pablo –dijo el mensajero en tono solemne– manda a invitaros a visitarlo en el palacio.

El mensaje era mucho más una orden que una simple invitación. El discípulo de Simón comprendió enseguida y respondió:

–Agradecemos de corazón e iremos hoy mismo.

El ex rabino estaba confuso. No solo el contenido político del hecho lo sorprendía sobremanera. En vano procuraba acordarse de algo. ¿Sergio Pablo? ¿No conocería a alguien con ese nombre? Buscó recordar los jóvenes de origen romano, de su conocimiento. Al final, le vino a la memoria la conversación de Pedro sobre la personalidad de Esteban y concluyó que el Procónsul no podía ser otro sino el salvador del hermano de Abigail.

Sin comunicar sus íntimas impresiones a Bernabé, examinó la situación en su compañía. ¿Cuáles serían los objetivos de la delicada invitación? Según la voz pública, el jefe político venía sufriendo una pertinaz enfermedad. ¿Desearía curarse o, quién sabe, provocar un medio de expulsarlos de la isla, inducido por los judíos? Empero, la situación no se resolvería con conjeturas.

Dándole a Juan Marcos el cometido de atender a cuantos se interesasen por la doctrina, en lo referente a los informes necesarios, los dos amigos se pusieron en camino, resueltamente.

Conducidos a través de extensas galerías, fueron a dar con un hombre relativamente joven, acostado en un largo diván y dejando percibir un extremo abatimiento. El Procónsul, delgado y pálido, no obstante revelar un singular desencanto de la vida, demostraba una bondad inmensa en la suave irradiación de su melancólica y humilde mirada.

Recibió a los misioneros con mucha simpatía, presentándoles

a un mago judío de nombre Barjesus, que lo venía tratando desde hacía mucho tiempo. Sergio Pablo, prudentemente, mandó a que los guardias y siervos se retirasen. Apenas los cuatro se vieron a solas, en un círculo muy íntimo, habló el enfermo con amarga sinceridad:

–Señores, diversos amigos me dieron la noticia de vuestros éxitos en esta ciudad de Nea Pafos. Habéis curado molestias peligrosas, devuelto la fe a innumerables incrédulos, consolado a míseros sufridores… Hace más de un año que vengo cuidando de mi salud arruinada. En estas condiciones, estoy casi inutilizado para la vida pública.

Señalando a Barjesus que, por su parte, fijaba su mirada maliciosa en los visitantes, el jefe romano prosiguió:

–Hace mucho tiempo contraté los servicios de este coterráneo vuestro, ansioso y confiado en la ciencia de nuestra época, pero los resultados han sido insignificantes. Mandé a llamaros, deseoso de experimentar vuestros conocimientos. No os extrañéis de mi actitud. Si pudiese, habría ido a buscaros en persona, pues conozco el límite de mis prerrogativas; pero, como veis, soy ante todo un necesitado.

Saulo oyó aquellas declaraciones, profundamente conmovido por la bondad natural del ilustre enfermo. Bernabé estaba atónito, sin saber que decir. Pero, el ex doctor de la Ley, señor de la situación y casi seguro de que el personaje era el mismo que figuraba en la existencia del mártir victorioso, tomó la palabra y dijo con profunda convicción:

–Noble Procónsul, tenemos, de hecho, el poder de un gran médico. Podemos curar, cuando los enfermos estén dispuestos a comprenderlo y seguirlo.

–Pero, ¿quién es Él? –preguntó el enfermo.

–Se llama Jesucristo. Su fórmula es sagrada –continuaba el tejedor, con énfasis– y se destina a medicar, ante todo, la causa de todos los males. Como sabemos, todos los cuerpos de la Tierra ten-

drán que morir. Así, por fuerza de leyes naturales ineludibles, jamás tendremos, en este mundo, absoluta salud física. Nuestro organismo sufre la acción de todos los procesos del ambiente. El calor incomoda, el frío nos hace temblar, la alimentación nos modifica, los actos de la vida determinan cambios en los hábitos. Pero el Salvador nos enseña a procurar una salud más real y preciosa, que es la del espíritu. Poseyéndola, habremos transformado las causas de preocupación de nuestra vida, habilitándonos para gozar de la relativa salud física que el mundo puede ofrecer en sus expresiones transitorias.

Mientras Barjesus, irónico y sonriente, escuchaba el preámbulo, Sergio Pablo seguía la palabra del ex rabino, atento y conmovido:

–Pero, ¿cómo puedo encontrar a ese médico? –preguntó el Procónsul, más preocupado con la curación que con el elevado sentido metafísico de las observaciones oídas.

–Él es la bondad perfecta –aclaró Saulo de Tarso– y su acción consoladora está en todas partes. ¡Incluso antes que lo comprendamos, nos rodea con la expresión de su amor infinito!...

Observando el entusiasmo con que el misionero tartense hablaba, el jefe político de Nea Pafos buscó la aprobación de Barjesus con una mirada indagadora.

El mago judío, dando muestras de profundo desprecio, exclamó:

–Juzgábamos que estuvieses en posesión de alguna ciencia nueva… No quiero creer en lo que oigo. ¿Acaso me suponéis un ignorante, en lo que atañe al falso profeta de Nazaret? ¿Osáis franquear el palacio de un gobernador, en nombre de un miserable carpintero?

Saulo midió toda la extensión de aquellas ironías, respondiendo sin intimidarse:

–¡Amigo, cuando yo me ponía la careta farisaica, también pensaba así; pero, ahora, conozco la gloriosa luz del Maestro, el Hijo del Dios Vivo!...

Esas palabras fueron dichas en un tono de convicción tan ardiente que el propio charlatán israelita se puso lívido. Bernabé también empalideció, mientras el noble patricio observaba al ardiente predicador con visible interés. Después de una angustiosa expectativa, Sergio Pablo volvió a decir:

–No tengo el derecho de dudar de nadie, mientras las pruebas concluyentes no me lleven a hacerlo.

Y procurando fijar la fisonomía de Saulo, que le enfrentaba la mirada interrogadora, serenamente continuó:

–Habláis de ese Cristo Jesús, llenándome de asombro. Alegáis que su bondad nos asiste incluso antes de haberlo conocido. ¿Cómo obtener una prueba concreta de vuestra afirmación? Si no entiendo al Mesías del cual sois mensajeros, ¿cómo saber si su asistencia me influyó algún día?

Saulo recordó repentinamente las conversaciones de Simón Pedro, al narrarle los antecedentes del mártir del Cristianismo. En un instante alineó en su pensamiento los mínimos episodios. Y valiéndose de todas las oportunidades para destacar el amor infinito de Jesús, como aconteció en los menores hechos de su carrera apostólica, sentenció con singular entono:

–¡Procónsul, oídme! Para revelaros, o mejor dicho, a fin de recordaros la misericordia de Jesús de Nazaret, nuestro Salvador, llamaré vuestra atención sobre un acontecimiento importante.

Mientras Bernabé manifestaba una profunda sorpresa, en vista de la valiente actitud del compañero, el político aguzaba la curiosidad.

–No es la primera vez que sufrís una grave enfermedad. Hace casi diez años, cuando intentabais dar los primeros pasos en la vida pública, embarcasteis en el puerto de Cefalonia rumbo a esta isla. Viajabais para Citium, pero, antes de que el navío atracase en Corinto, fuiste acometido por una terrible fiebre, y vuestro cuerpo fue abierto en heridas venenosas…

Una blancura de cera se estampaba en el semblante del jefe

de Nea Pafos. Colocando la mano en el pecho, como para contener las aceleradas pulsaciones del corazón, se irguió extremadamente perturbado.

–¿Cómo sabéis todo eso? –murmuró, aterrado.

–No es solo eso –dijo el misionero, sereno–, esperad el resto. Varios días permanecisteis entre la vida y la muerte. En balde los médicos de abordo analizaron vuestra enfermedad. Vuestros amigos huyeron. Cuando fuisteis abandonado por todos, no obstante el prestigio político de vuestro cargo, el Mesías Nazareno os mandó a alguien, en el silencio de su misericordia divina.

El Procónsul, se sentía profundamente conmovido al despertar viejas reminiscencias.

–¿Quién habría sido el mensajero del Salvador? –proseguía Saulo, mientras Bernabé lo contemplaba con inaudito asombro–. ¿Uno de vuestros íntimos compañeros? ¿Un amigo eminente? ¿Uno de los colegas ilustres que presenciaban vuestros dolores? ¡No! Apenas un esclavo humilde, un servidor anónimo de los remos asesinos. Jeziel veló por vos, ¡día y noche! ¡Y lo que la Ciencia del mundo no consiguió hacer, lo hizo el corazón investido por el amor del Cristo! ¿Comprendéis ahora? ¡Vuestro amigo Barjesus habla de un carpintero sin nombre, de un Mesías que prefirió la condición de la humildad suprema para traernos los preciosos torrentes de sus gracias!... ¡Sí, Jesús también, como aquel esclavo que os restableció la salud perdida, se hizo siervo del hombre para conducirlo a una vida mejor!... Cuando todos nos abandonan, Él está con nosotros; cuando los amigos huyen, su bondad más se aproxima. ¡Para redimirse de las míseras contingencias de esta vida mortal, es preciso creer en Él y seguirlo sin descanso!...

Ante las lágrimas convulsivas del Procónsul, Bernabé, aturdido, consideraba: ¿A dónde había ido el compañero a recoger tan profundas revelaciones? Según su forma de ver, en aquel instante, Saulo de Tarso estaba iluminado por el don maravilloso de las profecías.

–Señores, ¡todo eso es la verdad pura! ¡Me habéis traído la santa noticia de un Salvador!... –exclamó Sergio Pablo.

Reconociendo la capitulación del generoso patricio que le llenaba la bolsa de abundantes recursos, el mago israelita, a pesar de estar muy sorprendido, exclamó con energía:

–¡Mentira!... ¡Son mentirosos! ¡Todo eso es obra de Satanás! ¡Estos hombres son portadores de infames sortilegios del "Camino"! ¡Abajo la explotación vil!...

La boca le echaba espuma, los ojos le fulguraban por la cólera. Saulo se mantenía calmado, impasible, casi sonriente. Después, timbrando fuerte su voz le dijo:

–¡Calmaos, amigo! La furia no es aliada de la verdad y casi siempre esconde inconfesables intereses. Nos acusáis de mentirosos, pero nuestras palabras no se desviaron una línea de la realidad de los acontecimientos. Alegáis que nuestro esfuerzo procede de Satanás, no obstante, ¿dónde se vio mayor incoherencia? ¿Dónde encontraríamos a un adversario trabajando contra sí mismo? Afirmáis que somos portadores de sortilegios; si el amor constituye ese talismán, nosotros lo traemos en el corazón, ansiosos por comunicar a todos los seres su benéfica influencia. Finalmente, lanzáis sobre nosotros la mancha de explotadores impúdicos, cuando venimos aquí llamados por alguien que nos honró con sinceridad y confianza y, de ningún modo, podríamos ofrecer las gracias del Salvador a título comercial.

Siguió una acalorada discusión. Barjesus se empeñaba en demostrar la inferioridad de los designios de Saulo, mientras éste se esforzaba en demostrar nobleza y cordialidad.

En balde el Procónsul intentaba disuadir al judío de continuar en la contienda y en aquel tono. Bernabé, por su parte, confiando mucho más en los poderes espirituales del amigo, acompañaba el debate sin ocultar su admiración por los infinitos recursos que el misionero tartense estaba revelando.

La polémica ya duraba más de una hora, cuando el mago hizo una alusión muy cruel a la personalidad y hechos de Jesucristo.

En actitud más enérgica, el Apóstol sentenció:

–Todo hice por convenceros sin demostraciones más directas, de manera de no herir la parte respetable de vuestras convicciones; sin embargo, estáis ciego y es en esa condición que podréis ver la luz. Como vos, ya viví también en sombras y, en el instante de mi encuentro personal con el Mesías, fue necesario que las tinieblas se conglomeraran en mi espíritu, a fin de que la luz resurgiese más brillante. Tendréis igualmente ese beneficio. ¡La visión del cuerpo se os apagará, para que podáis divisar la verdad en espíritu!...

En ese momento, Barjesus dio un grito.

–¡Estoy ciego!

Se estableció alguna confusión en el recinto. Bernabé se adelantó, amparando al israelita que tanteaba, afligido. El tejedor y el gobernador se aproximaron sorprendidos. Fueron llamados algunos siervos cariñosos y solícitos, que atendieron a las necesidades del momento. Durante cuatro horas, Barjesus lloró sumergido en la sombra espesa que invadió sus ojos cansados. Pasado ese tiempo, los misioneros oraron de rodillas… Una suave serenidad se estableció en el amplio aposento. En seguida Saulo le impuso las manos en la frente y, con un suspiro de alivio, el viejo israelita recobró la vista, retirándose confuso y vencido.

Pero, el Procónsul, vivamente interesado en los hechos intensos de aquel día, llamó a los misioneros en particular y les dijo sensibilizado:

–Amigos, creo en las verdades divinas que anunciáis y deseo sinceramente tomar parte del Reino esperado. No obstante, convendría enterarme de vuestros objetivos de trabajo, en fin, de vuestros planes. Estoy consciente de que no mercadeáis los dones espirituales de los que sois portadores, y me propongo auxiliaros con mis recursos en todo lo que me sea posible. ¿Podría conocer los proyectos que os animan?

Los dos misioneros se miraron sorprendidos. Bernabé aún no había salido de la sorpresa que el compañero le había causado. Sau-

lo, por su parte, disimulaba mal su asombro por el auxilio espiritual que había obtenido en su afán de confundir las maliciosas intenciones de Barjesus.

Pero, reconociendo el elevado y sincero interés del jefe político de la provincia, aclaró con jubilosos conceptos:

–El Salvador fundó la religión del amor y de la verdad, institución invisible y universal, donde se acogen todos los hombres de buena voluntad. Nuestra finalidad es la de dar una estructura visible a la obra divina, estableciendo templos que se hermanen, en su nombre, en los mismos principios. Evaluamos la delicadeza de semejante empresa y somos conscientes de que las mayores dificultades van a surgir en nuestro camino. Es casi imposible encontrar el caudal humano indispensable al cometido; pero es forzoso ejecutar el plan. Cuando fallen los elementos de la institución visible, esperaremos en la iglesia infinita, donde, en las luces de la universalidad, Jesús será el jefe supremo de todas las fuerzas que se consagren al bien.

–Se trata de una iniciativa sublime –señaló el Procónsul dando muestras de su noble interés–. ¿Dónde planeasteis construir los santuarios?

–Nuestra misión está comenzando precisamente ahora. Los discípulos del Mesías fundaron las iglesias de Jerusalén y Antioquía. Por ahora, no tenemos otros núcleos educativos, aparte de esos. Hay muchos cristianos en todas partes, pero sus reuniones se hacen en domicilios particulares. No poseen templos, propiamente hablando, que los habiliten para un esfuerzo más eficiente de asistencia y de divulgación.

–Entonces, Nea Pafos tendrá la primera iglesia hija de vuestro trabajo directo.

Saulo no sabía cómo traducir su gratitud por aquel gesto de generosidad espontánea. Profundamente conmovido se adelantó, y, entonces, con el ciudadano chipriota, agradeció la dádiva que venía a prestigiar y facilitar la obra apostólica.

Los tres hablaron aún por largo tiempo sobre la empresa en perspectiva. Sergio Pablo les pidió que indicasen a las personas capaces de construir el nuevo templo, mientras Bernabé y el compañero exponían sus esperanzas.

Solamente por la noche pudieron los misioneros regresar a la tienda humilde de las predicas.

–¡Estoy impresionado! –decía Bernabé, recordando lo ocurrido–. ¿Qué hiciste? Creo que hoy es el mayor día de tu existencia. Tu palabra tenía un timbre sagrado y diferente; ahora te anima el don de las profecías… Además, el Maestro te agració con el poder de dominar las ideas malignas. ¿Viste como el charlatán sintió la influencia de energías poderosas cuando lo sentenciaste?

Saulo oyó atento y con la mayor sencillez acentuó:

–Tampoco sé como traducir mi asombro por las gracias obtenidas. Fue por el Cristo que nos tornamos en instrumentos de la conversión del Procónsul, pues la verdad es que nosotros mismos nada valemos.

–Nunca olvidaré los acontecimientos de hoy –volvió a decir el ex levita admirado.

Y después de hacer una pausa:

–Saulo, cuándo Ananías te bautizó ¿no llegó a sugerir que cambiases tu nombre?

–Nunca pensé en eso.

–Pues supongo que, de ahora en adelante, debes considerar tu vida como nueva. Fuiste iluminado por la gracia del Maestro, tuviste tu Pentecostés, fuiste consagrado Apóstol para culminar las divinas labores de la redención.

El ex doctor de la Ley no disimuló su propia admiración y concluyó:

–Es muy significativo para mí que un jefe político sea atraído para aceptar la Doctrina de Jesús, por nuestro intermedio, pues

nuestra tarea convoca a los gentiles al Sol divino del Evangelio de salvación.

Íntimamente, recordó los lazos sublimes que lo unían a la memoria de Esteban, la generosa influencia del patricio romano que lo había liberado de los trabajos duros de la esclavitud e invocando la memoria del mártir, en un llamado silencioso, habló conmovido:

–Sé, Bernabé, que muchos de nuestros compañeros cambiaron de nombre cuando se convirtieron al amor de Jesús; quisieron afirmar de ese modo su separación de los engaños fatales del mundo. De cualquier modo, no quise valerme de ese recurso. Pero la transformación del gobernador, a la luz de la gracia que nos acompañó en el curso de los acontecimientos de hoy, me lleva, igualmente, a buscar un motivo de perennes recuerdos.

Después de una larga pausa, dando a entender cuanto había reflexionado para tomar aquella resolución, habló:

–Razones íntimas, absolutamente respetables, me obligan a reconocer, de ahora en adelante, un benefactor en el jefe político de esta isla. Sin cambiar formalmente mi nombre pasaré a llamarme a la romana.

–Muy bien –respondió el compañero–, entre Saulo y Pablo poca diferencia existe. La decisión será un hermoso homenaje a nuestro primer triunfo en la misión a los gentiles, al mismo tiempo que constituirá un agradable recuerdo de un espíritu tan generoso.

En ese hecho se basó el cambio en el nombre del discípulo de Gamaliel. Carácter íntegro y enérgico, el ex rabino de Jerusalén, ni siquiera al ser transformado en un modesto tejedor, quiso modificar, puertas adentro del Cristianismo, su fidelidad innata. Si había servido a Moisés como Saulo, con el mismo nombre romanizado habría de servir igualmente a Jesucristo. Si erró y fue perverso, en la primera condición, aprovecharía la oportunidad de los Cielos, corregiría la existencia y sería un hombre bueno y justo en la segunda. En ese particular, no llegó a considerar ninguna sugestión de los amigos. Había sido el primer perseguidor de la

institución cristiana, verdugo inflexible del proselitismo naciente, pero hacía hincapié de continuar como Saulo, para recordar todo el mal y hacer grandes esfuerzos para hacer todo el bien a su alcance. Pero, en aquel instante, los recuerdos de Esteban le hablaban suavemente al corazón. Él había sido su mayor ejemplo para iniciar la marcha espiritual. Era el Jeziel muy amado de Abigail. Para encontrarlo, ambos se habían prometido ir, sin vacilaciones, fuese donde fuese. Los dos hermanos de Corinto estaban vivos, de tal modo, en su alma sensible, que no le era posible apagar en la memoria los mínimos hechos de su vida. ¡La mano de Jesús lo había encaminado al Procónsul, el libertador de Jeziel de los grilletes del cautiverio; el ex esclavo viajó a Jerusalén para convertirse en discípulo de Cristo! El ex rabino se sentía dichoso, por haber sido utilizado por las fuerzas divinas, tornándose a su vez en libertador de Sergio Paulo, esclavizado al sufrimiento y a las ilusiones peligrosas del mundo. Era justo grabar en la memoria un recuerdo indeleble de aquel que, siendo su víctima en Jerusalén, era ahora un hermano bendecido, el cual no conseguía olvidar en los más fugaces instantes de la vida y de su ministerio.

De ahí en adelante el convertido de Damasco, en memoria del inolvidable predicador del Evangelio, que había sucumbido a pedradas, pasó a llamarse Pablo, hasta el fin de sus días.

La noticia de la curación y de la conversión del Procónsul llenó a Nea Pafos de gran asombro. Los misioneros no tuvieron más descanso. A pesar de las protestas casi apagadas de los israelitas, la comunidad creció extraordinariamente. Integrado en los bienes de la salud, el jefe provincial suministró lo necesario para la construcción de la iglesia. El movimiento era extraordinario. Y los dos mensajeros del Evangelio no cesaban de rendir gracias a Dios.

El triunfo los rodeaba de profunda consideración, cuando Pablo fue procurado por Barjesus, que solicitaba unas palabras confidenciales. El ex rabino no dudó. Era una buena ocasión para probar al viejo israelita sus propósitos generosos y sinceros. Así, lo recibió con afabilidad.

Barjesus parecía invadido por gran abatimiento del espíritu. Después de saludar al misionero, respetuoso, se expresó con cierta dificultad:

–A fin de cuentas, precisaba deshacer el malentendido, en el caso del Procónsul. Nadie, más que yo, deseaba tanto la salud del enfermo, y, por consiguiente, nadie más agradecido por vuestra intervención, liberándolo de una enfermedad tan dolorosa.

–Estoy muy agradecido con vuestro parecer y me regocijo con vuestra comprensión –dijo Pablo, con gentileza.

–Sin embargo…

El visitante vacilaba si debía o no exponer sus objetivos más íntimos. Atento a las reticencias sin presumir su causa, el ex rabino se adelantó benévolo.

–¿Qué deseáis decir? Con franqueza. ¡Nada de ceremoniales!

–Acontece –contestó más animado– que vengo acariciando la idea de consultaros sobre vuestros dones espirituales. Pienso que no habrá mayor tesoro para triunfar en la vida…

Pablo estaba confundido, sin saber qué rumbo tomaría la conversación. Pero, enfocando el punto más delicado de la pretensión, Barjesus continuó:

–¿Cuánto ganáis en vuestro ministerio?

–Gano la misericordia de Dios –dijo el misionero, comprendiendo entonces, todo el alcance de aquella visita inesperada–, vivo de mi trabajo de tejedor y no sería lícito mercadear con lo que pertenece al Padre que está en los cielos.

–¡Es casi increíble! –murmuró el mago, abriendo desmesuradamente los ojos–. Yo estaba convencido de que traíais con vosotros ciertos talismanes, que me disponía comprar a cualquier precio.

Y mientras el ex rabino lo contemplaba lleno de conmiseración por su ignorancia, el visitante prosiguió:

–¿Pero, será creíble que hagáis semejantes obras sin contribución por los sortilegios?

El misionero lo miró con mayor atención y murmuró:

–Solo conozco un sortilegio eficiente.

–¿Cuál es? –interrogó el mago con la mirada chispeante y codiciosa.

–Es el de la fe en Dios con sacrificio de nosotros mismos. –El viejo israelita demostró no entender toda la significación de aquellas palabras, objetando:

–Sí, pero la vida tiene sus necesidades urgentes. Es indispensable prever y acumular recursos.

Pablo pensó un minuto y le dijo:

–De mí mismo, nada tengo que os pueda esclarecer. Pero Dios tiene siempre una respuesta a nuestras preocupaciones más sencillas. Consultemos sus eternas verdades. Veamos cual es el mensaje destinado a vuestro corazón.

Iba a abrir el Evangelio, de acuerdo con su costumbre, cuando el visitante observó:

–No conozco nada de ese libro. Por lo tanto, para mí no podrá traerme ninguna advertencia.

El misionero comprendió la reluctancia y afirmó:

–¿Qué conocéis entonces?

–Moisés y los Profetas.

Tomó entonces el rollo de pergaminos donde se podía leer la Ley antigua y se lo dio al viejo malicioso, para que lo abriese en alguna sentencia, al azar, según los hábitos de la época. No obstante Barjesus, con evidente mala voluntad, agregó:

–Solo leo los Profetas, de rodillas.

–Podéis leer como queráis, porque, ante todo, el acto de comprender es lo que nos interesa.

Mostrando sus presunciones farisaicas, el charlatán se arrodilló y abrió solemnemente el texto, bajo la mirada serena y escruta-

dora del ex rabino. El viejo israelita se puso pálido. Esbozó un gesto para abstraerse de la lectura; pero Pablo percibió el movimiento sutil y, aproximándose habló con cierta vehemencia:

–Leamos el mensaje permanente de los emisarios de Dios.

Se trataba de un fragmento de los Proverbios, que Barjesus pronunció en voz alta, con enorme contrariedad:

"*Dos cosas te pedí; no me las niegues, antes que yo muera. Aparta de mí las vanidades y las mentiras. No me des la pobreza, ni la riqueza. Concédeme apenas el alimento que necesito, para que no acontezca que, estando harto, yo te niegue y pregunte: – ¿Quién es Jehová? – o que, estando pobre, me ponga a hurtar y profane el nombre de mi Dios". (1)*

El mago se levantó, aturdido. El propio misionero estaba sorprendido.

–¿Has visto, amigo? –interrogó Pablo– la palabra de la verdad es muy elocuente. Será un gran talismán, en la existencia, que sepamos vivir con nuestros propios recursos, sin excedernos de lo necesario para nuestro enriquecimiento espiritual.

–Efectivamente –respondió el charlatán– este proceso de consultas es muy interesante. Voy a meditar en la experiencia de hoy.

Luego, enseguida, después de masticar algunos monosílabos que apenas disfrazaban la perturbación que lo dominaba, se despedía.

Impresionado, el tejedor consagrado a Cristo anotó las profundas exhortaciones, para consolidar su programa de actividades espirituales, exento de intereses inferiores.

La misión permaneció en Nea Pafos algunos días más, sobrecargada de trabajo. Juan Marcos colaboraba con los recursos a su alcance; sin embargo, de vez en cuando, Bernabé lo sorprendía entristecido y quejándose. No esperaba encontrar tan voluminosa cuota de trabajo.

---

(1) Proverbios, 30:7 al 9.

–Pero, así es mejor –afirmaba Pablo–, el servicio en el bien es la muralla defensiva de las tentaciones.

El joven se conformaba; pero, su contrariedad era evidente.

Más allá de todo eso, como fiel observador del judaísmo, no obstante la pasión que nutría por el Evangelio, el hijo de María Marcos sentía grandes escrúpulos, con la amplitud de juicio del tío y del misionero, en lo relativo a los gentiles. Deseaba servir a Jesús, sí, de todo corazón, pero no podía distanciar al Maestro de las tradiciones de la cuna.

Mientras las semillas lanzadas en Chipre comenzaban a germinar en la tierra de los corazones, los trabajadores del Mesías abandonaron Nea Pafos, absortos en vastas esperanzas.

Después de mucho conversar, Pablo y Bernabé resolvieron extender la misión a los pueblos de Panfilia, con gran escándalo para Juan Marcos, que se admiraba de semejante decisión.

–Pero, ¿qué vamos a hacer con esa gente tan extraña? –preguntó el joven contrariado–. Sabemos, en Jerusalén, que ese país está poblado por gente demasiado ignorante. Y, además, que existen allí ladrones por todas partes.

–No obstante, –ponderó Pablo, convencido–, pienso que debemos buscar esa región, justamente por eso. Para otros, un viaje a Alejandría puede ofrecer mayor interés; pero todos esos grandes centros están llenos de maestros de la palabra. Poseen sinagogas importantes, conocimientos elevados, grandes exponentes de la ciencia y de la riqueza. Si no sirven a Dios es por mala voluntad o endurecimiento del corazón. Panfilia, por el contrario, es muy pobre, rudimentaria y carente de luz espiritual. Antes de enseñar en Jerusalén, el Maestro prefirió manifestarse en Cafarnaún y en otras aldeas casi anónimas, de Galilea.

Ante el argumento irrefutable, Juan se abstuvo de insistir.

Dentro de pocos días, una sencilla embarcación los dejaba en Atalía, donde Pablo y Bernabé encontraron un singular encanto en los paisajes que circundaban el Cestro.

En esa localidad muy pobre, predicaron la Buena Nueva al aire libre, con inmenso éxito. Observando en el compañero un trazo superior, Bernabé le entregó la dirección del movimiento al ex rabino, cuya palabra sabía despertar entonces encantadores arrebatamientos. El pueblo sencillo acogió la predicación de Pablo con profundo interés. Él hablaba de Jesús, como de un príncipe celestial, que visitó el mundo y había ido a esperar a sus súbditos amados en la esfera de la glorificación espiritual. Se veía la atención que los habitantes de Atalía le dispensaban al asunto. Algunos pidieron copias de las lecciones del Evangelio, otros procuraban obsequiar a los mensajeros del Maestro con lo mejor que poseían. Muy conmovidos, recibían las cariñosas dádivas de los nuevos amigos, que, casi siempre se constituían de platos de pan, naranjas o peces.

La permanencia en la localidad les trajo nuevos problemas. Era indispensable alguna actividad culinaria. Bernabé, delicadamente, designó al sobrino para este menester, pero el joven no conseguía disfrazar la contrariedad. Notando su constreñimiento, Pablo se adelantó, presuroso:

–No nos inquietemos con problemas naturales. Procuremos restringir, de ahora en adelante, las necesidades y gustos alimentarios. Comeremos solo pan, frutas, miel y pescado. De esta manera, el trabajo de cocina quedará simplificado y reducido a la preparación de los peces asados en lo que tengo gran práctica, desde mi retiro allá en Tauro. Que Juan no se moleste con el problema, pues es justo que esa parte quede a mi cargo.

A pesar de la actitud generosa de Pablo, el joven continuó triste.

En breve la misión alquilaba un barco, trasladándose a Perge. En esta ciudad, de regular importancia para la región en la que se localizaba, anunciaron el Evangelio con inmensa dedicación. En la pequeña sinagoga, hinchieron el sábado de gran movimiento. Algunos judíos y numerosos gentiles, en su mayoría gente pobre y sencilla, acogieron a los misioneros, llenos de júbilo. Las noticias del Cristo despertaron singular curiosidad y encantamiento. La modes-

ta casa, alquilada por Bernabé, estaba repleta de personas ansiosas por obtener copia de las anotaciones de Leví. Pablo se regocijaba. Experimentaba una alegría inenarrable al contacto de aquellos corazones humildes y sencillos, que le daban a su espíritu cansado de casuística la dulce impresión de virginidad espiritual. Algunos preguntaban sobre la posición de Jesús en la jerarquía de los dioses del paganismo; otros deseaban saber la razón por la que habían crucificado al Mesías, sin consideración a sus elevados títulos como Mensajero del Eterno. La región estaba llena de supersticiones y leyendas. La cultura judaica se restringía al ambiente cerrado de las sinagogas. La misión, no obstante consagrar su mayor esfuerzo a los israelitas, predicando en el círculo de los que seguían la Ley de Moisés, interesó a las clases más oscuras del pueblo, en razón de las curaciones y de la invitación amorosa al Evangelio, movimiento, ese, en el cual los trabajadores de Jesús ponían su empeño.

Plenamente satisfechos, Pablo y Bernabé resolvieron seguir de allí mismo para Antioquía de Pisidia. Informado al respecto, Juan Marcos no conseguía contener sus íntimos recelos, por más tiempo, y preguntó:

–Suponía que no iríamos más allá de Panfilia. ¿Cómo vamos a llegar hasta Antioquía? No poseemos recursos para atravesar unos precipicios tan grandes. La floresta está infestada de bandidos, el río lleno de cascadas no permite el tránsito de barcos. ¿Y las noches? ¿Cómo dormir? Ese viaje no se puede intentar sin animales y siervos, cosa que no tenemos.

Pablo reflexionó un minuto y exclamó:

–Mira, Juan, cuando trabajamos para alguien, debemos hacerlo con amor. Juzgo que anunciar al Cristo a aquellos que no lo conocen, en vista de sus numerosas dificultades naturales, representa una gloria para nosotros. El espíritu de servicio nunca deja la parte más difícil para los demás. El Maestro no transfirió su cruz a los compañeros. En nuestro caso, ¿si tuviésemos muchos esclavos y caballos, no serían ellos los cargadores de las responsabilidades

más pesadas, en lo que se refiere a las cuestiones propiamente materiales? Pero, el trabajo de Jesús es tan grande a nuestros ojos que debemos disputar a los demás cualquier parte de su ejecución, en beneficio propio.

El joven pareció más angustiado. La energía de Pablo era desconcertante.

–Pero, ¿no sería más prudente –continuó con extrema palidez– dirigirnos a Alejandría y organizar por lo menos algunos recursos más que faciliten las cosas?

Mientras Bernabé acompañaba el diálogo con la serenidad que le era peculiar, el ex rabino continuó:

–Das demasiada importancia a los obstáculos. ¿Ya pensaste en las dificultades que el Señor tuvo que vencer para venir a estar con nosotros? Aunque pudiese atravesar libremente los abismos espirituales para llegar a nuestro círculo de perversidad e ignorancia, tenemos que considerar la muralla de lodo de nuestras viscerales miserias… ¿Y tú te espantas pensando en los palmos de camino que nos separan de Pisidia?

El joven se calló, evidentemente contrariado. La argumentación era demasiado fuerte, a sus ojos, y no le permitía cualquier nueva objeción.

Por la noche, Bernabé, visiblemente preocupado, se aproximó al compañero, exponiéndole las intenciones del sobrino. El joven había resuelto regresar a Jerusalén, de cualquier modo. Pablo oyó con mucha calma las explicaciones como quien no quería oponerse a tal decisión.

–¿No podríamos acompañarlo, por lo menos, hasta algún punto más próximo del destino? –preguntó el ex levita de Chipre, como tío solícito.

–¿Destino? –preguntó Pablo admirado–. Pero ya tenemos el nuestro. Desde el primer entendimiento, planeamos la excursión a Antioquía. No puedo impedir que le hagas compañía al joven; por

mí, a pesar de todo, no debo modificar el derrotero trazado. En caso de que resuelvas no regresar, seguiré solo. Juzgo que las empresas de Jesús tienen su momento justo de actuación. Es preciso aprovecharlo. Si dejamos la visita a Pisidia para el mes próximo tal vez sea tarde.

Bernabé reflexionó algunos minutos, contestando con plena convicción:

–Tu observación es incontestable. No puedo romper los compromisos. Por lo demás, Juan ya es un hombre y podrá regresar solo. Tiene el dinero indispensable para ese fin, en virtud de los cuidados maternos.

–El dinero cuando no es bien aprovechado –remató Pablo tranquilamente– siempre disuelve los lazos y las responsabilidades más santas.

La conversación terminó, mientras Bernabé regresaba a aconsejar al sobrino, quien se encontraba muy impresionado.

Dos días después, antes de tomar el barco que lo llevaría a la desembocadura del Cestro, el hijo de María Marcos se despedía del ex doctor de Jerusalén con una sonrisa forzada.

Pablo lo abrazó sin alegría y le habló en un tono de severa advertencia:

–Dios te bendiga y te proteja. No te olvides de que la marcha para el Cristo está hecha igualmente por filas. Todos debemos llegar bien; pero, los que se desvían tienen que llegar por su propia cuenta.

–Sí –dijo el joven avergonzado–, procuraré trabajar y servir a Dios, con toda mi alma.

–Haces bien y cumplirás con tu deber procediendo así –exclamó el ex rabino, convencido–. Recuerda siempre que David, mientras estuvo ocupado, fue fiel al Todopoderoso, pero, cuando descansó, se entregó al adulterio; Salomón, durante los trabajos pesados de la construcción del Templo, fue puro en la fe, pero, cuando llegó al reposo, fue vencido por la depravación; Judas comenzó bien

y fue discípulo directo del Señor, pero bastó la entrada triunfal del Maestro en Jerusalén para que cediese a la traición y a la muerte. Con tantos ejemplos expuestos ante nuestros ojos, será útil que no descansemos nunca.

El sobrino de Bernabé partió, sinceramente impactado por estas palabras, que lo siguieron, en el futuro, como un constante llamado.

Poco después del incidente, los dos misioneros tomaron por senderos impenetrables. Por primera vez fueron obligados a pernoctar a la intemperie, en el seno de la Naturaleza. Venciendo precipicios, encontraron una gruta rocosa en la cual se ocultaron, para reposar el cuerpo mortificado y dolorido. El segundo día de la marcha transcurrió dando muestras del valor indómito de siempre. La alimentación se constituía de algunos panes traídos de Perge y frutas silvestres, recogidas aquí y allá. Resueltos y llenos de buen humor, enfrentaban y vencían todos los obstáculos. De vez en cuando, era indispensable ganar la otra margen del río, al toparse con barreras intransitables. Helos, entonces, palpando el curso de los torrentes, cautelosos, usando largas varas verdes, o abriendo caminos peligrosos e ignotos.

La soledad les sugería bellos pensamientos. Los menores conceptos extravasaban sagrado optimismo. Ambos acariciaban cariñosos recuerdos del pasado afectivo y lleno de esperanza. Como hombres experimentaban todas las necesidades humanas, pero era profundamente conmovedora la fidelidad con la que se entregaban al Cristo, confiando a su amor la realización de los santificados deseos de una vida más elevada.

En la segunda noche se acomodaron en una pequeña caverna, algo distante de la trilla estrecha, poco después de los últimos tonos del crepúsculo. Después de la muy frugal refección, pasaron a comentar animadamente los hechos de la iglesia de Jerusalén. La noche estaba muy oscura y sus voces quebraban el gran silencio. Desarrollando los asuntos, pasaron a hablar de las excelencias del Evangelio, exaltando la grandeza de la misión de Jesucristo.

–Si los hombres supiesen… –decía Bernabé haciendo comparaciones.

–Todos se reunirían en torno al Señor y descansarían –remataba Pablo lleno de convicción.

–Él es el Príncipe que reinará sobre todos.

–Nadie trajo a este mundo una riqueza mayor.

–¡Ah! –comentaba el discípulo de Simón Pedro– el tesoro del que fue mensajero engrandecerá la Tierra para siempre.

Y proseguían así, valiéndose de preciosas imágenes de la vida común para simbolizar los bienes eternos, cuando un singular movimiento despertó su atención. Dos hombres armados se precipitaron sobre ambos, a la débil luz de una antorcha encendida en resinas.

–¡La bolsa! –gritó uno de los malhechores.

Bernabé empalideció ligeramente, pero Pablo estaba sereno e impasible.

–Entreguen todo lo que tienen o morirán –exclamó el otro bandido, alzando un puñal.

Mirando fijamente al compañero, el ex rabino ordenó:

–Dales el dinero que resta, Dios suplirá nuestras necesidades de otro modo.

Bernabé vació la bolsa que traía entre los dobleces de la túnica, mientras los malhechores recogían, ávidos, la pequeña cantidad.

Reparando en los pergaminos del Evangelio que los misioneros consultaban a la luz de la antorcha improvisada, uno de los ladrones interrogó desconfiado e irónico:

–¿Qué documentos son esos? Hablabais de un príncipe opulento… Oímos referencias a un tesoro… ¿Qué significa eso?

Con admirable presencia de espíritu, Pablo explicó:

–Sí, de hecho esos pergaminos son el derrotero del inmenso tesoro que nos trajo el Cristo Jesús, que ha de reinar sobre los príncipes de la Tierra.

Uno de los bandidos, gratamente interesado, examinó el rollo de las anotaciones de Leví.

–Quien encuentre ese tesoro –prosiguió Pablo, resuelto–, nunca más sentirá necesidades.

Los ladrones guardaron el Evangelio cuidadosamente.

–Agradeced a Dios que no os quitamos la vida– dijo uno de ellos.

Y apagando la antorcha titilante, desaparecieron en la oscuridad de la noche. Cuando se vieron a solas, Bernabé no consiguió disimular el asombro:

–¿Y ahora? –preguntó con voz trémula.

–La misión continúa bien– glosó Pablo lleno de buen ánimo–, no contábamos con la excelente oportunidad de trasmitir la Buena Nueva a los ladrones.

El discípulo de Pedro, admirando su enorme serenidad, volvió a decir:

–Pero, se llevaron, también los últimos panes de cebada, así como las capas…

–Habrá siempre alguna fruta en el camino –esclarecía Pablo decidido– y, en cuanto a las coberturas, no tengamos mayor cuidado, pues no nos faltará el musgo de los árboles.

Y, deseoso de tranquilizar al compañero, agregaba:

–De hecho, no tenemos más dinero, pero juzgo que no será difícil conseguir trabajo con los tejedores de Antioquía de Pisidia. Además, la región está muy distante de los grandes centros y puedo llevar ciertas novedades a los colegas del oficio. Esta circunstancia será ventajosa para nosotros.

Después de tejer nuevas esperanzas, durmieron descubiertos, soñando con las alegrías del Reino de Dios.

Al día siguiente, Bernabé continuaba preocupado. Interpelado por el compañero, confesó compungido:

–Estoy resignado con la carencia absoluta de materiales, pero no puedo olvidar que nos substrajeron también las anotaciones evangélicas que poseíamos. ¿Cómo recomenzar nuestra tarea? Si tenemos de memoria gran parte de las enseñanzas, no podemos conferir todas las expresiones…

Sin embargo, Pablo, hizo un gesto significativo y, desabotonando la túnica, retiró algo que guardaba junto a su corazón.

–Te equivocas, Bernabé –dijo con una sonrisa optimista–, tengo aquí el Evangelio que me recuerda la bondad de Gamaliel. Fue un obsequio de Simón Pedro a mi viejo mentor, que, a su vez, me lo dio poco antes de morir.

El misionero de Chipre apretó en las manos el tesoro de Cristo. El júbilo volvió a iluminar su corazón. Podrían prescindir de todas las comodidades del mundo, pero la palabra de Jesús era imprescindible. Venciendo obstáculos de todo tipo, llegaron a Antioquía profundamente abatidos. Principalmente, Pablo, en determinados momentos de la noche, se sentía cansado y febril. Bernabé tenía frecuentes accesos de tos. El primer contacto con la naturaleza hostil acarreó a los dos mensajeros del Evangelio fuertes desequilibrios orgánicos.

A pesar de la precaria salud, el tejedor de Tarso procuró informarse, en la misma mañana de la llegada, sobre las tiendas de artesanías y objetos de cuero existentes en la ciudad.

Antioquía de Pisidia contaba con un gran número de israelitas. Su movimiento comercial era más que regular. Las vías públicas ostentaban tiendas bien surtidas y pequeñas industrias de varias ramas.

Confiando en la Providencia Divina, alquilaron una habitación muy sencilla, y, mientras Bernabé reposaba de la fatiga extrema, Saulo buscó una de las tiendas indicadas por un comerciante de frutas.

Un judío de buen aspecto, rodeado de tres auxiliares, entre numerosas estanterías con sandalias, tapices y otros numerosos ar-

tículos, relacionados con su profesión, dirigía un extenso comercio de trabajo. Sabiendo su nombre, dado el interés de su indagación junto al comerciante referido, el ex doctor de Jerusalén lo llamó señor Ibrahim, siendo atendido con enorme curiosidad.

–Amigo –explicó Pablo, sin rodeos–, soy vuestro colega de oficio y apremiado por urgentes necesidades, vengo a solicitaros el inmenso obsequio de admitirme en las actividades de vuestra tienda. Tengo que hacer un largo viaje y, al no poseer ningún recurso, ruego a vuestra generosidad, esperando una favorable acogida.

El artesano lo contemplaba con simpatía, pero, un tanto desconfiado. Se asombraba y se agradaba, simultáneamente, de su franqueza y desembarazo. Después de pensar algún tiempo, respondió algo vagamente:

–Nuestro trabajo es muy escaso y, para ser sincero, no dispongo de capital para remunerar a muchos empleados. No todos compran sandalias; los aperos y atuendos para viajeros quedan a la espera de las caravanas que solo pasan de tiempo en tiempo; vendemos pocos tapetes, y si no fuesen los tejidos de cuero para tiendas improvisadas, supongo que no tendríamos lo necesario para mantener el negocio. Como veis, no sería fácil daros trabajo.

–Sin embargo, –volvió a decir el ex rabino, conmovido por la sinceridad del interlocutor–, oso insistir en el pedido. Tan solo será por algunos días…Por lo demás, quedaría satisfecho en trabajar por la comida y el techo, para mí y un compañero enfermo.

El bondadoso Ibrahim se sensibilizó con aquella confesión. Después de una larga pausa, en la que el dueño del taller de Antioquía aún dudaba entre el “sí” y el “no”, Pablo remató:

–Tan grande es mi necesidad que insisto con vos, en nombre de Dios.

–Entrad –dijo el negociante, vencido por la argumentación.

Aunque estaba enfermo, el emisario del Cristo se lanzó al trabajo con afán. Un viejo telar fue instalado a toda prisa, junto a la mesa llena de cuchillos, martillos y piezas de cuero.

Pablo entró a trabajar, teniendo una mirada amiga y una buena palabra para cada compañero. Lejos de imponerse por los conocimientos superiores que poseía, observaba el sistema de trabajo de los ayudantes de Ibrahim y sugería nuevas técnicas favorables a la labor, con bondad, sin afectación.

Conmovido por sus declaraciones sinceras, el dueño de la casa mandó la comida a Bernabé, mientras el ex rabino vencía gallardamente las primeras dificultades experimentando el júbilo de un gran triunfo.

Aquella noche, junto al compañero de luchas, elevó a Jesús una oración de muy entrañable agradecimiento. Ambos comentaron la nueva situación. Todo iba bien, pero era necesario pensar en el dinero indispensable para atender al alquiler de la habitación.

Edificado por la ejemplificación del amigo, ahora era Bernabé el que buscaba reconfortarlo:

–No importa, Jesús llevará en cuenta nuestra buena voluntad y no nos dejará desamparados.

Al día siguiente, cuando Pablo regresó del taller, tuvo que esperar al compañero, con alguna ansiedad. El mensajero de Ibrahim, que había llevado la comida de Bernabé, no lo había encontrado. Después de cierta inquietud, el ex rabino le abrió la puerta con patente estupor. El discípulo de Pedro parecía extremadamente abatido, pero una profunda alegría se reflejaba en su mirada. Explicó que también él había conseguido trabajo remunerado. Se empleó con un alfarero necesitado de operarios para aprovechar el buen tiempo. Se abrazaron conmovidos. Si hubiesen alcanzado el dominio del mundo, con fortuna y facilidades, no sentirían tanto júbilo. Una pequeña fracción de trabajo honesto bastaba a sus corazones iluminados por Jesucristo, para sentirse felices.

En el primer sábado de permanencia en Antioquía, los mensajeros del Evangelio se dirigían a la sinagoga local. Ibrahim, satisfechísimo con la cooperación del nuevo empleado, les proveyó dos túnicas usadas, que Pablo y Bernabé vistieron con alegría.

Toda la población "temerosa de Dios" se comprimía en el recinto. Los dos se sentaron en el lugar reservado a los visitantes o desconocidos. Terminado el estudio y comentario de la Ley y de los Profetas, el director de los servicios religiosos les preguntó, en voz alta, si desearían decir algunas palabras a los presentes.

De pronto, Pablo se levantó y aceptó la invitación. Se dirigió a la modesta tribuna con actitud noble y comenzó a discurrir sobre la Ley, tomado por una elocuencia sublime. El auditorio, no acostumbrado a razonamientos tan elevados, le acompañaba la palabra fluida como si hubiese encontrado a un auténtico profeta, esparciendo maravillas. Los israelitas no cabían en sí de contentos. ¿Quién era aquel hombre del que se podía enorgullecer incluso el Templo de Jerusalén? Pero, en dado momento las palabras del orador pasaron a ser casi incomprensibles para todos. Su verbo sublime anunciaba un Mesías que ya había venido al mundo. Algunos judíos aguzaron los oídos. Se trataba del Cristo Jesús, por intermedio de quien las criaturas deberían esperar la gracia y la verdad de la salvación. El ex doctor observó que numerosas fisonomías se mostraban contrariadas, pero la mayoría lo escuchaba con indefinible vibración de simpatía. La relación de los hechos de Jesús, su ejemplificación divina, la muerte en la cruz, arrancaba lágrimas del auditorio. El propio jefe de la sinagoga estaba profundamente sorprendido…

Terminada la extensa oración, el nuevo misionero fue abrazado por gran número de asistentes. Ibrahim, que acababa de conocerlo bajo su nuevo aspecto, lo saludó radiante. Eustaquio, el alfarero que le había dado trabajo a Bernabé, se aproximó para las salutaciones, altamente sensibilizado. No obstante, los descontentos no faltaron. El éxito de Pablo contrarió el espíritu fariseo de la asamblea.

Al día siguiente, Antioquía de Pisidia estaba impresionada por el asunto. La tienda de Ibrahim y la alfarería de Eustaquio fueron locales de grandes discusiones y entendimientos. Pablo habló, entonces, de las curaciones que se podrían hacer en nombre del Maestro. Una anciana, tía de su patrón fue curada de una enfermedad insidiosa, con la simple imposición de las manos y las oraciones al

Cristo. Dos hijos del alfarero se restablecieron con la intervención de Bernabé. Los dos emisarios del Evangelio ganaron rápidamente muy buena reputación. La gente sencilla venía a solicitar sus oraciones, copias de las enseñanzas de Jesús, mientras muchos enfermos se restablecían. Pero, si el bien estaba creciendo, la animosidad contra ellos también aumentaba, por parte de los más ilustres de la ciudad. Se inició el movimiento contrario al Cristo. No obstante la continuidad de las predicaciones de Pablo, se ampliaba, entre los israelitas poderosos, la persecución, el escarnio y la ironía. Pero los mensajeros de la Buena Nueva no se desanimaron. Confortados por los más sinceros, fundaron la iglesia en la casa de Ibrahim. Cuando todo iba bien, he ahí que el ex rabino, aún a consecuencia de las vicisitudes experimentadas en la travesía de los pantanos de la Panfilia, cae gravemente enfermo, preocupando a todos los hermanos. Durante un mes, estuvo bajo la influencia maligna de una fiebre devoradora. Bernabé y los nuevos amigos fueron muy dedicados cuidándolo.

Explotando el incidente, los enemigos del Evangelio se pusieron a campo abierto, ironizando la situación. Hacía más de tres meses que los dos anunciaban el nuevo Reino, reformaban las nociones religiosas del pueblo, curaban las molestias más pertinaces y ¿por qué motivo el poderoso predicador no se curaba a sí mismo? Hervían así los dichos mordaces y los conceptos deprimentes.

Sin embargo, los hermanos tuvieron una dedicación sin límites. Pablo fue tratado con extrema ternura en la casa de Ibrahim, tal y como si hubiese encontrado un nuevo hogar.

Después de la convalecencia, el valiente tejedor volvió con mayor entusiasmo a la predicación de las nuevas verdades.

Observando su valor, los elementos judaicos, dominados por el despecho, tramaron su expulsión sin ninguna condescendencia. Por varios meses el ex doctor de Jerusalén luchó contra los golpes del farisaísmo imperante en la ciudad, manteniéndose superior a las calumnias e insultos. Pero, cuando revelaba su poder de resolución y firmeza de ánimo, he ahí que los israelitas descontentos amenazan a Ibrahim y a Eustaquio con la supresión de regalías y

el destierro. Los dos antiguos habitantes de Antioquía de Pisidia eran acusados de partidarios de la revolución y del desorden. Muy conmovidos, recibieron la notificación de que solamente la retirada de Pablo y Bernabé podría salvarlos de la cárcel y de la flagelación.

Los misioneros de Jesús considerando la penosa situación de los amigos resuelven partir. Ibrahim tiene los ojos llenos de lágrimas. Eustaquio no consigue esconder el abatimiento. Ante las interrogaciones de Bernabé, el ex rabino expone el plan de las actividades futuras. Se dirigirían a Iconio. Predicarían allí las verdades de Dios. El discípulo de Simón Pedro aprueba sin dudar. Reuniendo a los hermanos en una noche memorable para cuantos vivieron sus profundas emociones, los mensajeros de la Buena Nueva se despiden. Por más de ocho meses habían enseñado el Evangelio. Afrontaron burlas y apodos, habían conocido pruebas muy amargas. Sus labores estaban siendo premiadas por el mundo con el destierro, como si ellos fuesen criminales comunes, pero la iglesia del Cristo estaba fundada. Pablo habló de eso, casi con orgullo, no obstante las lágrimas que le rodaban por el rostro. Los nuevos discípulos del Maestro no deberían extrañar las incomprensiones del mundo, incluso porque el propio Salvador no había escapado a la cruz de la ignominia, agregando que la palabra "cristiano" significaba seguidor de Cristo. Para descubrir y conocer las sublimidades del Reino de Dios era preciso trabajar y sufrir sin descanso.

Por su parte, la afectuosa asamblea acogió las exhortaciones, emocionada hasta las lágrimas.

En la mañana siguiente, llevando una carta de recomendación de Eustaquio y cargando con una amplia provisión de pequeños recuerdos de los compañeros de fe, se pusieron en camino, intrépidos y felices.

El trayecto que excedía los cien kilómetros fue difícil y doloroso, pero los pioneros no se detuvieron en la consideración de ningún obstáculo.

Llegados a la ciudad, se presentaron al amigo de Eustaquio, de nombre Onesíforo. Recibidos con generosa hospitalidad, en el

sábado inmediato, incluso antes de establecerse en el trabajo profesional, Pablo fue a exponer los objetivos de su paso por la región. Su exposición en la sinagoga provocó animadas discusiones. El elemento político de la ciudad se constituía de judíos ricos e instruidos en la Ley de Moisés; con todo, los gentiles representaban, en gran número, a la clase media. Estos últimos recibieron la palabra de Pablo con profundo interés, pero los primeros desencadenaron una gran reacción desde el comienzo. Hubo tumultos. Aquellos orgullosos hijos de Israel no podían tolerar a un Salvador que se había entregado, sin resistencia, a la cruz de los ladrones. Pero, la palabra del Apóstol había alcanzado una aceptación tan grande del público que los gentiles de Iconio le ofrecieron un amplio salón para que les fuesen suministradas las enseñanzas del Evangelio, todas las tardes. Querían noticias del nuevo Mesías, se interesaban por sus menores hechos y por sus máximas más sencillas. El ex rabino aceptó el encargo, lleno de gratitud y simpatía. Diariamente, terminada la tarea común, una compacta multitud de iconienses se aglomeraba ansiosa por oír su verbo vibrante. Dominando la administración, los judíos no tardaron en reaccionar, pero fue inútil la tentativa de intimidar al predicador con las más fuertes amenazas. Él continuó predicando intrépida y valerosamente. Onesíforo, por su parte, le daba todo su apoyo y dentro de poco, se fundaba la iglesia en su propia casa.

Los israelitas mantenían viva la idea de la expulsión de los misioneros, cuando ocurrió un incidente que vino en ayuda de ellos.

Es que una joven novia, oyendo ocasionalmente las prédicas del Apóstol de los gentiles, diariamente penetraba en el salón en busca de nuevas enseñanzas. Extasiada con las promesas de Cristo y sintiendo una extrema pasión por la figura deslumbrante del orador, se fanatizó lamentablemente, olvidando los deberes que la unían al novio y a la ternura maternal. Tecla, que así se llamaba, ya no atendía a los lazos sacrosantos que debería honrar en el ambiente doméstico. Abandonó el trabajo diario para esperar el crepúsculo, con ansiedad. Teoclia su madre, y Tamiris, el novio, acompañaban el caso con desagradable sorpresa. Atribuían a Pablo semejante des-

equilibrio. Al ex doctor, por su parte, le extrañaba la actitud de la joven, que, diariamente, se insinuaba con preguntas, miradas y gestos singulares.

Cierta vez, cuando se disponía a volver para casa de Onesíforo, en compañía de Bernabé, la joven le pidió una palabra en privado.

Ante sus atentas preguntas, Tecla se ruborizaba, tartamudeando:

–Yo…yo…

–Diga, hija –dijo el Apóstol un tanto preocupado–, debes considerarte en presencia de un padre.

–Señor –consiguió decir jadeante–, no sé por qué he recibido una impresión tan grande con vuestra palabra.

–Lo que he enseñado –esclareció Pablo– no es mío; viene de Jesús, que nos desea todo el bien posible.

–Pero, de cualquier modo –dijo ella con más timidez–, ¡os amo mucho!

Pablo se asustó. No contaba con esa declaración. La expresión "Os amo mucho" no era articulada en tono de fraternidad pura, sino con matices particulares que el Apóstol percibió muy impresionado. Después de meditar mucho en la situación imprevista, respondió con seguridad:

–Hija, los que se aman en espíritu, se unen en Cristo para la eternidad de las emociones más santas; pero ¿quién sabe si usted está amando la carne que va a morir?

–Tengo necesidad de vuestro cariño –exclamó la joven, con la mirada lacrimosa.

–Sí –esclareció el ex rabino–, pero los dos tenemos necesidad del cariño del Cristo. Solamente amparados por Él podremos experimentar algún ánimo en nuestras flaquezas.

–No podré olvidaros –sollozó la joven, despertando su compasión.

Pablo se quedó pensativo. Recordó su juventud y los sueños que tejió al lado de Abigail. En un minuto su espíritu penetró en un mundo de suaves y angustiosas reminiscencias; y como si regresase de un misterioso país de sombras, exclamó como si hablase consigo mismo:

–Sí, el amor es santo, pero la pasión es venenosa. Moisés recomendó que amásemos a Dios por encima de todas las cosas; y el Maestro agregó que nos amásemos unos a los otros, en todas las circunstancias de la vida…

Y fijando los ojos, ahora muy brillantes, en la joven que lloraba, exclamó casi con aspereza:

–¡No te apasiones por un hombre hecho de lodo y de pecado, y que se destina a morir!…

Tecla aún no había vuelto en sí de su propia sorpresa cuando el novio desolado penetró en el recinto desierto. Tamiris hace las primeras objeciones con fuertes gritos, mientras que el mensajero de la Buena Nueva oye sus reprimendas con gran serenidad. La novia replica con mal humor. Reafirma su simpatía por Pablo, expone francamente sus intenciones más íntimas. El joven se escandaliza. El Apóstol espera pacientemente a que el novio lo interrogue. Y cuando es convocado a justificarse, explica en tono fraternal:

–Amigo, no te entristezcas ni te exaltes ante sucesos que se originan de profundas incomprensiones. Sencillamente, tu novia está enferma. Estamos anunciando al Cristo, pero el Salvador tiene sus enemigos ocultos por todas partes, como la luz tiene por permanente enemiga a las tinieblas. Pero la luz vence a la sombra de cualquier naturaleza. Iniciamos nuestra labor misionera en esta ciudad, sin grandes obstáculos. Los judíos nos ridiculizan y, sin embargo, nada encontraron en nuestros actos que justifique la persecución declarada. Los gentiles nos abrazan con amor. Nuestro esfuerzo se desarrolla pacíficamente y nada nos induce al desánimo. Los adversarios invisibles, de la verdad y del bien, seguramente acordaron influenciar a esta pobre niña, para hacerla instrumento perturbador

de nuestra tarea. Es posible que no me comprendas inmediatamente; no obstante, la realidad no es otra.

Pero, Tamiris, dejando entrever que padecía de la misma influencia perniciosa, gritó con rabia:

–¡Sois un hechicero inmundo! Esta es la pura verdad. Mistificador del pueblo sencillo y rudo, no pasáis de ser un seductor de jóvenes impresionables. Insultáis a una viuda y a un hombre honesto, que soy, insinuándoos como un padre en el espíritu frágil de una huérfana.

Espumas de cólera salían de su boca. Pablo oyó sus diatribas con gran presencia de espíritu.

Cuando el joven se cansó de vociferar, el Apóstol tomó el manto, hizo un gesto de despedida y afirmó:

–Cuando somos sinceros, estamos en reposo invulnerable; pero cada uno acepta la verdad como puede. Piensa, pues, y entiende como puedas.

Y abandonó el recinto para ir con Bernabé.

Sin embargo, los parientes de Tecla no descansaron ante lo que consideraban un ultraje. En la misma noche, valiéndose del pretexto, las autoridades judaicas de Iconio ordenaron la prisión del emisario de la Buena Nueva. La hilera de los descontentos afluyó a la puerta de Onesíforo, vociferando improperios. A pesar de la interferencia de los amigos, Pablo fue arrastrado a la cárcel, donde sufrió el suplicio de los treinta y nueve azotes. Acusado como seductor y enemigo de las tradiciones de la familia, además de blasfemo y revolucionario, fue indispensable mucha dedicación de los cofrades recién convertidos para restituirlo a la libertad. Después de cinco días de prisión con severos castigos, Bernabé lo recibió exultante de alegría.

El caso de Tecla se había revestido con proporciones de gran escándalo, pero el Apóstol, en la primera noche de libertad, reunió a la iglesia local, fundada por Onesíforo, y aclaró la situación, para conocimiento de todos.

Bernabé consideró que era imposible que permaneciesen allí por más tiempo. Un nuevo choque con las autoridades podría perjudicar su tarea. Pero Pablo se mostraba resuelto. Si fuese posible, volvería a predicar el Evangelio en la vía pública, revelando la verdad a los gentiles, pues los hijos de Israel se complacían con los desvíos clamorosos.

Llamado a opinar, Onesíforo ponderó la situación de la pobre joven, transformada en objeto de la ironía popular. Tecla era novia y huérfana de padre. Tamiris había creado la leyenda de que Pablo no pasaba de ser un poderoso hechicero. Si, en su calidad de novia, ella fuese encontrada de nuevo junto al Apóstol, mandaba la tradición que fuese condenada a la hoguera.

Consciente de las supersticiones regionales, el ex rabino no dudó un minuto. Dejaría Iconio, al siguiente día. No porque capitulase ante el enemigo invisible, sino porque la iglesia estaba fundada y no era justo cooperar en el martirio moral de una niña.

La decisión del Apóstol obtuvo la aprobación general. Asentadas las bases para la continuación del aprendizaje evangélico, Onesíforo y los demás hermanos asumieron el compromiso de velar por las semillas recibidas como dádiva celestial.

En el curso de las conversaciones, Bernabé estaba pensativo. ¿Para dónde irían? ¿No sería justo pensar en el regreso? Las dificultades se engrandecían cada día y la salud de ambos desde la internación en las márgenes del Cestro, era muy inestable. Pero, el discípulo de Pedro, conociendo el ánimo y el espíritu de resolución del compañero, esperó pacientemente a que el asunto aflorase espontánea y naturalmente.

Para ayudarlo en sus desvelos, uno de los amigos presentes interrogó a Pablo con vivacidad.

–¿Cuándo pretenden partir?

–Mañana –respondió el Apóstol.

–¿Pero, no será mejor reposar algunos días? Tenéis las manos hinchadas y el rostro herido por los azotes.

El ex doctor sonrió y habló cordialmente:

–El servicio es de Jesús y no nuestro. Si cuidamos mucho de nosotros mismos en ese capítulo de sufrimientos, no llevaremos el recado; y si paralizamos la marcha en los lances difíciles, quedaremos con los tropiezos y no con Cristo.

Sus argumentos peculiares y concluyentes esparcían una atmósfera de buen humor.

–¿Volveréis a Antioquía? –preguntó Onesíforo con atención.

Bernabé aguzó los oídos para conocer detalladamente la respuesta, mientras el compañero respondía:

–Seguro que no: Antioquía ya recibió la Buena Nueva de la redención. ¡¿Y Licaonia?!

Mirando ahora al ex levita de Chipre, como solicitando su aprobación, afirmaba:

–Marcharemos hacia adelante. ¿No estás de acuerdo, Bernabé? Los pueblos de la región necesitan del Evangelio. ¡¿Si estamos tan satisfechos con las noticias del Cristo, por qué negarlas a los que necesitan del bautismo de la verdad y de la nueva fe?!...

El compañero hizo una señal afirmativa y concordó, resignado:

–Sin duda. Iremos hacia el frente; Jesús nos auxiliará.

Y los presentes pasaron a comentar la posición de Listra, así como las interesantes costumbres de su gente sencilla. Onesíforo tenía una hermana viuda, de nombre Loide. Les daría una carta de recomendación a los misioneros. Serían huéspedes de su hermana, durante el tiempo que precisasen.

Los dos anunciadores del Evangelio se llenaron de júbilo. Principalmente Bernabé no cabía en sí de contento, apartando la idea triste de quedarse completamente aislados.

Al día siguiente, con conmovidos adioses, los misioneros tomaban el camino que los conduciría al nuevo campo de luchas.

Después de un viaje muy penoso, llegaron a la pequeña ciudad, en un pardo crepúsculo. Estaban exhaustos.

No obstante, la hermana de Onesíforo fue pródiga en gentilezas. Vieja y viuda de un griego opulento, Loide vivía en compañía de su hija Eunice, igualmente viuda, y de su nieto Timoteo, cuya inteligencia y generosos sentimientos de niño constituían el mayor encanto de las dos señoras. Los mensajeros de la Buena Nueva fueron recibidos en ese hogar con inequívocas pruebas de simpatía. El excepcional cariño de esa familia fue un bálsamo confortador para ambos. Conforme a su hábito, Pablo se refirió en la primera oportunidad al inmenso deseo de trabajar, durante el tiempo de su permanencia en Listra, para no convertirse en motivo de maledicencia o crítica, pero la dueña de la casa se opuso terminantemente. Serían sus huéspedes. Bastaba la recomendación de Onesíforo para que se quedasen tranquilos. Además, explicaba: Listra era una ciudad muy pobre, poseía apenas dos tiendas humildes, donde nunca se hacían tapetes.

Pablo estaba muy sensibilizado con el acogimiento cariñoso. En la misma noche de la llegada, observó la ternura con la que Timoteo, teniendo poco más de trece años, tomaba los pergaminos de la Ley de Moisés y los Escritos Sagrados de los Profetas. El Apóstol dejó que las dos señoras comentasen las revelaciones en compañía del mismo, hasta que fuese llamado a intervenir. Cuando tal oportunidad se dio, aprovechó la ocasión para hacer la primera presentación del Cristo al corazón extasiado de los oyentes. Tan pronto comenzó a hablar, observó la profunda impresión de las dos mujeres, cuyos ojos brillaban enternecidos; pero el pequeño Timoteo lo oía con tales demostraciones de interés que, muchas veces, le acarició la frente pensativa.

Los parientes de Onesíforo recibieron la Buena Nueva con júbilos infinitos. Al día siguiente no se habló de otra cosa. El muchacho hacía preguntas de toda especie. El Apóstol lo atendía con alegría e interés fraternales.

Durante tres días los misioneros se entregaron al agradable

descanso de las energías físicas. Pablo aprovechó la ocasión para conversar ampliamente con Timoteo, junto al gran corral donde las cabras se recogían.

Solamente hasta el sábado, procuraron tener contacto más intenso con la población. Listra estaba llena de las más extrañas leyendas y creencias. Las familias judaicas eran muy pocas y el pueblo sencillo aceptaba como verdades todos los símbolos mitológicos. La ciudad no poseía sinagoga, sino un pequeño templo consagrado a Júpiter, que los campesinos aceptaban como el padre de los dioses del Olimpo. Había un culto organizado. Las reuniones se efectuaban periódicamente, los sacrificios eran numerosos.

En una plaza casi despoblada se movía el pequeño mercado por la mañana.

Pablo comprendió que no encontraría mejor local para el primer contacto directo con el pueblo.

Encima de una tribuna improvisada de piedras superpuestas, comenzó la prédica con voz fuerte y conmovedora. La gente del pueblo se aglomeró de súbito. Algunas personas surgían de las casas pacíficas, para verificar el motivo del compacto agrupamiento. Nadie se ocupó de las adquisiciones de carne, frutas y verduras. Todos querían oír al desconocido forastero.

El Apóstol habló, en primer lugar, de las profecías que habían anunciado la venida del Nazareno y, enseguida pasó a relatar los actos de Jesús entre los hombres. Pintó el paisaje de Galilea con los colores más brillantes de su genio descriptivo, habló de la humildad y de la abnegación del Mesías. Cuando se refería a las curaciones prodigiosas que el Cristo había realizado, notó que un pequeño grupo de los asistentes le dirigían mofas. Inflamado de fervor en su parenética, Pablo recordó el día en que había visto a Esteban curar a una joven muda, en nombre del Señor.

En la creencia de que el Maestro no lo desampararía, paseó su mirada por la numerosa turba. A cierta distancia divisó a un miserable mendigo, que se arrastraba penosamente. Impresionado con

el discurso evangélico, el lisiado de Listra se aproximó, abriéndose paso él solo y, se sentó con dificultad, fijó los ojos en el predicador que lo observaba sumamente conmovido.

Renovando los valores de su fe, Pablo lo contempló con energía y habló con autoridad:

–¡Amigo, en nombre de Jesús, levántate!

El mísero, con los ojos fijos en el apóstol, se levantó con facilidad, mientras la multitud sorprendida daba gritos. Algunos retrocedieron aterrados. Otros prestaron mayor atención a la figura de Pablo y la de Bernabé, contemplándolos, deslumbrados y satisfechos. El minusválido comenzó a saltar de alegría. Conocido en la ciudad, desde hacía mucho tiempo, la prodigiosa curación no dejaba la menor duda.

Muchas personas se arrodillaron. Otras corrieron a los cuatro cantos de Listra para anunciar que el pueblo había recibido la visita de los dioses. La plaza se llenó en pocos minutos. Todos querían ver al mendigo reintegrado en sus movimientos libres. Rápidamente se esparció el suceso. Bernabé y Pablo eran Júpiter y Mercurio, descendidos del Olimpo. Los apóstoles, jubilosos con la dádiva de Jesús, pero, profundamente sorprendidos con la actitud de los licaonios, percibieron enseguida el malentendido. En medio del respeto general, Pablo subió de nuevo a la improvisada tribuna, explicando que tanto su compañero como él eran simples criaturas mortales, realzando la misericordia del Cristo, que se dignó ratificar la promesa del Evangelio, en aquel minuto inolvidable. Pero, en balde, multiplicaba sus aclaraciones. Todos le oían la palabra de rodillas, en actitud estática. Fue ahí que un viejo sacerdote, ataviado según los hábitos de la época, surgió inesperadamente conduciendo dos bueyes adornados con guirnaldas de flores, con ademanes y mesuras solemnes. En voz alta, el ministro de Júpiter convida al pueblo al ceremonial del sacrificio a los dioses vivos.

Pablo percibe el movimiento popular y, descendiendo al centro de la plaza, grita con toda la fuerza de los pulmones abriendo su túnica a la altura del pecho:

–¡No cometáis sacrilegios!... no somos dioses… ¡Ved!... ¡somos simples criaturas de carne!...

Seguido de cerca por Bernabé, arrebata de las manos del viejo sacerdote la delicada trenza de cuero que ataba a los animales, soltando a los dos toros pacíficos, que se pusieron a devorar las verdes coronas.

El ministro de Júpiter quiso protestar, callándose enseguida, muy resentido. Y entre los más extravagantes comentarios, los misioneros se batieron en retirada, ansiosos por un local de oración, donde pudiesen elevar a Jesús sus votos de alegría y reconocimiento.

–¡Gran triunfo! –dijo Bernabé, casi orgulloso–. ¡Las dádivas de Cristo fueron numerosas, el Señor se acuerda de nosotros!...

Pablo quedó pensativo y arguyó:

–Cuando recibimos muchos favores, necesitamos pensar en los muchos testimonios que vendrán. Creo que sufriremos grandes pruebas. Además, no debemos olvidar que la victoria de la entrada del Maestro en Jerusalén precedió a los suplicios de la cruz.

El compañero, considerando el elevado sentido de aquellas afirmaciones, se puso a meditar en profundo silencio.

Loide y la hija estaban radiantes. La curación del lisiado confería a los mensajeros de la Buena Nueva una singular situación de evidencia. Pablo se valió de la oportunidad para fundar el primer núcleo del Cristianismo en la pequeña ciudad. Los planes fueron elaborados en la residencia de la generosa viuda, que puso a disposición de los misioneros todos los recursos a su alcance.

Tal como en Nea Pafos, establecieron en una casa muy humilde la sede de las actividades de informaciones y de auxilio. En lugar de Juan Marcos, era el pequeño Timoteo quien ayudaba en todos los menesteres. Numerosas personas copiaban el Evangelio, durante el día, mientras los enfermos acudían de todas partes, necesitados de asistencia inmediata.

No obstante tal éxito, crecía igualmente la animosidad contra la nueva doctrina.

Los pocos judíos de Listra deliberaron consultar a las autoridades de Iconio, con relación a los dos desconocidos. Y eso fue suficiente para que se turbasen los horizontes. Los comisionados regresaron con un acervo de noticias ingratas. El caso de Tecla era pintado con colores negros. Pablo y Bernabé eran acusados de blasfemos, hechiceros, ladrones y seductores de mujeres honestas. Pablo, principalmente, era presentado como un revolucionario temible. El asunto, en Listra, fue discutido intramuros. Los administradores de la ciudad invitaron al sacerdote de Júpiter a entrar en la campaña contra los embusteros y, con la misma facilidad con que había creído en su condición de dioses, pasaron todos a atribuir a los predicadores las mayores perversiones. Se planificaron acciones criminales. Desde la llegada de los dos desconocidos, que hablaban en nombre de un nuevo profeta, Listra vivía sobresaltada por ideas diferentes. Era preciso reprimir los abusos. La palabra de Pablo era audaz y requería un correctivo eficaz. Finalmente, deliberaron que el fogoso predicador fuese apedreado en la primera ocasión que hablase en público.

Ignorando lo que se tramaba, el Apóstol de los gentiles, dejando a Bernabé en cama por el cansancio producido por el exceso de trabajo, se hizo acompañar por el pequeño Timoteo. Al sábado siguiente, al atardecer, fue hasta la plaza pública donde, una vez más, anunció las verdades y promesas del Evangelio del Reino.

El lugar presentaba un movimiento inusual. El predicador notó la presencia de muchas fisonomías sospechosas y absolutamente desconocidas. Todos acompañaban sus mínimos gestos con evidente curiosidad.

Con la máxima serenidad, subió a la tribuna y comenzó a hablar de las glorias eternas que el Señor Jesús había traído a la Humanidad afligida. No obstante, apenas había iniciado el sermón evangélico, cuando, a gritos furiosos de los más exaltados, comenzaron a llover piedras en gran cantidad.

Pablo recordó súbitamente a la inolvidable figura de Esteban. Seguramente, el Maestro le reservaba el mismo género de muerte, para que se redimiese del mal infligido al mártir de la iglesia de Jerusalén. Las pequeñas y duras piedras le caían en los pies, en el pecho, en la frente. Sintió que la sangre le escurría de la cabeza herida y se arrodilló, sin una queja, rogando a Jesús que lo fortaleciese en el angustioso trance.

En los primeros momentos, Timoteo, aterrorizado, se puso a gritar, suplicando socorro; pero un hombre de brazos atléticos se aproximó con cautela y susurrándole en el oído:

–¡Cállate si quieres ser útil!

–¿Eres tú, Gaio? –exclamó el pequeño con los ojos lacrimosos, experimentado cierto consuelo al reconocer un rostro amigo en el pandemonio en que se veía.

–Sí –dijo el otro en tono muy bajo–, estoy aquí para socorrer al Apóstol. No puedo olvidar que él curó a mi madre.

Y observando el movimiento de la turba criminal, agregó:

–No tenemos tiempo que perder. No tardará mucho para que lo lleven al basurero. Si tal situación se diere, procura seguirnos con un poco de agua. ¡Si el misionero no sucumbe, le prestarás los primeros auxilios, hasta que yo consiga prevenir a tu madre!...

Se separaron inmediatamente. Con gran aflicción el jovencito vio al predicador de rodillas, con los ojos fijos en el cielo, en un trance inolvidable. Hilos de sangre descendían de su frente fracturada. En un momento dado, la cabeza pendió y el cuerpo cayó desamparado. La multitud parecía muy asombrada. Valiéndose de la situación en la que no se veían directrices previas, Gaio tomó las riendas. Se aproximó al Apóstol inerme, hizo un gesto significativo para el pueblo y gritó:

–¡El hechicero está muerto!...

Su gigantesca figura despertaba las simpatías de la turba inconsciente. Sonaron aplausos. Los que habían promovido el nefasto

atentado desaparecieron. Gaio comprendió que nadie osaba asumir la responsabilidad individual. Con extrañas vibraciones, gritaban los más perversos:

–¡Fuera de la ciudad!… ¡Fuera de la ciudad! ¡El hechicero al basurero!... ¡El hechicero al basurero!…

El amigo de Pablo, disfrazando la conmiseración con gestos de ironía, habló a la multitud satisfecha:

–¡Llevaré los despojos del brujo!

La turba hizo un alarido ensordecedor y Gaio procuró acarrear al misionero con la cautela posible. Atravesaron callejuelas extensas, gritando, hasta que, llegando a un lugar desierto, un tanto distante de los muros de la ciudad, dejaron a Pablo medio muerto, en el vertedero de basura.

El gigantón se inclinó, como verificando la muerte del apedreado, y observando, cuidadosamente, que aún vivía, gritó:

–¡Dejémoslo a los perros, que se ocuparán del resto! ¡Es necesario celebrar el hecho con algún vino!...

Y siguiendo al líder de aquella tarde, la multitud se batió en retirada. Mientras, Timoteo se aproximaba al vertedero, valiéndose de las sombras de la noche que comenzaba a cerrarse. Corriendo a un pozo no muy distante que se destinaba al servicio público, el muchacho llenó de agua pura el gorro impermeable, prestando los primeros auxilios al herido. Bañado en lágrimas, notó que Pablo respiraba con dificultad, como si se hubiese sumergido en un profundo desmayo. El joven listrense se sentó a su lado, le bañó la cabeza herida con extremado cariño. En algunos minutos el Apóstol volvía en sí para examinar la situación. Timoteo lo informó de todo. Muy compungido, Pablo agradeció a Dios, pues reconocía que solo la misericordia del Altísimo podría haber operado tal milagro, por secuestrarlo de los propósitos criminales de la turba inconsciente.

Transcurridas dos horas, tres figuras silenciosas se aproxima-

ban. Muy afligido, Bernabé había dejado el lecho, a pesar de su estado febril, para acompañar a Loide y Eunice, que, avisadas por Gaio, acudían con los primeros auxilios.

Todos rindieron gracias a Jesús, mientras Pablo tomaba una pequeña dosis de vino reconfortante. Con una organización espiritual poderosa, a pesar de la excesiva crueldad física sufrida, el tejedor de Tarso se levantó y regresó a casa con los amigos, levemente amparado por Bernabé que le ofreció su brazo amigo.

El resto de la noche la pasó en conversaciones cariñosas. Los dos emisarios de la Buena Nueva temían la agresión del pueblo a las generosas señoras que los habían hospedado y socorrido. Era preciso partir, para evitar mayores incomodidades y complicaciones.

En vano se hizo oír la palabra de Loide, buscando disuadir a los pregoneros de Cristo; en balde Timoteo besó las manos de Pablo y le pidió que no partiese. Recelosos de más tristes consecuencias, después de coordinar las instrucciones necesarias para la iglesia naciente, traspusieron las puertas de la ciudad al amanecer, en dirección a Derbe, que quedaba algo distante.

Después de una penosa caminata, alcanzaron el nuevo sector de trabajo, donde habrían de permanecer más de un año. Aunque estaban entregados al trabajo manual, con el que ganaban el pan de la vida, los dos compañeros necesitaron de seis meses para restablecer su salud comprometida. Como tejedor y alfarero anónimos, Pablo y Bernabé se quedaron en Derbe durante largo tiempo, sin despertar la curiosidad pública. Solo después de rehechos de los ataques sufridos, comenzaron de nuevo las prédicas de la Buena Nueva del Reino de Jesús. Visitando los alrededores, provocaron gran interés en la gente sencilla, por el Evangelio de la redención. Fueron fundadas pequeñas comunidades cristianas en un ambiente de mucha alegría.

Después de mucho tiempo de labor, resolvieron regresar al núcleo original de su esfuerzo. Venciendo etapas difíciles, visitaron y estimularon a los hermanos apostados en las diversas regiones de Licaonia, Pisidia y Panfilia.

De Perge descendieron a Atalía, de donde embarcaron con destino a Seleucia y de allí se dirigieron a Antioquía.

Ambos habían experimentado la dificultad de los servicios más rudos. Muchas veces se quedaron perplejos por los intrincados problemas de la empresa: a cambio de la dedicación fraternal, habían recibido remoquetes, azotes y acusaciones pérfidas; pero, a través del abatimiento físico y de las cicatrices, irradiaban ondas invisibles de intenso júbilo espiritual. Es que, entre los espinos, del camino escabroso, los dos valientes compañeros mantenían erguida la cruz divina y consoladora, esparciendo a manos llenas las benditas semillas del Evangelio de Redención.

V

Luchas por el Evangelio

El regreso de Pablo y Bernabé a Antioquía estuvo marcado por un inmenso regocijo. La comunidad fraternal admiró, profundamente conmovida, los hechos de los hermanos que habían llevado a regiones tan pobres y distantes, las semillas de la verdad y del amor.

Durante muchas noches consecutivas, los recién llegados presentaron el relato verbal de sus actividades, sin omitir un detalle. La iglesia antioqueña vibró de alegría y rindió gracias al Cielo.

Los dos dedicados misioneros habían regresado en una fase de grandes dificultades para la institución. Ambos las percibieron entristecidos. Las contiendas de Jerusalén se extendían a toda la comunidad de Antioquía; las disputas en torno a la circuncisión estaban encendidas. Incluso los jefes más eminentes estaban divididos por las afirmaciones dogmáticas. Alcanzaron tan alto grado las diferencias, que las voces del Espíritu Santo ya no se manifestaban. Manahen, cuyos esfuerzos en la iglesia eran indispensables, se mantenía a distancia, en vista de las discusiones estériles y venenosas. Los hermanos se hallaban extremadamente confundidos. Unos eran partidarios de la circuncisión obligatoria, otros se batían por la independencia irrestricta del Evangelio. Eminentemente preocupado, el predicador tartense observó las polémicas furiosas, sobre alimentos puros e impuros.

Intentando establecer la armonía general en torno a las enseñanzas del Divino Maestro, Pablo tomaba inútilmente la palabra, explicando que el Evangelio era libre y que la circuncisión era tan

solo una característica convencional de la intolerancia judaica. No obstante su autoridad incontestable, que se aureolaba de prestigio ante la comunidad entera, en vista de los grandes valores espirituales conquistados en la misión, los desentendimientos persistían.

Algunos datos llegados de Jerusalén complicaron aún más la situación. Los menos rigurosos hablaban de la autoridad absoluta de los apóstoles galileos. Se comentaba, subrepticiamente, que la palabra de Pablo y Bernabé por muy inspirada que fuese en las lecciones del Evangelio, no estaba lo suficientemente autorizada para hablar en nombre de Jesús.

La iglesia de Antioquía oscilaba en una posición de inmensa perplejidad. Había perdido el sentido de unidad que la caracterizaba al principio. Cada cual adoctrinaba desde su punto de vista personal. Los gentiles eran tratados con burlas; se organizaban movimientos a favor de la circuncisión.

Fuertemente impresionados con la situación, Pablo y Bernabé acuerdan llevar a cabo un recurso extremo. Deliberan invitar a Simón Pedro para una visita personal a la institución de Antioquía. Conociendo su espíritu liberado de prejuicios religiosos, los dos compañeros le dirigen una extensa misiva, explicando que los trabajos del Evangelio necesitaban de sus buenos oficios, insistiendo por su actuación prestigiosa.

El portador entregó la carta, cuidadosamente, y, con gran sorpresa para los cristianos antioqueños, el ex pescador de Cafarnaún llegó a la ciudad, evidenciando una gran alegría, en razón del período de reposo físico que le deparaba aquella excursión.

Pablo y Bernabé no cabían en sí de contentos. Acompañando a Simón, vino Juan Marcos que no había abandonado, del todo, las actividades evangélicas. El grupo vivió lindas horas de confidencias íntimas, a propósito de los viajes misioneros, relatados inteligentemente por el ex rabino, y en lo relativo a los hechos que se desarrollaban en Jerusalén, desde la muerte del hijo de Zebedeo, contados por Simón Pedro, con singular colorido.

Después de ser bien informado de la situación religiosa en Antioquía, el ex pescador agregaba:

–En Jerusalén, nuestras luchas son las mismas. De un lado la iglesia llena de necesitados, todos los días; de otro las persecuciones sin treguas. En el centro de todas las actividades, permanece Santiago con las más rígidas exigencias. A veces, me siento tentado a luchar para restablecer la libertad de los principios del Maestro; pero, ¿cómo proceder? Cuando la tempestad religiosa amenaza con destruir el patrimonio que conseguimos ofrecer a los afligidos del mundo, el farisaísmo tropieza con la observancia rigurosa del compañero y es obligado a paralizar la acción criminal, iniciada desde hace mucho tiempo. Al trabajar por suprimir su influencia, estaremos precipitando la institución de Jerusalén al abismo de la destrucción por las tormentas políticas de la gran ciudad. ¿Y el programa del Cristo? ¿Y los necesitados? ¿Sería justo que perjudicásemos a los más desfavorecidos por causa de un punto de vista personal?

Y ante la atención profunda de Pablo y Bernabé, el bondadoso compañero continuaba:

–Sabemos que Jesús no dejó una solución directa al problema de los incircuncisos, pero enseñó que no será por la carne que alcanzaremos el Reino, y sí por el razonamiento y por el corazón. Pero, conociendo la actuación del Evangelio en el alma popular, el farisaísmo autoritario no nos pierde de vista e intenta llevar a cabo todo lo posible para exterminar el árbol del Evangelio, que viene creciendo entre los sencillos y los pacíficos. Es indispensable, pues, todo el cuidado de nuestra parte, a fin de que no causemos perjuicios, de cualquier naturaleza, a la planta divina.

Los compañeros hacían amplios gestos de aprobación. Revelando su inmensa capacidad para orientar una idea y congraciar a los numerosos prosélitos en divergencia, Simón Pedro tenía una palabra adecuada para cada situación, un esclarecimiento justo para el problema más sencillo.

La comunidad antioqueña se regocijaba. Los gentiles no ocultaban el júbilo que les nutría el alma. El generoso Apóstol visitaba a

todos personalmente, sin distinción o preferencia. Anteponía siempre una buena sonrisa a las aprensiones de los amigos que recelaban de la alimentación "impura" y acostumbraba a preguntar dónde estaban las sustancias que no fuesen bendecidas por Dios. Pablo acompañaba sus pasos sin disimular su satisfacción íntima. En un loable esfuerzo para congraciar la comunidad, el Apóstol de los gentiles tomaba la iniciativa de llevarlo a todos los lugares donde hubiese hermanos perturbados por las ideas de circuncisión obligatoria. Se estableció, rápidamente, un notable movimiento de confianza y uniformidad de opinión. Todos los cofrades exultaban de alegría.

Pero, he ahí que llegan de Jerusalén tres emisarios de Santiago. Traen cartas para Simón, que los recibe con muchas demostraciones de estima. De ahí en adelante, se modifica el ambiente. El ex pescador de Cafarnaún, tan dado a la sencillez y a la independencia en Cristo Jesús, se retrae inmediatamente. Ya no atiende a las invitaciones de los incircuncisos. Las festividades íntimas y cariñosas, organizadas en su honor, ya no cuentan con su presencia alegre y amiga. En la iglesia, modificó sus más mínimas actitudes. Siempre en compañía de los mensajeros de Jerusalén, que nunca lo dejaban, parecía austero y triste, sin referirse jamás a la libertad que el Evangelio otorgaba a la conciencia humana.

Pablo observó la transformación, con profundo disgusto. Para su espíritu habituado, de modo irrestricto, a la libertad de opinión, el hecho era ofensivo y doloroso. Lo agravaba la circunstancia de partir justamente de un creyente como Simón, altamente catalogado y respetable en todos los sentidos. ¿Cómo interpretar aquel procedimiento en completo desacuerdo con lo que se esperaba? Ponderando la grandeza de su tarea junto a los gentiles, la menor pregunta de los amigos, sobre ese particular, lo dejaba confuso. En su pasión por las actitudes francas, no era de los trabajadores que consiguen esperar. Y después de dos semanas de expectación ansiosa, deseoso de proporcionar una satisfacción a los numerosos elementos incircuncisos de Antioquía, invitado a hablar en la tribuna para los compañeros, comenzó por exaltar la emancipación religiosa

del mundo, desde la venida de Jesucristo. Pasó revista a las generosas demostraciones que el Maestro había dado a los publicanos y a los pecadores. Pedro lo oía, asombrado con tanta erudición y recurso de hermenéutica para enseñar a los oyentes los principios más difíciles. Los mensajeros de Santiago estaban igualmente sorprendidos, la asamblea oía al orador atentamente.

En un momento dado, el tejedor de Tarso miró fijamente al Apóstol galileo y exclamó:

–Hermanos, defendiendo nuestro sentimiento de unificación en Jesús, no puedo disfrazar nuestro disgusto ante los últimos acontecimientos. Quiero referirme a la actitud de nuestro huésped muy amado, Simón Pedro, a quién deberíamos llamar "maestro" si ese título no le correspondiese de hecho y de derecho a nuestro Salvador. (1)

La sorpresa fue grande y el asombro general. El Apóstol de Jerusalén también estaba sorprendido, pero parecía muy calmado. Los emisarios de Santiago revelaban profundo malestar. Bernabé estaba lívido. Y Pablo proseguía altivo:

–Simón se ha personificado para nosotros como un ejemplo vivo. El Maestro nos lo dejó como la roca de fe inmortal. En su corazón generoso hemos depositado las más vastas esperanzas. ¿Cómo interpretar su procedimiento, apartándose de los hermanos incircuncisos, desde la llegada de los mensajeros de Jerusalén? Antes de eso, comparecía a nuestras íntimas veladas nocturnas, comía el pan de nuestras mesas. Si busco esclarecer así la cuestión, abiertamente, no es por el deseo de escandalizar a quien quiera que sea, sino porque solo creo en un Evangelio libre de todos los prejuicios erróneos del mundo, considerando que la palabra de Cristo no está encadenada a los intereses inferiores del sacerdocio, de cualquier naturaleza.

El ambiente se cargaba de nerviosismo. Los gentiles de Antioquía miraban al orador, enternecidos y agradecidos. Los simpatizan-

---

(1) Las observaciones de Pablo en la Epístola a los Gálatas (2:11–14) se refieren a un hecho anterior a la reunión de los discípulos. – (Nota de Emmanuel).

tes del farisaísmo, al contrario, no escondían su rencor, en vista de aquel coraje casi audaz. En ese instante, Bernabé tomó la palabra, mientras el orador hacía una pausa, y consideró:

–Pablo, soy de los que lamentan tu actitud en este paso. ¿Con qué derecho podrás atacar la vida pura del continuador de Jesucristo?

Eso, lo inquiría en un tono altamente conmovedor, con la voz embargada de lágrimas. Pablo y Pedro eran sus mejores y más queridos amigos.

Lejos de impresionarse con la pregunta, el orador respondió con la misma franqueza:

–Sí, tenemos un derecho: el de vivir con la verdad, el de abominar la hipocresía, y lo que es más sagrado, el de salvar el nombre de Simón de las arremetidas farisaicas, cuyas sinuosidades conozco, por constituir el báratro oscuro de donde pude salir hacia las claridades del Evangelio de la redención.

La exposición del ex rabino continuó ruda y franca. De cuando en cuando, Bernabé surgía con un aparte, tornando la contienda más reñida.

No obstante, en todo el curso de la discusión, la figura de Pedro era la más impresionante por su augusta serenidad reflejada en su semblante tranquilo.

En aquellos rápidos minutos, el Apóstol galileo consideró la sublimidad de su tarea en el campo de la batalla espiritual, por las victorias del Evangelio. De un lado estaba Santiago, cumpliendo una elevada misión junto al judaísmo; de sus actitudes conservadoras surgían incidentes felices para la manutención de la Iglesia de Jerusalén, erguida como punto inicial para la cristianización del mundo; de otro lado estaba la figura poderosa de Pablo, el amigo intrépido de los gentiles, en la ejecución de una tarea sublime; de sus actos heroicos, se derivaba todo un torrente de iluminación para los pueblos idólatras. ¿Cuál era el mayor compañero, a sus ojos, que había convivido con el Maestro y había recibido de él las más ele-

vadas lecciones? En aquella hora, el ex pescador rogó a Jesús que le concediese la inspiración necesaria para la fiel observancia de sus deberes. Sintió la espina de la misión clavada en pleno pecho, imposibilitado de justificarse con la sola intención de sus actos, a menos que provocase un escándalo mayor para la institución cristiana, que apenas amanecía en el mundo. Con los ojos húmedos, mientras Pablo y Bernabé se debatían, tuvo la impresión de ver nuevamente al Señor, en el día del Calvario. Nadie lo había comprendido. Ni siquiera los discípulos amados. Enseguida, le pareció verlo expirando en la cruz del martirio. Una fuerza oculta lo conducía a observar el madero con atención. La cruz de Cristo le parecía ahora, un símbolo de perfecto equilibrio. Una línea horizontal y una línea vertical, yuxtapuestas, formaban figuras absolutamente rectas. Sí, el instrumento del suplicio le enviaba un silencioso mensaje. Era preciso ser justo, sin parcialidad o falsa inclinación. El Maestro amó a todos, indistintamente. Repartió los bienes eternos con todas las criaturas. Para su mirada compasiva y magnánima, gentiles y judíos eran hermanos. Experimentaba, ahora, singular agudeza para examinar concienzudamente las circunstancias. Debía amar a Santiago por su cuidado generoso hacia los israelitas, así como a Pablo de Tarso por su extraordinaria dedicación a todos cuantos no conocían la idea del Dios justo.

El ex pescador de Cafarnaún notó que la mayoría de la asamblea le dirigía curiosas miradas. Los compañeros de Jerusalén dejaban percibir su cólera íntima, en la extrema palidez de sus rostros. Todos parecían convocarlo a la discusión. Bernabé tenía los ojos rojos de llorar y Pablo parecía cada vez más franco, condenando la hipocresía con su lógica fulminante. El Apóstol preferiría el silencio, para no perturbar la fe ardiente de cuantos se reunían en la iglesia junto a las luces del Evangelio; midió la extensión de su responsabilidad en aquel minuto inolvidable. Encolerizarse sería negar los valores del Cristo y perder sus obras; inclinarse hacia Santiago sería parcialidad; dar absoluta razón a los argumentos de Pablo, no sería justo. Procuró ordenar en la mente las enseñanzas del Maestro y recordó la inolvidable sentencia: –El que desease ser el mayor, que

fuese el servidor de todos. Ese precepto le proporcionó inmenso consuelo y gran fuerza espiritual.

La polémica estaba cada vez más encendida. Se radicalizaban las opiniones. La asamblea estaba llena de cuchicheos reprimidos. Era natural prever una franca explosión.

Simón Pedro se levantó. Su fisonomía estaba serena, pero los ojos estaban llenos de lágrimas que no llegaban a correr.

Valiéndose de una pausa larga, irguió su voz y enseguida se apaciguó el tumulto:

–¡Hermanos! –dijo, noblemente–. He errado mucho en este mundo. No es un secreto para nadie que llegué a negar al Maestro en el instante más doloroso del Evangelio. He medido la misericordia del Señor por la profundidad del abismo de mis flaquezas. Si erré entre los hermanos muy amados de Antioquía, pido perdón por mis faltas. Me someto a vuestro juicio y ruego a todos que se sometan a la aprobación del Altísimo.

La estupefacción fue general. Comprendiendo el efecto, el ex pescador concluyó la justificación diciendo:

–Reconocida la extensión de mis necesidades espirituales y recomendándome a vuestras plegarias, pasemos, hermanos, a los comentarios del Evangelio de hoy.

La asistencia estaba asombrada con el desenlace imprevisto. Se esperaba que Simón Pedro hiciese un extenso discurso en represalia. Nadie conseguía recobrarse de la sorpresa. El Evangelio debía ser comentado por el Apóstol galileo, mediante un acuerdo previo, pero el ex pescador, antes de sentarse de nuevo, exclamó muy sereno:

–Pido a nuestro hermano Pablo de Tarso el obsequio de consultar y comentar las anotaciones de Leví.

No obstante el constreñimiento natural, el ex rabino consideró el elevado alcance de aquel pedido, renovó en un ápice todos los sentimientos extremistas del corazón ardiente y, en una hermosa

improvisación, habló de la lectura de los pergaminos de la Buena Nueva.

La actitud ponderada de Simón Pedro salvó la iglesia naciente. Considerando los esfuerzos de Pablo y de Santiago, en su justo valor, evitó el escándalo y el tumulto en el recinto del santuario. A costa de su abnegación fraternal, el incidente pasó casi desapercibido en la historia de la cristiandad primitiva, y ni siquiera la leve referencia de Pablo en la epístola a los Gálatas, a despecho de la forma rígida de la expresión de aquel tiempo, puede dar una idea del inminente peligro de escándalo que estuvo sobre la institución cristiana, en aquel día memorable.

La reunión terminó sin nuevos roces. Simón se aproximó a Pablo y lo felicitó por la belleza y elocuencia del discurso. Se interesó por volver al incidente para comentarlo con referencias amistosas. El problema del gentilismo, decía él, merecía, de hecho, mucho interés. ¿Cómo desheredar de las luces de Cristo al que había nacido distante de las comunidades judaicas, si el propio Maestro afirmó que los discípulos llegarían del Occidente y del Oriente? La conversación suave y generosa volvió a aproximar a Pablo y Bernabé, mientras el ex pescador discurría intencionalmente, calmando los ánimos.

El ex doctor de la Ley continuó defendiendo su tesis con sólida argumentación. Constreñido al principio, en vista de la benevolencia del galileo, se expandió naturalmente, readquiriendo la serenidad íntima. El problema era complejo. Transportar el Evangelio para el judaísmo ¿no sería asfixiar sus posibilidades divinas? –preguntaba Pablo, afirmando sus puntos de vista. Pero, ¿y el esfuerzo milenario de los judíos? –interrogaba Pedro, advirtiendo que, a su manera de ver, si Jesús había afirmado su misión como el exacto cumplimiento de la Ley, no era posible apartar la nueva de la antigua revelación. Proceder de otro modo sería arrancar del tronco vigoroso el gajo aún verde, destinado a fructificar.

Examinando aquellos poderosos argumentos, Pablo de Tarso sugirió, entonces, que sería razonable promover en Jerusalén una asamblea de los correligionarios más dedicados, para ventilar

el asunto con mayor amplitud. Según creía, los resultados serían beneficiosos por presentar una norma justa de acción, sin margen para sofismas tan al gusto de los hábitos farisaicos.

Como alguien que se sintiese muy alegre por encontrar la clave de un problema difícil, Simón Pedro de buen grado dio su consentimiento a la propuesta, asegurando interesarse para que la reunión se hiciese cuanto antes. Íntimamente, consideró que sería una óptima oportunidad para que los discípulos de Antioquía observasen las crecientes dificultades en Jerusalén.

Por la noche, todos los hermanos comparecieron a la iglesia para las despedidas de Simón y para las oraciones habituales. Pedro oró con santificado fervor y la comunidad se sintió envuelta en benéficas vibraciones de paz.

El incidente dejó en todos, una u otra perplejidad, pero, las actitudes prudentes y afables del pescador consiguieron mantener la cohesión general en torno al Evangelio, para la continuación de las tareas santificantes.

Después de observar la plena reconciliación de Pablo y Bernabé, Simón Pedro regresó a Jerusalén con los mensajeros de Santiago.

En Antioquía, la situación continuó inestable. Las discusiones estériles proseguían abiertas. La influencia judaizante combatía a la gentilidad y los cristianos libres oponían resistencia formal al convencionalismo lleno de prejuicios. Pero, el ex rabino no descansaba. Convocó reuniones, en las cuales explicó las finalidades de la asamblea que Simón les había prometido celebrar en Jerusalén, en la primera oportunidad. Combatiente activo, multiplicó sus energías en la sustentación de la independencia del Cristianismo y prometió públicamente que traería cartas de la iglesia de los apóstoles galileos, que garantizasen la posición de los gentiles en la consoladora doctrina de Jesús, desestimándose las imposiciones absurdas, como en el caso de la circuncisión.

Sus alegatos y promesas encendían nuevas luchas. Los obser-

vadores rigurosos de los preceptos antiguos dudaban de semejantes concesiones por parte de Jerusalén.

Pablo no se desanimó. Íntimamente, ideaba su llegada a la iglesia de los Apóstoles, pasaba revista, en su imaginación sobreexcitada, a toda la poderosa argumentación a emplear, y se veía vencedor en la cuestión que se delineaba a sus ojos como de esencial importancia para el futuro del Evangelio. Procuraría mostrar la elevada capacidad de los gentiles para el servicio de Jesús. Contaría los éxitos obtenidos en la larga excursión de más de cuatro años, a través de las regiones pobres y casi desconocidas, donde la gentilidad había recibido las noticias del Maestro con intenso júbilo y comprensión mucho más elevada que la de sus hermanos de raza. Alargando los proyectos generosos, deliberó llevar en su compañía al joven Tito, que, aunque era oriundo de las filas paganas y no contaba aún con veinte años de edad, representaba en la iglesia de Antioquía una de las más lúcidas inteligencias al servicio del Señor. Desde la llegada de Tarso, Tito se había encariñado con él como un hermano generoso. Notando su índole laboriosa, Pablo le enseñó el oficio de tapicero y era él su sustituto en la humilde tienda, durante todo el tiempo que duró la primera misión. El joven sería un exponente del poder renovador del Evangelio. Ciertamente, cuando hablase en la reunión, sorprendería a los más doctos con sus argumentos de alto tenor exegético.

Acariciando esperanzas, Pablo de Tarso tomó todas las providencias para que el éxito de sus planes no fallase.

Cuatro meses después, un emisario de Jerusalén traía la esperada notificación de Pedro, referente a la asamblea. Coadyuvado por la laboriosidad de Bernabé, el ex rabino aceleró las providencias indispensables. En la víspera de la partida, subió a la tribuna y renovó la promesa de las concesiones esperadas por el gentilismo, insensible a la sonrisa irónica que algunos israelitas disfrazaban cautelosamente.

A la mañana siguiente, la pequeña caravana partió. La componían Pablo y Bernabé, Tito y dos hermanos más, que los acompañaban en carácter de auxiliares.

Hicieron un viaje lento, haciendo escala en todas las aldeas, para exponer las predicaciones de la Buena Nueva, diseminando curaciones y consuelos.

Después de muchos días, llegaron a Jerusalén, donde fueron recibidos por Simón con inmenso júbilo. En compañía de Juan, el generoso Apóstol les ofreció una fraternal acogida. Todos fueron acomodados en el departamento en el que se localizaban numerosos necesitados y enfermos. Pablo y Bernabé examinaron las modificaciones introducidas en la casa. Otros pabellones, si bien humildes, se extendían más allá, cubriendo un área no reducida.

–Los servicios aumentaron –explicaba Simón, bondadosamente–; los enfermos que nos tocan la puerta se multiplican todos los días. Fue necesario construir nuevas dependencias.

La hilera de catres parecía no tener fin. Inválidos y ancianos se distraían recibiendo los rayos del sol, entre los árboles amigos del terreno del fondo de la casa.

Pablo estaba admirado con la amplitud de las obras. Poco después, Santiago y otros compañeros venían a saludar a los hermanos de la institución antioquense. El ex rabino observó al Apóstol que comandaba las pretensiones del judaísmo. El hijo de Alfeo le parecía ahora, radicalmente transformado. Sus facciones eran las de un "maestro de Israel", con todas las características indefinibles de los hábitos farisaicos. No sonreía. Los ojos dejaban percibir una presunción de superioridad que rayaba en la indiferencia. Sus gestos eran medidos como los de un sacerdote del Templo, en los actos ceremoniales. El tejedor de Tarso sacó sus ilaciones íntimas y esperó a la noche cuando se iniciarían las discusiones preparatorias. Bajo la claridad de algunas antorchas, se sentaban alrededor de una extensa mesa diversos personajes que Pablo no conocía. Eran nuevos cooperadores de la Iglesia de Jerusalén, explicaba Pedro, con bondad. El ex rabino y Bernabé no tuvieron buena impresión a primera vista. Los desconocidos se asemejaban a figuras del Sanedrín, en su posición jerárquica y convencional.

Llegados al recinto, el convertido de Damasco experimentó su primera decepción. Observando que los representantes de Antioquía se hacían acompañar por un joven, Santiago se adelantó y preguntó:

–Hermanos, es justo que sepamos quién es este joven que traéis a este cenáculo discreto. Nuestra preocupación está fundamentada en los preceptos de la tradición que manda a examinar la procedencia de la juventud, a fin de que los servicios de Dios no sean perturbados.

–Este es nuestro valeroso colaborador de Antioquía –explicó Pablo, entre orgulloso y satisfecho–, se llama Tito y representa una de nuestras grandes esperanzas en la mies de Jesucristo.

El Apóstol lo miró sin sorpresa y volvió a preguntar:

–¿Es hijo del pueblo elegido?

–Es descendiente de gentiles –afirmó el ex rabino casi con altivez.

–¿Circuncidado? –interrogó el hijo de Alfeo celosamente.

–No.

Este no de Pablo, fue dicho con tal o cual enfado. Pues las exigencias de Santiago lo enervaron. Oyendo la negativa, el Apóstol galileo esclareció en tono firme:

–Pienso, entonces, que no será justo admitirlo en la asamblea, visto que no ha cumplido aún con todos los preceptos.

–Apelamos a Simón Pedro –dijo Pablo, convencido–. Tito es representante de nuestra comunidad.

El ex pescador de Cafarnaún estaba lívido. Colocado entre los dos grandes representantes, del judaísmo y de la gentilidad, tenía que decidir cristianamente el inesperado impase.

Como su intervención directa demorase algunos minutos, el tejedor tartense continuó:

–Además, la reunión deberá resolver estas cuestiones palpi-

tantes, a fin de que se establezcan los legítimos derechos de los gentiles.

Pero, Simón, conociendo a ambos contendientes se dio prisa en opinar, exclamando en tono conciliador:

–Sí, el asunto será objeto de nuestro atento examen en la asamblea. –Y dirigiendo intencionalmente la mirada al ex rabino, proseguía explicando–: Apelas a mí y acepto el recurso; no obstante, debemos estudiar la objeción de Santiago más detenidamente. Se trata de un jefe dedicado de esta casa y no sería justo despreciar sus servicios. De hecho, el concejo discutirá esos casos, pero eso significa que el asunto no está resuelto aún. Propongo, entonces, que el hermano Tito sea circuncidado mañana, para que participe en los debates con la inspiración superior que le conozco. Y tan solo con esa medida, los horizontes quedarán debidamente aclarados, para la tranquilidad de todos los discípulos del Evangelio.

La sutileza del argumento removió los obstáculos. Si no agradó a Pablo, satisfizo a la mayoría y, regresando el joven de Antioquía al interior de la casa, la asamblea comenzó por las discusiones preliminares. El ex rabino estaba taciturno y abatido. La actitud de Santiago, los nuevos elementos extraños al Evangelio, que tendrían que votar en la reunión, el gesto conciliador de Simón Pedro, lo disgustaban profundamente. Aquella imposición en el caso de Tito se le figuraba un crimen. Tenía ímpetus de regresar a Antioquía, acusar de hipócritas y "sepulcros blanqueados" a los hermanos judaizantes. Pero, ¿y las cartas de emancipación que había prometido a los compañeros de la gentilidad? ¿No sería más conveniente contener las susceptibilidades heridas por amor a los hermanos de ideal? ¿No sería más justo aguardar deliberaciones definitivas y humillarse? El recuerdo de que sus amigos contaban con sus promesas lo calmó. Profundamente contrariado, el convertido de Damasco acompañó atento los primeros debates. Las cuestiones iniciales daban idea de las grandes modificaciones que procuraban introducir en el Evangelio del Maestro.

Uno de los hermanos presentes llegaba a ponderar que los gentiles debían ser considerados como el "ganado" del pueblo de

Dios: bárbaros que era importante someter a la fuerza, a fin de ser empleados en los trabajos más pesados del pueblo escogido. Otro indagaba si los paganos eran semejantes a los demás hombres convertidos a Moisés o a Jesús. Un viejo de facciones rígidas llegaba a la insensatez de afirmar que el hombre solo llegaba a completarse después de ser circunciso. Al margen de la gentilidad, otros temas fútiles venían a propósito. Hubo quien señalase que la asamblea debía regular los deberes concernientes a los alimentos impuros, así como el proceso más adecuado para la ablución de las manos.

Santiago argumentaba y discurría con profundo conocimiento de todos los preceptos. Pedro oía, con gran serenidad. Nunca respondía cuando la tesis asumía el carácter de conversación, y aguardaba el momento oportuno para manifestarse. Solo tomó una actitud más enérgica, cuando uno de los componentes del concejo pidió que el Evangelio de Jesús fuese incorporado al libro de los profetas, quedando subordinado a la Ley de Moisés para todos los efectos. Fue la primera vez que Pablo de Tarso notó al ex pescador intransigente y casi rudo, explicando lo absurdo de semejante sugestión.

Los trabajos fueron paralizados a media noche en su fase de pura preparación. Santiago recogió los pergaminos con anotaciones, oró de rodillas y la asamblea se dispersó para realizar una nueva reunión al día siguiente.

Simón procuró la compañía de Pablo y Bernabé, para dirigirse a los aposentos de reposo.

El tejedor de Tarso estaba consternado. La circuncisión de Tito surgía ante él como una derrota de sus principios intransigentes. No se conformaba, haciéndole sentir al ex pescador la extensión de sus contrariedades.

–Pero ¿qué viene a ser una concesión tan pequeña –interrogaba el Apóstol de Cafarnaún, siempre afable– ante lo que pretendemos realizar? Necesitamos de un ambiente pacífico para esclarecer el problema de la obligatoriedad de la circuncisión. ¿No firmaste un compromiso con la gentilidad de Antioquía?

Pablo recordó la promesa que había hecho a los hermanos y concordó:

–Sí, es verdad.

–Reconozcamos, pues, la necesidad de mucha calma para llegar a las soluciones precisas. Las dificultades en ese sentido, no prevalecen tan solo en la iglesia antioqueña. Las comunidades de Cesárea, de Jope, así como las de otras regiones, se encuentran atormentadas por esos casos transcendentales. Bien sabemos que todas las ceremonias externas son de evidente inutilidad para el alma: pero, teniendo en cuenta los respetables principios del judaísmo, no podemos declarar la guerra a sus tradiciones, de un momento para otro. Será justo luchar con mucha prudencia sin ofender rudamente a nadie.

El ex rabino escuchó las amonestaciones del Apóstol y, recordando las luchas a las que él mismo había asistido en el ambiente farisaico, se puso a meditar silenciosamente.

Algunos pasos más y alcanzaron la sala transformada en dormitorio de Pedro y Juan. Entraron y mientras Bernabé y el hijo de Zebedeo se entregaban a una animada charla, Pablo se sentó al lado del ex pescador, sumergiéndose en profundos pensamientos.

Después de algunos instantes, el ex doctor de la Ley, saliendo de su abstracción, llamó a Pedro, susurrando:

–Me cuesta concordar con la circuncisión de Tito, pero no veo otro recurso.

Atraídos por aquella confesión, Bernabé y Juan se pusieron a oírlo también atentamente.

–Pero, inclinándome ante esa medida –continuó con total franqueza–, no puedo dejar de reconocer en el hecho una de las más altas demostraciones de fingimiento. Concordaré con algo que no acepto de ningún modo. Casi me arrepiento de haber asumido compromisos con nuestros amigos de Antioquía; no suponía que la política abominable de las sinagogas hubiese invadido totalmente a la iglesia de Jerusalén.

El hijo de Zebedeo fijó en el convertido de Damasco sus ojos muy lúcidos, mientras que Simón respondía serenamente:

–La situación es, de hecho, muy delicada. Principalmente después del sacrificio de algunos compañeros muy amados y serviciales, las dificultades religiosas en Jerusalén se multiplican todos los días.

Y vagando su mirada por el aposento, como si quisiese traducir fielmente su pensamiento, continuó:

–Cuando se agravó la situación, pensé en la posibilidad de trasladarme a otra comunidad; enseguida pensé en aceptar la lucha y reaccionar; pero, una noche, tan bella como esta, oraba en esta habitación, cuando percibí la presencia de alguien que se aproximaba muy despacio. Yo estaba de rodillas cuando la puerta se abrió con la misma sorpresa para mí. ¡Era el Maestro! Su rostro era el mismo de los hermosos días de Tiberíades. Me miró con gravedad y ternura, y habló: –"¡Pedro, atiende a los "hijos del Calvario", antes de pensar en tus caprichos!" La maravillosa visión duró un minuto, pero, inmediatamente, me puse a recordar a los viejitos, los necesitados, los ignorantes y enfermos que nos tocan en la puerta. El Señor me recomendaba que atendiese a los portadores de la cruz. Desde entonces, no deseé otra cosa que servirlos.

El Apóstol tenía los ojos llenos de lágrimas y Pablo se sentía bastante impresionado, pues recordaba que había oído la expresión "hijos del Calvario" de los labios espirituales de Abigail, cuando tuvo aquella gloriosa visión, en el silencio de la noche, al aproximarse a Tarso.

–En efecto, la lucha es muy grande –concordó el convertido de Damasco, pareciendo más tranquilo.

Y mostrándose convencido de la necesidad de examinar el realismo de la vida común, no obstante la belleza de las prodigiosas manifestaciones del plano invisible, volvió a decir:

–Pero, necesitamos encontrar un medio de liberar las verda-

des evangélicas del convencionalismo humano. ¿Cuál es la razón principal de la preponderancia farisaica en la iglesia de Jerusalén?

Simón Pedro esclareció sin vergüenza:

–Las mayores dificultades giran en torno a la cuestión económica. Esta casa alimenta a más de cien personas al día, además de los servicios de asistencia a los enfermos y a los desamparados. Para la manutención de los trabajos son indispensables mucho valor y mucha fe, porque las deudas contraídas con los abastecedores de la ciudad son inevitables.

–¿Pero los enfermos –interrogó Pablo, atento– no trabajan después de mejorados?

–Sí –explicó el Apóstol–, organicé labores de plantación para los restablecidos e imposibilitados para ausentarse enseguida de Jerusalén. Con eso, la casa no tiene necesidad de comprar hortalizas y frutas. En cuanto a los mejorados, van tomando las tareas de enfermeros de los más desfavorecidos de la salud. Esa medida permitió que pudiésemos dispensar a dos hombres remunerados, que nos ayudaban en la asistencia a los enfermos mentales incurables o de curación muy difícil. Como ves, estos detalles no fueron olvidados e incluso así la iglesia está cargada de gastos y deudas que solo la cooperación del judaísmo puede atenuar o deshacer.

Pablo comprendió que Pedro tenía razón. No obstante, ansioso por proporcionar la independencia a los esfuerzos de los hermanos de ideal, consideró:

–Advierto, entonces, que necesitamos instalar aquí elementos de trabajo que habiliten la casa para vivir de sus recursos propios. Los huérfanos, los ancianos y los hombres aprovechables podrán encontrar actividades además de las labores agrícolas y producir alguna cosa para la renta indispensable. Cada cual trabajaría de conformidad con sus propias fuerzas, bajo la dirección de hermanos más experimentados. La producción del servicio garantizaría la manutención general. Como sabemos, donde hay trabajo hay riqueza, y donde hay cooperación hay paz. Es el único recurso para emancipar

la iglesia de Jerusalén de las imposiciones del farisaísmo, cuyas artimañas conozco desde el principio de mi vida.

Pedro y Juan estaban maravillados. La idea de Pablo era excelente. Venía a resolver sus preocupaciones ansiosas, por las dificultades que parecían no tener fin.

–El proyecto es extraordinario –dijo Pedro– y vendría a resolver grandes problemas de nuestra vida.

El hijo de Zebedeo, que tenía los ojos radiantes de júbilo, atacó, por su parte, el asunto, objetando:

–Pero, ¿y el dinero? ¡¿Dónde encontrar los fondos indispensables para la grandiosa empresa?!...

El ex rabino entró en profunda meditación y aclaró:

–El Maestro auxiliará nuestros buenos propósitos. Bernabé y yo emprendimos una larga gira de trabajo al servicio del Evangelio y siempre vivimos, en todo su transcurso a expensas de nuestro trabajo. Él, como alfarero y yo como tejedor, realizando actividades provisionales en los lugares donde pasamos. Realizada la primera experiencia, podríamos volver ahora a las mismas regiones y visitar otras, pidiendo recursos para la iglesia de Jerusalén. Probaríamos nuestro desinterés personal, viviendo a costa de nuestro esfuerzo y recogeríamos las dádivas por todas partes, conscientes de que, si hemos trabajado por el Cristo, será justo también que pidamos por amor al Cristo. La recolecta vendría a establecer la libertad del Evangelio en Jerusalén, porque representaría el material indispensable para edificaciones definitivas en el plano del trabajo remunerador.

Estaba esbozado, así, el programa al que el generoso Apóstol de la gentilidad habría de someterse por el resto de sus días. En su desempeño tendría que sufrir las más crueles acusaciones; pero, en el santuario de su corazón devoto y sincero, Pablo, a la par con los grandiosos servicios apostólicos, llevaría la colecta a favor de Jerusalén, hasta el fin de su existencia terrestre.

Oyendo sus planes, Simón se levantó y lo abrazó diciendo conmovido:

–Sí, mi amigo, no fue en vano que Jesús te buscó personalmente a las puertas de Damasco.

Hecho poco común en su vida, Pablo tenía los ojos llenos de lágrimas. Miró al ex pescador de modo significativo, considerando íntimamente sus deudas de gratitud al Salvador, y dijo:

–No haré otra cosa que cumplir con mi deber. Nunca podré olvidar que Esteban salió de los catres de esta casa, los cuales ya me sirvieron a mí también.

Todos estaban extremadamente sensibilizados. Bernabé comentó la idea con entusiasmo y enriqueció el plan con numerosos pormenores.

Esa noche, los dedicados discípulos de Cristo soñaron con la independencia del Evangelio en Jerusalén; con la emancipación de la iglesia, exenta de las absurdas imposiciones de la sinagoga.

Al día siguiente se procedió solemnemente a la circuncisión de Tito, bajo la dirección cuidadosa de Santiago y con profunda repugnancia de Pablo de Tarso.

Las asambleas nocturnas continuaron por más de una semana. En las primeras noches, preparando el terreno para abogar abiertamente por la causa de la gentilidad, el ex pescador de Cafarnaún solicitó a los representantes de Antioquía que expusieran la impresión de las visitas a los paganos de Chipre, Panfilia, Pisidia y Licaonia. Pablo, profundamente contrariado con las exigencias aplicadas a Tito, pidió a Bernabé que hablase en su nombre.

El ex levita de Chipre hizo un extenso relato de todos los acontecimientos, provocando inmensa sorpresa a cuantos oían las referencias al extraordinario poder del Evangelio, entre aquellos que aún no habían abrazado una creencia pura. Enseguida, atendiendo también a las observaciones de Pablo, Tito habló profundamente conmovido con la interpretación de las enseñanzas de Cristo y mostrando poseer hermosos dones de profecía, haciéndose admirar por Santiago, que lo abrazó más de una vez.

Al término de los trabajos, se discutía aún sobre la obligato-

riedad de la circuncisión para los gentiles. El ex rabino seguía los debates, silencioso, admirando el poder de resistencia y tolerancia de Simón Pedro.

Cuando el ex pescador reconoció que las divergencias proseguirían indefinidamente, se levantó y pidió la palabra, haciendo la generosa y sabia exhortación de la que los *Hechos de los Apóstoles* (15:7–11) da noticia:

–Hermanos –comenzó Pedro, enérgico y sereno–, bien sabéis que, desde hace mucho tiempo, Dios nos eligió para que los gentiles oyesen las verdades del Evangelio y creyesen en su Reino. El Padre, que conoce los corazones, dio a los circuncisos y a los incircuncisos la palabra del Espíritu Santo. En el día glorioso del Pentecostés las voces hablaron en la plaza pública de Jerusalén, para los hijos de Israel y de los paganos. El Todopoderoso determinó que las verdades fuesen anunciadas indistintamente. Jesús afirmó que los cooperadores del Reino llegarían del Oriente y del Occidente. No comprendo tantas controversias, cuando la situación es tan clara ante nuestros ojos. El Maestro ejemplificó la necesidad de armonización constante: conversaba con los doctores del Templo; frecuentaba la casa de los publicanos; tenía expresión de buen ánimo para todos los que estropeaban la esperanza; aceptó el último suplicio entre los ladrones. ¿Por qué motivo debemos guardar la pretensión de aislar a aquellos que sienten una mayor necesidad? Otro argumento que no debemos olvidar es el de la llegada del Evangelio al mundo, cuando ya poseíamos la Ley. Si el Maestro nos lo trajo, amorosamente, con los más pesados sacrificios, ¿sería justo que nos enclaustráramos en las tradiciones convencionales, olvidando el campo de trabajo? ¿No mandó el Cristo que predicásemos la Buena Nueva a todas las naciones? Claro que no podemos despreciar el patrimonio de los israelitas. Tenemos que amar en los hijos de la Ley, que somos nosotros, la expresión de profundos sufrimientos y de elevadas experiencias que nos llegan al corazón a través de cuantos precedieron al Cristo en la tarea milenaria de preservar la fe en el Dios único; pero ese reconocimiento debe inclinar nuestra alma para llevar a

cabo el esfuerzo en la redención de todas las criaturas. Abandonar a los gentiles a su propia suerte sería crear un duro cautiverio, en vez de practicar aquel amor que apaga todos los pecados. Es por el hecho de comprender mucho a los judíos y de estimar mucho los preceptos divinos, que precisamos establecer la mejor fraternidad con el gentil, convirtiéndolo en elemento de fructificación divina. Creemos que Dios nos purifica el corazón por la fe y no por las ordenanzas del mundo. Si hoy rendimos gracias por el triunfo glorioso del Evangelio, que instituyó nuestra libertad, ¿cómo imponer a los nuevos discípulos un yugo que, íntimamente no podemos soportar? Supongo, entonces, que la circuncisión no deba constituir un acto obligatorio para cuantos se conviertan al amor de Jesucristo, y creo que solo nos salvaremos por el favor divino del Maestro, extendido generosamente a nosotros y a ellos también.

La palabra del Apóstol cayó sobre las opiniones enardecidas como un fuerte chorro de agua fría. Pablo estaba radiante, mientras que Santiago no conseguía ocultar su contrariedad.

La exhortación del ex pescador daba margen a numerosas interpretaciones; se hablaba sobre el respeto amoroso a los judíos, se refería también a un yugo que no podía soportar. Sin embargo, nadie osó negar su prudencia y buen sentido indudables.

Terminada la oración, Pedro rogó a Pablo que hablase de sus impresiones personales sobre los gentiles. Más esperanzado, el ex rabino tomó la palabra por primera vez, en el concejo, e invitando a Bernabé al comentario general, ambos apelaron para que la asamblea concediese la necesaria independencia a los paganos, en lo que se refería a la circuncisión.

Había en todo, ahora, una nota de satisfacción general. Las observaciones de Pedro calaron profundamente en todos los compañeros. Fue entonces cuando Santiago tomó la palabra, y, viéndose casi solo en su punto de vista, esclareció que Simón había sido muy bien inspirado en su apelación; pero pidió tres enmiendas para que la situación quedase bien aclarada. Los paganos quedaban exentos de la circuncisión, pero debían asumir el compromiso de huir de la

idolatría, evitar la lujuria y abstenerse de ingerir carnes de animales asfixiados.

El Apóstol de los gentiles estaba satisfecho. Había sido removido el mayor obstáculo.

Al día siguiente los trabajos fueron cerrados, labrándose las resoluciones en pergamino. Pedro providenció para que cada hermano llevase consigo una carta, como prueba de las deliberaciones, en virtud de la solicitud de Pablo, que deseaba exhibir el documento como un mensaje de emancipación de la gentilidad.

Interpelado por el ex pescador, cuando se hallaban a solas, sobre las impresiones personales de los trabajos, el ex doctor de Jerusalén opinó con una sonrisa:

–En general, estoy satisfecho. Quedó resuelto el más difícil de los problemas. La obligatoriedad de la circuncisión para los gentiles representaba un crimen a mis ojos. En cuanto a las enmiendas de Santiago, no me impresionan, por cuanto la idolatría y la lujuria son actos detestables para la vida particular de cada uno; y, en cuanto a las comidas, supongo que todo cristiano podrá comer como mejor le parezca, siempre que los excesos sean evitados.

Pedro sonrió y explicó al ex rabino sus nuevos planes. Comentó, lleno de esperanza, la idea de la colecta general a favor de la iglesia de Jerusalén, y, dando muestras de su peculiar prudencia, habló preocupado:

–Tu proyecto de excursión y propaganda de la Buena Nueva, procurando recaudar algunos recursos para la solución de nuestros más serios encargos, me causa justa satisfacción; pero, vengo reflexionando en la situación de la iglesia antioqueña. Por lo que pude observar, concluyo que la institución necesita de dedicados servidores que se alternen en los trabajos constantes de cada día. Tu ausencia y además la de Bernabé, traerá dificultades, en caso de que no tomemos las medidas necesarias. Es por eso que te ofrezco la cooperación de dos compañeros cumplidores que me han reemplazado aquí en las tareas más pesadas. Se trata de Silas y Barsabás, dos discípulos amigos de los gentiles y de los principios liberales. De

vez en cuando entran en desacuerdo con Santiago, como es natural, y, según creo, serán óptimos auxiliares de tu programa.

Pablo vio en la recomendación la providencia que deseaba. Junto a Bernabé, que participaba de la conversación, agradeció al ex pescador, profundamente sensibilizado. La iglesia de Antioquía tendría los recursos necesarios que los trabajos evangélicos requerían. La medida propuesta le era muy grata, incluso porque, desde que le conoció tuvo por Silas una gran simpatía, presumiendo en él a un compañero leal, expedito y dedicado.

Los misioneros de Antioquía permanecieron aún durante tres días en la ciudad, después de la clausura del concejo, tiempo ese en el que Bernabé aprovechó para descansar en casa de la hermana. Pero, Pablo declinó la invitación de María Marcos y permaneció en la iglesia, estudiando la situación futura, en compañía de Simón Pedro y de los dos nuevos colaboradores.

En una atmósfera de gran armonía, los trabajadores del Evangelio versaron sobre todos los requisitos del proyecto.

Hecho digno de nota fue la reclusión de Pablo, junto a los apóstoles galileos, sin salir jamás a la calle, para no entrar en contacto con el escenario vivo de su pasado tumultuoso.

Finalmente, con todo listo y ajustado, la misión se dispuso a regresar. Había en todas las fisonomías una señal de gratitud y de esperanza santificada en los días venideros. No obstante, se verificó un detalle curioso, que es indispensable destacar. Solicitado por la hermana, Bernabé se dispuso a aceptar la contribución de Juan Marcos, en una nueva tentativa de adaptación al servicio del Evangelio. Considerando la buena intención con la que había accedido a los pedidos de la hermana, el ex levita de Chipre creyó innecesario consultar al compañero de esfuerzos comunes. Pero, Pablo no se molestó. Acogió la resolución de Bernabé, un tanto admirado, abrazó al joven afectuosamente y esperó a que el discípulo de Pedro se pronunciase, en cuanto al futuro.

El grupo, acrecentado por Silas, Barsabás y Juan Marcos, se

puso en camino hacia Antioquía, con las mejores disposiciones de armonía.

Alternándose en la tarea de la predicación de las verdades eternas, anunciaban el Reino de Dios y hacían curaciones por donde pasaban.

Llegados a destino, con grandes manifestaciones de júbilo de la gentilidad, organizaron el plan previsto para darle inmediata eficiencia. Pablo expuso el propósito de regresar a las comunidades cristianas ya fundadas, extendiendo la gira de trabajo evangélica por otras regiones donde el Cristianismo no fuese conocido. El plan mereció la aprobación general. La institución antioqueña quedaría con la cooperación directa de Barsabás y Silas, los dos dedicados compañeros que, hasta allí, habían constituido dos fuertes columnas de trabajo en Jerusalén.

Presentado el relato verbal de los esfuerzos en perspectiva, Pablo y Bernabé entraron a resolver las últimas disposiciones particulares.

–Ahora –dijo el ex levita de Chipre–, espero que estés de acuerdo con lo que resolví sobre Juan.

–¿Juan Marcos? –interrogó Pablo, admirado.

–Sí, deseo llevarlo con nosotros, a fin de entusiasmarlo con la tarea.

El ex rabino frunció el ceño en un gesto muy típico suyo, cuando estaba contrariado, y exclamó:

–No estoy de acuerdo; tu sobrino es muy joven aún para el cometido.

–Pero, prometí a mi hermana acogerlo en nuestras labores.

–No puede ser.

Se estableció entre los dos una contienda de palabras, en la cual Bernabé dejaba percibir su descontento. El ex rabino trataba de justificarse, mientras que el discípulo de Pedro alegaba el compro-

miso asumido e impugnaba, con una cierta amargura la actitud del compañero. Pero, el ex doctor no se dejó convencer. La readmisión de Juan Marcos, decía, no era justa. Podría fallar de nuevo, huir de los compromisos asumidos, despreciar la oportunidad del sacrificio. Recordaba las persecuciones de Antioquía de Pisidia, las enfermedades inevitables, los dolores morales experimentados en Iconio, el apedreamiento cruel de Listra. ¿Acaso estaría preparado el joven, en tan poco tiempo, para comprender el alcance de todos esos acontecimientos, en los que el alma era compelida a regocijarse con el testimonio?

Bernabé estaba afligido y con los ojos llenos de lágrimas.

–A fin de cuentas, dijo en tono conmovedor, ninguno de esos argumentos me convence ni me esclarece, en sana conciencia. En primer lugar, no veo por qué deshacer nuestros lazos afectivos…

El ex rabino no lo dejó terminar y concluyó:

–Eso nunca. Nuestra amistad está muy por encima de estas circunstancias. Nuestros lazos son sagrados.

–Pues bien –afirmó Bernabé–, ¿cómo interpretar entonces tu rechazo? ¿Por qué habríamos de negar al joven una nueva experiencia de trabajo regenerador? ¿No será una falta de caridad despreciar una oportunidad tal vez providencial?

Pablo fijó su mirada en el amigo y agregó:

–Mi intuición, en ese sentido, es diferente de la tuya. Casi siempre, Bernabé, la amistad a Dios es incompatible con la amistad al mundo. Elevándonos para la ejecución fiel del deber, las nociones del mundo se levantan contra nosotros. Parecemos malos e ingratos. Pero, óyeme: nadie encontrará cerradas las puertas de la oportunidad, porque es el Todopoderoso quien nos las abre. La ocasión es la misma para todos, pero los campos deben ser diferentes. En el trabajo propiamente humano, las experiencias pueden ser renovadas todos los días. Eso es justo. Pero considero que, en el servicio del Padre, si interrumpimos la tarea comenzada, es señal de

que aún no tenemos todas las experiencias indispensables para el hombre completo. Si la persona no sabe aún todas las nociones más nobles, relativas a su vida y deberes terrestres, ¿cómo consagrarse con éxito al servicio divino? Naturalmente que no podemos evaluar si éste o aquél, ya terminó el curso de sus demostraciones humanas y que, de hoy en adelante, esté apto para el servicio del Evangelio, porque, en este particular, cada uno se revelará por sí mismo. Creo que tu sobrino alcanzará esa posición, con algunas luchas más. No obstante, somos forzados a considerar que no vamos a intentar una experiencia, sino un testimonio. ¿Comprendes la diferencia?

Bernabé comprendió el inmenso alcance de aquellas razones concisas, irrefutables, y se calló para decir un momento después:

–Tienes razón. Por tanto, esta vez no podré ir contigo.

Pablo sintió toda la tristeza que se desprendía de aquellas palabras y, después de meditar largo tiempo, afirmó:

–No nos entristezcamos. Estoy pensando en la posibilidad de tu partida con Juan Marcos, para Chipre. Él encontraría allí, un campo adecuado para los trabajos que le son necesarios y, al mismo tiempo, cuidaría de la organización que fundamos en la isla. Dentro de ese plan, continuaríamos en una cooperación perfecta, incluso en lo que se refiere a la colecta para la iglesia de Jerusalén. Es innecesario resaltar la utilidad de tu presencia en Nea Pafos y Salamina. En cuanto a mí, tomaría a Silas, internándome por Tauro, y la iglesia de Antioquía quedará con la cooperación de Barsabás y Tito.

Bernabé se puso muy contento. El proyecto le pareció admirable. Pablo continuaba a sus ojos, como el compañero de las soluciones oportunas.

Y dentro de pocos días, salieron rumbo a Chipre, donde serviría a Jesús hasta que partiese, más tarde, para Roma. Bernabé fue con el sobrino para Seleucia, después de abrazarse, él y Pablo, como dos hermanos muy amados, que el Maestro llamaba a diferentes destinos.

VI

Peregrinaciones y sacrificios

En compañía de Silas, que se armonizaba con sus aspiraciones de trabajo, el ex rabino partió de Antioquía, internándose por las montañas y alcanzando su ciudad natal, después de enormes dificultades. En breve, el compañero indicado por Simón Pedro se habituaba con su método de trabajo. Silas era de un temperamento pacífico, que se enriquecía de notables cualidades espirituales por su devoción integral al Divino Maestro. Pablo, por su parte, estaba plenamente satisfecho con su colaboración. Recorriendo largos e impenetrables caminos, se alimentaban con parquedad, casi solo de frutas silvestres encontradas eventualmente. Sin embargo, el discípulo de Jerusalén revelaba una alegría uniforme en todas las circunstancias.

Antes de alcanzar Tarso, predicaron la Buena Nueva en el curso mismo del viaje. Soldados romanos, esclavos misérrimos, expedicionarios humildes, recibieron de sus labios las consoladoras noticias de Jesús. Y no pocos escribieron a prisa una que otra de las anotaciones de Leví, prefiriendo las que más se ajustaban a su caso particular. Por ese proceso, el Evangelio se difundía cada vez más, hinchiendo de esperanzas los corazones.

En la ciudad de su cuna, más señor de sus convicciones, el tejedor que se había consagrado a Jesús esparció a manos llenas los júbilos del Evangelio de la Redención. Muchos admiraron al coterráneo, cada vez más singularmente transformado; otros prosiguieron en la tarea ingrata de la ironía y del lamentable olvido de sí mismos. No obstante, Pablo se sentía fuerte en la fe, como nunca.

Estuvo ante la vieja casa en la que nació, volvió a ver el sitio ameno donde jugó en los primeros tiempos de la infancia; contempló el campo de deportes donde guió su carruaje romano; pero exhumó los recuerdos sin sufrir su influencia depresiva, porque todos los entregaba al Cristo como patrimonio en cuya posesión podría entrar más tarde, cuando hubiese cumplido su divino mandato.

Después de una breve permanencia en la capital de Cilicia, Pablo y Silas procuraron alcanzar las cumbres del Tauro, emprendiendo una nueva etapa de la ruda peregrinación que comenzaba.

Noches a la intemperie, numerosos sacrificios, amenazas de malhechores, peligros sin número… fueron enfrentados por los misioneros que, todas las noches, entregaban al Divino Maestro los resultados de la cosecha y, por la mañana, rogaban a su misericordia para que no les faltase la valiosa oportunidad del trabajo, por más dura que fuese la tarea diaria.

Llenos de esa confianza activa, llegaron a Derbe, donde el ex rabino abrazó conmovedoramente a los amigos que llegó a hacer allí, después de la dolorosa convalecencia, a raíz de la primera excursión.

El Evangelio continuaba extendiendo su rayo de acción en todos los sectores. Profundamente sensibilizado, el convertido de Damasco, en el desdoblamiento natural del servicio, comenzó a obtener noticias de la acción de Timoteo, el joven hijo de Eunice, que, por lo que le informaban, había sabido enriquecer, de manera prodigiosa, los conocimientos adquiridos. La pequeña cristiandad de Derbe ya le debía grandes beneficios. Una vez más, el nuevo discípulo había acudido allí en misiones activas. Diseminaba curaciones y consolaciones. Su nombre era bendecido por todos. Lleno de júbilo, después del término de sus tareas en aquella pequeña ciudad, el ex rabino se dirigió a Listra, con cariñosa ansiedad.

Loide lo recibió, al igual que a Silas, con la misma satisfacción de la primera vez. Todos querían noticias de Bernabé, que Pablo no dejaba de suministrar, solícito y placentero. En la tarde de ese día,

el convertido de Damasco abrazó a Timoteo con inmensa alegría que emanaba de su alma. El joven llegaba de la faena diaria junto a los rebaños. En pocos minutos, Pablo conocía la extensión de sus progresos y conquistas espirituales. La comunidad de Listra estaba rica de gracias. El joven cristiano había conseguido la renovación de mucha gente: dos judíos de los más influyentes en la administración pública, destacados entre los que promovieron la lapidación del Apóstol, eran ahora seguidores fieles de la doctrina del Cristo. Se cuidaba de la construcción de una iglesia, donde los enfermos fuesen amparados y los niños abandonados encontrasen un nido acogedor. Pablo se regocijó.

Aquella misma noche, hubo en Listra una gran asamblea. El Apóstol de los gentiles encontró una atmósfera cariñosa, que le prodigaba gran consuelo. Expuso el objetivo de su viaje, revelando sus preocupaciones por la difusión del Evangelio y agregando el asunto pertinente a la iglesia de Jerusalén. Como en Derbe, todos los compañeros contribuyeron con lo posible. Pablo no cabía en sí de contento, observando el triunfo tangible del esfuerzo de Timoteo con las clases populares.

Aprovechando su paso por Listra, la bondadosa Loide le informó confidencialmente de sus necesidades particulares. Ella y Eunice tenían parientes en Grecia, por parte del padre de su nieto, los cuales reclamaban su presencia personal, a fin de que no les faltasen los socorros afectuosos. Los recursos que les restaban en Listra, estaban a punto de agotarse. Por otro lado, deseaba que Timoteo se consagrase al servicio de Jesús, iluminando el corazón y la inteligencia. La generosa anciana y la hija proyectaban, entonces, su mudanza definitiva y consultaban al Apóstol sobre la posibilidad de aceptar la compañía del joven, por lo menos durante algún tiempo, no solo para que él adquiriese nuevos valores en el terreno de la práctica, sino porque eso facilitaría el traslado de todos para un lugar tan distante.

Pablo accedió de buen grado. Aceptaría la cooperación de Timoteo con sincero placer. Por su parte, el joven, conociendo la

decisión, no sabía como traducir su profundo reconocimiento, con transportes de alegría.

Días antes de la partida, Silas entró prudentemente en el asunto y preguntó al Apóstol si no sería buena idea operar la circuncisión del joven, con la finalidad de que el judaísmo no perturbase las labores apostólicas. En apoyo de su argumentación, invocaba los obstáculos y luchas acerbas de Jerusalén. Pablo meditó bastante, recordó la necesidad de esparcir el Evangelio sin escándalo para nadie, y accedió con la medida sugerida. Timoteo tendría que predicar públicamente. Conviviría con los gentiles, pero, mayormente, con los israelitas, señores de las sinagogas y de otros centros donde la religión era ministrada al pueblo. Era justo reflexionar en la providencia para que el joven no fuese incomodado en su compañía.

El hijo de Eunice obedeció sin titubeos. En pocos días, despidiéndose de los hermanos y de las generosas mujeres que se quedaban llorando al darles los votos de paz en Dios, los misioneros se dirigieron a Iconio, llenos de indómito valor y del firme propósito de servir a Jesús.

En el espíritu amoroso de predicación y fraternidad, dilatando el poder del Evangelio redentor sobre las almas y sin olvidar jamás el auxilio a la iglesia de Jerusalén, los discípulos visitaron todas las pequeñas aldeas de la Galacia, demorándose algún tiempo en Antioquía de Pisidia, donde trabajaron de algún modo, para mantenerse a sí mismos.

Pablo estaba satisfechísimo. Sus esfuerzos, en compañía de Bernabé, no habían sido improductivos. En los lugares más remotos, cuando menos lo esperaba, he ahí que surgían noticias de las iglesias fundadas anteriormente. Eran beneficios a necesitados, mejoras o curaciones de enfermos, consolaciones a los que se encontraban en extrema desesperación. El Apóstol experimentaba el júbilo del sembrador que observa las primeras flores, con radiantes promesas del campo.

Los emisarios de la Buena Nueva atravesaron Frigia y Galacia

sin persecuciones de gran envergadura. El nombre de Jesús era pronunciado ahora con más respeto.

El ex rabino continuaba en franca actividad para llevar a cabo la difusión del Evangelio en Asia, cuando, una noche, después de las oraciones habituales, oyó una voz que le decía con amoroso acento:

–¡Pablo, sigamos adelante!... ¡Llevemos la luz del Cielo a otras sombras; otros hermanos te esperan en el camino infinito!...

Era Esteban, el amigo de todos los tiempos, que, representando al Divino Maestro junto al Apóstol de los gentiles, lo concitaba a la siembra en otros rumbos.

El valeroso emisario de las verdades eternas comprendió que el Señor le reservaba nuevos campos a desbravar. Al día siguiente, informando a Silas y Timoteo de lo sucedido, concluía inspirado:

–Estoy seguro de que el Maestro me llama a nuevas tareas. Es justo. Además, reconozco que estas regiones ya recibieron la simiente divina.

Y afirmaba después de hacer una pausa:

–Esta vez, ya no encontramos muchas dificultades. Antes, con Bernabé, sufrimos las expulsiones, la cárcel, los azotes, el apedreamiento… Pero, ahora, nada de eso aconteció. Quiere decir que por aquí ya existen bases seguras para la victoria del Cristo. Por lo tanto, es preciso caminar hacia donde se encuentren los obstáculos y vencerlos, para que el Maestro sea conocido y glorificado, pues nosotros estamos en una batalla y es necesario no despreciar los frentes.

Los dos discípulos lo oyeron y procuraron meditar en la grandeza de semejantes conceptos.

Transcurrida una semana, se fueron a pie, dirigiéndose a Misia. Pero, intuitivamente, Pablo percibió que no sería allí el nuevo campo de operaciones. Pensó en dirigirse para Bitinia, pero la voz que el generoso Apóstol interpretaba como la del "Espíritu de Jesús" (1), le sugirió la alteración del trayecto, induciéndolo a descender

(1) Hechos, 16:7. – *(Nota de Emmanuel).*

a Troade. Llegados al punto de destino, se acogieron cansadísimos, en una hospedería modesta. Y Pablo, en una visión significativa del espíritu, vio a un hombre de Macedonia, que identificó por el vestuario característico, que le hacía señas y exclamaba: –"¡Ven y ayúdanos!" El ex doctor interpretó el hecho como una orden de Jesús, indicándole sus nuevas tareas. Informó a los compañeros enseguida por la mañana, no sin ponderar la extrema dificultad del viaje por mar al estar faltos de recursos económicos.

–Pero, –concluía– creo que el Maestro nos proveerá de lo necesario.

Silas y Timoteo se callaron, respetuosos.

Saliendo a la calle llena de sol, por la mañana, he ahí que el Apóstol fija su mirada en una casa de comercio y se dirige para allá con ansiosa alegría. Era Lucas, que parecía estar haciendo compras.

El ex rabino se aproximó con los discípulos, y le tocó cariñosamente en el hombro.

–¿Tú por aquí? –dijo Pablo, con una gran sonrisa.

Se abrazaron alegremente. El predicador del Evangelio presentó el médico a los nuevos compañeros, hablándole de los objetivos de su excursión por aquellos parajes. Lucas, por su parte, explicó, que hacía dos años que estaba encargado de los servicios médicos, a bordo de una gran embarcación que estaba fondeada allí, en tránsito para Samotracia.

Pablo recibió la información con profundo interés. Muy impresionado con el encuentro, le dio a conocer la revelación auditiva del derrotero a seguir, así como la videncia de la víspera.

Y convencido de la asistencia del Maestro en aquel instante, hablaba con seguridad:

–Estoy seguro de que el Señor nos envía los recursos necesarios en tu persona. Precisamos trasladarnos a Macedonia, pero estamos sin dinero.

–En cuanto a eso –respondió Lucas, con franqueza–, no te

preocupes. Pues si no tengo fortuna, tengo cuentas a cobrar. Seremos compañeros de viaje y lo pagaré todo con mucha satisfacción.

La conversación prosiguió animada, relatando el antiguo huésped de Antioquía sus conquistas para Jesús. En sus viajes, había aprovechado todas las oportunidades en pro del Evangelio, trasmitiendo a cuantos se le aproximaban los tesoros de la Buena Nueva. Cuando contó que estaba solo en el mundo, con la partida de la progenitora para la esfera espiritual, Pablo le hizo una nueva observación, afirmando:

–Mira, Lucas, si te encuentras sin compromisos inmediatos, ¿por qué no te dedicas enteramente a los trabajos del Divino Maestro?

La pregunta produjo una cierta emoción en el médico, como si valiese por una revelación. Pasada la sorpresa, Lucas agregó, un tanto indeciso:

–Sí, pero hay que considerar los deberes de la profesión…

–Pero, ¿quién fue Jesús sino el Médico Divino del mundo entero? Hasta ahora has curado cuerpos, que, de cualquier modo, tarde o temprano han de perecer. ¿Tratar del espíritu no sería un esfuerzo más justo? Con eso no quiero decir que se deba despreciar la medicina propia del mundo; no obstante, esa tarea quedaría para aquellos que no poseen aún los valores espirituales que traes contigo. Siempre creí que la medicina del cuerpo es un conjunto de experiencias sagradas de las que el hombre no podrá prescindir, hasta que se resuelva a hacer la experiencia divina e inmutable, de la curación espiritual.

Lucas meditó seriamente en esas palabras y contestó:

–Tienes razón.

–¿Quieres cooperar con nosotros en la evangelización de Macedonia? –interrogó el ex rabino sintiéndose triunfante.

–Iré contigo –concluyó Lucas.

Entre los cuatro discípulos de Cristo hubo enorme júbilo.

Al día siguiente, la misión navegaba para Samotracia. Lucas se explicó como pudo, solicitando al comando el permiso para apartarse por un año de los servicios a su cargo. Y como presentó un substituto, consiguió con facilidad lo que quería.

A bordo, como hacía en todas partes, Pablo aprovechó todas las oportunidades para la prédica. Los menores detalles eran grandes temas evangélicos en su raciocinio superior. El propio comandante romano, de buen carácter, se entregaba placenteramente al gusto de oírlo.

Fue en esos viajes cuando Pablo de Tarso entabló relaciones con un gran círculo de simpatizantes del Evangelio, conquistando numerosos amigos, citados en las futuras epístolas.

Desembarcando, los misioneros, enriquecidos con la cooperación de Lucas, descansaron dos días en Neápolis, dirigiéndose enseguida hacia Filipo. Casi a las puertas de la ciudad, Pablo sugirió que Lucas y Timoteo se dirigiesen, por otros caminos, para Tesalónica, donde los cuatro se reunirían más tarde. Con ese programa, ni una aldea sería olvidada y las semillas del Reino de Dios serían esparcidas en los medios más sencillos. La idea fue aprobada con satisfacción.

Lucas no dejó de preguntar si Timoteo estaba circuncidado. Conocía las intrigas de los judíos y no deseaba inconvenientes en sus tareas iniciales.

–Ese problema –aclaró el Apóstol de los gentiles– ya fue atendido. Las dos humillaciones infligidas a un joven cofrade que llevé a Jerusalén, no al concejo de la sinagoga, sino a una reunión de la iglesia, me llevaron a pensar en la situación de Timoteo, que precisará, muchas veces, de los favores de los israelitas en el curso de las prédicas. Hasta que Dios opere la circuncisión de tantos corazones endurecidos, es indispensable que sepamos actuar con prudencia, sin levantar fricciones que inutilicen nuestros esfuerzos.

Esclarecido el asunto, entraron en la ciudad donde el médico y el joven de Listra descansarían un poco, antes de tomar rumbo a

Tesalónica, por caminos diferentes, con el propósito de multiplicar los frutos de la misión.

Se hospedaron en un albergue casi miserable que la población de la ciudad reservaba a los extranjeros. Después de tres noches al descubierto, los amigos de Jesús se dirigían a la casa de oración, que quedaba a la orilla del río Gangas. Filipo no poseía sinagoga y el santuario destinado a las plegarias, si bien tomaba el título de "casa", no era más que un rincón ameno de la Naturaleza, rodeado de muros en ruinas.

Conociendo la situación religiosa de la ciudad, Pablo se dirigió para allá con los compañeros. Muy sorprendidos, los misioneros no encontraron sino señoras y niñas en oración. El ex rabino penetró resueltamente en el círculo femenino y habló de los objetivos del Evangelio, como si estuviese delante de un inmenso público. Las mujeres estaban magnetizadas por su palabra ardiente y sublime. Se enjugaban discretamente las lágrimas que les afluían al rostro, al recibir las noticias del Maestro, y una de ellas, llamada Lidia, viuda digna y generosa, se aproximó a los misioneros y confesándose convertida al Salvador esperado, les ofreció su propia casa para fundar la nueva iglesia.

Pablo de Tarso la contempló con los ojos llenos de lágrimas. Escuchando su voz desbordante de cristalina sinceridad, recordó que en Oriente, en el día inolvidable del Calvario, solo las mujeres habían acompañado a Jesús en el doloroso trance, siendo las primeras criaturas que lo vieron en la gloriosa resurrección; y aún eran ellas que, en dulce reunión espiritual, venían a recibir la palabra del Evangelio en Occidente, por primera vez. En silenciosa contemplación, el Apóstol de los gentiles vio a un gran número de niñas que se arrodillaban bajo la sombra cariñosa de los árboles. Observando sus trajes muy claros, tuvo la impresión de que veía frente a sí a un gracioso bando de palomas muy blancas, prestas a emprender el vuelo glorioso de las enseñanzas de Cristo, por los cielos maravillosos de Europa.

Fue por eso que, contrariamente a la expectativa de los com-

pañeros, el enérgico predicador respondió a Lidia en tono muy afable.

–Aceptamos vuestro hospedaje.

Desde aquel minuto, se entabló entre Pablo de Tarso y su cariñosa iglesia de Filipo la más hermosa amistad.

Lidia, cuya casa estaba muy bien abastecida, debido al movimiento comercial de púrpuras, acogió a los discípulos del Mesías con indescriptible júbilo. Mientras eso ocurría, Lucas y Timoteo continuaban el viaje. Silas y el ex doctor de Jerusalén se consagraban al servicio del Evangelio, entre los generosos filipenses.

La ciudad se caracterizaba por su espíritu romano. Había en las calles varios templos dedicados a los dioses antiguos. Y como solo las mujeres procuraban el recinto de la casa de oraciones, Pablo, con el arrojo que lo caracterizaba, deliberó hacer predicaciones del Evangelio en la plaza pública.

En esa misma época, poseía Filipo una pitonisa que era famosa en las cercanías. Como en las tradiciones de Delfos, sus palabras eran interpretadas como oráculo infalible. Se trataba de una jovencita cuyos patrones procuraron mercantilizar sus poderes psíquicos. La mediumnidad era utilizada por Espíritus poco evolucionados, que se complacían en dar pálpitos sobre motivos de orden temporal. La situación era altamente rentable para los que la explotaban insensiblemente. Aconteció que la joven estaba presente en la primera prédica de Pablo, recibida por el pueblo con insuperable éxito. Terminada la exposición evangélica, los misioneros observan a la joven que, con grandes gritos que impresionaban al público, se pone a exclamar:

–¡Recibid a los enviados del Dios Altísimo!... ¡Ellos anuncian la salvación!...

Pablo y Silas quedaron un tanto perplejos; pero, nada replicaron, conservando el incidente en el corazón, en actitud discreta. Pero, al día siguiente se repetía el hecho y durante una semana, los discípulos del Evangelio oyeron, después de las predicaciones, a la

entidad que se enseñoreaba de la joven, gritándoles elogios y títulos pomposos.

No obstante, el ex rabino, desde la primera manifestación buscó saber quién era aquella chica anónima y logró conocer los antecedentes del caso. Estimulados por la ganancia fácil, los patrones habían instalado un gabinete donde la pitonisa atendía las consultas. Ella, por su parte, de víctima iba pasando a socia de la empresa, que tenía pingües rendimientos. Pablo, que nunca se conformó con el comercio de los bienes celestiales, percibió el mecanismo oculto de los acontecimientos y, señor de todas las particularidades del asunto, esperó a que el visitante del mundo invisible apareciese de nuevo.

Así, terminada la prédica en la plaza, cuando, comienza la joven a gritar:

"–¡Recibid a los mensajeros de la redención! ¡No son hombres, son ángeles del Altísimo!..." –El convertido de Damasco desciende de la tribuna y, aproximándose a la locutora dominada por extraña influencia, intimó a la entidad manifestante, en tono imperativo:

–Espíritu perverso, no somos ángeles, somos trabajadores que luchamos contra nuestras propias flaquezas, por amor al Evangelio; ¡en nombre de Jesucristo ordeno que te retires de ella para siempre! ¡Te prohíbo, en nombre del Señor, que establezcas confusión entre las personas, incentivando intereses mezquinos del mundo en detrimento de los sagrados intereses de Dios!

Inmediatamente, la pobre jovencita recobró energías y se liberó de la actuación maléfica.

El acto provocó enorme admiración popular.

El propio Silas que, de algún modo, se complacía en oír las afirmaciones de la pitonisa, interpretándolas como un consuelo espiritual, estaba boquiabierto.

Cuando se vieron a solas, quiso que Pablo le dijese los motivos que lo llevaron a semejante actitud, y le preguntó:

–¿Acaso ella no hablaba en nombre de Dios? ¿Su propaganda no sería para nosotros un valioso auxilio?

El Apóstol sonrió y sentenció:

–Por ventura, Silas, ¿se podrá juzgar en la Tierra cualquier trabajo antes de que sea concluido? Aquel espíritu podría hablar de Dios, pero no venía de Dios. ¿Qué hicimos para recibir elogios? Día y noche, estamos luchando contra las imperfecciones de nuestra alma. Jesús mandó que enseñásemos, a fin de que aprendamos duramente. No ignoras cómo vivo en batalla con el espino de los deseos inferiores. ¿Entonces? ¿Sería justo que aceptásemos títulos inmerecidos cuando el Maestro rechazó el calificativo de "bueno"? Claro que, si aquel espíritu viniese de Jesús, otras serían sus palabras. Estimularía nuestro esfuerzo, comprendiendo nuestras debilidades. Además, procuré informarme sobre la joven y sé que ella es hoy la llave de un gran movimiento comercial.

Silas se impresionó con los esclarecimientos más que justos. Pero, dando a entender sus dificultades para comprender integralmente el asunto, agregó:

–Sin embargo, ¿será el incidente una lección para que no mantengamos relaciones con el plano invisible?

–¿Cómo pudiste llegar a semejante conclusión? –respondió el ex rabino muy admirado–. El Cristianismo sin las profecías sería un cuerpo sin alma. Si cerrásemos la puerta de comunicación con la esfera del Maestro, ¿cómo podríamos recibir sus enseñanzas? Los sacerdotes son hombres, los templos son de piedra. ¿Qué sería de nuestra tarea sin las luces del plano superior? Del suelo brota mucho alimento, pero, apenas para el cuerpo; para la nutrición del espíritu es necesario abrir las posibilidades de nuestra alma hacia lo Alto y contar con el amparo divino. En ese particular, toda nuestra actividad reposa en las dádivas recibidas. ¿Ya pensaste en el Cristo sin resurrección y sin intercambio con los discípulos? Nadie podrá cerrar las puertas que nos comunican con el Cielo. El Cristo está vivo y nunca morirá. Convivió con los amigos, después del Calvario,

en Jerusalén y en Galilea; trajo una lluvia de luz y sabiduría a los cooperadores galileos, en el Pentecostés; me llamó a las puertas de Damasco; mandó un emisario para la liberación de Pedro cuando el generoso pescador lloraba en la cárcel…

La voz de Pablo tenía acentos maravillosos, en esas profundas evocaciones. Silas comprendió y se calló, con los ojos llenos de lágrimas.

No obstante, el incidente tendría más amplias repercusiones, más allá de aquellas que los apóstoles del Maestro podrían esperar. La pitonisa no recibió más la visita de la entidad que distribuía pálpitos de toda suerte. En vano, los consultantes enviciados le tocaron en la puerta. Viéndose privados de la renta fácil, los perjudicados fomentaron un gran movimiento de resentimiento y rebeldía contra los misioneros.

Se esparció el rumor de que Filipo, debido a la audacia del predicador revolucionario, había sido privado de la asistencia de los espíritus de Dios. Los fanáticos se exaltaron. Tres días después, Pablo y Silas fueron sorprendidos, en plena plaza, por un ataque del pueblo y fueron atados a troncos pesadísimos y flagelados sin compasión. Ante los insultos de la masa ignorante, se sometieron con humildad al suplicio. Cuando sangraban bajo el castigo de las varas impiadosas, intervinieron las autoridades y fueron conducidos entonces a la cárcel, abatidos y tambaleantes. Dentro de la noche oscura y dolorosa, incapacitados para dormir por los dolores muy crueles que sufrían, los discípulos de Jesús velaron en oraciones ungidas de luminoso fervor. Allá afuera, rugía la tempestad con terribles truenos y vientos silbantes. Filipo entera parecía sacudida en sus bases por la tormenta estrepitosa. Pasaba de la media noche y los dos Apóstoles oraban en voz alta. Los prisioneros vecinos, viéndolos en oración, parecían acompañarlos por la expresión del rostro. Pablo los contempló, a través de las rejas, y, aproximándose, con dificultad comenzó a predicar el Reino de Dios. Al comentar la tempestad imprevista que se había abatido sobre el ánimo de los discípulos, mientras Jesús dormía en la barca, un hecho maravilloso hirió los

ojos de los encarcelados. Las pesadas puertas de las numerosas celdas se abrieron sin ruido. Silas se puso pálido. Pablo comprendió y salió al encuentro de los compañeros. Continuó predicando las verdades eternas del Señor con una entonación impresionante; y viendo a unas decenas de hombres de pecho peludo, barbas largas, fisonomías taciturnas, como si estuviesen plenamente olvidados del mundo, el Apóstol de los gentiles habló con mayor entusiasmo de la misión del Cristo, y pidió que nadie intentase huir. Los que se reconociesen culpables que agradeciesen al Padre los beneficios de la corrección; los que se juzgasen inocentes que diesen expansión al regocijo, porque solo los martirios del justo podían salvar al mundo. Esos argumentos de Pablo contuvieron a toda la extraña y reducida asamblea. Nadie procuró alcanzar la puerta de salida, sino que reuniéndose en torno a aquel desconocido, que tan bien sabía hablar a los desgraciados, muchos se arrodillaron en llanto, convirtiéndose al Salvador que él anunciaba con bondad y energía.

Al amanecer, amainada la tormenta, se levanta el carcelero, perturbado por el singular vocerío. Viendo las puertas abiertas y temiendo su responsabilidad, intenta suicidarse, instintivamente. Pero Pablo avanza e imposibilita el gesto extremo, explicándole lo ocurrido. Todos los encarcelados regresaron humildes a sus celdas. Lucano, el carcelero, se convierte a la nueva doctrina. Antes que la claridad diurna invadiese el paisaje, helo trayendo a los apóstoles los socorros de emergencia, curando sus heridas, sensibilizado como nunca. Residiendo allí mismo, condujo a los discípulos al interior de su hogar, manda a servirles alimento y vino reconfortante. Enseguida en las primeras horas, los jueces filipenses son informados de los hechos. Llenos de temor, mandan a liberar a los predicadores; pero, Pablo, deseando ofrecer garantías al servicio cristiano que se iniciaba en la iglesia fundada en casa de Lidia, alega su condición de ciudadano romano, a fin de infundir más respeto a los magistrados de Filipo por las ideas del profeta nazareno. Rechaza la orden de libertad para exigir la presencia de los jueces, que comparecen recelosos. El apóstol les anuncia el Reino de Dios y, exhibiendo sus

títulos, los obliga a escuchar sus disertaciones relacionadas con Jesús. Les dio a conocer los trabajos evangélicos que comenzaban a realizarse en la ciudad, con la cooperación de Lidia y comentó los derechos de los cristianos en todas partes. Los magistrados le pidieron disculpas, le garantizaron el mantenimiento de la paz para la iglesia naciente, y, alegando la extensión de sus responsabilidades ante el pueblo, rogaron a Pablo y a Silas que dejasen la ciudad, para evitar nuevos tumultos.

El ex rabino se sintió satisfecho y, regresando a la residencia de la generosa productora de púrpuras en compañía de Silas que reconocía su fortaleza, sin disimular su gran asombro, permanecieron ambos allí durante algunos días trazando el programa de los trabajos de la nueva sementera de Jesús. Enseguida, tomaron rumbo a Tesalónica, haciendo escala en todos los lugares donde hubiese poblados o aldeas a la espera de las noticias del Salvador.

En ese nuevo centro de luchas, reencontraron a Lucas y Timoteo que los aguardaban ansiosos. Los trabajos continuaron muy activos. En todas partes, los mismos choques. Judíos prejuiciados, hombres de mala fe, ingratos e indiferentes, se confabulaban contra el ex doctor de Jerusalén y sus dedicados compañeros. Pablo se mantenía fuerte y superior en las mínimas refriegas. Sobrevenían sinsabores, angustias en la plaza pública, acusaciones injustas, calumnias crueles; poderosas amenazas caían a veces, inesperadamente, sobre el desinterés divino de sus obras; pero el valeroso discípulo del Señor proseguía siempre, sereno y firme, a través de las tormentas, viviendo estrictamente de su trabajo y compeliendo a los amigos a hacer lo mismo. Era indispensable que Jesús triunfase en los corazones, ese era su programa primordial. Desatendía cualquier capricho, sobreponía esa realidad a cualquier conveniencia y la misión continuaba entre dolores y enormes obstáculos, pero, segura y victoriosa en su divina finalidad.

Después de incontables inconvenientes con los judíos, en Tesalónica, el ex rabino resolvió trasladarse a Bereia. Nuevas labores, nuevas dedicaciones y nuevos martirios. Los trabajos de los

misioneros, iniciados siempre en paz, continuaban bajo luchas extremas.

Los judíos rigurosos de Tesalónica, no faltaron en Bereia. La ciudad se movilizó contra los discípulos del Evangelio, los ánimos se exaltaron. Lucas, Timoteo y Silas fueron obligados a apartarse, deambulando por las aldeas circunvecinas. Pablo fue preso y azotado. A costa de grandes sacrificios de los simpatizantes de Jesús, le dieron libertad, con la condición de que se retirase dentro del menor plazo posible.

El ex rabino accedió con prontitud. Sabía que detrás de sí y a través de esfuerzos muy rigurosos, siempre quedaría una iglesia local, que se ensancharía al infinito, alentada por la misericordia del Maestro, a fin de proclamar la excelencia de la Buena Nueva.

Era de noche, cuando los hermanos de ideal consiguieron sacarlo de la cárcel para la vía pública. El Apóstol de los gentiles procuró informarse sobre los compañeros y supo de las vicisitudes que soportaban. Recordó que Silas y Lucas estaban enfermos, que Timoteo necesitaba encontrarse con su madre en el puerto de Corinto. Era mejor proporcionar a los amigos una tregua en el vértice de las actividades renovadoras, cuando él mismo experimentaba la necesidad de reposo.

Los hermanos de Bereia insistían para que iniciasen su partida. Era una temeridad provocar nuevos choques. Fue ahí cuando Pablo deliberó poner en práctica un viejo plan. Visitaría Atenas, satisfaciendo un viejo ideal. Muchas veces, impresionado con la cultura helénica recibida en Tarso, había alimentado el deseo de conocer sus monumentos gloriosos, los templos soberbios, el espíritu sabio y libre. Cuando todavía era muy joven, pensó realizar esa visita a la ciudad magnificente de los viejos dioses, dispuesto a llevarle los tesoros de la fe guardados en Jerusalén, procuraría las asambleas cultas e independientes, y hablaría de Moisés y de su Ley. Pensando, ahora, en la realización de tal proyecto, consideraba que llevaría luces mucho más ricas al espíritu ateniense: anunciaría a la ciudad famosa el Evangelio de Jesús. Seguramente, cuando hablase en la

plaza pública, no encontraría los tumultos, tan del gusto de los israelitas. Gozaba de antemano con el placer de hablar a la multitud inclinada al trato de las cosas espirituales. Indudablemente, los filósofos esperaban noticias del Cristo, con impaciencia. Tendrían en sus predicaciones evangélicas el verdadero sentido de la vida.

Estimulado por esas esperanzas, el Apóstol de los gentiles decidió hacer el viaje, acompañado de algunos amigos más fieles. Pero, éstos, se regresaron en las puertas atenienses, dejándolo completamente solo.

Pablo penetró en la ciudad poseído por una gran emoción. Atenas ostentaba aún numerosas bellezas exteriores. Los monumentos de sus venerables tradiciones estaban casi todos de pie; suaves armonías vibraban en el cielo muy azul; valles risueños se alfombraban de flores y perfumes. El alma grande del Apóstol se extasió en la contemplación de la Naturaleza. Recordó a los nobles filósofos que habían respirado aquellos mismos aires, rememorando los esplendores gloriosos del pasado ateniense, sintiéndose transportado a un maravilloso santuario. Mientras tanto, el transeúnte de las vías no podía ver su alma, y de Pablo vieron apenas el cuerpo escuálido que las privaciones habían tornado exótico. Mucha gente lo tomó por mendigo, un harapo humano de la gran masa que llegaba, en flujo continuo, del Oriente desamparado. El emisario del Evangelio, en el entusiasmo de sus generosas intenciones, no podía percibir las descontroladas opiniones a su respecto. Lleno de buen ánimo, resolvió predicar en la plaza pública, en la tarde de ese mismo día. Ansiaba encontrarse con el espíritu ateniense, tal como ya lo había hecho con las grandezas materiales de la ciudad.

No obstante, su esfuerzo fue seguido de un penoso fracaso. Innumerables personas se aproximaron en el primer momento; pero, cuando oyeron sus referencias a Jesús y a la resurrección, gran parte de los asistentes rompió en carcajadas de irritante ironía.

–¿Este filósofo será un nuevo dios? –preguntaba un transeúnte con aire de pillería.

–Está muy mal vestido para pretender tanto –respondía el interpelado.

–¿Dónde se vio un dios así? –preguntaba otro–. ¡Ve como le tiemblan las manos! Parece enfermo y enflaquecido. ¡La barba es salvaje y está lleno de cicatrices!...

–Es un loco –exclamaba un anciano con vastas presunciones de sabiduría–. No perdamos tiempo.

Pablo lo oía todo, notó la fila de los que se retiraban, indiferentes y endurecidos, y experimentó mucho frío en el corazón. Atenas estaba muy distanciada de sus esperanzas. La asamblea popular le dio la impresión de ser una agrupación de personas envenenadas de falsa cultura. Durante más de una semana perseveró en las predicaciones públicas sin resultados apreciables. Nadie se interesó por Jesús y, mucho menos, en ofrecerle hospedaje por una simple cuestión de simpatía. Era la primera vez, desde que inició la tarea misionera, que se retiraría de una ciudad sin fundar una iglesia. En las aldeas más rústicas, siempre aparecía alguien que copiaba las anotaciones de Levi para comenzar la labor evangélica en el recinto humilde de un hogar. En Atenas nadie apareció interesado en la lectura de los textos evangélicos. No obstante, fue tanta la insistencia de Pablo con algunos personajes, que terminaron llevándolo al Areópago, para que entrase en contacto con los hombres más sabios e inteligentes de la época.

Los componentes del noble cónclave recibieron su visita con más curiosidad que interés.

El Apóstol penetró allí con la ayuda de Dionisio, hombre culto y generoso, que atendió su solicitud, a fin de observar hasta dónde iba su valor en la presentación de la desconocida doctrina.

Pablo comenzó impresionando al aristocrático auditorio, refiriéndose al "Dios desconocido", homenajeado en los altares atenienses. Su palabra vibrante presentaba cambiantes singulares; las imágenes eran mucho más ricas y hermosas que las registradas por el autor de los *Hechos de los Apóstoles*. El propio Dionisio estaba

admirado. El Apóstol se le mostraba muy diferente que cuando lo vio en la plaza pública. Hablaba con elevada nobleza, con énfasis; las imágenes se revestían de extraordinario colorido; pero, cuando comenzó a discurrir sobre la resurrección, hubo un fuerte y prolongado murmullo. Las galerías se reían a mandíbula batiente, llovían los remoquetes exacerbados. La aristocracia intelectual ateniense no podía ceder en sus prejuicios científicos.

Los más irónicos dejaban el recinto con carcajadas sarcásticas, mientras los más comedidos, en consideración a Dionisio, se aproximan al Apóstol con sonrisas intraducibles, declarando que lo oirían de buen grado en otra ocasión, cuando no se diese el lujo de comentar asuntos de ficción.

Naturalmente, Pablo quedó desolado. En el momento, no podía llegar a la conclusión de que la falsa cultura encontrará siempre, en la sabiduría verdadera, una expresión de cosas imaginarias y sin sentido. La actitud del Areópago no le permitió llegar al fin. En breve el suntuoso recinto estaba casi silencioso. El Apóstol, entonces, recordó que sería preferible enfrentar el tumulto que siempre provocaban los judíos. Pues, donde hubiese lucha, habría siempre frutos que recoger. Las discusiones y las fricciones, en muchos casos, representaban el surco de la tierra espiritual para sembrar la semilla divina. Pero, allí, encontró la frialdad de la piedra. El mármol de las soberbias columnas le dio inmediatamente la imagen de la situación. La cultura ateniense era bella y estaba bien cuidada, impresionaba por su magnífico exterior, mas estaba fría, con la rigidez de la muerte intelectual.

Apenas Dionisio y una joven señora de nombre Dámaris y algunos servidores del palacio permanecían a su lado, extremadamente constreñidos, si bien propensos a la causa.

No obstante la desilusión, Pablo de Tarso hizo lo posible por evitar la nube de tristeza que los envolvía a todos, comenzando por él mismo. Ensayó una sonrisa de conformidad e intentó algo de buen humor. Dionisio consolidó, aun más, su admiración por las

poderosas cualidades de aquel hombre de apariencia muy simple, pero tan enérgico y consciente de sus convicciones.

Antes de retirarse, Pablo habló de la posibilidad de fundar una iglesia, aunque fuese en un humilde santuario hogareño, donde se estudiase y comentase el Evangelio. Pero los presentes no regatearon excusas y pretextos. Dionisio afirmó que lamentaba no serle posible amparar tal cometido, dada la falta de tiempo; Dámaris alegó los impedimentos domésticos; los servidores del Areópago, uno por uno, manifestaron extremas dificultades. Uno era muy pobre, otro muy incomprendido, y Pablo recibió todas las negativas manteniendo una singular expresión fisonómica, como sembrador que se ve rodeado solamente de piedras y espinares.

El Apóstol de los gentiles se despidió con serenidad; pero, tan pronto se vio solo, lloró copiosamente. ¿A qué atribuir el doloroso fracaso? No pudo comprender, inmediatamente, que Atenas padecía de seculares intoxicaciones intelectuales, y suponiéndose desamparado por las energías del plano superior, el ex rabino dio expansión a un terrible desaliento. No se conformaba con la frialdad general, incluso, porque la nueva doctrina no le pertenecía a él y sí al Cristo. Cuando no lloraba reflejando su propio dolor, lloraba por el Maestro, juzgando que él, Pablo, no había correspondido a la expectativa del Salvador.

Durante muchos días, no consiguió deshacer la nube de preocupaciones que ensombrecía su alma. Sin embargo, se encomendaba a Jesús y le suplicaba su protección para acometer los grandes deberes de su vida.

En ese volcán de incertidumbres y amarguras, surgió el socorro del Maestro al Apóstol muy amado. Timoteo llegó de Corinto, cargado de buenas noticias.

VII

Las Epístolas

El nieto de Loide traía al ex rabino muchas novedades confortantes. Le comunicó que ya había instalado a las dos señoras en la ciudad, que era portador de algunos recursos y, además le habló del desenvolvimiento de la doctrina cristiana en la vieja capital de Acaya. Sobre todo, una noticia le fue particularmente agradable a Pablo. La mención de Timoteo de su encuentro con Áquila y Prisca. Aquellas dos personas que fueron tan solidarias en las dificultades extremas del desierto, trabajaban ahora en Corinto por la gloria del Señor. Se alegró íntima y profundamente. Además de las muchas razones personales que lo llamaban a Acaya –esto es, los recuerdos indelebles de Jeziel y Abigail–, el deseo de abrazar al matrimonio amigo fue también una razón decisiva para su partida inmediata.

El valeroso predicador salía de Atenas muy abatido. El fracaso, ante la cultura griega, obligaba a su espíritu indagador a los más torturantes razonamientos. Comenzaba a comprender la razón por la que el Maestro había preferido a Galilea con sus cooperadores humildes y sencillos de corazón; entendía mejor el motivo de la palabra franca del Cristo sobre la salvación, y descifraba su predilección natural por los desamparados de la suerte.

Timoteo notó su tristeza singular y en balde procuró convencerlo de la conveniencia de seguir por mar, en vista de las facilidades en el Pireo. Él insistió en ir a pie, visitando los sitios aislados del itinerario.

–Pero, os noto enfermo –objetaba el discípulo intentando disuadirlo–. ¿No será más razonable que descanséis?

Recordando los desalientos experimentados, el Apóstol acentuaba:

–Mientras podamos hacerlo, hay que valorar al trabajo como un elíxir para todos los males. Además, es justo aprovechar el tiempo y la oportunidad.

–Pero, juzgo –justificaba el joven amigo–, que podríais aplazar un poco…

–¿Por qué aplazar? –contestó el ex rabino haciendo lo posible por deshacer el desaliento que traía de Atenas–. Siempre tuve la convicción de que Dios tiene prisa del servicio bien hecho. Si eso constituye una característica de nuestras mezquinas actividades en las cosas de este mundo, ¿cómo aplazar o faltar con los deberes sagrados de nuestra alma con el Todopoderoso?

El joven ponderó en lo acertado de aquellos alegatos y se calló. Así vencieron más de sesenta kilómetros, con algunos días de marcha e intervalos de prédicas. En esa tarea entre gente sencilla, Pablo de Tarso se sentía más feliz. Los hombres del campo recibieron la Buena Nueva con mayor alegría y comprensión. Pequeñas iglesias domésticas fueron fundadas, no muy lejos del golfo de Saron.

Extasiado con los recuerdos cariñosos de Abigail, atravesó el istmo y entró en la bulliciosa ciudad, que tenía para entonces mucho movimiento. Abrazó a Loide y a Eunice en una casita del puerto de Cencreía y luego procuró entrevistarse con los viejos amigos del "oasis de Dan".

Los tres se abrazaron, llenos de infinito júbilo. Áquila y la compañera hablaron largamente de los servicios evangélicos, a los que habían sido llamados por la misericordia de Jesús. Con los ojos brillantes, como si hubiesen vencido una gran batalla, contaron al Apóstol haber realizado el ideal de permanecer en Roma algún tiempo. Como tejedores humildes, habitaron en un viejo caserón en ruinas, en el Trastevere, haciendo las primeras prédicas del Evan-

gelio en el mismo ambiente de las pompas cesarianas. Los judíos habían declarado guerra franca a los nuevos principios. Desde el primer anuncio de la Buena Nueva, se iniciaron grandes tormentas en el "ghetto" del barrio pobre y desprotegido. Prisca relató como un grupo de israelitas apasionados había asaltado su aposento por la noche, con instrumentos de flagelación y de castigo. El marido se demoraba en el taller, y, sola no pudo esquivar los impiadosos azotes. Solo mucho más tarde fue socorrida por Áquila que la encontró bañada en sangre. El Apóstol tartense se alegraba por el socorro. Por su parte, contó a los amigos los dolores experimentados en todas partes, por pregonar el nombre de Jesucristo. Aquellos martirios en común eran presentados como favores de Jesús, como títulos eternos de su gloria. Quien ama se inquieta por dar alguna cosa y los que amaban al Maestro se sentían extremadamente venturosos en sufrir algo por devoción a su nombre.

Deseoso de reinsertarse en la serenidad de sus realizaciones activas, olvidando la frialdad ateniense, Pablo comentó el proyecto de la fundación de una iglesia en Corinto, a lo que Áquila y su mujer se ofrecieron para colaborar en todos los servicios. Aceptando su generoso ofrecimiento, el ex rabino pasó a residir en su compañía, ocupándose diariamente de su oficio.

Corinto era una sugestión permanente de recuerdos queridos de su corazón. Sin comunicar a los amigos las reminiscencias que borbollaban en su alma sensible, quiso volver a ver los sitios a los que Abigail se refería siempre con éxtasis. Con extremo cuidado, localizó la región donde debió existir el pequeño sitio del viejo Jochedeb, ahora incorporado al inmenso patrimonio de propiedades de los herederos de Licinio Minucio; contempló la vieja prisión desde donde la novia pudo evadirse para salvarse de los malvados que habían asesinado a su padre y esclavizado al hermano; meditó en el puerto de Cencreía, de donde había partido Abigail, un día, para conquistar su corazón, bajo los designios superiores e inmutables del Eterno.

Pablo se entregó, en cuerpo y alma, al servicio rudo. La labor

activa de las manos le proporcionó un suave olvido de Atenas. Comprendiendo la necesidad de un período de calma, indujo a Lucas a descansar en Troade, ya que Timoteo y Silas habían encontrado trabajo como caravaneros.

Pero, antes de volver a tomar las predicaciones, comenzaron a llegar a Corinto emisarios de Tesalónica, de Bereia y de otros puntos de Macedonia, donde había fundado sus muy amadas iglesias. Las comunidades tenían asuntos urgentes que requerían delicadas intervenciones de su parte. Sintiéndose en dificultades para atender a todo con la presteza debida, llamó nuevamente a Silas y Timoteo para la cooperación indispensable. Ambos, valiéndose de las oportunidades de su profesión, pudieron contribuir de manera eficaz en la solución de los problemas imprevistos.

Confortado por la ayuda de los amigos, Pablo habló por primera vez en la sinagoga. Su palabra vibrante logró un éxito extraordinario. Judíos y griegos hablaban de Jesús con entusiasmo. El tejedor fue invitado a proseguir con los comentarios religiosos, semanalmente. Pero, tan pronto como comenzó a abordar las relaciones existentes entre la Ley y el Evangelio, repuntaron los desacuerdos. Los israelitas no toleraban la superioridad de Jesús sobre Moisés y si bien consideraban al Cristo como un profeta de la raza, no lo soportaban como Salvador. Pablo aceptó los desafíos, pero no conseguía sensibilizar corazones tan endurecidos; las discusiones se prolongaron durante varios sábados seguidos, hasta que un día, cuando el verbo inflamado y sincero del Apóstol censuraba los errores farisaicos con vehemencia, uno de los jefes principales de la sinagoga lo recriminó con aspereza:

–¡Cállate, hablador impudente! ¡La sinagoga ha tolerado tus embustes con verdaderos prodigios de paciencia; pero, en nombre de la mayoría, ordeno que te retires para siempre! ¡No queremos saber de tu Salvador, exterminado como los canes en la cruz!...

Oyendo aquellas expresiones tan irrespetuosas al Cristo, el Apóstol sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas. Reflexionó con madurez en la situación y contestó:

–Hasta ahora, en Corinto, procuré decir la verdad al pueblo escogido por Dios para el sagrado depósito de la unidad divina; pero, si no la aceptáis, desde hoy, ¡buscaré a los gentiles!... ¡Y que caigan sobre vosotros mismos las injustas maldiciones lanzadas sobre el nombre de Jesucristo!...

Algunos israelitas más exaltados quisieron agredirlo, provocando un tumulto. Pero un romano de nombre Tito Justo, presente en la asamblea, y que desde la primera prédica, se sintió fuertemente atraído por la poderosa personalidad del Apóstol, se aproximó y le extendió sus brazos de amigo. Pablo pudo salir incólume del recinto, encaminándose hacia la residencia del benefactor, que puso a su disposición todos los elementos imprescindibles para la organización de una iglesia activa.

El tejedor estaba jubiloso. Era la primera conquista para llevar a término una fundación definitiva.

Tito Justo, con la ayuda de todos los simpatizantes del Evangelio, adquirió una casa para dar inicio a los servicios religiosos. Áquila y Prisca fueron los principales colaboradores, además de Loide y Eunice, para que se ejecutasen los programas trazados por Pablo, de acuerdo con la querida organización de Antioquía.

La iglesia de Corinto comenzó, entonces, a producir los más ricos frutos de espiritualidad. La ciudad era famosa por su depravación, pero el Apóstol acostumbraba a decir que de los pantanos nacían, muchas veces, los lirios más bellos; y como donde hay mucho pecado hay mucho remordimiento y sufrimiento, en identidad con las circunstancias, la comunidad creció día a día, reuniendo a los creyentes más diversos que llegaban ansiosos por abandonar aquella Babilonia incendiada por los vicios.

Con la presencia de Pablo, la iglesia de Corinto adquiría singular importancia y casi diariamente llegaban emisarios de las regiones más apartadas. Eran mensajeros de Galacia pidiendo providencias para las iglesias de Pisidia; compañeros de Iconio, de Listra, de Tesalónica, de Chipre, de Jerusalén. Alrededor del Apóstol se formó un pequeño colegio de seguidores, de compañeros perma-

nentes, que colaboraban con él en los más mínimos trabajos. Pero, Pablo se preocupaba intensamente. Los asuntos eran tan urgentes cuán variados. No podía olvidar el trabajo de su manutención; había asumido pesados compromisos con los hermanos de Corinto; debía estar atento a la recolecta destinada a Jerusalén; no podía despreciar a las comunidades fundadas con anterioridad. Poco a poco, comprendió que no bastaba con enviar emisarios. Los pedidos llovían de todos los sitios por donde había deambulado, llevando las alegrías de la Buena Nueva. Los hermanos, cariñosos y confiados, contaban con su sinceridad y dedicación, compeliéndolo a luchar intensamente.

Sintiéndose incapaz de atender a todas las necesidades al mismo tiempo, el abnegado discípulo del Evangelio, valiéndose, un día, del silencio de la noche, cuando la iglesia se encontraba desierta, rogó a Jesús, con lágrimas en los ojos, que no le faltasen los recursos necesarios para el cumplimiento integral de la tarea.

Terminada la oración, se sintió envuelto por una suave claridad. Tuvo la impresión nítida de que recibía la visita del Señor. Arrodillado, experimentando una enorme conmoción, oyó una advertencia serena y cariñosa:

–No temas –decía la voz–, prosigue enseñando la verdad y no te calles, porque estoy contigo.

El Apóstol dio curso a las lágrimas que fluían de su corazón. Aquel cuidado amoroso de Jesús, aquella exhortación en respuesta a su ruego, le penetraba en el alma con ondas cariñosas. La alegría del momento daba para compensar todos los dolores y padecimientos del camino. Deseoso de aprovechar la sagrada inspiración del momento que huía, pensó en las dificultades para atender a las diversas iglesias fraternas. Eso bastó para que la voz dulcísima continuase:

–No te atormentes con las necesidades del servicio. Es natural que no puedas asistir personalmente a todos, al mismo tiempo. Pero es posible que puedas satisfacer a todos, simultáneamente, por los poderes del espíritu.

Procuró atinar con el sentido justo de la frase, pero tuvo dificultad íntima para conseguirlo.

Sin embargo, la voz proseguía con dulzura:

–Podrás resolver el problema escribiendo a todos los hermanos en mi nombre; los de buena voluntad sabrán comprender, porque el valor de la tarea no está en la presencia personal del misionero, sino en el contenido espiritual de su verbo, de su ejemplificación y de su vida. De ahora en adelante, Esteban permanecerá más unido a ti, trasmitiéndote mis pensamientos, y el trabajo de evangelización podrá ampliarse en beneficio de los sufrimientos y de las necesidades del mundo.

El dedicado amigo de los gentiles vio que la luz se extinguió; el silencio volvió a reinar entre las sencillas paredes de la iglesia de Corinto; pero, como si hubiese sorbido agua divina de las claridades eternas, conservaba el Espíritu sumergido en un júbilo intraducible. Recomenzaría la labor con mayor ahínco, enviaría a las comunidades más distantes las noticias del Cristo.

De hecho, al día siguiente, llegaron mensajeros de Tesalónica con noticias muy desagradables. Los judíos habían conseguido despertar, en la iglesia, nuevas y extrañas dudas y contiendas. Timoteo lo corroboraba todo con observaciones personales. Reclamaban la presencia del Apóstol con urgencia, pero éste deliberó poner en práctica el consejo del Maestro, y recordando que Jesús le había prometido asociar a Esteban a la divina tarea, juzgó que no debía actuar por sí solo y llamó a Timoteo y a Silas para redactar la primera de sus famosas epístolas.

Así comenzó el movimiento de esas cartas inmortales, cuya esencia espiritual provenía de la esfera del Cristo, a través de la contribución amorosa de Esteban –compañero abnegado y fiel de aquel que se había erigido en la juventud en el primer perseguidor del Cristianismo.

Percibiendo el elevado espíritu de cooperación de todas las obras divinas, Pablo de Tarso nunca procuraba escribir solo; bus-

caba rodearse, en el momento, de los compañeros más dignos, se valía de sus inspiraciones, consciente de que el mensajero de Jesús, cuando no encontrase en su tono sentimental las posibilidades precisas para transmitir los deseos del Señor, tendría en los amigos los instrumentos adecuados.

Desde entonces, las cartas amadas y célebres, tesoro de vibraciones de un mundo superior, eran copiadas y sentidas en todas partes. Y Pablo continuó escribiendo siempre, ignorando que aquellos documentos sublimes escritos muchas veces en horas de angustias supremas, no se destinaban a una iglesia en particular, sino a la cristiandad universal. Las epístolas lograron un éxito rápido. Los hermanos se las disputaban en los rincones más humildes, por su contenido de consolaciones, y el propio Simón Pedro, recibiendo las primeras copias, en Jerusalén, reunió a la comunidad y leyéndolas, conmovido, declaró que las cartas del convertido de Damasco debían ser interpretadas como cartas del Cristo a los discípulos y seguidores, afirmando, aun, que ellas señalaban un nuevo período luminoso en la historia del Evangelio.

Altamente reconfortado, el ex doctor de la Ley procuró enriquecer la iglesia de Corinto de todas las experiencias que traía de la institución antioqueña. Los cristianos de la ciudad vivían en un océano de júbilos indefinibles. La iglesia poseía su departamento de asistencia a los que necesitaban de pan, de vestuario y de remedios. Venerables ancianas ejercían la tarea santa de atender a los más desfavorecidos. Diariamente, por la noche, había reuniones para comentar un pasaje de la vida del Cristo; a continuación de la predicación central y a la ocurrencia de las manifestaciones de cada uno, todos entraban en silencio, a fin de ponderar lo que recibían del Cielo a través de la profecía. Los no habituados al don de las profecías poseían facultades curadoras, que eran aprovechadas a favor de los enfermos, en una sala próxima. El medumnismo evangelizado, de los tiempos modernos, es el mismo profetismo de las iglesias apostólicas.

Como acontecía a veces en Antioquía, surgían allí pequeñas

discusiones en torno a puntos más difíciles de interpretación, que Pablo se apresuraba a calmar, sin perjuicio de la fraternidad edificadora.

Al finalizar los trabajos de cada noche, una oración cariñosa y sincera señalaba el instante de reposo.

La institución progresaba a simple vista. Aliándose a la generosidad de Tito Justo, otros romanos de fortuna se aproximaron al Evangelio, enriqueciendo la organización con nuevas posibilidades. Los israelitas pobres encontraban en la iglesia un hogar generoso, donde Dios se les manifestaba en demostraciones de bondad, al contrario de las sinagogas, en cuyo recinto, en vez de pan para el hambre voraz, de bálsamo para las llagas del cuerpo y del alma, encontraban apenas la aspereza de preceptos tiránicos en los labios de sacerdotes sin piedad.

Irritados con el éxito insuperable de la empresa de Pablo de Tarso, que se demoraba en la ciudad ya por un año y seis meses, habiendo fundado un verdadero y perfecto abrigo para los "hijos del Calvario", los judíos de Corinto tramaron un movimiento terrible de persecución contra el Apóstol. La sinagoga se quedaba vacía. Era necesario extinguir la causa de su desprestigio social. El ex rabino de Jerusalén pagaría muy caro la audacia de la propaganda del Mesías Nazareno en detrimento de Moisés.

Era procónsul de Acaya, con residencia en Corinto, un romano generoso e ilustre, que acostumbraba a actuar siempre de acuerdo con la justicia, en su vida pública. Hermano de Séneca, Junio Galio era un hombre de gran bondad y fina educación. El proceso iniciado contra el rabino fue a parar a sus manos, sin que Pablo tuviese la más mínima noticia y era tan grande el bagaje de acusaciones levantadas por los israelitas, que el administrador fue compelido a determinar la prisión del Apóstol para el interrogatorio inicial. La sinagoga pidió, con particular empeño, que le fuese delegada la tarea de conducir al acusado al tribunal. Lejos de conocer el móvil del pedido, el procónsul concedió el permiso necesario,

determinando la comparecencia de los interesados a la audiencia pública del día siguiente.

En posesión de la orden, los israelitas más exaltados deliberaron prender a Pablo en la víspera, en un momento en el que el acto pudiese escandalizar a toda la comunidad.

Por la noche, justamente cuando el ex rabino comentaba el Evangelio, tomado de profundas inspiraciones, el grupo armado se paró en la puerta, destacándose algunos judíos más eminentes que se dirigieron al interior.

Pablo oyó la voz de prisión, con extrema serenidad. Pero, otro tanto no aconteció con la asamblea. Hubo un gran tumulto en el recinto. Algunos jóvenes más exaltados apagaron las antorchas, pero el Apóstol valeroso, en un ruego solemne y conmovedor, gritó con fuerza:

–Hermanos, ¿acaso queréis al Cristo sin dar testimonio?

La pregunta resonó en el ambiente, conteniendo todos los ánimos. Siempre sereno, el ex rabino ordenó que encendiesen las luces y, extendiendo los pulsos a los judíos admirados, dijo con acento inolvidable:

–¡Estoy listo!...

Un componente del grupo, despechado con aquella superioridad espiritual, avanzó y le dio unos azotes en pleno rostro.

Algunos cristianos protestaron, los portadores de la orden de Galio respondieron con aspereza, pero el prisionero, sin demostrar el más leve resentimiento, clamó en voz aún más alta:

–Hermanos, regocijémonos en Jesucristo. ¡Estemos tranquilos y jubilosos porque el Señor nos juzgó dignos!...

Gran serenidad se estableció entonces en la asamblea. Varias mujeres sollozaban muy bajo. Áquila y la esposa dirigían al Apóstol una inolvidable mirada y la pequeña caravana se dirigió a la cárcel, en la sombra de la noche. Tirado en el fondo de un calabozo húmedo, Pablo fue atado al tronco del suplicio y tuvo de soportar la

flagelación de los treinta y nueve azotes. Él mismo estaba sorprendido. Sublime paz le bañaba el corazón de suaves consuelos. No obstante sentirse solo, entre perseguidores crueles, experimentaba una nueva confianza en Cristo. En esas disposiciones, no le dolían los latigazos crueles; en balde los verdugos intentaban acribillar su espíritu ardiente, con insultos e ironías. En la prueba ruda y dolorosa, comprendió, alegremente, que había alcanzado la región de la paz divina, en el mundo interior, que Dios concede a sus hijos después de las luchas acervas e incesantes mantenidas por ellos en la conquista de sí mismos. Otras veces, el amor por la justicia lo había conducido a situaciones apasionadas, a deseos mal contenidos, a polémicas ásperas; pero allí, enfrentado los azotes que le caían en los hombros semidesnudos, abriendo surcos sangrientos, tenía un recuerdo más vivo del Cristo, así como la impresión de estar llegando a sus brazos misericordiosos, después de caminatas terribles y ásperas, desde la hora en la que había caído a las puertas de Damasco, bajo una tempestad de lágrimas y tinieblas. Sumergido en pensamientos sublimes, Pablo de Tarso sintió su primer gran éxtasis. Ya no oyó los sarcasmos de los verdugos inflexibles, sintió que su alma se dilataba al infinito, experimentando sagradas emociones de indecible ventura. Suave sueño le anestesió el corazón y, solamente por la madrugada, volvió en sí del tierno descanso. El sol lo visitaba alegre, a través de las rejas. El valeroso discípulo del Evangelio se levantó bien dispuesto, recompuso su ropa y esperó pacientemente.

Solo después de medio día, tres soldados descendieron a la cárcel de las disciplinas judaicas, retirando al prisionero para conducirlo ante el Procónsul.

Pablo compareció a la barra del tribunal, con inmensa serenidad. El recinto estaba lleno de israelitas exaltados; pero el Apóstol notó que la asamblea se componía, en su mayoría, de griegos de fisonomía simpática, muchos de ellos conocidos personales suyos de los trabajos de asistencia de la iglesia.

Junio Galio, muy consciente de su cargo, se sentó bajo la mirada ansiosa de los espectadores llenos de interés.

El Procónsul, de conformidad con la práctica judicial, tendría que oír a las partes en litigio, antes de pronunciar cualquier veredicto, a pesar de las quejas y acusaciones expuestas en el pergamino.

Por los judíos hablaría uno de los mayores de la sinagoga de nombre Sóstenes; pero, como no apareciese el representante de la iglesia de Corinto para la defensa del Apóstol, la autoridad reclamó el cumplimiento de la medida sin pérdida de tiempo. Pablo de Tarso, muy sorprendido rogaba íntimamente a Jesús para que fuese el patrono de su causa, cuando se destacó un hombre que se proponía exponer el caso en nombre de la Iglesia. Era Tito Justo, el romano generoso, que no despreciaba la ocasión para dar testimonio de su fe. Se verificó entonces un hecho inesperado. Los griegos de la asamblea prorrumpieron en frenéticos aplausos.

Junio Galio determinó que los acusadores iniciarían las declaraciones públicas necesarias.

Sóstenes comenzó a hablar con gran aprobación de los judíos presentes. Acusaba a Pablo de blasfemo, desertor de la Ley y hechicero. Se refirió a su pasado, con evidente mordacidad. Contó que sus propios parientes lo habían abandonado. El Procónsul oía atento, pero no dejó de mantener una actitud curiosa. Con el índice de la mano derecha comprimía un oído, sin prestar atención a la estupefacción general. No obstante, el mayoral de la sinagoga se desconcertaba con aquel gesto. Terminada la apasionada e injusta difamación, Sóstenes interrogó al administrador de Acaya, con relación a su actitud, que exigía un esclarecimiento, a fin de no ser tomada como desconsideración.

Pero, Galio, muy calmado, respondió en tono humorístico:

–Supongo no estar aquí para dar satisfacción de mis actos personales y sí para atender a los imperativos de la justicia. Pero, en obediencia al código de fraternidad humana, declaro que, a mi manera de ver, todo administrador o juez en causa ajena deberá reservar un oído para la acusación y otro para la defensa.

Mientras los judíos fruncían el ceño extremadamente confun-

didos, los corintios reían gustosamente. Pablo mismo halló mucha gracia en la confesión del Procónsul, sin poder disfrazar la sonrisa buena que iluminaba repentinamente su fisonomía.

Pasado el incidente humorístico, Tito Justo se aproximó y habló sucintamente de la misión del Apóstol. Sus palabras obedecían a un amplio soplo de inspiración y belleza espiritual. Junio Galio, oyendo la historia del convertido de Damasco, de los labios de un compatricio, se mostró muy impresionado y conmovido. De vez en cuando, los griegos prorrumpían en exclamaciones de aplausos y júbilo. Los israelitas comprendieron que perdían terreno de momento a momento.

Al finalizar los trabajos, el jefe político de Acaya tomó la palabra para concluir que no veía crimen alguno en el discípulo del Evangelio; que los judíos debían, antes de cualquier acusación indebida, examinar la obra generosa de la iglesia de Corinto, por cuanto, en su opinión, no había agravio a los principios israelitas; que la sola controversia de palabras no justificaba violencias, concluyendo que las acusaciones eran injustas y declarando no desear la función de juez en asuntos de aquella naturaleza.

Cada conclusión formulada era ruidosamente aplaudida por los corintios.

Cuando Junio Galio declaró que Pablo debía considerarse en plena libertad, los aplausos alcanzaron al delirio. La autoridad recomendó que la retirada se hiciese en orden; pero los griegos aguardaron el descenso de Sóstenes, y cuando surgió la figura solemne del "maestro" lo atacaron sin piedad. Establecido un enorme tumulto en la larga escalera que separaba el Tribunal de la vía pública, Tito Justo se acercó afligido al Procónsul y le pidió que interviniese. Pero, Galio, continuó preparándose para regresar a su casa, dirigió a Pablo una mirada de simpatía y agregó, con toda calma:

–No nos preocupemos. Los judíos están muy habituados a esos tumultos. Si como juez, resguardé un oído, me parece que Sóstenes debería resguardar el cuerpo entero, en su calidad de acusador.

Y se dirigió al interior del edificio en actitud impasible. Fue entonces cuando Pablo, surgiendo en el tope de la escalera, gritó:

–¡Hermanos, apaciguaos por amor a Cristo!...

La exhortación cayó de lleno sobre la numerosa y tumultuaria turba. El efecto fue inmediato. Cesaron los rumores y los improperios. Los últimos contendientes paralizaron sus brazos inquietos. El convertido de Damasco acudió apresurado a socorrer a Sóstenes, cuyo rostro sangraba. El acusador implacable del día fue conducido con extremos cuidados hasta su residencia por los cristianos de Corinto, atendiendo a los ruegos de Pablo.

Muy despechados con el fracaso, los israelitas de la ciudad maquinaron nuevas embestidas, pero el Apóstol, reuniendo a la comunidad del Evangelio, declaró que deseaba partir para Asia, a fin de atender a los insistentes llamamientos de Juan (1), en la fundación definitiva de la iglesia de Éfeso.

Los corintios protestaron amistosamente, procurando retenerlo, pero el ex rabino expuso con firmeza la conveniencia del viaje, contando con regresar en poco tiempo. Todos los cooperadores de la iglesia estaban desolados. Principalmente Febe, notable colaboradora de su esfuerzo apostólico en Corinto, no conseguía ocultar las lágrimas del corazón. El dedicado discípulo de Jesús les hizo ver que la iglesia estaba fundada, solicitando apenas la continuidad de la atención y cariño de los compañeros. No sería justo, a su manera de ver, enfrentar de nuevo la ira de los israelitas, pareciéndole razonable esperar la ayuda del tiempo para las realizaciones necesarias.

Un mes después, partió en dirección de Éfeso, llevando consigo a Áquila y a la esposa, que se dispusieron a acompañarlo.

Despidiéndose de la ciudad, tuvo el pensamiento vuelto hacia el pretérito, para las esperanzas de ventura terrestre que los años habían absorbido. Visitó los sitios donde Abigail y el hermano habían jugado en la infancia, se saturó de recuerdos suaves e inolvidables y

---

(1) Juan inició sus actividades en la iglesia mixta de Éfeso, desde muy temprano, aunque no se desligó nunca de Jerusalén. *(Nota de Emmanuel).*

en el puerto de Cencréia, rememorando la partida de la novia muy amada, se rapó la cabeza, renovando sus votos de fidelidad eterna, de acuerdo con las costumbres de la época.

Después de un viaje difícil, repleto de penosos incidentes, Pablo y los compañeros llegaron al punto destinado.

La iglesia de Éfeso enfrentaba problemas torturantes. Juan luchaba seriamente para que el esfuerzo evangélico no degenerase en polémicas estériles. Pero, los tejedores llegados de Corinto le echaron una mano fuerte en la cooperación imprescindible.

En medio de las acaloradas discusiones que tuvo que mantener con los judíos en la sinagoga, el ex rabino no olvidó ciertas realizaciones sentimentales que anhelaba desde hacía mucho tiempo. Con delicadeza extrema, visitó a la Madre de Jesús en su sencilla casita, que daba para el mar. Se impresionó fuertemente con la humildad de aquel ser tan sencillo y amoroso, que más se asemejaba a un ángel vestido de mujer. Pablo de Tarso se interesó por sus narraciones cariñosas, sobre la noche del nacimiento del Maestro, grabó en lo más íntimo de sí sus divinas impresiones y prometió volver en la primera oportunidad a fin de recopilar los datos indispensables para el Evangelio que pretendía escribir para los cristianos del futuro. María se puso a su disposición, con gran alegría.

Pero el Apóstol, después de cooperar por algún tiempo en la consolidación de la iglesia, considerando que Áquila y Prisca se encontraban bien instalados y satisfechos, resolvió partir, buscando nuevos rumbos. En balde los hermanos procuraron disuadirlo, rogando que permaneciese por más tiempo en la ciudad. Prometiendo regresar tan pronto como las circunstancias lo permitiesen, alegó que necesitaba ir a Jerusalén, a llevar a Simón Pedro el fruto de la colecta de años consecutivos en los lugares que había recorrido. El hijo de Zebedeo, que conocía el antiguo proyecto, le dio la razón para emprender el viaje sin más demora.

Como ya se encontraban de nuevo a su lado, Silas y Timoteo le hicieron compañía en esa nueva excursión.

Venciendo enormes dificultades, pero predicando siempre la Buena Nueva con verdadero entusiasmo devocional, llegaron al puerto de Cesárea, donde permanecieron algunos días, instruyendo a los interesados en el conocimiento del Evangelio. De allí, se dirigieron a pie para Jerusalén, distribuyendo consolaciones y curas, a lo largo de los caminos. Llegados a la capital del judaísmo, el ex pescador de Cafarnaún los recibió con enorme júbilo. Simón Pedro presentaba gran abatimiento físico, a causa de las terribles e incesantes luchas para que la iglesia soportase sin mayores desasosiegos, las tempestades iniciales; pero, sus ojos guardaban la misma serenidad característica de los discípulos fieles.

Pablo le entregó, con alegría, la pequeña fortuna, cuya aplicación iría a asegurar una mayor independencia a la institución de Jerusalén para el desarrollo justo de la obra de Cristo. Pedro lo agradeció conmovido y lo abrazó con lágrimas. Los pobres, los huérfanos, los ancianos desamparados y los convalecientes tendrían de ahora en adelante una escuela bendita de trabajo santificante.

Pedro notó que el ex rabino también estaba quebrantado del cuerpo. Muy delgado, muy pálido, cabellos ya grisáceos, todo en él denunciaba la intensidad de las luchas empeñadas. Las manos y el rostro estaban llenos de cicatrices.

El ex pescador, ante lo que veía, le habló con entusiasmo de sus epístolas, que se esparcían por todas las iglesias y eran leídas con avidez; con profunda experiencia en problemas de orden espiritual, expresó la convicción de que aquellas cartas provenían de una inspiración directa del Maestro Divino, observación que Pablo de Tarso recibió muy conmovido, dada la espontaneidad del compañero. Aparte de todo –agregaba Simón placenteramente–, no podía haber un elemento educativo de tan elevado alcance como aquel. Conocía cristianos de Palestina que guardaban numerosas copias del mensaje a los tesalonicenses. Las iglesias de Jope y Antipatris, por ejemplo, comentaban las epístolas, frase por frase.

El ex rabino sintió inmenso consuelo para proseguir la lucha redentora.

Después de algunos días, se dirigió a Antioquía con los discípulos. Descansó algún tiempo junto a los compañeros muy amados, pero su poderosa capacidad de trabajo no le permitía mayores intermitencias de reposo.

En esa época, no pasaba una semana que no recibiese representaciones de diversas iglesias, de los puntos más distantes. Antioquía de Pisidia sumariaba dificultades; Iconio reclamaba nuevas visitas; Bereia rogaba providencias. Corinto necesitaba de esclarecimientos. Colosas insistía por su urgente presencia. Pablo de Tarso, valiéndose de los compañeros de ocasión, les enviaba nuevos mensajes, atendiendo a todos con el mayor cariño. En tales circunstancias, nunca más el Apóstol de los gentiles estuvo solo en su tarea evangelizadora. Siempre asistido por numerosos discípulos, sus epístolas, que permanecerían para los cristianos del futuro, están, en su mayoría, repletas de referencias personales, suaves y dulces.

Terminando su permanencia en Antioquía, regresó a su ciudad natal, hablando allí de las verdades eternas y consiguiendo despertar a gran número de tartenses para las realidades del Evangelio. Enseguida, se internó de nuevo por las alturas del Tauro, visitó las comunidades de toda la Galacia y Frigia, levantando el ánimo de los compañeros de fe, en lo que empleó elevado porcentaje de tiempo. En ese afán incansable e incesante, consiguió organizar grupos de nuevos discípulos para Jesús, distribuyendo grandes beneficios en todos los lugares iluminados por su palabra edificante, que también estaba bien ilustrada con hechos.

En todas partes, luchas sin treguas, alegrías y dolores, angustias y amarguras del mundo, que no llegaban a disminuir las esperanzas en las promesas de Jesús. De un lado, eran los israelitas rigurosos, enemigos férreos y declarados del Salvador; del otro, los cristianos indecisos, vacilando entre las conveniencias personales y las falsas interpretaciones. No obstante, el misionero tartense, conociendo que el discípulo sincero tendrá que experimentar todos los

días las sensaciones de la "puerta estrecha", nunca se dejó vencer por el desánimo, renovando a cada hora el propósito de soportarlo todo, actuar, hacer y edificar por el Evangelio, entregado totalmente a Jesucristo.

Vencidas las luchas incansables, deliberó regresar a Éfeso, interesado en la redacción del Evangelio basado en los recuerdos de María.

Ya no encontró a Áquila y Prisca, que regresaron a Corinto en compañía de un tal Apolo, que se había hecho notar por su cultura entre los recién convertidos. Aunque solo pretendía mantener algunas conversaciones extensas con la hija inolvidable de Nazaret, fue compelido a enfrentar una lucha seria con los cooperadores de Juan. La sinagoga consiguió un gran ascendiente político sobre la iglesia de la ciudad, que amenazaba zozobrar. El ex rabino percibió el peligro y aceptó la lucha, sin reservas. Durante tres meses discutió en la sinagoga, en todas las reuniones. La ciudad, se mantenía en dudas atroces, parecía alcanzar una comprensión más elevada y más rica de luces. Multiplicando las curaciones maravillosas, Pablo, un día, habiendo impuesto las manos sobre algunos enfermos, fue rodeado por una claridad indefinible del mundo espiritual. Las voces santificadas, que se manifestaban en Jerusalén y Antioquía, hablaron en la plaza pública. Este hecho tuvo una enorme repercusión y dio mayor autoridad a los argumentos del Apóstol, impugnando a los judíos.

En Éfeso no se hablaba de otra cosa. El ex rabino había sido elevado al apogeo de la consideración, de un día para otro. Los israelitas perdían terreno en toda la línea. El tejedor se valió de la ocasión para lanzar raíces evangélicas más profundas en los corazones. Secundando el esfuerzo de Juan, procuró instalar en la iglesia los servicios de asistencia a los más desfavorecidos de la fortuna. La institución se enriquecía de valores espirituales. Comprendiendo la importancia de la organización de Éfeso para toda Asia, Pablo de Tarso deliberó prolongar, allí, su permanencia. Vinieron discípulos de Macedonia. Áquila y la esposa habían regresado de Corinto;

Timoteo, Silas y Tito cooperaban, activamente, visitando las fundaciones cristianas ya establecidas. Así, vigorosamente auxiliado, el generoso Apóstol multiplicaba las curaciones y los beneficios en nombre del Señor. Trabajando por la victoria de los principios del Maestro, hizo que muchos abandonasen creencias y supersticiones peligrosas, para entregarse a los brazos amorosos del Cristo.

Ese ritmo de trabajo fecundo perduraba hacía más de dos años, cuando surgió un acontecimiento de vasta repercusión entre los efesios.

La ciudad tenía un culto especial a la diosa Diana. Pequeñas estatuas, imágenes fragmentarias de la divinidad mitológica surgían en todos los rincones, así como en los adornos de la población. Pero, las prédicas de Pablo habían modificado las preferencias del pueblo. Casi nadie se interesaba más en adquirir las imágenes de la diosa. Pero, ese culto era tan lucrativo que los orfebres de la época, dirigidos por un artífice de nombre Demetrio, iniciaron una vehemente protesta ante las autoridades competentes.

Los perjudicados alegaban que la campaña del Apóstol aniquilaba las mejores tradiciones populares de la notable y floreciente ciudad. El Culto a Diana venía de los antepasados y merecía más respeto; además, toda una clase de hombres valiosos se quedaba sin trabajo.

Demetrio se movilizó. Los orfebres se reunieron y pagaron a amotinadores. Sabían que Pablo hablaría en el teatro, aquella misma noche que sucedió a las tramoyas definitivas. Pagados por los artífices, los maliciosos comenzaron a propagar rumores entre los más crédulos. Insinuaban que el ex rabino se preparaba para destrozar el templo de Diana, a fin de quemar los objetos del culto. Añadían que el grupo de depravados iconoclastas saldría del teatro para ejecutar el siniestro proyecto. Se irritaron los ánimos. El plan de Demetrio calaba profundamente en la imaginación de los más ignorantes. Al atardecer, una gran masa popular se apostó en la amplia plaza, en actitud expectante. La noche cerró y la multitud crecía

siempre. Al encenderse en el teatro las primeras luces, los orfebres creyeron que el Apóstol estuviese allá. Con imprecaciones y gestos amenazadores, la multitud avanzó en furiosa gritería, pero solamente Gaio y Aristarco, hermanos de Macedonia, se encontraban allí, preparando el ambiente para las predicaciones de la noche. Ambos fueron apresados por los exaltados. Verificando la ausencia del ex rabino, la masa inconsciente se encaminó hacia la tienda de Áquila y Prisca. No obstante, Pablo tampoco estaba allá. El sencillo taller del matrimonio fue desmantelado totalmente a golpes impiadosos. Telares quebrados, piezas de cuero tiradas en la vía, furiosamente. Finalmente, el matrimonio fue apresado, bajo los gritos de la turba exacerbada.

La noticia se esparció con extrema rapidez. La columna revolucionaria se engrosaba de adherentes en todas las calles, dado su carácter festivo. En balde acudieron soldados para contener a la multitud. Los mayores esfuerzos se tornaban inútiles. De vez en cuando Demetrio se asomaba a una improvisada tribuna y se dirigía al pueblo envenenándole los ánimos.

Recogido en la residencia de un amigo, Pablo de Tarso se enteró de los graves hechos que se desarrollaban por su causa. Su primer impulso fue salir enseguida al encuentro de los compañeros capturados para liberarlos, pero los hermanos impidieron su salida. Esa dolorosa noche sería inolvidable en su vida. A lo lejos, se oía la gritería estrepitosa: –"¡Grande es la diosa Diana de Éfeso! ¡Grande es la Diosa Diana de Éfeso!" Pero el Apóstol, constreñido a la fuerza por los compañeros, tuvo de desistir de esclarecer a la masa popular, en la plaza pública.

Solo más tarde, el notario de la ciudad consiguió hablar al pueblo, concitándolo a llevar la causa a juicio, abandonando el loco propósito de hacer justicia por sus propias manos.

La asamblea se dispersó, poco antes de la media noche, pero solo atendió a la autoridad después de ver a Gaio, Aristarco y el matrimonio de tejedores encarcelados en el calabozo.

Al día siguiente, el generoso Apóstol de los gentiles fue, en compañía de Juan, a observar los destrozos de la tienda de Áquila. Todo estaba despedazado en la vía pública. Pablo meditó con inmensa amargura en los amigos presos y dijo al hijo de Zebedeo, con los ojos empañados de lágrimas.

–¡Cómo me entristece todo esto! Áquila y Prisca han sido mis compañeros de lucha desde las primeras horas de mi conversión a Jesús. Por ellos yo debía sufrir todo, por el mucho amor que les debo; pues no juzgo razonable que sufran por mi causa.

–¡La causa es del Cristo! –respondió Juan con acierto.

El ex rabino pareció conformarse con la observación y sentenció:

–Sí, el Maestro nos consolará.

Y, después de concentrarse extensamente, dijo:

–Estamos en luchas incesantes en Asia, hace más de veinte años… Ahora, preciso retirarme de Jonia, sin demora. Los golpes vinieron de todos los lados. Por el bien que deseamos, nos hacen todo el mal que pueden. ¡Hay de nosotros si no trajésemos las marcas de Jesucristo!

¡El indomable predicador, tan valiente e invulnerable, lloraba! Juan percibió su tristeza, contempló sus cabellos prematuramente encanecidos y buscó desviar el asunto:

–No te vayas por ahora –dijo, solícito–, aún eres necesario aquí.

–Imposible –respondió con tristeza–, la revolución de los orfebres continuaría. Todos los hermanos pagarían muy caro por mi compañía.

–¿Pero no pretendes escribir el Evangelio, conforme a las reminiscencias de María? –preguntó delicadamente el hijo de Zebedeo.

–Es verdad –confirmó el ex rabino con amarga serenidad–, sin

embargo, es forzoso partir. En caso de que no regrese más, enviaré a un compañero para recolectar las debidas anotaciones.

–A pesar de todo, podrías permanecer con nosotros.

El tejedor de Tarso miró al compañero con tranquilidad y explicó, en actitud humilde:

–Tal vez estés equivocado. Nací para una lucha sin treguas, que deberá prevalecer hasta el fin de mis días. Antes de encontrar las luces del Evangelio, erré criminalmente, aunque con el sincero deseo de servir a Dios. Fracasé, muy tempranamente, en la esperanza de tener un hogar. Me volví odiado de todos, hasta que el Señor se compadeció de mi miserable situación, llamándome a las puertas de Damasco. Entonces, se estableció un abismo entre mi alma y el pasado. Abandonado por los amigos de la infancia, tuve que procurar el desierto y comenzar de nuevo la vida. De la tribuna del Sanedrín, regresé al pesado y rústico telar. Cuando volví a Jerusalén, el judaísmo me consideró enfermo y mentiroso. En Tarso experimenté el abandono de los parientes más queridos. A continuación, recomencé en Antioquía la tarea que me conducía al servicio de Dios. Desde entonces, trabajé sin descanso, porque muchos siglos de servicio no darían para pagar cuanto debo al Cristianismo. Y salí a las predicaciones. Peregriné por diversas ciudades, visité centenares de aldeas, pero de ningún lugar me retiré sin lucha áspera. Siempre salí por la puerta de la cárcel, por el apedreamiento, por los golpes de los azotes. En los viajes por mar, ya experimenté el naufragio más de una vez; ni siquiera en las bodegas estrechas de una embarcación, he podido evitar la lucha. Pero Jesús me ha enseñado la sabiduría de la paz interior, en perfecta comunión con su amor.

Esas palabras eran dichas en un tono de humildad tan sincero que el hijo de Zebedeo no conseguía esconder su admiración.

–Eres feliz, Pablo –dijo él con firme convicción–, porque entendiste el programa de Jesús en lo que te concierne. Que no te duelan los recuerdos de los martirios sufridos, porque el Maestro

fue compelido a retirarse del mundo por los tormentos de la cruz. Regocijémonos con las prisiones y los sufrimientos. Si Cristo partió sangrando por heridas tan dolorosas, no tenemos el derecho de acompañarlo sin cicatrices…

El Apóstol de los gentiles prestó enorme atención a esas consoladoras palabras y dijo:

–¡Es verdad!...

–Por lo demás –agregó el compañero, emocionado–, debemos contar con numerosos calvarios. Si el Cordero Inmaculado padeció en la cruz de la ignominia, ¿de cuántas cruces necesitaremos para alcanzar la redención? Jesús vino al mundo por inmensa misericordia. Nos invitó con suavidad, convocándonos a una vida mejor… Ahora, mi amigo, como los antepasados de Israel, que salieron del cautiverio de Egipto a costa de sacrificios extremos, precisamos huir de la esclavitud de los pecados, violentándonos a nosotros mismos, disciplinando el espíritu, a fin de juntarnos al Maestro, correspondiendo a su inmensa bondad.

Pablo pensativo, meneó la cabeza y acentuó:

–Desde que el Señor se dignó convocarme al servicio del Evangelio, no he meditado en otra cosa.

En ese ritmo de cordialidad conversaron mucho tiempo, hasta que el Apóstol de los gentiles concluyó más confortado:

–La conclusión que saco de todo es que mi tarea en Oriente ha finalizado. El espíritu de servicio exige que me vaya más allá… Tengo la esperanza de predicar el Evangelio del Reino en Roma, en España y en otros pueblos menos conocidos…

Su mirada estaba llena de visiones gloriosas y Juan susurró humildemente:

–Dios bendecirá tus caminos.

Se demoró aún en Éfeso, movilizando los mejores empeños a favor de los prisioneros. Conseguida la libertad de los detenidos, re-

solvió dejar Jonia dentro del menor plazo posible de tiempo. Pero estaba profundamente abatido. Se diría que las últimas luchas habían cooperado en el desmantelamiento de sus mejores energías. Acompañado de algunos amigos se dirigió hacia Troade, donde se demoró algunos días, adoctrinando a los hermanos en la fe. Mientras estaba en ello, la fatiga se acentuaba cada vez más. Las preocupaciones lo enervaban. Experimentaba en lo más intimo de su ser una profunda desolación, que el insomnio agravaba día a día. Pablo, que nunca olvidó la ternura de los hermanos de Filipo, deliberó, entonces, buscar allí un abrigo, ansioso de reposar algunos momentos. El Apóstol fue acogido con inequívocas pruebas de cariño y consideración. Los niños de la institución se desdoblaban en demostraciones de afectuosa ternura. Otra agradable sorpresa lo esperaba allí: Lucas se encontraba accidentalmente en la ciudad y fue a abrazarlo. Ese encuentro reanimó su ánimo abatido. Al entrevistarse con el amigo, el médico se alarmó. Pablo le pareció extremadamente debilitado, triste, no obstante la fe inquebrantable que nutría su corazón y se derramaba de sus labios. Explicó que había estado enfermo, que había sufrido mucho en las últimas predicaciones de Éfeso, que estaba solo en Filipo, después del regreso de algunos amigos que lo habían acompañado, que los colaboradores más fieles habían partido para Corinto, donde lo aguardaban.

Muy sorprendido, Lucas lo oyó todo, silencioso y preguntó:

–¿Cuándo partirás?

–Pretendo permanecer aquí durante dos semanas.

Y después de vagar la mirada por el paisaje, concluyó en tono casi amargo:

–Además, mi querido Lucas, juzgo que está será la última vez que descanso en Filipo…

–Pero, ¿por qué? No existen motivos para presentimientos tan tristes.

Pablo notó la preocupación del amigo y se apresuró a deshacer sus primeras impresiones:

–Supongo que habré de partir para Occidente –aclaró con una sonrisa.

–¡Muy bien! –respondió Lucas, reanimado–. Voy a ultimar los asuntos que me trajeron aquí e iré contigo a Corinto.

El Apóstol se alegró. Se sentía feliz con la presencia de un compañero de los más dedicados. Lucas también estaba satisfecho con la posibilidad de asistirlo en el viaje. Con gran esfuerzo procuraba disimular la penosa impresión que le causaba la salud del Apóstol. Muy delgado, con el rostro pálido, los ojos hundidos, el ex rabino daba la impresión de profunda miseria orgánica. No obstante, el médico hizo todo lo posible por ocultar sus dolorosas conjeturas.

Como de costumbre, Pablo de Tarso, durante el viaje hasta Corinto, habló del proyecto de llegar a Roma, para llevar a la capital del Imperio el mensaje de amor de Jesucristo. La compañía de Lucas y el cambio del paisaje revigoraron sus fuerzas físicas. El propio médico estaba sorprendido con la reacción natural de aquel hombre de voluntad poderosa.

Por el camino, a través de las predicaciones ocasionales de un extenso itinerario, se juntaron a ellos algunos compañeros de los más dedicados.

Nuevamente en Corinto, el ex rabino ratificó sus epístolas, reorganizó amorosamente los cuadros del servicio de la iglesia y, en el círculo de los amigos más íntimos, no hablaba de otra cosa sino del grandioso proyecto de visitar Roma, con la intención de auxiliar a los cristianos, ya existentes en la ciudad de los Césares, a establecer instituciones semejantes a las de Jerusalén, Antioquía, Corinto y otros puntos más importantes del Oriente. En ese medio tiempo, readquirió las energías latentes del organismo debilitado. Se redoblaba en el plan, coordinando ideas y más ideas del programa previsto, en la metrópoli imperial. Adelantó numerosas providencias. Pensó en preparar su llegada, haciéndola preceder de una carta en la cual recapitulase la consoladora doctrina del Evangelio y nombrase, con salutaciones afectuosas a todos los hermanos de su conoci-

miento en el ambiente romano. Áquila y Prisca habían regresado de Éfeso y habían salido para la capital del Imperio, con la intención de recomenzar su vida. Serían auxiliares dilectos. Para ese fin, Pablo empleó algunos días en la redacción del célebre documento, concluyéndolo con una carga de salutaciones particulares y extensas. Fue ahí que se verificó un episodio escasamente conocido por los seguidores del Cristianismo. Considerando que todos los hermanos y predicadores eran personas excesivamente ocupadas en los más variados menesteres y que a Pablo le costaría encontrar un portador para la famosa misiva, una hermana de nombre Febe, gran cooperadora del Apóstol de los gentiles en el puerto de Cencreía, le comunicó que tendría que ir a Roma, en visita a parientes, y se ofrecía, de buen grado, a llevar el documento destinado a iluminar a la cristiandad postrera.

Pablo vibró de contento, extendiendo su regocijo a toda la cofradía. La epístola fue terminada con enorme entusiasmo y júbilo. Tan pronto partió la heroica emisaria, el ex rabino reunió a la pequeña comunidad de los discípulos dilectos para asentar las bases definitivas de la gran expedición de trabajo. Comenzó explicando que el invierno estaba por comenzar, pero, tan pronto volviese el tiempo de navegación, embarcaría para Roma. Después de justificar la excelencia del plan, visto que ya estaba implantado el Evangelio en las regiones más importantes del Oriente, pidió a los amigos íntimos que le dijesen cómo y hasta qué punto les sería posible secundarlo. Timoteo alegó que Eunice no podía, de momento, dispensar sus cuidados, dado el fallecimiento de la venerada Loide. Según expuso, necesitaba regresar a Tesalónica y Aristarco lo secundó en ese parecer. Sópatro habló de sus dificultades en Bereia. Gaio pretendía partir para Derbe al día siguiente. Tiquito y Trófimo alegaron la necesidad urgente de ir a Éfeso de donde pretendían mudarse para Antioquía, ciudad natal de ambos. Casi todos los demás estaban imposibilitados de participar en la empresa. Apenas Silas afirmó que podría hacerlo, fuese como fuese. Pero, llegada la vez de Lucas, que se había mantenido callado hasta entonces, dijo que él estaba listo y

resuelto a participar de los trabajos y alegrías de la misión de Roma. Así pues, de toda la asamblea solo dos podrían acompañarlo. Sin embargo Pablo se mostró conforme y muy satisfecho. Le bastaban Silas y Lucas, habituados a sus métodos de propaganda y con los más bellos títulos de trabajo y dedicación a la causa de Jesús.

Todo transcurría a las mil maravillas, pues el plan acordado auspiciaba grandes esperanzas, cuando, al siguiente día, un peregrino, pobre y triste, arribaba a Corinto, desembarcando de una de las últimas embarcaciones llegadas al Peloponeso para el largo ancoraje del invierno. Venía de Jerusalén, tocó en las puertas de la iglesia y procuró instantáneamente encontrar a Pablo, a fin de entregarle una carta confidencial. Ante el singular mensajero, el Apóstol se sorprendió. Se trataba del hermano Abdías, a quien Santiago le había dado el cometido de entregar la carta al ex rabino. Éste la tomó y la desdobló un tanto nervioso.

A medida que iba leyendo, más pálido se ponía.

Se trataba de un documento particular, de la más alta importancia. El hijo de Alfeo comunicaba al ex doctor de la Ley los dolorosos acontecimientos que se desarrollaban en Jerusalén. Santiago avisaba que la iglesia sufría una nueva y violentísima persecución del Sanedrín. Los rabinos habían decidido reanudar el hilo de las torturas infligidas a los cristianos. Simón Pedro había sido desterrado de la ciudad. Gran número de hermanos eran blanco de nuevas persecuciones y martirios. La iglesia había sido asaltada por fariseos sin conciencia y, solo, no se había salvado de sufrir depredaciones de mayor importancia en virtud del respeto que el pueblo le consagraba. Dentro de sus actitudes conciliatorias, consiguió aplacar los ánimos más exaltados, pero el Sanedrín alegaba la necesidad de un entendimiento con Pablo, a fin de conceder treguas. La acción del Apóstol de los gentiles, incesante y activa, había conseguido lanzar las semillas de Jesús en todas partes. De todos lados, el Sanedrín recibía consultas, reclamaciones, noticias alarmantes. Las sinagogas se estaban quedando desiertas. Tal situación requería esclarecimientos. Basado en esos pretextos, el mayor Tribunal de los

israelitas había iniciado tremendos ataques contra la organización cristiana de Jerusalén. Santiago relataba los acontecimientos con gran serenidad y rogaba a Pablo de Tarso que no abandonase a la iglesia en aquella hora de luchas acervas. Él, Santiago, estaba envejecido y cansado. Sin la colaboración de Pedro, temía sucumbir. Pedía, entonces al convertido de Damasco que fuese a Jerusalén, que afrontase las persecuciones por amor a Jesús, para que los doctores del Sanedrín y del Templo quedasen bastante esclarecidos. Creía que no le podría advenir ningún mal, porque el ex rabino sabría dirigirse mejor a las autoridades religiosas para que la causa lograse justo éxito. El viaje a Jerusalén tendría solamente un objetivo: esclarecer al Sanedrín como se hacía indispensable. Después de eso, que Santiago consideraba de suma importancia para salvar a la iglesia de la capital del judaísmo, Pablo regresaría tranquilo y feliz para donde quisiese.

El mensaje estaba lleno de exclamaciones amargas y de llamadas vehementes.

Pablo de Tarso terminó la lectura y recordó el pasado. ¿Con qué derecho le hacía el Apóstol galileo semejante pedido? Santiago siempre se había colocado en una posición antagónica. Por la cual, a pesar de su índole impetuosa, franca e inquebrantable no podía odiarlo; pero, no se sentía perfectamente afín con el hijo de Alfeo, al punto de tornarse su compañero adecuado en un lance tan difícil. Buscó un rincón solitario de la iglesia, se sentó y meditó. Experimentando ciertas renuencias íntimas en renunciar a la partida para Roma, no obstante el proyecto formulado en Éfeso en vísperas de la revolución de los orfebres, de solo visitar la capital del Imperio después de una nueva excursión en Jerusalén, procuró consultar el Evangelio, para deshacer tan grande perplejidad. Desenrolló los pergaminos al azar, leyendo la advertencia de las anotaciones de Leví: –"Reconcíliate deprisa con tu adversario". (1)

Ante esas palabras juiciosas, no disimuló el asombro, recibién-

---

(1) Mateo, 5:25. – *(Nota de Emmanuel).*

dolas como un consejo divino para que no despreciase la oportunidad de establecer con el apóstol galileo los lazos sacrosantos de la más pura fraternidad. No era justo alimentar caprichos personales en la obra de Cristo. En el hecho en perspectiva, no era Santiago el interesado en su presencia en Jerusalén: era la iglesia, era la sagrada institución que se tornara tutora de los pobres y de los infelices.

Provocar las iras farisaicas sobre ella, ¿no sería lanzar una tempestad de imprevisibles consecuencias para los necesitados y desfavorecidos del mundo? Recordó su juventud y la larga persecución que había llegado a movilizar contra los discípulos del Crucificado. Tuvo el nítido recuerdo del día en el que había efectuado la prisión de Pedro entre los lisiados y los enfermos que lo rodeaban sollozantes. Recordó que Jesús lo había llamado para el servicio divino, a las puertas de Damasco; que, desde entonces, sufrió y predicó, sacrificándose a sí mismo y enseñando las verdades eternas, organizando iglesias amorosas y acogedoras, donde los "hijos del Calvario" tuviesen consuelo y abrigo, de conformidad con las exhortaciones de Abigail; y así llegó a la conclusión de que debía a los sufridores de Jerusalén algo que era preciso restituir. En otros tiempos, había fomentado la confusión, los privó de la asistencia cariñosa de Esteban, inició destierros impiadosos. Muchos enfermos fueron obligados a renegar del Cristo en su presencia, en la ciudad de los rabinos. ¿No sería aquella la ocasión adecuada para rescatar tan enorme deuda? Pablo de Tarso, iluminado ahora por las más santas experiencias de la vida junto al Maestro Amado, se levantó y con pasos resueltos se dirigió al portador del mensaje que lo esperaba en actitud humilde:

–Amigo, ven a descansar, que bien que lo necesitas. Llevarás la respuesta en pocos días.

–¿Iréis a Jerusalén? –interrogó Abdías con cierta ansiedad, como si conociese la importancia del asunto.

–Sí –respondió el Apóstol.

El emisario fue tratado con todo el cariño. Pablo procuró oír

sus impresiones personales sobre la persecución abierta de nuevo contra los discípulos de Cristo; buscó fijar ideas sobre lo que le competía hacer; pero, no conseguía evadirse de ciertas preocupaciones imperiosas y aparentemente insolubles. ¿Cómo proceder en Jerusalén? ¿Qué especie de esclarecimientos debería prestar a los rabinos del Sanedrín? ¿Qué testimonio le competía dar?

Muy aprensivo, adormeció aquella noche, después de tener pensamientos torturantes y exhaustivos. Pero, soñó que se encontraba en una senda extensa y clara, matizada de maravillosas claridades opalinas. No había dado muchos pasos, cuando fue abrazado por dos entidades cariñosas y amigas. Eran Jeziel y Abigail, que lo enlazaban con muchísimo cariño. Extasiado, no pudo murmurar una palabra. Abigail le agradeció la ternura de los recuerdos conmovidos, en Corinto, le habló de los júbilos de su corazón y remató con alegría:

–No te inquietes, Pablo. Es necesario que vayas a Jerusalén para dar el testimonio imprescindible.

En lo íntimo, el Apóstol reconsideraba el plan de viaje a Roma, con la noble intención de enseñar las verdades cristianas en la sede del Imperio. Bastó que lo pensase para que la voz querida se hiciese oír de nuevo, en su timbre familiar:

–Tranquilízate, porque irás a Roma a cumplir un sublime deber; pero, no como quieres, sino de acuerdo con los designios del Altísimo…

Y luego esbozando una angelical sonrisa:

–Después, será entonces nuestra unión eterna en Jesucristo, para la divina tarea del amor y de la verdad a la luz del Evangelio.

Aquellas palabras cayeron en su alma con la fuerza de una profunda revelación. El Apóstol de los gentiles no sabría explicar lo que pasó en lo más íntimo de su Espíritu. Sentía, simultáneamente, dolor y placer, preocupación y esperanza. La sorpresa pareció impedir el seguimiento de la inolvidable visión. Jeziel y la hermana, dirigiéndole gestos amorosos, parecían desaparecer en una faja de

nieblas transparentes. Despertó sobresaltado y concluyó, desde luego, que debía prepararse para los últimos testimonios.

Al día siguiente, convocó a una reunión de los amigos de Corinto. Mandó que Abdías explicase, de viva voz, la situación de Jerusalén y expuso el plan de pasar por la capital del judaísmo antes de seguir hacia Roma. Todos comprendieron los sagrados imperativos de la nueva resolución. Sin embargo, Lucas se adelantó preguntando:

–De acuerdo con la modificación del proyecto, ¿Cuándo pretendes partir?

–Dentro de pocos días –respondió con resolución.

–Imposible –manifestó el médico–, no estamos de acuerdo con tu viaje, a pie, a Jerusalén; además, precisas descansar algunos días después de tantas luchas.

El ex rabino reflexionó un momento y concordó:

–Tienes razón. Permaneceré en Corinto algunas semanas; no obstante, pretendo hacer el viaje por etapas, con la intención de visitar las comunidades cristianas, pues tengo la intuición de mi partida en breve, para Roma, y de que, en cuerpo mortal, no veré más a las iglesias amadas…

Esas palabras eran pronunciadas en tono melancólico. Lucas y los demás compañeros permanecieron silenciosos y el apóstol continuó:

–Aprovecharé el tiempo instruyendo a Apolo sobre los trabajos indispensables del Evangelio, en las diversas regiones de Acaya.

En seguida, deshaciendo la impresión de sus afirmaciones menos animadoras, en lo tocante al viaje a Roma, infundió nuevo aliento al auditorio, emitiendo conceptos optimistas y esperanzadores. Trazó un vasto programa para los discípulos, recomendando actividades a la mayoría, entre las comunidades de toda Macedonia, a fin de que todos los hermanos estuviesen prontos para sus despedidas; otros fueron despachados para Asia con idénticas instrucciones.

Transcurridos tres meses de permanencia en Corinto, nuevas persecuciones de los judíos fueron realizadas en contra de la institución. La sinagoga principal de Acaya había recibido notificaciones secretas de Jerusalén. Nada menos que la eliminación del Apóstol a cualquier precio. Pablo recibió la insidia y se despidió prudentemente de los corintios, partiendo en compañía de Lucas y Silas, a pie, para visitar las iglesias de Macedonia.

Por todas partes predicó la palabra del Evangelio, convencido de que era la última vez que miraba aquellos paisajes.

Se despedía, conmovido, de los viejos amigos de otros tiempos. Hacía recomendaciones, en el tono de quien iba a partir para siempre. Mujeres reconocidas, ancianos y niños acudían a besarle las manos con enternecimiento. Llegando a Filipo, cuya comunidad fraternal le hablaba más íntimamente al corazón, su palabra suscitó torrentes de lágrimas. La iglesia amorosa, que reverdecía para Jesús a la orilla del Gangas, consagraba al Apóstol de los gentiles singular afecto. Lidia y sus numerosos auxiliares, en un impulso muy humano, querían retenerlo en su compañía, insistían para que no prosiguiese, recelosos de las persecuciones del farisaísmo. Y el Apóstol, sereno y confiado, afirmaba:

–No lloréis, hermanos. Convencido estoy de lo que me compete hacer y no debo esperar flores y días felices. Me corresponde aguardar el fin, en la paz del Señor Jesús. La existencia humana es de trabajo incesante y los últimos sufrimientos son la corona del testimonio.

Eran las exhortaciones llenas de esperanzas y alegrías, por confortar a los más tímidos y renovar la fe en los corazones débiles y afligidos.

Dando por terminada la tarea en las zonas de Filipo, Pablo y los compañeros navegaron con destino a Troade. En esta ciudad, el Apóstol hizo, con insuperable éxito, la última prédica en la séptima noche de su llegada, verificándose el célebre incidente con el joven Éutico, que cayó desde una ventana del tercer piso del edificio en el

que se realizaban las prácticas evangélicas, siendo socorrido de inmediato por el ex rabino, que lo recogió medio muerto y le devolvió la vida en nombre de Jesús.

En Troade, otros cofrades se reunieron a la pequeña caravana. Atentos a la recomendación de Pablo, partieron con Lucas y Silas para Asós, a fin de contratar a precio módico algún viejo barco de pescadores, porque el Apóstol prefería viajar de ese modo entre las islas y los numerosos puertos, para despedirse de los amigos y hermanos que moraban por allí. Así aconteció; y, mientras los colaboradores tomaban una embarcación confortable, el ex rabino anduvo más de veinte kilómetros de camino solo por el placer de abrazar a los continuadores humildes de su grandiosa faena apostólica.

Adquiriendo enseguida un barco muy ordinario, Pablo y los discípulos prosiguieron viaje hacia Jerusalén, distribuyendo consolaciones y socorros espirituales a las comunidades humildes y oscuras.

En todas las playas eran gestos conmovedores, adioses dolorosos. Pero, en Éfeso la escena fue mucho más triste, porque el Apóstol solicitó la comparecencia de los ancianos y de los amigos, para hablarles particularmente al corazón. No deseaba desembarcar, con la intención de prevenir nuevos conflictos que retardasen su marcha; pero, en testimonio de amor y reconocimiento, la comunidad en peso fue a su encuentro, sensibilizando su alma afectuosa.

La propia María, avanzada en años, acudió desde lejos en compañía de Juan y otros discípulos, para llevar una palabra de amor al valeroso paladín del Evangelio de su Hijo. Los ancianos lo recibieron con ardientes demostraciones de amistad, los niños le ofrecían meriendas y flores.

Extremadamente conmovido, Pablo de Tarso discurrió en tono de despedida y, cuando afirmó el presentimiento de que no volvería más allí en cuerpo mortal, hubo grandes explosiones de amargura entre los efesios.

Como si estuviesen tocados por la grandeza espiritual de

aquel momento, casi todos se arrodillaron en la alfombra blanca de la playa y pidieron a Dios que protegiese al dedicado batallador del Cristo. Recibiendo tan bellas manifestaciones de cariño, el ex rabino los abrazó, uno por uno con los ojos bañados de lágrimas. La mayoría se le tiraba en los brazos amorosos, sollozando, besando sus manos callosas y rudas. Abrazando, por último, a la Madre Santísima, Pablo le tomó la diestra y se la besó con ternura filial.

El viaje continuó con las mismas características. Rodes, Pátara, Tiro, Ptolemaida y finalmente, Cesárea. En esta ciudad, se hospedaron en casa de Felipe, que había fijado su residencia allí desde hacía mucho tiempo. El viejo compañero de luchas informó a Pablo de los mínimos hechos de Jerusalén, donde mucho esperaban de su esfuerzo personal para la continuación de la iglesia. Muy anciano, el generoso galileo habló del paisaje espiritual de la ciudad de los rabinos, sin disfrazar los recelos que la situación le causaba. No solo eso constriñó a los misioneros. Agabo, ya conocido de Pablo en Antioquía, vino desde Judea y en trance mediúmnico en la primera reunión íntima en casa de Felipe, formuló los más dolorosos vaticinios. Las perspectivas eran tan sombrías que el propio Lucas lloró. Los amigos rogaron a Pablo de Tarso que no partiese. Sería preferible la libertad y la vida a beneficio de la causa.

Pero él, siempre dispuesto y resuelto, se refirió al Evangelio, comentó el pasaje en el que el Maestro profetizaba los martirios que los aguardaban en la cruz y concluía arrebatadoramente:

–¿Por qué llorar entristeciendo el corazón? Los seguidores del Cristo deben estar preparados para todo. ¡Por mí, estoy dispuesto a dar testimonio, aunque tenga que morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús!...

La impresión de los vaticinios de Agapo aún no había desaparecido, cuando la casa de Felipe recibió una nueva sorpresa, al siguiente día. Los cristianos de Cesárea llevaron a presencia del ex rabino a un emisario de Santiago, de nombre Mnason. El Apóstol galileo supo de la llegada del convertido de Damasco al puerto pa-

lestino y se dio prisa en comunicarse con él, mediante un mensajero dedicado a la causa común. Mnason explicó al ex rabino el motivo de su presencia, advirtiéndole de los peligros que enfrentaría en Jerusalén, donde el odio sectario hervía y alcanzaba las más atroces persecuciones. Dadas la exaltación y la vigilancia del judaísmo, Pablo no debería procurar inmediatamente la iglesia, sino hospedarse en casa del portador del mensaje, donde Santiago iría a hablarle en privado y así resolver lo que mejor conviniese a los sagrados intereses del Cristianismo. Después, el Apóstol de los gentiles sería recibido en la institución de Jerusalén, para discutir con los actuales directores los destinos de la casa.

Pablo encontró muy razonables los cuidados y sugestiones de Santiago, pero prefirió seguir escuchando los consejos del portador.

Angustiosas sombras envolvían el espíritu de los compañeros del gran Apóstol, cuando la caravana, seguida de Mnason, se dirigió de Cesárea para la capital del Judaísmo. Como siempre, Pablo de Tarso anunció la Buena Nueva en los burgos más humildes.

Después de algunos días de marcha lenta, para que todos los trabajos apostólicos fuesen suficientemente atendidos, los discípulos del Evangelio traspusieron las puertas de la ciudad de los rabinos, llenos de graves preocupaciones.

Envejecido y quebrantado, el Apóstol de los gentiles contempló los edificios de Jerusalén, demorando su mirada en el paisaje árido y triste que le recordaba los años de la juventud tumultuosa y muerta para siempre. Elevó el pensamiento a Jesús y le pidió que lo inspirase en el cumplimiento de su sagrado ministerio.

VIII

El martirio en Jerusalén

Obedeciendo las recomendaciones de Santiago, Pablo de Tarso se hospedó en casa de Mnason, antes de cualquier entendimiento con la iglesia. El Apóstol galileo prometió visitarlo esa misma noche.

Presintiendo acontecimientos de importancia en aquella fase de su existencia, el ex rabino aprovechó el día trazando planes para los discípulos más directos.

Por la noche, cuando el espeso manto de sombras envolvía la ciudad, Santiago apareció, saludando al compañero con una actitud muy humilde. También él estaba envejecido, exhausto y enfermo. El convertido de Damasco, al contrario que otras veces, experimentó extrema simpatía por su persona, que parecía enteramente modificada por los reveses y tribulaciones de la vida.

Intercambiadas las primeras impresiones relativas a los viajes y hechos evangélicos, el compañero de Simón Pedro pidió al ex rabino que le indicase un lugar y una hora en la que pudiesen hablar con mayor discreción.

Pablo lo atendió enseguida, entrando ambos en un aposento particular.

El hijo de Alfeo comenzó explicando el motivo de sus grandes aprensiones. Hacía más de un año que los rabinos Eliakim y Enoch deliberaron revivir los procesos de persecuciones iniciados por él, Pablo, cuando llevó a cabo su agitada gestión en el Sanedrín. Ale-

garon que el antiguo doctor incidió en los sortilegios y hechicerías de la ilegítima grey, comprometiendo la causa del judaísmo, y no era justo continuar tolerando la situación, tan solo porque el doctor tartense perdió su razón, en el camino de Damasco. La iniciativa ganó una enorme popularidad en los círculos religiosos de Jerusalén y el mayor instituto legislativo de la raza –el Sanedrín– aprobó las medidas propuestas. Reconociendo que la obra evangelizadora de Pablo producía maravillosos frutos de esperanza en todas partes, conforme a las noticias incesantes, de todas las sinagogas de las regiones recorridas por él, el gran Tribunal comenzó por decretar la prisión del Apóstol de los gentiles. Numerosos procesos de persecución individual, dejados sin concluir por Pablo de Tarso, cuando su inesperada conversión, fueron restaurados y, –lo que era más grave– cuando los reos habían fallecido, ¡la pena era aplicada a los descendientes, que, así, eran torturados, humillados y deshonrados!

El ex rabino todo lo oía callado, estupefacto.

Santiago proseguía, esclareciendo que había hecho de todo por mitigar los rigores de la situación. Había movilizado influencias políticas a su alcance, consiguiendo atenuar unas cuantas sentencias de las más inicuas. No obstante el destierro de Pedro, procuró mantener los servicios de asistencia a los desvalidos, así como la colonia de servicio, fundada por inspiración del convertido de Damasco y en la cual los convalecientes y desamparados encontraban precioso ambiente de actividad remunerada y pacífica. Después de varios entendimientos con el Sanedrín, por intermedio de amigos influyentes en el judaísmo, tuvo la satisfacción de ablandar el rigor de las exigencias que iban a ser aplicadas en el caso de él, Pablo. El ex doctor de Tarso quedaría con libertad de actuar, podría continuar propugnando sus convicciones íntimas; pero, daría una satisfacción pública a los prejuicios de raza, atendiendo a los requisitos que el Sanedrín le presentaría por intermedio de Santiago, que se mostraba como su amigo. El compañero de Simón Pedro explicaba que las exigencias eran muy rigurosas al principio, pero ahora, merced a los enormes esfuerzos, se limitaban a una obligación de pequeña monta.

Pablo de Tarso lo escuchaba extremadamente sensibilizado. Dueño de un luminoso caudal evangélico, entendía que había llegado el momento de dar testimonio de su devoción al Maestro, justamente a través del mismo órgano que, en otros tiempos su ignorancia había engendrado. En pocos minutos, sutilizó la técnica memorística y divisó los cuadros terribles de otrora… Viejos torturados en su presencia, para sentir el placer de la apostasía cristiana, con la repetición del voto de fidelidad eterna a Moisés; madres de familia arrancadas de sus hogares oscuros, obligadas a jurar por la Ley Antigua, que perjuraban del carpintero de Nazaret, abominando la cruz de su martirio e infamia. Los sollozos de aquellas mujeres humildes, que renegaban de la fe porque se veían heridas en lo más noble que poseían, el instinto maternal, llegaban ahora, a sus oídos como gritos de angustia, clamando rescates dolorosos. Todas las escenas antiguas se desdoblaban en su retina espiritual, sin omisión del más insignificante pormenor. Hombres robustos, soporte de numerosas familias que salían mutilados de la cárcel; jóvenes que pedían venganza, niños que reclamaban los padres encarcelados. Lindando con las revocaciones levantadas, pasó al cuadro de la horrible muerte de Esteban con las pedradas e insultos del pueblo; vio de nuevo a Pedro y a Juan abatidos y humildes, en la barra del Tribunal, como si fuesen malhechores y criminales. Ahora, él estaba allí ante el hijo de Alfeo, que nunca lo había comprendido de forma integral, hablándole en nombre del pasado y en nombre del Cristo, como concitándolo al rescate de sus últimas deudas angustiosas.

Pablo de Tarso sintió que una lágrima apuntaba en sus ojos sin llegar a caer. ¿Qué especie de tortura le estaría reservada? ¿Cuáles serían las determinaciones de la autoridad religiosa a la que Santiago se refería con evidente interés?

Cuando el compañero de Simón hizo una pausa más larga, el ex rabino preguntó, muy conmovido:

–¿Qué pretenden ellos de mí?

El hijo de Alfeo fijó en él los ojos serenos y explicó:

–Después de mucha reluctancia, los israelitas congregados en nuestra iglesia van a pedirte, apenas, que pagues los gastos de cuatro hombres pobres, que hicieron voto de *nazareo*, compareciendo con ellos en el templo, durante siete días consecutivos, para que todo el pueblo pueda ver que continúas siendo un buen judío y un hijo leal de Abraham… A primera vista, la demostración podrá parecer pueril; pero, como vez, pretende satisfacer la vanidad farisaica.

El ex rabino hizo un gesto muy suyo, cuando era contrariado y replicó:

–¡Pensé que el Sanedrín iría a exigir mi muerte!…

Santiago comprendió cuán repugnante le resultaba semejante observación y objetó:

–Bien sé que eso te repugna y, aun así, insisto para que accedas, no por nosotros, propiamente, sino por la iglesia y por los que nos hayan de secundar en el futuro.

–Eso –consintió Pablo, con enorme desencanto– no representa nobleza alguna. Esa exigencia es una profunda ironía que pretende reducirnos a niños de tan fútil que es. No es persecución, es humillación; es el deseo de exhibir hombres conscientes como si fuesen niños volubles e ignorantes…

Pero, Santiago, tomando una actitud cariñosa que el ex rabino jamás le había sorprendido en cualquier circunstancia de la vida, habló con extrema ternura fraternal, revelándose al compañero sorprendido, por otro prisma:

–Sí, Pablo, comprendo tu justa aversión. El Sanedrín, con eso, pretende ridiculizar nuestras convicciones. Sé que la tortura en la plaza pública te dolería menos; pero, ¿acaso supones que eso no represente, para mí, un dolor de muchos años?… ¿Creerías, por cierto, que mis actitudes naciesen de un fanatismo inconsciente y criminal? Comprendí, desde muy temprano, desde la primera persecución, que la tarea de armonización de la iglesia con los judíos, estaba más particularmente en mis manos. Como sabes, el farisaísmo siempre vivió en una exuberante ostentación de hipocresía; pero,

convengamos, también, que es el partido dominante, tradicional, de nuestras autoridades religiosas. Desde el primer día, he sido obligado a caminar con los fariseos muchas millas para conseguir alguna cosa para la manutención de la iglesia de Cristo. ¿Fingimiento? No juzgues tal cosa. Muchas veces el maestro nos enseñó, en Galilea, que el mejor testimonio está en morir despacito, diariamente, por la victoria de su causa; por eso mismo afirmaba que Dios no desea la muerte del pecador, porque es en la extinción de nuestros caprichos de cada día donde encontramos la escalera luminosa para ascender a su infinito amor. La atención que he dedicado a los judíos es gemela del cariño que consagras a los gentiles. A cada uno de nosotros confió Jesús una tarea diferente en la forma, pero idéntica en el fondo. Si muchas veces he provocado falsas interpretaciones sobre mis actitudes, todo eso es doloroso para mí espíritu habituado a la sencillez del ambiente galileo. ¿De qué nos valdría el conflicto destructor cuando tenemos grandiosos deberes que cuidar? Nos importa saber morir para que nuestras ideas se trasmitan y florezcan en los demás. Por el contrario, las luchas personales atrofian las mejores esperanzas. Crear separaciones y proclamar sus prejuicios, dentro de la iglesia del Cristo, ¿no sería exterminar la planta sagrada del Evangelio con nuestras propias manos?

La palabra de Santiago sonaba imantada de bondad y sabiduría y valía por una consoladora revelación. Los galileos eran mucho más sabios que cualquiera de los rabinos más cultos de Jerusalén. Él, que había llegado al mundo religioso a través de escuelas famosas, que tuvo siempre en su juventud la inspiración de un Gamaliel, admiraba ahora a aquellos hombres aparentemente rústicos, venidos de las sencillas casas de pescadores, que, en Jerusalén, alcanzaban inolvidables victorias intelectuales, tan solo porque sabían callar cuando era oportuno, aliando a la experiencia de la vida una enorme expresión de bondad y renuncia, a la manera del Divino Maestro.

El convertido de Damasco entrevió al hijo de Alfeo por un nuevo prisma. Sus cabellos grisáceos, el rugoso y macilento rostro, hablaban de trabajos arduos e incesantes. Ahora, percibía que la

vida exigía más comprensión que conocimiento. Presumía conocer al Apóstol galileo con su caudal psicológico, y, no obstante, llegaba a la conclusión de que apenas en aquel instante había podido comprenderlo en el título que le competía.

Cuando el compañero de Simón Pedro hizo una pausa más extensa, Pablo de Tarso lo contempló con inmensa simpatía y habló conmovedoramente:

–Veo que tienes razón, pero la exigencia requiere de no poco dinero. ¿Cuánto tendré que pagar por la sentencia? Segregado y distante del judaísmo hace muchos años, ignoro si el costo de las ceremonias sufrió alteraciones apreciables.

– Los cánones son los mismos –respondió Santiago–, ya que serás obligado a purificarte con ellos y, según las tradiciones, costearás la compra de quince ovejas, además de los comestibles preceptuados.

–¡Es un absurdo! –objetó el Apóstol de los gentiles.

–Como sabes, la autoridad religiosa exige de cada nazareo tres animales para los servicios de la consagración.

–Dura exigencia –dijo Pablo, conmovido.

–No obstante –contestó Santiago con una sonrisa– nuestra paz vale mucho más que eso y, además de ella, estamos obligados a no comprometer el futuro del Cristianismo.

El convertido de Damasco descansó el rostro en la mano derecha por largo tiempo, dando a percibir la amplitud de sus meditaciones, y acabó hablando en un tono que traicionaba su enorme sensibilidad:

–Santiago, como tú mismo, alcancé hoy un nivel más elevado de compresión de la vida. Entiendo mejor tus argumentos. La existencia humana es realmente una ascensión de las tinieblas hacia la luz. La juventud, la presunción de autoridad, la centralización en nuestra esfera personal, acarrean muchas ilusiones, manchando de sombras las cosas más santas. Me asiste el deber de inclinarme a las

exigencias del judaísmo, que son consecuencias de una persecución iniciada por mí mismo en otros tiempos.

Se detuvo, mostrando dificultad para confesarse plenamente. Pero tomando una actitud más humilde, como quien no encuentra otro recurso, prosiguió casi tímido.

–En mis luchas, nunca presumí de víctima, considerándome siempre como antagonista del mal. Solo Jesús, en su pureza y amor inmaculados, podía alegar la condición de ángel victimado por nuestra maldad sombría; en cuanto a mí, por más que me apedreasen e hiriesen, siempre juzgué que todo eso era muy poco en relación a lo que me competía sufrir en los justos testimonios. Pero, ahora, Santiago, estoy preocupado con un pequeño obstáculo. Como no ignoras, he vivido absolutamente de mi trabajo de tejedor y en este momento no dispongo de dinero con el que pueda cubrir los gastos en perspectiva… Será la primera vez que tenga que recurrir a la bolsa ajena, cuando la solución del asunto depende exclusivamente de mí…

Sus palabras demostraban vergüenza, aliada a la tristeza comúnmente experimentada en los días de humillación y de infortunio. Ante aquella expresión de renuncia, Santiago, en un movimiento de gran espontaneidad, le tomó la mano y se la besó murmurando:

–No te aflijas: sabemos en Jerusalén sobre la extensión de tus esfuerzos personales y no sería razonable que la iglesia se desinteresase por esas imposiciones que no se justifican. Nuestra institución pagará todos los gastos. No es poco que convengas con el sacrificio.

Conversaron aún durante largo tiempo, con relación a los problemas relacionados con la propaganda evangélica y, al día siguiente, Pablo y los compañeros comparecieron en la iglesia de Jerusalén y fueron recibidos por Santiago acompañado por todos los ancianos judíos, simpatizantes del Cristo y seguidores de Moisés, congregados para oírlo.

La reunión comenzó con un riguroso ceremonial, percibiendo

el ex rabino la extensión de las influencias farisaicas en la institución que se destinaba a la sementera luminosa del Divino Maestro. Sus compañeros, acostumbrados a la independencia del Evangelio, no consiguieron ocultar la sorpresa; pero, con un gesto, el convertido de Damasco hizo que todos permaneciesen silenciosos.

Invitado a explicarse, el ex rabino leyó un extenso relato de sus actividades junto a los gentiles, escrito con mucha ponderación e indecible prudencia.

Los judíos, que, a pesar de todo, parecían definitivamente instalados en la iglesia, manteniendo las viejas actitudes de los maestros de Israel, por su vocal Cainan, formularon al ex doctor consejos y censuras. Alegaron que también eran cristianos, pero, rigurosos observadores de la Ley Antigua; que Pablo no debería trabajar contra la circuncisión y que le correspondía dar amplia satisfacción de sus actos.

Con profunda admiración de los compañeros, el ex rabino se mantenía callado, recibiendo las censuras y reprensiones con imprevista serenidad.

Al concluir, Cainan hizo la propuesta a la que Santiago se refería en la víspera. A fin de satisfacer la exigencia del Sanedrín, el tejedor de Tarso debería purificarse en el Templo, con cuatro judíos paupérrimos que habían hecho votos de nazareos, quedando el Apóstol de los gentiles obligado a costear todos los gastos.

Los amigos de Pablo se sorprendieron, aún más, cuando lo vieron levantarse en aquella asamblea llena de prejuicios y confesarse dispuesto a atender la intimación.

El representante de los ancianos discurrió, aún, pedante y pausadamente sobre los preceptos de la raza, siendo oído por Pablo con beatífica paciencia.

Regresando a la casa de Mnason, el ex rabino procuró informar a los compañeros las razones de su actitud. Habituados a acatar sus decisiones confiadamente, dispensaron hacerle preguntas,

quizás superfluas, pero deseaban acompañar al Apóstol al Templo de Jerusalén para experimentar algo de su renuncia sincera, con relación al futuro del Evangelismo. Pablo destacó la conveniencia de seguir solo, pero Trófimo, que aún se demoraba algunos días en Jerusalén, antes de regresar a Antioquía, insistió y consiguió que el Apóstol aceptase su compañía.

La comparecencia de Pablo de Tarso en el Templo, acompañado de cuatro hermanos de raza, en mísero estado de pobreza, a fin de purificarse con ellos y pagarles los gastos del voto, causó una enorme sensación en todos los círculos del farisaísmo. Se encendieron las discusiones violentas y rudas. Tan pronto como vio al ex rabino humillado, el Sanedrín pretendía imponer nuevas sentencias. Ya no le bastaban las imposiciones anteriores. En el segundo día de la santificación, el movimiento popular había crecido en el Templo con proporciones muy preocupantes. Todos querían ver al célebre doctor que había enloquecido a las puertas de Damasco, debido al sortilegio de los galileos. Pablo observaba la efervescencia del escenario en torno a su personalidad y pedía a Jesús que no le faltase con las suficientes energías. En el tercer día, a falta de otro pretexto para la condenación mayor, algunos doctores alegaron que Pablo tenía el atrevimiento de hacerse acompañar a los lugares sagrados por un hombre de origen griego, extraño a las tradiciones israelitas. Trófimo había nacido en Antioquía, de padres griegos, habiendo vivido muchos años en Éfeso; pero, a pesar de la sangre que le corría en las venas, conocía los preceptos del judaísmo y se comportaba con insuperable respeto en los recintos consagrados al culto. Con todo, las autoridades no quisieron ponderar tales particularidades. Era preciso condenar a Pablo de Tarso de nuevo, habían de hacerlo a cualquier precio.

El ex rabino percibió la trama que se delineaba y rogó al discípulo que no lo acompañase más al monte Moriá, donde se procesaban los servicios religiosos. Pero, el odio farisaico, continuaba fermentando.

En la víspera del último día de la purificación judaica, el

convertido de Damasco compareció a las ceremonias con la misma humildad. Pero, tan pronto como se colocó en posición de orar al lado de los compañeros, algunos exaltados lo rodearon con expresiones y actitudes amenazadoras.

–¡Muerte al desertor!... ¡Piedras contra la traición! –gritó una voz estentórea, estremeciendo el recinto.

Pablo tuvo la impresión de que esos gritos eran la señal para que sucedieran mayores actos violentos, porque, inmediatamente, estalló una gritería infernal. Algunos judíos conmocionados lo agarraron por el cuello de la túnica, otros le trabaron los brazos, violentamente, arrastrándolo hacia el gran patio reservado a los movimientos del gran público.

–¡Pagarás tu crimen!... decían unos.

–¡Es necesario que mueras! ¡Israel se avergüenza de tu presencia en el mundo! –gritaban otros más furiosos.

El Apóstol de los gentiles se entregó sin hacer la más mínima resistencia. En un relance, consideró los profundos objetivos de su venida a Jerusalén, concluyendo que no había sido convocado tan solo para una obligación pueril de acompañar al Templo a cuatro hermanos de raza, desolados en su indigencia. Le correspondía afirmar, en la ciudad de los rabinos, la firmeza de sus convicciones. Entendía, ahora, la sutileza de las circunstancias que lo conducían al testimonio. Primeramente, la reconciliación y el mejor conocimiento de un compañero como Santiago, obedeciendo a una determinación que le había parecido casi infantil; enseguida, la gran ocasión de probar la fe y la consagración de su alma a Jesucristo. Con enorme sorpresa, invadido por profundas y dolorosas reminiscencias, notó que los israelitas exaltados lo dejaban a merced de la multitud furiosa, justamente en el patio donde Esteban había sido apedreado veinte años atrás. Algunos sujetos desvariados lo arrebataron a la fuerza, prendiéndolo al tronco de los suplicios. Absorto en sus recuerdos, el gran Apóstol casi no sentía los bofetones que le daban. Enseguida, alineó las más singulares reflexiones. En Jerusalén, el Maestro

Divino había padecido los martirios más dolorosos; allí mismo, el generoso Jeziel se había inmolado por amor al Evangelio, bajo los golpes y el escarnio de la turba. Entonces se sintió avergonzado por el suplicio infligido al hermano de Abigail, nacido de sus propias iniciativas. Solamente ahora, atado al poste del sacrificio, comprendía la extensión del sufrimiento que el fanatismo y la ignorancia causaban al mundo. Y reflexionó:

–El Maestro es el Salvador de los hombres y padeció aquí por la redención de las criaturas. Esteban era su discípulo, dedicado y amoroso y experimentó aquí, igualmente, los suplicios de la muerte. Jesús era el Hijo de Dios, Jeziel era su Apóstol. ¿Y él? ¿No estaba allí el pasado reclamando rescates dolorosos? ¿No sería justo padecer mucho, por lo mucho que había martirizado a otros? Era razonable que sintiese alegría en aquellos instantes amargos, no solo por tomar la cruz y seguir al Maestro bien amado, como por haber tenido la ocasión de sufrir lo que Jeziel había sufrido con gran amargura.

Estas reflexiones le proporcionaban algún consuelo. A conciencia se sentía más ligero. Iba a dar testimonio de la fe en Jerusalén, donde se había encontrado con el hermano de Abigail; y, después de la muerte, podía aproximarse a su corazón generoso, hablándole con júbilo de sus propios sacrificios. Le pediría perdón y exaltaría la bondad de Dios, que lo había conducido al mismo lugar, para los justos rescates. Alargando la mirada, pudo ver la pequeña puerta de acceso al pequeño aposento donde había estado con la novia amada y su hermano presto a desprenderse del mundo de las agonías extremas. Parecía oír aún las últimas palabras de Esteban, mezcla de bondad y perdón.

No había salido de sus reminiscencias, cuando la primera pedrada lo despertó para escuchar el vocerío del pueblo.

El gran patio estaba repleto de israelitas rencorosos. Censuras sarcásticas cortaban los aires. El espectáculo era el mismo del día en el que Esteban partió de la Tierra. Los mismos improperios, las fisonomías escarnecedoras de los verdugos, la misma frialdad im-

placable de los sanguinarios del fanatismo. El propio Pablo no podía sustraerse de la admiración, al verificar las coincidencias singulares. Las primeras piedras le acertaron en el pecho y en los brazos, hiriéndolo con violencia.

–¡Esta va en nombre de la Sinagoga de los Cilices! –decía un joven, haciendo coro de carcajadas.

La piedra pasó silbando y dilaceró, por primera vez, el rostro del Apóstol. Un hilo de sangre comenzó a empapar sus vestiduras. Pero, ni por un minuto dejó de encarar a los verdugos con su desconcertante serenidad.

Mientras tanto, Trófimo y Lucas, conscientes de la gravedad de la situación desde los primeros instantes, a través de un amigo que presenció la escena inicial del suplicio, procuraron inmediatamente el socorro de las autoridades romanas. Recelosos de nuevas complicaciones, ocultaron las verdaderas condiciones del convertido de Damasco. Alegaban, apenas, que se trataba de un hombre que no debía padecer en las manos de los israelitas fanáticos e inconscientes.

Un tribuno militar organizó de inmediato un pelotón de soldados. Dejando la fortaleza, penetraron en el amplio atrio, con ánimo decidido. La masa deliraba en un torbellino de altercados y griterías ensordecedoras. Dos centuriones, obedeciendo a las órdenes del comando, avanzaron, resueltos, desatando al prisionero y arrebatándolo a la multitud que lo disputaba ansiosa.

–¡Abajo el enemigo del pueblo!... ¡Es un criminal! ¡Es un malhechor! ¡Despedacemos al ladrón!...

Se escuchaban las exclamaciones más extrañas. No encontrando rabinos responsables para las aclaratorias imprescindibles, el tribuno romano mandó que el acusado fuese encadenado. El militar estaba convencido de que se trataba de un peligroso malhechor que, desde hacía mucho tiempo, se había transformado en una terrible pesadilla para los habitantes de la provincia. No encontró otra explicación para justificar tanto odio.

Con el pecho contuso, herido en el rostro y en los brazos, el Apóstol siguió hacia la Torre Antonia, escoltado por los delegados de César, mientras la multitud acompañaba al pequeño cortejo, gritando sin cesar: ¡Muera! ¡Muera!

Iba a penetrar en el primer patio de la gran fortaleza romana cuando Pablo, comprendiendo finalmente que no había ido a Jerusalén tan solo para acompañar a cuatro nazareos paupérrimos al monte Moriá, y sí para dar un testimonio más elocuente del Evangelio, interrogó al tribuno con humildad.

–¿Permitís, por ventura, que os diga algo?

Percibiendo sus maneras distinguidas, la noble inflexión de la palabra en puro griego, el jefe de la comisión respondió muy admirado:

–¿No eres tú el bandido egipcio que, desde hace algún tiempo, organizó la pandilla de ladrones que devastan estos parajes?

–No soy ladrón –respondió Pablo, pareciendo una figura extraña, en vista de la sangre que le cubría el rostro y la túnica sencilla–, soy ciudadano de Tarso y ruego vuestro permiso para hablar al pueblo.

El militar romano quedó boquiabierto con su gran distinción de gestos y no tuvo otro recurso sino ceder, si bien un tanto dudoso.

Sintiéndose en uno de sus grandes momentos de testimonio, Pablo de Tarso subió algunos peldaños de la enorme escalera y comenzó a hablar en hebreo, impresionando a la multitud con la profunda serenidad y elegancia del discurso. Comenzó explicando sus primeras luchas, sus remordimientos por haber perseguido a los discípulos del Maestro Divino; narró la historia de su viaje a Damasco, la infinita bondad de Jesús que le permitió la gloriosa visión, dirigiéndole palabras de advertencia y perdón. Rico de las reminiscencias de Esteban, habló del error que había cometido en consentir en su muerte.

Oyendo su palabra cincelada de misteriosa belleza, Claudio

Lisias, tribuno romano que efectuó la detención, experimentó indefinibles sensaciones. Por su parte, había recibido ciertos beneficios de aquel Cristo incomprendido al que se refería el orador en circunstancias tan amargas. Dominado por sus escrúpulos, mandó a llamar al tribuno Zelfos, de origen egipcio, que había adquirido ciertos títulos romanos, por la expresión de su enorme fortuna, y solicitó:

–Amigo –dijo con voz casi imperceptible–, no deseo tomar aquí ciertas decisiones, relativas al caso de este hombre. La multitud está exaltada y es posible que ocurran acontecimientos muy graves. Deseo tu inmediata colaboración.

–Sin duda –respondió el otro, con resolución.

Y mientras Lisias procuraba examinar, de modo minucioso, la figura del Apóstol, que hablaba de manera impresionante, Zelfos se multiplicaba tomando las providencias oportunas. Reforzó la guarnición de soldados, inició la formación de un cordón de aislamiento, buscando resguardar al orador de un ataque imprevisto.

Pablo de Tarso, después de exponer las circunstancias de su conversión, comenzó a hablar de la grandeza de Cristo, de las promesas del Evangelio, y cuando se detenía a comentar sus relaciones con el mundo espiritual, de donde recibía los consoladores mensajes del Maestro, la masa inconsciente, furiosa, se agitó con ansias mezquinas. Gran número de israelitas se sacaba el manto, arrojando el polvo en el aire, en un impulso característico de ignorancia y maldad. El momento era gravísimo. Los más exaltados intentaron romper el cordón de los guardias para degollar al prisionero. La acción de Zelfos fue rápida. Mandó a recoger al Apóstol al interior de la Torre Antonia. Y mientras Claudio Lisias se retiraba a su residencia, a fin de meditar un poco en la sublimidad de los conceptos oídos, el compañero de milicias tomó acciones enérgicas para dispersar la multitud. No eran pocos los que insistían en vociferar en la vía pública, pero el jefe militar mandó a dispersar a los recalcitrantes con las patas de los caballos.

Conducido a una celda húmeda, Pablo sintió que los soldados lo trataban con la mayor desconsideración. Las heridas le dolían penosamente. Tenía las piernas adoloridas y andaba con torpeza. La túnica estaba empapada de sangre. Los guardias impiadosos e irónicos lo amarraron a la gruesa columna, confiriéndole el tratamiento destinado a los criminales comunes. El Apóstol, sintiéndose exhausto y febril, llegó a la conclusión de que no le sería fácil resistir la uneva prueba de martirio. Reflexionó que no era justo entregarse del todo a las disposiciones perversas de los soldados que lo guardaban. Recordó que el Maestro se había inmolado en la cruz, sin resistir a la crueldad de las criaturas, pero también afirmó que el Padre no desea la muerte del pecador. No podía alimentar la presunción de entregarse como Jesús, porque solo Él poseía bastante amor para constituirse en Enviado del Todopoderoso; y como se reconocía un pecador convertido al Evangelio, era justo el deseo de trabajar hasta el último día de sus posibilidades en la Tierra, a favor de los hermanos en la humanidad y a beneficio de su propia iluminación espiritual. Recordó la prudencia que Pedro y Santiago siempre testimoniaron para que las tareas confiadas a ellos no sufriesen prejuicios injustificables y, verificando sus escasas posibilidades de resistencia física, en aquella hora inolvidable, gritó a los soldados:

–¡Me atasteis a la columna reservada a los criminales, cuando no podéis imputarme ninguna falta!... Veo, ahora, que preparáis los azotes para la flagelación, cuando ya me encuentro bañado en sangre, por el suplicio impuesto por la turba inconsciente…

Uno de los guardias, un tanto irónico, procuró cortarle la palabra y sentenció:

–¡Así es que esas tenemos!... ¿No sois un Apóstol del Cristo? Consta que tu Maestro murió en la cruz calladito y finalmente, hasta pidió perdón para los verdugos, alegando que ignoraban lo que hacían.

Los compañeros del guardia rompieron en carcajadas estridentes. Pero, Pablo de Tarso, dando muestras de toda la nobleza del corazón en el fulgor de la mirada, replicó sin titubeo:

–Sí, rodeado por el pueblo ignorante e inconsciente, en el día del Calvario, Jesús pidió a Dios que perdonase las tinieblas de espíritu en las que se sumergía la multitud que levantó el ignominioso madero; pero los agentes del gobierno imperial no pueden ser la turba que desconoce sus propios actos. Los soldados de César deben saber lo que hacen, porque si ignoráis las leyes, para cuya ejecución recibís sueldo, sería más justo que abandonaseis el puesto.

Los guardias se quedaron inmóviles, llenos de asombro.

Mientras tanto, Pablo continuó con voz firme:

–En cuanto a mí, os pregunto: ¿Será lícito que azotéis a un ciudadano romano, antes de ser condenado?

El centurión que presidía los servicios de la flagelación suspendió los primeros dispositivos. Zelfos fue llamado con asombro. Consciente de lo ocurrido, el tribuno interrogó al Apóstol, sumamente admirado:

–Dime, ¿eres romano?

–Sí.

Ante la firmeza de la respuesta, Zelfos halló razonable modificar el tratamiento del prisionero. Receloso de complicaciones, ordenó que el ex rabino fuese retirado del tronco, permitiéndole quedar a gusto en el estrecho ámbito de la celda. Solo entonces, Pablo de Tarso consiguió algún reposo en un lecho duro, recibiendo un poco de agua traída con más respeto y consideración. Sació la sed intensa y durmió, a pesar de las heridas sangrientas y dolorosas.

Pero, Zelfos no estaba tranquilo. Desconocía por completo la condición del acusado. Temiendo complicaciones perjudiciales para su posición, por lo demás envidiable desde el punto de vista político, procuró entrevistarse con el tribuno Claudio Lisias. Explicando el motivo de su preocupación, el otro dijo:

–Esto me sorprende, porque a mí me afirmó que era judío, natural de Tarso de la Cilicia.

Zelfos explicó, entonces, que tenía dificultades para discernir el origen, concluyendo:

–Por lo que me dices, él parece más bien un mentiroso vulgar.

–Eso no –exclamó Lisias–, naturalmente poseerá títulos de ciudadanía del Imperio y actuó por motivos que no estamos habilitados para apreciar.

Percibiendo que el amigo se había irritado íntimamente con sus primeros alegatos, Zelfos se apresuró a corregir:

–Tus conceptos son justos.

–Tengo que emitirlos en sana conciencia –agregó, Lisias bien inspirado–, porque ese hombre, desconocido para nosotros dos, habló de problemas muy serios.

Zelfos pensó un instante y ponderó:

–Considerando todo eso propongo que sea presentado mañana, al Sanedrín. Juzgo que solamente así podremos encontrar la fórmula capaz de resolver el asunto.

Claudio Lisias recibió el consejo con displicencia. En lo más íntimo de su ser, se sentía más propenso a patrocinar la defensa del Apóstol. Su palabra, inflamada de fe, lo había impresionado vivamente. En pocos segundos de meditación, analizó todos los lances en pro y en contra de una actuación de esa naturaleza. Sustraer al acusado a la persecución de los más exaltados era una actuación justa; pero disputar con el Sanedrín era una actitud que reclamaba más prudencia. Conocía a los judíos, muy de cerca, y en más de una ocasión había experimentado el grado de sus pasiones y caprichos. Comprendiendo, igualmente, que no debía despertar cualquier sospecha del colega con relación a sus creencias religiosas, hizo un gesto afirmativo y declaró:

–Estoy de acuerdo contigo. Mañana lo entregaremos a los jueces competentes en materia de fe. Podrás dejar eso a mi cargo, porque el prisionero será acompañado por una escolta que garantice su protección contra cualquier violencia.

Y así fue. A la mañana siguiente, el más alto Tribunal de los israelitas fue notificado por el tribuno, Claudio Lisias, de que el Predicador del Evangelio comparecería ante los jueces a las primeras horas de la tarde para contestar a los interrogatorios necesarios. Las autoridades experimentaron un enorme regocijo. Finalmente iban a volver a ver al desertor de la Ley, cara a cara. La noticia fue esparcida con extraordinaria rapidez.

Pablo, por su parte, en la soledad de la cárcel, se sintió feliz al recibir una gran sorpresa en aquella mañana de sombrías perspectivas. Es que, con permiso del tribuno, una señora ya mayor y su hijo, aún joven, penetraban en la celda para visitarlo.

Era su hermana Dalila con el sobrino Estefanío, que consiguieron, después de mucho esfuerzo, el permiso para tener una corta entrevista con el Apóstol. Pablo abrazó a la noble señora, con lágrimas de emoción. Ella estaba quebrantada, envejecida. El joven Estefanío tomó las manos del tío y las besó con veneración y ternura.

Dalila habló de las largas saudades, recordó episodios familiares con la poesía del corazón femenino, y el ex doctor de Jerusalén recibía todas las noticias, buenas y malas, con imperturbable serenidad, como si procediesen de un mundo muy diferente al suyo. Pero, buscó consolar a la hermana, que, ante una reminiscencia más dolorosa, se deshacía en llanto. Pablo le narró sucintamente sus viajes, luchas y los obstáculos de los caminos recorridos por amor a Jesús. La venerable señora, aunque estaba ajena a las verdades del Cristianismo, muy delicadamente no quiso tocar los asuntos religiosos, deteniéndose en los motivos afectuosos de su visita fraternal y llorando copiosamente al despedirse. No podía comprender la resignación del Apóstol, ni apreciaba debidamente su renuncia. Lamentaba, íntimamente, su suerte y, en el fondo, tal como la mayoría de los compatriotas, desdeñaba a aquel Jesús que no ofrecía a los discípulos sino cruces y sufrimientos.

Sin embargo, Pablo de Tarso, experimentó un gran consuelo

con su presencia; sobre todo, la inteligencia y la vivacidad de Estefanío, en la ligera charla mantenida, le proporcionaban enormes esperanzas en el futuro espiritual del sobrino.

Todavía repasaba en la mente esa grata impresión cuando una numerosa escolta se apostaba junto a la celda, en el momento oportuno para acompañarlo al Sanedrín.

Poco después del mediodía, compareció a la barra del Tribunal y percibió, de pronto, que el cenáculo de los grandes doctores de Jerusalén vivía uno de sus grandes días, pues estaba repleto de una compacta masa popular. Su presencia provocaba un aluvión de comentarios. Todos querían ver, conocer al tránsfuga de la Ley, el doctor que repudió y renegó los títulos sagrados. Conmovido sobre manera, el Apóstol recordó una vez más la figura de Esteban. Le competía, ahora, dar igualmente el testimonio del Evangelio de verdad y redención. La agitación del Sanedrín le daba la misma tonalidad de los tiempos vividos allí, donde, precisamente, había infligido las más duras humillaciones al hermano de Abigail y a los prosélitos de Jesús. Por tanto, era justo esperar, ahora, acerbos y remisores sufrimientos. ¡Después, para cúmulo de amargura, por singular coincidencia el sumo sacerdote que presidía la sesión se llamaba también Ananías! ¿Azar? ¿Ironía del destino?

Tal como se verificó con Jeziel, leído el libelo acusatorio, dieron la palabra al Apóstol para defenderse, en atención a las prerrogativas de su nacimiento.

Pablo comenzó justificándose con sumo respeto. Con frecuencia, risas en sordina, quebraban el silencio del ambiente y mostraban la temperatura sarcásticamente hostil del auditorio.

Cuando su altilocuente oratoria comenzó a impresionar por la fidelidad del testimonio cristiano, el sumo sacerdote le impuso silencio y vociferó enfático:

–Un hijo de Israel, aunque sea portador de títulos romanos, cuando irrespete las tradiciones de esta casa, con afirmaciones injuriosas a la memoria de los profetas, se torna pasible de severas repri-

mendas. ¡El acusado parece ignorar el deber de explicarse convenientemente, para no desvariar con conceptos sibilinos, propios de su indisciplina y criminal obsesión por el carpintero revolucionario de Nazaret! Mi autoridad no permite abusos en los lugares santos. Así, pues, determino, que Pablo de Tarso sea herido en la boca, por las afrentas de sus términos insultantes.

El Apóstol le dirigió una mirada de suprema serenidad y replicó:

–Sacerdote, vigilad vuestro corazón para que no incidáis en reprensiones injustas. Los hombres, como vos, son como las paredes blanqueadas de los sepulcros, mas, no debéis ignorar que también seréis herido por la justicia de Dios. Conozco de sobra las leyes de las que os tornasteis ejecutor. Si permanecéis aquí para juzgar, ¿cómo y por qué mandáis a herir?

Pero, antes de que pudiese proseguir, un pequeño grupo de delegados de Ananías avanzó con azotes minúsculos, hiriéndolo en los labios.

–¿Osas injuriar al sumo sacerdote? –exclamaban rojos de cólera–. ¡Pagarás por los insultos!...

Los golpes marcaban el rostro rugoso y venerable del ex rabino, bajo los aplausos generales. Voces irónicas se elevaban incesantes del seno de la turba vil. Unos pedían más rigor, otros, estentóreos, clamaban por el apedreamiento. La serenidad del Apóstol daba pleno testimonio de su fe y más exasperaba los ánimos impulsivos y criminales de la turba. Se destacaron ciertos grupos de israelitas más soeces que, cooperando con los verdugos, le escupieron en el rostro. Se generalizó el tumulto. Pablo intentó hablar, explicarse más detalladamente, pero la confusión era tal que nada se oía y nadie se entendía.

El sumo sacerdote permitía el desorden deliberadamente. Los principales elementos del Sanedrín deseaban exterminar al ex doctor a cualquier precio. El Tribunal solo se había prestado a la farsa de aquel juicio, porque había percibido el interés personal de

Claudio Lisias por el prisionero. Si no fuera por eso, Pablo de Tarso habría sido asesinado en Jerusalén, para satisfacer los odiosos sentimientos de los enemigos gratuitos de su santificada tarea apostólica. Solicitado por el tribuno, presente en la memorable reunión, Ananías consiguió restablecer la calma en el ambiente. Después de los desesperados llamamientos, la asamblea enmudeció, expectante.

Pablo tenía el rostro sangrante, la túnica destrozada; pero, con sorpresa y pasmo generales, revelaba en la mirada, al contrario de otros tiempos, en circunstancias de esa naturaleza, gran tranquilidad fraternal, dando a entender que comprendía y perdonaba los agravios de la ignorancia.

Suponiéndose en posición ventajosa, el sumo sacerdote afirmó en tono arrogante:

–¡Debías morir como tu Maestro, en una cruz despreciable! ¡Desertor de las tradiciones sagradas de la patria y blasfemo criminal, no te bastan, como justo castigo, los sufrimientos que comienzas a experimentar entre los legítimos hijos de Israel!...

No obstante, el Apóstol, lejos de acobardarse, replicó tranquilamente:

–Vuestro juicio es apresurado… No merezco la cruz del Redentor, porque su aureola es demasiado gloriosa para mí; mientras que todos los martirios del mundo serían justos, aplicados al pecador que soy. Teméis los sufrimientos porque no conocéis la vida eterna, consideráis las pruebas como quien nada ve más allá de estos efímeros días de la existencia humana. ¡La política mezquina os distanció el espíritu de las visiones sagradas de los profetas!... ¡Sabed que los cristianos conocen otra vida espiritual, sus esperanzas no reposan en triunfos mendaces que van a pudrirse con el cuerpo en el sepulcro! ¡La vida no es esto que vemos en la banalidad de todos los días terrestres; es sobre todo la afirmación de la gloriosa inmortalidad con Jesucristo!

La palabra del orador parecía magnetizar, ahora, a la asamblea en peso. El propio Ananías, no obstante su cólera sorda, se

sentía incapaz de cualquier reacción, como si algo misterioso lo compeliese a oír hasta el fin. Imperturbable en su serenidad, Pablo de Tarso prosiguió:

–¡Continuad hiriéndome! ¡Escupidme en el rostro! ¡Azotadme! Ese martirio me exalta hacia una esperanza superior, porque ya crié en mi mundo íntimo un santuario intangible a vuestras manos y donde Jesús ha de reinar para siempre…

–¿Qué deseáis –continuó con voz firme– con vuestras asonadas y persecuciones? A fin de cuentas, ¿dónde está el motivo para tantas luchas estériles y destructoras? Los cristianos trabajan, como lo hizo Moisés, para fructificar la creencia en Dios y en nuestra gloriosa resurrección. Es inútil dividir, fomentar la discordia, intentar empañar la verdad con las ilusiones del mundo. ¡El Evangelio de Cristo es el Sol que ilumina las tradiciones y la historia de la Antigua Ley!…

En ese ínterin, no obstante la estupefacción de muchos, se estableció un nuevo tumulto. Los saduceos se lanzaban contra los fariseos, con gestos y apóstrofes delirantes. En vano, el sumo sacerdote procuraba calmar los ánimos. Un grupo de los más exaltados intentaba aproximarse al ex rabino, dispuesto a estrangularlo.

Fue ahí cuando Claudio Lisias, apelando a los soldados, se hizo oír en la asamblea, amenazando a los contendientes. Sorprendidos con el hecho insólito, por cuanto los romanos jamás procuraban intervenir en asuntos religiosos de la raza, los turbulentos israelitas se sometieron inmediatamente. El tribuno se dirigió, entonces, a Ananías y reclamó el cierre de los trabajos, declarando que el prisionero regresaría a la cárcel de la Torre Antonia, hasta que los judíos resolviesen ventilar el caso con más criterio y serenidad.

Las autoridades del Sanedrín no disfrazaron su enorme asombro; pero, como el gobernador de la provincia continuaba en Cesárea, no sería razonable desatender a su delegado en Jerusalén.

Antes de que se verificasen nuevos tumultos, Ananías declaró que el juicio de Pablo de Tarso, de acuerdo con la orden recibida,

proseguiría en la próxima sesión del Tribunal, a realizarse tres días después.

Los guardias retiraron al prisionero, con gran cautela, mientras los israelitas más eminentes buscaban contener las protestas aisladas de los que acusaban a Claudio Lisias de parcial y simpatizante del nuevo credo.

Reconducido a la celda silenciosa, Pablo pudo respirar y rehacer el ánimo para enfrentar la situación.

Experimentando justa simpatía por aquel hombre valeroso y sincero, el tribuno tomó nuevas providencias a su favor. El ex doctor de la Ley estaba más satisfecho y aliviado. Se destacó un guardia para atenderlo en cualquier necesidad; recibió agua en abundancia, remedios, alimentos y la visita de los amigos más íntimos. Esas muestras de aprecio lo conmovieron mucho. Espiritualmente, se sentía hasta más confortado; pero, le dolía el cuerpo herido y físicamente estaba exhausto… Después de conversar algunos minutos con Lucas y Timoteo, sintió que ciertas preocupaciones dolorosas amargaban su corazón. ¿Sería justo pensar en un viaje a Roma, cuando su estado físico era así tan precario? ¿Resistiría por mucho tiempo las tremendas persecuciones iniciadas en Jerusalén? A pesar de todo, las voces del mundo superior le habían prometido ese viaje a la capital del Imperio… No debería dudar de las promesas hechas en nombre de Cristo. Cierta fatiga, aliada a una gran amargura, comenzaba a mermar sus esperanzas siempre activas. Pero, cayendo en una especie de modorra, percibió como otras veces, que una viva claridad inundaba la celda, al mismo tiempo que una suavísima voz le susurraba:

–¡Regocíjate por los dolores que rescatan e iluminan la conciencia! ¡Aunque los sufrimientos se multipliquen, renueva los júbilos divinos de la esperanza!... ¡Guarda tu buen ánimo, porque así como testificaste sobre mí, en Jerusalén, es importante que lo hagas también en Roma!...

De pronto sintió que nuevas fuerzas robustecían su deteriorado organismo.

La claridad de la mañana lo sorprendió casi bien dispuesto. En las primeras horas del día, Estefanío lo buscaba con cierta ansiedad. Recibido con afectuoso interés, el joven informó al tío de los graves proyectos que se tramaban en la sombra. Los judíos habían jurado exterminar al convertido de Damasco, aunque para eso debiesen asesinar al tribuno Claudio Lisias. El ambiente en el Sanedrín estaba lleno de actividades odiosas. Se proyectaba matar al predicador de la gentilidad, a plena luz del día, en la próxima sesión del Tribunal. Más de cuarenta comparsas, de los más fanáticos, habían prometido, solemnemente, la consecución del siniestro designio. Pablo lo oyó todo y con mucha calma llamó al guardia y le dijo:

–Te pido que conduzcas a este joven ante el jefe de los tribunos para que oiga lo que tiene que decir sobre un asunto urgente.

Así, Estefanío fue llevado ante Claudio Lisias, presentándole la denuncia. El astuto y noble patricio, con el tacto político que caracterizaba sus decisiones, prometió examinar debidamente la cuestión, sin dejar de conjeturar la adopción de medidas definitivas para burlar la conjura. Agradeciendo la comunicación, recomendó al joven el máximo cuidado en sus comentarios sobre la situación, a fin de no exacerbar los ánimos de los partidarios.

En la soledad de su gabinete, el tribuno romano pensó seriamente en aquellas perspectivas sombrías. El Sanedrín, en su capacidad de intrigar, podría promover manifestaciones del pueblo siempre maleable y agresivo. Rabinos apasionados podían movilizar sicarios y quizás asesinarlo en condiciones espectaculares. Pero, la denuncia partía de un joven, casi un niño. Además, se trataba de un sobrino del prisionero. ¿Habría dicho la verdad o sería un simple instrumento de una posible mistificación afectiva, nacida de justas preocupaciones de la familia? Aún no había conseguido destrincar las dudas para afirmar su conducta, cuando alguien pedía el favor de una entrevista. Deseoso de dar una tregua a cogitaciones así tan graves, accedió de inmediato. Abrió la lujosa puerta y un anciano de semblante calmado apareció sonriente. Claudio Lisias se alegró. Lo conocía de cerca. Le debía favores. El visitante inesperado era

Santiago, que venía a interponer su generosa influencia a favor del gran amigo de sus edificaciones evangélicas. El hijo de Alfeo repitió el plan ya denunciado por Estefanío, minutos antes. Y fue más lejos. Contó la historia conmovedora de Pablo de Tarso, revelándose como testigo imparcial de toda su vida y aclarando que el Apóstol había venido a la ciudad, por insistencia suya, para planificar nuevas medidas atinentes a la propaganda. Concluía la atenta exposición pidiendo al ilustre amigo medidas eficaces, para evitar el monstruoso atentado.

Aun más aprensivo ahora, el tribuno ponderó:

–Vuestras consideraciones son justas; pero, tengo dificultades para coordinar providencias inmediatas. ¿No será mejor aguardar a que los hechos se presenten y reaccionar, entonces, a la fuerza con la fuerza?

Santiago esbozó una sonrisa de dudas y sentenció:

–Soy del parecer que vuestra autoridad encuentre recursos urgentes. Conozco las pasiones judaicas y el furor de sus manifestaciones. Nunca podré olvidar el odioso fermento de los fariseos, en el día del Calvario. Si recelo por la suerte de Pablo, temo igualmente por vos mismo. La multitud de Jerusalén muchas veces tiene comportamientos criminales.

Lisias frunció el entrecejo y reflexionó por largo tiempo. Pero, arrancándolo de su indecisión, el anciano galileo le presentó la idea de trasladar al prisionero para Cesárea, teniendo en vista un juicio más justo. La medida tendría la virtud de sustraer al Apóstol del ambiente irritado de Jerusalén y haría abortar de raíz el plan de homicidio; aparte de eso, el tribuno permanecería a salvo de sospechas injustas, manteniendo íntegras las tradiciones de respeto en torno a su nombre, por parte de los judíos malévolos e ingratos. El hecho sería conocido apenas por los más íntimos y el patricio designaría una escolta de soldados valientes para acompañar al prisionero, debiendo salir de Jerusalén después de la media noche. Claudio Lisias consideró la excelencia de las sugerencias y prometió ponerlas en práctica esa misma noche.

Tan pronto como Santiago se despidió, el romano llamó a dos auxiliares de confianza y dio las primeras órdenes para la formación de la escolta, fuerte, de ciento treinta soldados, doscientos arqueros y setenta caballeros, bajo cuya protección Pablo de Tarso habría de comparecer ante el gobernador Félix, en el gran puerto palestinense. Los delegados, atendiendo a las instrucciones recibidas, reservaron para el prisionero una de las mejores monturas.

A media noche, Pablo de Tarso, con gran sorpresa, fue llamado. Claudio Lisias le explicó, en pocas palabras, el objetivo de su decisión y la extensa caravana partió en silencio, rumbo a Cesárea.

Dado el carácter secreto de las medidas tomadas, el viaje transcurrió sin incidentes dignos de mención. Apenas muchas horas después partían de la Torre Antonia los respectivos informes, convenciéndose los judíos, con gran contrariedad, de la inutilidad de cualquier represalia.

En Cesárea el gobernador recibió la expedición con enorme asombro. Conocía el renombre de Pablo y no era extraño a las luchas que sustentaba con los hermanos de raza, pero aquella caravana de cuatrocientos hombres armados para proteger a un preso, era para causar admiración.

Después del primer interrogatorio, el máximo delegado del Imperio, en la provincia, sentenció:

–Atento al origen judaico del acusado, nada puedo juzgar sin oír al órgano competente de Jerusalén.

Y mandó a que el Sanedrín se hiciese representar en la sede del Gobierno, con la mayor urgencia.

Los israelitas estaban sumamente satisfechos con la orden.

Consecuentemente, cinco días después de la remoción del Apóstol, el mismo Ananías quiso dirigir el conjunto de autoridades del Sanedrín y del Templo que acudieron a Cesárea con los proyectos más extraños con relación a la situación del adversario. Los viejos rabinos, conociendo el poder de la lógica y de la hermosura

de la palabra del ex doctor de Tarso, se hicieron acompañar de Tértulo, una de las más notables mentalidades que cooperaban en la respetable cofradía.

Improvisado el Tribunal para decidir el hecho, el orador del Sanedrín tuvo la prioridad de la palabra, usándola en tremendas acusaciones contra el indiciado reo, diseñando en colores negros todas las actividades del Cristianismo, y terminando por pedir al gobernador la entrega del acusado a sus hermanos de raza, a fin de ser debidamente juzgado por ellos.

Concedida al ex rabino la ocasión de explicarse, Pablo comenzó a hablar con gran serenidad. Félix observó enseguida sus elevadas dotes intelectuales, los primores dialécticos y oyó su argumentación con profundo interés. Los ancianos de Jerusalén no sabían ocultar su propia ira. Si fuese posible, habrían atado al Apóstol al poste allí mismo, tal era la irritación que los dominaba, contrastando con la tranquilidad transparente de la oratoria y de la persona del orador adverso.

El gobernador tuvo gran dificultad para pronunciar el veredicto. De un lado, veía a los ancianos de Israel en actitud casi colérica, reclamando derechos de raza; del otro, contemplaba al Apóstol del Evangelio, calmado, imperturbable, señor espiritual del asunto, esclareciendo todos los puntos oscuros del singular proceso, con su palabra elegante y reflexiva.

Reconociendo el extremo valor de aquel hombre delgado y envejecido, cuyos cabellos parecían encanecidos por dolorosas y sagradas experiencias, el gobernador Félix modificó, apresuradamente, sus primeras impresiones y cerró los trabajos en estos términos:

–Señores, reconozco que el proceso es más grave de lo que juzgué a primera vista. En este caso, resuelvo aplazar la sentencia definitiva, hasta que el tribuno Claudio Lisias sea convenientemente oído.

Los ancianos se mordieron los labios. En balde el sumo sacerdote solicitó la continuación de los trabajos. El mandatario de

Roma no modificó su punto de vista y la gran asamblea se disolvió, con inmenso pesar de los israelitas obligados a regresar, extremadamente contrariados.

Mientras tanto, Félix pasó a considerar al prisionero con mayor deferencia. Al día siguiente, fue a visitarlo, concediéndole permiso para recibir a los amigos en la sala del juzgado. Asumiendo que Pablo gozaba de gran prestigio entre todos los seguidores de la doctrina del profeta nazareno, imaginó, enseguida, sacar algún provecho de la situación. Cada vez que lo visitaba, le sorprendía mayor agudeza mental, interesándose por su palabra viva y palpitante de observaciones sabias, en el concepto y en la experiencia de la vida.

Cierto día, el gobernador abordó cuidadosamente el prisma de los intereses personales, insinuándole la ventaja de su liberación, de manera que pudiese atender a las aspiraciones de la comunidad cristiana, a la que prestaba tanta relevancia.

Pero Pablo observó, con resolución:

–No soy de vuestra opinión. Siempre consideré que la primera virtud del cristiano es estar dispuesto para obedecer la voluntad de Dios, en cualquier parte. En verdad, no estoy detenido en rebeldía de su asistencia y protección, y de esta forma creo que Jesús juzga mejor conservarme prisionero, en los días que corren. Así, lo serviré como si estuviese en plena libertad del cuerpo.

–Sin embargo, –continuó Félix, sin valor para tocar directamente el punto–, vuestra independencia no sería algo muy difícil.

–¿Cómo?

–¿No tenéis amigos ricos e influyentes en todas las provincias? –interrogó el delegado gubernamental, de manera ambigua.

–¿Qué deseáis decir con eso? –preguntó el Apóstol a su vez.

–Creo que si consiguieseis suficiente dinero para atender a los intereses personales de cuantos han de funcionar en el proceso, estaréis completamente libre de la acción de la justicia, dentro de pocos días.

Pablo comprendió las insinuaciones mal veladas y noblemente contestó:

–Ahora lo percibo. Habláis de una justicia condicionada al capricho criminal de los hombres. Esa justicia no me interesa. Será preferible para mí conocer la muerte en la cárcel, a servir de obstáculo a la redención espiritual del más humilde de los funcionarios de Cesárea. Darles dinero a cambio de una independencia ilícita, sería habituarlos al apego de los bienes que no les pertenecen. Mi actividad sería, entonces, un esfuerzo reconocidamente perverso. Por lo demás, cuando tenemos la conciencia pura, nadie nos puede quitar la libertad y yo me siento aquí tan libre como allá afuera, en la plaza pública.

El gobernador recibió la observación franca y áspera, disfrazando su perturbación. La lección lo humillaba duramente y, desde entonces, se desinteresó por la causa. Pero, ya había comentado, entre los amigos más íntimos, la privilegiada inteligencia del prisionero de Cesárea y, en pocos días, su joven esposa Drusila le manifestaba su deseo de conocer y oír al Apóstol. En contra de su voluntad, no pudiendo esquivarse, acabó por llevarla ante el ex rabino.

Judía de origen, Drusila no se contentó, como lo había hecho el marido, con simples indagaciones superficiales. Deseosa de sondear sus ideas más profundas, pidió que le hiciese un comentario general de la nueva doctrina que había esposado y que procuraba difundir.

Ante destacadas figuras de la Corte Provincial, el valeroso Apóstol de los gentiles hizo una brillante apología del Evangelio, resaltando la inolvidable ejemplificación del Cristo y los deberes del proselitismo que repuntaba de todos los rincones del mundo. La mayoría de los oyentes lo escuchaba con evidentes muestras de interés; pero, cuando comenzó a hablar de la resurrección y de los deberes del hombre en vista de las responsabilidades en el mundo espiritual, el gobernador se puso pálido e interrumpió la prédica.

–¡Basta por hoy! –dijo con autoridad–. Mis familiares podrán

oíros en otra fecha, si lo desean, pues en cuanto a mí no creo en la existencia de Dios.

Pablo de Tarso recibió la observación con serenidad y respondió con benevolencia:

–Agradezco la delicadeza de vuestra declaración y, sin embargo, señor gobernador, oso encareceros la necesidad de ponderar el asunto, porque, cuando un hombre afirma no aceptar la paternidad del Todopoderoso, es que, generalmente, recela del juicio de Dios.

Félix le lanzó una mirada rabiosa y se retiró con los suyos, prometiéndose dejar al prisionero entregado a su suerte.

Debido a ello, aunque era respetado por su franqueza y lealtad, Pablo tuvo que soportar dos años de reclusión en Cesárea, tiempo que aprovechó en relaciones constantes con sus iglesias muy amadas. Innumerables mensajes iban y venían, trayendo consultas y llevando pareceres e instrucciones.

En ese tiempo, el ex doctor de Jerusalén llamó la atención de Lucas para que realizara el viejo proyecto de escribir una biografía de Jesús, valiéndose de las informaciones de María; lamentó no poder ir a Éfeso, encomendándole ese trabajo, que reputaba de capital importancia para los adeptos del Cristianismo. El médico amigo satisfizo integralmente su deseo, legando a la posteridad el precioso relato de la vida del Maestro, rico de luces y esperanzas divinas. Terminadas las anotaciones evangélicas, el espíritu dinámico del Apóstol de la gentilidad encareció la necesidad de un trabajo que fijase las actividades apostólicas después de la partida de Cristo, para que el mundo conociese las gloriosas revelaciones del Pentecostés, y así se originó el magnífico relato de Lucas: *Hechos de los Apóstoles*.

No obstante su condición de prisionero, el convertido de Damasco no descuidó el trabajo un solo día, valiéndose de todos los recursos a su alcance, a favor de la Buena Nueva.

El tiempo corría con celeridad. No obstante, los israelitas nunca desistieron del plan inicial de eliminar al valeroso campeón

de las verdades del Cielo. El gobernador fue abordado varias veces sobre la oportunidad de reenviar al encarcelado a Jerusalén; pero, al recordar a Pablo, la conciencia le vacilaba. Además de lo que había observado por sí mismo, oyó al tribuno Claudio Lisias que le habló del ex rabino con insuperable respeto. Más por miedo a los poderes sobrenaturales atribuidos al Apóstol, que por dedicación a sus deberes de administrador, resistió a todas las embestidas de los judíos, manteniéndose firme en el propósito de custodiar al acusado, hasta que surgiese la ocasión para que se realizase un juicio más ponderado.

Dos años de prisión contaba la ficha del gran amigo de los gentiles, cuando una orden imperial transfirió a Félix para la administración de otra provincia. Sin olvidar la pena que la franqueza de Pablo le había causado, decidió abandonarlo a su propia suerte.

El nuevo gobernador, Porcio Festo, llegó a Cesárea en medio de ruidosas manifestaciones populares. Jerusalén no podía esquivarse a los homenajes políticos y, tan pronto como asumió el poder, el ilustre patricio fue a visitar la gran ciudad de los rabinos. El Sanedrín aprovechó la ocasión para exigir urgentemente la entrega del viejo enemigo de tantos años. Un grupo de doctores de la Ley Antigua buscó entrevistarse, ceremoniosamente, con el generoso romano, solicitando la restitución del prisionero para juzgarlo en el Tribunal religioso. Festo recibió la comisión, caballerosamente, y se mostró inclinado a atender, mas, prudente por índole y por deber del cargo, declaró que prefería solucionar la cuestión en Cesárea, donde se le facultaba conocer el asunto con los detalles imprescindibles. Para ese fin, invitaba a los rabinos a acompañarlo en su regreso. Los israelitas exultaron de contento. Se esparcieron los más siniestros proyectos para la recepción del Apóstol en Jerusalén.

El gobernador permaneció allí diez días, pero antes de que regresase, alguien se encaminaba a Cesárea, con el corazón oprimi-

do y ansioso. Era Lucas, que, esforzado y solícito, se proponía informar al prisionero de todos los singulares acontecimientos. Pablo de Tarso lo oía con atención y serenidad; pero, cuando el compañero comenzó a relatar los planes del Sanedrín, el amigo del gentilismo se puso pálido. Estaba definitivamente asentado que el tránsfuga sería crucificado, como el Divino Maestro, en el mismo lugar de las calaveras. Había preparativos para escenificar fielmente el drama del Calvario. El acusado cargaría la cruz hasta allá, recibiendo los sarcasmos del populacho y había hasta quien hablase de sacrificar dos ladrones, para que se repitiesen todos los detalles característicos del martirio del Carpintero.

Pocas veces el Apóstol manifestó una impresión tan grande de asombro. Por fin, con aspereza y energía, exclamó:

–He sufrido azotes, apedreamientos e insultos por todas partes, pero de todas las persecuciones y pruebas, esta es la más absurda…

El propio médico no sabía cómo interpretar ese concepto, cuando el ex rabino prosiguió:

–Tenemos que evitar eso, por todos los medios a nuestro alcance. ¿Cómo encarar esa deliberación extravagante de repetir la escena del Calvario? ¿Cuál discípulo tendría el valor de someterse a esa falsa parodia con la idea mezquina de alcanzar el plano del Maestro, en el testimonio a los hombres? El Sanedrín está engañado. Nadie en el mundo logrará un Calvario igual al de Cristo. Sabemos que en Roma los cristianos comienzan a morir en el sacrificio, tomados como esclavos misérrimos. Los poderes perversos del mundo desencadenan la tempestad de ignominias sobre la frente de los seguidores del Evangelio. Si yo tuviese que testificar por Jesús, lo haré en Roma. Sabré morir junto a los compañeros, como un hombre común y pecador; pero no me someteré al papel de falso imitador del Mesías prometido. Puesto que el proceso va a ser debatido nuevamente por el gobernador, apelaré al César.

El médico hizo un gesto de asombro. Como la mayoría de

los cristianos eminente de todas las épocas, Lucas no conseguía comprender aquel gesto, interpretado, a primera vista, como una negativa del testimonio.

–Pero –objetó con ciertas dudas– Jesús no recurrió a las altas autoridades en el sacrificio de la cruz, y yo recelo de que los discípulos no sepan interpretar tu actitud, como conviene.

– No concuerdo contigo –respondió Pablo, con firmeza–; si las comunidades cristianas no pudieran comprender mi resolución, prefiero pasar ante sus ojos como pedante y desatento, en esta hora singular de mi vida. Soy pecador y debo despreciar el elogio de los hombres. Si me condenasen, no estarían equivocados. Soy imperfecto y necesito testimoniar en esa condición verdadera de mi vida. De otro modo, perturbaría mi conciencia, provocando un falso aprecio humano.

Muy impresionado, Lucas guardó la inolvidable lección.

Tres días después de esa entrevista, el gobernador regresaba a la sede del gobierno provincial, acompañado de un numeroso séquito de israelitas dispuestos a conseguir la entrega del famoso prisionero.

Porcio Festo, con la serenidad que marcaba sus actitudes políticas, buscó conocer inmediatamente la situación. Revisó el proceso meticulosamente, enterándose de los títulos de ciudadanía romana del acusado, de acuerdo con la legislación en vigor. Y notando la insistencia de los rabinos que denotaban enorme ansiedad por la solución del asunto, convocó a una reunión para un nuevo examen de las declaraciones del acusado, con la intención de satisfacer la política regional de Jerusalén.

El convertido de Damasco, con el siempre cansado cuerpo, pero con el espíritu revigorizado, compareció en la asamblea bajo las miradas rencorosas de los hermanos de raza, que peleaban su remoción a toda costa. El Tribunal de Cesárea atraía gran multitud, ansiosa de conocer el nuevo juicio. Discutían los israelitas, los cristianos comentaban los debates en actitud defensiva. Más de una

vez, Porcio Festo fue obligado a levantar la voz, reclamando atención y silencio.

Abiertos los trabajos de la singular asamblea, el gobernador interrogó al acusado, con energía llena de nobleza.

Sin embargo, Pablo de Tarso respondió a todas las acusaciones con su peculiar serenidad. No obstante la manifiesta animosidad de los judíos, declaró que en nada los había ofendido y no recordaba ningún acto de su vida en el cual hubiese atacado el Templo de Jerusalén o las leyes de César.

Festo percibió que trataba con un espíritu culto y eminente, y que no sería fácil entregarlo al Sanedrín. Algunos rabinos habían insistido para que se ordenase su traslado a Jerusalén, pura y simplemente, aun en contra de cualquier principio legal. El gobernador no vacilaría, en ese particular, haciendo valer su influencia política; pero, no quiso practicar un acto arbitrario antes de conocer las cualidades morales del hombre que era blanco de las intrigas judaicas. En su fuero íntimo, consideraba que, si se tratase de una persona vulgar, podría entregarlo sin recelo a la autoridad tiránica del Sanedrín que, seguramente, lo liquidaría; pero, otro tanto no acontecería, en caso de que verificase nobleza e inteligencia en el prisionero, pues con su cuidadoso sentido político, no deseaba adquirir un enemigo capaz de perjudicarlo en el curso del tiempo. Habiendo reconocido los elevados dotes intelectuales y morales del Apóstol, modificó enteramente su actitud. Enseguida pasó a considerar con mayor severidad al interlocutor, llegando a la conclusión de que sería un crimen actuar con parcialidad en el caso. Aparte de la cultura que el acusado exhibía, se trataba de un ciudadano romano por títulos legítimamente adquiridos. Formulando nuevas conjeturas y con inmensa sorpresa para los representantes confiados del Sanedrín, Porcio Festo preguntó al prisionero si consentía en regresar a Jerusalén, a fin de ser juzgado allá, ante él mismo, por el Tribunal religioso de su raza. Pablo de Tarso, comprendiendo la celada de los israelitas, replicó tranquilamente, hinchiendo a la asamblea de asombro:

–Señor gobernador, estoy ante el Tribunal de César, a fin de ser definitivamente juzgado. Hace más de dos años que espero la decisión de un proceso que no puedo comprender. Como sabéis, a nadie ofendí. Mi prisión derivó, tan solo, de las intrigas religiosas de Jerusalén. Desafío, en este particular, el concepto de los más exigentes. Si practiqué algún acto indigno, pido, yo mismo, la sentencia de muerte. Convocado a un nuevo juicio, creí que tuvieseis el valor necesario para romper con las aspiraciones inferiores del Sanedrín, haciendo justicia a vuestra ecuanimidad de administrador consciente y recto. Continúo confiando en vuestra autoridad, y en vuestra imparcialidad, exenta de favor, que nadie podrá exigir de vuestros deberes honrosos y delicados. ¡Examinad detenidamente las acusaciones que me retienen en la cárcel de Cesárea! ¡Verificaréis que ningún poder provincial podrá entregarme a la tiranía de Jerusalén! ¡Reconociendo esa valiosa circunstancia e invocando mis títulos, aunque crea sinceramente en vuestras deliberaciones sabias y justas, apelo, desde ya, a César!...

La actitud inesperada del Apóstol de los gentiles provocó asombro general. Porcio Festo, muy pálido, se concentró en serías reflexiones. En su cátedra de juez, había enseñado, generosamente, el camino de la vida a muchos acusados y malhechores; pero, en aquella hora inolvidable de su existencia, encontraba un reo que le hablaba al corazón. La respuesta de Pablo valía como un programa de justicia y de orden. Con inmensa dificultad pedía el restablecimiento de la calma en el recinto. Los representantes del judaísmo discutían acaloradamente entre sí; algunos cristianos, apresuradamente, comentaban en forma desfavorable la actitud del Apóstol, apreciándola de manera superficial, como si constituyese una negación del testimonio. El gobernador reunió, aprisa, al pequeño consejo de los rabinos más influyentes. Los doctores de la Ley antigua insistieron para que se adoptaran medidas más enérgicas, suponiendo que Pablo se ablandaría con algunos bastonazos. No obstante, sin despreciar dar una prestigiosa lección para su vida pública, el gobernador cerró los oídos a las intrigas de Jerusalén,

afirmando que de ningún modo podía transigir en el cumplimiento de su deber, en aquel significativo instante de su vida. Se disculpó, contrariado, con los viejos políticos del Sanedrín y del Templo, que lo miraban con ojos rencorosos y pronunció las célebres palabras.

–¿Apelaste al César? ¡Pues irás al César!

Con esta antigua fórmula quedaron cerrados los trabajos del nuevo juicio. Los representantes del Sanedrín se retiraron extremadamente irritados, exclamando uno de ellos, en voz alta, para el prisionero que recibió el insulto serenamente:

–¡Solo los malditos desertores apelan al César! ¡Anda con los gentiles, indigno impostor!

El Apóstol lo miró con benignidad, mientras se preparaba para volver a la cárcel.

El gobernador, sin perder tiempo, determinó que se anotase la petición del reo, para proseguir con la causa. Al día siguiente se demoró estudiando el caso y se sintió presa de gran indecisión. No podía enviar al acusado a la capital del Imperio, sin justificar los motivos de la prisión, por tanto tiempo, en las cárceles de Cesárea. ¿Cómo proceder? Pero, transcurridos algunos días, Herodes Agripa y Berenice venían a saludar al nuevo gobernador, en visita ceremoniosa e imprevista. El delegado imperial no pudo disimular las preocupaciones que lo absorbían, y después de las solemnidades protocolares, debidas a huéspedes tan ilustres, contó a Agripa la historia de Pablo de Tarso, cuya personalidad extasiaba a los más indiferentes. El rey de Palestina, que conocía la fama del ex rabino, manifestó su deseo de observarlo de cerca, a lo que Festo consintió muy satisfecho, no solo por la posibilidad de proporcionar un placer al generoso huésped, sino también por esperar de sus impresiones algo útil para ilustrar el proceso del Apóstol, que le incumbía enviar hacia Roma.

Porcio dio a ese acto un carácter festivo. Invitó a las personalidades más eminentes de Cesárea, reuniendo una lucida asamblea en torno al rey en el mejor y más amplio auditorio de la Corte Pro-

vincial. Primero se escenificaron actos de danza y música; enseguida, el convertido de Damasco, debidamente escoltado, fue presentado por el propio gobernador, en términos discretos, pero cordiales y sinceros.

Herodes Agripa se impresionó, vivamente, con la figura deteriorada y enflaquecida del Apóstol, cuyos ojos serenos traducían la energía inquebrantable de la raza. Curioso por conocerlo mejor, mandó a que se defendiese de viva voz.

Pablo comprendió la profunda significación de aquel minuto y pasó a relatar los trances de su existencia con gran erudición y sinceridad. El rey oía asombrado. El ex rabino evocó la infancia, se detuvo en las reminiscencias de la juventud, explicó su aversión a los seguidores de Cristo Jesús y, exuberante de inspiración trazó el cuadro de su encuentro con el Maestro redivivo, a las puertas de Damasco, bajo la viva luz del sol. Enseguida, pasó a enumerar los hechos de la obra de la gentilidad, las persecuciones sufridas en todas partes por amor al Evangelio, concluyendo, con vehemencia, que, sin embargo, sus prédicas no contrariaban, antes corroboraban las profecías de la Ley Antigua, desde Moisés.

Dando curso a la imaginación ardiente y fácil, el orador tenía los ojos jubilosos y brillantes. La asamblea aristocrática estaba eminentemente impresionada con los hechos narrados, denotando entusiasmo y alegría. Herodes Agripa, muy pálido, tenía la impresión de haber encontrado una de las más profundas voces de la revelación divina. Porcio Festo no ocultaba la sorpresa que asaltaba súbitamente su espíritu. No presumía en el prisionero un caudal de fe y persuasión tan grande. Oyendo al Apóstol describir las escenas más bellas de su apostolado con los ojos repletos de alegría y de luz, trasmitiendo al auditorio atento y conmovido ideas imprevistas y singulares, el gobernador consideró que se trataría de un loco sublime y le dijo, en alta voz, en medio de una pausa prolongada:

–¡Pablo, eres un desvariado! ¡Las muchas letras te hacen delirar!

El ex rabino, lejos de atemorizarse, respondió con mucha nobleza:

–¡Os equivocáis! ¡No soy un loco! Ante vuestra autoridad de romano ilustre, yo no me atrevería a hablar de esa manera, pues reconozco que no estáis debidamente preparado para oírme. Los patricios de Augusto lo son también de Jesucristo, pero aún no conocen plenamente al Salvador. A cada cual, debemos hablar de acuerdo con su capacidad espiritual. Pero, aquí, señor gobernador, si hablo con osadía es porque me dirijo a un rey que no ignora el sentido de mis palabras. Herodes Agripa habrá oído a Moisés, desde la infancia. Es romano por la cultura, pero se alimentó de la revelación de Dios a sus antepasados. Ninguna de mis afirmaciones le puede ser desconocida. De otro modo, él traicionaría su origen sagrado, pues todos los hijos de la nación que aceptó al Dios único deben conocer la revelación de Moisés y de los profetas. ¿No lo creéis así, rey Agripa?

La pregunta causó enorme estupefacción. El propio administrador provincial no tendría valor para dirigirse al rey con una desenvoltura tan grande. El ilustre descendiente de Antipas estaba altamente sorprendido. Extrema palidez le cubría el semblante. Nadie le había hablado así en toda su vida.

Percibiendo su actitud mental, Pablo de Tarso completó la poderosa argumentación, añadiendo:

–¡Bien sé que creéis!...

Confuso con el desembarazo del orador, Agripa sacudió la frente como si desease expulsar alguna idea inoportuna, esbozó una vaga sonrisa, dando a entender que era señor de sí, y dijo en tono de gracia:

–¡Pues bien! Por poco me persuades de hacer una profesión de fe cristiana…

El Apóstol no se dio por vencido y contestó:

–Ojalá que, por poco o por mucho, os hicieseis discípulo de Jesús; no solamente vosotros, sino todos cuantos nos oyeron hoy.

Porcio Festo comprendió que el rey estaba mucho más impresionado de lo que suponía y, deseoso de modificar el ambiente, propuso que las altas autoridades entrasen al palacio para la merienda de la tarde. El ex rabino fue conducido de nuevo a la cárcel, dejando en los oyentes imperecedera impresión. Berenice, sensibilizada, fue la primera en manifestarse, reclamando clemencia para el prisionero. Los demás siguieron la misma corriente de benévola simpatía. Herodes Agripa intentó una fórmula digna para que el Apóstol fuese restituido a la libertad. Pero el gobernador explicó que conociendo la fibra moral de Pablo, había tomado en serio su recurso a César, estando ya documentadas las primeras instrucciones al respecto. Celoso de las leyes romanas, puso dificultades al consejo, aunque pidió la ayuda intelectual del rey para redactar la carta de justificación, con la que el acusado debería presentarse a la autoridad competente, en la capital del Imperio. Deseoso de conservar su tranquilidad política, el descendiente de Herodes no propuso ninguna otra sugestión, lamentando apenas que el prisionero ya hubiese recurrido a la última instancia. Cooperó, entonces, en la redacción del documento, mostrándose contrario al predicador del Evangelio tan solo por la circunstancia de haber suscitado muchas luchas religiosas en la clase popular, en desacuerdo con la unidad de fe ensalzada por el Sanedrín como baluarte defensivo de las tradiciones del Judaísmo. Para eso, el propio rey firmó como testigo, prestando mayor importancia a los alegatos del delegado imperial. Porcio Festo registró la ayuda, extremadamente satisfecho. Estaba resuelto el problema y Pablo de Tarso podía partir, con la primera leva de sentenciados, hacia Roma.

No es necesario decir que recibió la noticia con serenidad. Después de un entendimiento con Lucas, pidió que la iglesia de Jerusalén fuese avisada, así como la de Sidón, donde, seguramente, el navío habría de recibir carga y pasajeros. Todos los amigos de Cesárea fueron movilizados en el servicio de los conmovedores mensajes que el ex rabino dirigió a las amadas iglesias, menos Timoteo, Lucas y Aristarco, que se proponían acompañarlo a la capital del Imperio.

Los días transcurrieron, rápidos, hasta que llegó el momento en el que el centurión Julio con su escolta fue a buscar a los prisioneros para el tormentoso viaje. El centurión tenía plenos poderes para determinar todas las medidas y, enseguida, dando muestras de simpatía por el Apóstol, ordenó que fuese conducido a la embarcación desencadenado, en contraste con los demás prisioneros.

El tejedor de Tarso, apoyado en el brazo de Lucas, volvió a ver, plácidamente, el cuadro claro y barullento de las calles, acariciando la esperanza de una vida más elevada, en la que los hombres pudiesen gozar de fraternidad en nombre del Señor Jesús. Su corazón se sumergía en dulces reflexiones y plegarias ardientes, cuando fue sorprendido por una compacta multitud que se apretaba agitada en la extensa plaza a la orilla del mar.

Filas de ancianos, de jóvenes y niños, se aglomeraban junto a él, a pocos metros de la playa. Al frente, Santiago cansado por el trabajo y ya anciano, venido de Jerusalén con gran sacrificio, para traerle el beso fraternal. El ardiente defensor de la gentilidad no consiguió dominar la emoción. Grupos de niños le lanzaron flores. El hijo de Alfeo, reconociendo la nobleza de aquel Espíritu heroico, le tomó la diestra y se la besó con efusión. Allí estaba con todos los cristianos de Jerusalén en condiciones de hacer el viaje. Allí estaban cofrades de Jope, de Lida, de Antipatris, de todos los cuadrantes provinciales. Los niños de la gentilidad se unían a los pequeñuelos judíos, que saludaban cariñosamente al Apóstol prisionero. Viejos minusválidos se aproximaban respetuosos y exclamaban:

–¡No deberíais partir!...

Mujeres humildes agradecían los beneficios recibidos de sus manos. Enfermos curados comentaban sobre la colonia de trabajo que él sugirió y ayudó a fundar en la iglesia de Jerusalén y proclamaban su gratitud en voz alta. Los gentiles, convertidos al Evangelio, le besaban las manos, diciendo:

–¿Quién nos enseñará, de ahora en adelante, a ser buenos hijos del Altísimo?

Niños amorosos se pegaban a su túnica, bajo las miradas de madres consternadas.

Todos le pedían que se quedase, que no partiese, que volviese pronto para los benditos servicios de Jesús.

Súbitamente, recordó la vieja escena de la prisión de Pedro, cuando, él, Pablo, enseñoreado en perseguidor de los discípulos del Evangelio, había visitado la iglesia de Jerusalén, comandando una expedición punitiva. Aquellos cariños del pueblo le hablaban suavemente al alma. Significaban que ya no era el verdugo implacable que, hasta entonces, no había podido comprender la misericordia divina; traducían la cancelación de su débito con el alma del pueblo. Con la conciencia un tanto aliviada, se acordó de Abigail y comenzó a llorar. Se sentía, allí, como en el seno de "los hijos del Calvario" que lo abrazaban, reconocidos. Aquellos mendigos, aquellos inválidos, aquellos niños eran su familia. En aquel inolvidable minuto de su vida, se sentía plenamente identificado con el ritmo de la armonía universal. Brisas suaves de mundos diferentes traían bálsamo a su alma, como si hubiese alcanzado una región divina, después de vencer una gran batalla. Por primera vez, algunos pequeños lo llamaban "padre". Se inclinó, con más ternura, hacia los niñitos que lo rodeaban. Interpretaba todos los episodios de aquella hora inolvidable como una bendición de Jesús que lo unía a todos los seres. Frente a sí, el océano en calma se asemejaba a un camino infinito y promisor de misteriosas e inefables bellezas.

Julio, el centurión de la guardia, se aproximó conmovido y habló con dulzura:

–Infelizmente, llegó el momento de partir.

Y, siendo testigo de las manifestaciones tributadas al Apóstol, también tenía los ojos llenos de lágrimas. Muchos reos se le habían deparado en aquellas circunstancias y estaban todos resentidos, desesperados o penitentes arrepentidos. Pero, aquel, estaba sereno y casi feliz. Un júbilo indecible desbordaba de sus brillantes ojos. Aparte de eso, sabía que aquel hombre, dedicado al bien de todas

las criaturas humanas, no había cometido ninguna falta. Por eso mismo, se mantuvo a su lado, como queriendo compartir los transportes afectuosos del pueblo, para demostrar la consideración que le merecía.

El Apóstol de los gentiles abrazó a los amigos por última vez. Todos lloraban discretamente, a manera de los sinceros discípulos de Jesús, que lo hacían para patentizar un verdadero consuelo: las madres se arrodillaban con los hijitos en la arena blanca, los viejos, apoyándose en rudos cayados, con inmenso esfuerzo. Todos los que abrazaban al campeón del Evangelio, se ponían de rodillas, rogando al Señor que bendijese su nuevo derrotero.

Concluyendo las despedidas, Pablo acentuaba con serenidad heroica:

–¡Lloremos de alegría, hermanos! ¡No existe mayor gloria en este mundo que la del hombre que camina hacia Jesús!... ¡El Maestro fue al encuentro del Padre, a través de los martirios de la cruz! Bendigamos nuestra cruz de cada día. ¡Es preciso que traigamos las marcas del Señor Jesús! No creo que pueda volver aquí, con este quebrantado cuerpo de mis luchas materiales. Espero que el Señor me conceda el último testimonio en Roma; mientras tanto, estaré con vosotros a través del corazón; volveré a nuestras iglesias en Espíritu; cooperaré en vuestro esfuerzo en los días más amargos. La muerte no nos separará, tal como no separó al Señor de la comunidad de los discípulos. ¡Nunca estaremos distantes unos de los otros y, por eso mismo, prometió Jesús que estaría a nuestro lado hasta el fin de los siglos!...

Julio oyó la exhortación, conmovido. Lucas y Aristarco sollozaban muy bajo.

Por último, el Apóstol tomó el brazo del médico amigo y seguido de cerca por el centurión, caminó resuelto y sereno en dirección al barco.

Centenares de personas acompañaron las maniobras de la partida, en santificado recogimiento regado de lágrimas y oraciones.

Mientras el navío se alejaba con lentitud, Pablo y los compañeros contemplaban Cesárea, con los ojos llenos de lágrimas. La multitud silenciosa, de los que se quedaban llorando, saludaba y ondeaba pañuelos en la playa que, a distancia, poco a poco se diluía. Jubiloso y reconocido, Pablo de Tarso descansaba la mirada en el campo de sus luchas acervas, meditando en los largos años de afrentas y reparaciones necesarias. Recordaba la infancia, los primeros sueños juveniles, las inquietudes de la juventud, los servicios dignificantes de Cristo, sintiendo que dejaba Palestina para siempre. Grandiosos pensamientos lo extasiaban, cuando Lucas se aproximó y señalando a distancia los amigos que continuaban en reverencia, exclamó suavemente:

–¡Pocos hechos me conmovieron tanto en el mundo cómo este! ¡Registraré en mis anotaciones como fuiste amado por cuantos recibieron de tus manos fraternales el beneficio de Jesús!...

Pablo pareció ponderar profundamente la advertencia y acentuó:

–No, Lucas. No escribas sobre virtudes que no tengo. Si me amas no debes exponer mi nombre a falsos juicios. Debes hablar, eso sí, de las persecuciones movidas por mí a los seguidores del santo Evangelio; del favor que el Maestro me dispensó a las puertas de Damasco, para que los hombres más empedernidos no se desesperen para alcanzar la salvación y aguarden su misericordia en el momento justo; citarás los combates que hemos trabado desde el primer instante, en vista de las imposiciones del farisaísmo y de las hipocresías de nuestro tiempo; comentarás los obstáculos vencidos, las humillaciones dolorosas, las numerosas dificultades, para que los futuros discípulos no esperen la redención espiritual con el reposo falso del mundo, confiados en el favor incomprensible de los dioses y sí con trabajos ásperos, con sacrificios bendecidos por el perfeccionamiento de sí mismos; hablarás de nuestros reencuentros con los hombres poderosos y cultos; de nuestros servicios junto a los desfavorecidos de la suerte, para que los seguidores del

Evangelio, en el futuro, no sientan recelos de las situaciones más difíciles y escabrosas, conscientes de que los mensajeros del Maestro los asistirán, siempre que se tornen instrumentos legítimos de la fraternidad y del amor, a lo largo de los caminos que se desdoblan hacia la evolución de la Humanidad.

Y después de una larga pausa, en la que observó la atención con la que Lucas acompañó sus inspirados razonamientos, prosiguió en tono sereno y firme:

–Pero, calla siempre las consideraciones, los favores que hayamos recogido en la tarea, porque ese galardón solo pertenece a Jesús. Fue Él quien renovó nuestras miserias angustiosas, llenando nuestro vacío; fue su mano la que nos tomó cariñosamente y nos recondujo al camino santo. ¿No me contaste tus luchas amargas en el pasado distante? ¿No te conté cómo fui de perverso e ignorante, en otros tiempos? Así como iluminó mis veredas sombrías, a las puertas de Damasco, te llevó Él a la iglesia de Antioquía para que oyeses sus verdades eternas. Por más que hayamos estudiado, sentimos un abismo entre nosotros y la sabiduría eterna; por más que hayamos trabajado, no nos encontramos dignos de Aquél que nos asiste y guía desde el primer instante de nuestra vida. ¡Nada poseemos de nosotros mismos!... El Señor llena el vacío de nuestra alma y opera el bien que no poseemos. Estos ancianos trémulos que nos abrazaron cubiertos de lágrimas, los niños que nos besaron con ternura, lo hicieron a Cristo. Santiago y los compañeros no vinieron de Jerusalén, tan solo para manifestarnos su afectuosa fraternidad; vinieron a traer testimonios de amor al Maestro que nos reunió en la misma vibración de solidaridad sacrosanta, aunque no sepan traducir el mecanismo oculto de esas emociones grandiosas y sublimes. En medio de todo eso, Lucas, fuimos apenas míseros siervos que se aprovecharon de los bienes del Señor para pagar sus propias deudas. Él nos dio la misericordia para que la justicia se cumpliese. Esos júbilos y esas emociones divinas le pertenecen… Por tanto, no tengamos la mínima preocupación por relatar episodios que dejarían una puerta abierta para la incomprensible vanidad. Que nos

baste la profunda convicción de haber ajustado nuestros clamorosos débitos…

Lucas oyó admirado esas consideraciones oportunas y justas, sin saber definir el asombro que le causaban.

–Tienes razón –dijo finalmente–, somos demasiado débiles para que nos atribuyamos cualquier valor.

–Aparte de todo –agregó Pablo–, la batalla de Cristo está apenas comenzando. Toda victoria pertenecerá a su amor y no a nuestro esfuerzo de siervos endeudados… ¡Por lo tanto, escribe tus anotaciones del modo más sencillo y no comentes nada que no sea para glorificación del Maestro en su evangelio inmortal!

Mientras Lucas buscaba a Aristarco para trasmitirle aquellas sugestiones sabias y afectuosas, el ex rabino continuó observando el caserío de Cesárea, que ahora se apagaba en el horizonte. La embarcación navegaba suavemente, alejándose de la costa… Durante largas horas, permaneció allí, meditando sobre el pasado que surgía a sus ojos espirituales, cual inmenso crepúsculo. Sumergido en las reminiscencias, entrecortadas por oraciones a Jesús, se quedó allí en significativo silencio, hasta que comenzaron a brillar en el firmamento muy azul los primeros astros de la noche.

IX

El prisionero del Cristo

El navío de Adramitio de la Misia, en el que viajaban el Apóstol y los compañeros, al día siguiente arribó a Sidón, repitiéndose las conmovedoras escenas de la víspera. Julio permitió que el ex rabino fuese hasta la playa a encontrarse con sus amigos, sucediéndose las despedidas entre exhortaciones de esperanzas y muchas lágrimas. Pablo de Tarso había ganado ascendencia moral sobre el comandante, los marineros y guardias. Su palabra vibrante logró conquistar las atenciones generales. Hablaba de Jesús, no como una personalidad inalcanzable, sino como un maestro amoroso y amigo de las personas, siguiendo de cerca la evolución y redención de la Humanidad terrena, desde sus comienzos. Todos deseaban oír sus conceptos, relacionados con el Evangelio y su proyección a futuro en los pueblos.

Desde la embarcación se divisaban frecuentemente paisajes gratísimos a la mirada del Apóstol. Después de costear Fenicia, surgieron los contornos de la Isla de Chipre, que le trajo a la mente cariñosos recuerdos. En las proximidades de Panfilia disfrutó de íntima alegría por el deber cumplido, y así llegó al puerto de Mira, en Licia.

Fue ahí donde Julio resolvió abordar junto con los compañeros una embarcación alejandrina, que se dirigía para Italia. Sin embargo, el viaje continuó, pero con perspectivas desfavorables. El navío llevaba exceso de carga. Además de una gran cantidad de trigo, tenía, a bordo, doscientas setenta y seis personas. Se aproximaba el período difícil para las faenas de navegación. Los vientos soplaban

con fuerza en sentido contrario a la ruta. Después de varios días, aún remaban en la región de Cnido. Venciendo extremas dificultades, consiguieron resguardo en algunos puntos de Creta.

Observando los obstáculos de la jornada y obedeciendo a su propia intuición, el Apóstol, confiado en la amistad de Julio, lo llamó aparte y le sugirió invernar en Kaloi–Limenes. El jefe de la tropa tomó el consejo en consideración y se lo presentó al comandante y al piloto, los que lo rechazaron por descabellado.

–¿Qué significa eso, centurión? –preguntó el capitán, enfático, con una sonrisa algo irónica–. ¿Dar crédito a esos prisioneros? Pues estoy creyendo que se trata de algún plan de fuga, maquinado con sutileza y prudencia… Pero, sea como fuere, el consejo es inaceptable, no solo por la confianza que debemos tener en nuestros recursos profesionales, sino porque necesitamos alcanzar el puerto de Fénix, para disfrutar del reposo necesario.

El centurión se disculpó como pudo, retirándose un tanto avergonzado. Hubiera deseado protestar, aclarando que Pablo de Tarso no era un simple reo común; que no hablaba por sí solo, sino también por Lucas, quien igualmente había sido marinero de los más competentes. Pero, no le convenía comprometer su brillante posición militar y política, cayendo en antagonismo con las autoridades provinciales. Era mejor no insistir, para no ser mal comprendido por los hombres de su clase. Buscó al Apóstol y le dio a conocer la respuesta. Pablo, lejos de abatirse dijo con calma:

–¡No nos entristezcamos por eso! Estoy seguro de que los inconvenientes han de ser mucho mayores de lo que podamos sospechar. Pero, habremos de lograr algún provecho, porque, en las horas angustiosas, recordaremos el poder de Jesús, que nos avisó a tiempo.

El viaje continuó entre recelos y esperanzas. El propio centurión estaba ahora convencido de lo inoportuno que hubiera sido la arribada en Kaloi–Limenes, porque, en los dos días que siguieron al consejo del Apóstol, las condiciones atmosféricas mejoraron bas-

tante. Pero, tan pronto como se hicieron a altamar, rumbo a Fénix, un huracán imprevisto les interceptó de súbito. De nada valieron las medidas improvisadas. La embarcación no podía enfrentar la tempestad y fue forzoso dejarla a merced del viento impetuoso, que la arrebató para muy lejos envuelta en densa niebla. Comenzaron, entonces, los padecimientos angustiosos para aquellas personas aisladas en el abismo revuelto de las olas encrespadas. La tormenta parecía eternizarse. Hacía casi dos semanas que el viento rugía incesante, destructor. ¡Todo el cargamento de trigo fue lanzado al mar, todo lo que representaba un exceso de peso, sin utilidad inmediata, fue tragado por el monstruo insaciable y rugidor!

La figura de Pablo fue vista con veneración. La tripulación del navío no podía olvidar su consejo. El piloto y el comandante estaban confundidos y el prisionero se tornaba blanco de respeto y consideración unánimes. Principalmente, el centurión permanecía constantemente junto a él, creyente de que el ex rabino disponía de poderes sobrenaturales y salvadores. El abatimiento moral y el mareo esparcieron el desánimo y el terror. No obstante, el generoso Apóstol acudía a todos, uno por uno, obligándolos a alimentarse y confortándolos moralmente. De cuando en cuando, soltaba el verbo elocuente y con el debido permiso de Julio, hablaba a los compañeros de la hora amarga, procurando identificar las cuestiones espirituales con el espectáculo convulsivo de la Naturaleza:

–¡Hermanos! –decía en alta voz a la asamblea extraña, que lo oía transida de angustia– ¡creo que en breve tocaremos tierra firme! Pero, asumamos el compromiso de no olvidar jamás la terrible lección de esta hora. Intentemos caminar en el mundo como un marinero vigilante, que, ignorando el momento de la tempestad, conserva la certeza de que ella llegará. El pasaje de la existencia humana hacia la vida espiritual se asemeja al instante amargo que estamos viviendo en este barco hace muchos días. No ignoráis que fuimos avisados de todos los peligros en el último puerto que nos invitaba a resguardarnos echando anclas, libres

de accidentes destructores. Navegamos para altamar, por nuestra propia cuenta. También Cristo Jesús nos concede los avisos en su Evangelio de Luz, pero, frecuentemente optamos por el abismo de las experiencias dolorosas y trágicas. La ilusión, como el viento del sur, parece desmentir las advertencias del Salvador, y nosotros continuamos por el camino de nuestra imaginación viciada; mientras tanto, la tempestad llega de repente. Es preciso pasar de una vida a otra, para que rectifiquemos el rumbo ineludible. Entonces, comenzamos, a desembarazarnos del cargamento pesado de nuestros engaños crueles, abandonamos los caprichos criminales para aceptar plenamente la augusta voluntad de Dios. ¡Reconocemos nuestra insignificancia y miseria, nos domina un hastío inmenso por los errores que alimentaban nuestro corazón, tal como sentimos lo poco que representamos en esta armazón de maderas frágiles, fluctuando en el abismo, sufriendo un singular mareo, que nos provoca extremas nauseas! El fin de la existencia humana es siempre una tormenta como esta, en las regiones desconocidas del mundo interior, porque nunca estamos dispuestos a oír las advertencias divinas y buscamos la angustiosa y destructora tempestad, por el derrotero de nuestra propia autoría.

La asamblea amedrentada oía sus conceptos, dominada por intenso pavor. Observando que todos se abrazaban, confraternizándose en la angustia común, continuaba:

–Contemplemos el cuadro de nuestros sufrimientos. Ved como el peligro enseña la fraternidad inmediata. Estamos aquí, patricios romanos, comerciantes de Alejandría, plutócratas de Fenicia, autoridades, soldados, prisioneros, mujeres y niños… Aunque somos diferentes unos de los otros, ante Dios el dolor nos hermana los sentimientos para el mismo fin de salvación y restablecimiento de la paz. Creo que la vida en tierra firme sería muy diferente, si las personas se comprendiesen allá tal como acontece aquí, ahora, en las vastedades marinas.

Algunos ocultaban el despecho, oyendo la palabra apostólica,

pero la gran mayoría se acercaba, reconociendo la inspiración superior y deseosa de ampararse a la sombra de su virtud heroica.

Transcurridos catorce días de tiempo cerrado y tormenta, el barco alejandrino alcanzó la Isla de Malta. La alegría general era enorme; pero el comandante, al ver apartado el peligro y sintiéndose humillado con la actitud del Apóstol durante el viaje, sugirió a dos soldados el asesinato de los prisioneros de Cesárea, antes de que pudiesen evadirse. Los subordinados del centurión asumieron la paternidad de este plan funesto, pero Julio se opuso, terminantemente, dejando percibir la transformación espiritual que lo embargaba ahora, a la luz del Evangelio redentor. Los presos que sabían nadar se lanzaron al agua valientemente; los demás se agarraban a los botes improvisados, buscando la playa.

Los naturales de la Isla, así como los pocos romanos que residían allí al servicio de la administración, acogieron a los náufragos con simpatía; pero, como eran muchos, no había alojamiento para todos. Un frío intenso congelaba a los más resistentes. Sin embargo, Pablo, dando muestras de su valor y experiencia en afrontar la intemperie, trató de dar ejemplo a los más abatidos, para que se hiciese fuego, sin demora. Grandes hogueras fueron encendidas rápidamente para dar calor a los desabrigados; pero, cuando el Apóstol lanzaba un feje de ramas secas a las llamas crujientes, una serpiente clavó en su mano los dientes venenosos. El ex rabino la sostuvo en el aire con un gesto sereno, hasta que ella cayó en las llamas, con estupefacción general. Lucas y Timoteo se aproximaron, afligidos. El jefe de la cohorte y algunos amigos estaban desolados. Es que los naturales de la Isla, observando el hecho, daban la alarma, aseverando que el reptil era de los más venenosos de la región, y que las víctimas no sobrevivían más de algunas horas.

Los indígenas, impresionados, se apartaban discretamente. Otros, asustadizos, afirmaban:

–Este hombre debe ser un gran criminal, pues, salvándose de las olas bravías, vino a encontrar aquí el castigo de los dioses.

No eran pocos los que aguardaban la muerte del Apóstol, contando los minutos; no obstante, Pablo, calentándose como le era posible, observaba la expresión fisonómica de cada uno y oraba con fervor. Ante el pronóstico de los nativos de la Isla, Timoteo se aproximó más íntimamente y buscó informarlo de lo que decían sobre él.

El ex rabino sonrió y dijo:

–No te impresiones. Las opiniones del vulgo son muy inconstantes, tengo sobre eso mi propia experiencia. Estemos atentos a nuestros deberes, porque la ignorancia siempre está pronta a transitar de la maldición al elogio y viceversa. Es muy posible que de aquí a algunas horas me consideren un dios.

En efecto, cuando vieron que él no había acusado ni siquiera la más leve impresión de dolor, los indígenas pasaron a observarlo como una entidad sobrenatural. Puesto que se había mantenido indemne al veneno de la víbora, no podría ser un hombre común, más bien un enviado del Olimpo, al que todos debían obedecer.

Para ese tiempo, el más alto funcionario de Malta, Publio Apiano, llegó al lugar y ordenaba las primeras medidas para socorrer a los náufragos, siendo ellos conducidos a amplios galpones deshabitados, próximos a su residencia, recibiendo allá caldos calientes, remedios y ropas. El delegado imperial reservó las mejores habitaciones de su propia morada para el comandante del navío y el centurión Julio, atento al prestigio de sus respectivos cargos, hasta que pudiesen obtener nuevos alojamientos en la Isla. No obstante, el jefe de la tropa, sintiéndose ahora extremadamente ligado al Apóstol de los gentiles, solicitó al generoso funcionario romano que acogiese al ex rabino con la deferencia a la que se hacía merecedor, al mismo tiempo que elogiaba sus virtudes heroicas.

Consciente de la elevada condición espiritual del convertido de Damasco y oyendo los hechos maravillosos, que le atribuían en el capítulo de las curaciones, recordó conmovedoramente al centurión:

–¡Muy bien! ¡Es preciosa vuestra inspiración, incluso porque

tengo aquí a mi padre enfermo y desearía probar las virtudes de ese santo varón del pueblo de Israel!...

Convidado por Julio, Pablo accedió entusiasmado y así compareció en casa de Publio. Llevado ante el anciano enfermo, le impuso las manos callosas y arrugadas, haciendo una ardiente y conmovedora plegaria. El anciano que ardía y se consumía en fiebre letal, experimentó inmediato alivio y rindió gracias a los dioses de su creencia. Tomado por sorpresa, Publio Apiano lo vio levantarse buscando la diestra del benefactor para darle un ósculo santo. El ex rabino se valió de la situación y, allí mismo, exaltó al Divino Maestro, predicando las verdades eternas y esclareciendo que todos los bienes provenían de su corazón misericordioso y justo y no de criaturas pobres y frágiles, como él.

El delegado del Imperio quiso conocer el Evangelio inmediatamente. Tomando los pergaminos de la Buena Nueva de los dobleces de la deteriorada túnica, que eran el único patrimonio que le quedó en las manos después de la tempestad, Pablo de Tarso comenzó a exhibir los pensamientos y enseñanzas de Jesús, casi con orgullo. Publio ordenó que el documento fuese copiado y prometió interesarse por la situación del Apóstol, utilizando sus relaciones en Roma, a fin de conseguir su libertad.

La noticia de la curación se esparció en pocas horas. No se hablaba de otra cosa, sino de un hombre providencial que los dioses habían mandado a la Isla, para que los enfermos fuesen curados y el pueblo recibiese nuevas revelaciones.

Con la complacencia de Julio, el ex rabino y los compañeros obtuvieron un viejo salón del administrador, donde los servicios evangélicos funcionaron regularmente, durante los meses del riguroso invierno. Multitudes de enfermos fueron curados. Ancianos pobrísimos, encontrando claridad en los tesoros morales del Cristo, alcanzaron nuevas esperanzas. Cuando volvió la época de la navegación, Pablo ya había creado en toda la Isla una vasta familia cristiana, llena de paz y de nobles realizaciones para el futuro.

Atento a los imperativos de su comisión, Julio resolvió partir con los prisioneros en el navío *Cástor y Pólux* que había invernado allí y cuyo destino era Italia.

En el día del embarque, el Apóstol tuvo la consolación de sentir el interés afectuoso de los nuevos amigos del Evangelio, recibiendo, sensibilizado, manifestaciones de fraternal cariño. La augusta bandera del Cristo también había quedado enarbolada allí, para siempre.

El navío enfiló hacia la costa italiana con vientos favorables.

Una vez llegados a Siracusa, en Sicilia, amparado por el generoso centurión, ahora dedicado amigo, Pablo de Tarso aprovechó los tres días de permanencia en la ciudad, en predicaciones del Reino de Dios, atrayendo a numerosas personas al Evangelio.

Enseguida la embarcación penetró el estrecho, tocó en Regio, aproando de ahí a Pouzzoles (Puteoli), no lejos del Vesubio.

Antes del desembarque, el centurión se aproximó al Apóstol, respetuosamente, y dijo:

–Mi amigo, hasta ahora estuviste bajo el amparo de mi amistad personal, directa; pero, de aquí en adelante tenemos que viajar bajo las miradas escrutadoras de cuantos habitan en las proximidades de la metrópoli y hay que considerar vuestra condición de prisionero…

Notando su natural constreñimiento, mezcla de humildad y respeto, Pablo exclamó:

–¡Está bien, Julio, no te incomodes! Sé que tienes necesidad de encadenarme las manos para el cabal cumplimiento de tus deberes. Apresúrate en hacerlo, pues no sería lícito comprometer un afecto tan puro como el nuestro.

El jefe de la cohorte tenía los ojos llenos de lágrimas, pero, sacando las cadenas de una pequeña bolsa, afirmó:

–Disputo la alegría de permanecer contigo. ¡Quisiera ser como tú, un prisionero de Cristo!…

Pablo extendió las manos, extremadamente conmovido, permaneciendo ligado al centurión, bajo la mirada cariñosa de los tres compañeros.

Julio determinó que los prisioneros comunes fuesen instalados en prisiones enrejadas y que Pablo, Timoteo, Aristarco y Lucas quedasen en su compañía, en una modesta pensión. Ante la humildad del Apóstol y de sus colaboradores, el jefe de la cohorte parecía más generoso y fraternal. Deseoso de agradar al viejo discípulo de Jesús, mandó a investigar, inmediatamente, si en Pouzzoles había cristianos y, en caso afirmativo, que fuesen traídos a su presencia, para conocer a los trabajadores de la santa siembra. El soldado encargado de la misión, en pocas horas, traía consigo a un generoso anciano de nombre Sexto Flacus, cuya fisonomía transbordaba la más viva alegría. Enseguida que entraron, se aproximó al viejo Apóstol y le besó las manos, regándoselas de lágrimas, con muestras de espontáneo cariño. Se estableció de inmediato una consoladora charla en la que Pablo de Tarso participaba conmovido. Flacus informó que la ciudad tenía desde hacía mucho tiempo su iglesia; que el Evangelio ganaba terreno en los corazones; que las cartas del ex rabino eran tema de meditación y estudio en todos los hogares cristianos, que reconocían en sus actividades la misión del Mesías Salvador. Tomando su vieja bolsa extrajo, allí mismo, copia de la *Epístola a los Romanos*, guardada por los hermanos de Pouzzoles con especial cariño.

Pablo lo oía todo gratamente impresionado, pareciéndole que llegaba a un mundo nuevo.

Julio, por su parte, no cabía en sí de contento. Y dando largas a su entusiasmo natural, Sexto Flacus expidió recados a los compañeros. Al poco tiempo, el modesto hospedaje se llenaba de nuevas caras. Eran panaderos, comerciantes y artesanos que venían, ansiosos, a apretar la mano del amigo de la gentilidad. Todos querían beber los conceptos del Apóstol, verlo de cerca, besar sus manos. Pablo y los compañeros fueron invitados a hablar en la iglesia aquella misma noche y, sabiendo que el centurión pretendía partir para Roma

al día siguiente, los sinceros discípulos del Evangelio, en Pouzzoles, le rogaron a Julio que permitiese la estancia de Pablo entre ellos, al menos durante siete días, a lo que el jefe de la cohorte asintió de buen grado.

La comunidad vivió horas de inmenso júbilo. Sexto Flacus y los compañeros enviaron dos emisarios a Roma, para que los amigos de la ciudad imperial tuviesen conocimiento de la llegada del Apóstol de los gentiles. Y, cantando con alegría en sus corazones, los creyentes pasaron días de ilimitada ventura.

Transcurrida la semana de fructuosos trabajos, felices, el centurión les hizo ver la necesidad de partir.

La distancia a vencer excedía de doscientos kilómetros, con siete días de marcha consecutiva y fatigante.

El grupo partió acompañado por más de cincuenta cristianos de Pouzzoles, que siguieron al ex rabino hasta el *Fórum de Apio* en caballos resistentes, vigilando cariñosamente a los carros de los guardias y prisioneros. En esa localidad, distante de Roma cuarenta y pocas millas, aguardaba al Apóstol de los gentiles la primera representación de los discípulos del Evangelio en la ciudad imperial. Eran ancianos conmovidos, rodeados por algunos compañeros generosos, que, por poco, cargaban al ex rabino en los brazos. Julio no sabía cómo disfrazar la admiración que llevaba en el alma. Jamás había viajado con un prisionero tan prestigioso. Del *Fórum de Apio,* la caravana se dirigió a un lugar denominado "Las Tres Tabernas", aumentada ahora por el gran vehículo que llevaba a los ancianos romanos, y siempre rodeada de caballeros fuertes y bien dispuestos. En esa región, singularmente famosa, en vista de las grandes comodidades de sus hospederías, otros carros y nuevos amigos esperaban a Pablo de Tarso con sublimes demostraciones de alegría. El Apóstol, ahora, contemplaba las regiones de Lacio, conmovido por suaves y dulces emociones. Tenía la impresión de haber llegado a un mundo diferente de su Asia llena de combates acerbos.

Con permiso de Julio, la figura más representativa de los ancianos romanos tomó asiento junto a Pablo, en aquel jubiloso fin de viaje. El viejo Apolodoro, después de asegurarse de la simpatía del jefe de la comitiva por la doctrina de Jesús, se tornó más vivo y minucioso en su noticiario verbal, atendiendo a las preguntas afectuosas del Apóstol de los gentiles.

–Venís a Roma en buena época –afirmaba el anciano resignado–; tenemos la impresión de que nuestros sufrimientos por Jesús van a ser multiplicados. Estamos en el año 61, hace más de tres años que los discípulos del Evangelio comenzaron a morir en las arenas del circo por el nombre augusto del Salvador.

–Sí –dijo Pablo de Tarso, solícitamente–. Todavía no había sido preso en Jerusalén, cuando oí referencias a las persecuciones indirectas, movidas contra los adeptos del Cristianismo por las autoridades romanas.

–No son pocos –agregó el anciano– los que han dado su sangre en los espectáculos homicidas. Nuestros compañeros han caído por centenares atados a los postes, ante los gritos del pueblo inconsciente, siendo destrozados por las fieras.

El centurión, muy pálido, interrogó:

–¿Pero cómo puede ser eso? ¿Hay medidas legales que justifiquen esos atropellos criminales?

–¿Y quién podrá hablar de justicia en el gobierno de Nerón? –replicó Apolodoro, con una sonrisa de santa resignación–. Hace poco, perdí a un hijo amado en esas horrorosas matanzas.

–¿Pero, cómo es eso? –volvió a decir el jefe de la cohorte admirado.

–Es muy simple –aclaró el anciano–: los cristianos son conducidos a los circos del martirio y de la muerte, como esclavos delincuentes y misérrimos. Como no existe un fundamento legal que justifique semejantes condenaciones, las víctimas son designadas como cautivos que merecieron los suplicios extremos.

–¿Pero no existe un político, al menos, que pueda desenmascarar ese torpe sofisma?

–Casi todos los estadistas honestos y justos están exiliados, para no hablar de los muchos que fueron inducidos al suicidio por los secuaces directos del Emperador. Creemos que la persecución declarada a los discípulos del Evangelio no tardará mucho. La medida ha sido retardada por la intervención de algunas señoras convertidas a Jesús, que han hecho de todo por la defensa de nuestros ideales. Si no fuera por eso, tal vez la situación sería más dolorosa.

–Necesitamos negarnos a nosotros mismos y tomar la cruz –exclamó Pablo de Tarso, comprendiendo el rigor de los tiempos.

–Todo esto es muy extraño para nosotros –ponderó Julio acertadamente–, pues no vemos razones para una tiranía tan fuerte. Es un contrasentido la persecución a los adeptos del Cristo, que trabajan por la formación de un mundo mejor, cuando medran por ahí tantas comunidades de malhechores, reclamando represión legal. ¿Con qué pretexto se promueve ese movimiento perverso?

Apolodoro pareció concentrarse y contestó:

–Nos acusan de ser enemigos del Estado, socavando sus bases políticas con ideas subversivas y destructoras. La concepción de bondad, en el Cristianismo, da pretexto a que muchos interpreten mal las enseñanzas de Jesús. Los romanos enriquecidos, los ilustres, no toleran la idea de la fraternidad humana. Para ellos el enemigo es enemigo, el esclavo es esclavo, el miserable es miserable. No se les ocurre abandonar, ni siquiera por un momento, el festín de los placeres fáciles y depravados solo para pensar en la elevación del nivel social. Son muy pocos los que se preocupan por los problemas de la plebe. Un patricio caritativo es señalado con ironías. En un ambiente tal, los desfavorecidos de la suerte encuentran en Jesucristo un Salvador muy amado, y los avaros un adversario al que se debe eliminar para que el pueblo no alimente esperanzas. Examinada esa circunstancia, podemos imaginar el progreso de la doctrina cristiana, entre los afligidos y los pobres, teniendo en cuen-

ta que Roma siempre fue un enorme carro de triunfos mundanos, que sigue con los verdugos autoritarios y tiránicos en sus cómodos asientos, rodeado de multitudes hambrientas que van disponiendo apenas de las migajas de las sobras de aquellos. Las primeras prédicas cristianas pasaron desapercibidas, pero, cuando la masa popular demostró entender el elevado alcance de la nueva doctrina, comenzaron las luchas acerbas. Del culto libre en sus manifestaciones, el Cristianismo pasó a ser rigurosamente fiscalizado. Se decía que nuestras células eran fuentes de hechicerías y sortilegios. En seguida, como se verificaron pequeñas rebeliones de esclavos en los palacios de los nobles de la ciudad, nuestras reuniones de plegarias y beneficios espirituales fueron prohibidas. Las asociaciones fueron disueltas a la fuerza. Pero, en vista de las garantías que gozan las cooperativas funerarias, pasamos a reunirnos a media noche en lo profundo de las catacumbas. Aun así, descubiertos por los secuaces del Emperador, nuestros núcleos de oración han sufrido pesadas torturas.

–¡Pero, todo eso es horrible! –exclamó el centurión, compungido–. ¡Y lo más asombroso es que haya funcionarios dispuestos a ejecutar tan injustas determinaciones!

Apoloro sonrió y afirmó:

–La tiranía contemporánea todo lo justifica. ¿Acaso no lleváis un apóstol prisionero? Sin embargo, reconozco que sois un gran amigo suyo.

La comparación del viejo astuto observador hizo palidecer ligeramente al centurión.

–Sí, sí –murmuraba él, intentando explicarse.

Pero, Pablo de Tarso reconociendo la posición embarazosa del amigo, acudió, aclarando:

–Pero la verdad es que no fui encarcelado por maldad o negligencia de los romanos, desconocedores de Jesucristo, sino por mis propios hermanos de raza. Por lo demás, tanto en Jerusalén como en Cesárea, encontré la más sincera buena voluntad en las autori-

dades del Imperio. En todo eso, amigos, preponderan las obligaciones del servicio con el Maestro. Pues, para el éxito indispensable de sus esfuerzos remisorios, los discípulos no podrán caminar en el mundo sin las marcas de la cruz.

Los interlocutores se miraron, satisfechos. La explicación del Apóstol venía a elucidar completamente el problema.

El numeroso grupo llegó a Alba Longa, donde un nuevo contingente de caballeros esperaba al valeroso misionero. De ahí hasta Roma, la caravana se movió con lentitud, sintiendo sublimes sensaciones de alegría. Pablo de Tarso, muy sensibilizado, admiraba la belleza singular de los paisajes desdoblados a lo largo de la Vía Apia. Algunos minutos más y los viajeros alcanzaban la Puerta Capena, donde centenares de mujeres y niños aguardaban al Apóstol. ¡Era un cuadro conmovedor!

El séquito se detuvo para que los amigos lo abrazasen. Preeminentemente emocionado, el centurión acompañó la inolvidable escena, contemplando a las ancianas de cabellos nevados besando las manos de Pablo con infinito cariño.

El Apóstol, extasiado con aquellas demostraciones de afecto, no sabía si había de contemplar los prodigiosos panoramas de la ciudad de las siete colinas, o si paralizar el curso de las emociones para arrodillarse en espíritu, en un justo tributo de reconocimiento a Jesús.

Obedeciendo a las ponderaciones amistosas de Apolodoro, el grupo se dispersó.

Roma entera se bañaba suavemente en un crepúsculo opalino. Suaves brisas soplaban, de lejos, atenuando el rigor de la tarde caliente. Considerando que Pablo precisaba de reposo, el centurión resolvió pasar la noche en una hospedería y presentarse con los prisioneros al día siguiente, en el Cuartel de los Pretorianos, después de haber descansado del largo y exhaustivo viaje.

Solo a la mañana siguiente, compareció ante las autoridades

competentes, presentando a los acusados. Acertada decisión aquella, porque el ex rabino se sentía perfectamente reconfortado. En la víspera, Lucas, Timoteo y Aristarco se separaron de él, para instalarse en compañía de los hermanos de ideal, hasta poder fijar su posición.

El centurión de Cesárea encontró en el Cuartel de la Vía Nomentana a altos funcionarios que podían perfectamente atenderlo con referencia al asunto que lo traía a la capital del Imperio; pero, decidió esperar al General Burrus, amigo personal del Emperador y conocido por su tradición de honestidad, con la intención de aclarar el caso del Apóstol.

El General lo atendió con presteza y solicitud y quedó suficientemente informado de la causa del ex rabino, al igual que de sus antecedentes personales y de las luchas y sacrificios que venía sufriendo. Prometió estudiar el caso con el mayor interés, después de guardar, con sumo cuidado, los pergaminos remitidos por la Justicia de Cesárea. En presencia del Apóstol, afirmó al centurión que, en caso de que los documentos probasen la ciudadanía romana del acusado, él podría gozar de las ventajas de la "custodia líbera", pudiendo vivir fuera de la cárcel, acompañado, eso sí, por un guardia, hasta que la magnanimidad de César decidiese su recurso.

Pablo fue recluido en la prisión con los demás compañeros, como medida preliminar al examen de la documentación traída. Julio se despidió, conmovido, los guardias abrazaron al ex rabino, tristes y respetuosos. Los altos funcionarios del Cuartel acompañaron la escena con patente sorpresa. Ningún prisionero había entrado allí, hasta entonces, con manifestaciones tan grandes de cariño y aprecio.

Después de una semana, en la que le fue permitido el contacto permanente con Lucas, Aristarco y Timoteo, el Apóstol recibía la orden para fijar su residencia en las proximidades de la prisión –privilegio conferido por sus títulos, si bien estaba obligado a permanecer bajo la mirada de un guardia policial, hasta que su recurso fuese definitivamente juzgado.

Ayudado por los hermanos de la ciudad, Lucas alquiló un aposento humilde en Vía Nomentana y el valeroso predicador del Evangelio se trasladó para allá, lleno de entusiasmo y confianza en Dios.

Lejos de desfallecer ante los obstáculos, continuó redactando epístolas consoladoras y sabias a las comunidades distantes. En el segundo día de su nueva instalación, recomendó a los tres compañeros que buscasen trabajo, para que no fuesen una carga para los hermanos, explicando que él, Pablo, viviría del pan de los encarcelados, como era justo, hasta que César pudiese atender a su apelación.

De hecho, así lo hizo, y diariamente se iba hasta las rejas del calabozo, donde tomaba su ración alimentaria. Entonces, aprovechaba esas horas de convivencia con los perversos o con las víctimas de la maldad humana para predicar las verdades confortadoras del Reino, aunque estuviesen encadenados. Todos lo oían deslumbrados espiritualmente, jubilosos con la noticia de que no se encontraban desamparados por el Salvador. Eran criminales del Esquilino, bandidos de las regiones provincianas, malhechores de la Suburra, siervos ladrones, entregados a la justicia por los señores para su necesaria regeneración, y pobres perseguidos por el despotismo de la época, que sufrían la terrible influencia de los vicios de la administración.

La palabra de Pablo de Tarso actuaba como bálsamo de santas consolaciones. Los prisioneros ganaban nuevas esperanzas y muchos se convirtieron al Evangelio, como Onésimo, el esclavo regenerado, que pasó a la historia del Cristianismo en la cariñosa epístola a Filemón.

En el tercer día de la nueva situación, Pablo de Tarso llamó a los amigos para resolver determinadas acciones que juzgaba indispensables. Recomendó que se contactara a los israelitas para un entendimiento con ellos. Necesitaba trasmitirles las claridades de la Buena Nueva. No obstante, de momento era imposible hacer una

visita a la sinagoga. Con todo eso y sin paralizar los impulsos de su mentalidad vigorosa, pidió a Lucas que convocase a los mayorales del judaísmo en la capital del Imperio, a fin de presentarles una exposición de principios, que suponía conveniente.

En la misma tarde, gran número de ancianos de Israel comparecían en su aposento.

Pablo de Tarso expone las noticias generosas del Reino de Dios, aclara su posición, se refiere a las preciosidades del Evangelio. Los oyentes se muestran algo interesados, pero, conscientes de sus tradiciones, acaban tomando una actitud reservada y dudosa.

Cuando terminó la entusiasta oración, el rabí Menandro exclamó en nombre de los demás:

–Vuestra palabra merece nuestra mejor consideración; pero, amigo, aún no hemos recibido ninguna noticia de Judea, al respecto. Sin embargo tenemos algún conocimiento de ese Jesús al que os referís con ternura y veneración. Se habla de Él en Roma, como de un revolucionario criminal, que mereció el suplicio reservado a los ladrones y malhechores en Jerusalén. Su doctrina es tenida como contraria a la esencia de la Ley de Moisés. No obstante, deseamos sinceramente oíros sobre el nuevo profeta, con la calma necesaria. Por otro lado es justo que no seamos nosotros, solos, los oyentes de esas singulares noticias. Conviene que vuestros conceptos sean dirigidos a la mayoría de nuestros hermanos, a fin de que los juicios aislados no perjudiquen el interés del conjunto.

Pablo de Tarso percibió la sutileza de la observación y pidió que marcasen el día de la prédica a una asamblea mayor, sugerencia que fue recibida por los ancianos judíos con justo interés.

En el día señalado, una vasta aglomeración de israelitas se comprimía y desbordaba la humilde habitación donde el ex rabino había montado la nueva tienda de trabajos evangélicos. Él predicó la Buena Nueva y explicó, pacientemente, la gloriosa misión de Jesús, desde la mañana hasta la tarde. Algunos pocos hermanos de raza parecían comprender las nuevas enseñanzas, mientras que la ma-

yoría se entregaba a interpelaciones ruidosas y a polémicas estériles. El Apóstol recordó el tiempo de sus viajes, viendo allí la repetición exacta de las irritantes escenas de las sinagogas asiáticas, donde los judíos se empeñaban en combates tenaces.

La noche se acercaba y las discusiones proseguían acaloradas. El sol se despedía del paisaje, dorando la cumbre de las colinas distantes. Observando que el ex rabino había hecho una pausa para ganar algún aliento, Lucas se aproximó y le dijo confidencialmente:

–¡Me duele constatar cuanto esfuerzo gastas para vencer el espíritu del Judaísmo!

Pablo de Tarso meditó algunos momentos y respondió:

–Sí, verificar la rebeldía voluntaria enfada al corazón; con todo, la experiencia del mundo me ha enseñado a discernir, de algún modo, la posición de los espíritus. Hay dos clases de hombres para los cuales se torna más difícil el contacto renovador de Jesús. La primera es la que vi en Atenas y está constituida por hombres envenenados por la ciencia falaz de la Tierra; hombres que se solidifican en una superioridad imaginaria y que presumen mucho de sí mismos. Son estos, según creo, los más infelices. La segunda es la que conocemos en los judíos recalcitrantes que, poseyendo un patrimonio precioso del pasado, no comprenden la fe sin luchas religiosas, se petrifican en el orgullo de raza y perseveran en una falsa interpretación de Dios. Por ello, entendemos mejor la palabra del Cristo, que clasificó a los sencillos y pacíficos de la Tierra como criaturas bienaventuradas. Pocos gentiles cultos y escasos judíos creyentes en la Ley antigua están preparados para la escuela bendita de la perfección con el Divino Maestro.

Lucas pasó a considerar los conceptos justos del Apóstol; pero, para ese tiempo, las conversaciones ruidosas e irritantes de los israelitas parecían el fermento rápido de inevitables pugilatos. Pero, el ex rabino, deseoso de paz, subió de nuevo a la tribuna y exclamó:

–¡Hermanos, evitemos las contiendas y oigamos la voz de nuestra propia conciencia! Continuad examinando la Ley y los Pro-

fetas en los cuales encontraréis siempre la promesa del Mesías, que ya vino… Desde Moisés, todos los mentores de Israel se refirieron al Maestro con letras de fuego… No somos culpables de vuestra sordez espiritual. Invocando las fuertes discusiones de hace poco, recuerdo la lección de Isaías cuando declara que muchos han de mirar sin ver, y oír sin entender. Son los espíritus endurecidos que, agravando sus propias enfermedades, culminan en luchas desesperantes para que Jesús pueda, más tarde, convertirlos y curarlos con el bálsamo de su infinito amor. No obstante, podéis estar convencidos de que este mensaje será recibido de manera auspiciosa por los gentiles sencillos e infelices, que son, en verdad, los bienaventurados de Dios.

La declaración franca y vehemente del Apóstol cayó en la asamblea como un rayo, imponiendo absoluto silencio. Pero, desentonando de los sentimientos de la mayoría, un anciano judío se aproximó al convertido de Damasco y dijo:

–Reconozco el sentido exacto de vuestras palabras, pero desearía pediros que este Evangelio continuase siendo suministrado a nuestra gente. Hay seguidores de Moisés bien intencionados, que pueden aprovechar la enseñanza de Jesús, enriqueciéndose con sus valores eternos.

El ruego cariñoso y sincero era proferido en un tono conmovedor. Pablo abrazó al simpatizante de la nueva doctrina, profundamente sensibilizado, y agregó:

–Este humilde aposento es también vuestro. Venid a conocer el pensamiento del Cristo, siempre que lo queráis. Podéis copiar todas las anotaciones que poseo.

–¿Y no enseñas en la sinagoga?

–Por ahora, preso como estoy, no podré hacerlo, pero he de escribir una carta a nuestros hermanos de buena voluntad.

En de pocos minutos, la compacta reunión se disolvía con las primeras sombras de la noche.

De ahí en adelante, aprovechando las últimas horas de cada día, los compañeros de Pablo vieron que él escribía un documento al que dedicaba profunda atención. A veces, era visto escribiendo con lágrimas, como si desease hacer del mensaje un depósito de santas inspiraciones. En dos meses entregaba el trabajo a Aristarco para copiarlo, diciendo:

–Esta es la *Epístola a los Hebreos*. Decidí escribirla, valiéndome de mis propios recursos, pues como la dedico a mis hermanos de raza, procuré escribirla con el corazón.

El amigo comprendió su intención y, antes de comenzar a copiarla, le resaltó el estilo singular y las ideas grandiosas y especiales que tenía.

Y Pablo continuó trabajando incesantemente en beneficio de todos. Su situación como prisionero, era lo más confortadora posible. Se había convertido en un benefactor de todos los guardias que daban testimonio de su esfuerzo apostólico. A unos les aliviaba el corazón con las alegrías de la Buena Nueva; a otros los había curado de molestias crónicas y dolorosas. Con frecuencia, el beneficio no se restringía al interesado, porque los legionarios romanos les traían a sus parientes, a sus compañeros y amigos, para que se beneficiasen del contacto de aquel hombre dedicado a los intereses de Dios. Al tercer día dejó de estar encadenado, porque los soldados excluían esa formalidad, apenas guardándole la puerta como simples amigos. No pocas veces, esos militares benévolos lo invitaban a pasear por la ciudad, especialmente a lo largo de la Vía Apia, que se había tornado en el lugar de su predilección.

Sensibilizado, el Apóstol agradecía esas pruebas de condescendencia.

Los beneficios con su convivencia se volvían cada día más evidentes. Impresionados con su palabra educativa, muchos legionarios, antes reacios y negligentes, se transformaban en elementos útiles a la administración y a la sociedad. Los guardias comenzaron a disputar el servicio de centinela en su aposento, y eso valía como el mejor testimonio de su valor espiritual.

Visitado incesantemente por hermanos de Macedonia y de Asia, proseguía desarrollando energías en la tarea de amorosa asistencia a los amigos y colaboradores distantes, mediante cartas inspiradísimas.

Hacía casi dos años que su recurso a César yacía olvidado en las mesas de los jueces displicentes, cuando sobrevino un acontecimiento de magna importancia. Cierto día, un legionario amigo llevó al convertido de Damasco a un hombre de facciones enérgicas y varoniles, aparentando cuarenta años más o menos. Se trataba de Acasio Domicio, personalidad de gran influencia política, y que de algún modo había enceguecido en misteriosas circunstancias.

Pablo de Tarso lo acogió con bondad y después de imponerle las manos, esclareciéndolo sobre lo que Jesús deseaba de cuantos aprovechaban su generosidad, exclamó conmovedoramente:

–¡Hermano, ahora, te invito a ver, en nombre del Señor Jesucristo!

–¡Veo! ¡Veo! –gritó el romano lleno de infinito júbilo; y enseguida, haciendo un movimiento instintivo, se arrodilló, llorando y dijo:

–¡Vuestro Dios es verdadero!...

Profundamente reconocido a Jesús, el Apóstol le dio el brazo para que se levantase y, allí mismo, Domicio intentó conocer el contenido espiritual de la nueva Doctrina, a fin de reformarse y cambiar de vida. Solícito, anotó enseguida las informaciones relativas al proceso del ex rabino, afirmando al despedirse:

–¡Dios me ayudará para que pueda retribuir el bien que me hicisteis! ¡En cuanto a vuestra situación, no dudéis del resultado merecido, porque, en la próxima semana, habremos resuelto el proceso con la absolución de César!

De hecho, transcurridos cuatro días, el viejo servidor del Evangelio fue llamado a declarar. De conformidad con las órdenes legales, compareció solo ante los jueces, respondiendo con admi-

rable presencia de espíritu las menores acusaciones que le fueron dirigidas. Los magistrados patricios verificaron la inconsistencia del libelo, la infantilidad de los argumentos presentados por el Sanedrín y, no solo atendiendo la situación política de Acasio, que empeñó en el hecho todos los buenos oficios de los que podía disponer, como por la profunda simpatía que la figura del Apóstol despertaba, instruyeron el proceso con los más nobles pareceres, restituyéndolo, por intermedio de Domicio, para el veredicto del Emperador.

El generoso amigo de Pablo se regocijó con la victoria inicial, convencido de la próxima libertad de su benefactor. Sin pérdida de tiempo, movilizó a sus mejores amistades, entre las cuales se contaba Pompeya Sabina, consiguiendo, al final, la absolución imperial.

Pablo de Tarso recibió la noticia con votos de reconocimiento a Jesús. Más que él mismo, se alegraron los amigos, que celebraron el acontecimiento con expansiones memorables.

Pero, el convertido de Damasco no vio en eso tan solo un motivo para el regocijo personal, sino la obligación de intensificar la difusión del Evangelio de Jesús.

Durante un mes, a comienzos del año 63, visitó las comunidades cristianas de todos los barrios de la capital del Imperio. Su presencia era disputada por todos los círculos, que lo recibían entre cariñosas manifestaciones de respeto y de amor por su autoridad moral. Organizando planes de servicio para todas las iglesias domésticas que funcionaban en la ciudad, y después de innumerables predicaciones generales en las catacumbas silenciosas, el incansable trabajador resolvió partir para España. En balde intervinieron los colaboradores, rogándole que desistiese. Nada lo hizo retroceder. Desde hacía mucho tiempo, alimentaba el deseo de visitar el Extremo de Occidente y, si fuese posible, desearía morir convencido de haber llevado el Evangelio hasta los confines del mundo.

X

Al encuentro del Maestro

He aquí que, en la víspera de la partida en busca de la gentilidad española, el Apóstol recibe una carta conmovedora de Simón Pedro. El ex pescador de Cafarnaún le escribía desde Corinto, avisándole de su próxima llegada a la ciudad imperial. La misiva era afectuosa y enternecedora, llena de confidencias amargas y tristes. Pedro confiaba al amigo sus últimas desilusiones en Asia y se mostraba vivamente interesado por lo que le había sucedido en Roma. Ignorando que el ex rabino había sido restituido a la libertad, procuraba confortarlo fraternalmente. También él, Simón, deliberó exiliarse junto a los hermanos de la metrópoli imperial, esperando ser útil al amigo, en cualquier circunstancia. En el mismo documento personal, rogaba que aprovechara al portador para comunicar a los hermanos romanos el propósito de permanecer algún tiempo entre ellos.

El convertido de Damasco leyó y releyó el mensaje del amigo, altamente sensibilizado.

Por el emisario, hermano de la iglesia de Corinto, fue avisado de la pronta llegada del venerado Apóstol de Jerusalén al puerto de Ostia dentro de diez días, más o menos.

No dudó ni siquiera un segundo. Echó mano de todos los medios a su alcance, previno a los íntimos y preparó una casa modesta, donde Pedro pudiese alojarse con su familia. Creó el mejor ambiente para la recepción del respetable compañero. Valiéndose del argumento de su próxima excursión a España, dispensaba

las dádivas de los amigos, indicándoles las necesidades de Simón, para que nada le faltase. Transportó cuanto poseía, en objetos de uso doméstico, del sencillo aposento que alquiló cerca de la Puerta Lavernal para la casita destinada a Simón, cercana a los cementerios israelitas de la Vía Apia. Ese ejemplo de cooperación fue altamente apreciado por todos. Los hermanos más humildes hicieron acopio para ofrecer pequeñas utilidades al venerado Apóstol que llegaría desprovisto de casi todo.

Cuando llegó el día y fue informado de que la embarcación entraba en el puerto, el ex rabino partió apresuradamente hacia Ostia. Lucas y Timoteo, siempre en su compañía, junto a otros cooperadores dedicados, lo amparaban en los pequeños obstáculos del camino, dándole el brazo, aquí y allá.

No fue posible organizar una recepción más ostensible. La persecución sorda a los adeptos del Nazareno apretaba el cerco por todos los lados. Los últimos consejeros honestos del Emperador estaban desapareciendo. Roma se asombraba con la amplitud y cantidad de crímenes que se repetían diariamente. Nobles figuras del patriciado y del pueblo eran víctimas de atentados crueles. Una atmósfera de terror dominaba todas las actividades políticas y, en la cuenta de esas calamidades, los cristianos eran los más rudamente castigados, en vista de la actitud hostil de cuantos se acomodaban con los viejos dioses y se regodeaban con los placeres de una existencia depravada y fácil. Los seguidores de Jesús eran acusados y responsabilizados de cualquiera de las dificultades que sobrevenían. Si caía una tempestad muy fuerte, el fenómeno se debía a los adeptos de la nueva doctrina. Si el invierno era más riguroso, la acusación pesaba sobre ellos, porque nadie, como los discípulos del Crucificado, había despreciado tanto los santuarios de la antigua creencia, abominando los favores y los sacrificios a las deidades tutelares. A partir del reinado de Claudio, se esparcieron leyendas absurdas sobre las prácticas cristianas. La fantasía del pueblo, ávido de las distribuciones de trigo en las grandes fiestas del circo, imaginaba situaciones inexistentes, generando conceptos extravagantes y absurdos, con relación a los creyentes del Evangelio. Por eso mismo, desde el año 58, los cristia-

nos pacíficos eran llevados al Circo como esclavos revolucionarios o rebeldes, que deberían desaparecer. La opresión se agravaba día a día. Los romanos más o menos ilustres, por el nombre o por la situación financiera, que simpatizaban con la doctrina del Cristo, continuaban indemnes de vejaciones públicas; pero los pobres, los operarios, los hijos de la plebe, eran llevados al martirio por centenares. Por esta razón, los amigos del Evangelio no prepararon ningún homenaje público a la llegada de Simón Pedro. En vez de eso, procuraron dar al acontecimiento un tono de carácter íntimo, para no despertar represalias de los esbirros dueños de la situación.

Pablo de Tarso extendió los brazos al viejo amigo de Jerusalén, lleno de alegría. Simón trajo consigo a la esposa y a los hijos, además de Juan. Su palabra generosa estaba llena de novedades para el Apóstol de los gentiles. En pocos minutos se enteró de la muerte de Santiago y de las nuevas torturas infligidas por el Sanedrín a la iglesia de Jerusalén. El viejo pescador contaba las últimas peripecias de su suerte, con el mejor ánimo. Comentaba sobre los testimonios más duros con mucha templanza en los labios e intercalaba toda la narración con alabanzas a Dios. Después de referirse a las luchas que había confrontado en muchas y repetidas peregrinaciones, contó al ex rabino que se había refugiado algunos días en Éfeso, junto a Juan, siendo acompañado por el hijo de Zebedeo hasta Corinto, donde resolvieron dirigirse a la capital del Imperio. Pablo, por su parte, relató las tareas recibidas de Jesús, en los últimos años, y era digno de verse el optimismo y el valor de esos hombres que, inflamados del espíritu mesiánico y amoroso del Maestro, comentaban las desilusiones y los dolores del mundo como laureles de la vida.

Después de las suaves alegrías del reencuentro, el grupo se encaminó discretamente hacia la casita reservada a Simón Pedro y su familia.

El ex pescador, sintiendo la excelencia de la acogida cariñosa, no encontraba palabras para traducir los júbilos del alma. Como Pablo cuando llegó a Pouzzoles, tenía la impresión de estar en un mundo diferente de aquel en el que había vivido hasta entonces.

Con su llegada, se recrudecieron los servicios apostólicos; pero el predicador de la gentilidad no abandonó la idea de ir a España. Alegando que Pedro lo sustituiría con ventajas, deliberó embarcar en el día prefijado, en un pequeño navío que se destinaba a la costa galesa. No valieron las amistosas protestas, ni siquiera la insistencia de Simón para que aplazase el viaje. Acompañado por Lucas, Timoteo y Demas, el viejo abogado de los gentiles partió al amanecer de un lindo día, lleno de proyectos generosos.

La misión visitó parte de las Galias, dirigiéndose al territorio español, demorándose más en la región de Tortosa. En todas partes, la palabra y los hechos del Apóstol ganaban nuevos corazones para el Cristo, multiplicando los servicios del Evangelio y renovando las esperanzas populares a la luz del reino de Dios.

Sin embargo, en Roma la situación proseguía cada vez más grave. Con la perversidad de Tigelino al frente de la Prefectura de los Pretorianos, se acentuaba el terror entre los discípulos de Jesús. Solo faltaba un edicto en el que los ciudadanos romanos, simpatizantes del Evangelio, fuesen condenados públicamente, porque los libertos, los descendientes de otros pueblos y los hijos de la plebe ya llenaban las prisiones.

Simón Pedro, como figura de relevancia del movimiento, no tenía descanso. No obstante la fatiga natural de la senectud, procuraba atender todas las necesidades emergentes. Su espíritu poderoso se sobreponía a todas las vicisitudes y desempeñaba los mínimos deberes con máxima devoción a la causa de la Verdad. Asistía a los enfermos, predicaba en las catacumbas, recorría largas distancias, siempre animoso y satisfecho. Los cristianos del mundo entero jamás podrán olvidar aquella falange de abnegados que los precedió en los primeros testimonios de la fe, afrontando situaciones dolorosas e injustas, regando con sangre y lágrimas la sementera del Cristo, abrazándose mutuamente confortados en las horas más negras de la historia del Evangelio, en los crueles espectáculos del circo, en las plegarias de aflicción que se elevaban desde los cementerios abandonados.

Tigelino, gran enemigo de los seguidores del Nazareno, buscaba agravar la situación por todos los medios al alcance de su autoridad odiosa y perversa.

El hijo de Zebedeo se preparaba para regresar a Asia, cuando un grupo de esbirros de los perseguidores lo atrapó haciendo una prédica cariñosa e inspirada, en la cual se despedía de los hermanos de Roma, con exhortaciones de conmovedor reconocimiento a Jesús. A pesar de las atentas explicaciones, Juan fue apresado y golpeado sin piedad. Y, con él, decenas de hermanos fueron encerrados en las cárceles inmundas del Esquilino.

Pedro recibió la noticia dolorosamente sorprendido. Conocía la extensión de los trabajos que aguardaban en Asia al compañero generoso y rogó al Señor que no lo abandonase, a fin de obtener la absolución justa. ¿Cómo proceder en tan difíciles circunstancias? Recurrió a las relaciones prestigiosas que la ciudad le ofrecía. Pero, sus amigos eran igualmente pobres de influencia política en los gabinetes administrativos de la época. Los cristianos de posición económica más destacada no osaban enfrentar la ola avasalladora de persecución y tiranía. El antiguo jefe de la iglesia de Jerusalén no se desanimó. Precisaba liberar al amigo, concurriendo, para eso, con todo el potencial de energía, en la esfera de sus posibilidades. Comprendiendo la timidez natural de los romanos simpatizantes de Cristo, buscó reunir a toda prisa una asamblea de amigos íntimos para examinar el caso.

En medio de los debates alguien se acordó de Pablo. El Apóstol de los gentiles disponía en la capital del Imperio de gran número de amigos eminentes. En el caso de su absolución, la providencia había partido del círculo dilecto de Pompeya Sabina. Muchos militares colaboradores de Afranius Burrus eran sus admiradores. Acasio Domicio, que disponía de valiosa influencia con los pretorianos, era su amigo dedicado e incondicional. Nadie mejor que el ex tejedor de Tarso podría incumbirse de la delicada misión de salvar al prisionero. ¿No sería razonable pedir su ayuda? Se comentaba el carácter urgente de la medida, pues numerosos cristianos morían todos los días en la prisión del Esquilino, víctimas de las quemaduras de

aceite hirviente. Tigelino y algunos comparsas de la criminal administración se distraían con los suplicios de las víctimas. El aceite era lanzado a los infelices en el poste del martirio. Otras veces, los prisioneros maniatados eran sumergidos en grandes barriles de agua en ebullición. El Prefecto de los Pretorianos exigía que los correligionarios asistiesen al suplicio, para escarmiento general. Los encarcelados acompañaban las tristes operaciones, bañados en silencioso llanto. Verificada la muerte de la víctima, un soldado se encargaba de lanzar las vísceras a los peces hambrientos en los amplios tanques de las prisiones odiosas. Dada la pavorosa situación general, ¿se podría contar con la intervención de Pablo? España quedaba muy distante. Era posible que su venida no fuese provechosa en el caso personal de Juan. Sin embargo, Pedro consideró la oportunidad del recurso y advirtió que seguirían trabajando a favor del hijo de Zebedeo. Así, nada impedía que se recurriese enseguida al prestigio de Pablo, incluso porque la situación empeoraba a cada instante. Aquel año 64 había comenzado con terribles perspectivas. No se podía dispensar la ayuda de un hombre enérgico y resuelto que se pusiese al frente de los intereses de la causa.

Dado este parecer del venerado Apóstol de Jerusalén, la asamblea estuvo de acuerdo con la medida expuesta. Un hermano que se tornó en un dedicado cooperador de Pablo en Roma, fue enviado a España, con urgencia. Ese emisario era Crescencio, que salió de Ostia, con enorme ansiedad, llevando la misiva de Simón.

El Apóstol de los gentiles, después de mucho peregrinar, permanecía en Tortosa, donde consiguió reunir a un gran número de colaboradores devotos de Jesús. Sus actividades apostólicas continuaban activas, si bien un tanto atenuadas, en virtud del cansancio físico. El movimiento de las epístolas había disminuido, pero no se interrumpió del todo. Atendiendo las necesidades de las iglesias de Oriente, Timoteo había partido de España para Asia, cargado de cartas y recomendaciones amigas. Alrededor del Apóstol se agrupaba un nuevo contingente de cooperadores diligentes y sinceros. En todos los lugares, Pablo de Tarso enseñaba el trabajo y la renuncia, la paz de la conciencia y el culto al bien.

Cuando planeaba nuevos viajes en compañía de Lucas, he ahí que llega a Tortosa el mensajero de Simón.

El ex rabino lee la carta y resuelve regresar a la ciudad imperial inmediatamente. A través de las líneas afectuosas del viejo amigo, entrevió la gravedad de los acontecimientos. Además, Juan necesitaba volver a Asia. Tampoco ignoraba la influencia benéfica que él ejercía en Jerusalén. En Éfeso, donde la iglesia se componía de elementos judaicos y gentiles, el hijo de Zebedeo había sido siempre una figura noble y ejemplar, indemne al espíritu sectario. Pablo de Tarso pasó revista a las necesidades del servicio evangélico entre las comunidades orientales, y concluyó que el regreso de Juan era urgente, deliberando intervenir en el asunto sin pérdida de tiempo.

Como en otras ocasiones, de nada valieron las consideraciones de los amigos, en lo tocante al problema de su salud. El hombre enérgico y decidido, a pesar de los cabellos blancos, mantenía el mismo ánimo resuelto, elevado y firme, que lo caracterizaba en la juventud distante. Favorecido por el gran movimiento de barcos a principios de mayo de 64, no le fue difícil retornar al puerto de Ostia, junto a los compañeros.

Simón Pedro lo recibió enternecido. En pocas horas el convertido de Damasco conocía la intolerable situación creada en Roma por la acción criminal de Tigelino. Juan continuaba encarcelado, a pesar de los recursos llevados a los tribunales. El antiguo pescador de Cafarnaún, en significativas confidencias, revelaba al compañero que su corazón presagiaba nuevos dolores y testimonios lacerantes. Un sueño profético le anunciaba persecuciones y pruebas ásperas. En una de las últimas noches, había contemplado un cuadro singular, en el que una cruz de proporciones gigantescas parecía envolver con su sombra toda la familia de los discípulos del Señor. Pablo de Tarso lo oyó, con interés, manifestándose de entero acuerdo con sus presentimientos. A pesar de los horizontes cargados, deliberaron tomar una acción conjunta para liberar al hijo de Zebedeo.

Corría el mes de junio.

El ex rabino se desdobló en intensas actividades, buscó a

Acacio Domicio, solicitando su intervención e influencia. Más aún, considerando que las gestiones demoradas podrían redundar en un fracaso, ayudado por eminentes amigos trató de entrevistarse con numerosos personajes de la Corte Imperial, llegando ante Pompeya Sabina, a fin de rogar sus buenos oficios en el caso del hijo de Zebedeo. La célebre favorita oyó sus confidencias con enorme sorpresa. Aquellas revelaciones de una vida eterna, aquella concepción de la Divinidad la asustaba. Aunque era enemiga declarada de los cristianos, dada la simpatía que mantenía por el judaísmo, Pompeya se impresionó con la figura ascética del Apóstol y con los argumentos de refuerzo a su pedido. Sin ocultar su admiración, prometió atenderlo, señalando desde ya las providencias inmediatas a tomar.

Pablo se retiró esperanzado con la absolución del compañero, porque Sabina le había prometido liberarlo dentro de tres días.

Regresando a la comunidad, contó a los hermanos sobre la entrevista que había tenido con la favorita de Nerón; pero, terminada la exposición, notó, algo sorprendido, que algunos compañeros reprobaban su iniciativa. Pidió, entonces, que le esclareciesen y justificasen cualquier duda. Surgieron débiles consideraciones que él acogió con su inagotable serenidad. Se alegaba que no era loable dirigirse a una cortesana disoluta, para solicitar un favor. Semejante proceder no era correcto que lo hicieran los seguidores del Cristo. Pompeya era una mujer de vida muy disoluta, pues se daba a los banquetes en las orgías del Palatino, y se caracterizaba por su escandalosa lujuria. ¿Sería razonable pedir su protección para los discípulos de Jesús?

Pablo de Tarso aceptó las mezquinas argumentaciones con beatífica paciencia y objetó, sensatamente:

–Respeto y acato vuestra opinión, mas, antes de todo, considero necesario liberar a Juan. Si fuese yo el prisionero, no habría que juzgar el caso con tanta urgencia y con tanta gravedad. Estoy viejo, quebrantado, y, por lo tanto, quizás sería mejor y más útil si me fuera a meditar en la misericordia de Jesús, a través de las rejas

de la cárcel. Pero Juan es relativamente joven, es fuerte y dedicado; el Cristianismo de Asia no puede dispensar su actividad constructiva, hasta que otros trabajadores sean llamados a la siembra divina. Pero, con referencia a vuestras dudas, me corresponde aducir un argumento que requiere ponderación. ¿Por qué consideráis inapropiada una solicitud a Pompeya Sabina? ¿Tendríais la misma idea, si me dirigiese a Tigelino o al propio Emperador? ¿No serán ellos víctimas de la misma prostitución que estigmatiza a las favoritas de su Corte? Si combinara con un militar embriagado del Palatino, las providencias imprescindibles para la liberación del compañero, tal vez aplaudieseis mi gesto, sin restricciones. Hermanos, es indispensable comprender que la caída moral de la mujer, casi siempre, viene de la prostitución del hombre. Estoy de acuerdo en que Pompeya no es la figura más conveniente, en virtud de las inquietudes de su vida; sin embargo, es la providencia que las circunstancias indicaron y nosotros precisamos liberar al dedicado discípulo del Señor. Además, procuré valerme de semejantes recursos, recordando la exhortación del Maestro, en la cual recomendaba al hombre granjear amigos con las riquezas de la iniquidad (1). Considero que cualquier relación con el Palatino constituye una expresión de fortuna inicua, pero supongo útil movilizar a los que se encuentran "muertos" en el pecado para la realización de algún acto de caridad y de fe, por el cual se desliguen los lazos con el pasado delictivo, auxiliados por la intercesión de amigos fieles.

La elucidación del Apóstol esparció gran calma en todo el recinto. En pocas palabras, Pablo de Tarso les hizo ver a los compañeros, transcendentales conclusiones de orden espiritual.

La promesa no falló. En tres días el hijo de Zebedeo era restituido a la libertad. Juan estaba muy abatido. Los malos tratos, la contemplación de los cuadros terribles de la cárcel, la expectación angustiosa, habían sumergido su espíritu en dolorosos desconciertos.

---

(1) Lucas, 16:9. – *(Nota de Emmanuel)*.

Pedro se regocijaba, pero el ex rabino, atento a la tensión del ambiente, sugirió el regreso del Apóstol galileo a Asia, sin pérdida de tiempo. La iglesia de Éfeso lo esperaba. Jerusalén debía contar con su colaboración desinteresada y amiga. Juan no tuvo tiempo para muchas consideraciones, porque Pablo, como si estuviese poseído de amargos presentimientos, fue al puerto de Ostia para reservar el pasaje para su embarque, aprovechando que un navío napolitano estaba pronto para embarcar hacia Mileto. Atrapado por las circunstancias e imposibilitado de resistir la resolución del ex rabino, el hijo de Zebedeo embarcó a finales de junio de 64, mientras los demás amigos permanecerían en Roma para dar la buena batalla en pro del Evangelio.

Cuanto más sombríos eran los horizontes, más compacto se volvía el grupo de hermanos en la fe, en Cristo Jesús. Se multiplicaban las reuniones en los cementerios distantes y abandonados. En aquellos días de sufrimientos, las prédicas parecían más bellas.

Pablo de Tarso y los cooperadores se desplegaban en edificaciones espirituales, cuando la ciudad fue sacudida, de súbito, por un espantoso acontecimiento. En la mañana del 16 de julio de 64 irrumpió un violento incendio en las proximidades del Gran Circo, abarcando toda la región del barrio localizado entre el Celio y el Palatino. El fuego había comenzado en unos amplios almacenes repletos de material inflamable y se propagó con asombrosa rapidez. En balde fueron convocados operarios y hombres del pueblo para atenuar su violencia; en vano la numerosa y compacta turba movilizó recursos para aliviar la situación. Las llamas subían siempre, extendiéndose con furor, dejando montones de escombros y ruinas. Roma entera acudía a ver el siniestro espectáculo que atraía por sus pasiones amenazadoras y terribles. El fuego, con prodigiosa rapidez, dio vuelta al Palatino e invadió el Velabro. El primer día finalizaba con angustiosas perspectivas, el firmamento se cubría de humo espeso, iluminando gran parte de las colinas con la odiosa claridad del terrible incendio. Las elegantes construcciones del Aventino y del Celio parecían árboles secos de la floresta en llamas. Se acentuó

la desolación de las víctimas de la enorme catástrofe. Todo ardía en las adyacencias del Fórum. Comenzó el éxodo con infinitas dificultades. Las puertas de la ciudad se congestionaban de personas llenas de profundo terror. Animales despavoridos corrían a lo largo de las vías públicas, como si estuviesen acosados por perseguidores invisibles. Edificios antiguos, de sólida construcción, se derruían con siniestros estruendos. Todos los habitantes de Roma deseaban distanciarse de la zona comburente. Nadie más se atrevía a atacar a la hoguera indómita. El segundo día se presentó con el mismo espectáculo inolvidable. La gente desistía de salvar algunas cosas; se contentaban con poder enterrar a los innumerables muertos, encontrados en los locales de posible acceso. Decenas de personas recorrían las calles con risas estridentes de horrible acento; la locura se generalizaba entre las personas más impresionables. Camillas improvisadas conducían heridos sin rumbo seguro. Extensas procesiones invadían los santuarios para salvar las suntuosas imágenes de los dioses. Millares de mujeres acompañaban la figura impasible de las deidades tutelares, en dolorosas súplicas, haciendo votos de penosos sacrificios con voceríos estentóreos. Hombres piadosos recogían, en el remolino de las multitudes atolondradas, a los niños masacrados o heridos. Toda la zona de acceso a la Vía Apia, en dirección de Alba Longa, estaba llena de gente que emigraba apresurada y desilusionada. Centenares de madres gritaban llamando a sus hijos desaparecidos y, no pocas veces se tomaban providencias apresuradas para socorrer a las que enloquecían. La población en masa deseaba abandonar la ciudad al mismo tiempo. La situación se volvió peligrosa. La turba amotinada atacaba las literas de los patricios. Solamente los caballeros valerosos en sus monturas conseguían romper la mole humana, provocando nuevas blasfemias y lamentaciones.

El fuego ya había devorado, casi totalmente, los palacetes nobles y preciosos de las Carinas y continuaba destrozando los barrios romanos, entre los valles y las colinas, donde la población era muy densa. Durante una semana, día y noche, laboró el fuego destructor, esparciendo desolaciones y ruinas. De las catorce circunscripciones

en las que se dividía la metrópoli imperial, apenas cuatro quedaron incólumes. Tres eran un aluvión de escombros humeantes y las otras siete conservaban tan solo algunos vestigios de los edificios más preciosos.

El Emperador estaba en Ancio (Antium), cuando irrumpió la hoguera planificada por él mismo, pues la verdad es que, deseoso de edificar una ciudad nueva con los inmensos recursos económicos que llegaban de las provincias tributarias, proyectó el famoso incendio, venciendo así la oposición del pueblo, que no deseaba el traslado de los santuarios.

Aparte de esa medida de orden urbanístico, el hijo de Agripina se caracterizaba, en todo, por su originalidad satánica. Presumiéndose un genial artista, no pasaba de ser un monstruoso histrión, sembrando su paso por la vida con crímenes indelebles y odiosos. ¿No sería interesante presentar al mundo a una Roma en llamas? Ningún espectáculo, a sus ojos, sería tan inolvidable como ese. Después de las cenizas muertas, reedificaría los barrios destruidos. Sería generoso con las víctimas de la inmensa catástrofe. Pasaría a la historia del Imperio como administrador magnánimo y amigo de los súbditos sufridos.

Alimentando tales propósitos, planificó el atentado con los cortesanos de su mayor confianza e intimidad, ausentándose de la ciudad para no despertar sospechas en el espíritu de los políticos más honestos.

Pero, él mismo no pudo prever la extensión de la espantosa calamidad. El incendio había tomado proporciones indeseables. Sus indignos consejeros no pudieron vislumbrar la amplitud del desastre. Sacado a toda prisa de sus placeres criminales, el Emperador llegó a tiempo de observar el último día de fuego, verificando el carácter de la odiosa medida. Dirigiéndose a uno de los puntos más elevados, contempló el montón de ruinas y sintió la gravedad de la situación. El exterminio de la propiedad particular alcanzaba proporciones casi infinitas. No se había podido anticipar tan dolorosas consecuencias. Reconociendo la justa indignación del pueblo, Ne-

rón se propuso hablar en público, esbozando algunas lágrimas valiéndose de su profunda capacidad de simulación. Prometió ayudar a restaurar las casas particulares, declaró que compartía el sufrimiento general y que Roma se erguiría nuevamente más imponente y más bella, sobre los escombros humeantes. Una inmensa multitud oía su palabra, atenta a sus mínimos gestos. El Emperador, en su mímica teatral, asumía actitudes conmovedoras. Se refería a los santuarios perdidos, deshecho en llanto. Invocaba la protección de los dioses después de cada frase de mayor efecto. La turba se sensibilizó. Jamás el César se había mostrado tan paternalmente conmovido. No sería razonable dudar de sus promesas y observaciones. En un momento dado, su palabra vibró más patética y expresiva. Se comprometía, solemnemente, con el pueblo a castigar inexorablemente a los responsables. Buscaría a los incendiarios, vengaría la desgracia romana sin piedad. Rogaba, incluso a todos los habitantes de la ciudad que cooperasen con él, hallando y denunciando a los culpables.

En ese ínterin cuando el verbo imperial se tornó más significativo, notó que la masa popular se agitaba extrañamente. Una inmensa mayoría se hermanaba, ahora, en un grito terrible:

–¡Cristianos a las fieras! ¡A las fieras!

El hijo de Agripina encontró la solución que buscaba. Él, que en vano buscaba, con su espíritu súper excitado, nuevas víctimas para sus maquinaciones execrables, a las cuales pudiese atribuir la culpa de los lamentables sucesos, vio en el grito amenazador de la turba una respuesta a sus propias reflexiones siniestras. Nerón conocía el odio que el vulgo consagraba a los seguidores humildes del Nazareno. Los discípulos del Evangelio se mantenían ajenos y superiores a las costumbres disolutas y brutales de la época. No frecuentaban los circos, se alejaban de los templos paganos, no se arrodillaban ante los ídolos ni aplaudían las tradiciones políticas del Imperio. Además de que predicaban enseñanzas extrañas y parecían aguardar un nuevo reino. El gran histrión del Palatino sintió que una ola de alegría invadía sus ojos miopes y congestionados. La elección del pueblo romano no podía ser mejor. Sí, los cristianos

debían ser los criminales. Sobre ellos debía caer el castigo vengador. Intercambió una mirada inteligente con Tigelino, como expresándole que habían encontrado, por azar, la solución imprevista y enseguida afirmó a la masa enfurecida que tomaría medidas inmediatas para reprimir los abusos y castigar a los culpables de la catástrofe; finalmente, que el incendio sería considerado un crimen de lesa majestad y de sacrilegio, para que los castigos también fuesen excepcionales.

El pueblo aplaudía frenéticamente, gozando por anticipado las sensaciones del circo, con el rugido de las fieras y los cánticos de los martirizados.

La nefasta acusación pesó sobre los discípulos de Jesús, como un fardo pestilente.

Las primeras prisiones se realizaron como un flagelo maldito. Numerosas familias se refugiaron en los cementerios y en los alrededores de la ciudad medio destruida, recelosas de los verdugos implacables. Se practicaba toda clase de abusos. Jóvenes indefensas eran entregadas, en las cárceles al instinto feroz de soldados sin entrañas. Ancianos respetables conducidos a calabozos, encadenados y golpeados. Los hijos arrancados del pecho maternal, entre lágrimas y ruegos conmovedores. Una tempestad siniestra cayó sobre los seguidores del Crucificado, que eran sometidos a castigos injustos, con los ojos puestos en el Cielo.

De nada valieron, para Nerón, las ponderaciones de los patricios ilustres, que cultivaban aún las tradiciones de prudencia y honestidad. Todos los que se aproximaban a la autoridad imperial, con su valiosa contribución de consejos justos, eran declarados sospechosos, agravando su situación.

El hijo de Agripina y sus cortesanos inmediatos deliberaron que se ofreciese al pueblo el primer espectáculo a comienzos de agosto de 64, como positiva demostración de las medidas oficiales, contra los supuestos autores del nefasto atentado. Las demás víctimas, esto es, todos los prisioneros que llegasen a la cárcel, después

de la fiesta inicial, servirían de ornamento para los futuros regocijos, a medida que la ciudad pudiese recomponerse con las nuevas construcciones en perspectiva. Para eso, se determinó la reedificación inmediata del Gran Circo. Antes de atender a las propias necesidades de la Corte, el Emperador deseaba las simpatías del pueblo ignorante y sufrido, alimentando lo que pudiese satisfacer sus extraños caprichos.

La primera carnicería humana, destinada a distraer el ánimo popular, fue llevada a efecto en inmensos jardines, en la parte que permaneció inmune a la destrucción. Así, entre orgías indecorosas, en las que participaba la plebe y la gran fracción del patriciado que se entregaba a la disolución y al libertinaje, la festividad se prolongó durante sucesivas noches, bajo la claridad de una espléndida iluminación y el ritmo armonioso de numerosas orquestas, que inundaban el aire de melodías enternecedoras. En los lagos artificiales se deslizaban graciosos barcos, artísticamente iluminados. En el seno del paisaje, favorecido por las sombras de la noche, que las antorchas poderosas no conseguían apartar del todo, la depravación tomaba su máximo auge. Al lado de las manifestaciones festivas, se encontraba la extensa fila de los pobres condenados al martirio. Los cristianos eran entregados al pueblo para el castigo que ellos considerasen más justo. Para eso, con intervalos regulares, los jardines estaban llenos de cruces, de postes, de azotes y otros numerosos instrumentos de flagelación. Había guardias imperiales para auxiliar sus actividades punitivas. En hogueras preparadas, se encontraba agua y aceite hirviendo, así como puntas de hierros incandescentes, para los que deseasen aplicarlos.

Los gemidos y sollozos de los desgraciados se casaban irónicamente con las notas armoniosas de los laudes. Unos expiraban entre lágrimas y plegarias, bajo los insultos del pueblo; otros, se entregaban estoicamente al martirio, contemplando el cielo alto y estrellado.

El lenguaje más fuerte será pobre para traducir los inmensos dolores de la grey cristiana en aquellos días angustiosos. No obs-

tante los tormentos inenarrables, los seguidores fieles de Jesús revelaron a aquella sociedad perversa y decadente el poder de la fe, afrontando las torturas que les correspondían. Interrogados en los tribunales, en un momento tan trágico, declaraban abiertamente su confianza en Jesucristo, aceptando los sufrimientos con humildad por amor a su nombre. Aquel heroísmo parecía incrementar, aun más, los ánimos de la multitud animalizada. Se inventaban nuevos géneros de suplicio. La perversidad presentaba, diariamente, números nuevos en su venenosa fecundidad. Pero los cristianos parecían poseídos de energías diferentes de las conocidas en los campos de batallas sangrientas. La paciencia invencible, la fe poderosa, la capacidad moral de resistencia, asombraban a los más osados. No fueron pocos los que se entregaron al sacrificio, cantando. Muchas veces, ante tanto valor, los improvisados verdugos temieron el misterioso y triunfante poder de la muerte.

Terminada la matanza de agosto, con gran entusiasmo popular, continuó la persecución sin treguas, para que no faltase el contingente de víctimas en los periódicos espectáculos, ofrecidos al pueblo en regocijo por la reconstrucción de la ciudad.

Ante las torturas y la carnicería humana, el corazón de Pablo de Tarso sangraba de dolor. La tormenta generaba confusión en todos los sectores. Los cristianos de Oriente, trabajaban en su mayoría por desertar del campo de la lucha, forzados por circunstancias imperiosas de su vida particular. Sin embargo, el viejo Apóstol, uniéndose a Pedro, reprobaba esa actitud. A excepción de Lucas, todos los cooperadores directos, conocidos desde Asia, habían regresado. Con todo eso, el ex tejedor, haciendo causa común con los desamparados, resolvió asistirlos en el trance inaudito. Las iglesias domésticas estaban silenciosas. Cerrados los grandes salones alquilados en la Suburra para las predicaciones de la doctrina, solo les restaba a los seguidores del Maestro apenas un medio de verse y reconfortarse en la oración y en las lágrimas comunes: eran las reuniones en las catacumbas abandonadas. Y la verdad es que no ahorraban sacrificios para acudir a esos lugares tristes y solitarios. Era en esos ce-

menterios olvidados donde encontraban el consuelo fraternal para el momento trágico que los visitaba. Allí oraban, comentaban las luminosas lecciones del Maestro y obtenían nuevas fuerzas para dar los testimonios inminentes.

Amparándose en Lucas, Pablo de Tarso enfrentaba el frío de la noche, las sombras espesas, los caminos ásperos. Mientras Simón Pedro resolvía atender a otros sectores, el ex rabino se encaminaba a los antiguos sepulcros, llevando a los hermanos afligidos la inspiración del Divino Maestro que hervía en su ardiente alma. Muchas veces las prédicas se realizaban en plena madrugada, cuando un soberano silencio dominaba la Naturaleza. Centenares de discípulos escuchaban la palabra luminosa del viejo Apóstol de los gentiles, experimentando el poderoso influjo de su fe. En esos recintos sagrados, el convertido de Damasco se asociaba a los cánticos que se mezclaban con llantos dolorosos. En esos momentos, el espíritu santificado de Jesús parecía estar acariciando la frente de aquellos mártires anónimos, para infundirles esperanzas divinas.

Dos meses habían transcurrido, después de la fiesta cruel, y el movimiento de las prisiones aumentaba día a día. Se esperaban grandes conmemoraciones. Algunos edificios nobles del Palatino, reconstruidos con líneas sobrias y elegantes, demandaban homenajes de los poderes públicos. Las obras de reedificación del gran Circo estaban muy adelantadas. Era imprescindible programar festejos convenientes. Para ese fin, las cárceles estaban repletas. No faltarían las comparsas para las trágicas escenas. Se proyectaban naumaquias pintorescas, así como cacerías humanas en el circo, en cuya arena serían representadas igualmente piezas famosas de sabor mitológico.

Los cristianos oraban, sufrían, esperaban.

Cierta noche, Pablo dirigía a los hermanos la palabra afectuosa en los comentarios del Evangelio de Jesús. Sus conceptos parecían, más que nunca, divinamente inspirados. Las brisas de la madrugada penetraban en la caverna mortuoria, que se iluminaba con

algunas antorchas trémulas. El recinto estaba repleto de mujeres y niños, al lado de muchos hombres disfrazados.

Después de la conmovedora prédica, oída por todos, con los ojos mojados de lágrimas, el ex tejedor de Tarso argumentaba:

–Sí, hermanos, Dios es más bello en los días trágicos. Cuando las sombras amenazan el camino, la luz es más preciosa y más pura. En estos días de sufrimiento y muerte, cuando la mentira destronó a la verdad y la virtud fue sustituida por el crimen, recordemos a Jesús en el madero infamante. La cruz tiene para nosotros un mensaje divino. No desdeñemos el sagrado testimonio, cuando el Maestro, no obstante ser inmaculado, solo alcanzó en este mundo batallas silenciosas y sufrimientos indefinibles. Fortalezcámonos con la idea de que su reino aún no es de este mundo. Alcemos el espíritu a la esfera de su amor inmortal. La ciudad de los cristianos no está en la Tierra; ella no podría ser la Jerusalén que crucificó al Enviado Divino, ni la Roma que se complace en derramar la sangre de los mártires. En este mundo, estamos en un frente de combate incruento, trabajando por el triunfo eterno de la paz del Señor. Por lo tanto, no esperemos reposar en el lugar del trabajo y de los testimonios vivos. Desde la ciudad indestructible de nuestra fe, Jesús nos contempla y cubre con su bálsamo nuestro corazón. Caminemos a su encuentro, a través de los suplicios y de las dolorosas perplejidades. Él ascendió al Padre, desde la cima del Calvario; nosotros seguiremos sus pasos, aceptando con humildad los sufrimientos que nos sean reservados por su amor…

El auditorio parecía estático, oyendo las palabras proféticas del Apóstol. Entre las lajas frías e impasibles, los hermanos en la fe se sentían más unidos entre sí. En todas las miradas resplandecía la certeza de la victoria espiritual. En aquellas expresiones de dolor y de esperanza había el tácito compromiso de seguir al Crucificado hasta su Reino de Luz.

El orador hizo una pausa, sintiéndose dominado por extrañas conmociones.

En ese instante inolvidable, un montón de guardias irrumpió con audacia en el recinto. El centurión Volumnio, a la cabeza de la patrulla armada, hacia intimaciones en voz alta, mientras los creyentes pacíficos estaban aterrorizados por la sorpresa.

–¡En nombre de César! –gritaba el delegado imperial, exultando de contento. Y ordenando a los soldados que cerrasen el círculo en torno a los cristianos indefensos, continuaba gritando de modo espectacular. –¡Y que nadie huya! ¡Quien lo intente, muere como un perro!

Apoyándose en el fuerte cayado, pues, esa noche no tenía la compañía de Lucas, Pablo erguido, evidenciando su energía moral, exclamó con mucha firmeza:

–¿Y quién os dijo que huiríamos? ¿Acaso ignoráis que los cristianos conocen al Maestro a quien sirven? ¡Sois emisario de un príncipe del mundo, que estos sepulcros esperan; pero nosotros somos trabajadores del Salvador magnánimo e inmortal!...

Volumnio lo miró sorprendido. ¿Quién sería aquel viejo lleno de energía y combatividad? A pesar de la admiración que le inspiraba, el centurión manifestó su desagrado con una sonrisa irónica. Midiendo al ex rabino de arriba abajo, con una mirada de profundo desprecio, añadió:

–Presten atención a lo que hacen y dicen aquí…

Y después de una carcajada, se dirigió a Pablo con insolencia:

–¿Cómo osas enfrentar la autoridad de Augusto? Deben existir, de hecho, singulares diferencias entre el Emperador y el crucificado de Jerusalén. No sé donde estaría su poder de salvación para dejar a sus víctimas abandonadas, en el fondo de las cárceles y en los postes del martirio…

Esas palabras estaban remarcadas de mordaz ironía, pero el Apóstol respondió con la misma nobleza de convicción:

–¡Os engañáis, centurión! ¡Las diferencias son apreciables!... Es que vos obedecéis a un infeliz y odioso perseguidor y nosotros

trabajamos por un salvador que ama y perdona. ¡Los administradores romanos, instintivamente, podrán inventar crueldades; pero Jesús nunca cesará de nutrir la fuente de las bendiciones!...

La respuesta produjo una gran sensación en el auditorio. Los cristianos parecían más calmados y llenos de confianza, mientras los soldados no ocultaban la enorme impresión que los dominaba. El centurión, aunque reconocía el valor de aquel espíritu varonil, no quería parecer débil a los ojos de sus subalternos y exclamó irritado:

–Vamos, Lucilio: dale tres latigazos a este viejo atrevido.

El nombrado avanzó hacia el Apóstol, impasible. Ante la consternación silenciosa de los presentes, el látigo silbó en el aire, golpeando de lleno en el rostro del Apóstol que, ni siquiera por eso, se alteró. Los tres latigazos fueron rápidos; no obstante, un hilo de sangre le escurría por el rostro dilacerado.

El ex rabino, a quien le habían tomado su cayado de apoyo, se mantenía de pie con cierta dificultad, pero sin traicionar el buen ánimo que caracterizaba su alma enérgica. Miró a los verdugos con firmeza y sentenció:

–Solo lográis herir el cuerpo. Podríais amarrarme de pies y manos; quebrarme la cabeza, pero mis convicciones son intangibles, inaccesibles a vuestros procesos de persecución.

Ante tanta serenidad, Volumnio casi retrocedió aterrorizado. No podía comprender aquella energía moral que se deparaba ante sus ojos llenos de asombro. Comenzaba a creer que los cristianos, desprotegidos y anónimos, retenían un poder que su inteligencia no lograba alcanzar. Impresionándose con semejante resistencia, organizó, aprisa, las filas de los pobres perseguidos, que, humildes, obedecían sin vacilar. El viejo Apóstol tartense tomó su lugar entre los prisioneros sin mostrar el mínimo gesto de enfado o de rebeldía. Observando atentamente la conducta de los guardias, exclamó, cuando se trasladaba el bloque de víctimas y verdugos, al primer contacto con el helado frío de la madrugada:

–Exigimos el máximo respeto hacia las mujeres y los niños…

Nadie osó responder a la observación, articulada en un tono de grave advertencia. El propio Volumnio parecía obedecer inconscientemente a las amonestaciones de aquel hombre de fe poderosa e invencible.

El grupo marchó en silencio, atravesando las vías desiertas, llegando a la Prisión Mamertina cuando el cielo mostraba en el horizonte las primeras claridades de la aurora.

Tirados, previamente, en un patio oscuro, hasta ser alojados individualmente en las divisiones enrejadas e infectas, los discípulos del Señor aprovecharon rápidamente esos momentos para el consuelo mutuo, y para intercambiar ideas y consejos edificantes.

Sin embargo, Pablo de Tarso no descansó. Solicitó una audiencia al administrador de la prisión, prerrogativa conferida a su título de ciudadanía romana, siendo atendido enseguida. Expuso su doctrina sin reservas e impresionando a la autoridad con su verbo fluido y seductor, recomendó las providencias relativas a su caso, pidiendo la presencia de varios amigos como Acasio Domicio y otros, para deponer en lo concerniente a su conducta y antecedentes honestos. El administrador vacilaba en la resolución a tomar. Tenía órdenes terminantes de recluir en la cárcel a todos los componentes de asambleas que se afiliasen a la creencia perseguida y execrada. No obstante, las determinaciones de orden superior contenían ciertas restricciones, en el sentido de preservar, de algún modo, a los "humiliores" (1), a los cuales la Corte ofrecía recursos de libertad, siempre que prestasen juramento a Júpiter, abjurando de Jesucristo. Examinando los títulos de Pablo y conociendo, a través de sus informes verbales, las prestigiosas relaciones que disponía en los círculos romanos, el jefe de la Prisión Mamertina resolvió consultar a Acacio Domicio, sobre las medidas correspondientes al caso.

Llamado al estudio de la cuestión, el amigo del Apóstol com-

---

(1) Humiliores eran las personas de condición humilde sin ningún título de dignidad social. – *(Nota de Emmanuel)*.

pareció solícito, buscando hablar con el prisionero, después de una larga entrevista con el director de la prisión.

Domicio explicó al benefactor que la situación era muy grave; que el Prefecto de los Pretorianos estaba investido de plenos poderes para dirigir la campaña como mejor lo entendiese; que toda la prudencia era indispensable y que, como último recurso, solo restaba apelar a la magnanimidad del Emperador, ante quien el Apóstol debía comparecer para defenderse personalmente, en caso de que fuese concedida la petición presentada a César aquel mismo día.

Oyendo esas ponderaciones, el ex rabino recordó que una noche, en medio de la tempestad, entre Grecia y la Isla de Malta, había oído la voz profética de un mensajero de Jesús, que le anunciaba su comparecencia ante César, sin aclarar los motivos del evento. ¿No sería aquel el momento previsto? Millares de hermanos estaban presos o en extrema desolación. Acusados de incendiarios, no habían encontrado una voz firme y resuelta que abogase por sus causas con la precisa valentía. Percibía en Acasio la preocupación por su libertad; pero, por detrás de las insinuaciones delicadas, había una invitación para que ocultase su fe ante el Emperador, en la hipótesis de ser admitido a la entrevista real. Comprendía los recelos del amigo, pero, íntimamente, deseaba alcanzar la audiencia con Nerón, para esclarecerlo en cuanto a los sublimes principios del Cristianismo. Se constituiría en abogado de los hermanos perseguidos y desdichados. Afrontaría abiertamente a la tiranía victoriosa, clamaría por la rectificación de su acto injusto. Si fuese preso de nuevo, volvería a la cárcel con la conciencia edificada en el cumplimiento de un sagrado deber.

Después de hacer una rápida meditación sobre la conveniencia del recurso que le parecía providencial, insistió a Domicio para que lo patrocinase con las influencias a su alcance.

El amigo del Apóstol multiplicó actividades personales para alcanzar los fines previstos. Valiéndose del prestigio de todos los que vivían en condiciones de subalternos junto al Emperador, consiguió

la deseada audiencia para que Pablo de Tarso se defendiese, como convenía, en la apelación directa a la autoridad de Augusto.

En el día acordado, fue conducido entre guardias, ante Nerón, que lo recibió, curioso, en un amplio salón donde acostumbraba a reunir a los favoritos ociosos de su Corte criminal y excéntrica. Le interesaba la personalidad del ex rabino. Quería conocer al hombre que había movilizado a un gran número de sus amigos íntimos para apoyar su recurso. La presencia del Apóstol de los gentiles le causó una enorme decepción. ¿Qué valor podría tener aquel viejo insignificante y débil? Al lado de Tigelino y de otros consejeros perversos, miró irónicamente la figura de Pablo. Era increíble un interés tan grande en torno a una criatura tan vulgar. Cuando se disponía a enviarlo de nuevo a prisión sin oír su apelación, uno de los cortesanos recordó que sería conveniente facultarle el derecho de palabra, para poder evaluar su indigencia mental. Nerón, que jamás perdía la ocasión de ostentar sus presunciones artísticas, consideró el consejo bien presentado y ordenó al prisionero que hablase a voluntad.

Custodiado por dos guardias, el inspirado predicador del Evangelio levantó su frente llena de nobleza, miró a César y a los compañeros de su ligero séquito y comenzó, resuelto:

–Emperador de los romanos, comprendo la grandeza de esta hora en la que os hablo, apelando a vuestros sentimientos de generosidad y justicia. ¡No me dirijo aquí, a un hombre común, a una personalidad humana simplemente, sino al administrador que debe ser recto y justo, al mayor de los príncipes del mundo y que, antes de tomar el cetro y la corona de un Imperio inmenso, debe considerarse el padre magnánimo de millones de personas!...

Las palabras del viejo Apóstol resonaban en el recinto con el carácter de una profunda revelación. El Emperador lo miraba, admirado y enternecido. Su temperamento caprichoso era sensible a las referencias personales, donde predominasen las imágenes brillantes. Percibiendo que se imponía al reducido auditorio, el convertido de Damasco prosiguió más valeroso.

–Confiando en vuestra ecuanimidad, luché por esta hora inolvidable, a fin de apelar a vuestro corazón no solo por mí, sino por millares de hombres, mujeres y niños, que padecen en las cárceles o sucumben en los circos del martirio. Hablo aquí, en nombre de esa multitud incontable de sufridos, perseguida con excesos de crueldad por favoritos de vuestra Corte, que debería estar constituida por hombres íntegros y humanitarios. ¿Acaso no llegaron a vuestros oídos los lamentos angustiosos de la viudez, de la vejez y de la orfandad? ¡Oh!, ¡Augusto imperante del trono de Claudio, sabed que una ola de perversidad y de crímenes odiosos barre los barrios de la ciudad imperial, arrancando sollozos dolorosos a vuestros míseros tutelados! Al lado de vuestra actividad gubernamental, por cierto, se arrastran víboras venenosas que es necesario extirpar, para bien de la tranquilidad y del trabajo honesto de vuestro pueblo. ¡Esos cooperadores perversos desvían vuestros esfuerzos del camino recto, esparcen el terror entre las clases desfavorecidas de la suerte, amenazan a los más infelices! Son ellos los acusadores de los prosélitos de una doctrina de amor y redención. No creáis en el embuste de sus consejos que resuman crueldad. Tal vez, nadie trabajó tanto como los cristianos, socorriendo a las víctimas del voraz incendio. Mientras los patricios ilustres huían de Roma desolada, mientras los más tímidos se recogían en los lugares más abrigados del peligro, los discípulos de Jesús recorrían las propiedades envueltas en llamas, aliviando a las víctimas infortunadas. Algunos inmolaron la vida por el altruismo dignificante. Y por fin, ved, los trabajadores sinceros del Cristo fueron recompensados con la mancha de autores del horrible crimen, de calumniadores sin entrañas. ¿Acaso no os dolió la conciencia al endosar tan infames alegaciones, sin comparecencia a un juicio imparcial y riguroso? En la efervescencia de las calumnias, no vi surgir una voz que os esclareciese. Admito que participáis, ciertamente, de tan trágicas ilusiones, porque no creo que se haya desvirtuado, a tal punto, vuestra autoridad reservada a las mejores resoluciones a favor del Imperio. Es por eso –¡oh, Emperador de los romanos!– que, reconociendo el grandioso poder concentrado en vuestras manos, oso levantar mi voz para esclareceros. Prestad

mucha atención a la extensión gloriosa de vuestros deberes. No os entreguéis a la saña de políticos inconscientes y crueles. Recordad que en una vida más elevada que ésta, os serán pedidas cuentas de vuestra conducta en los actos públicos. No alimentéis la pretensión de que vuestro cetro sea eterno. Sois mandatario de un Señor poderoso, que reside en los cielos. Para convenceros de la singularidad de semejante situación, volved una mirada, al pasado brumoso. ¿Dónde están vuestros antecesores? En vuestros palacios fastuosos deambularon guerreros triunfantes, reyes improvisados, herederos vanidosos de sus tradiciones. ¿Dónde están ellos? La Historia nos cuenta que llegaron al trono con los aplausos delirantes de las multitudes. Venían soberbios, ostentando magnificencias en los carros del triunfo, decretando la muerte de los enemigos, adornándose con despojos sangrientos de las víctimas. Pero, bastó un soplo para que resbalasen del esplendor del trono hacia la oscuridad del sepulcro. Unos partieron por las consecuencias fatales de sus propios excesos destructores; otros, asesinados por los hijos del resentimiento y de la desesperación. Recordando semejante situación, no deseo transformar el culto de la vida en culto de la muerte, sino demostrar que la fortuna suprema del hombre es la paz de la conciencia por el deber bien cumplido. Por todas estas razones, apelo a vuestra magnanimidad, no solo por mí sino también por todos los correligionarios que gimen a la sombra de las cárceles, esperando la espada de la muerte.

Al observarse una larga pausa en el verbo elocuente del orador, podía verse la extraña sensación que su palabra había causado. Nerón estaba lívido. Tigelino, profundamente irritado, buscaba un recurso para insinuarse con alguna observación indigna sobre el postulante. Las pocas cortesanas presentes no disfrazaban la indecible conmoción que les alteraba el sistema nervioso. Los amigos del Prefecto de los Pretorianos se mostraban indignados, rojos de cólera. Después de oír a un consejero, el Emperador ordenó que el apelante se conservase en silencio, hasta que se tomasen las primeras deliberaciones.

Todos estaban sorprendidos. No se podía esperar que un viejo débil y enfermo tuviese un poder de persuasión tan grande, una valentía que rayaba en la locura, según las nociones del patriciado. Por mucho menos, viejos y probos consejeros de la Corte habían alcanzado el exilio o la sentencia de muerte.

El hijo de Agripina parecía excitado. Ya no asentaba en el ojo la impertinente esmeralda, a la manera de monóculo. Tenía la impresión de haber escuchado siniestros vaticinios. Se entregaba, automáticamente, a sus gestos característicos, cuando estaba impresionado y nervioso. Las advertencias del Apóstol parecían resonarle en los oídos, para siempre. Tigelino percibió la delicadeza de la situación y se aproximó.

–¡Divino –exclamó el Prefecto de los Pretorianos, en actitud servil y con voz casi imperceptible–, si queréis, el atrevido podrá morir aquí mismo, hoy!

–No, no –arguyó Nerón, conmovido–, este hombre es de los más peligrosos que he encontrado. Nadie, como él, osó comentar la presente situación, en estos términos. Veo, por detrás de su palabra, muchas figuras tal vez eminentes, que, conjugando valores, podrían hacerme gran mal.

–Concuerdo –dijo el otro dubitativo, en voz muy baja.

–Así, pues –continuó el Emperador, prudentemente–, es preciso parecer magnánimo y sagaz. Le daré el perdón, por ahora, recomendando que no se aparte de la ciudad, hasta que se esclarezca del todo la situación de los seguidores del Cristianismo…

Tigelino escuchaba con una sonrisa ansiosa, mientras el hijo de Agripina remataba con voz casi apagada:

–Pero, vigilarás sus mínimos pasos, lo mantendrás en custodia oculta, y cuando venga la festividad de la reconstrucción del Gran Circo, aprovecharemos la oportunidad para despacharlo a un lugar distante, donde deberá desaparecer para siempre.

El odioso Prefecto sonrió y acentuó:

–Nadie resolvería mejor el intrincado problema.

Terminada la breve conversación, imperceptible para los demás, Nerón declaró, con enorme sorpresa de los palaciegos, conceder al apelante la libertad que peleaba en su primera defensa, pero reservaba el acto de absolución para cuando evaluase definitivamente la responsabilidad de los cristianos. Así, el defensor del Cristianismo podría permanecer en Roma, a voluntad, pero, sometiéndose al compromiso de no ausentarse de la sede del Imperio, hasta que su caso personal fuese suficientemente esclarecido. El Prefecto de los Pretorianos redactó la sentencia en un pergamino. Pablo de Tarso, por su parte, estaba confortado y radiante. El caviloso monarca le pareció menos malo, digno de amistad y reconocimiento. Se sentía poseído por una gran alegría, debido a que los resultados de su primera defensa tenían las características de proporcionar una nueva esperanza a sus hermanos en la fe.

Pablo retornó a la cárcel, quedando el administrador notificado de las últimas disposiciones al respecto. Solo entonces le dieron la libertad.

Asaz esperanzado, buscó a los amigos; pero, por todas partes, solo encontraba desoladoras noticias. La mayoría de los colaboradores más íntimos y serviciales habían desaparecido, presos o muertos. Muchos se habían desbandado, temerosos del extremo sacrificio. Por fin, tuvo la satisfacción de siempre de reencontrar a Lucas. El piadoso médico le informó de los acontecimientos dolorosos y trágicos que se repetían diariamente. Ignorando que un guardia lo seguía de lejos, para situar su nueva residencia, Pablo, acompañado por el amigo, llegó a una casa pobre en las proximidades de la Puerta Capena. Necesitando reposar y fortalecer el cuerpo debilitado, el viejo predicador buscó a dos generosos hermanos, que lo recibieron con inmensa alegría. Se trataba de Lino y Claudia, dedicados servidores de Jesús.

El Apóstol de los gentiles se instaló en aquel hogar pobre, con la obligación de comparecer a la Prisión Mamertina, de tres en tres días, hasta que se aclarase su situación de modo definitivo.

No obstante el consuelo del que se sentía poseído, el venerable amigo del gentilismo experimentaba singulares presagios. Se sorprendía reflexionando en la coronación de su carrera apostólica como si no le restase nada más que morir por Jesús. Combatía tales pensamientos, con el propósito de continuar propugnando la difusión de las enseñanzas evangélicas. Ya no pudo encaminarse de nuevo a las prédicas de las catacumbas, dada su postración física, pero, se valía de la afectuosa y dedicada colaboración de Lucas para las epístolas que juzgaba necesarias. En esas, se incluía la última carta que escribió a Timoteo, aprovechando los amigos que partían para Asia. Pablo escribe ese último documento al discípulo muy amado, colmándose de singulares emociones que le llenaban los ojos de abundantes lágrimas. Su alma generosa desea confiar al hijo de Eunice las últimas disposiciones, pero lucha consigo mismo, para no darse por vencido. El ex rabino, al trazar conceptos afectuosos, se siente cual discípulo llamado a esferas más altas, sin poder evadirse de la condición del hombre que no desea capitular en la lucha. Al mismo tiempo que confía a Timoteo la convicción de haber terminado la carrera, le pide que le envíe la amplia capa de cuero dejada en Troade, en casa de Carpo, pues necesitaba de abrigo para el cuerpo abatido. Mientras le envía las últimas impresiones llenas de prudencia y cariño, ruega sus buenos oficios para que Juan Marcos venga a la sede del Imperio, a fin de auxiliarlo en el servicio apostólico. Cuando su mano temblorosa y arrugada escribe melancólicamente: –"Solo Lucas está conmigo" (1), el convertido de Damasco se interrumpe para llorar sobre los pergaminos. Pero, en ese instante siente como si un abanico de alas que aleteasen suavemente acariciase su frente. Dulce consuelo invade su corazón amoroso e intrépido. En ese punto de la carta, recobra de nuevo el ánimo y vuelve a demostrar la decisión de lucha, terminando con las recomendaciones referidas a las necesidades de la vida material y a sus labores evangélicas.

---

(1) II Epístola a Timoteo. 4:11. – *(Nota de Emmanuel).*

Poco después, Pablo de Tarso entrega la misiva a Lucas para expedirla, sin conseguir disfrazar sus lúgubres presentimientos. En vano, el cariñoso médico y dedicado amigo trata de deshacer aquellas aprensiones. En balde Lino y Claudia intentan distraerlo.

Aunque no abandona los trabajos relativos a su nueva situación, el viejo Apóstol se sumergió en profundas meditaciones, de las cuales apenas se desligaba para atender a sus necesidades triviales.

Efectivamente, transcurridas algunas semanas después de redactar la carta a Timoteo, un grupo armado visitó la residencia de Lino, después de la media noche, en la víspera de las grandes festividades con las que la administración pública deseaba destacar la reconstrucción del Gran Circo. El dueño de la casa, la esposa y Pablo de Tarso fueron apresados, escapando Lucas por el hecho de pernoctar en otra parte. Las tres víctimas fueron conducidas a una cárcel del monte Esquilino, dando pruebas de poderosa fe ante el martirio que comenzaba.

El Apóstol fue recluido en una celda oscura e incomunicada. Los propios soldados se intimidaban con su valor. Al despedirse de Lino y su mujer, mientras ésta se deshacía en lágrimas, el valeroso predicador los abrazaba diciendo:

–Tengamos valor. Esta debe ser la última vez que nos saludamos con los ojos materiales; pero habremos de vernos en el Reino del Cristo. El poder tiránico de César no alcanza sino al cuerpo miserable…

En virtud de una orden expresa de Tigelino, el prisionero quedó aislado de todos los demás compañeros.

En la oscuridad de la cárcel, que más se asemejaba a una cueva húmeda, hizo un balance retrospectivo de todas las actividades de su vida, entregándose a Jesús, enteramente confiado en su divina misericordia. Deseó sinceramente permanecer junto a los hermanos que, por cierto, se destinaban a los nefastos espectáculos del día siguiente, esperando comulgar con ellos la hostia de los martirios cuando llegase la hora extrema.

No pudo dormir, considerando las horas transcurridas desde el momento de la prisión, y concluyó que el día del sacrificio era inminente. Ni un rayo de luz penetraba la celda infecta y estrecha. Solo percibía vagos rumores lejanos, que le daban una idea de aglomeración popular en las vías públicas. Las horas pasaron en expectativas que parecían interminables. Después del angustioso cansancio, consiguió conciliar algunas horas de sueño. Despertó, más tarde, ya incapacitado para calcular las horas transcurridas. Tenía sed y hambre, mas oró con fervor, sintiendo que fluían suaves consolaciones para su alma, de las fuentes de la providencia invisible. En el fondo, estaba preocupado por la situación de los compañeros. Un guardia le informó que un enorme contingente de cristianos sería llevado al circo y él sufría por no haber sido llamado a perecer con los hermanos, en la arena del martirio, por amor a Jesús. Sumergido en esas reflexiones, no tardó en sentir que alguien abría cautelosamente la puerta del calabozo. Conducido al exterior, el ex rabino vio a seis hombres armados que lo aguardaban junto a un vehículo de regulares proporciones. A lo lejos, en el horizonte adornado de estrellas, se delineaban los tonos maravillosos de la madrugada próxima.

El Apóstol, silencioso, obedeció a la escolta. Le ataron las manos callosas, brutalmente, con gruesas cuerdas. Un vigilante nocturno, visiblemente embriagado, se aproximó y le escupió en la cara. El ex rabino recordó los sufrimientos de Jesús y recibió el insulto sin revelar el mínimo gesto de amor propio ofendido.

A una orden, tomó lugar en el vehículo, junto a los seis hombres armados que lo observaban, admirados de tanta serenidad y valor.

Los caballos trotaron con rapidez como si quisiesen atenuar la fría humedad de la mañana.

Llegados a los cementerios que se sucedían a lo largo de la Vía Apia, las sombras nocturnas se deshacían casi completamente, auspiciando un día de sol radiante.

El militar que comandaba la escolta ordenó parar el carro y, haciendo descender al prisionero, le dijo, titubeante:

–El prefecto de los Pretorianos, por sentencia de César, ordenó que seas sacrificado al día siguiente al de la muerte de los cristianos que fueron inmolados en las conmemoraciones del circo, realizadas ayer. Por tanto debéis saber que estáis viviendo los últimos minutos.

Calmado, con los ojos brillantes y las manos amarradas, Pablo de Tarso, mudo hasta entonces, exclamó sorprendiendo a los verdugos con su majestuosa serenidad:

–Sois conscientes de la tarea criminal que os incumbe desempeñar… Los discípulos de Jesús no temen a los verdugos que solo les pueden aniquilar el cuerpo. ¡No juzguéis que vuestra espada pueda eliminarme la vida, pues viviendo estos fugaces minutos en el cuerpo carnal, significa eso que voy a entrar, sin más demora, en los tabernáculos de la vida eterna, con mi Señor Jesucristo, Él mismo que tomará cuenta de vosotros, al igual que de Nerón y Tigelino!...

La siniestra patrulla se aterrorizaba de asombro. Aquella energía moral, en el momento supremo, era propicia para estremecer a los más fuertes. Percibiendo la sorpresa general y consciente de su mandato, el jefe de la escolta tomó la iniciativa del sacrificio. Los demás compañeros parecían desorientados, nerviosos y trémulos. El inflexible favorito de Tigelino, ordenó al prisionero que diese veinte pasos al frente. Pablo de Tarso caminó serenamente, aunque, en su fuero íntimo, se recomendase a Jesús, comprendiendo la necesidad de amparo espiritual para ofrecer el testimonio supremo.

Al llegar al lugar indicado, el secuaz de Tigelino desenvainó la espada, pero, en ese instante, le tembló la mano. Mirando a la víctima, le dijo en un tono casi imperceptible:

–Lamento haber sido designado para este hecho e íntimamente no puedo dejar de sentir lástima por vos…

Pablo de Tarso, irguiendo la frente cuanto le era posible, respondió sin titubear:

–No soy digno de lástima. Tened antes compasión de vos mismo, porque muero cumpliendo deberes sagrados, en función de la vida eterna; mientras que vos aún no podéis huir de las obligaciones groseras de la vida transitoria. ¡Llorad por vos, sí, porque yo partiré buscando al Señor de la Paz y de la Verdad, que da vida al mundo; mientras que vos, terminada vuestra tarea de sangre, tendréis que regresar a la hedionda convivencia de los mandatarios de los crímenes más tenebrosos de vuestra época!...

El verdugo continuaba mirándolo con asombro y Pablo, notando el estado tembloroso con el que empuñaba la espada, le dijo con gran resolución:

–¡No tembléis!... ¡Cumplid con vuestro deber hasta el fin!

Con un golpe violento se hundió la espada en su garganta, seccionándole casi por completo la vieja cabeza encanecida por los sufrimientos del mundo.

Pablo de Tarso cayó fulminado, sin articular una sola palabra. El cuerpo inerme se desplomó al suelo como despojo horrendo e inútil. La sangre vertía a borbotones en las últimas contracciones de la rápida agonía, mientras la expedición regresaba penosamente, muda, hacia la luz matinal y triunfante.

El valeroso discípulo del Evangelio sentía la angustia de las últimas repercusiones físicas; pero, al poco tiempo experimentaba una sensación suave de alivio reparador. Manos cariñosas y solícitas parecían tocarlo levemente, como si arrancasen, tan solo con ese contacto divino, las terribles impresiones de sus amargos padecimientos. Sorprendido, verificó que lo transportaban a un lugar distante y pensó que amigos generosos deseaban asistirlo, en un sitio más conveniente, para que no le faltase el dulce consuelo de una muerte tranquila. Después de algunos minutos los dolores habían desaparecido por completo. Guardando la impresión de permanecer a la sombra de algún árbol frondoso y amigo, experimentaba la ca-

ricia de las brisas matinales que pasaban en rachas frescas. Intentó levantarse, abrir los ojos, identificar el paisaje. ¡Era imposible! Se sentía débil, cual convaleciente de molestia prolongada y gravísima. Reunió las energías mentales como le fue posible y oró, suplicando a Jesús que permitiese el esclarecimiento de su alma, en aquella nueva situación. Sobre todo, la falta de visión, lo dejaba sumergido en angustiosa expectativa. Recordó los días de Damasco, cuando la ceguera le invadió los ojos de pecador ofuscados por la gloriosa luz del Maestro. Se acordó del cariño fraternal de Ananías y lloró al influjo de aquellas singulares reminiscencias. Después de hacer un gran esfuerzo, consiguió levantarse y pensó que el hombre precisaba servir a Dios, aunque fuese tanteando en densas sombras.

Fue ahí que oyó pasos de alguien que se aproximaba suavemente. De inmediato se acordó del día inolvidable en el que había sido visitado por el emisario del Cristo, en la pensión de Judas.

–¿Quién sois? –preguntó como lo había hecho otrora, en aquel lance inolvidable.

–Hermano Pablo… –comenzó a decir el recién llegado.

Pero el Apóstol de los gentiles, identificando aquella voz muy amada, le interrumpió la palabra, gritando con júbilo inexpresable:

–¡Ananías!... ¡Ananías!...

Y cayó de rodillas, en llanto convulsivo.

–Sí, soy yo –dijo la venerable entidad poniendo la mano luminosa en su frente–; un día Jesús mandó a que te restituyese la visión, para que pudieses conocer el camino áspero de sus discípulos y hoy, Pablo, me concedió la dicha de abrir tus ojos para que contemples la vida eterna. ¡Levántate! ¡Ya venciste a los últimos enemigos, lograste la corona de la vida, alcanzaste nuevos planes de redención!...

El Apóstol se levantó, ahogado en lágrimas de jubilosa gratitud, mientras Ananías, posando la diestra en sus ojos apagados, exclamó con cariño:

–¡Ve, de nuevo, en nombre de Jesús!... ¡Desde la revelación de Damasco, dedicaste los ojos al servicio del Cristo! ¡Contempla, ahora, las bellezas de la vida eterna, para que podamos partir al encuentro del Maestro amado!...

Entonces, el dedicado trabajador del Evangelio reconoció las maravillas que Dios reserva a sus cooperadores en el mundo repleto de sombras. Lleno de asombro, identificó el paisaje que lo rodeaba. No lejos estaban las catacumbas de la Vía Apia. Misteriosas fuerzas lo habían apartado del cuadro triste en el que se descomponían sus despojos sangrientos. Se sintió joven y feliz. Comprendía, ahora, la grandeza del cuerpo espiritual en el ambiente extraño a los organismos de la Tierra. Sus manos estaban sin arrugas, la epidermis sin cicatrices. Tenía la impresión de haber sorbido un misterioso elíxir de juventud. Una túnica de blancura resplandeciente lo envolvía en graciosas ondulaciones. Aún no había despertado bien de su deslumbramiento, cuando alguien le tocó suavemente en el hombro: era Gamaliel que le daba un beso fraternal. Pablo de Tarso se sintió el más dichoso de los seres. Abrazándose al viejo maestro y a Ananías, en un solo gesto de ternura, exclamaba entre lágrimas:

–¡Solo Jesús me podría conceder una alegría igual a ésta!

No había terminado de decirlo, cuando comenzaron a llegar viejos compañeros de luchas terrenales, amigos de otros tiempos, hermanos dedicados que le venían a dar la bienvenida al trasponer las puertas de la eternidad. Los deslumbramientos del Apóstol se sucedían ininterrumpidamente. Como si estuviesen en Roma, esperándolo, todos los mártires de las festividades de la víspera llegaron cantando, en las proximidades de las catacumbas. Todos querían abrazar al generoso discípulo y besarle las manos. En ese ínterin, dando la impresión de nacer en las maravillosas fuentes del Más Allá, se oyó una tierna melodía acompañada de voces argentinas, que debían ser angélicas. Sorprendido con la belleza de la composición, intraducible en el lenguaje humano, Pablo oía al venerable amigo de Damasco, que explicaba solícito:

–¡Este es el himno de los prisioneros liberados!...

Observando su intensa conmoción, Ananías le preguntó cuál sería su primer deseo en la esfera de los redimidos. Pablo de Tarso, íntimamente, recordó a Abigail y los anhelos sagrados del corazón, como acontecería a cualquier ser humano; pero, integrado en el ministerio divino, que manda a olvidar los caprichos más simples, y sin traicionar la gratitud a la misericordia del Cristo, respondió conmovedoramente:

–Mi primer deseo sería volver a ver Jerusalén, donde practiqué tantos males y allí, orar a Jesús, para ofrecerle mi agradecimiento.

Tan pronto como dijo, la luminosa asamblea se ponía en movimiento. Asombrado con su poder de vuelo, Pablo observaba que las distancias ahora no representaban ningún obstáculo para sus posibilidades espirituales.

De lo alto continuaban fluyendo armonías de sublimada belleza. Eran himnos que exaltaban la ventura de los trabajadores triunfantes y la misericordia de las bendiciones del Todopoderoso.

Pablo deseaba imprimir a la divina excursión el sabor de sus reminiscencias. Para ese fin, el grupo siguió a lo largo de la Vía Apia hasta Aricia, de donde se desvió en dirección a Pouzzoles, en cuya iglesia se detuvo para orar, durante algunos minutos de inigualable ventura. De allí la caravana espiritual se dirigió a la Isla de Malta, transportándose en seguida para el Peloponeso, donde Pablo se extasió en la contemplación de Corinto, dando curso a recuerdos cariñosos y dulces. Inflamados de entusiasmo fraternal, los componentes de la caravana acompañaban al valeroso discípulo en el camino de sagradas reminiscencias que le vibraban en el corazón. Atenas, Tesalónica, Filipo, Neápolis, Troade y Éfeso fueron puntos en los cuales el Apóstol se detuvo bastante tiempo, orando con lágrimas de gratitud al Altísimo. Atravesadas las zonas de Panfilia y de Cilicia, entraron en Palestina, llenos de júbilo y sagrado respeto. En todos los caminos se incorporaban emisarios y trabajadores del Cristo. Pablo no conseguía evaluar la alegría de la llegada a Jerusalén, bajo el prodigioso azul del crepúsculo.

Obedeciendo a la sugerencia de Ananías, se reunieron en la cima del Calvario y cantaron allí himnos de esperanzas y de luz.

Recordando los errores de su amargo pasado, Pablo de Tarso se arrodilló y elevó a Jesús una fervorosa súplica. Los compañeros redimidos se recogieron en éxtasis, mientras él, transfigurado, en llanto, procuraba expresar el mensaje de gratitud al Divino Maestro. Entonces, se diseñó en la pantalla del Infinito, un cuadro de singular belleza. Como si hubiese abierto una inmensurable cortina azul, surgió en la amplitud del espacio una senda luminosa y tres figuras que se aproximaban radiantes. El Maestro estaba en el centro, conservando a Esteban a la derecha y Abigail al lado del corazón. Deslumbrado, arrebatado, el Apóstol apenas pudo extender los brazos, porque la voz le huía en el auge de la conmoción. Abundantes lágrimas perlaban su rostro también transfigurado. Abigail y Esteban se adelantaron. Ella le tomó delicadamente las manos en un gesto de ternura, mientras Esteban lo abrazaba con efusión.

Pablo quiso lanzarse en los brazos de los dos hermanos de Corinto, besarles las manos en su arrobamiento de ventura, pero, cual niño dócil que todo lo debiese al Maestro dedicado y bueno, buscó la mirada de Jesús, para sentir su aprobación.

El Maestro sonrió, indulgente y cariñoso, y dijo:

–¡Sí, Pablo, sé feliz! ¡Ven, ahora, a mis brazos, pues es la voluntad del Padre que los verdugos y los mártires se reúnan, para siempre, en mi Reino!...

Y así unidos, dichosos, los fieles trabajadores del Evangelio de la redención siguieron las huellas del Cristo, en dirección a las esferas de la Verdad y de la Luz…

Allá abajo, Jerusalén contemplaba, embebecida, el ocaso vespertino, esperando la claridad de la Luna que no tardaría en iluminarlo todo con sus primeros resplandores.

Nota de la Editora: A esta serie de novelas históricas, pertenecen *Hace 2000 años..., 50 años después, ¡Ave, Cristo!* y *Renuncia.* Todas del mismo Autor.